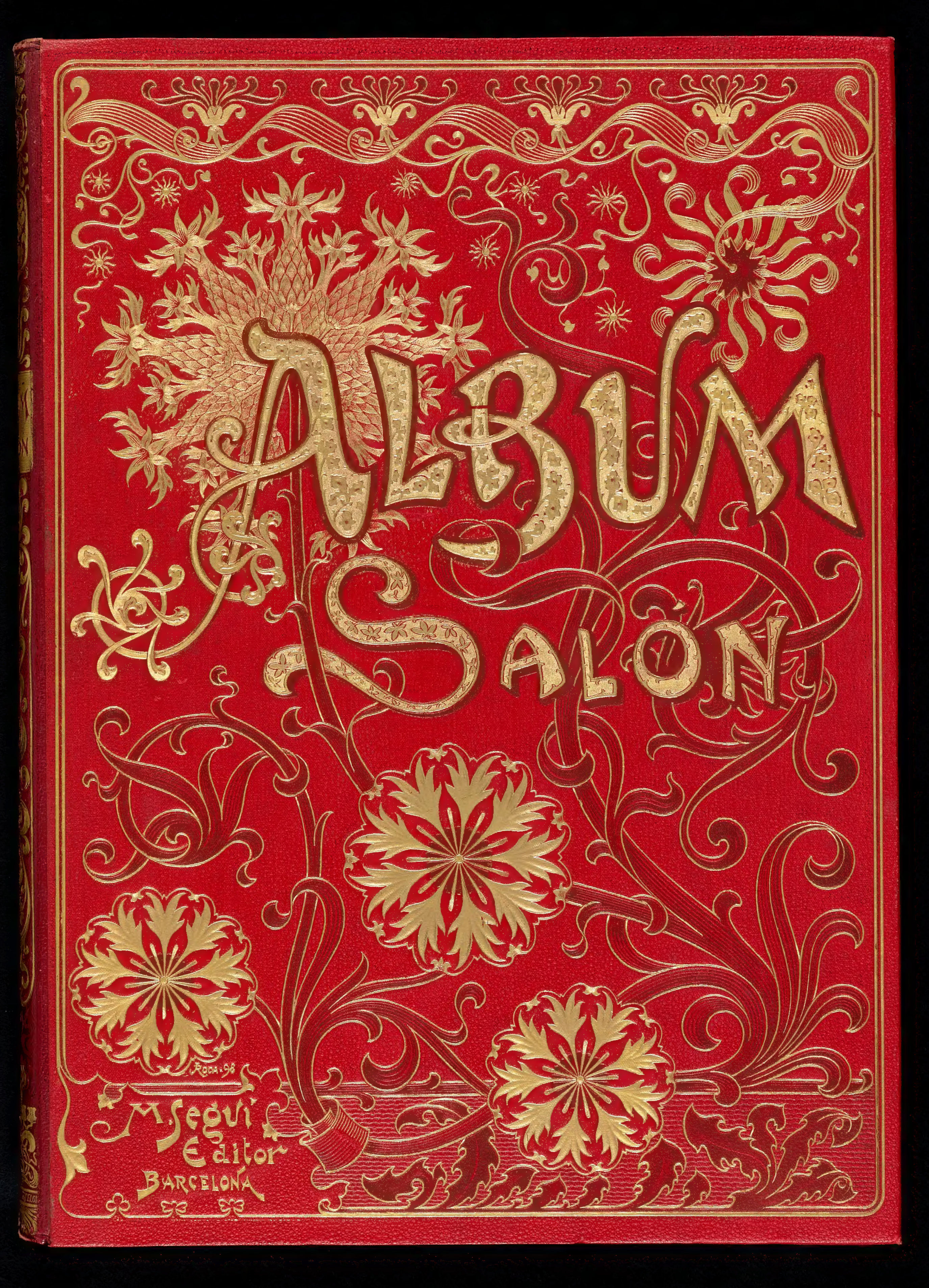

ALBUM
SALÓN
Roca 98
M. Seguí
Editor
BARCELONA

Album Salón



(Exposición Robira, Escudillers, 5, 7 y 9.)

CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí § *Rambla de Cataluña, 151. Barcelona* § **Precio: 4 reales.**

CRONICAS ✶ ACTUALIDADES ✶ ARTÍCULOS LITERARIOS ✶ POESIAS ✶ MODAS ✶ REVISTAS DE SALONES ✶ MUSICA ✶ SPORT

Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO III | BARCELONA, 1.° DE ENERO DE 1899 | NÚM. 33

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

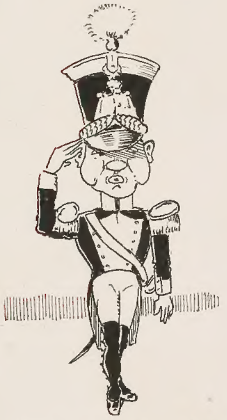
COLABORADORES

Literatos: Leopoldo Alas *(Clarín)*.—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Francisco Barado.—Pedro Barrantes.—Eduardo Benot.—Marcos Jesús Bertrán.—Eusebio Blasco.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray. — Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*. – Francisco T. Estruch. — Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*.—Carlos Fernández Shaw.— Emilio Ferrari. — Carlos Frontaura. P. Gascón de Gotor. — Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal *(Ka abal)*.— Teodoro Llorente.—José R. Mélida.– F. Miquel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce. – F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.— Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda. — Francisco Pi y Margall.—Jacinto Octavio Picón. — Miguel Ramos Carrión. — Angel Rodríguez Chaves. Salvador Rueda. — Alejandro Saint-Aubín. — Antonio Sánchez Pérez.—Joaquín Sánchez Toca.— P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés. — Enrique Sepúlveda. — Luis Taboada. — Federico Urrecha.—Luis de Val.— Juan Valera.—Ricardo de la Vega. — Luis Vega-Rey. — Francisco Villa Real. —José Villegas *(Zeda)*.—Baronesa de Wilson, y otros.

Pintores y dibujantes: Joaquín Agrasot. – Fernando Alberti.— Alvarez Dumont (Eugenio y César).—T. Andreu.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.– P. M. Bertrán.— Juan Brull.—F. Brunet y Fita.— José Camins.—Ramón Casas.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Enrique Estevan.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—A. Gascón de Gotor. — Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—José M. Marqués.— Ricardo Martí. - Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres. – Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Morelli.—Moreno Carbonero.—Tomás Muñoz Lucena.—Miguel Navarrete.—Jaime Pahissa. — José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—G. Pujol. — Román Ribera.—Alejandro Riquer. – Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.– Fernández Sánchez Covisa.– Sans Castaño.—Arturo Seriñá. – Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—María de la Visitación Ubach.—Marcelino de Unceta. —Modesto Urgell.—Ricardo Urgell. — Salvador Viniegra. —Joaquín Xaudaró, Fernando Xumetra, y otros.

Músicos: Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Federico Alfonso.— P. Astort.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Alberto Cotó.—Federico Chueca.—V. Costa Nogueras.—Manuel Fernández Caballero.—Buenaventura Frígola.—S. García Robles.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.— Enrique Granados.—Roberto Goberna.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera. – Antonio Nicolau. – Cándido Orense.—Felipe Pedrell.—José Ribera.—José Rodríguez y Fernández.—Celestino Sadurní.—Francisco de P. Sánchez Cavagnac.—Joaquín Valverde.—Joaquín M. Vehils.—Amadeo Vives, y otros.

UNA TARDE APROVECHADA: por FRADERA.



Al toque de *marcha de frente*, sale del cuartel el fusilero Colás Gómez, dispuesto á pasar una tarde *mú* superior...



Su primer cuidado, pues, es comprar dos cuartos de *cacahuets*, pa *orcequiarse*.



El cacao es ardiente; por eso no tiene inconveniente en aceptar un rato de conversación que le ha pedido una *sirena* tentadora.

ALBUM SALON


ALBUM SALON
PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA en COLORES
AÑO
1899
BARCELONA
centro editorial artistico
de Miguel Seguí
RAMBLA DE CATALUÑA -151-
G. CAMPS.



EL AÑO 1898 EN ESPAÑA

RESEÑA HISTORICA

TRISTE ha sido para la Nación el año 1898. En sus primeros días, se daba por muerta la insurrección en Filipinas; pero no ignorando nadie que dependía de la concesión de ciertas reformas, en secreto prometidas, que no retoñara. Días antes, se había dado en Cuba una constitución autonómica; pero sin haber obtenido ni solicitado de los rebeldes que la aceptasen y depusiesen las armas. Siguió en Cuba la guerra, y acentuó la República Norteamericana su propósito de intervenir en la contienda. Lo acentuó más con la voladura del Maine, surto en la bahía de la Habana; voladura que miró infundadamente como una pérfida agresión de España.

El Gobierno, á pesar de tan graves sucesos, no se decidía á convocar nuevas Cortes. Las convocó el día 26 de Febrero para el día 25 de Abril é hizo como siempre, las elecciones, atento más á procurarse una mayoría abrumadora y unas minorías dóciles, que á conocer la voluntad del pueblo. No perdonó medios, extremando, por el contrario, sus acostumbrados fraudes y violencias.

Antes que las Cortes se reunieran, el día 12 de Abril, el Congreso norteamericano había ya decidido intervenir en Cuba y exigir de nuestra nación, que inmediatamente renunciase á su autoridad y gobierno en la Isla, y de la Isla y de los mares que la circundan retirara sus fuerzas navales y terrestres. A tan arrogantes imposiciones, el Gobierno, sin aguardar á que oficialmente se las comunicaran, dió las dimisiones á Woodford, aquí Ministro de la República.

La guerra resultaba ya inevitable. Nos la declararon los yankis el 25 de Abril, y seis días después, habían entrado en las aguas de Manila, tras de habernos destruído en Cavite una escuadra y sumergídonos en el mar á centenares de marinos. Estaban constituídas ya las Cortes cuando se recibió la noticia de la catástrofe: las minorías, sin remontarse á los orígenes de la guerra, apenas hicieron más que lamentarse de lo mal defendidas que teníamos las plazas del Archipiélago. Fuera de las Cortes, la conmoción fué grande. Bajaron por enteros los fondos y llegó á 115 por ciento el cambio con Francia. En los presupuestos que se presentó, lejos sin embargo de haberse reducido los gastos, se los había aumentado en más de 100 millones de pesetas.

Esperábase con ansiedad ver compensado el desastre de Cavite por una victoria en el Atlántico. Cervera, que conducía una escuadra compuesta de nuestros mejores buques, se sintió sin fuerzas para medirse con la de los enemigos y fué cautelosa y hábilmente á encerrarse en la bahía de Santiago de Cuba. Encontró allí seguro abrigo; pero también segura cárcel. Se ilusionó un instante España: cayó después en hondo abatimiento.

El día 17 de Mayo, armaron las Cortes al Gobierno de una verdadera dictadura económica. Le autorizaron ampliamente para que arbitrase recursos y elevase á 2500 millones de pesetas la emisión del Banco. Produjeron con esta medida, alarmas: el Banco no tardó en ver invadidas su caja de Madrid y las de las sucursales, por masas de acreedores, ansiosos de convertir en monedas de plata sus billetes.

Se pudo contener el pánico; pero hubo pronto disturbios, ocasionados por el hambre. Se hubo de suspender el cobro, la exacción de los recargos puestos sobre la exportación del trigo y sus harinas, y de prohibir por un trimestre la exportación de tan importantes artículos.

Agobiado cada vez más el Gobierno, por los gastos de la guerra, tuvo de acudir á las Cortes, en busca de nuevos recursos. Pidió y obtuvo autorización para emitir 1000 millones de deuda interior, en garantía de obligaciones del Tesoro; recargar las contribuciones directas ó indirectas, unas en un 10, otras en un 20 y otras en un 30 por 100; agravarlas en otro 20 por 100, según las circunstancias; y establecer una nueva contribución sobre los petróleos, el alumbrado por gas y la luz eléctrica.

Se dió estas autorizaciones, por leyes de 15 de Mayo y 29 de Junio. A poco, se recibió la noticia de otras dos catástrofes: el alzamiento en masa de los tagalos, favorecidos por los yanquis, y la total derrota de la escuadra de Cervera. Los yanquis habían entrado por Oriente en Cuba y cercaban á Santiago. Cervera, sintiéndose aun menos fuerte que antes, para batir la escuadra enemiga, ofreció la artillería de sus buques contra los sitiadores. Tuvo orden de salir al mar, obedeció y perdió la armada. Los marinos que no perecieron en aquellas aguas, cayeron con su almirante en poder del enemigo.

El Gobierno, que ya antes había declarado la Nación en estado de guerra, cerró ahora las Cortes, suspendió las garantías constitucionales y sometió á una censura militar la prensa. Contra tantos males, no halló otro remedio que el de reducir la Nación al silencio: quiso enviar á Filipinas otra escuadra, y después de haberle hecho pasar y repasar el costoso canal de Suez, la retuvo, por si los americanos cumplían la amenaza de venir á las costas de la Península.

¿Cabía proseguir la guerra? El enemigo, aunque no sin grandes luchas, se apoderó en Cuba de la plaza de Santiago. Decidióse el Gobierno á pedir la suspensión de las hostilidades, y no la obtuvo sino á muy caro precio. Por el protocolo que se firmó el día 12 de Agosto, hubimos de ceder la Isla de Puerto Rico, renunciar á la soberanía de Cuba y de las demás colonias de América, y dejar que los americanos ocuparan la ciudad y el puerto de Manila, hasta que, por el definitivo tratado de paz, se fijara el futuro régimen del Archipiélago. No se había de esperar á que la paz fuese un hecho, para que de Cuba y Puerto Rico retiráramos nuestras tropas; habíamos de retirarlas inmediatamente.

Para colmo de mal, el día después de haberse suscrito el protocolo, entraron los enemigos, por fuerza de armas, en Manila. Ensoberbecidos los tagalos, nos dieron uno tras otro combates, nos cogieron millares de hombres é hicieron suya la Isla.

No cabían ya mayores desventuras. En Septiembre, volvió el Gobierno á reunir las Cortes; pero con el solo fin de que le autorizasen para ceder territorios. Ya que lo hubo conseguido, las suspendió nuevamente, nombró la comisión que con la de los Estados Unidos había de negociar en París la paz definitiva, y se entregó al descanso. Tan tranquilo quedó que pudo, en aquel mismo mes, reformar la segunda enseñanza, aumentando, como si no hubiesen sido aun bastantes, las asignaturas, y dando á las de religión, excesiva importancia.

Reuniéronse las comisiones de la paz, el día 1.° de Octubre. La nuestra, proponiéndose principalmente, recabar de los Estados Unidos que asumiesen la deuda de Cuba ó la impusiesen á los cubanos, cometió dos imperdonables faltas: la de excitarlos a que se anexaran la Isla y la de hacerles concebir la esperanza de obtener el dominio de las Filipinas.

Durante las negociaciones, empezó la Nación á moverse. Se fué en todas partes manifestando la necesidad de reformas con que regenerar el Reino. Propúsolas en Madrid, además del Círculo de la Unión Mercantil, la Cámara de Comercio: y ésta, aceptando el pensamiento de la de Cartagena, acordó reunir en Zaragoza una asamblea donde, reunidas todas por medio de representantes, trazaran á la Nación un nuevo plan de vida.

Innumerables fueron las reformas aquí y allí propuestas. Descolló sobre todas la de hacer autónomas las regiones. Se la presentó justamente como el medio más eficaz de dirigir la Nación por otros rumbos, despertar actividades dormidas, abrir nuevas fuentes de riqueza y suplir, por el general trabajo y la común cultura, la pérdida de las colonias. Enalteciéronla sobre todo los federales y los regionalistas de Cataluña y la Cámara Agrícola del Alto Aragón, que, para salir de vaguedades y obviar argumentos, deslindaron las funciones de la Región y las del Estado.

Ante esta ansia de reformas, el Gobierno permaneció impasible. Atento sólo á vencer las dificultades diarias, no se salió un solo punto de su rutinaria política. Se dedicó á repatriar las tropas de Santiago y Puerto Rico, y aquí nos las trajo enfermas y diezmadas en la travesía por la muerte: ¡Qué de millones de duros no ha debido después enviar, con el fin de mantener las del resto de Cuba! Para recogerlos y hacer frente á

otros gastos que aun la guerra ocasiona, ha emitido en deuda interior otros 1.000 millones de pesetas.

Arruinada venía ya la nación; pero no le faltaron hombres que se consideraran capaces de levantarla. Alzóse Polavieja, que nunca dió muestras de gran talento ni de hombre de Estado, y publicó un manifiesto que, según parece, era y es aun á sus ojos, la última palabra de la política. Sólo en su programa está, según él, la salvación del Reino. Llamado á redimirlo se creyó también Don Carlos, de más pretensiones aun que Polavieja, y sobre todo más temibles, por mostrarse resuelto á exigir el poder con la punta de las bayonetas y la voz de las cañones. Desgraciadamente, desconocen todos la gravedad de nuestros males y proponen remedios insuficientes, creyéndolos sobrados.

Las negociaciones de París han terminado el día 8 del mes en que escribo. Todo lo hemos perdido: Cuba, Puerto Rico, las demás islas de América, todas las del archipiélago de Magallanes. Por toda indemnización, recibiremos 20 millones de duros. No hemos logrado eximirnos de la deuda de Cuba. Hemos planteado mal é inoportunamente la cuestión y hemos comprometido el éxito de futuras negociaciones.

Nos queda, por todo consuelo, una protesta de la Comisión, sobre la voladura del *Maine*, aun hoy indignamente atribuída á maldad nuestra, por Mac-Kinley; y la ventaja de no satisfacer por nuestras mercancías en los puertos del archipiélago otros derechos que los que paguen los mismos americanos. Esta franquicia, que durará sólo diez años, no hemos conseguido que se haga extensiva á los puertos de las colonias de América, de que es ya soberana la República.

Perdidas las colonias, ¿tendremos siquiera seguro el territorio de la Península? Todo respira ambición y guerra en la culta Europa. Tercian las naciones en los negocios de Candía y Grecia, se imponen á Turquía, se reparten el Africa, detienen al Japón, invaden los puertos de la costa oriental de China, se disponen á entrar en Pekín, levantan en todas partes la fuerza contra el derecho. De los hombres que hoy rigen los destinos de Inglaterra, apenas salen más que voces de orgullo y amenazas. De hecho se nos amenaza con las defensas de Gibraltar y la numerosa escuadra reunida á la boca del Estrecho.

Ilusorio, completamente ilusorio, resulta el desarme propuesto por el Czar de Rusia. Los pueblos todos viven armados y multiplican, sin cesar, sus soldados y sus buques, como si ya los llamara á combate el genio de la guerra.

Para Salisbury, somos una nación moribunda; para todas las gentes una nación atrasada y pobre: forzoso es que nos rehabilitemos por la instrucción y el trabajo.

F. PI Y MARGALL

Madrid, Diciembre de 1898.



NOTA ARTISTICA; de Elíseo Meifren.

A LA FUERZA

Hemos de encabezar este artículo con un título extravagante, que obligue al lector á enterarse de las siguientes líneas, siquiera por curiosidad; ya que desgraciadamente, en España, no se lee más que por encima periódicos más ó menos acertados, se medita poco, y se siguen ciegamente los impulsos del generoso corazón, sin mirar el más allá: en lugar de tener un poco de reflexión y egoísmo, necesarios cuando hay que pelear con tan distintos actos y opiniones. De ahí provienen los sinsabores, y múltiples desastres que han ido sucediéndose, sin esperanza de ver su fin, si no lo remedian las inteligentes madres de la nueva generación: pues ésta, encogida, humillada, desesperada, creyéndose envilecida, verá con tristes ojos y culpable apatía, la ruina de la desgarrada patria, que hoy por hoy, ha dejado sus antiguos y asombrosos esplendores, para quedar á la altura de un niño de la escuela.

¡Aquí de las madres! ¡Qué grandiosa y noble tarea la de ellas, si la cumplen con fe y entusiasmo, guiando el hermoso corazón de los españoles, al par que despiertan el dormido amor patrio y las virtudes todas de tan desgraciados seres!

La historia nos da más de un ejemplo de la justa aseveración de Lamartine. « En el origen de todas las grandes cosas, hay siempre una mujer. » De la mujer depende que la nueva generación, pequeña ó grande, según se la guíe, haga olvidar con su valor y sus proezas, apoyadas en la caridad y el amor de Dios, los desaciertos de la actual; ya que es imposible olvidar á tantas madres que se han quedado sin hijos y sin pan!

Nada hay tan pernicioso, como el desaliento. Con injusticia ruin y escandalosa, se ha despojado á la noble España de sus Colonias, adquiridas á costa de tantos sacrificios y sublimes heroísmos. ¡A pesar de tantos fracasos espantosos, no deben los buenos españoles bajar la cabeza! ¡No; al contrario! fuera de los que no han hecho nada para conservarlas, los que tienen la conciencia limpia, saben que el débil no puede luchar con el fuerte, que una hacienda exhausta, no puede competir con otra repleta de oro; y luego, en aquel país ingrato que debiera haberlo aprendido todo de España, todos poseen una ciencia que ya la quisieran los desdichados vencidos de hoy. El juicio aconsejó la firma de la paz, para no sacrificar más víctimas inútilmente, pues á la fuerza ahorcan; pero que España sepa,

con un esfuerzo heroico é intelectual, colocarse en el lugar que le corresponde; que sepa aliarse con otras potencias, ¡y luego veremos!... pues nadie ignora, que por su propio error diplomático, hoy nadie ha salido á su defensa, aunque todos proclaman la nobleza de unos y la iniquidad de otros.

Es sabido, que una de las causas que impiden la marcha regular del Estado, es la *emplomanía* y luchas de los partidos, atentos no más á su propio interés. ¡Qué nos importa, que sea tal ó cual Jefe el que gobierne la Nación, si todos son los mismos perros con distintos collares! Que el pueblo sepa escoger con prudencia, energía y resolución, pero con el mayor orden y sin violencias, al Jefe que le conviene, y todo marchará sobre ruedas; ¡pero claro! todos quieren enriquecerse á costa del país, y no trabajar, mandando en cambio, con soberana altanería y desprecio á los gobernados, que sufren y callan, á pesar de que la procesión anda por dentro, y... ¡al freir será el reir!

Derribar una estatua real, es crimen de *læsæ maiestatis*. Consideramos mayor crimen, el echar por tierra la obra del pueblo, consumar la ruina y destrozo de cosa tan útil y complicada como es la Hacienda Pública, con los despilfarros y el desorden prodigioso de la Contabilidad del Estado, que hiere así mortalmente la grandeza del país! ¡Valientes madres! ¡el camino está trazado! seguidle *desde ahora*, y pronto veréis á vuestros hijos dispuestos á trabajar, á dar sus bienes y hasta su vida generosamente, sin otra ambición que la de levantar y sacar de su postración á la madre patria! Al casar á vuestras hijas, cuidad de que el que ha de formar parte de vuestra familia, reuna más salud y virtudes que dinero, y así la prole será robusta y sana! ¿No nos cuidamos de hermosear la cría caballar? Parécenos de más utilidad, el ocuparnos con preferencia de la belleza de la raza humana, hoy en pleno raquitismo! Todas, todas, debéis cooperar á la resurrección de las grandezas de antaño, para borrar las pequeñeces de este menguado fin de siglo: y así, disfrutaréis de tranquilidad dichosa, contemplando vuestra obra, que será el triunfo de la noble nación española, á quien tanto quiero y admiro.

La Vizcondesa de BARRANTES

G. CAMPS



UN ACORDE DIFICIL

TIBERIADES

La tarde va á morir. Desde la altiva
cumbre del sur que cierra el panorama,
con transparencia luminosa y viva,
del sol se extingue la sangrienta llama.

La cresta de Safed radiante brilla,
y en los picos de Hermón, blancos de hielo,
se copia y resplandece la amarilla
crepuscular coloración del cielo.

El terso lago, con vaivén suave,
aquieta el golpe de sus mansos olas,
y están, en medio del silencio grave,
sola su faz y sus riberas solas.

Vense á la orilla rústicas cabañas
de pescadores por el sol curtidos,
en cuyos techos, de pajizas cañas,
tejen las aves de la mar sus nidos.

Genezaretz eleva sus jardines,
de tamarisco y de laurel poblados,
que esparcen por los plácidos confines
sus alientos de flor embalsamados.

Y más allá, la vista se derrama
por una feracísima llanura,
que se extiende en brillante panorama,
toda llena de manchas de verdura.

Es la hora del amor; ventisca leve,
con rumor de aletazos de paloma,
las finas lenguas de las palmas mueve
por los boscajes de la abrupta loma.

Es la hora en que la tierra se desmaya,
la hora en que el canto de las aves cesa,
la hora de amor en que la verde playa
se aduerme al son del agua que la besa.

Se hunde el paisaje en infinita calma,
y al turbio rayo de la luz del día,
se reconcentra y se emociona el alma
con íntima y tenaz melancolía.

Ved. Ya Jesús, sobre la vieja nave
que el brazo de Simón hundió en la arena,
dirige á sus discípulos, suave
predicación de venturanzas llena.

¡Cuán grande y cuán hermosa su figura
parece ante la turba que la admira!
Su larga y empolvada vestidura,
en sueltos pliegues, por el viento gira.

Obscuro es el color de sus cabellos
y correcto el perfil de su semblante,
garzas las tintas de sus ojos bellos,
dulce el acento de su voz vibrante.

Es su oración, sinfónica harmonía
llena de notas lánguidas y graves,
sombra y luz, sol y nieve, noche y día,
rumor de olas y cantar de aves...

Al eco de su voz viva y ardiente,
¡con qué emoción la turba galilea
en su alma tosca germinar presiente
de un culto nuevo la confusa idea!

Culto que al golpe ideal de la palabra,
cobra de Fe y Amor aliento y vida,
inmaterial encarnación que labra
al bien eterno redentora egida.

Habla á los pobres que con hondo anhelo
escuchan sus consejos inspirados:
«Mi reino de humildad no es este suelo;
mi reino es otro». «¡Bienaventurados...!»

Y mientras que Jesús al bien incita,
el rojo sol se pierde en lontananza,
y se asombra la bóveda infinita
sobre un cielo de amor y de esperanza.

Salvador GONZALEZ ANAYA

DIONISIO BAIXERAS

PREPARANDO EL CEBO

J. M. TAMBURINI

EL CUENTO AZUL

CRISANTELMOS

Por Dios y los santos de la corte celestial, no vayan los cajistas á dejarse llevar de la manía imperante y poner *crisantemos* ó *crisantemas,* que es peor todavía... No comprendo, por más vueltas que le doy, de donde ha salido tan desfigurado un nombre de flor que vi desde mi niñez como en el encabezado lo escribo, — y cuenta que en mi casa se ha profesado siempre el culto y ejercitado el cultivo de las flores.

Al parecer, bastará abrir el Diccionario para salir de dudas; sólo que el Diccionario (de la Academia española, última edición publicada), es un indigente y un inútil; y si en el Rastro de Madrid es fama que se encuentra todo, excepto lo que se busca, en el Diccionario de la Academia no se encuentra nada, y lo que se busca mucho menos. Así ocurre que los escritores nos bandeamos como Dios nos da á entender, desechando ó admitiendo palabras, según nos viene en talante, y atendiéndonos, como los ayunadores, á lo que se usa entre gente de buena conciencia.

Los *crisantelmos* pues, y nunca *crisantemas,* son la tardía flor de Noviembre y Diciembre; la flor de la helada rigurosa. Antes que la camelia abra sus cálices de cera blanca, roja ó rosada, que tienen la tersura y la rigidez del mármol, ya los crisantelmos han soltado, sin temor á la escarcha, su cabellera de pétalos flexibles, finos, que huelen á manzanilla silvestre y almendra amarga. Los primeros crisantelmos, los vulgares, tenían muy marcado su carácter de flor mortuoria: eran uniformemente amarillos: casaban bien con las siemprevivas y los pensamientos. Pasó tiempo, y la cultura hizo su milagroso oficio, transformando la flor sencilla y diminuta, en doble y magnífica. Pero no era esto lo único porque atraían mi atención la historia y vicisitudes del crisantelmo, sino porque su aparición triunfante, la moda que lo aclimataba en adornos y en sombreros de señora, que lo agrupaba en los centros de mesa de los fastuosos banquetes, que lo sacaba del cementerio para entronizarlo en el foco mismo de la vida mundana, señalaba una fecha en la evolución de las ideas estéticas. El crisantelmo represantaba el advenimiento del arte japonés.

Japonés por excelencia es el crisantelmo. Le veréis flotar lánguidamente sobre el paisaje de papel de arroz de los abanicos; resaltar, bordado con delicadeza, sobre las fajas y las túnicas de crespón y sobre la tirante seda de los *Kakemonos;* brillar, esmaltado en oro, en las tazas, platillos y floreros de Satsuma; decorar, esculpido, los puños de sable, de marfil, y las cajas y pebeteros de bronce. Le veríais, si os tomaseis el trabajo de ir al Japón, — pueblo que merece el viaje, de seguro, — prendida en lo alto del moño de las *musmés* ó señoritas niponas, y adornándolo con la afectada y amanerada elegancia que caracteriza al tocado japonés. El crisantelmo es al Japón lo que el tulipán á Holanda. Los que suelen llamarse floripones, en los pañuelos de Manila, no son sino crisantelmos, mejor ó peor representados. El ideal desflecado de las hojas del crisantelmo doble, la irregularidad gentilísima de su silueta, es difícil de copiar con arte, y se necesita la suma habilidad y maestría de los dibujantes japoneses para reproducirla en la porcelana y en el metal.

Posee el crisantelmo doble, una escala de matices para seducir á un acuarelista. No son tonos francos, frescos y vivos, como los de la rosa y el clavel; al contrario, diríase que el crisantelmo, antes de marchitarse, ha sufrido ya esa degradación suavísima de color, que es el mayor encanto de los tapices antiguos y de los brocados históricos. Amarillos de topacio; rojos apagados, como de damasco de cortina de iglesia; violetas amortiguados, con ráfagas de rubí; blancuras de mejilla embadurnada de albayalde y vivamente sonrosada en los pómulos por un toque carminoso; ahí tenéis lo que ofrece á la vista un haz de crisantelmos dobles. Y la caída de la flor es desmayada y artificiosa á la vez, ostentando la gracia frágil y pueril de las figuritas de biombo y de las estatuillas de barro policromado, que duermen en los estantes de las vitrinas...

Para decirlo de una vez: el crisantelmo tiene el aire peculiar de los objetos de arte japoneses, que han hecho una revolución en el gusto europeo. La influencia del país del crisantelmo se conoce ahora, en todo: en el mobiliario, en los trajes, en las construcciones, en el papel de cartas, finalmente en la moda — esa ley sin sanción, promulgada á la sordina, acatada y cumplida con entusiasmo. — Los dibujantes más delicados de Europa estudian despacio á sus colegas japoneses, para tomarles los moldes; y á veces lo que se llama *modernismo* no es sino reflejo de lo que crearon hace dos siglos los artistas del Nipón.

Este movimiento, en el crisantelmo está simbolizado. No en balde Pedro Loti, el narrador cosmopolita, que ha discurrido, para conocer é interpretar el alma y el lenguaje de los pueblos, el sistema relativamente agradable, ya preconizado por Heine, de que le sirvan de gramática los ojos de una mujer; no en balde Loti, repito, al aplicar al Japón su método especial, dió á la elegida de su corazón en Nagasaki el nombre de *doña Crisantelmo.* Porque en aquel país, según parece, las mujeres usan nombres de flor ó de fruta, y hay doña Ciruela, doña Jazmín, doña Níspero y doña Amaranto. Para representar debidamente al Japón, doña Crisantelmo era insustituible. Está personificado en aquella criatura enigmática, pulcra, aseñoritada, menudita, de colas lustrosas, complicado moño, altos patines, con esguinces de gata y monerías de chiquilla, con brazos de ombar y oblicuos ojos, que fuma en pipa y toca el guitarro, y que, en resumen, no es una mujer, sino una muñeca articulada, vista á la luz de un farolillo rizado, de iluminación.

Con todas las victorias de los japoneses; con su ejército á la prusiana, su marina á la inglesa, sus cocineros á la francesa y sus profesores de Universidad á la sueca, — el modelo más científico — no me es posible ver en esa nación más que la tierra del crisantelmo doble; — un país que no debe de ser real y efectivo; que sólo existirá, probablemente, en las regiones de la fantasía, y que, vestido á la europea, parecerá un jimio. ¡Pensar que este país de laca y porcelana es hoy más fuerte que nosotros!

Emilia PARDO BAZÁN



LAS DOS FUERZAS

Casi nunca lo nuevo, mata y aniquila para siempre á lo antiguo.

Lo que hoy nos parece atraso, fué en su tiempo, progreso y progreso importantísimo.

Y como en los terrenos geológicos vemos las antiguas formaciones, y las formaciones modernas, sintetizando la evolución de los siglos, primeras y últimas páginas de un gran libro, así en el campo de la industria y en la amplísima esfera de las invenciones humanas, vemos á la par en muchas ocasiones, los viejos y los modernísimos inventos, simbolizando un pasado venerable, y un presente lleno de esperanzas para lo porvenir.

Así vemos correr por los altos terraplenes, pasar sobre puentes de hierro, hundirse en uno y otro túnel, el tren con su locomotora al frente, tragando aire por su caja de fuego, escupiendo humo por su chimenea, consumiendo centenares de caballos de vapor, en su marcha vertiginosa.

Y al mismo tiempo, paralelamente á la vía férrea ó cruzando bajo sus puentes, vemos la vetusta galera con su larga fila de modestísimas bestias, con su toldo de lona, y acaso con un mal desbastado tronco por freno.

Y el tren vuela sobre los carriles; y la galera se cunea en los baches.

Y en el tren trabajan caballos de vapor; y de la galera tiran mulas y machos, con más huesos que carne, por lo regular.

Al tren moderno lo arrastra la fuerza del fuego; á la galera antigua la fuerza animal.

Estas *dos fuerzas*, representan dos civilizaciones distintas.

Y hoy mismo estamos viendo por las calles de Madrid, cruzarse de continuo las dos fuerzas.

Por una vía marchan los coches del sistema eléctrico: nuevos, más que nuevos, flamantes; con sus lámparas eléctricas en cuanto anochece; con su empinado trolley, que va á tomar corriente eléctrica del hilo conductor, para llevarlo á los dinamos.

Y al mismo tiempo, por la otra vía, marcha modestamente y como avergonzado, uno de los coches antiguos, que todavía no han podido renovarse, con sus machos ó con sus mulas, que tiran penosamente del vehículo.

Y al cruzarse el coche nuévo y el coche antiguo, también simbolizan algo que se va y algo que llega: las dos fuerzas de que antes hablábamos; la fuerza animal ó si se quiere, la fuerza de sangre, y la fuerza eléctrica.

Y uno y otro ejemplo, el que presentamos antes y el que presentamos ahora, significan un triunfo de la fuerza espiritual, sobre la fuerza material; significan una emancipación; y en el fondo, cuantos progresos realice el hombre en el campo de la industria, son de esta misma clase.

Pero las dos fuerzas, la de sangre y la eléctrica, si bien se considera, no son distintas. Si nos remontamos á su origen, acaso se confundan en su totalidad ó en su mayor parte, en una sola fuerza; la fuerza solar, que ha pasado por dos distintas series de transformaciones, pero conservándose idéntica en el fondo.

Lo cual probaremos fácilmente, subiendo por dos series paralelas hasta llegar á un origen común.

Primera serie: la que corresponde á la fuerza animal.

¿En qué consiste la energía de los motores animados?

En la combustión que en todo su organismo se realiza, de las substancias de que se alimenta.

En último análisis, en los alimentos de los motores animados, de las caballerías que tiran de la galera, ó de las que mueven el coche del tranvía, existen hidrógeno y carbono; y al combinarse con el oxígeno, es decir, al quemarse, desarrollan calórico y ese calórico, representa caballos de vapor; y esos caballos de vapor, son la fuerza de la bestia modestísima que ni siquiera se atreve á ser caballo de carne y hueso.

Pero esos alimentos, se han fabricado en el seno de un vegetal; que la clorofila expulsó el oxígeno y preparó los hidrocarburos.

Ahora bien, la fuerza que realizó esta desoxidación, del sol vino porque fué la vibración luminosa.

De suerte que pasando del coche del tranvía, á las caballerías que lo arrastran; de éstas, á los alimentos de que se nutren; y después, á la planta en que se engendran; y después á la luz solar, *al sol llegamos:* no es mal término para una ascensión.

Y bien podemos decir, que los antiguos tranvías corren, porque vibraron unas cuantas moléculas en la esfera abrasada del sol.

Pasemos ahora á la segunda serie, á la del tranvía eléctrico, y fijemos sus términos.

El coche camina, porque giran sus ruedas y engranan con los carriles.

Giran las ruedas, porque gira el dinamo que va en el carruaje.

Y la revolución del dinamo se efectúa, porque pasa por un ovillejo de hilos metálicos la corriente eléctrica, que el trolley toma del conductor general.

Pero esa corriente, se engendró en la fábrica ó estación central; y se engendró en otro dinamo por la rotación que le comunicó una máquina de vapor.

De suerte, que como en el organismo de los motores animados se quemaba el carbono de los alimentos, en el hogar de la máquina de vapor se quema, es decir, se combina con el oxígeno, esa substancia que llamamos cok, que también es carbono.

Pero el cok ó mejor dicho el carbón de piedra, es en cierto modo, el residuo fósil de plantas antiquísimas, de bosques primitivos, en los que también la luz solar, separó el carbono del oxígeno.

Con lo cual llegamos también á la vibración de la masa solar en esta serie, como en la primera.

Porque el sol vibra, se movía el antiguo tranvía.

Porque el sol vibró hace muchos siglos, se mueve el tranvía eléctrico.

De suerte que como afirmábamos al principio, las dos fuerzas son una sola.

Mas el paso de una ó otra significa un gran progreso, como podremos demostrar en otra ocasión.

José ECHEGARAY

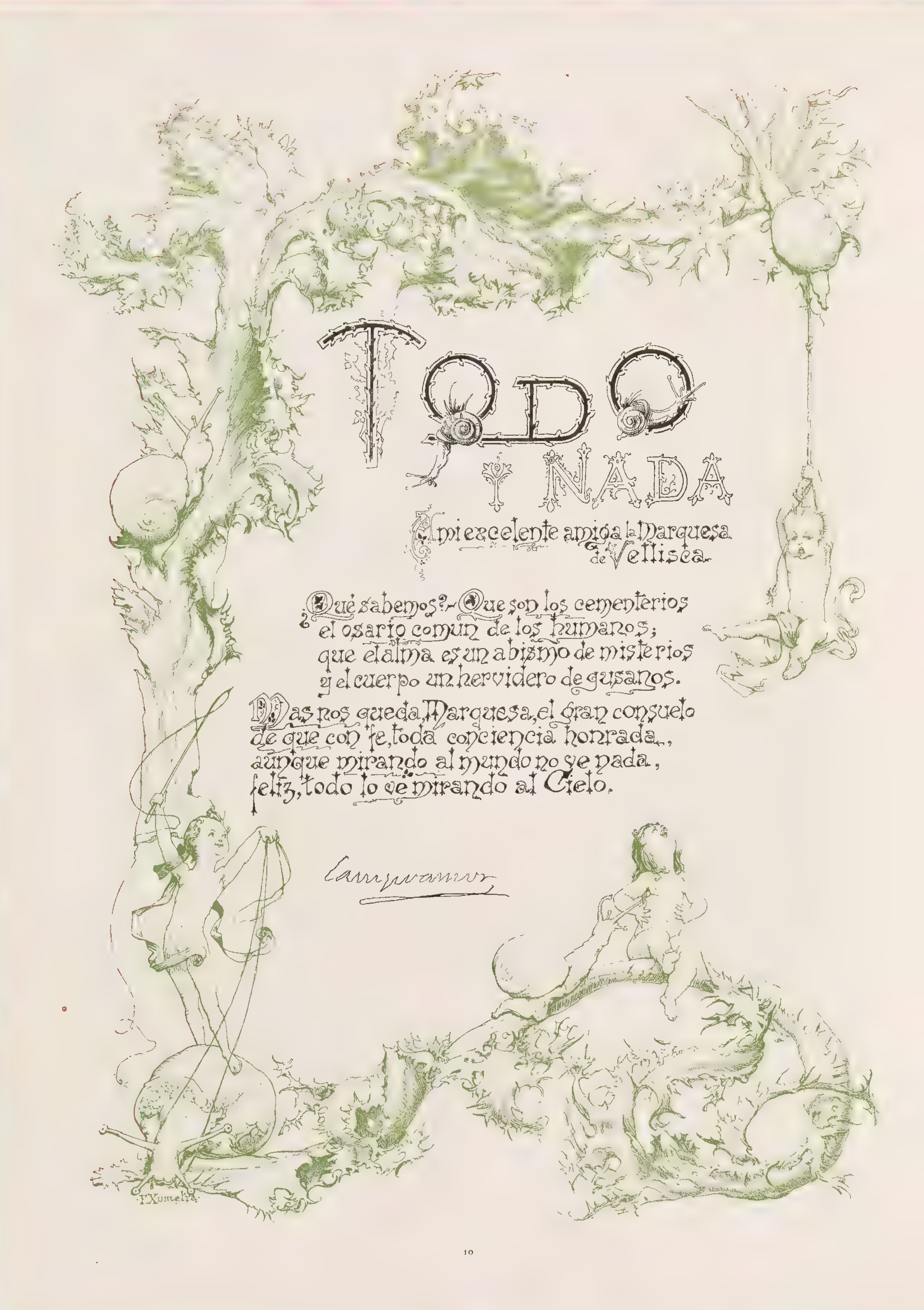


Salón Robira (Fernando VII, 59).

MAS FIRME QUE UNA ROCA



OCIOS CRUELES


TODO Y NADA
A mi excelente amiga la Marquesa de Vellisca.
¿Qué sabemos?—Que son los cementerios
el osario común de los humanos;
que el alma es un abismo de misterios
y el cuerpo un hervidero de gusanos.
Mas nos queda, Marquesa, el gran consuelo
de que con fe, toda conciencia honrada..,
aunque mirando al mundo no ve nada,
feliz, todo lo ve mirando al Cielo.
Campoamor
Xumetra



A TÍ

Es mi casita un nido;
Paloma, ven, para gozarte aguardo.
Mi mano te ha tejido
Para obsequiarte un pabellón de nardo.

Más dulce es el aroma
Que de virtud se exhala;
Libre del barro batirás el ala,
Bajo la mía dormirás, paloma.

La paz del Cielo inundará mi casa
Si tú me quieres como yo te quiero;
Mi pecho es una brasa,
Mi labio un pebetero.

F. Tomás y Estruch

FRANCISCO MIRALLES



AIRES LIBRES

CESAR ALVAREZ DUMONT



EL FINAL DE UNA RONDALLA

CARIDAD



I

Iban á celebrar las monjitas la fiesta de la Virgen, y á pesar de su santa humildad y de su cristiana resignación, desesperábanse ante aquellas andas roídas de carcoma, y ante aquel manto destruído por las irreverentes polillas... ¿Cómo confiar el peso de la sagrada imagen, á unos tablones llenos de agujeritos, por los que salía el serrín en que estaba convertida la madera interiormente? Exponíanse á que se quebrasen durante la procesión, dando el desagradable espectáculo de ver rodar por el suelo la imagen divina de la madre del Redentor... Y del manto que no se dijera, aquello era horrible, tristísimo... Bueno que en la sombra del altar, llevase la virgencita tan despreciable harapo; pero á la luz del sol y de los faroles de las andas, entre nubes de incienso y esplendores de místicas galas y lujos profanos de los devotos, había de parecer muy mal, muy pobre.... ¡Digo! y con el lujo que gastaban las discípulas de aquellas bondadosas madres!.. Nada, nada; era preciso tomar una determinación; pero pronto, muy pronto, so pena de morir avergonzadas, ante el triste aspecto de las andas corcomidas y el manto apolillado.

Las monjitas *estaban muy pobres*, ya se sabe que siempre lo están, puesto que siempre viven de limosna... Ellas nada podían hacer, ¡nada! ¡Pobrecitas! Si ellas pudiesen... A bien que allí estaban las discípulas, aquellas encantadoras discípulas con cara de ángel y corazón lleno de fe... Las niñas, sacarían del apuro á las cariñosas madres...

Y así fué... Se habló á Caridad, la discípula más antigua y más rica del colegio, la mayor, la más buena, la más despavilada, la que ya no veía en las madres maestras severas, sino amigas cariñosas, la que ya les besaba el escapulario, mirándolas á los ojos con una sonrisa algo profana en los labios... Caridad resolvió el asunto. Dijo que ella se encargaba de todo, y las monjitas se tranquilizaron.

II

A la voz casi de mando de Caridad, todas las pensionistas se agruparon en torno suyo, en medio del patio. Ella les soltó la siguiente perorata, con gravedad deliciosa:

— Amigas mias: habéis de saber que la fiesta de la Virgen se acerca, que ha de verificarse la procesión, que aquel día se ha de echar la casa por la ventana, que vendrá el padre Celestino á confesarnos... y á repartir estampitas y consejos, sabios como suyos... Pues bien, ahora resulta que las andas de la Virgen están viejas y que no pueden con el peso de la imagen... ¡Ah! y el manto también está viejo y tiene más agujeros que la rejilla del confesonario.

Silencio sepulcral en las filas... Una pequeñuela de ocho años, se hurgaba las narices con furor, poniendo una cara tristísima, por las revelaciones fatales de Caridad. Esta, prosiguió diciendo:

— Hay que comprar unas andas y hacer un manto riquísimo, digno de la Virgen ¿comprendéis?

— Sí, sí; — exclamaron algunas.

— Y las andas y el manto, debemos comprarlos nosotras ¿estáis? por que las monjitas no pueden, están muy pobres.

— Porque todo se lo gastan en comer, — advirtió una glotona. — En cambio, á nosotras no nos hará daño la merluza.

— Si no tuviera espinas, te la darían... Ellas saben quitarlas y vosotras no... Además, eso no viene al caso.

— ¡Claro! como eres la preferida y te dan siempre comida de enferma, ó sea comida de las madres...

— ¡Silencio!

Todas cuchichearon... Los planes de Caridad, estuvieron á punto de fracasar... La mocosuela, seguía con tesón su entretenimiento, cada vez más grave y más triste... ¡No tener andas ni manto la Virgencita! ¡Aquello era horrible!

- Pues, sí, señor; — exclamó Caridad, con arranque hijo del entusiasmo por su causa. — Hay que comprar las andas y el manto, cuesten lo que cuesten... ¿Que no tenemos dinero? Nuestros papás y nuestros parientes, lo tienen; ellos nos lo darán... ¡Ya veréis, ya veréis qué fiesta!... ¡Qué orgullosas iremos todas con nuestro traje de paseo, con nuestro cirio adornado, con nuestras andas doradas, con nuestra Virgen llena de flores, de oro, de brillantes, de luces y de incienso! Y detrás de nosotras la Virgen, y detrás de la Virgen el gordiflón padre Celestino, con otros sacerdotes que vendrán á la fiesta, y detrás de ellos las madres, con el pendón que hicimos el año pasado, y todos juntos cantando á la Virgen, bendiciendo á la Virgen, adorando á la Virgen. ¿Eh? ¿Qué os parece?

— ¡Muy bien, muy bien! — exclamaron todas, palmoteando de alegría y de entusiasmo.

— Yo llevaré dos cirios — dijo con voz gangosa la mocosuela, sin cesar en su indigna ocupación.

— ¡Justo! — le repuso otra chica. — Uno para hacer luz, y otro para hurgarte las narices... Cállate puerca, ó te acuso.

Esta amenaza, hizo desaparecer de allí á la rapazuela.

Caridad, radiante de júbilo, con el rostro iluminado por la sonrisa del vencedor, expuso por completo su plan... Al día siguiente, se cerraban las clases; irían á sus casas para volver y celebrar la fiesta... Luego ¡á veranear!... Desde el día siguiente, pues, era preciso que se dedicaran á recoger dinero para las andas y el manto... Primero, á los papás con el sablazo; luego á los parientes más rumbosos y á los amigos de confianza; pero todas en comisión... ¡Todas!... No podía ser; eran cien y pico... Se nombraría una junta. — «Yo presidenta» — dijo Caridad... Ninguna se opuso.... Cinco vocales y basta... ¿Tesorera? Caridad... Para encargar las andas, se comisionaría al papá de una de ellas, escultor de gran fama... Ya verían, ya verían todos si aquel infantil congreso, sabía responder á las necesidades de la Virgen del colegio... Las pobres monjitas, quedarían satisfechas de sus discípulas.

III

Todo se hizo con arreglo á los planes de Caridad... Las que tenían coche, lo pusieron á disposición de la junta, que utilizó uno distinto cada mañana... ¡Pobres de los distinguidos con la visita de aquellas encantadoras criaturas!... — «De aquí no salimos sin una limosna, — decían ellas sonriendo. — ¡Una limosnita para nuestra Virgen!... ¡Dios se lo pagará á usted, *don Fulano!*» — Y el pobre *don Fulano*, tuviese ó no tuviese ganas, sonreía satisfecho, agradecía la distinción á las lindas mendicantes, todas talluditas ya, y soltaba un billetito del Banco, nunca menor de cincuenta pesetas. — «¡Qué Dios se lo pague! — repetían todas á coro. — Queda usted invitado á la fiesta... La procesión saldrá por los claustros... ¡Ya verá usted, ya verá usted!»

— ¡A casa de don Juan! — dijo Caridad al cochero, cuando bajaron de ver á *don Fulano*.

Hubo protestas... ¡Don Juan! ¡Valiente tacaño!... Irle á él con peticiones para unas andas y un manto, era como tocarle la marcha real á una calabaza... No sacarían nada... Y después, ¿quién se atrevía á abordarle? Era un ogro... Aquellos bigotazos, aquella barba como un tojal, aquel entrecejo, aquella voz ronca y aquella entonación brusca, amedrentaban á todas... — «Yo no le pido nada.» — «Yo tampoco.» — «Nos dará diez céntimos, de fijo.» — Caridad, objetó que debían ir... ¿Daría diez céntimos? Bueno; cada uno da lo que puede ó lo que quiere... Comprarían hilo.

Llegaron á casa de don Juan... Realmente, el buen señor tenía cara de pocos amigos; sus ademanes eran bruscos, su bozarrón golpeaba los oídos y sus frases eran poco retóricas, aunque muy gráficas, ¡demasiado gráficas! No era rico; pero su paga de magistrado, le permitía vivir con holgura.

Caridad, se atrevió con él.

— ¡Una limosna, para comprar unas andas y un manto á la Virgencita del colegio, don Juan!

— ¿Para unas andas? — exclamó el caballero, tratando de sonreir cortésmente, ante aquellas seis adorables criaturas. — Pero, ¿qué falta le hacen las andas, á la Virgen de vuestro colegio?

— Las que tiene están viejas... El manto se apolilló... Ya ve usted, ¡es caso de conciencia!

Don Juan, lo echó á broma.

— ¡Ya lo creo que es caso de conciencia! Y ¿cuánto os va á costar todo eso?

— Ya nos hemos enterado... Las andas cincuenta duros, y el manto *resultará* por unos cien.

— ¡Cáspita! Si que gastan los santos en vestir... Y ¿cuánto tenéis recogido?

— Ciento veinticinco duros, — contestó Caridad, soñando por un momento que, don Juan, le diera los veinticinco que faltaban para cubrir el valor de las andas y el manto.

— ¡Oh! ¡Pues entonces os falta muy poco, hijas mías!...

Y el respetable magistrado, sonriendo sin cesar, echó mano al bolsillo, sacó una peseta y se la entregó á Caridad, diciendo:

— Ahí va... No es mucho; pero, en fin, algo es algo.

Todas salieron de allí, con la peseta y... con una indignación infinita... ¡El tacaño, el grosero, el ogro, el tal, el cual!... ¡Jesús y cómo pusieron aquellos cinco ángeles de la junta, al gorromino señor! Caridad, sonreía y callaba... ¿Qué hacer? Menos mal que dió algo... El marqués á quién iban á ver, daría más... Lo menos, el pico que faltaba...

Fueron al viejo noble con la historia de la carcoma y las polillas; el anciano señor, estremecióse entre sonrisas y caricias á las pollitas, y soltó los consabidos duros... La suma necesaria, estaba completa... ¡Tres mil reales! Todas lloraron de contento... Pero, don Juan... ¡Oh! ¡No volverían ni á saludarle!... ¡Tacañote! ¡Grosero!... ¡Si ya lo suponían ellas!...

IV

¡Qué hermosa estaba la Virgen sobre sus andas doradas y con su manto de oro! ¡Cómo sonreían las pobres monjitas, repartiendo caricias entre las educandas! y éstas, ¡qué placer, qué orgullo experimentaban! La Virgen tenía andas, tenía manto, flores, luces, incienso, música... El órgano de la capilla, entonaba suaves y prolongadas notas, como armonioso ungido de la fe, y las niñas, en correcta formación, iban desfilando por delante del altar, con sus adornados cirios y cantando bajo, muy bajo, como si suspirasen una tierna estrofa dedicada á la Virgen. Aquello era hermoso, conmovedor! «*¡Virgen mía... Virgen mía! Tú, consuelo del mortal...*» Hasta parecían más hermosas aquellas caritas, con los ojos brillantes por la emoción, los labios entreabiertos, como por anhelo de gloria eterna y el cuerpo erguido cual los cirios del altar.

A lo largo de los claustros, extendíase doble fila de invitados, en la que figuraba lo más selecto de la sociedad madrileña: banqueros, nobles, ministros, padres todos, en fin, de aquellas adorables criaturas... La emoción de los invitados, era profundísima... Un senador, al ver pasar á su nietecita, llevando en una bandeja flores que iba tirando por el suelo

ante la Virgen, lloraba conmovido... Por el abierto pórtico de los claustros, que daba á la calle, se oía el rumor de las voces de los mendigos, que esperaban la salida de los señores, para que vieran sus harapos y les compadeciesen... De súbito, se oyeron gritos, lamentos... ¿Qué ocurría?... Corrió la voz de que á un pobre habíale dado un accidente allí mismo, dentro del pórtico... Se detuvo la procesión... Las niñas se habían asustado, y las monjas corrieron presurosas á cerrar... Pero no pudieron hacerlo... Antes que ellas, había salido Caridad, dejando la procesión, y al ver en el suelo á un pobre hombre, pálido, harapiento, con los ojos en blanco y los puños crispados, abalanzóse sobre él, levantóle la cabeza, y como en aquel momento llegase una pobrucha con agua, sumergió en ella su fino pañuelo de batista, y con él bañó las sienes del mendigo, que ya no se movía y cuyo rostro tornábase por instantes, de ese color blanco verdusco, de la carne anémica, sin vida.



De entre los invitados, salió un médico que, apenas hubo examinado al mendigo, exclamó:

— Ya no hay remedio... Ha muerto de hambre... lenta.

Caridad, miró al doctor con los ojos y la boca muy abiertos; luego, hubieron de llevársela en brazos, mientras la Virgencita, con sus andas doradas y su manto de oro, volvía al altar entre nubes de incienso, entre luces y flores, y arrullada por las notas dulcísimas del órgano y el cántico de las colegialas, que salía de sus labios temblorosos, como prolongado suspiro de un alma que huye hacia lo eterno, libre de las miserias que le atormentaron en la tierra.

Cuando Caridad se repuso de la violenta emoción, y supo por la prensa que aquel mendigo dejaba esposa y dos hijos tan extenuados, tan harapientos y tan sin ventura como él, tuvo una idea feliz. ¿No habían hecho unas andas y un manto á la Virgen, pidiendo limosna á sus papás y á sus amigos? Pues, lo mismo podían hacer para vestir y alimentar á aquellos desheredados... Nada tan sencillo. ¡Manos á la obra! Reunió á sus amigas y compañeras, que á fuer de seres inocentes y poco conocedores de nuestra sociedad, aplaudieron la idea, y todas juntas comenzaron el pordioseo... ¡Pobrecillas! ¡Qué desencanto!... Entonces no se trataba de la Virgen. No era caso de vanidad... ni cosa de ellas... El que había dado veinte duros, daba veinte reales; el que había dado cinco, una peseta... y no pocas excusas. — «¡Aviadas estaríais, si fuerais á recojer dinero, para todos los pobres que encontrarais en la calle!» — «Cada cual, ya tiene varios pedigüeños, que vienen á molestarle» — «Pero, hijas, eso es una locura... muy hermosa... sí, señor, ¡muy hermosa! pero una lo cura al fin.»

Caridad, desesperábase al ver que su pordioseo no alcanzaba á reunir una suma decente... ¡Qué desgracia!... Aquellos chiquitines de cabellitos de oro como los de la Virgencita, y como los de ella ensortijados, ¿no tenían derecho á cubrir sus carnes?... ¿Por qué no habían de sonreir como la imagen, al ver sobre sus hombros algo que les cubriese?... ¡Estaban tan tristes y tan pálidos!... No lloraban al oir hablar de su padre muerto. Con el rostro estirado y los pómulos muy salientes, fijaban sus apagados ojazos de cielo, en aquel que les hablaba...

La joven, se acordó de don Juan... Las amigas protestaron.

— No vamos. — dijeron; — nos dará cinco céntimos. ¿No ves que se trata de un mendigo?

— Pues, por eso quiero ir. Hasta cinco céntimos, les hacen falta á aquellos infelices... Si hubiéramos recogido tanto como la otra vez, no iría.

Subieron á casa del magistrado, que las recibió con su mal gesto de costumbre.

— Venimos... á molestarle — balbuceó Caridad.

— ¡Por Dios, hija mía! Eso no... ¡no tanto!

— Es que venimos... á pedirle á usted una limosna.

— Para la Virgencita, ¿eh? Pues, niñas, perdonad; pero yo tengo en casa otras vírgenes que vestir... Mis hijas.

— Se trata de una pobre viuda y unos rapacitos... El día de la fiesta, murió un mendigo en...

— ¡Ah! ¿Se trata de la familia de aquel desdichado? Lo leí en la prensa. ¡Murió de hambre!

— Sí, señor; se trata de su viuda y de sus hijos.

— Confieso... que no os esperaba para esto.

— Pues sí... á eso venimos... ¡Si viera usted aquellos angelitos!...

Caridad, casi lloraba de emoción y de pena... El respetable magistrado, no la dejó proseguir.

— Bueno, bueno... Tomad... y hasta otra.

Y el ogro, el gran tacaño, el groserote, el gorromino, el tal y el cual, sacó de su gabeta un billete de veinte duros, y se lo dió á Caridad, diciendo con sincera pena:

— Es poco; pero ¡no puedo dar más!

La joven, le miró con tanto asombro como sus compañeras. Luego, sintió acudir las lágrimas á sus ojos, estrechó entre las suyas una mano del adusto caballero, y, llevándola á sus labios, balbuceó con la angustia de un sollozo de infinita alegría:

— ¡Que Dios se lo pague!

El magistrado, por toda respuesta, sonrió, diciendo á la vez que se encogía de hombros:

— ¡Bah!

Que era el modo de decir mucho... sin decir nada.

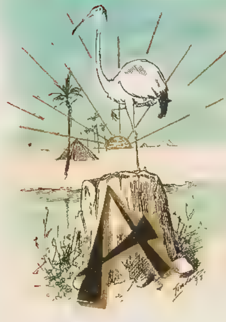
Luis de Val

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

Cubierta en color; de Francisco Masriera.
¡Oh, la consigna! — Caricaturas de Fradera.
Páginas en color. — Avelina Carrera. (Retrato).
Un golfo. — Cuadro de Luis Manero.
Esclavitud dorada. — Cuadro de Enrique Serra.
Efemérides ilustradas. — *Guerra de Africa:* cuadro de M. Picolo, correspondiente á un artículo de E. Rodríguez - Solís.
Páginas en negro: *Los humildes.* Artículo de A. Riera.
Conato de pesca. — Apunte del natural; por Dionisio Baixeras.
Modernistas americanos. — *Miguel E. Pardo.* Artículo de Tomás Orts - Ramos.
¿Qué le diré? — Composición y dibujo de B. Gili Roig.
Un abrazo. — Soneto de Salvador Rueda.
Cantares; por Narciso Díaz Escovar.
La labor eterna. — Poesía de E. Marquina.
Las fiestas de mi pueblo. — Costumbres aragonesas. Artículo de Pedro Gascón de Gotor, ilustrado por Anselmo Gascón de Gotor.
¿Quién mató á Meco? — Cuento de Carlos Ossorio y Gallardo.
Feria de ganado en Asturias. — Cuadro de Enrique Martínez Cubells.
Madrid elegante; por Montecristo.
Los dos galopines. — Cuento de Floridor, ilustrado por Eugenio Alvarez Dumont.
Teatros; por A. B. Jorro.
Mosaico.
Regalo. — Balada india, de la ópera española, «Cristóbal Colón» original del maestro Antonio Llanos; letra de Carlos Cuenca.

Impreso por F. Giró. — Papel de Torres Hermanos, Sucesores. — Litografía Labielle.

DRAMA EGIPCIO



LLÁ, en vida de los Faraones, época que *ni nuestros abuelos* han llegado á conocer, ya existían pasiones *bastardas*, envidias y hasta *celos mal reprimidos*.

Sí señores; y crean ustedes que, según los historiadores más *amenos*, los celos egipcios han sido los más terribles, dejándose muy atrás á los que suelen sentir los moros, incluso el de Venecia.

Pero entremos de lleno en el asunto, entremos en materia, entremos en el suntuoso palacio de *Ramis;* atravesando el severo pórtico y subiendo despacio la ancha escalera, de pintados mármoles.

¡Qué riqueza, qué maravillosas pinturas en las paredes, representando batallas, retratos de familia y bailes del género andaluz!

¡Qué gusto en todo, y qué disgusto sumía en profundas meditaciones al señor de *Ramis*, dueño de aquel portento artístico!

La cosa no era para menos.

Vedle allí, en el centro del salón, tomando chocolate, junto á un tiesto de claveles dobles y una perra chata.

Entre sopa y sopa, lanza un suspiro hondo que hace gruñir á la perra, y mecerse en sus tallos á las bellas flores.

De repente, arroja al suelo la servilleta, se oprime el vientre con las manos y suena un timbre.

Un negro, tan feo como la perra, descorre un tapiz y se queda esperando órdenes de su dueño y señor.



— ¿Salió *Ata?* — pregunta, con voz ronca.

— Hace una hora que marchó con sus esclavas, — contesta el negro, sin perder el color.

— ¡Mientes! — grita *Ramis*, asustando á la perra y dándole un puntapié á la maceta de claveles.

— ¡Señor! — murmura el negro, temblando de pies á cabeza.

— ¡Mientes te digo!... *Ata* no ha salido, *Ata* se esconde y huye de mí, porque me teme;... *¡tiemble la esposa infiel*,... tiembla tú, negro!

— Ya tiemblo señor...

— Condúceme á su guarida.

— No atino...

— ¿No? ¡Pues toma!

Y cogiendo una silla baja se la tira á las espinillas.

El pobre esclavo cae de bruces, y *Ramis* sale de la estancia, todo lleno de furor espantoso.

***

El negro ha mentido como un sastre.

Las esclavas no han salido de palacio; de lo cual se convence el atribulado señor, asomándose á una galería y viéndolas bailar en el patio un *chotis egipcio*.

Esto acababa de trastornarle la cabeza y la abundosa meleneta; mas, guiado por los propios celos, corre á lo largo de una estrecha galería.

De pronto, se para en seco, siente un frío especial en las pantorrillas, busca la causa, y ve á la perra olfateando, como si hubiera tomado rapé.

— ¡Oh, mi noble amiga! — le dice acariciándola. — Tú serás mi guía en esta ocasión. ¿Dónde está *Ata*, mi bella esposa? ¡Búscala!...

No ha terminado *Ramis* de pronunciar la última frase, cuando la perra da un gruñido y, arrugando el entrecejo, se para junto á una puertecita de sándalo, incrustada con preciosos jeroglíficos de marfil y plata.

Ramis se aproxima, aplica una oreja á la puerta y se atonta.

Dentro hablan dos personas; un hombre y una mujer... y ésta ¡oh! esta es *Ata;* y él... ¡Quién sabe! ¡Un traidor, quizá un amigo desleal y falso!

Pero escuchemos con *Ramis*.

— ¡Oh, cuánto deseaba verte! — dice ella.

— Y yo á ti, *Ata* mía.

— Once años nada menos...

— Once siglos, me han parecido.

— Ya no nos separaremos nunca.

— ¡Nunca! ¿y tu esposo?

— Me ama demasiado, siente celos y he pensado curarle; tú me ayudarás.

— Cuenta conmigo;... pero ¡qué bella estás!

— Y tú ¡qué gentil.. !

Ramis no puede contenerse por más tiempo, y dando una patada á la puerta, que salta en mil pedazos, se presenta en el camarín dorado, desgreñada la melena y pálido el semblante.

Ata, no se *ata* y permanece tranquila.

El galán tira al suelo la colilla del cigarro.

Pero el esposo, más furioso que nunca, da un puñetazo al intruso y lo mata completamente; enseguida da otro á la esposa y la deja medio muerta...

¡Infeliz, no era culpable!

— Te has portado muy mal, — le dice á *Ramis*, antes de morirse. — Ese que yace en el suelo, es mi hermano que acaba de llegar de Cuenca; y tú... ¡bárbaro amigo mío! me lo matas y me matas...

— ¿Es cierto? — gritó *Ramis*, en el colmo de la desesperación.

— Sí; adiós, ya estoy muerta,... *déjame vivir en paz*.

Ramis entonces repara en la perra, causa de aquel desastre; la coje de las patas y la abre en canal; se acerca á una ventana, la abre también y se arroja al patio, dando carcajadas locas...

Dos gritos de muerte se oyen á la vez.



¡Pobre negro!

Al caer su señor, lo ha cogido debajo, y han fallecido juntos.

***

Esto lo contaba días pasados un modernista, como asunto para un drama que piensa estrenar... la noche menos pensada.

JOAQUÍN ARQUES

UNA TARDE APROVECHADA; por FRADERA.



Ambas cosas, le han producido una sed atroz... ¡Era de prever! ¡Tanto cacao y tanto... *hablar!* y libando .. libando... llegó la hora de la lista,



presentándose en el estado que ustedes ven, ante el oficial de guardia, de quien obtiene una *cariñosa* acogida...



y un fusil para cada brazo, para pasar la noche.

Tip. «La Ilustración» á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.



CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí • *Rambla de Cataluña. 151, Barcelona* • **Precio: 4 reales.**

CRONICAS ✶ ACTUALIDADES ✶ ARTICULOS LITERARIOS ✶ POESIAS ✶ MODAS ✶ REVISTAS DE SALONES ✶ MUSICA ✶ SPORT

Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

— PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES —

AÑO III | BARCELONA, 16 DE ENERO DE 1899 | NÚM. 34

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

¡OH, LA CONSIGNA!, por FRADERA.



1798. — ¡Si fuese tan amable, señor sargento, de decir al centinela que por hoy no deje sentar nadie en aquel banco!... Ya ha visto vuesa merced que acabo de pintarlo.



— Vigila que no se sienten en el banco aquel.



Nadie se cuidó de retirar la consigna; así es que en 1828, se prohibía que se sentara la gente en dicho banco.

ANDREA AVELINA CARRERA

En la noche del 21 de Noviembre de 1889 representóse en nuestro Gran Teatro la famosa ópera *Lohengrin*, para *debut* de una nueva cantante, de una cantante barcelonesa, la misma cuyo nombre encabeza estas líneas; quien bajo los auspicios de su maestro, el eminente Goula, decidíase por fin á arrostrar el temido fallo del público filarmónico.

Como era natural, tratándose de una compatriota, reflejábase en la selecta y numerosa concurrencia grande ansiedad que trocóse pronto en indecible satisfacción.

Presentóse en escena Avelina, que á la sazón contaba dieciocho años, siendo saludada su aparición con espontáneos y ruidosos aplausos. La mujer había sido juzgada; tenía en su abono una valiosísima cualidad: la hermosura. Llenó su voz los ámbitos de la sala, y la manifestación de agrado convirtióse en calurosa y entusiasta ovación. El pueblo barcelonés, músico por excelencia, concedía desde luego á la *debutante* un diploma de verdadera artista.

Así, en el Gran Liceo, tan codiciado y temido por los cantantes, recibió su bautismo artístico la diva catalana: como en la pila bautismal el agua bendita cae sobre la cabeza del nuevo cristiano, sobre la frente de Avelina cayeron aquella noche las lágrimas de sus padres.

Su primer triunfo fué, pues, para Barcelona, su país natal. No podía ser otra cosa: los pájaros cantan por primera vez en el nido donde nacen. Consagrada desde aquel momento á la vida del arte, recorrió con igual fortuna los principales escenarios de España y del extranjero: Valencia, Sevilla, Madrid, Lisboa, Nápoles, Milán, Palermo, Trieste y Moscou, han hecho justicia en distintas y repetidas temporadas á su sobresaliente mérito.

En todas partes el público la ha colmado de palmas y laureles; pero, con ser tan halagadores y legítimos, no han conseguido desvirtuar su natural modestia: en ninguna de las flores que han servido de alfombra á sus pies ha aspirado el aroma mal sano de la vanidad, y conserva la frescura de su corazón, como el timbre de su voz y la serena mirada de sus ojos.



Fot. Esplugas.

Cuando canta, enamora y cautiva; su voz armoniosa y pura no tiene rozamiento alguno, emitiéndola con deliciosa facilidad; las frases de amor salen de sus labios con los matices justos de la pasión; y posee, para expresar las diversas luchas del alma, el dramático acento que conmueve y arrebata.

Por todas estas condiciones, que rara vez se encuentran reunidas, Avelina Carrera está llamada á un gran porvenir; figura en el reducido número de los seres privilegiados que Dios envía al mundo, de tiempo en tiempo, para honra y gloria del suelo en que han nacido.

Cabe en lo posible que, no conociéndola, se tache de exagerado este juicio, achacándose á provinciano apasionamiento buena parte de nuestro entusiasmo. Conste, por si así sucediera, que las laudatorias apreciaciones y encomiásticas frases aquí estampadas, no son nuestras, aunque las prohijamos, sino tomadas de la importante revista madrileña *Pro Patria;* la cual reflejó, en un hermoso artículo, dedicado á nuestra encantadora amiga y paisana, el alto aprecio en que, como mujer y como artista, la tienen en la Corte.

No menos la distingue y admira el Album Salón, constante apologista del mérito; consagrándola, para testimoniarlo, una página de preferencia.

* * *

LOS HUMILDES

« Y cuánta gente envejece,
Que no sirve para nada! »

Qué sabe el mal poeta de los que sirven y de los que huelgan en la inmensa comunidad humana! Gotas de agua reunidas forman los océanos; átomos superpuestos los continentes que de las masas líquidas emergen; á costa del esfuerzo anónimo de mil desdichados, se labran las reputaciones y se amasan las fortunas de los elegidos; por el continuo trabajo, y por las virtudes ignoradas de cien generaciones, se afirman las razas, y cantan los poetas, y legislan los políticos, y al bosque y al mar roban ritmo y número los músicos; por el esfuerzo de los obscuros soldados, se ganan las batallas y ostentan los jefes entorchados de oro; las máquinas se mueven, brilla la luz eléctrica por las noches, los campos producen el dorado grano, gracias al esfuerzo de los humildes, de los que envejecen sin provecho para nadie, como cree el rimador. Desde la llanura crecen los montes, de lo infinitamente pequeño surge lo grandioso, de la materia inerte en apariencia esa fuerza complicada y sutil, maravillosa y fuerte que late en el corazón, piensa en el cerebro, vive en los nervios y se perpetua en el éxtasis.



CONATO DE PESCA
Apunte del natural; por Dionisio Baixeras.

* * *

— ¿Qué cepas son esas que con tanto afán cultivas, viñador?

— Las que producen el obscuro mosto, el fuerte y áspero vino que escalda la garganta del obrero, y le da fuerza y vigor para soportar el trabajo continuo, inacabable, que es su lote en la tierra. Cuando pienso que sus obscuras rojizas olas prestan fortaleza al débil, salud al enfermo, alegría al afligido y fuerza de ánimo al apocado, clavo mi azada con más ardor. Años atrás, cultivé los dorados racimos que dan el vino espumoso, claro como el cristal, que refresca y perfuma los labios. Pero, cuando supe que ese vino sirve como objeto de lujo, cuando me dijeron que los hombres se embrutecen absorbiendo su espuma, arranqué las cepas escogidas, y planté las que ahora cuido.

— ¡Cultiva las cepas humildes, viñador, y sea fecundo tu trabajo!

* * *

— ¿Por qué arrancas las flores que encantan la mirada, labrador, y dejas únicamente en pie esos tallos de hierba, terminados en verde espiga, áspera al tacto y nada hermosa?

— Las flores que te agradan dan la muerte, si á solas con ellas te encierras; pueden servir de adorno, pero no rinden provecho. En cambio, esas espigas encierran el alimento de mi hermano. Cuando el calor las dora y el viento las separa de su tallo, saltan los granos sabrosos que el ingenio humano convierte en harina, con la que se amasa el pan que acalla el hambre del cuerpo, y el pan ázimo que han menester para su alma los creyentes. Cada partícula del polvo en que esas espigas se convierten, se convierte en músculos, en sangre, en pensamiento, al pasar por el misterioso y potente laboratorio que encierra cada cuerpo humano.

— ¡Arranca las flores labrador, y ojalá crezcan lozanas las espigas!

* * *

— ¿Para qué sirves viejo lobo de mar, que te empeñas en vivir, cuando tus manos no pueden sostener un remo, ni tu cansada vista advertir el peligro á tus compañeros?

— Yo soy el recuerdo y soy la tradición. Explico á mis hijos y á los hijos de mis hijos los riesgos que he corrido, los apurados trances en que me he encontrado en el seno del mar eterno é inquieto, y ellos aprenden en mis palabras, y así pueden apercibirse á la defensa, cuando la tempestad amenaza.

— ¡Dilatada sea tu vida, viejo marino!

* * *

¿Y para qué sirves tú, momia ambulante, corroída por la lepra, fatigada por todas las luchas, desengañada por todas las ilusiones? De pie, años y años, junto al atrio de una iglesia, pareces contemporánea de las piedras comidas por la polilla que nada perdona; pareces la cariátide lastimosa de la miseria humana sustentando sobre su encorvada espalda el templo que al cabo se ha de derrumbar. ¿Tienes alguna utilidad en este mundo?

— Yo soy la imagen del castigo. Mi vida, para quién sabe leer en las arrugas de mi rostro, sirve de escarmiento. Yo explico cómo un hombre colmado de los dones todos de la naturaleza y de la fortuna puede convertirse en una caricatura horrible de sí mismo; cómo puede perder inteligencia, fuerza, varonil belleza; cómo puede pervertirse poco á poco su corazón, si la fiebre de las pasiones sopla su aura destructora sobre él, inoculándole el virus de todos los vicios, el veneno de todas las degradaciones. Viví para gozar á mi antojo, y ahora muero padeciendo.

— ¡La paz sea contigo, pobre desdichado; ya sé ahora para qué sirves!

* * *

— ¿Por qué trabajas esos toscos instrumentos forjados, cuando tus manos hábiles pueden modelar las pulidas armas, las afiligranadas rejas?

— Hubo un tiempo en que empleaba mis habilidades en lo que dices; pero cuando supe que con esas armas el hermano desgarraba el pecho de su hermano; que con ellas se apoderaba de la hacienda del humilde, y destruía la felicidad del dichoso; cuando me convencí de que la reja más tenue en apariencia, sirve para quitar la libertad á un ser cualquiera,... entonces me avergoncé de mí mismo, y empecé á forjar esas otras armas de trabajo, con las cuales, si se desgarran las entrañas de la tierra, es para depositar en ella la simiente que, convertida en espiga, alimenta á los hombres.

— ¡Forja tus toscas armas, forjador, y sean su filo y su punta útiles á mis hermanos!

* * *

¿Cómo no aborreces tu labor eterna, troglodita? ¿Cómo puedes vivir en el fondo de esa mina tenebrosa, arrancando pedruscos, sufriendo la acción de los gases deletéreos que de ellos se desprenden, en tanto que sobre esa negra viscosa bóveda brilla el sol esplendoroso, que difunde luz y vida por el espacio desmedido, por la fecunda tierra?

— Es que en el seno de estas tinieblas, donde cumplo mi solitario trabajo, he aprendido á conocer la inanidad de todas las grandezas de esta vida. Con mis herrados zapatos, huello á veces cráneos de hombres que quizá fueron fuertes y poderosos; con la punta de mi pico destrozo troncos seculares, convertidos ahora en hulla inerte. Y á mí mismo me digo, que viviendo de uno ú otro modo, siempre la vida es vida y que tarde ó temprano la muerte es muerte. ¿Qué más da hallarla en el fondo de un pozo, que bajo el pabellón de una cama dorada?

* * *

Salí á la luz. Y en tanto que contemplaba cómo el sol incendiaba cielo y tierra con sus resplandores de gloria, comprendí que no hay humildad ni grandeza, que no existen abismos de pobreza, ni alturas de fortuna; y que todos los hombres, así los fuertes como los débiles, no somos sino simples máquinas de transformar materia, sujetos á la eterna ley, que dispone que cada uno de nosotros debe crecer, reproducirse y morir. Y entonces admiré á los humildes, y supe por qué viven y esperan.

A. RIERA

MODERNISTAS AMERICANOS

MIGUEL E. PARDO

Al día siguiente de conocer al escritor, conocí su libro, *Viajeros*, y me empeñé en sostener en el círculo de mis amigos que aquel muchacho tenía mucho talento.

Muy pocos fueron de mi parecer; para la mayoría, ha necesitado ir Miguel E. Pardo primero á Madrid y después á París, y allí descubrirle, para que sus dotes de artista hayan sido reconocidos.

Ni es este el primer caso... ni será el último, probablemente.

El escritor caraqueño llegaba á Barcelona desterrado, y la casualidad, ella únicamente, se encargó de hacerle nuestro amigo, el amigo de media docena de jóvenes que, de los puntos cardinales de España, también la casualidad había reunido en el rincón de un café, de donde más tarde dispersados, cada cual ha procurado cumplir su destino en el mundo, excepto, para que nada faltase, alguno que otro *déplacé* que aun ignora cual es el suyo.

Escribo del literato venezolano sin apasionamiento.

En un tiempo, nuestra amistad fué muy íntima;... después, después... he continuado creyendo que vale mucho como artista.

Su prosa nerviosa, de un asombroso colorido, tiene el don de animar la frase, que resulta viva, con su fisonomía especial, ese don que todos pretenden y sólo los escogidos alcanzan.

Una tarde, obscurecido ya, leíame á la luz de un farol, en la calle de Preciados, una de las crónicas madrileñas que enviaba á Caracas. Hablaba de Luisa Campos, describía su baile en *Vía libre*, y la instantánea no podía ser más precisa. Las frases se amontonaban, con una cadencia de danza, y la figura de la artista surgía con todos sus encantos, con toda su gracia, llena de voluptuosidades, y se la veía tal como se la aclamaba; tal cual era.

Como esta crónica, cien otras habíanme impuesto de las grandes dotes de observador fidelísimo y descriptor fácil que en Miguel E. Pardo concurrían. Vivíamos en la misma casa, le veía trabajar, y dicho sea en su honor, trabajar sin tregua ni descanso, para dar abasto yo no sé á cuántos periódicos de Caracas, Valencia y Berquisimeto; quedándole aún tiempo y paciencia para esmerarse y cuidar algunas docenas de cuartillas que habían de insertarse en «El cojo ilustrado», de la capital primeramente citada, «El Fígaro», de la Habana ó «El Imparcial», de Madrid.

No sé quién ha dicho que Pardo tiene mucho de Bonafoux, cuando escribe. Mero accidente, cuestión de forma á veces; en el fondo son dos, muy diferentes. El personalismo de Bonafoux es suyo y de nadie más; lo ha comprado á trueque de muchas lágrimas y mucha hiel.

Pardo puede haber sentido la influencia del notable cronista puertorriqueño; pero no es Pardo, Pardo, cuando es Bonafoux, ni ese Pardo merecería que de él se hablase.

Los escritores que valen más que su obra, son legión; pero no forma parte de ella el poeta caraqueño. De muchos, cabe decirse que piensan más de lo que pueden escribir; de Miguel E. Pardo debe asegurarse lo contrario, aunque parezca paradógico: escribe más de lo que piensa.

Para él no hay dificultad en trasladar al papel, y siempre en forma sugestiva, el más trivial de los sucesos, como el más trascendental de los acontecimientos; todo es útil como primera materia, y todo queda convertido en obra artística de buena ley.

Muy de tarde en tarde, en estos últimos cuatro años, han llegado á mis manos escritos de Miguel E. Pardo. Alguna que otra crónica en *El cojo ilustrado* ó en *El Fígaro*, y su último libro, *Al Trote*, que puedo hojear en estos momentos, bastando su breve lectura para convencerme de que este tomo viene á corroborar mis afirmaciones. Las cualidades que en otros tiempos le distinguían, sin acentuarse, se han afirmado, y el escritor más dueño de sí mismo, con una cultura muchísimo mayor, expresa lo que siente, describe lo que observa, emite sus ideas libre y noblemente, y ahonda, ahonda en el misterio del vivir, soldado de esa falange de infatigables que pretenden hallar en el corazón humano el pliegue en que se esconde la causa de los mil anhelos, las ansias terribles, los tormentos crueles que afligen y perturban al hombre moderno.

Pardo, como Carrillo, como Reyles, busca en un arte exquisito, un arte todo sentido, el instrumento de difusión de su labor humanitaria y santa, y por eso, en su pluma, la lengua castellana adquiere la sugestión de la propia belleza; identificándose onomatopégicamente la frase con la idea.

Por fortuna, se apartan de nosotros aquellos días en que César Frank era considerado como un insensato, porque su música tenía acentos de ira y de piedad, de agitación y de calma, y rompía con lo previsto y prescrito, para pintar en su obra las tempestades encontradas del alma humana.

Por fortuna, esos tiempos han pasado, y el artista, libre de trabas, sólo aspira á la sincera expresión de sus ideas y sentimientos; que por algo ha definido el coloso de nuestro siglo, Emilio Zola á la obra de arte «la naturaleza á través de un temperamento» y quizas pudiera añadirse «y de un estado de ánimo».

Pensando así y sintiendo modernamente, Miguel E. Pardo, ha conseguido su nombre, que si en Venezuela es popular y respetable, es en el resto de hispano-américa apreciadísimo, con justicia, pues en él se ha verificado el raro consorcio del talento y la laboriosidad: y si en braba lucha por la vida, Darwin adjudicó el triunfo al fuerte, .. el fuerte, entre los intelectuales, es siempre el hombre de más voluntad.

Joven aún, su obra empieza; y vencedor ya, el resto del camino de la vida ha de serle fácil al que ha sabido echar á un lado, en los primeros años, los obstáculos de todos los principios.

A la postre, es un consuelo para los desgraciados, poder decir, al recordar á un amigo:

«Uno que puede ser feliz.»

TOMÁS ORTS-RAMOS



¿QUÉ LE DIRÉ? — COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE B. GILI ROIG.

LUIS MANERO



UN GOLFO

UN ABRAZO

Cuando te abrazo, asáltame la idea
de ser yedra que oprime á una escultura;
más, ola azul ciñendo la hermosura
de la triunfante Vénus Citerea.
Más, ser círculo de oro que rodea
de un soberbio brillante la luz pura;
más, ser trozo de sombra en que fulgura
la luna que las noches nacarea.
Más, ser del sol engarce peregrino;
más, ser paño de cáliz argentino;
más, ser sagrario de tu busto terso.
Más, ser de un alma el amoroso lazo;
y más, ser Dios cogiendo en un abrazo
la redondez sin fin del Universo.

SALVADOR RUEDA

CANTARES

No pienses, esaboría,
que te vas á divertir
de este querer tan entero
que guardaba para ti.

He sufrido muchas penas,
pero la pena más grande
es llorar en un desierto
sin que me consuele nadie.

El canario te cantaba
y ni siquiera le oías;
¡hoy te empeñas en buscarlo ..
y está la jaula vacía!

Enseñando muchas ciencias
hallé sabios en el mundo;
¡de la ciencia del querer
no encontré sabio ninguno!

La gratitud plantó un árbol,
todos al pasar lo vieron;
¡como nadie lo cuidaba,
en seguida quedó seco!

Mi madre se está muriendo
y no quieren que la vea:
¡como si la pena mía
pudiera ser mayor pena!

Prendió la guardia civil
á ese pobre por *ladrón;*
¡quitó un pan para sus hijos,
y llorando lo quitó!

Al ver rosa tan lozana,
ni á tocarla me atreví,
y luego fué del primero
que pasó por el jardín.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

LABOR ETERNA

La Naturaleza visión de ojos dulces —
toma á su cuidado los recién nacidos,
y hasta el lecho llega de las pobres madres,
y sabios consejos murmura á su oído.
« No me lo abandones, mujer, porque he puesto
grandes esperanzas sobre el tierno niño:
quiero que tus ojos le sirvan de cielo
donde brillen todos los anhelos míos;
quiero que en tu seno recoja la savia
que estoy produciendo para él hace siglos;
quiero que lo cuides como yo á las aves,
á las mariposas y á las flores cuido.
Dile que la tierra por él es fecunda,
que por él se mueven cantando los ríos;
que le aguardo, ansiosa de hablarle de amores,
bajo el silencioso dosel de los pinos.
No me lo abandones, no me lo descuides,
que sobre él derramo mi inmenso cariño. »
La madre la escucha, la escucha sonriendo,
como los que escuchan un relato antiguo:
si la visión dulce se aleja, ella sigue
dándose, en voz baja, los consejos mismos,...
¡porque hace ya tiempo, porque desde niña
en el alma siente vibrar aquel himno!

E. MARQUINA



ESCLAVITUD DORADA

(Salón Robira, Fernando VII, 59).

LAS FIESTAS DE MI PUEBLO

(COSTUMBRES ARAGONESAS)

I

A 19 kilómetros de la capital de Aragón, divísase alegre pueblecito, que, por su blancura, parece ser un nido de palomas.

Como rasgando las nubes, se ve la esfumada silueta de un campanario, y, salvando las enriscadas prominencias del camino, se distingue maciza mole cuadriangular, salpicada de ladrillos esmaltados, motivo decorativo de la Iglesia, recuerdo preciado de aquella época en que el barbarismo de los árabes, sujeto, por conquista de nuestros monarcas católicos, á la doctrina sublime del cristianismo, legó al arte esos grandiosos monumentos arqueológicos que sólo España puede gloriarse de poseer, conocidos con el nombre de mudejares.

No lamen los muros del templo las rizadas aguas del mar; pero serpentea á sus pies pobre riachuelo que, alimentando extensa vega, labra la riqueza de los lugareños.

A pocos metros antes de llegar á la Iglesia, se alza labrada cruz ojival, que indica la existencia de un pueblo que siente y ama la religión del Crucificado, porque virtuoso Párroco la enseñó é hizo que fructificara en el corazón de sus queridos feligreses; practicando con desinterés, que á veces llegó al heroísmo, las hermosas obras de misericordia.

II

El alcalde del pueblo, en la época en que lo visité, llamábase *Pachín*: era alto y fornido, de rostro moreno, como quemado por el sol en las labores agrícolas, y que rara vez lavaba, al igual que las callosas manos, porque se hacen *crebazas*, según dicen los baturros. Vestía calzón corto de pana, que mostraba blanquísimo calzoncillo; chaleco de ídem, que siempre llevaba abierto, y sobre él ancha faja, que hacía resaltar la camisa de hilo crudo, planchada con agua — á excepción de los días festivos, en que la llevaba bien almidonada;—recortando la cabeza, lucía multicolor pañuelo de seda, sujeto á la parte derecha, por un nudo. La alpargata, abierta, de cáñamo, con cintas de algodón negro, que aprisionaban los pies, cubiertos con caladas medias, era el calzado de nuestro alcalde, quién gozaba de gran fama, por noblote y hombre recto; cualidades que le valieron la vara de mando que manejaba con singular gracia.

La mujer de *Pachín* era la *Chata:* cara frescota, cuerpo airoso, cubierto con el jubón, sobre el que se destacaba abigarrado *pañolico* de cuatro puntas, ceñido al talle y dejando al descubierto sus bien contorneados brazos; falda de variados colores, y delantal negro, cortitos, lo bastante para que por debajo asomaran sus ligeros pies, aprisionados en zapatos de cordobán, tan ligeros, que no *había mozo de aguante* á quien no rindiera bailando la jota.

III

Es el día del santo Patrón.

De los pueblos circunvecinos vienen carros adornados con follaje, atestados de gente granada, luciendo sus mejores trajes.

Con tal motivo, *Pachín* da un bando,—que se encarga de hacer público el pregonero, previo un redoble de tambor,—á fin de evitar *ribulicios* y *zaragatas*, cuya parte dispositiva dice así: « D'orden del señor Arcarde s'avisa: Que cualsiquiera mozo ú moza, chico ú grande que intente alterar el orden, será castigado por vez primera con todo el rigor de su vara. Asimesmo, el que injurie demasiado al *ángel* en la danze, ó tire ciertas aguas, que por su mala olor no dice cuales sean, al *demonio*, ó saque á relucir á su Chata en los dichos. No se premitirán disparos con balas y si con güetes, paque no ocurra lo que hace dos años, que por poco descabezan al Santo, y dimpues tuvimos malas cosechas, por lo que hubo que arreglarle la herida. Lo que s'ace saber pa los efleutos q'aiga.

IV

Los pardales (chicos) de *la Pantagorda, la Pinchaiga* de *Quiquiriquí* y *Culebrica* voltean las campanas de la torre, anunciando que va á salir la procesión; que es lo mismo que decir á mozas y ancianas que saquen del fondo de las *arcas* sus *trapos de cristianar*, y cubran sus cabezas con la clásica mantilla redonda, de paño, con bandas de terciopelo, forrada de seda.

El señor cura, ayudado del sacristán, que con la misma habilidad que *hace la barba* masculla el latín, da las órdenes oportunas para que todo vaya en orden.

—¡Chiquió! —grita *Culebrica* á *Quiquiriquí;* — que m'has *amolau* con el Santo: ¡rediez! y como pesa.

— Oye, tú, *Chiquitín*, — dice *el Tuerto:* — *mia* tú que va la *piana* bien *arregladica*.

— *¡Coña!* ¿y aquellos cintajos tan majos? Son del *chico* de la tía *Pinchaiga*, de cuando *golvió* de la *melicia*, — replica *Fencejo*.

— *¡Paño!*— añade *Polvorilla*,— *pus* no va poco *repulida* la *Zaragatera*, *pa* llevar á la Virgen. Si *palce* un sol...

— Hoy si que lucirá *Pancracio* sus paños, llevando la bandera; ¡y que no pesa la *endina!* — murmura una anciana que quiere para su sobrina al mozo, por ser bueno, trabajador, el mejor tirador de barra del pueblo y sus contornos, y por... tener seis pares de mulas y unos *campicos*... que son una bendición de Dios.

— *¡Ahitau!* — exclama *Pachín*, dirigiéndose al aguacil, — que m'has *ponido* torcidas las roscas al Santo.

— ¿Estáis ya? — pregunta el angelical Cura, alma y vida del pueblo.

— Cuando su merced quiera, — contestan varias voces

— *Pus* en marcha, —y la procesión sale triunfalmente, á los acordes de la gaita y el tambor.

Al aparecer la imagen del Santo, cargada de cintas y de monumentales roscones, disparan una escogida colección de cohetes.

Se me olvidaba indicar, que delante del Patrón bailan y palitroquean los danzantes, vestidos... no de moros y cristianos, según costumbre general en Aragón, sino de bailarinas estrambóticas: enaguillas, bajo las cuales aparecen, en vez de mallas que cubran las piernas, blanquísimos calzoncillos; en el cuerpo, llevan jubones como las mujeres, y en la cabeza, el capeli (sombrero) de fieltro, anchote y con las alas vueltas hacia abajo, adornado con multicolores cintas, recuerdo del servicio militar.

Presiden, el Párroco, revestido con flamante capa pluvial del siglo XVI, y *los de Justicia*, que, como día de gran acontecimiento, lucen las largas y pesadas capas de paño pardo, tan características en las bodas, bautizos y entierros.

En las calles, tortuosas y empinadas, se ven colchas de damasco y de hilo, adornando los balcones y ventanas de las casas.

La fiesta del pueblo es siempre un acontecimiento, y así no es de extrañar que la del mío resultara solemnísima.

Terminada la primera parte de la festividad popular religiosa, da principio la de la Iglesia, así que las autoridades se han colocado en el presbiterio, los hombres en los bancos con los brazos cruzados y las piernas una sobre otra, y las mujeres en el suelo (esto es de rigor), sobre los talones, con tal destreza que afectan la forma de conos.

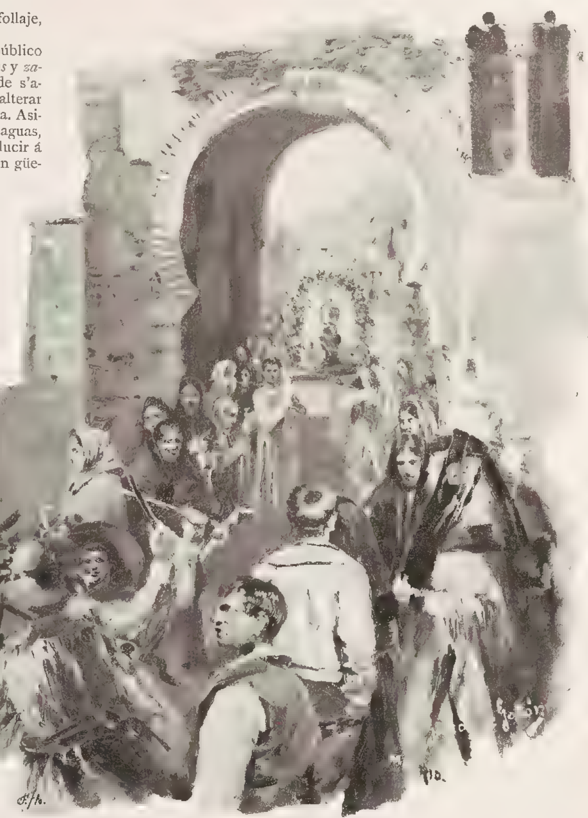
El órgano, tocado por el *mariscal* (albeitar) especie de ungüento blanco (1) y acompañado de la música del pueblo, la gaita y el tamboril, ameniza el acto, con la armonía que es de suponer, dada la calidad de los instrumentos; pero no vayas á creer, caro lector, que las gentes se tapan los tímpanos auditivos, antes bien los dilatan, para no perder *nota* de aquella orquesta, que les sabe *á cosa del cielo*.

La función ha superado á la procesión, porque el orador ha hecho brillante bosquejo de la vida y milagros del Santo, llegando á conmover el auditorio.

El refresco en la Alcaldía, da término á la fiesta de la mañana.

A las doce en punto, hora en que los perezosos de Madrid se dan cuenta de que es de día, los lugareños se encuentran en sus moradas respectivas, rezando la oración; y llenado este deber de cristiano, se disponen á saborear el clásico cocido, condimentado, como día solemne, con gallina, chorizo, jamón, etc... y al que hacen la corte un buen capón, un conejo, un sabroso plato de *magras* ó alguna que otra *friolera* por el estilo, que ayuda á digerir el excelente tinto ó *morapio*, presentado en fileteadas *jarricas* de azul.

(1) Para todo vale y para nada aprovecha.



V

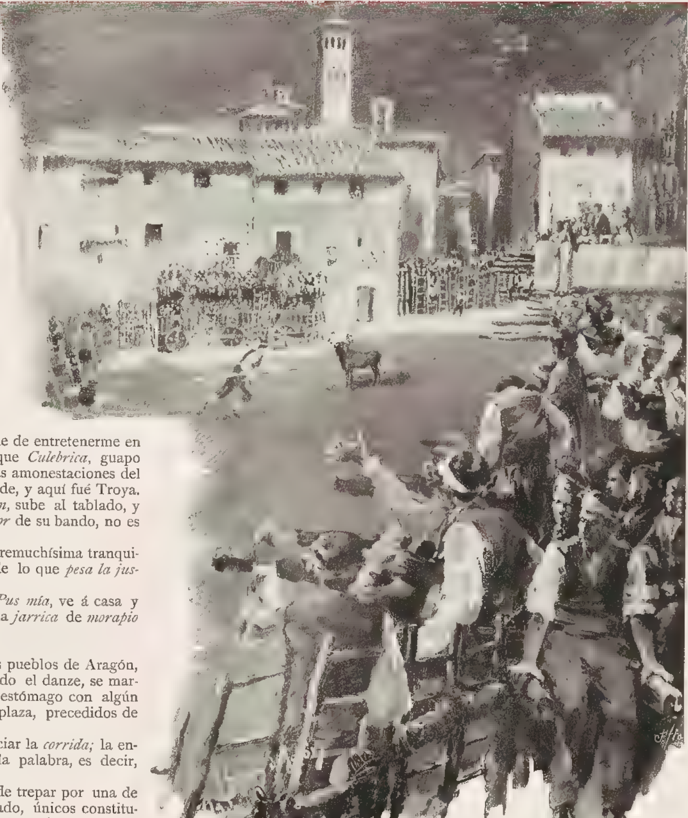
El danze es otro de los números del programa, y por la animación que en él suele reinar puede asegurarse que es de los más favoritos de los matracos.

¿Y cómo no, si en los *dichos* se hace la colada de cuanto han visto ú oído durante el año á mozas y casadas, viniendo á ser algo así como el balance de todos los actos de los pacíficos moradores? En él se critica á la Fulana, por ser una *esmanotada* en su casa; á la Zutana, por si vendió el cerdo con triquina; á ésta, por empinar demasiado el codo, á aquella por *laminera*, pues se *chupaba* el jugo de la carne y después se la daba al calzonazos de su marido; *et sic de cæteris*.

¿Y al Santo? Pobrecillo ¡qué cosazas le dice el que viste de *diablo!*; gracias que el *ángel* se encarga de vengarle, dándole una estocada que lo deja fuera de combate.

Por eso, *Pachín*, que sabía lo que tenía entre manos, prohibió entre otras cosas el que se tocara á su *Chata*.

¿Y lo consiguió? Porque mis paisanos son muy testarudos, si bien en honor á la verdad, hay quienes les *dan quince y raya*.



Después de las varias danzas y contradanzas de rúbrica principiaron los *dichos;* no he de entretenerme en su examen, basta lo apuntado. Sólo sí, diré que *Culebrica*, guapo mozo y mejor visto de las mozas, á pesar de las amonestaciones del *rabadán*, se atreve á *tocar* á la mujer del Alcalde, y aquí fué Troya. Vara en mano, baja del Ayuntamiento *Pachín*, sube al tablado, y cogiendo por el gaznate al *sacrílego quebrantador* de su bando, no es floja la *somanta* que le da.

Pachín despachado á su gusto, cuádrase con remuchísima tranquilidad, y pregunta á *Culebrica*, que se lamenta de lo que *pesa la justicia:*

¿Qué tal, mocoso, *escuesque, escuesque? Pus mía*, ve á casa y que mi *Chatica* te ponga *arnica*, y que te dé una *jarrica* de *morapio* por el susto, y *dimpues* á *muir ranas* (1).

VI

Siguiendo la costumbre de la mayoría de los pueblos de Aragón, de correr al anochecer el *toro de ronda*, terminado el danze, se marchan mis paisanos á rellenar de *algodones* el estómago con algún cordero, y una vez reforzados dirígense á la plaza, precedidos de atronadora música.

No hay que tomar localidades para presenciar la *corrida;* la entrada es general, en el verdadero sentido de la palabra, es decir, gratis.

Pero líbrese el *pijaito* (señorito) forastero, de trepar por una de las escalas ó posesionarse de algún carro ó tablado, únicos constituyentes del *circo taurino*, porque al instante será lanzado á la *arena*. Es preciso adquirir alguna relación ó presentar tarjeta de parentesco, para sin contratiempo disfrutar del espectáculo.

Recuerdo que en una de mis visitas á Cariñena con ocasión de las fiestas, me subí á uno de los improvisados asientos; estaba ya en el último travesaño de una escala de coger nueces (que es lo mismo que subir á un 5.° piso, sin ascensor, pero con principal y entresuelo) (2), cuando, asiéndome por el cuello un robusto brazo, creí verme suspendido en el aire, si una mano vigorosa no le sujeta, gritando al mismo tiempo mi improvisado salvador: « déjale, Toribio, déjale, que es el chico de la tía *Maringracia*».

Suspendo la digresión, porque el tambor anuncia la salida del morucho: negro, corniabierto, de buenos pies y entrado en años; (dispensen los críticos, si no tengo tupé para hacer revistas).

En los pitones arden dos magníficas bolas de brea, que dan al espectáculo fantástico aspecto; los mozos, con kilométricas picas, hechas de troncos de árboles, en cuyo extremo hay un clavo puntiagudo, agujerean la piel del paciente bueyazo, que alguna que otra vez, socarra á los lidiadores. A la *Reina* (3), la quemó las faldas al ir á tirarle de la *coda*.

Todos los picadores *de á pie*, han *mojado* sus puyas en el animalito; todos, excepción de uno que, queriendo hacerlo con todas las reglas del arte, no se atreve por temor á los cuernos, y seguramente no se hubiera *estrenado*, si una voz de mujer no le saca del apuro: « ¡Repaño, mundo! ¡Lucio... pínchale, pínchale pol el rabo... que todo es toro!» Era su novia; y oirla el pobre muchacho y arremeter con la *fiera*, á diestro y siniestro, fué cosa de un momento.

VII

Del toro de ronda, al baile.

El que no ha visto bailar la jotica, modesta y sencilla, no ha visto lo clásico de mi tierra.

Vaya una instantánea.

Lugar de la escena, el zaguán de blanqueadas paredes, de pavimento pétreo y techumbre de vigas, colocadas horizontalmente, de una de las cuales pende monumental candil ó velón de siete mecheros, que ilumina la estancia.

Los *ranas* (4), luciendo su típica indumentaria, preguntan á las matracas si *les cumple* bailar, y aceptado el convite, las llevan de la mano al centro del corro, donde ellas se desprenden, dando una vuelta bajo el brazo de su pareja.

Colocados frente á frente, ellas con los *brazos en jarras*, ellos con las manos abiertas, esperan á que los tañedores, rasguen las primeras notas de la popular danza.

Al principio, la jota es tranquila; pero bien pronto llega á su apogeo...

— Anda, *Conejo*, que te *pue* la *Manolica*, — dice uno.

— ¡Rediez, *Chupacharcos*, que bien la bailas! — añade otro.

— ¡Chiquiós! - gritan varios: — si *paice* un *locario* el chico de la *Pequeña!*

Y con estas y otras frases de buen humor, saludan á las parejas, que sin *reblar* bailan la jota.

Cada vez que se oye una *canta* las parejas se unen, y al terminar se separan, dando la vuelta de rigor.

En las fiestas de mi pueblo, el héroe del baile es la *Chata*, porque después de una hora de movimiento, durante la cual ha rendido á siete *mozos de tripas*, arquea los brazos y, con remuchísimo gusto y arte, entona las siguientes coplas:

Que *quiés contimparar*
á un charco con una *juente*,
sale el sol, y seca el charco,
y la *juente* es premanente.

Dichosos son los toreros,
que se acuestan sin candil,
y á la mañana aparecen
rodeados de perejil.

Lleva la tabernera
pendientes de oro;
los caños de la fuente,
lo pagan todo.

VIII

Guiados por la luz de la luna, los pacíficos vecinos se retiran á sus moradas.

Los mozos, queriendo prolongar más la fiesta, toman las bandurrias, puntean la jota con las púas sobre el cordaje de las vihuelas, y salen *de ronda* por las calles del pueblo, á cantar á sus *mañas* coplas como éstas:

Cuando querrá Dios del cielo,
Y la virgen del Pilar,
Que tu *ropica* y la mía,
Vayan juntas á lavar.

Una pata tengo aquí,
Y otra tengo en tu *tejau*,
Mía si por tus amores
Vivo bien *espatarrau*.

Aunque *te igan* morena
Chiquiá, no te sepa malo,
Que la Virgen del Pilar
Es morena y la adoramos.

Suele haber jota mayúscula, que termina como el *Rosario de la Aurora*, cuando uno de los de la ronda, despechado por la calabaza que le ha dado su novia, le dedica una copla como la que copio, en presencia del nuevo galán:

Asómate á la ventana
Cara de limón *pudrido*,
Que el día que tu naciste,
Parió mi burra un pollino.

PEDRO GASCON DE GOTOR

ILUSTRACIÓN DE ANSELMO GASCÓN DE GOTOR.

(1) *A muir ranas*, significa ir á paseo. (2) No es hipérbole. (3) Se la daba este apodo por tener 22 hijos, y porque ya en el ocaso de su vida, se comió de una *sentada* tres docenas y media de pepinos. — Histórico. (4) Baturros.



CUADRO DE M. PICOLO.

23 DE ENERO DE 1860

En 15 de Octubre de 1859 declaró España la guerra al imperio marroquí ¿Cuál fué la causa?

Por el tratado celebrado en el año 1845 con el emperador de Marruecos, señalóse como límite de nuestra plaza de Ceuta, una línea que, corriendo por una pequeña elevación, principiaba en el Estrecho de Gibraltar y terminaba en el Mediterráneo; línea que comprendía unos dos kilómetros. El gobernador de Ceuta creyó de justicia, y á la vez de conveniencia, construir fuera de las murallas, en la nueva línea, un cuerpo de guardia, con su correspondiente fortificación.

Comenzaron las obras, que no pudieron terminarse, ni siquiera adelantar, porque lo que nosotros hacíamos de día, los moros lo destruían por la noche; llegando su atrevimiento á derribar la piedra que marcaba la línea fronteriza, en la que estaban grabadas las armas de España.

La conducta de los marroquíes indignó al ejército, y sublevó el espíritu nacional.

Nuestro cónsul en Tánger, don Juan Blanco del Valle, dirigió el 5 de Septiembre una enérgica nota al ministro del Sultán Sidi - Mahomet - el - Jetib, á nombre del Gobierno español, exigiendo·

«Que las armas españolas fueran repuestas en el mismo sitio donde habían sido destruídas, y saludadas por las tropas del Sultán; Que los principales agresores fueran conducidos á Ceuta, para que, en presencia de la guarnición y el vecindario, se les castigara severamente; Y que se reconociera el derecho perfecto de España á levantar, en el campo de dicha plaza, las fortificaciones que estimase necesarias para su seguridad.»

Sidi - Mahomet contestó con evasivas, queriendo echar la culpa al Gobernador militar de Ceuta, por haber salido con las tropas españolas á clavar la bandera nacional en el mismo sitio en que nuestras armas habían sido derribadas.

Como era natural, el ministerio español, presidido por don Leopoldo O'Donnell, no confiando en una solución satisfactoria, se preparó para una lucha que juzgó inevitable.

La guerra fué al cabo. declarada, con la sanción de las Cortes y el entusiasmo del ejército y del país.

A las órdenes del jefe del Gobierno, que fué nombrado General en jefe, desembarcaron en Africa cuatro cuerpos de ejército, capitaneados por los generales don Rafael Echagüe, don Juan Zavala, don Antonio Ros de Olano y don Juan Prim.

En los diversos combates que se libraron, en los primeros días de la campaña, quedó demostrado la certera puntería de los moros, su traidor batallar, al amparo de los bosques, cañaverales y pantanos, su fanatismo y su valor; pero á la vez quedó demostrado también la bizarría, la serenidad, el heroísmo de los soldados españoles.

La guerra de Africa debía ser, y fué en efecto, el choque de dos razas poderosas.

Frescos aún los laureles alcanzados por el general Prim y sus soldados en la gloriosa batalla de los Castillejos, ocurrió la acción que representa nuestra efeméride

. . . .

Amaneció el 23 de Enero de 1860.

Las descargas de fusilería eran cada vez más nutridas.

A lo lejos, se escuchaban formidables alaridos de la gente mora.

Más cerca, entusiastas vivas á España

Al pie de una colina y casi en el campamento marroquí, divisábanse los blancos roses, los obscuros ponchos y los rojos pantalones de un puñado de soldados españoles, rodeados de una multitud de jinetes árabes, entre los que se veían mezclados el pardo jaique, el blanco alquicel, los calzones amarillos y verdes, el gorro encarnado y el turbante monumental.

Eran moros de rey, soldados imperiales y jefes de diversas tribus.

Separados por unas pantanosas lagunas, dos escuadrones de Farnesio y uno de Albuera, contemplaban con la mirada centellante el grave peligro de aquellos soldados, sus hermanos, ansiosos de correr en su auxilio.

De repente, un ayudante de O'Donnell, á todo el escape de su corcel, llega hasta donde se encontraba el jefe de la caballería española en Africa, general don Felix Galiano, y con acento enérgico le dice:

— De orden del general en jefe que cargue V. E. con los escuadrones de Farnesio y Albuera, y salve á Cantabria.

— ¡Ya era tiempo!... ¡¡Muchachos; á salvar á Cantabria ó á morir con ellos'!

— ¡Viva España!

Y todos se lanzaron tras el general Galiano y el brigadier Romero Palomeque, los de Farnesio con las lanzas en ristre y las banderas flotando á merced del viento, y los de Albuera con los sables levantados y las carabinas preparadas

¿Qué había ocurrido?

Que el regimiento de Cantabria se hallaba protegiendo la construcción del reducto de la Estrella, cuando una guerrilla, llevada de su ardimiento, había atravesado un pantano próximo á la Aduana, en persecución de los moros que trataban de impedir el levantamiento del fuerte: la guerrilla arrastró al batallón y con él al general Ríos, cuya división, recién llegada al campamento, entraba en fuego aquel día por primera vez.

Numerosos grupos de moros habían acudido en auxilio de los suyos y envuelto por completo á los nuestros, obligando á Cantabria á que formase el cuadro, en

cuyo centro se encerró el general Ríos, — protegido por el coronel Nanetti con la compañía de cazadores.

Lagunas inmensas separaban nuestro campo del lugar del combate, pero Cantabria se resistía bravamente, causando la admiración de todo el ejército.

El momento era decisivo.

Vacilar era perderse y morir.

Impresionado el general O'Donnell ante el peligro que corrían aquellos valientes alejados del grueso del ejército y acosados por los enemigos, cuyo número aumentaba prodigiosamente, ordenó primero el avance de la caballería, luego el de la artillería, y después, él mismo se lanzó en socorro de aquel puñado de héroes.

Los caballos, con el agua hasta la cincha, salvaron el obstáculo de las pantanosas lagunas, y sus bravos jinetes cargaron sobre los marroquíes, lanceándolos y acuchillándolos con imponderable arrojo.



FERIA DE GANADO EN ASTURIAS. — Cuadro de ENRIQUE MARTÍNEZ CUBELLS.

La artillería salvó igualmente los pantanos llegando á la otra orilla, desde la cual empezó á cañonear á los moros.

O'Donnell, al frente de su escolta de guardias civiles y carabineros, seguido de los batallones cazadores de Baza, Segorbe y Ciudad Rodrigo, el regimiento de la Reina, cuatro compañías del de Zamora, y los otros dos escuadrones de Farnesio, apoyó el movimiento de la artillería y la caballería.

Los jefes y oficiales, al atravesar las lagunas, no cesaban de gritar á los soldados:

—¡Hijos, no mojar la pólvora!

—¡No hay cuidado! — respondían todos, levantando en alto los fusiles... Y al llegar al opuesto lado se alineaban y formaban, *como en un día de parada,* y corrían al enemigo, recibiendo impávidos los tiros de la morisma, y libertaban á los soldados de Cantabria que ya los moros consideraban como presa suya.

El lancero de Farnesio, Juan Antonio Pérez, adelantándose á todos, metióse con audacia increíble entre los jinetes árabes, logrando apoderarse de un estandarte moro que, lleno de legítimo orgullo, presentó al brigadier Romero Palomeque y éste al general O'Donnell, quien premió su heroísmo concediéndole el empleo de sargento y la Cruz laureada de San Fernando, entre los aplausos de sus hermanos de armas y los vivas á España.

Bizarra fué la acometida de los marroquíes, superiores en número á los nuestros; pero heroica fué la resistencia de Cantabria, y la carga de los escuadrones de Farnesio y Albuera.

La acción, que había comenzado á las doce de un espléndido día, terminó á las cuatro de la tarde, dando los valerosos hijos de España un nuevo día de gloria á su querida patria.

E. RODRIGUEZ SOLIS

¿QUIÉN MATÓ A MECO?

CUENTO

I

Yo conocí á Meco.

Creo no podría precisar el año, y el día aun menos; pero sí me acuerdo que fué en una alegre romería que se celebraba en Mourente, pregonada por los estampidos de las bombas reales, cantada por los murmullos de los arroyos que mantienen en Galicia siempre verdes y siempre erguidos los altos maizales; favorecida por las mozas más garridas de la comarca, frescas como lechugas y coloradas como manzanas; y animada por los dulcísimos sones de la gaita, que como nadie manejaba por aquellos tiempos *o tío Marcos.*

Era un verano, y cobijándose de los rayos ardorosos del sol bajo la frondosa copa de un castaño, pude ver y vi efectivamente á Meco, uno de los tipos más famosos de aquellos contornos y algunas leguas á la redonda, por su aspecto de idiota y sus rapacerías de hombre despavilado.

Viejo, sin llegar á la decrepitud; adinerado, sin llegar á rico; tosco sin llegar á gañán; Meco era una de tantas pequeñas providencias que en forma de usurero abundan por las tierras galicianas, sacando de apuros á los infelices á quienes el fisco aprieta, dando elementos para vivir á los vagos y adelantando medios para que el novio adquiera las vaquiñas, base de su porvenir y su matrimonio, á cambio naturalmente, de tener noventa y nueve probabilidades contra ciento de quedarse en breve plazo con las tales vaquiñas, la aldehuela del vago ó la choza del contribuyente. Una de tantas almas caritativas que se desviven por amparar y proteger á cuantos necesiten de sus ochavos, mediante el *tanti cuanti* correspondiente, que no suele ser ni corto de talle ni pagadero á largas fechas. Era, en fin, un redomado prestamista que tenía metido en un puño á todo bicho viviente: es decir, uno más.

Meco gozaba por tanto de gran popularidad entre toda clase de gentes, y veíasele de continuo en donde pudiera sacar raja gratuita, comiendo,

bebiendo ó fumando. Era el más puntual de todos los invitados á una fiesta y aun de los no invitados, y por más que su presencia resultaba poco grata para la mayoría de las gentes de aquellos contornos ¡cualquiera se atrevía á decirle, aunque fuera disimuladamente:

—¡Tío Meco, aquí hay uno que sobra, y ese... es usted!

Los padres le debían las quintas de sus hijos; los novios, los regalos de sus amadas; los borrachones, el importe de sus francachelas. Es decir, tanto como deberle, casi podría asegurarse que no, aunque Meco lo afirmase á diario y á todo el que lo quisiese oir; pues creo honradamente que no debe nada á nadie, quien con creces lo ha pagado, aun cuando no haya podido, querido ó sabido recoger el usurario pagaré, firmado en un momento de obcecación ó necesidad.

Quiero decir con todo lo que dicho dejo, que Meco el pobrecito, había tenido la desgracia de que habiendo pasado su vida, según él, haciendo favores, no le pudiese ver nadie, y que el que más y el que menos deseaba al indiano una suerte que yo para mí renuncio desde luego con toda generosidad.

Allí, bajo las sombras deliciosas de los nogales y los castaños, charlamos Meco y yo, un rato. Me contó, con minuciosidad de fraile en *scriptorium*, su vida por las Américas, fumamos una pipa y... hasta hoy.

II

No hace muchas semanas recibí de un grande y cariñoso amigo, juez que fué en no recuerdo que punto de Galicia, una carta algo extensa, en la que, á cambio de excusas por su silencio y de protestas de amistad siempre agradables, me daba algunas noticias de las mil y pico de peripecias que le han ocurrido en el cumplimiento de sus obligaciones judiciales; las cuales al lector le tendrán seguramente sin cuidado, y le tendrían aún más, si entre ellas no hubiera incluido las siguientes que, por tratarse de quien se trata, me permito reproducir:

. . . . Pero nada tan extraño, anómalo é imposible de explicación, como el caso siguiente:

Figúrate que una noche estaba yo jugando tranquilamente al tute con el bondadoso cura que tú ya conoces, cuando recibí la noticia de que en plena carretera había aparecido el cadáver de un tal Meco, hombre poco simpático y al cual la gente de allá «le tenía ganas», como vulgarmente se dice. Unido esto á su fama de prestamista, de rico y de pocos amigos, me hizo sospechar que se me venía á las manos el poco apetitoso trabajo de descubrir un crimen. Excuso decirte que sin pérdida de momento hice las averiguaciones necesarias y empecé á instruir el atestado.

Al efecto, llamé á todos los vecinos de aquella circunscripción y... aquí empieza lo notable.

—¿Sabéis quien mató á Meco?—les pregunté una vez que les tuve reunidos. Y á una, como obedeciendo á una mayoría conjura, me respondieron:

—Matámosle todos.

Excuso decirte mi asombro. Aquella declaración era, á todas luces, falsa. Pero ¿á qué venía? ¿Se habían confabulado todos los vecinos honrados para salvar con su declaración al único culpable, que lo mismo podía estar entre ellos, que lejos ya de allí? ¿Era que todos y cada uno de aquellos aldeanos se hubieran alegrado de ser el autor material del crimen? ¿Pretendían con tal añagaza despistar á la justicia? Esto era acaso lo más probable; pero no lo seguro. Nuevos careos, nuevas declaraciones y siempre lo mismo: todos mataron á Meco.

Tú ya sabes el santo horror con que en todas partes y entre las sencillas gentes gallegas con especialidad, se ve cuanto huele á justicia; ¿á que venía, pues, el meterse en la boca del lobo? ¿A ser posible, se hubiera debido, en vista de tan extraña declaración procesar á toda una comarca?

Te confieso, amigo mío, que semejante conducta no se la puede explicar ningún cristiano, ni tampoco quien no lo sea. Allí sí que pudo aplicarse aquello de «entre todos le mataron, pero el solo se murió».

Las principales personalidades de los pueblos vecinos y los últimos labriegos; desde el hombre honrado á carta cabal hasta el sospechoso de pendenciero; empezando por los mozos más forzudos y concluyendo por las rapaciñas más inocentes; media Galicia en suma, se declaraba autor de la muerte de Meco... y el pobre juez, sudando la gota gorda, sin poder sacar la punta del hilo de ovillo tan enmarañado. ¿Eran todos los declarantes víctimas de una obsesión, de un alucinamiento que les convertía en orates en libertad? ¿Qué extraña sugestión ejercía su diabólico influjo en todas aquellas gentes? Te digo que era cosa de perder la cabeza.

Me quedaba la autopsia del cadáver como supremo recurso. Un hombre á cuya muerte contribuye toda una comarca en peso había de haber sufrido un suplicio horroroso; los lynchamientos deben dejar huellas tan tremendas en la víctima, que no será posible confundirlas con otras, pensé, y á la autopsia me acogí para salvar mi crédito de juez, como el naúfrago á un manojo de algas para la salvación de su vida. Sin fe ninguna.

Se realizó la operación y ¡aquí viene lo más gordo! El médico declara solemne, categóricamente que Meco había fallecido... de muerte natural.

¿Entiendes el fenómeno? Pues yo tampoco. En tales circunstancias, aquella muerte natural era la menos natural de las muertes.

Excuso decirte que en el mismo día escribí al Ministro pidiendo mi traslado á un punto donde pudiera no volverme á acordar de Meco... ni de sus *asesinos*. . . . .

Carlos OSSORIO y GALLARDO

LOS DOS GALOPINES

Mi madre lavaba la ropa á un señor rico, según la opinión de la gente, contraria á la de ella, en razón á que nunca podía cobrarle.

Don Celedonio, que así se llamaba ó se dejaba llamar aquel señor, era un hombre incógnito. No trataba á nadie. Unos decían que era un sabio retirado al ostracismo; otros, que comerciante averiado por quiebras; varios, manifestaban que era un bizarro oficial — todos los oficiales resultan bizarros y pundonorosos — de reemplazo, y hasta había quienes aseguraban que era un mago ó un espíritu satánico, disfrazado de persona mayor. En resumidas cuentas, nadie sabía de fijo quién era don Celedonio.

Yo le conocí un día que fuí á llevarle unas camisas. Se estaba rizando los bigotes, que eran larguísimos, con unas tenacillas de señora. La puerta estaba abierta y entré. Al verme, me saludó diciendo:

— ¡Eres un rinoceronte!

— Está usted equivocado — respondí. — Yo no soy eso; me debe usted confundir con otro... Soy el chico de la lavandera. Y dice mi madre que... si no me paga usted, no le deje estas camisas.

Don Celedonio tiró las tenacillas al azar y cayeron sobre mí. Ya estaban frías. Después se irguió en toda su estatura — era muy alto — me miró de un modo feroz, cogió un sable, un chafarote descomunal que pendía de la pared, y colocándolo de plano, comenzó á sacudirse con él la levita, mientras yo me escondía tras de una mesa coja.

Después me dijo:

— ¿Cuántos años tienes?

— Haré quince por San Antón.

— Hazlos cuando quieras. ¿Sabes hacer algo más que años?

— Sé tender ropa y escorrerla.

— Bueno; serás mi criado. Díselo á tu madre y vuelve. Dile también que tiene un hijo que es un adoquín; pero yo le desbastaré.

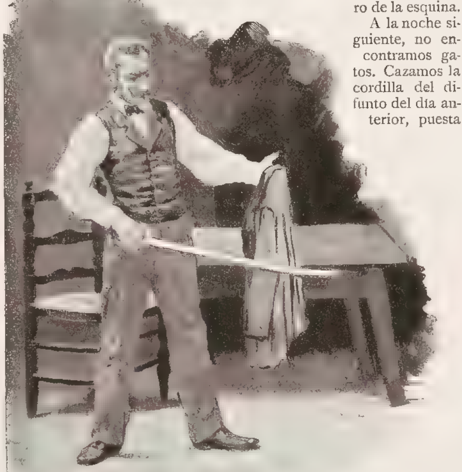
Y me señaló la puerta y no me pagó las camisas.

Vi á mi madre, y la pobre mujer me juró llorando que no tenía más hijos que yo. Al adoquín de referencia no lo conocía... ni de vista.

Al otro día, entré de sirviente en casa de don Celedonio.

Poco tenía allí que hacer. Después de limpiar cuatro cachivaches y muebles más viejos que mi dueño, me acostaba. Sólo tenía que pensar en el hambre que pasaba, pues en aquella casa no se encendía el fuego más que para calentar las tenacillas para el rizado del bigote. Algunos días comíamos muy poco, otros aun menos, y, por fin, llegó día en que no comimos nada... que es lo menos que se puede comer.

Pero, por la noche, salimos de caza. Cogimos en la escalera el gato del portero, y nos lo sirvió con salsa verde el tabernero de la esquina.

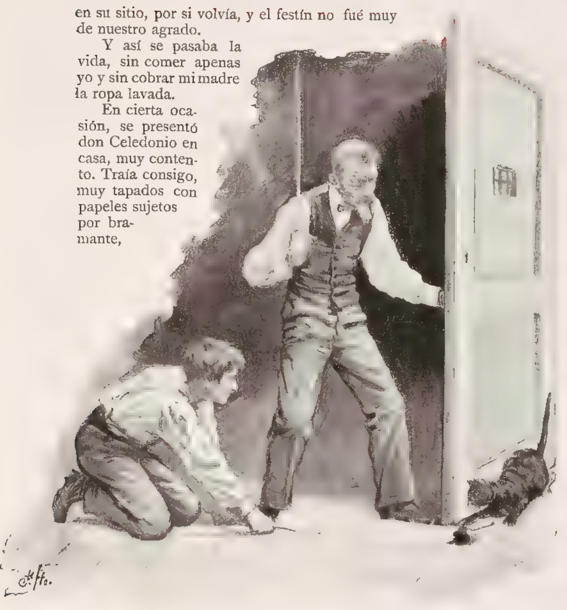


A la noche siguiente, no encontramos gatos. Cazamos la cordilla del difunto del día anterior, puesta

en su sitio, por si volvía, y el festín no fué muy de nuestro agrado.

Y así se pasaba la vida, sin comer apenas yo y sin cobrar mi madre la ropa lavada.

En cierta ocasión, se presentó don Celedonio en casa, muy contento. Traía consigo, muy tapados con papeles sujetos por bramante,



dos objetos, uno en cada mano. Al verlos, se me abrió la boca, y mi imaginación recorrió toda la escala gastronómica. Aquello debía ser jamones, ó quesos de bola, ó butifarra, ó coles alemanas para hacer *choucroute*.

Pero no, era cosa mayor, mejor todavía de lo que yo había pensado.

Descubiertos los objetos, resultaron ser dos bustos.

— ¿Los ves? — exclamó mi señor, limpiándose el sudor del rostro — no se comen, pero nos darán de comer.

— Falta nos hace.

Desde entonces recibíamos frecuentes visitas, y todos los visitantes dejaban algún dinero, pues á todos se les prometía que los bustos serían suyos en plazo breve, si entregaban á mi dueño cierta pequeña cantidad, de la que extendía recibos.

Los bustos representaban á Herodes y Pilatos, según un organista que los vió; á Hipócrates y Galeno, en opinión de un boticario; á Pablo y Virginia, según un joven que se daba á la Literatura; á Nerón y Calígula, en virtud del docto parecer de un caballero que se dedicaba al Derecho.

Pero, para mí, la opinión de más crédito fué la de un platero, que dijo después de pesarlos:

- Estos dos bustos son de plata de ley; su mérito artístico es grande, y entre los dos pesan veinticinco kilos.

¡Una fortuna!

¡Y don Celedonio seguía sin darme de comer! El iba á diario á la fonda.

Un día no vino á casa; ni al otro, ni al otro.

Al cuarto de su ausencia, me despedí de los muebles.

Al quinto volví. Mi amo tenía una llave y yo otra del piso. La portera me dijo que don Celedonio había estado en casa, en compañía de un mozo de cuerda que llevaba unos bustos de plata muy bonitos.

No obstante buscar por todas partes, yo no vi más que los que ya conocía, aquellos á quienes cada cual bautizaba como quería.

¡Y mi madre, á todo esto, sin cobrar lo que lavaba á don Celedonio!

Aquel hombre era un tuno. Me lo dió á entender una tarjeta que encontré en su cuarto, en la que leí:

Amigo Celedonio: Necesito que me devuelva usted inmediatamente los bustos de Cicerón y Séneca que le presté hace más de un mes para que se los enseñase á unos amigos de usted, escultores. Me huelo que es usted un pillo, y de no enviarme los bustos, mañana mismo se entenderá con usted el Juzgado. Suyo:

Melitón

¡Vaya si era un tuno don Celedonio! ¡Un bribón redomado!

Y yo pensé y me dije:

« Mira, Bonifacio; *el que roba á un ladrón, ha cien años de perdón*. Bueno, pues si yo me largo con los bustos, robo á un granuja, me perdonan, los vendo, mi madre se cobra la ropa lavada, yo percibo mi soldada, á don Melitón le entrego lo que quede, y todos contentos.

» Los bustos pesan veinticinco kilos. ¿Cuánto valen? Pues verás, Bonifacio. Un duro en pieza pesa veinticinco gramos; luego diez duros pesan 250 gramos. Siendo así, cien duros han de pesar 2,500, y mil duros 25,000 gramos, que quitados los ceros quedan en 24 kilos, justos y cabales. Veinticinco kilos pesan estas estatuillas y 25 kilos de plata valen ¡mil duros! ¡Ea, vengan, y á Roma por todo!»

Cargué con los señores de plata y corrí por los campos con ellos.

***

Ya muy entrada la noche, hallé una posada.

Pedí cuarto para dormir, y pasé mil fatigas para que no descubrieran los objetos hurtados.

— Sólo tengo una cama disponible — me dijo el posadero — en un cuarto donde hay dos. Entre usted despacio, para no despertar á su vecino.

Toda la noche la pasé soñando. Los bustos me parecía que hablaban. El uno tenía la cabeza de mi dueño y el otro la mía.

Desperté al amanecer. Me levanté de puntillas y miré la cama de mi compañero de cuarto.

Al principio, sólo vi la punta de un gorro; después la punta de una nariz muy afilada, y luego unos bigotazos descomunales y unos ojillos que me miraban muy fijos.

¡Cielos! Allí estaba despierto... ¡el propio don Celedonio!

Quedé como petrificado.

— ¿Qué es eso, pillastre? — me preguntó incorporándose y señalando los bustos — ¡Ah, guripa! lo reconozco. ¡Me has robado!

Me hinqué de rodillas... y él soltó una carcajada.

— Te perdono, — continuó. — Eso que llevas vale doce pesetas. ¡Tonto! Si son reproducciones en barro, plateadas luego... Los bustos de plata... ¡échales un galgo! ya los he vendido.

Quise desmayarme, pero no pude, y preferí abandonar aquel sitio.

— Suba usted — dije al posadero — mi vecino le pagará el gasto que he hecho. Vine aquí á traerle unos bustos.

— ¡Ah! ¿Eran para él? — murmuró una vieja que estaba agazapada tras el mostrador.

Era la portera que me había seguido la noche anterior.

— Luego se halla arriba don Celedonio? — me preguntó un señor muy regordete.

— Arriba, sí,... en compañía de unos bustos.

— Vamos, don Melitón, está usted de enhorabuena.

***

Poco después don Celedonio salía de la posada, atado codo con codo y custodiado por la guardia civil.

Yo respiré... y no cobré mi soldada.

Ni mi madre la ropa limpia de don Celedonio.

FLORIDOR

MADRID ELEGANTE

CUÁNTOS cambios han sobrevenido á la sociedad madrileña en esta década tristísima!

Materia copiosa para un erudito, rebuscador de añejas crónicas, al estilo de don Juan Pérez de Guzmán, el autor de *Los Salones de la Condesa del Montijo*, ir apuntando cómo en tan corto espacio de tiempo han desaparecido del mundo aristocrático tantos nombres plebeyos ó linajudos; pero todos envueltos en esa esplendente aureola que finge la sociedad en torno de los que tienen y gastan grandes riquezas.

Fuera materia de interesante estudio escudriñar las causas que han producido tanto derrumbamiento, y relacionarlas con el estado actual de nuestra desdichada Nación; seguir el proceso de aquellas grandes casas ó de las que como satélites pugnaban en vano por emular sus esplendores; describir los últimos aleteos de aquellas águilas que, antes de caer para siempre en el olvido, luchaban denodadamente contra la inevitable ruina.

Hay anécdotas muy curiosas que guarda el que esto escribe, como preciados materiales de un edificio más amplio que el del limitado artículo periodístico.

Imposible olvidar aquel banquete suntuoso en que una distinguida Condesa, asediada por los acreedores, tenía que despojarse de uno de sus magníficos brazaletes de diamantes, para pagar la cuenta del fondista que amenazaba con armar un escándalo si no se le abonaba en el acto.

Y aquel gran baile celebrado en uno de los palacios más suntuosos de la Corte (hoy convertido en casa de vecindad) en que la opulenta Señora de aquellas riquezas lucía en la garganta un collar magnífico, comprado á otra aristócrata arruinada, para darse el gusto de que el nombre de esta figurase en la lista de los concurrentes.

Era aquella una época animada y brillante; con frecuencia se celebraban *soirées* magníficas, cuadros vivos, bailes de trajes. Vivía aún aquel magnate espléndido que ostentó los títulos ilustres de la Casa de Fernán-Núñez; no se había retirado la hermosa duquesa de la Torre á donde van las majestades caídas, *pero llevando inalterable su corona de belleza*, como dijo un cronista, tan galante como verídico; y en la lista de los concurrentes á las fiestas, todavía figuraban notables hermosuras que hoy, con raras excepciones, viven encerradas en el fondo de sus palacios, consagradas al culto de sus recuerdos.

***

Es muy frecuente en los viejos, recordar con fruición sus *buenos tiempos*, y al hacer la comparación con los presentes, sacar la triste consecuencia de que no hay ya belleza en las mujeres, ni en los hombres ingenio, ni *sprit* en la conversación, ni animación en las fiestas, ni vida, en fin, en la sociedad madrileña; y cuando por acaso se les cita una hermosura espléndida, os contestan: ¡ah; si hubierais conocido á Eugenia Montijo, más tarde Emperatriz de Francia ó á Sofía Valera, después duquesa de Malakoff! ¡Si hubierais visto á María Bushental, en cuyo honor tejía coronas el ingenio!

Y dando rienda suelta á los recuerdos, os hablan de las tertulias literarias del marqués de Molins, de donde salió un periódico originalísimo que llevaba por título *El Belén*, y del que fueron redactores los más ilustres literatos de aquel tiempo; os ponderan el salón de la condesa de Velle, madre del actual poseedor de dicho título, gran amiga y protectora de los artistas; ó bien el de la duquesa de Rivas, á cuyo alrededor se congregaban todos los Saavedras, en cuya familia parece haber impreso huella el genio del inmortal autor del *don Alvaro*.

—Pero vamos á cuentas, contestamos nosotros á esos melancólicos adoradores del recuerdo, ¿es que en estos diez años no se han celebrado fiestas magníficas, no han brillado hermosuras espléndidas y no han lucido su ingenio literatos eminentes? Y atropelladamente vienen á la memoria las cenas de Noche Buena, servidas en pequeñas mesas en el hotel de la duquesa de la Torre; ¿no era aquello un concurso de hermosuras? En aquel saloncito, presidido por un hermoso retrato de Wilthevalter, ¿no lucían en todo su esplendor: Carmen Fontanar, hoy condesa de San Luis; Concha Serrano, condesa de Santovenia; Leticia Bueno, hoy condesa de Agrela; Matilde Scholtz, hoy marquesa de Ivanrey; su hermana la señora de Iturbe; Rosario Luque, señora de Moreno; Mercedes Moltó, hoy señora de Pérez Caballero; Clarita Lengo y tantas más?

En el palacio de Santoña, después de muerto el duque, todavía se han celebrado cenas magníficas presididas, por las señoritas de Heredia, nietas de la duquesa.

El marqués de Casa Jiménez ha celebrado también en su palacio las fiestas de Noel, con grandes cenas, precedidas de la misa del Gallo; y lo mismo el marqués de Cubas y el marqués del Busto y muchos otros.

***

Mas las que merecen capítulo aparte entre las cenas de Noche Buena verificadas recientemente son: las de la marquesa de Squilache, duques de Denia y marqueses de Viana y de Vistabella.

La Capilla bizantina del gran palacio de Denia, se iluminó espléndidamente hace dos años para que en aquel artístico recinto, obra maestra de Mélida, otros artistas eximios interpretaran hermosas páginas musicales, para festejar el misterio del Nacimiento del hijo de Dios.

En el hotel de los marqueses de Vistabella, hace cuatro años, cuando todavía la muerte no había herido con despiadada crueldad á la hermosa americana que vió desaparecer en poco tiempo á dos de sus hijos, también se celebraron cenas de Noche Buena; en la última de las cuales figuraron entre la concurrencia el ilustre hombre público don Antonio Cánovas, con su bella señora, el marqués del Pazo de la Merced y el conde de Montarco, que tardaron poco en seguir á la tumba á su insigne jefe; y literatos como Castro y Serrano, Ricardo de la Vega, Javier de Burgos, Ferrari y Grilo, los que frecuentaban aquella morada, donde siempre tuvieron puesto preferente la literatura y el arte. Pero al lado de la marquesa de Vistabella y de sus hijas, las dos señoritas de Barrios, no era preciso festejar la *Noche Buena*, para que las veladas resultasen siempre encantadoras.

El año anterior, en vez de la capilla bizantina de los duques de Denia, el oratorio gótico de los marqueses de Viana; en vez de los modernos esplendores del palacio de la plaza de Colón, las antiguas riquezas de la que fué señorial morada de los duques de Rivas; cambió la decoración y en parte también la concurrencia, entre la que apereció por vez primera una *estrella* de los salones aristocráticos, la señorita de San Bernardo, hija de los duques de Monteleón, heredera dignísima de una estirpe de hermosuras.

***

La marquesa de Squilache es la única dama que no ha interrumpido la costumbre de obsequiar á sus amigos con espléndida cena la víspera de Navidad. Desde que, al contraer matrimonio con don Martín Larios, se instaló en las magníficas habitaciones del palacio de Villa hermosa, fronteras al derruido de los Medinacelis, solamente durante el luto de su viudez dejó de festejar la Noche Buena.

Este año, pues, como los anteriores, se han dicho en aquel elegante oratorio las tres misas de rúbrica, y ante la imagen del Niño Dios, colocada sobre un montón de encajes y brillantes, se han prosternado el Capitan General de Madrid, los Generales Martínez Campos, Echague y Borbón, las marquesas de la Laguna, Coquilla, Tenorio, señora de Marín, señorita de Caicedo, condesas de Candilla y de Requena, y otras muchas aristocráticas damas y elevados personajes.

***

La entrada del nuevo año tampoco se ha festejado como en aquellos tiempos, no muy lejanos todavía, en que los marqueses de Hoyos, congregaban á la sociedad aristocrática en su palacio de la calle del Amor de Dios, y al sonar la primera campanada de las doce, una gentil Señorita rompía con sus delicadas manos un precioso globo de raso blanco, de cuyo fondo rosa comenzaban á salir multitud de regalos, con que la juventud se obsequiaba mutuamente, lanzándose animada y bulliciosa á las vueltas alegres de un brillante cotillón; ó bien aquellos otros en que la misma sociedad acudía á la invitación del Embajador de Inglaterra, cuyos salones estaban adornados con ramas del árbol clásico, bajo las que, siguiendo antigua costumbre británica, puede depositarse un beso en el rostro de la dama que uno tenga á su lado, al sonar las doce campanadas que separan el viejo del nuevo año; costumbre no aclimatada, por desgracia, entre nosotros, que tantas cosas peores copiamos del extranjero.

Este año, solamente en la Embajada de Alemania se celebró, bailando, la entrada del 1899; pero fué tan íntima la fiesta que acaso no llegaran á dos docenas las parejas que se deslizaron por el brillante *parquet* del lindo *hall* de la Embajada.

MONTECRISTO



MTRO. ANTONIO LLANOS (Madrid).
Autor de la pieza musical que acompaña á este número.

LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

LLUHERNAS. — Lindo tomo de poesías escritas en dialecto catalán, por *M. Marinel-lo*. — Con pocos poetas que sintiesen y pensasen como el señor Marinel-lo A. Llimoner), y que como él acertaran á expresar, con tanta valentía como inspiración, pensamientos unas veces profundamente filosóficos y otras humanos y tiernos, la poesía no estaría llamada á desaparecer, como algunos se empeñan en sustentar, sino á fines altamente moralizadores y transcendentales. Nuestra sincera felicitación al autor. — Precio del ejemplar: *una peseta*.

OBRAS ESCOGIDAS DE DON ANTONIO DE TRUEBA. — Esta hermosa y completa colección de obras del autor de *Cuentos de color de rosa* que en tomos en 8.º de más de 700 páginas, acaba de publicar la casa Hijos de Miguel Guijarro, de Madrid, merece en verdad el aplauso sincero de todos los amantes de la literatura. Agotadas las obras de Trueba y reproducidas subrepticiamente á otros idiomas, sólo vertidas á ellos podían leerse hoy en la patria de su eminente autor. La casa Guijarro, poseedora de algunos libros inéditos de Trueba, los publica hoy con los agotados, elegantemente impresos y al precio de 4 pesetas, casi inverosímil, dadas las proporciones de los ejemplares. Nada decimos de la hermosura del texto, porque el sólo nombre de su autor, á quien hoy erigen una estatua sus co terráneos, es garantía sobrada para el público.

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA EN COLOR; de Manuel Cusí.

¡Viva el agradecimiento! Caricaturas de Fradera.

PÁGINAS EN COLOR. — *La vida;* artículo de A. Riera, ilustrado por José Passos.

Decorativa; por Fernando Xumetra.

El carnaval en los salones; por Arturo Seriñá.

Alegoría del carnaval; composición y dibujo de B. Gili Roig.

PÁGINAS EN NEGRO: *Emilio Aceval. - Presidente de la República del Paraguay.* — Retrato y artículo biográfico, de Vidal Aparicio.

La mejor corona. Poesía de Salvador Carrera.

Huyendo del perejil. Artículo de Teodoro Baró.

Cabeza de estudio; por José M.ª Xiró y T.

Tentación. Artículo de Jacinto Octavio Picón.

Primavera. / *Otoño.* Facsímiles de abanicos pintados por Salvador Viniegra.

El último amigo. Artículo de Miguel Alderete González.

El final de Carmen. Cuadro de César Alvarez Dumont.

Andaluces ilustres. Retratos y artículo biográfico de M. Escalante Gómez.

Bebé. Novela de Luis de Val, ilustrada por José Cuchy.

MOSAICO.

REGALO. — *Gavota* para piano; original de Federico Alfonso.

Impreso por F. Giró — Papel de Torres Hermanos, Sucesores. — Litografía Labielle.

¡OH, LA CONSIGNA!, por FRADERA.



1848. — Le he llamado la atención, señor lechugino, porque he visto que iba usted á sentarse y... está prohibido.



1868. — ¡Eh, paisano! ¡¡fuera de ahí!!



1898. — *Tengasté la bondaz d'alevantarze. No se pué zentar uno aquí.* ¿Todavía no? — No *zeñó*. — ¡Vamos, lo mismo dijo un centinela el año 28, á mi abuelo y á mí!

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.



CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí § *Rambla de Cataluña, 151. Barcelona* § **Precio: 4 reales.**

CRONICAS * ACTUALIDADES * ARTÍCULOS LITERARIOS * POESIAS * MODAS * REVISTAS DE SALONES * MUSICA * SPORT

Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO III	BARCELONA, 1.º DE FEBRERO DE 1899	NÚM. 35

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

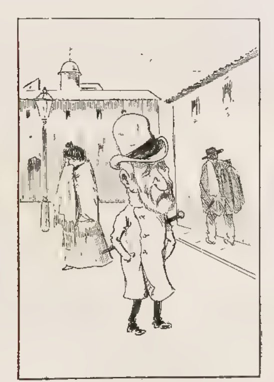
COLABORADORES

Literatos: Miguel Alderete.—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer. — Francisco Barado.—Pedro Barrantes.— Eduardo Benot.—Marcos Jesús Bertrán —Eusebio Blasco.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo. — Mariano de Cavia. — Martín L. Coria.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray. — Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*. Francisco T. Estruch.—Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*.—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.— Carlos Frontaura.—P. Gascón de Gotor. — Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal *(Ka abal)*.— Teodoro Llorente.—José R. Mélida.—F. Miquel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda. — Francisco Pi y Margall.—Jacinto Octavio Picón. — Miguel Ramos Carrión. — Angel Rodríguez Chaves. Salvador Rueda. — Alejandro Saint-Aubín. — Antonio Sánchez Pérez.—Joaquín Sánchez Toca.—P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés. — Enrique Sepúlveda. — Luis Taboada. — Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega. — Luis Vega-Rey. — Francisco Villa Real. —José Villegas *(Zeda)*.—Baronesa de Wilson, y otros.

Pintores y dibujantes: Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Alvarez Dumont (Eugenio y César).—T. Andreu.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—P. M. Bertrán.— Juan Brull.—F. Brunet y Fita.— José Camins.—Ramón Casas.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Enrique Estevan.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos. Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—A. Gascón de Gotor. — Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Morelli.—Moreno Carbonero.—Tomás Muñoz Lucena.—Miguel Navarrete.—Jaime Pahissa. — José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo. — G. Pujol. — Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.— Fernández Sánchez Covisa.— Sans Castaño.—Arturo Seriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—María de la Visitación Ubach.—Marcelino de Unceta. —Modesto Urgell.—Ricardo Urgell. — Salvador Viniegra. —Joaquín Xaudaró. — Fernando Xumetra, y otros.

Músicos: Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Federico Alfonso.—P. Astort.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Alberto Cotó.—Federico Chueca.—V. Costa Nogueras.—Manuel Fernández Caballero.—Buenaventura Frígola.—S. García Robles.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Roberto Goberna.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Cándido Orense.—Felipe Pedrell.—José Ribera.—José Rodríguez y Fernández.—Celestino Sadurní.—Francisco de P. Sánchez Cavagnac.—Joaquín Valverde.—Joaquín M. Vehils.—Amadeo Vives, y otros.

¡VIVA EL AGRADECIMIENTO!, por FRADERA.



—¡Si yo encontrara quien me diera cinco pesetas!... ¡No era noche la que iba á pasar!...



—¡Ay! Emilio, acuérdate que hemos sido condiscípulos... ¡Tengo mi mujer careciendo de todo!... ¡Mis hijos!...

—Sí, vamos, toma un duro y que hagas buen uso de él.



—Esta posturita al caballo... ¡Bravo, me lo cargué!...



LA VIDA

I

GRANDE y espesísima selva se extiende ante mí. Un riachuelo, partiéndola en dos, la fecunda. Los árboles entrelazan en lo alto sus ramas, formando red inextricable que apenas permite el paso de la luz. En el suelo, las plantas y los arbustos dificultan á trechos el paso y á trechos lo impiden en absoluto. Pájaros de toda especie, insectos de todas las familias pueblan el aire; saltan de rama en rama ó revolotean entre los troncos ó se paran sobre las florecillas silvestres. Reptiles y cuadrúpedos se arrastran ó corren por el suelo. Plantas trepadoras suben por los añosos troncos, revistiéndolos de pomposo ropaje. Los arbustos están cargados de fruto.

Estoy en plena naturaleza. La Vida brota por doquier, con exuberancia indescriptible. Quiero formar cabal concepto de ella. Vean los ojos, oigan los oídos y trabaje la razón.

Entre dos ramas de un mismo árbol hay tendida una tela de araña. Fuertes y sutiles hilos la ligan á la madera. En una de las ramas, con la pata apoyada en uno de los hilos, hay una araña, gruesa, esférica, pintado el cuerpo de rojo y amarillo. Está inmóvil. De repente, vibra el hilo en que apoya una de las patas. Lentamente, con infinitas precauciones, la araña, inimitable funámbulo, pasa por el hilo y va al centro de la tela. Allí hay una mosca que se ha enredado en la malla. Zumba, al verse prisionera y sacude la red. Vanos esfuerzos, que sólo sirven para aprisionarla más. Pero la araña la ha visto. Es de suponer que va á libertar á la cautiva. A ella se acerca. La toca delicadamente con la pata. La mosca zumba con angustia y hace esfuerzos tan potentes como inútiles. La araña abre las pinzas formidables. ¿Ha llegado el instante de la liberación? No; lo que sucede es una cosa inaudita. Aquellas pinzas han herido en vez de salvar. La mosca ha muerto, y su asesino chupa la sangre del cadáver.

No soy yo solo quien ha visto aquel crimen. Un pájaro lo ha presenciado, desde una rama cercana. Abre las alas, vuela, pasa rasando la telaraña y de un picotazo atrapa al insecto. ¿Ha hecho justicia? Creo que no. Lo que ha hecho es una nueva barbaridad. A su vez, se come araña y mosca. Pero, ¿por qué se para tembloroso? ¿Por qué mira desde la rama al suelo? Es que, junto al tronco del árbol, aparece la cabeza de una serpiente. El reptil fascina al pajaro, asciende poco á poco, casi le toca con sus abiertas fauces. Quiere el pájaro volar. El miedo le hace caer. La serpiente alarga con rapidez la cabeza, coge al pájaro, cierra la boca, y lentamente parece que un grueso anillo baje de la cabeza al estómago. Satisfecha ó harta la serpiente, se arrolla sobre el suelo y queda inmóvil. De repente, á poco trecho, crujen las ramas bajas de un arbusto, y asoma la cabeza viva y feroz de un felino. La serpiente conoce el peligro; levanta la cabeza; busca la dirección que el felino trae; pero éste se ha lanzado sobre ella con rapidez, y antes de que pudiera apercibirse á la defensa, ha sido destrozada de un zarpazo.

En un momento he presenciado cuatro asesinatos. Empiezo á creer que la vida no es como la imaginaba.

En el mundo vegetal deben ocurrir cosas muy distintas. Veamos.

Crecían en un claro de la selva varios arbustos, lozanos y pomposos, cuando el viento llevó allí la semilla de un roble. La semilla germinó. Sus raíces libraron debajo del suelo tremenda batalla contra las raíces de los arbustos. Estos fueron vencidos. El tronco del roble creció robusto, y sus adversarios murieron. La tierra no podía sustentar al mismo tiempo á uno y otros. Una violeta tiene clavada la espina de una zarza que crece á su lado, y la flor ha muerto de la herida. Los arbustos agostan la hierba que crece á su alrededor. Los árboles matan á los arbustos. La yedra y las lianas no enlazan amorosamente á los árboles que les sirven de apoyo, sino que les estrechan con abrazo de muerte. Debajo del suelo se libran encarnizadas batallas, tan feroces y desastrosas como las que sostienen los animales. El rumor confuso, continuo, que se escapa de la selva, no es un canto de gloria y de vida, sino de dolor y de muerte.

En el seno de la naturaleza, la propia vida se sustenta con la muerte ajena. El espectáculo dista mucho de ser consolador.

II

Los organismos vegetales y los de especies inferiores de la escala zoológica, ofrecen tremendo ejemplo. El hombre, constituído en sociedad, de seguro ha logrado substraerse á las leyes naturales, que no son nada clementes.

III

Más allá de la selva hay campos cultivados; detrás de los campos, hay una vega preciosa, y en el centro de la vega, por ella ceñida como por cinturón cuajado de esmeraldas, una ciudad.

Antes de penetrar en ella, de ella separados buen trecho, advierto tres edificios de grandes dimensiones. Uno de ellos parece una fortaleza, según lo recios que son sus muros y lo altas y estrechas y enrejadas que están las ventanas. Otro parece una fábrica. De su recinto se escapan voces infantiles; pero todas esas voces tienen un acento especial, como velado. Diríase que les faltan esas notas alegres, que tan claras suenan en boca de los niños. Del tercer edificio, salen á menudo coches mortuorios. Por las aberturas se escapan esos olores fuertes que tienen casi todos los desinfectantes. Antes de entrar en la ciudad, con sólo ver aquellos edificios,

saber su objeto y el cúmulo de miserias que encierran, queda apenado el ánimo. Aquellos edificios se llaman la Cárcel, el Hospicio, el Hospital.

Entremos. Un centinela deja franco el paso. Al atravesar el umbral, me recuerda mi guía el famoso terceto:

Per me si va nella cittá dolente,
Per me si va nel eterno dolore,
Per me si va tra la perdutta gente.

— Aquí están recluídos más de dos mil hombres. Aquellos que en el rostro llevan retratadas la ferocidad ó la estupidez, de torva mirada, de atlética complexión ó desmirriados y entecos, son los asesinos; son los que han matado á sus semejantes, como el pájaro mató á la araña en mitad de la selva. Esos otros de cara astuta y cautelosa mirada, que no se fija nunca, son los ladrones, los que eluden la ley del trabajo que deben acatar todos los hombres, los que se apoderan, por la astucia ó por la fuerza, de lo que no les pertenece. Los de aquel otro departamento, son estafadores, rateros, camorristas, toda gente nociva á sus semejantes, plantas que viven desarraigadas, organismos enfermos, capaces de contagiar la sociedad entera. Y aquí dentro, purgan sus culpas y viven sin gozar de la vida, y siendo seres libres, carecen de libertad.

Salimos de aquel antro.

— Este es el Hospicio. Todos esos muchachos han sido abandonados por sus familias ó no las han conocido nunca. Hijos del acaso ó de la pobreza, limpios de toda culpa, tienen que padecer por las ajenas. Sometidos á un régimen de hierro, tienen comida, pero no cariño; tienen cama, pero no la mano maternal que les arrope; reciben instrucción — ¡cuán escasa! — pero ignoran los usos del mundo que les ha arrojado de su seno; tienen compañeros, pero no amigos, que la amistad no brota en ese terreno estéril y desolado; son hombres, pero no han sido niños; mueren como los demás hombres, pero no han vivido. Por eso no brilla nunca la sonrisa en sus caras; por eso es siempre empañada su mirada; por eso en sus pobres rostros descoloridos se refleja de continuo la tristeza interna. Viven, y su vida no alegra á nadie; mueren, y su muerte á nadie entristece. ¿Hay en la selva espectáculo tan horrible?

Largo rato después de salir del asilo, veían todavía mis ojos aquellas hileras de caras terrosas, tristonas, sin expresión, con los ojos enrojecidos por las oftalmías y las frentes deprimidas por la imbecilidad, que en aquel sitio reviste caracteres epidémicos.

— Este es el Hospital. Aquí llegan los náufragos de todos los mares, los heridos de todas las batallas, los desamparados de todo el mundo. Ninguno de esos desdichados tiene techo que le cobije, médico que le remedie, mujer que le cuide, amigo que le conforte, hijo que le consuele. Todos viven en el seno de la sociedad como en el centro de un desierto. Como los animales salvajes tienen que estar siempre en acecho, siempre apercibidos á la lucha. Máquinas en ajenas manos, cuando la enfermedad les asalta, sobre estas camas numeradas deben tenderse; desde que los hacen, dejan de ser hombres, y se convierten en un número; manos mercenarias les cuidan; y no pueden, al morir, repasar la mirada sobre rostros ó cosas que les fueron familiares, sino que vaga, alelada por el espanto, en busca de lo desconocido. Los que no mueren, hallan aquí remedio, no afecto; reposo, pero no calma; alimento para el cuerpo, no para el alma, que de él está sedienta.

Terminaba el día. El sol se ocultaba en Occidente. Aquella muerte temporal que luego se trocaría en vida radiosa, al parecer de nuevo por Oriente, daba la clave de la Vida, siempre nutriéndose de la Muerte, acabando eternamente y renaciendo poderosa á cada instante, creando el mal y el bien, la claridad y la sombra, y abarcando en su síntesis, así los desmedidos espacios siderales que median de sol á sol, de planeta á planeta, como los espacios tampoco medidos que separan el átomo del átomo.

A. RIERA



EL GRAN CARDENAL

Pocos hombres públicos presenta la historia política de nuestra patria, á la altura del que origina este pequeño artículo.

Nacido en humilde cuna y modesto religioso de San Francisco, logró ocupar los más altos puestos de la Monarquía, sin más recomendaciones que su propio mérito, que supo reconocer y utilizar la excelsa Reina Católica, cuyo favor mereció toda su vida, pagándola con inalterable gratitud, y el más respetuoso cariño á su memoria. Entusiasta admirador de las instituciones, cuyo brillo y aumento procuraba ante todo y sobre todo, era tan enemigo de las franquicias y pretensiones exageradas de la ambiciosa y turbulenta nobleza, como de los fueros y libertades de los pueblos; no queriendo transigir con nada que tendiera á rebajar en lo más mínimo los derechos é inmunidades de la regia potestad.

Elevado á la más alta dignidad de la Iglesia española, no llegó jamás á envanecerse ni á hacer alarde de la suntuosidad inherente á tan suprema jerarquía. Tanto en su palacio arzobispal de Toledo, como en los alcázares regios donde con frecuencia se vió obligado á residir, vivió según había antes vivido en la oculta celda de su convento. En la aparatosa mesa que por razón de su destino no podía prescindir de sustentar, nunca se puso para él más plato que el que contenía la ración de un simple religioso de su Orden; gastando las grandes rentas del Arzobispado en obras de caridad, aumento del brillo y esplendor del culto divino en las iglesias pobres, y en la protección á las ciencias y á las artes.

En el corto período de la regencia demostró Cisneros cuánto puede hacer en beneficio de la patria un hombre de genio, integridad y desinterés; prendas desconocidas, por lo común, entre los gobernantes de nuestros días. Arregló la desordenada administración pública, en cuanto le fué posible hacerlo, en una época de concusión y de padrinazgo por parte de los más altos poderes. A fin de contar en cualquer caso y momento con una fuerza armada, aguerrida y disciplinada, organizó los cuerpos de ejército permanente, en substitución de las milicias comunales y de los contingentes presentados por los señores feudatarios de la corona, cuyas tropas sólo se llamaban en caso urgente de guerra; gente cuya fidelidad era muy problemática durante la lucha, y cuya conducta producía trastornos y tropelías de todo género, cuando se quedaban sin colocación, y por consiguiente, sin medios de subsistencia.

Aunque se hallaba ya en la avanzada edad de 80 años, su alma era joven y sus facultades intelectuales no experimentaban la más leve alteración; permitiéndole concebir ideas y formular planes propios de un varón político y guerrero, en todo el vigor de la edad madura. Por esto se encontró con fuerzas suficientes para ponerse á la cabeza de un ejército y pasar á Africa, donde, en muy poco tiempo, se hizo dueño de la importante plaza de Orán; iniciando así el gran pensamiento de su inolvidable protectora. Aquel primer y favorable ensayo debió causarle viva satisfacción; y á haber vivido más tiempo, de seguro no se hubiera limitado á él la extensión de sus conquistas.

Entre las fundaciones que llevó á cabo, estimulado por su ardiente amor á la religión y á la ciencia, digna es de eterna memoria y del esplendor de su nombre, la de la magnífica Universidad de Alcalá de Henares, émula de la salmantina, y cuya supresión es uno de los muchos borrones que manchan nuestra historia contemporánea.

Y al lado de este monumento, consagrado al cultivo de las letras divinas y humanas, en el siglo de oro de la cultura española, aparece, como complemento de la gloria del Cardenal, otro monumento artístico-literario, cual es la publicación de la *Biblia Políglota,* obra colosal que admira aún á los sabios europeos, llevada á cabo á costa de inmensos gastos y de incalculables desvelos, y cuya parte material no se atrevería á hacer hoy la más poderosa casa editorial del mundo, á pesar de los adelantos en el arte de Guttenberg, arte que entonces sólo contaba medio siglo de existencia.

La muerte, originada más por la pesadumbre y los disgustos que la ingratitud del Soberano le produjeron, que por su avanzada edad y achaques; la muerte que le sorprendió en la villa de Roa el día 8 de Noviembre de 1517, cuando salía al encuentro de Carlos I, que, procedente de Bruselas, regresaba á España para encargarse del mando tan reiteradamente renunciado por el Cardenal; la muerte ahorró al sabio Francisco Jiménez de Cisneros el sentimiento de conocer los agitados y torpes principios del nuevo reinado, y los trastornos ocasionados por la desacertada marcha que siguieron los Ministros del inexperto monarca. Tal vez el Regente, con su tino, su experiencia y sus prudentes consejos, hubiera evitado los males que atrajo sobre el país la lucha civil de las *Comunidades de Castilla.*

LUIS VEGA-REY

EMILIO ACEVAL

PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DEL PARAGUAY

«Quién es Emilio Aceval?» nos preguntaba días atrás un distinguido americanista que se halla de paso en Barcelona.

«Pues es,... le respondimos, un modestísimo ciudadano del Paraguay que debe cargar en cuenta á su modestia la ignorancia que usted tiene de su persona; pero, afortunadamente, va usted ahora á París, y allá encontrará á don Eusebio Machain, el respetable diplomático paraguayo, representante de su país en Francia, España é Inglaterra, el cual, entusiasta por todo lo que á su patria se refiere, dirá á usted mejor que nosotros *quien es* el nuevo Presidente del Paraguay.»

***

Joven, ingeniero ilustradísimo, caballeroso hasta no poder serlo más, hombre de grandes virtudes cívicas y de grandes virtudes morales, patriota á la manera que lo son los paraguayos; tal es, trazada en forma ligerísima, la simpática silueta del actual Presidente del Paraguay. Discípulo en la niñez del sabio y virtuoso Padre Maiz, á los trece años se batía por su patria contra tres naciones en la célebre *guerra de la alianza*, y á los cuarenta apenas, érale ya confiada la cartera de Guerra y Marina por el anterior Presidente, general don Juan B. Egusquiza. Hoy cuenta el señor Aceval cuarenta y cuatro años, y es, si el repaso que hacemos á la memoria no nos engaña, el gobernante más joven de América.

. . . .

«Iré al poder, ha dicho el nuevo Presidente, á gobernar con todos mis compatriotas íntegros, capaces y de buena voluntad, sin fijarme en su bandera política.

Tengo por axioma, y no sin fundamento, que la obra de la reconstrucción nacional requiere la mayor suma posible de energía intelectual, la mayor prudencia en la elección de los medios, y un esfuerzo común del patriotismo.

Mi administración comunicará un fuerte impulso á la producción agrícola, protegiendo su desarrollo, y multiplicando los medios de mejorar su calidad.

» Nuestro fertil territorio ofrece ancho campo á la actividad agrícola, y mi gobierno llamará con predilecto interés al colono que lo cultive y le haga producir. No hemos de olvidar que el asombroso adelanto de algunos pueblos de América, que parecen estar llamados á prodigiosos destinos, débese al concurso del extranjero.

El secreto de nuestra fuerza material está en la colonización. Es el inmigrante quien levantará al Paraguay, regenerado y potente, de la postración en que cayó. Convencido de esta verdad, mi administración ofrecerá segura vía á la corriente de la inmigración europea.

» Y sí tengo por cierto que sin la colonización, al Paraguay le será harto difícil levantarse de su ruina, no lo tengo por menos que nuestra fuerza intelectual debemos buscarla en las escuelas.

» Mi gobierno mejorará la instrucción primaria y completará la superior... El niño de hoy es el ciudadano del porvenir, y el Paraguay no será libre de verdad mientras no salga de la ignorancia.»

Ideas tan hermosas como las que dejamos copiadas reflejan con claridad el carácter del gobernante, sus anhelos patrióticos, su decisión y franqueza; cualidades de gobierno que más que en ninguna otra parte del mundo son necesarias para gobernar en nuestros pueblos de América. Y junto á esto, representa también la Presidencia de Emilio Aceval una garantía firmísima de las creencias del pueblo paraguayo; ese pueblo heroico que, según la fiel expresión de un escritor de aquel país, «en los días tristes de su gran infortunio histórico, salvó incólume la fe de sus mayores, para soportar las más grandes desgracias y esperar su regeneración y porvenir».

***

El 25 del pasado Noviembre, día mismo, que el Paraguay celebra el aniversario de la jura de su Constitución, el general Egusquiza hizo entrega del mando supremo de la nación á Emilio Aceval, quien creemos seguro continuará la política seguida por su ilustre antecesor, tan fecunda en beneficios para el país.

Llega al poder, el nuevo Presidente, rodeado de una verdadera aureola de popular simpatía, en medio de una paz que no empaña la más ligera nube; y su proclamación unánime, tranquila, sin ni siquiera pequeños incidentes, como no se acostumbran ni se conocen en América, hácenos creer que muy en breve veremos al Paraguay de hoy, no al Paraguay de los Francia y de los López, sino al Paraguay de los Caballero, de los Escobar, de los Egusquiza, de los Aceval... caminar por verdaderos derroteros de prosperidad y grandeza; destruyendo con sus hechos, con su liberal hospitalidad americana, la leyenda, aun no desaparecida en Europa, de sus misterios, semejos á los misterios chinos, con sus murallas infranqueables, sus selvas vírgenes, sus desiertos fantásticos, sus grandes ríos inexplorados, sus *indómitos guaicurúes*, sus *guaraníes ferocísimos*... ¡y hasta sus *tobas del Chaco*!

Por esto, satisfácenos en tanta escala la designación de Aceval; porque, al llevar á término sus propósitos, hará del Paraguay un país conocido en Europa, como lo son sus vecinos Uruguay y Argentina; sin más títulos ni derechos al crédito y á la consideración del exterior, que la mayor atención prestada por sus gobernantes á los problemas sociales de su porvenir.



Nuestros saludos, pues, y nuestra felicitación sincera á Emilio Aceval, por la honrosa confianza que en él han depositado sus compatriotas, y nuestra felicitación también á los paraguayos, por la justicia con que han procedido. El pueblo que así sabe honrar á sus hijos merece que se le salude con respeto, como lo hace hoy el ALBUM SALÓN, desde sus humildes columnas.

VIDAL APARICIO



LA MEJOR CORONA

De añejos tiempos cuenta la historia,
que, abandonando su excelso altar,
al mundo un día bajó la Gloria,
buscando frentes que coronar.

Pronto, atraídos por sus destellos,
se congregaron al rededor
de la viajera, todos aquellos
que ambicionaban tan alto honor.

En busca de ella fué la hermosura,
los poderosos fueron también,...
y la nobleza, casi segura
de ver orlada su altiva sien.

Allá los héroes, allá los sabios;
todos, en alas de la ambición,
sus grandes méritos llevando en labios,
pedían... pronta coronación.

Nadie el deseo formuló en vano.
A cuantos fueron á pretender,
la egregia dama, con propia mano,
ciñó coronas de gran valer.

Diademas de oro, sartas preciosas
de nacaradas perlas del mar,
frescas guirnaldas de blancas rosas,
laurel y mirto, jazmín y azahar.

Breve, muy breve fué su trabajo;
pues, no sabiendo decir que no,
cuanto del cielo consigo trajo,
en un instante lo repartió.

A volver iba ya á su morada,
tras ese rasgo de esplendidez,
cuando, de pronto, vió á una apartada
doncella, humilde, de hermosa tez.

Sencillo el traje, pobre el tocado,
en su cabeza ni un mal rubí;...
la Gloria, al verla, corrió á su lado,
y cariñosa la dijo así:

« ¿Tú solamente nada me pides?
¿Nada ambicionas de mi poder?
¡Y es en la tierra donde resides!
¿Eres un ángel ó eres mujer?

» Muy poco vales... ó vales mucho.
¿De dónde vienes? ¿á dónde vas?
¿cómo te llamas? Habla, te escucho;
dime qué anhelas y lo obtendrás.

Alzó los ojos al firmamento
la tierna niña, llenos de amor,
y contestóla con dulce acento,
como un arrullo de ruiseñor.

¡Por qué te extraña que no te busque,
que nada impetre de tu bondad,...
si no hay riqueza que á mí me ofusque,
si no conozco la vanidad!

¿Para qué quiero, Gloria, tus dones?
tal privilegio Dios me otorgó,
que, sin alardes ni ostentaciones,
mucho mejores los vierto yo.

Yo, al que navega sin rumbo cierto,
duda de todo, mira y no ve,...
para que encuentre seguro puerto,
la ardiente llama doy de la fe.

Yo, al que en el mundo llora á raudales,
en lucha siempre con el dolor,..
constante alivio doy á sus males,
con la esperanza de otro mejor.

Yo, á los que apenas tienden el vuelo,
dice la suerte, reid, triunfad;...
para que paguen su deuda al cielo
doy por amiga la caridad.

Con lo que tengo contenta vivo,
gano el sustento con mi sudor,
y á nadie envidio; pues no concibo
que haya en el suelo dicha mayor.

Aunque en el cuerpo no luzco galas,
las de mi alma no tienen fin;
de la paloma tomo las alas,
cojo violetas en mi jardín.

Sin que me adornen ricas preseas,
tanto prestigio llegué á alcanzar,
que oigo á mi paso: «¡bendita seas!»
y en cada pecho tengo un hogar.

Como la aurora sus rayos de oro,
la dicha esparzo do quier que voy;
no hay impureza donde yo moro
ni impera el vicio donde yo estoy.

Para ensalzarme, los trovadores
tañen las cuerdas de su laud;
soy... la que inspira castos amores,
soy... la inocencia, soy la Virtud.

Tu ofrecimiento mucho me obliga,
mas cuanto he dicho la verdad es:
si bien me quieres, deja que siga
modesta y pobre como me ves. »

SALVADOR CARRERA

ARTURO SERIÑÁ



EL CARNAVAL EN LOS SALONES

TENTACIÓN

I

De don Sebastián á su sobrino

Madrid, 12 Febrero 189...

Querido Mariano: Ya no puedo más; entre el jefe de mi partido y el ministro de la Gobernación van á volverme loco. Si apoyo al candidato recomendado por el primero, se me pondrá en contra lo mejor del distrito: ahí me obedecerán; pero, ¿qué prestigio será el mío después de haber hecho á sabiendas diputado á un aventurero? Si complazco al ministro, también seré protector de un tuno. No es posible decir quién anda más desacertado, si los que solicitan mi influencia en favor de dos partidos, ó yo, que tardo en mandarlos noramala. Por muy hecho que esté uno á respirar estos miasmas, hay cosas que revuelven el estómago. Lo que más me conviene, es dejarles iguales; así se convencerán, primero, de cuánto es mí poder en el distrito, y segundo, de que no me presto á combinaciones indecorosas. Sólo conseguiría salir del apuro, trayendo un diputado mío, de mi absoluta confianza; mas, antes de dar paso alguno, como Dios y tus padres te han hecho tan raro, empiezo por escribirte. Piensa que tenemos la elección segura, y que el único medio de que yo no quede enteramente mal con mi jefe y relativamente bien con el gobierno, es proteger á mi sobrino, es decir, á mi hijo, pues todo el mundo sabe que te considero como tal. ¿Estás conforme? Sé que la proposición te hará poca gracia, que perturbo tu vida, tus gustos, tus inclinaciones, y sin embargo... quiero que seas diputado por Hondonada. Además, ¿quién sabe? puede que se te despierte la ambición, y entonces,



NOTAS ARTISTICAS. — Cabeza de estudio.

entre lo que vales y lo que puedo, ¡qué porvenir el tuyo! En fin, contéstame pronto, porque hay que aprovechar el tiempo. Esta es la vida. Lo que otros desearían tanto, te lo pide á ti como un sacrificio, tu amantísimo tío,

Sebastián

II

De Mariano á don Sebastián

Hondonada, 14 Febrero 189...

Querido tío: En flojo apuro me pone usted con su carta. Usted sabe la vida que hago aquí. Cuido de su hacienda, procurando y consiguiendo que sin perjuicio de pueblos, arrendatarios y colonos, cobre usted y aumente sus rentas cada año; y con el abrazo que me da, cuando viene por el otoño, considero pagadas cuantas molestias ocasiona el trabajo á que me obligo. El tiempo que me queda libre lo paso leyendo, estudiando, deleitándome en ignorar un poco menos cada día, devorando historias reales ó fingidas: en lo pasado aprendo, en lo presente escarmiento, gozo enterándome de los secretos que los sabios van arrancando á las ciencias... á esa ciencia bendita de la cual dicen ahora cuatro pensadores de sacristía que está en quiebra. En fin, soy de los que tienen fe en el progreso de la humanidad, y hasta escrito Humanidad con H mayúscula. Habrá quien diga que todo esto es soñar, que no tengo sentido práctico... pero estoy seguro de que no es usted de los que se ríen de mí.

Además de cuidarle su hacienda y cultivar mi entendimiento, hago vida libre y alegre; como manjares sanos y sabrosos; bebo mejor vino que el que hurtaba Sileno á Baco; tengo caballo, escopeta y perros; á un lado monte, al otro llano, y por cualquier camino que tome, hallo quien me deba beneficio ó á quien yo me considere obligado; dos grandes dichas: la satisfacción de practicar el bien y la grata sinceridad de confesar el recibido. Acaso, como providencial recompensa, suelo también encontrar en aldeas y cortijos algún rostro bonito y algún talle airoso, que severos y esquivos para otros, son dulces y lánguidos para mí. En fin, mi existencia se parece á la de cierto hidalgo francés y provinciano, protagonista de una comedia antigua, que en la soledad de la aldea gozaba los espléndidos dones de la Naturaleza, y al mismo tiempo los que cultivando su entendimiento sabía procurarse. ¡Y quiere usted sacarme de aquí! Pero usted me ha servido de padre, le amo y respeto; y obedeceré. Si con hacerme usted diputado sale del apuro, lo seré: cierto estoy de que no me impondrá nunca su voluntad en cosa injusta. ¿Verdad que no parece que hablamos de elecciones? Para terminar, usted dispondrá lo que quiera: yo, desde ahora lo acepto, seguro de que el mejor modo de servirle y honrarle, será no ir jamás contra mi conciencia. Adiós, tío, y crea usted que si no sirvo para eso, sé quererle á usted como un buen hijo.

Suyo,

Mariano

III

Insistió el tío en su propósito y, como era todopoderoso en el distrito, Mariano se sentó entre los diputados de la nación, á despecho del jefe del partido y contra la voluntad del ministro.

Conocedor de la vida de Madrid, donde estudió la carrera y pasó largas temporadas, no necesitó hacer el aprendizaje de la vida cortesana. Bastóle, para no aburrirse, asistir á las sesiones, seguir el movimiento político y reanudar algunas amistades de antaño. En el Congreso, su conducta produjo general sorpresa: aquel muchacho, como decían más de cuatro murmuradores envidiosos, *desentonaba* con frecuencia. Echábanle en cara, que unas veces votaba con los monárquicos y otras con los republicanos; tan pronto con los conservadores como con los liberales; lo que ignoraban, era que no lo hacía por inseguridad de principios ni falta de lógica en los pensamientos, sino porque la confusión é indisciplina intelectual de los demás, eran causa de que la razón y la justicia, en que siempre se inspiraba, no fuesen patrimonio de bandería determinada; siéndole forzoso, para el acierto, tener en mucho la fidelidad á las ideas y en poco la opinión de los hombres: él era el consecuente, y los demás los extraviados. Llamáronle insubordinado, díscolo, revoltoso, todo, menos intrigante y tonto, mientras él seguía impertérrito, incurriendo en supuestas contradicciones y sacrificando la posibilidad del medro y la estimación del prójimo, ó la tranquilidad de su conciencia. Ello fué que, en pocos meses, adquirió reputación y personalidad; á unos era simpático, otros le miraban con recelo; quién decía que indudablemente era un taimado peligrosísimo y ambicioso; quién, que su conducta no pasaba de táctica burda para lograr algo determinado, y que, en consiguiéndolo, sería hombre tan vulgar como el que más; pero entre tantos, á fuerza de hablar de él y comentar sus actos, crearon en torno suyo una aureola, rara, mezcla de notoriedad y misterio, á consecuencia de la cual, no hubo tertulia donde no se le solicitara, familia que no le recibiera con los brazos abiertos, ni salón donde no fuese distinguido y obsequiado. Particularmente las señoras, más ó menos tales, hicieron prodigios de ingenio y amabilidad por atraerlo, hasta alguna de coquetería por rendirle; pero nadie pudo nunca afirmar, con fundamento, que el halago le hubiera envanecido, mareado la lisonja, ni las más tentadoras ocasiones hecho brecha en la serenidad apacible de su espíritu. Y sin embargo, había perdido en absoluto la tranquilidad.

IV

De Mariano á don Sebastián

Madrid, 29 Julio 189...

Querido tío: Cada día siento más que hayamos trocado los papeles. Presiento que usted, cuidando su hacienda, va á perder dinero, y yo, metido á político, voy á desacreditarme.

. . . .

. . . .

De dos asuntos, á cual más grave, tengo que hablar á usted. El primero, está proporcionándome grandes contrariedades, son sin cuento las impertinencias que me ocasiona; pero sin más que cumplir con lo que creo justo, saldré del paso.

He aquí de que se trata:

Estoy designado para formar parte de la comisión que ha de dar dictamen sobre el proyecto de ley relativo á la concesión del canal de Llanoseco á la Empinada, y sé que varios diputados presentan un contraproyecto en que se varía el trazado de la obra. La opinión está dividida: es decir, en cuáles han de ser el punto de arranque y determinación existe plena conformidad. La discordia ha surgido en lo tocante á la dirección que el canal ha de seguir, y la diferencia está representada por una desviación de más de veinte kilómetros. He estudiado ambos proyectos, convenciéndome de que el primero es preferible, pues, con arreglo á él, pasa el canal por donde más falta hace, para fecundizar la región que atraviesa, en tanto que en el segundo se tuerce su curso, perjudicando á dos pueblos, sólo para que salga gananciosa una sociedad extranjera, amparada por cuatro intrigantes. ¿Va usted entendiendo? Componemos la comisión que ha de dar dictamen, y éste será inevitablemente aprobado, siete individuos: tres se inclinan á favor del proyecto, otros tantos á favor del contraproyecto. Mi voto ha de resolver la cuestión: y tratándose, como se trata, de una empresa que maneja millones... pues, figúrese usted lo que estaré pasando! Ya me han soltado varios perros echadizos, unos para

explorarme, otros para convencerme; estoy esperando de un momento á otro al que tenga la misión de comprarme. ¿Cuánto creerán que valgo? Le confieso á usted que siento gran curiosidad por saberlo.

Y vamos al segundo asunto de que le hablo á usted al principio. ¡Este si que es grave! A nadie puedo confiarlo sino á usted; ¿quién mejor ha de aconsejarme? Estoy enamorado: es decir, hay aquí una mujer, fíjese usted en que no digo una niña, hermosa, inteligente, de una de esas que llaman familias respetables, porque viven con lujo. Parece buena, ¿lo será? Ni lo sé ni creo que pueda saberlo ningún hombre, mientras no la posea; porque es tan lista, tan sagaz, tan rápida en adivinar el pensamiento ajeno y tan prudente al descubrir el propio, que no hay modo de colegir lo que siente por lo que expresa, ni lo que calla por lo que disimula. Y sin embargo, no es hipócrita, ni parece falsa; á veces habla con tan desusada libertad, que sus frases causarían escándalo, si no estuvieran impregnadas de cierta ingenuidad encantadora. En ella, la malicia es ingénita, la picardía espontánea; mas, nunca brota de sus labios nada que sea deliberadamente inmoral ni perverso. Es hermosa sobre toda ponderación: de las que los poetas suelen llamar estatuas vivas; pero su principal encanto consiste en una elegancia de figura, movimientos, actitudes, gestos y posturas, que no hay modo de mirarla sin prendarse de ella. Así debieron de ser las que trastornaron al santo rey David y al sabio rey Salomón. La verdad es, que no parece mujer para un diputado como yo, sino para un monarca. Finalmente, una circunstancia me trae muy caviloso: sabe que no soy rico y se deja cortejar de mí, y no sólo dejarse cortejar, ha llegado hasta concederme alguno de esos honestos favores que, sin lastimar al pudor, hieren hondamente la sensibilidad, semejando anticipos reales de delicias que se antojaron soñadas. Se llama Susana, y debiera de llamarse Tentación.

¡Cuánto daría por saber el influjo que pueda ejercer en mi vida y hasta dónde sabrá desearla mi voluntad sin menoscabo de mi estimación!

Otro día le hablaré á usted más largamente de ella. Basta por hoy.

Suyo,

Mariano

V

De don Sebastián á su sobrino

Hondonada, 1.º Agosto 189...

Querido Mariano: Seguiré con interés en los papeles la marcha de eso del canal...

Seguro estoy de que lo que tú hagas estará bien hecho. Pero, baza mayor quita menor; hablemos de Susana. Extraordinarios y excepcionales encantos deben de ser los suyos cuando ha logrado, no diré trastornarte, pero sí hacer que te expreses con tan fogoso entusiasmo. Te digo de esto lo mismo que del canal. Lo que resuelvas, será lo más acertado: de ello estoy seguro. Y por si puedo contribuir á tu felicidad, te autorizo, desde ahora, para que de mis rentas te reserves, si decides casarte, doce mil duros al año. Todo lo demás que tengo, será tuyo á mi muerte... á no ser que lo necesites antes.

Pero, créeme, no se lo digas á Susana: haz la prueba de averiguar si ama á David sin saber que es rey.

Adiós. Te quiere con toda su alma, tu tío,

Sebastián

VI

De Mariano á su tío

Madrid, 5 Agosto 189...

Querido tío: Esta será la última carta que le escriba á usted. Tengo el alma llena, juntamente, de la mayor satisfacción y la pena más grande que he experimentado en mi vida. ¿Qué rastro dejarán en mi corazón una y otra? Quizá la satisfacción se desvanezca con el tiempo y la pena se aumente.

Anteanoche hablé con Susana. Callando la generosa oferta que usted me ha hecho, y declarándole que unirse á mí era aceptar, acaso para siempre, una modesta medianía, le pregunté si sabiendo, como sabe, que la quiero, accedía á casarse conmigo.—«Piense usted — añadí — que está acostumbrada á todas las dulzuras de la riqueza, á todos los refinamientos del lujo, y que yo no reuno sino unos cuantos miles de pesetas al año.»

— «¿Nada más? — preguntó con una sonrisa enigmática.»

— «Nada más» —repuse, violentándome, para callar que era heredero de usted.

— «Pues mañana — replicó — recibirá usted la visita de un amigo y socio de mi hermano, que le hará una proposición, y si usted la acepta, como espero, yo aceptaré también la que usted me hace de ser su esposa.» — Y esto lo dijo tan despacio, con tal entonación, y al mismo tiempo, mostrándose tan deleitosa y codiciable, que sus palabras parecieron penetrarme en el cerebro, extendiendo por él misteriosos tentáculos, como si trataran de apoderarse de algo que me fuese esencial á la vida. No quiso que habláramos más, y me separé de ella, lleno de zozobra.

Ayer mañana, recibí la anunciada visita. Se presentó en mi casa un inglés, agente de la casa extranjera á la cual interesa la aprobación del contraproyecto de construcción del canal. Me dijo que, siendo mi voto decisivo en la comisión, si yo accedía á no entorpecer los deseos de la poderosa empresa que representaba, ésta se hallaba dispuesta á hacerme un donativo de veinticinco mil libras esterlinas; más, una cuantiosa participación en las ganancias. — «¿Tanto interesa á la empresa la aprobación del proyecto?» — le pregunté. — «Sí, señor;—repuso: — si las voluntades que hubiera que conciliar fueran varias, no podríamos arriesgarnos á semejantes ofertas, pero como se trata de una sola, no nos importa conceder á usted lo que hubiéramos de repartir entre varios.» — Con tal claridad se explicaba el caballero. Debí de poner cara de pocos amigos, porque después de lo dicho, y como quien quema el último cartucho, para contrarrestar la impresión que aquello me produjera, añadió fría y pausadamente:—«He olvidado advertir á usted, que he venido á verle después de consultar á su compañero de usted el conde de Restobán, hermano y tutor de»...

— «No hace falta que usted la nombre» — le dije.—Y con debilidad indisculpable, quizá hija de mi estupefacción, le despedí cortésmente. Confieso que luego, al verme solo entre las cuatro paredes de mi cuarto, tuve un momento de flaqueza; la verdad: era mucho dinero aquél, y es ella muy hermosa; pero pronto me rehice. Todo eso que le cuento á usted fué á las doce del día. A las tres y media, voté en contra. Adiós tío: no me obligue usted á permanecer aquí más tiempo. Mañana salgo para Hondonada.

Suyo,

Mariano

. . . .

Jacinto OCTAVIO PICÓN



¡ QUE NO ME LA COMO, ABUELA ! — Cuadro de C. Alvarez Dumont.



EL CARNAVAL EN LAS CALLES

ANDALUCES ILUSTRES

Aun á riesgo de que se nos califique de apasionados, no vacilamos en afirmar, que una de las regiones de España más favorecidas por la naturaleza es la región andaluza.

Aparte de su cielo, en general sereno y puro, y de su suelo, dotado de asombrosa fertilidad, ha podido con justicia vanagloriarse siempre de sus hijos, entre los cuales figuraron y figuran varones de indiscutible mérito en todos los terrenos, principalmente en el de las ciencias, las artes y las letras.

Larga tarea sería la de recordar los nombres de aquellos que pagaron ya el común tributo á la madre tierra, muchos de los cuales ocupan un buen lugar en la historia; no arranca de tan atrás nuestro propósito, ni el espacio reducido de que disponemos lo permitiría, caso de que así fuera: nos concretaremos, por hoy, á unos pocos de los que en la actualidad honran á Andalucía, aprovechando la feliz coyuntura de contar con una Ilustración genuinamente española, como es el Album Salón, que tiene á gala y por principal objetivo, enaltecer en sus hermosas páginas los timbres de la nobleza, el talento y la hermosura.

. . . .

Figuran en ésta cinco retratos, correspondientes á otros tantos personajes, dignos por todos conceptos de que se les distinga y considere; pues pertenecen á la clase de los llamados á regenerar la España, dejada hace tiempo de la mano de Dios.

. . . .

Rodríguez de Rivas, Domínguez Pascual, T'Serclaes y Vega de la Hoz, fueron acariciados en su infancia por las brisas hispalenses; y de la Riva, por las gaditanas. Cada cual en su tierra se hizo hombre, y hombre de arraigo, de prestigio, al lado de sus paisanos, quienes, desde el más humilde al más halagado por la fortuna, adoran en ellos, como se adora á un hermano; porque el calor de su mutua amistad, jamás interrumpida, engendró un cariño fraternal. Paladines briosos de los intereses de sus provincias, los defendieron á capa y espada con filial amor, pregonando con el entusiasmo propio del convencimiento, las excelencias del suelo andaluz, en la tribuna, en el libro y en el periódico,... siempre que pudo ser oída su voz, ó leídos los elevados conceptos de su pluma.



Manuel A. de la Riva



Barón de la Vega de Hoz



L. Domínguez Pascual



Duque de T'Serclaes

Anselmo R. de Rivas

El Duque de T'Serclaes, mecenas ilustre de las letras, eruditísimo en materias bibliográficas, goza de gran respetabilidad dentro y fuera de la nación; habiendo merecido en diversas ocasiones las alabanzas y plácemes de sabios como Menéndez y Pelayo, el Conde de la Viñaza, el P. Mir y otros de no menos valía. Al Barón de la Vega de Hoz, prescindiendo de su cualidad de político distinguidísimo, se le puede aclamar como literato notable, y en fin, don Manuel A. de la Riva, don Anselmo R. de Rivas y don L. Domínguez Pascual, son tres esperanzas del pueblo meridional: el primero, por su cuantiosa fortuna, su gran instinto industrial y su honradez intachable, como representante de los jerezanos en las Cortes; el segundo, por su habilidad y conocimientos administrativos, que demostró desempeñando poco ha la Alcaldía de Sevilla y después en el Senado; y el último, por sus envidiables condiciones oratorias, y ser uno de los diputados más jóvenes y batalladores que ocupan los escaños del Congreso.

¡Loor á tan dignísimos próceres, orgullo legítimo de la andaluza tierra!

Manuel SALVATELLA

EL ÚLTIMO AMIGO

Luis de Monforte y Velázquez, Marqués de Campollano, era en Madrid lo que se llama un hombre á la moda.

Sus caballos ganaban siempre los primeros premios en las carreras donde se matriculaban, y *Lesbia*, su yegua favorita, un precioso animal *pour-sang*, se citaba con encomio en las *reuniones* de Otoño y Primavera, por los aficionados á la hípica fiesta.

Los derroches, las espléndidas juergas y las liberalidades del Marquesito de Campollano, se comentaban en todos los centros donde acudía la gente de buen tono, y los amigos pululaban cerca del aristócrata joven, prodigándole las más afectuosas frases, y girando vertiginosamente en la órbita de aquel astro que se presentaba derrochando el oro á manos llenas.

Los *sportmen* y los *clubmen* más conspicuos de la coronada villa, se mostraban ufanos con la amistad y compañía de Luis, procuraban seguirle en sus gustos, cultivar sus aficiones y hasta imitarle en sus trajes; y las ricas herederas más bellas y distinguidas suspiraban al pensar en el endiosado Marquesito, y dirigíanle miradas codiciosas, á través de los cristales de los gemelos, cuando el elegante millonario aparecía en su palco del Real.

Luis, sin embargo, no se preocupaba, al parecer, del efecto que producía; joven atolondrado y falto de esa amarga experiencia que proporcionan los años y las decepciones, recorría, lleno de ilusiones, la dorada senda que la veleidosa suerte le ofreciera, sin más pensamiento que saborear los placeres que proporcionan el dinero y la juventud.

Algunas noches, al retirarse ya de madrugada á su lucido gabinete de soltero, melancolía profunda invadía su sér, y gozaba en las caricias que le prodigaba *Ster*, su perro favorito; un hermoso y corpulento danés, que le acompañaba desde la puerta de entrada, agitando la cola y lamiéndole cariñosamente las manos.—Muchas veces impacientábase el Marquesito con las caricias de aquél, y pagaba con un golpe su lealtad; el pobre animal gemía dolorosamente y retirábase mohino á algún rincón.

. . . .

Infausta noticia esperaba á Luis, cierta noche, al regresar á su elegante domicilio.

El litigio que su familia sostenía largos años con el Conde M... habíase terminado.—¡Pero de qué manera!

Todos; absolutamente todos los bienes que constituían el Marquesado de Campollano, debían pasar á su afortunado contrario; y para pagar las costas é indemnizaciones del larguísimo pleito, apenas bastarían á cubrir la mitad, las joyas y objetos de arte del Marquesito.

Luis pudo huir, tuvo tiempo de salir fuera de España, realizando antes lo suficiente para poder vivir con holgura... Así se lo aconsejaron no pocos amigos; pero un resto de orgullo de raza y de sentimientos caballerescos, le hizo desistir y rechazar el ruin consejo.

Una mañana, el Marqués de Campollano, llamó á un Notario, é hizo escritura de donación en pago de lo que debía al Conde M... por la sentencia á su favor, de todo lo que constituía su fortuna.—Nada reservó para sí; no procuró salvar nada de la catástrofe; y Luis de Monforte y Velázquez, pobre como Job, salió de su dorado palacio, con las manos en los bolsillos del pantalón, silbando un aire de caza, y fuese á pedir hospitalidad á su íntimo amigo el Duquesito de Z... el cual era siempre quien más cariño y lealtad habíale demostrado.

. . . .

Apenas podía dar crédito Luis á lo anómalo de su situación

Los amigos de siempre, aquellos alegres y entusiastas camaradas que tantas y tantas veces habían compartido sus ruidosas fiestas, apenas si le devolvían fríamente el saludo.

Sus compañeros en las carreras de caballos, en el teatro, casinos y demás centros de recreo, huían sagazmente su encuentro, cual si fuera un apestado; y cuando la casualidad hacía que se encontrasen frente á frente, formulaban una pueril escusa y abandonaban cobarde y vergonzosamente al endiosado amigo de otras épocas, temerosos quizá de que les demandase algún socorro.

Las jóvenes de la aristocracia, aquellas mismas que se disputaban sus miradas, hoy volvían distraídas sus ojos á otro punto, como avergonzadas de que las viesen dar su saludo á un hombre que llevaba el traje raído y el sombrero pasado de moda.

PRIMAVERA

Abanico pintado por Salvador Viniegra.

Propiedad de S. M. la Reina Regente

Esta es la sociedad moderna: agrupación de gente frívola y sin corazón, que no rinde vasallaje ni se prosterna más que ante el becerro de oro.

. . . .

Hacía rato que los relojes de la Villa y Corte habían señalado la una de la madrugada.—Una copiosa lluvia había dejado desiertas las calles de Madrid.—

El viaducto de Segovia, ese monumental puente de hierro, debido á la industria moderna, aparecía sombrío y solitario, y los guardias que lo custodiaban habían buscado refugio, contra la inclemencia del tiempo, en algún sitio cercano.

Un hombre bajaba con paso rápido la calle Mayor; atravesó los Consejos, y entró rápidamente en el Viaducto.

Sin vacilar, acercóse á las barandas de hierro, trepó por ellas, y... haciendo la señal de la cruz, se dejó caer en el inmenso precipicio que forma la calle de Segovia.

Rápido como el rayo, un enorme perro quiso sujetar al suicida; saltó también sobre la baranda... mordió su ropa... hubo un momento en que se balanceó con él sobre el abismo... y al fin cayó, dando siniestras vueltas, acompañando en aquel supremo momento al Marquesito de Campollano.

El leal *Ster*, el perro favorito del joven, pagaba con la vida, la deuda de gratitud contraída con su amo.

Era el único amigo que restaba al desgraciado Luis.

Miguel ALDERETE GONZALEZ

HUYENDO DEL PEREJIL

En la casa se conservaba entre los criados la tradición de que, á pesar del uso y abuso de jabones perfumados y toda suerte de cosméticos, encargados directamente á París por el perfumista, pero fabricados en Barcelona, no había logrado borrar de la yema del índice de la mano derecha las señales de las puntadas, recibidas cuando cosía camisas, que le pagaban á tanto la docena; tradición que no se perdía, porque, cuando se renovaba el servicio, que era con bastante frecuencia, los que salían cuidaban de enterar de ella á los que entraban. Doña María era buena, pero la afeaba el defecto de la vanidad, que la hacía insoportable. Cuando tenía dieciocho años se enamoró de ella Jorge Romeral, nacido en San Martín de Provensals, de padres que habían venido á Cataluña en busca de trabajo, que no hallaban en su pueblo, uno de los más pobres de la provincia de Teruel. Salió el chico listo, aficionado á convertir en pesetas el sudor de su frente; entró de aprendiz en una fábrica, se ganó la estimación del mayordomo, que habló de él con elogio al principal, y á los veintiséis años, estaba en la sección de ventas, con el sueldo de cuarenta duros mensuales. Al que gana 200 pesetas al mes, ó sean 6'66 pesetas diarias con una fracción de céntimo, le está permitido enamorarse; y Jorge se enamoró de María, formalizó la petición de matrimonio, y al año bendecía la unión el señor cura de la parroquia de San Pedro, que era amigo del padre de la novia.

Los recién casados se establecieron en la calle de San Francisco de Paula, en un tercer piso que llegaba á modesto poniendo una gran dosis de buena voluntad los que lo habitaban; pero como los cuarenta duros no daban para más, con él se contentaron, y así fueron tirando seis años, hasta que á Jorge se le ofreció ocasión de entrar con participación en el negocio en una nueva fábrica, de cuya prosperidad fueron termómetro los cambios de casa del matrimonio. Después del primer balance, bajaron al piso segundo; al año siguiente se mudaron al primero; luego á un tercero de la calle de Balmes; después á un segundo del Consejo de Ciento, y por último, á un principal de la calle de Cortes, donde se establecieron tan definitivamente, que Jorge acabó por comprar la casa á un indiano que vino á la península con mucho dinero y lo perdió todo en jugadas de Bolsa.

Como no hay felicidad completa en este mundo, amargó la de María la pérdida de su esposo, que murió cristianamente, recomendándola que cuidara mucho de su hijo Mariano. Algunos decían que el capital que dejaba el difunto llegaba á un millón de duros; pero la verdad es que se aproximaba á dos cientos mil, cantidad sobrada para que con la renta conservase la viuda la casa montada como en vida de su marido, á quien había impuesto su voluntad, no sin algunas discusiones que á veces degeneraron en disputas, porque la prosperidad no había vaciado la sesera de Jorge para llenársela de humo, y se complacía en su humilde origen, á pesar de los berrinches de su mujer, que perdía la calma y daba suelta á la indignación cuando le recordaban que había cosido camisas á tanto la docena; ¡ella que recibía los miércoles, no salía á la calle sin vestir sedas y encajes, aunque fuese á primera hora de la mañana; llevaba brillantes por valor de cinco mil pesetas en las orejas, y en los dedos sortijas tasadas en 7,522 pesetas con 63 céntimos; ella, que soñaba con adornar el marco de su retrato fotográfico é iluminado, con un escudo de nobleza!

Hay que saber que la nobleza tenía trastornada á la buena señora, con gran regocijo de la servidumbre, á la que trataba con desdén. Un día despidió á la cocinera, y ésta le dijo: — Se quedará usted sin el escudo de armas que hallé ayer en un papel en que el tocinero envolvió la manteca, que á usted le venía pintiparado, pues consiste en un dedal, una aguja, un dedo que parece criba por efecto de los pinchazos, y una corona de ajos. — Doña María dió un grito, se escaparon de su boca rugidos, porque no acertaba á articular sonidos, y cayó desplomada en un sofá. Llamaron al médico, y le entró una calentura que por poco mete

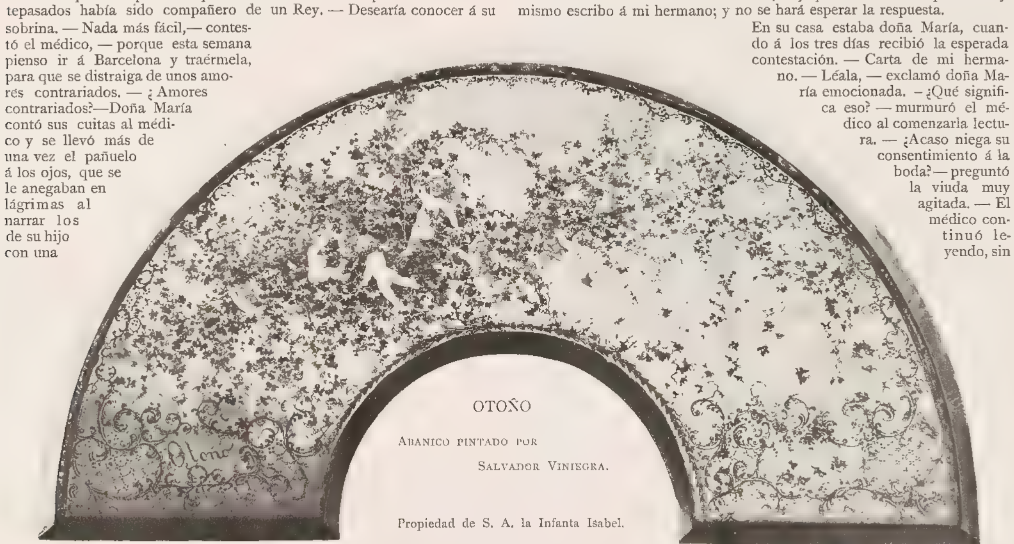
en un ataud las sedas, las blondas y los sueños de nobleza. Curó de cuerpo, pero la cabeza continuó tan enferma como antes.

Más serio fué el disgusto que tuvo cuando se enteró de que su hijo estaba enamorado «de una chiquilla, cuyo padre tenía un tenducho de no sabía qué ni en qué calle, ni le importaba saberlo, porque su Mariano podía aspirar á mucho y no lo había ella criado con tanto regalo para que se lo llevase la hija de un tendero». Llamó á su hijo, quien con mucho respeto le dijo que amaba á Josefina y con ella pensaba casarse, porque era buena cristiana, laboriosa... — La esposa de mi hijo no ha de trabajar, sino lucir lo ganado. —¡Quién sabe! Mi padre, que en gloria esté, me enseñó á trabajar de niño. — Era muy bueno, pero tenía ideas extrañas. Yo hubiera querido que tú fueras de esos que hablan: abogado. — Podría ir ahora con citas de leyes, cuando se trata de telares, precios de la primera materia, mercados, giros, mano de obra. Si papá hubiera hecho lo que tantos otros, yo hubiera salido un abogado inútil y tenido necesidad de ceder la fábrica por falta de capacidad para dirigirla. Josefina será para usted una buena hija... —

Apoyó doña María ambas manos en los brazos del sillón, echó el cuerpo adelante y gritó: — ¡Jamás!—adverbio que puso término á la conversación, que no volvió á suscitarse; pero la madre observó que su hijo se ponía triste, comía poco, hablaba menos, y eso la alarmó; porque quería mucho á Mariano. Llamó al médico, quien le dijo que la enfermedad no estaba en la materia, sino en el espíritu; que había una medicina segura: casarle, y otra problemática: distraerle. ¿Casarle con Josefina? ¡Nunca!

Desechado el remedio seguro, quedaba el problemático. Doña María anunció á su hijo que había resuelto pasar el verano en un pueblo de la montaña, y como no la molestaba el calor, sino Josefina, con la particularidad de que no la conocía, á últimos de Mayo se empeñó en salir de Barcelona, acompañada de Mariano. Tres horitas en ferrocarril, dos en tartana y llegaron á un caserón, con escudo de armas en el portal, patio inmenso y fachada que recordaba tiempos y generaciones que pertenecen á la historia, á cuya vista se entusiasmó doña María, por lo que tenía de señorial. Lo había tomado en alquiler, pagando poca cosa, pues en el pueblo, lo poco era mucho. Visitó á la viuda el médico, propietario de la casa solariega, y doña María se quedó embobada al oir de sus labios que sus antepasados habían sido los señores del pueblo, que él era noble, y muy noble, según decían unos pergaminos que tenía encerrados en un arcón, que no había abierto hacía muchos años, porque con las guerras había quedado arruinada su familia, y en vez de vivir de trampas, había preferido vivir de su trabajo; y así él era médico del pueblo, en vez de ser señor como sus antepasados, y un su hermano se dedicaba al comercio, que le daba lo bastante para mantenerse sin hambre, pero también sin harturas, él y una hija, á quien irían á parar todas las tradiciones y pergaminos, ya que no las riquezas, porque se habían agotado, de la ilustre casa de los Mafortas. — ¡Quién diría, — añadió el médico riendo — que aquella joven que lo mismo ayuda á su padre detrás del mostrador que repasa la ropa y pone un puchero, fuese la descendiente de un compañero de armas del rey Don Jaime el Conquistador!—

Lo de poner el puchero quedó olvidado al saber que uno de los antepasados había sido compañero de un Rey. — Desearía conocer á su sobrina. — Nada más fácil,— contestó el médico, — porque esta semana pienso ir á Barcelona y traérmela, para que se distraiga de unos amores contrariados. — ¿ Amores contrariados?—Doña María contó sus cuitas al médico y se llevó más de una vez el pañuelo á los ojos, que se le anegaban en lágrimas al narrar los de su hijo con una



OTOÑO

Abanico pintado por Salvador Viniegra.

Propiedad de S. A. la Infanta Isabel.

cualquiera. ¡Con qué desprecio decía la viuda: — Una cualquiera! — Señora, — exclamó el médico, riendo: — la manera más segura de curar á su hijo y á mi sobrina, sería que se enamoraran y casaran.—

La idea, soltada en broma, quedó encallada en el cerebro de doña María, que soñó aquella noche que su hijo se casaba con la heredera de los Mafortas, siendo padrino de la boda Don Jaime el Conquistador, quien dió el brazo á la madre al subir la escalera de la casa señorial. En eso despertó y se dijo: « Prescindiendo del padrino, que por haber muerto no ha de asistir á la boda, el sueño podría convertirse en realidad si mi hijo quisiese. » Pero Mariano estaba cada vez más triste, y ni siquiera hallaba distracción en las cacerías, á pesar de que mataba muchos conejos, gracias á que Perico, uno del pueblo que siempre buscaba la manera de ganarse una peseta, había recibido de la viuda el encargo de salir con conejos caseros metidos en un saco y soltarlos en el cazadero, poniendo sumo cuidado en la operación, para que Mariano no se enterase de la superchería.

Fué el médico á Barcelona y regresó con la sobrina, alta, con ojazos negros como el puño, cara que revelaba bondad y maneras que indicaban modestia. Se ganó la voluntad de doña María, quien dijo al médico que: — ¡Ojalá pudiera realizarse su propósito! — ¿Qué propósito? — Casarlos. — Señora, lo dije burla burlando. — Pues yo hablo en serio. — Soy viudo, y lo mío á la sobrina irá; poco es, pero no de despreciar. — Doña María, así como quien no quiere la cosa, hizo alguna insinuación á su hijo: — Desciende de un compañero de aquel rey que tiene una estatua en la plaza de San Jaime. — Mamá, yo no he de casarme con la estatua. — ¡Serías noble! — Me va bien en el estado de mi padre. — Cuando una mujer se empeña en una cosa, es de temer. La viuda convidó á comer al médico y á su hija, pero Mariano pretextó estar enfermo y se empeñó en no salir de su cuarto, desbaratando los planes de la madre, que quería se viesen; pero la curiosidad obligó á Mariano á atisbar á aquélla, á quien su madre le destinaba por esposa, y cuando la vió venir acompañada de su tío...

No es fácil dar cuenta de las emociones del joven al reconocer en la sobrina del médico á Josefina, de modo, que su madre estaba empeñada en que se casara con la misma á quien rechazaba. Mariano hubiera deseado volar á su encuentro, pero se dió cuenta de la situación, y temeroso de que Josefina no pudiese dominar su emoción al verle, no salió de su aposento hasta que los convidados se hubieron marchado. Le reprochó doña María su proceder, que pecaba de descortés, y le elogió á la joven. Se sinceró Mariano, y por complacer á su madre ofreció hacer en el acto una visita al médico. Observó la viuda que su hijo estaba muy contento y se dijo: — ¡Quién sabe! — Y al mismo tiempo que eso decía, sus ojos se fijaban en el escudo de los Mafortas.

Desde aquel día fueron frecuentes las visitas, y se estableció tal intimidad, que parecía que las dos familias formaban una sola. Contento estaba Mariano, más su madre, y el médico escribió á su hermano anunciándole que Josefina estaba muy mejorada y ya no se acordaba de sus antiguos amores. — Don Antonio, — dijo doña María al médico, — me parece que esto acaba en boda. — Lo mismo opino, doña María; y me alegraré de que así sea, por dar en la cabeza á la imbécil y presumida señora, que se opuso á que su hijo se casara con mi sobrina. — Pues yo deseo avergonzar á la chiquilla que se había propuesto casarse con Mariano. — Este se hizo de rogar por su madre, aparentó que iba cediendo, y al mes, dijo: — Mamá, por complacer á usted me casaré con ella. — Doña María le abrazó, le llenó de besos, llamó al médico y le dijo: — Es necesario casarlos cuanto antes. — Señora, hay que contar con el padre. Hoy mismo escribo á mi hermano; y no se hará esperar la respuesta.

En su casa estaba doña María, cuando á los tres días recibió la esperada contestación. — Carta de mi hermano. — Léala, — exclamó doña María emocionada. — ¿Qué significa eso? — murmuró el médico al comenzarla lectura. — ¿Acaso niega su consentimiento á la boda?— preguntó la viuda muy agitada. — El médico continuó leyendo, sin hacer caso del estado nervioso de doña María, que temía ver desvanecidas todas sus ilusiones, que consistían en el matrimonio de su hijo con la heredera de los Mafortas; pero como expresaba sus impresiones por medio de exclamaciones, aumentaba la magnitud de la madre de Mariano. Al acabar la lectura, el médico soltó una sonora carcajada.— ¡Por Dios! ¡qué dice su hermano! — ¡Buena la hemos hecho, señora! — repetía el médico

cuando podía contener la risa, que luego volvía á sacudirle: — ¡Buena la hemos hecho! — ¿Qué es lo que hemos hecho? - Oiga usted:

«Querido hermano: tú estás loco al escribir ó yo al leer, porque si envié á Josefina al pueblo para que olvidase á Mariano Romeral, al enterarme de que la madre de éste no quería que se casara con la hija de un mísero tendero, ¿cómo es posible que sea cosa de cuerdos lo que me dices del entusiasmo de doña María por la boda...?» Interrumpió la lectura doña María exclamando: — ¿Entonces, ella, es ella? - De eso no cabe duda, — contestó el médico. — ¡Nos la han jugado de puño! — dijo la viuda, riendo. - ¡Josefina! — gritó el médico. — Presentóse ésta temblorosa, porque sabía que la carta de su padre había de aclararlo todo; pero el recelo se convirtió en júbilo al hallarse en brazos de doña María que la decía: — ¡Miren la mosquita muerta! —

Entró en aquel momento Mariano. — Hijo mío, he reflexionado y desisto de tu boda con la sobrina del señor médico; y puesto que tanto amas á Josefina, doy mi consentimiento para que te cases con ella.

A tales palabras, siguieron abrazos á la madre y futura suegra, y lagrimitas. Al medio año se casaron, y el verano siguiente lo pasaron los novios y doña María en la casa solariega de los Mafottas, que había sido restaurada y había recobrado su antiguo aspecto de mansión señorial.

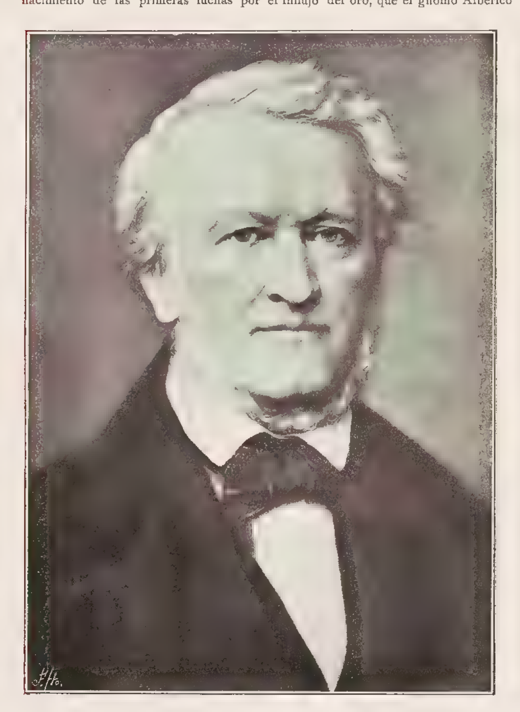
TEODORO BARÓ

LA WALKYRIA

La grandiosa tetralogía *El Anillo del Nibelungo,* es la obra de toda la vida de Wagner.

Engendrada en su mente joven la trama del simbólico argumento, acaso para desarrollarlo solamente en la forma dramática, fué germinando en las células de aquel cerebro privilegiado, transformándose de vago deseo en imperioso mandato, y llegando á absorber tan por completo sus energías, que, á la vuelta de algunas vacilaciones y desalientos, entregóse el maestro de Bayreuth, con toda su alma y con toda su experiencia, á la elaboración definitiva de esa obra colosal cuyos personajes son héroes y dioses, y que tiene por escenario las cercanías del monte sagrado del Walhalla.

Los dramas que componen la tetralogía son: *El Oro del Rhin,* que representa el nacimiento de las primeras luchas por el influjo del oro, que el gnomo Alberico arrebata á las ondinas sus guardadoras; *La Walkyria,* acción sobrenatural humanizada por modo portentoso, en la que el dios Wotan manda á la predilecta de sus nueve hijas, la walkyria Brunilda, que evite los amores incestuosos y adúlteros de Sigfrido y Sigelinda, siendo la walkyria castigada por su desobediencia y presa de un sueño que vela el fuego encantado; *Sigfrido,* el héroe más extraordinario, el hijo de Sigelinda, matador del dragón *Fafner,* y libertador de Brunilda; y por fin, *El crepúsculo de los dioses,* epílogo grandioso de aquel reinado de venturosas deidades que ven devorado por las llamas de la pira alimentada por la misma Brunilda con su cuerpo, el sagrado recinto del Walhalla, que á tan alto precio construyeran.



RICARDO W·GNER. Autor de « La Walkyria ».

En el Liceo se ha representado solamente la segunda de las cuatro partes de la obra, y la fecha del 25 de Enero de 1899 será la recordación imperdurable de uno de los acontecimientos musicales de mayor importancia en Barcelona.

En el primer acto de la *La Walkyria,* aparece la cabaña habitada por el cazador *Hunding,* á la que se acoge el guerrero Sigfrido, llegando á ella rendido, extenuado y sin armas. Conoce á Sigelinda, la esposa de Hunding, que es su hermana gemela, y condolido de sus pesares, á la par que enamorado de su singular hermosura, arranca del tronco del fresno que sostiene la cabaña, la espada encantada *Nothung,* y con ella ofrece defender á Sigelinda; escapando de aquella casa después de entonar el sublime canto de «la primavera».

La música de este primer acto es un admirable crescendo en el que se inicia el motivo de un canto de amor y de guerra que vaga por toda la labor de la orquesta, tomando cuerpo y estallando al final en un himno de juventud y de vida que parece disipar la sombría y tétrica impresión de las primeras escenas, en las cuales la orquesta describe magistralmente la situación psíquica de los personajes.

El segundo acto se desarrolla en un agreste monte cercano al *Walhalla,* donde Wotan el señor y maestro de los dioses afortunados, encarga á su hija que vele por Sigfrido; pero Tricka su esposa, la Juno germánica, le obliga á revocar ese mandato, encargando á Brunilda que haga que Sigfrido sucumba en su duelo con el burlado Hunding, y queden así evitados aquellos amores incestuosos. Brunilda, enternecida por la pasión de los dos amantes, desobedeciendo á su padre, defiende á Sigfrido, pero aparece en las nubes Wotan en persona, quien hace que Hunding hiera á su adversario. Wotan al contemplar á su gentil hijo muerto, se arrebata de cólera y dirige á Hunding una mirada tan saturada de tremenda ira que éste no la puede resistir y cae desplomado en tierra.

La parte musical de este segundo acto adolece de alguna monotonía al principio; más por la persistente forma dialogada en larguísimos períodos que por la labor de la orquesta, no exenta de bellezas de primer orden.

La acción del tercer acto se reduce al castigo de Brunilda.

En la cumbre de la montaña sagrada van reuniéndose las walkyrias, cabalgando por las nubes sobre briosos corceles y conduciendo al Walhalla los cuerpos de los héroes muertos en el combate. Han llegado ya ocho de las nueve hermanas, y al comparecer Brunilda, no trae el hercúleo cuerpo de ningún héroe, sino el delicado de la desventurada Sigelinda.

Brunilda pide consejo y protección á sus hermanas, las cuales no se atreven á afrontar las iras de su padre, y vuelven á cabalgar por las nubes, después de oir de boca de Wotan el terrible anatema lanzado contra la desobediente walkyria.

Wotan llama á Loge, el dios del fuego y de las sutilezas, y le conjura á que rodee el cuerpo de Brunilda, que presa de fatal letargo, pertenecerá al hombre que llegue á despertarla, atravesando aquel inmenso lecho de perdurables llamas.

Todo este tercer acto es de una grandiosidad sublime. La cabalgata de las walkyrias constituye la página de mayor impresión estética que se haya escrito jamás. Y las súplicas de Brunilda, la maldición de Wotan, la tierna despedida de los dos y el encantamiento del fuego, son obras todas de un efecto escénico que llegan al paroxismo de la sugestión de lo grandioso, logrado por el desarrollo de motivos musicales límpidos, francos é inspiradísimos.

La representación en la noche de su estreno fué un verdadero acontecimiento. La hermosa sala del Gran Teatro del Liceo estaba cuajada de selecta concurrencia, como en funciones de gala. El público demostró, á la par que rara ilustración, gran sensatez, ya aplaudiendo con entusiasmo las bellezas que comprendía sin rodeos, ya escuchando con respeto las páginas que, sin asimilarse del todo, le permitían adivinar mayor sensación en audiciones sucesivas.

El más festejado de los artistas fué el célebre maestro José Mertens, quien condujo la orquesta y toda la representación con tanta valentía y acierto que no dejó falta de brillantez ni en una sola de las bellezas de la obra. Músico eminente y fanático del arte serio, Mertens tiene, aparte de un indiscutible talento, la inapreciable condición de una gran sinceridad artística: así todos sus triunfos son victorias ganadas en buena lid, y como á tales duraderas y completas.

La señorita Adini encarnó el papel de Brunilda, haciendo de él una verdadera creación y demostrando ser á la par que una cantante de hermosa y extensa voz, una actriz dramática muy notable y una mujer preciosísima.

La señorita Corsi estuvo deliciosamente inspirada, en el papel de Sigelinda, diciendo toda la partitura con gran ternura y sentimiento.

La señorita Lucacevska en los papeles de *Fricka* y de *Sigrunma,* y las señoritas Orcese, *(Elmoige),* Italiano *(Ortlinda),* Samelly *(Guechilda),* Filiberti *(Rossweisse),* Rochelle *(Woltrunda),* Ballier *(Guinguerda)* y Chives *(Schwertleita),* cooperaron con acierto y discreción al conjunto de la obra.

El tenor Lafarge hizo un Sigfrido notable, y aunque adolece algo de la escuela francesa, en el primero y segundo actos estuvo muy bien.

Scarneo dijo con singular acierto el papel de Hunding, y Guccarini lució en la difícil parte de Wotan todo el talento de sus estudios y la extensión de su hermosa voz, logrando con la señorita Adini un gran éxito en el último acto.

Para todos ellos une el ALBUM SALÓN sus aplausos á los aplausos unánimes del público, aplaudiendo también á la empresa, ya que no por la deficiente manera como presentó la obra en los dos últimos actos, á lo menos y con justicia, por haber dado á conocer una de las concepciones más completas y grandiosas que haya producido el ingenio humano.

A. B. JORRO

Para dar cabida á la anterior revista de «La Walkyria» y al retrato de su ilustre autor, nos ha sido preciso modificar un tanto el sumario anunciado, como habrán advertido nuestros suscriptores, habiendo retirado también la Gavota de Federico Alfonso que debía acompañar á este número — y figurará en el siguiente, — substituyéndola por la adjunta importante pieza de dicha obra, que á este objeto nos han enviado sus deferentes editores, los señores Schott, hermanos, de Maguncia.

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA EN COLOR; de Dionisio Baixeras.
El carbonero y la hija de la molinera. — Caricaturas de Fernando Xumetra.
PÁGINAS EN COLOR. — Excelentísimo señor don Manuel Girona. — Retrato y artículo biográfico; de Antonio Astort.
Del natural. — Cuadro de Ramón Alsina.
¡Tarde vienes hoy! — Cuadro de María de la Visitación Ubach.
Efemérides ilustradas. — *Prisión de Francisco I en Pavía,* cuadro de M. Alcázar con un artículo de E. Rodríguez - Solís.
PÁGINAS EN NEGRO. — *El final de Carmen.* — Cuadro de E. Alvarez Dumont.
Español y parisién. — Artículo de Emilia Pardo Bazán.
En la torre. — Dibujo y composición de B. Gili Roig.
Españoles en América. — Retratos y artículo de M. Escalante Gómez.
Perchaleras; por Narciso Díaz de Escovar.
La caridad. — Poesía de Fernando Franco Fernández.
Paisaje asturiano. — Cuadro de Enrique Martínez Cubells.
Las dos Rosas. — Artículo de E. Loring.
La cadena de la vida.—Artículo de Eduardo Montesinos, ilustrado por A. Seriñá.
Madrid elegante; por Montecristo.
« *Escribidme una carta, señor cura* ». — Cuadro de Eduardo Vassallo.
REGALO. — Gavota para piano, original de Federico Alfonso.

Impreso por F. Giró. — Papel de Torres Hermanos, Sucesores. — Litografía Labielle.



¡VIVA EL AGRADECIMIENTO!, por Fradera.



— ¿No lo dije? Una noche superior...



—¡Vaya una tajá! En cuanto vea á Emilio le doy dos morrás por la noche que me está proporcionando...



— ¡Toma, para que aprendas á prestar duros... *Só filántropo.*

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.



CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí § *Rambla de Cataluña, 151. Barcelona* § **Precio: 4 reales.**

CRONICAS ✶ ACTUALIDADES ✶ ARTÍCULOS LITERARIOS ✶ POESIAS ✶ MODAS ✶ REVISTAS DE SALONES ✶ MUSICA ✶ SPORT

Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO III | BARCELONA, 16 DE FEBRERO DE 1899 | NÚM. 36

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

COLABORADORES

EL CARBONERO Y LA HIJA DE LA MOLINERA, por F. XUMETRA.



Después de una ruda jornada de trabajo en el bosque, Cisco, el joven carbonero, deposita un negro ósculo de amor en los blancos labios de su pura Nieves, sin atender las justas protestas de la futura suegra.



En tan dulce coloquio, el incauto joven traspasa los castos límites del amor, lo que le vale un formal aviso de su prometida.



EXCMO. SR. D. MANUEL GIRONA

Una personalidad tan importante como la de que nos ocupamos, cuyo nombre, sin necesidad de pomposos calificativos, ha alcanzado celebridad en España y gran resonancia en el extranjero, se presta á una biografía extensa, detallada y nos atrevemos á decir que curiosísima; pero, para trazarla, requiérese la cooperación del mismo interesado, que, pese á nuestras instancias, no pudimos conseguir. Hemos de limitarnos, pues, á bosquejarla á grandes rasgos, utilizando al efecto, los datos y noticias que nos han suministrado algunos de sus amigos particulares é individuos de su familia.

Manuel Girona nació en esta ciudad el día 1.° de Enero de 1817; año bien desgraciado para el autor de sus días, pues perdió en él todos sus ahorros, por quiebra de su principal don Benito Arxer, lo que le indujo á trabajar por cuenta propia en la carrera comercial.

Contaba diez años nuestro biografiado, cuando su padre don Ignacio preguntó al Director del colegio donde su primogénito se instruía, cómo estaba éste en aritmética, enterándose con el natural placer de que era el primero de la clase. En vista del aprovechamiento y felices disposiciones del niño, llevósele á su lado, tanto para que le ayudara, cuanto para que acabara de aleccionarse prácticamente; idea que produjo magnífico resultado, pues el joven Girona mostró en breve asombrosa facilidad para el cálculo, la contabilidad y la correspondencia.

Apareció el cólera de 1834; los habitantes de Barcelona emigraron en su mayor parte, incluso don Ignacio; Manuel no quiso abandonar la casa de comercio en que vislumbraba un porvenir, y se mantuvo firme en su puesto.

Cesó á los nueve meses la epidemia y regresó el padre, temiendo encontrarse arruinado otra vez. Júzguese de su sorpresa al convencerse por el examen de los libros, de que sus negocios lejos de decaer habían prosperado en grande, merced á la inteligencia y actividad del precoz comerciante. Desde aquel momento, le otorgó toda su confianza y la mitad de los beneficios, en modo permanente, limitándose él al fomento de su pequeño patrimonio en Urgel y en la ciudad de Tárrega, su país natal.

Siguió, pues, funcionando la casa bajo la acertada dirección de Manuel y prosperando grandemente en toda clase de negocios y operaciones, de tal suerte, que á fuerza de perseverancia y economía, á fines de 1839, transformóse en otra de mayor aliento, con la razón social: «Girona hermanos, Clavé y Compañía».

Barcelona no tenía Banco, tan necesario para el crédito y desarrollo de las transacciones; le ocurrió á nuestro biografiado combinar un sistema de Banco inquebrable; esperó cumplir los veinticinco años, y próximo á terminar el de 1842, lo presentó personalmente al Ministro de Hacienda, quién en seguida concedió, por dictamen de 22 de Diciembre su establecimiento.

Esto aconteció en la época que los ancianos recuerdan con horror del bombardeo inicuo ordenado por Espartero, hecho que creó una excitación excepcional en toda España. Afortunadamente, sobrevino pronto la emigración forzosa del mentado general, vislumbrándose un período de tranquilidad, y Girona pudo obtener el Real Decreto de 1.° de Mayo de 1844, firmado por doña Isabel II, creando el Banco de Barcelona, que fué el primer Banco de provincias, y sirvió de ejemplo para que se crearan otros diecinueve en diferentes puntos de la Península.

Desde entonces, todo cambió de aspecto en Barcelona, todo creció rápidamente á la sombra del nombrado Banco; de modo, que todo lo más importante que hoy existe en nuestra ciudad, es debido al apoyo del mismo, que gozó siempre y goza en la actualidad de floreciente vida.

Sería interminable enumerar la serie de empresas de todas clases, de nuevos negocios y de sociedades industriales y bursátiles que ha fundado, iniciado ó apoyado Manuel Girona, en los 54 años transcurridos desde la creación del Banco; consignamos únicamente lo más trascendental y utilitario, sin olvidar sus eficaces y beneficiosas gestiones como Diputado á

Cortes en varias legislaturas, como Alcalde de Barcelona en 1876 y 1877, y como Senador electo y vitalicio.

Vino en seguida la construcción por Girona del ferrocarril de Barcelona á Zaragoza (346 kilómetros), que es el primero construído en España con empleados, operarios y fondos españoles; y después, la construcción por el mismo del canal de riego de Urgel (144 kilómetros), que hizo regables más de 100,000 hectáreas de terreno y constituye la obra hidráulica más importante de Europa en este siglo, sobre todo en su trayecto principal, el túnel de Monclar (5 kilómetros de longitud y 7 metros de anchura); dando la coincidencia de que sirve á dicho canal el ferrocarril de Zaragoza: con lo cual logró Girona convertir aquellas comarcas de Urgel, que eran un cementerio, por la inclemencia palúdica que sufrían y la falta de lluvias, en un precioso vergel. La referida obra quedó terminada en 1860; y, nos complacemos en repetirlo, merced á ella y al ferrocarril que la sirve, el Urgel ha reportado beneficios incalculables.

Barcelona no tenía puerto, y la casa Girona presentó una proposición y proyecto en 1854, para su ejecución por 7 millones de pesetas, que es el puerto que se ha construído; deficiente y caro, por haber mutilado de un modo improcedente, el ingeniero que envió el Gobierno para plantear dicha obra, el primitivo proyecto, que reunía todas las condiciones de abrigo y seguridad.

Levantó, también luego, la nueva Universidad que nadie quería construir, tomándola á su cargo sólo por deferencia á Barcelona, en subasta sin otro postor.

Casi abandonada la reconstrucción del Gran Teatro del Liceo, se acudió á la casa Girona, y con su auxilio terminóse dicho coliseo en brevísimo plazo.

Elegido Diputado á Cortes por la Seo de Urgel (en agradecimiento á haber construído la colosal obra del canal), para las legislaturas de 1863 y 1865, una vez cerradas éstas, publicó un folleto que tuvo gran circulación, bajo el título de *Ensayos para arreglar el crédito y mejorar la Hacienda;* en el que ya previó la inutilidad para España, no siendo potencia de primer orden ni estando holgada su Hacienda, de los grandes acorazados de combate; pues nuestra marina debía limitarse al servicio comercial, al transporte de militares, empleados, y correos, y á la defensa de nuestras costas: habiéndose visto ahora lo justificado de su previsión.

También señaló el modo de conservar nuestras posiciones ultramarinas, que hemos perdido miserablemente, mientras que con el sistema que Girona proponía en dicho folleto, de convertirlas en provincias como las demás de la Península, estableciendo aranceles especiales y tratados de comercio con los Estados Unidos, se habría desarrollado la riqueza y producción nacionales, residiendo en España el gran depósito general de los productos tan preciosos de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas.

Asimismo exponía en el folleto de referencia el peligro de pedir dinero al extranjero; pues los intereses de los préstamos recibidos, nos haría tributarios, sino esclavos del prestamista, bastando á su juicio para que un país prospere, emplear exclusivamente en obras los ahorros de la nación.

En el repetido folleto presentaba proyectos completos para la construcción de un plan bien combinado de carreteras y caminos, que podían ser convertidos en ferrocarriles, para obtener transportes baratos; lo mismo que la manera de abrir canales de riego y crear nuevos puertos. Si aquellas ideas y predicciones de Girona se hubiesen tomado en cuenta, no hubiera surgido la guerra, que por innecesaria debía evitarse, ni sobre venido esas alzas de cambios extranjeros, ni perdido España sus preciadas colonias.

¡Cuán diferente sería hoy nuestra situación!

A mediados de 1876, nuestro Ayuntamiento, estaba en malísimas relaciones con las autoridades, y engolfado en obras, contratas y otros enredos de solución tan difícil, que el señor Cánovas aconsejó á S. M. el Rey Don Alfonso XII, que nombrase Alcalde Presidente del mismo á Manuel Girona. Así se hizo, y su administración en los nueve meses que estuvo al frente de la corporación municipal, será siempre recordada como modelo; bastando decir que economizó 1.700,000 pesetas y llevó á cabo el derribo de las murallas de mar, hoy paseo de Colón, que tanto embellece á la ciudad.

Al terminar su presidencia del Ayuntamiento, fué elegido Senador; y en 1878 presentó proposición para la mejora sobre la renta de tabaco, que elevada á ley y, puesta más tarde en vigor, ha rendido grandes beneficios al Tesoro. Nombrósele más tarde Senador vitalicio, y públicos son sus discursos sobre regeneración de la Hacienda, así como los de oposición al impuesto de consumos y á la prórroga de la concesión del Banco de España.

La Sociedad de Aguas de Dos Rius, en el año 1880 no podía servir al público por falta de material de agua en sus minas. En previsión de ello, la casa Girona trajo á esta ciudad 6.000 plumas que tenía en Barbará, afluentes al torrente del Aguineu, y en los momentos de gran sequía, salvola de un conflicto gravísimo; plumas que adquirió luego la Sociedad de Dos Rius, á un precio moderado.

La Exposición Universal de Barcelona del año 1888, iniciada por el señor Serrano Casanova y realizada después por el Ayuntamiento que presidía el ilustre y malogrado Rius y Taulet, se halló á fines de Octubre de 1887 en el sensible caso de suspender los trabajos. Uno de sus vicepresidentes, por encargo de la Junta, fué á Madrid, y el Gobierno, convencido del escándalo que resultaría, aconsejó á S. M. que nombrase Comisario Regio de dicha Exposición á Manuel Girona, con las más amplias facultades y recursos; verificándose así por Real Decreto de 11 Noviembre de 1887. Quedaron vencidas las dificultades, y se abrió la Exposición en el día señalado, con el consiguiente entusiasmo, teniendo efecto meses después su clausura, liquidación y rendición de cuentas; en las que aparece condonado por el Comisario Regio (Girona) al Ayuntamiento los 33.000 duros que á aquél correspondían de derecho, por gastos de representación: gastos que sufragó de su bolsillo particular. Barcelona recordará siempre con legítimo orgullo el éxito por todos conceptos brillante de aquella primera Exposición Universal en España, la cual se detalla miniciosamente en la memoria reglamentaria que se imprimió por R. O. de 27 Agosto de 1889, y no se publicó, en razón á no haber aprobado aún el Gobierno las cuentas generales de la misma, cuya aprobación produjo el R. D. de 11 Mayo de 1894, decreto muv especial y gratulaturio para el Comisario Regio; habiendo ocurrido después algunas dificultades subsanables, ajenas á éste, que no han permitido hasta ahora la publicación y venta de dicha memoria, tan interesante en especial á los expositores lo que es de esperar se realice muy pronto, por hallarse ya en poder del Gobierno de provincia.

Durante la mencionada Exposición, empezó Girona la construcción de la fachada de la Catedral que terminó en 12 Febrero de 1890, habiéndose añadido últimamente las dos torres; cuyas costosas mejoras sufragó de su peculio: terminando en este punto su empeño; pues nunca pensó en la construcción del cimborio, por creerla obra difícil y arriesgada. El Excmo. Cabildo iba á emprender la construcción del mismo; pero lo habrá suspendido tal vez en vista del dictamen último de la Academia, queriendo escogitar las medidas necesarias para el mayor acierto y seguridad de la obra antigua. Esto demuestra la gran previsión de nuestro biografiado, al limitarse en 1886 á la fachada ó frontispicio que el arquitecto de la Catedral señor Oriol Mestres, declaró oficial; haciendo constar espontáneamente en su memoria de 1887 á la expresada Academia que no adquiría compromiso alguno respecto á la construcción del lucernario ó cimborio empezado en el interior del templo, y que la fachada realizábala en gratitud y alabanzas al Altísimo, por la protección que le había merecido en todos sus actos, negocios y empresas.

Terminadas estas obras en 1897, se dedicó Girona á la restauración de Castelldefels, castillo casi arruinado, y correspondiente al patrimonio de los señores Barones de Aramprunyá, que por compra había adquirido.

Recientemente, ha publicado un folleto de actualidad para la solvencia de la nación y la circulación monetaria y fiduciaria; y, dada su vigorosa salud y la claridad de su entendimiento, es de esperar que persevere en empresas tan utilitarias como las referidas.

A la calidad de fundador y director del Banco de Barcelona reune la de presidente de la Cámara de Comercio, de la Junta provincial de Beneficencia, de la Junta de construcción de la nueva Aduana, de las Escuelas gratuitas del Instituto de Artesanos y Obreros, del Banco Hispano Colonial y de otras sociedades y empresas. Por sus servicios durante las epidemias y calamidades locales, pues nunca se movió de Barcelona en tales casos aflictivos, y en recompensa de sus empresas y construcciones de utilidad pública, ha sido agraciado con la Gran Cruz de Cárlos III, de Isabel la Católica y del Cristo de Portugal; es gran oficial de la de Medjidié de Turquía y Comendador de la Legión de Honor y de Italia. A pesar de haber cumplido en 1.° de Enero último los 82 años, trabaja doce horas diarias: la mayor parte en interés del país y en beneficio de pobres y desgraciados.

Para completar estos datos biográficos, copiamos íntegra á continuaciòn la silueta publicada en *El Noticiero Universal* de 21 Marzo de 1896, que corrobora cuanto llevamos expuesto.

«Sumando años estivó millones, y ni aquellos le pasan, ni éstos le quitan el sueño.

«Nació banquero, proyectista, fundador; y sus obras proclaman que, si calcula bien, desarrolla mejor lo que calcula.

«De su generación, es el representante que mejor la personifica. Cuantos nacieron recién acabada la guerra contra los franceses, en aquella época de febrilidad y de lucha, parecen saturados de una actividad, de un despejo y de un sentido práctico,... que dijérase revivieron en ellos las cualidades é instintos que distinguieron á los guerrilleros mantenedores de la nacional independencia.

«Dicen que no mira por no distraerse, y pocos ven tanto y tan claro como él, aunque no abra los ojos... al parecer.

«Es enemigo acérrimo del programa socialista de las ocho horas de trabajo, por estar habituado á trabajar diariamente catorce ó dieciseis.

«Ha creado Bancos, Sociedades de crédito y empresas mercantiles; ha construído ferrocarriles, carreteras y canales; y por su iniciativa tiene Barcelona puerto, no tan bueno como él proponía, y tres veces más caro, sin estar concluído, de lo presupuestado por él.

«Intervino en la edificación del Liceo, hizo la Universidad y no hay, de medio siglo acá, nada saliente en el progreso de la ciudad en que no haya tenido parte.

Barcelonés hasta los tuétanos, ha sido tesorero de todas las juntas de socorros á los pobres en tiempos de epidemias. Cuatro veces, en cincuenta años, ha pasado el cólera por aquí, y el primero á quien encontraba decidido á robarle víctimas y á derrotarle, era á este benemérito patricio, que de memoria sabe donde viven los pobres, para socorrerlos sin pregones de vanidad ni curioseos del vecindario.

«Fué Alcalde, pagó deudas viejas, cercenó déficits, abarató el pan y la carne, propuso mejoras urbanas que no costaban un perro chico (por lo cual es de creer no prosperasen), terminó el mejor de nuestros mercados; y, aunque de esto hace veinte años, percíbese aún en la Casa de la Ciudad el influjo de su acometividad, de su competencia... Mentor obligado de nuestros Gamazos con venera ó fagín, alcaldes hemos conocido que no sabían moverse, financieramente hablando, sin consultarle. Verdad es que marraban en todo lo que no se atrevían á consultar.

«Ha ejercido más presidencias que trajes lleva estrenados. Ha sacado de apuros y atolladeros á la mayor parte de los Ministros de Hacienda usados por la Nación, desde Bravo Murillo á Navarro Reverter.

«Ha conocido cuatro Reyes, tres Regencias, una República y una Interinidad; y cambiándose gobiernos, partidos y gentes, él no ha cambiado en nada.

«A pie recorría, paseando, las calles de Barcelona antigua, y á pie si-

gue paseándolas. Lo que á otros es fatigoso é imposible, para él es el mayor de los placeres, y le mantiene vigoroso y remozado.

«Senador vitalicio, Gran cruz de nuestras mejores órdenes y Comendador de la Legión de Honor, si alardea de algo, es de ser barcelonés y católico á macha martillo; y por esto costea la fachada de nuestra Basílica, y por esto, al festejar sus bodas de oro la predilecta de sus fundaciones, ofrece al mismo templo valiosos testimoniales de su gratitud, por haber visto prosperar cuanto ha emprendido.

«Es el heroe de cien leyendas populares, pintorescamente relatadas y transmitidas de padres á hijos; y es paño de lágrimas de los necesitados.

«Cuando la Exposición, renunció los gastos de representación que le otorgó el Gobierno, y dió en su morada espléndidas fiestas en honor de príncipes y magnates, ufanándose de hacer como particular los honores de su ciudad á tan ilustres huéspedes.

«De Madrid enviaron millón y medio de pesetas, para los gastos de las instalaciones oficiales en la Exposición, y no volvían de su asombro al serles devuelto el sobrante, con la cuenta de gastos de pesetas 1.043,350'10, cosa que se realizaba por vez primera; que no tiene precedente en asuntos de esta índole.

«Modesto en demasía, laborioso hasta la exageración, de la avidez de los números le curan sus aficiones estéticas. Devoto de la música buena, dicen que sabe interpretarla como un concertista.

«Retirado de los negocios, no por esto reposa ni sosiega, ni le dejan reposo ni sosiego.

«Al verle pasar, apartaos con respeto, descubríos y fijaos en él.

«Sintetiza la vida de nuestra ciudad, sus anhelos y prosperidades. Sintetiza la lucha de dos generaciones por la existencia.»

***

Tal es el personaje con cuyo retrato, fiel reproducción de su actual estado físico, se engalanan hoy las columnas de este periódico.

Según más arriba hemos dicho, la vida de nuestro protagonista resulta demasiado grande, para ser historiada dentro del pequeño espacio de un artículo. Relatarla minuciosamente, supondría una labor tan ardua y asidua, como laboriosa y fecunda ha sido la existencia de Manuel Girona; quien, por dicha de su patria, siéntese con bríos suficientes para proseguir su nunca interrumpida obra, en que se reasume todo el espíritu de un hombre excepcional.

En el mundo ha alcanzado cuanto quiso, y no ha sido aquello que no le plugo ser.

Pudo ostentar títulos nobiliarios, y los rechazó; pudo escalar los más altos puestos del poder oficial, y se contentó con ser consejero de presidentes y ministros; púdolo todo, nada le sedujo. Y es que, con maravillosa intuición, comprende que los honores mundanos son leve espuma ante la solidez y el prestigio de su nombre.

El autor de estos párrafos recuerda que en cierta ocasión, mucho antes de honrarse con la conspicua relación de su biografiado, fué incidentalmente testigo *auricular* (pásenos el lector la frase) de una conversación cuyo tema era la personalidad de Girona.

«Es el genio de la crematística», dijo uno de los interlocutores; expresión que si no es hiperbólica, como no lo es, debería llenarnos de orgullo á todos los españoles, y muy singularmente á los nacidos en esta noble región catalana, por referirse á nuestro *gran barcelonés*.

Efectivamente, Girona nació con el genio de Malthus, el gran economista, gloria de Inglaterra.

Reputado como uno de los principales estadistas de Europa, le son familiares todos los ramos del saber humano; y, no contento con dominar en absoluto las ciencias especulativas, y de ser profundo conocedor de las político-sociales, tuvo un antojo, y ese antojo proporcionó al divino arte de los sonidos un músico excelente, que domina con pasmosa seguridad el más difícil de los instrumentos.

Un día, le rogamos nos manifestase el juicio que la música le merece, considerada desde el punto de vista subjetivo.

Y Girona, sin vacilar, expuso la siguiente textual opinión, que tiene formada del arte de Guido de Arezzo.

«La música, — dijo, — no se debe juzgar por el placer, ni hay que buscar aquella cuyo único objeto es el deleite, sino la que encierra en sí la semejanza de lo bello. Esta definición,— añadió,— pertenece á Platón, y me parece la más exacta de cuantas conozco referente al arte musical.»

Orador sobrio y conciso, expone sus ideas con una precisión y claridad tales, que el oyente, sobre quedar convencido por la vigorosa argumentación del disertante, queda asimismo ligado á su palabra, desnuda de hueca retórica, pero castiza y autorizada.

Repitamos, para dar cima á estos mal pergeñados apuntes, que Girona sintetiza toda una ejemplar existencia de lucha, trabajo y actividad; reconociendo que en él, se encarna el alma del gigante inmortal de nuestra catalana raza.

ANTONIO ASTORT

E. ALVAREZ DUMONT



FINAL DE CARMEN

Adquirido por Mr. Fitz Geralt, Filadelfia.



DEL NATURAL



¡TARDE VIENES HOY!

Exposición Robira (Escudillers, 5, 7 y 9)

ESPAÑOLES EN AMÉRICA

Entre la pléyade de hermanos nuestros que allá, en el antiguo imperio de Mocte-zuma, en las tierras que el genio emprendedor y temerario de Hernán Cortés ofreció, como rico presente, á la monarquía española, en épocas más prósperas que las actuales, rivalizan gallardamente, por mantener incólume el cariño á la madre patria y estrechar los lazos que unen á aquella república y este reino, en donde palpita el mismo sentimiento, circula la misma sangre y se habla el más hermoso de los idiomas, el castellano; descuellan notoriamente dos personalidades notabilísimas y dignas de mención especial, por su hidalguía, su talento y sobre todo por su patriotismo, de que han dado repetidas pruebas.

Excmo. y Ilmo. Sr. D. Eloy Noriega y Ruíz.

Cuando estas cuartillas vean la luz pública, el ofrecimiento de los buenos españoles residentes en el suelo mejicano será un hecho; nuestra Armada contará con un buque más: «Méjico», debido á la espléndida generosidad de un grupo de leales patriotas que desde el otro mundo han querido patentizar su acendrado amor al país en que nacieron, azotado hoy por el viento de la adversidad.

Al frente de ese grupo y llevando la iniciativa en cuanto se refiere á alardes de españolismo, figuran los dos personajes mencionados: los señores Basagoiti y Noriega; que si por tal concepto son acreedores al aprecio y gratitud de sus paisanos, han sido objeto por otros méritos de universal aplauso, pues sus nombres gozan de honrosa y legítima popularidad en todas las naciones civilizadas.

***

Cedo la palabra á uno de los biógrafos del segundo:

«Don Eloy Noriega vino á Méjico el 2 de Diciembre de 1881, cuando era muy joven, como empleado de la «Fábrica de hilados, tejidos y estampados de San Fernando», de la cual, poco después, pasó á la de San Antonio Abad. Desde entonces se dedicó asiduamente al trabajo y al estudio.

Su actividad cerebral, en perpetua ebullición, y su inmenso afán de aprender, hicieron que huyera de las diversiones propias de su edad y que en los ratos de ocio y aun robando horas al descanso, trabajara con ahinco en el cultivo de su inteligencia. Así se explica que, nutrido de sabias enseñanzas, en pocos años diera á luz obras importantísimas, de verdadera consulta para la industria del hilado.»

Este fué, podemos decir, el prólogo de su carrera y fortuna; continuando la senda emprendida, con tales alientos y entusiasmos, que muy poco tiempo después obtenía en Bélgica el título de ingeniero electricista é industrial; perfeccionando aparatos utilísimos, inventando otros y dando á la publicidad libros curiosísimos, manantiales de saber, cuyo número considerable representan un caudal de trabajo y constancia asombroso. Entre los muchos, recuerdo de momento: *El ingeniero moderno, industrial, civil y electricista; Las maravillas de la ciencia; Recreaciones científicas* y *La electricidad.*

Dominando con facilidad rara los idiomas de Mylton, Boileau y Dante, ha vertido al castellano varias obras de estudio y literarias, enriqueciéndolas con datos propios que revelan profunda sabiduría. Como modelos, podemos presentar las siguientes: *Electricidad y magnetismo; El Padre Nuestro,* (del francés); *Estudios de la telefonía,* (del italiano) y *Tratado de la impresión y blanqueo de los géneros de algodón,* (del inglés).

Citar todos sus inventos sería interminable; por lo cual nos limitaremos á indicar alguno de ellos, advirtiendo antes que no por omitirlos son menos notables los demás: *Máquinas para envolver cigarros, Nuevo sistema de micrófonos, Nuevo sistema de teléfonos eléctricos, Indicador eléctrico de nivel de agua, Interruptor y llamador telefónico, Indicador para máquinas de vapor, Dos sistemas de aparatos anunciadores de incendios, Un procedimiento para obtener el negro anilina, Sistema inexplosible de calderas enormes para buques de guerra, Seis distintos sistemas de pilas eléctricas, entre ellos uno para alumbrado doméstico, Un sistema de lámparas de arco, Doce distintos procedimientos para el beneficio de metales argentíferos y auríferos,* y en fin, hasta setenta y ocho inventos, todos ellos de reconocida utilidad; habiendo obtenido por ellos dos cientos cincuenta y cuatro patentes, veinte diplomas de honor, seis grandes premios y cincuenta y seis medallas de oro.

Es miembro de Jurado, fuera de concurso, desde hace siete años; individuo de la Academia de *Ciencias* y del *Instituto Científico,* de Bruselas; de la *Academia de Inventores,* de París; de la *Sociedad de estudios prácticos de electricidad,* de la misma población; de la *Sociedad de Socorros de amigos de las ciencias,* de Lille; de la *Sociedad Científica Europea* y *Sociedad Industrial,* de Mulhouse; y socio fundador del *Museo científico y religioso,* de Jerusalén.

Se halla condecorado con la gran placa, gran cruz de San Mauricio y San Lázaro de Cerdeña, y la gran cruz de la Rosa del Brasil; es también Caballero de la Real y distinguida orden de Carlos III; de la Estrella de



Excmo. Sr. D. Antonio Basagoiti.

Oriente, de Egipto; de la orden turca del Midjidié; comendador de la Corona, de Italia; y de número de Isabel la Católica.

Todos estos títulos y honores demuestran indiscutiblemente sus grandes méritos, los cuales se van viendo recompensados justamente y como premio á sus pasados desvelos.

Cúmplenos además hacer constar en obsequio al señor Noriega que ha revelado ser un poeta delicadísimo, un prosista brillante y un autor dramático de primera fuerza.

Cultiva también felizmente el arte que inmortalizó los nombres de *Tiepolo* y *Corregis,* constituyendo su especialidad la acuarela, uno de los géneros más difíciles y que domina con habilidad suma.

He aquí, en síntesis, la biografía del ilustre español, excelentísimo señor don Eloy Noriega, biografía trazada á grandes rasgos y con la cual hay materia sobradísima para la confección de un voluminoso libro.

***

Mis lectores dirán, seguramente: después de lo expuesto ¿qué queda

para el señor Basagoiti? Mucho: pero condensado — á fin de no molestar por más tiempo su amable atención — en poquísimas líneas, si no elocuentes como él merece, tan previas y exactas que les darán completa idea de lo que representa y vale.

Opinamos que es preciso tener un espíritu altamente emprendedor, inteligente por naturaleza y trabajador por intuición, para haber escalado, en tiempo relativamente corto, los peldaños que conducen al enriquecimiento, labrándose una posición envidiable por medio del trabajo, que Dios bendice, y adquiriendo en el mundo mercantil y de la banca un nombre respetabilísimo, no empañado por la más ligera mancha.

¿Les parece poco?

Pues agreguen á lo apuntado: un corazón que late á impulso de todos los móviles grandes y bellos, y un amor á la humanidad rayano en heroísmo, y tendrán bosquejado en las manos palabras posibles, el retrato moral del señor Basagoiti, y tan manifiesta su importancia, como lo es la grandeza del sol, la claridad del día y la redondez de la tierra.

***

El Album Salón seguro de interpretar fielmente los sentimientos del pueblo español, víctima de deplorables yerros é inicuas maquinaciones, saluda agradecido á sus ínclitos hermanos de la mejicana república que en estos aciagos días honran nuestra bandera con tan altos ejemplos de sabiduría, nobleza y patriotismo.

Manuel ESCALANTE GOMEZ

ESPAÑOL Y PARISIENSE

Ciertamente fué hombre extraordinario Cyrano de Bergerac, pero maldito si, á pesar de los panegíricos de Nodier, se acordaba nadie del santo de su nombre, hasta que Rostand escribió el drama ó tragicomedia que pronto se estrenará en el Español. No lo he leído, por no destruir el interés anticipando el conocimiento; me da el corazón, sin embargo, que habrán echado á perder la figura de Cyrano, haciéndola sentimental ó decadente á la moderna. Ojalá me equivoque.

Cyrano, el Cyrano verdadero, el de la historia literaria, — es un tipo que recuerda en ciertos rasgos á una creación encantadora de Víctor Hugo, *don Cesar de Bazán*. Hidalgo, perdido, fanfarrón, caballero á ratos, á ratos salteador,— infinitamente más verdadero que *Hernani*, el cual no pasa de fantasmón romántico,— don César de Bazán pertenece al corto número de figuras francamente humanas que en la obra de Víctor Hugo se cuentan, y es además español neto, castizo, sellado con la marca de nuestro antiguo carácter. — Y Cyrano, que tiene con el imaginario don



EN LA TORRE

Dibujo á la pluma de B. Gili Roig.

César mucho aire de familia, también parece, más que francés, español del siglo xvii.

Hasta tal punto se acerca á nosotros, que es un Góngora perfecto. Lo que de Góngora se pueda decir en son de alabanza ó de censura, se aplica á Cyrano de Bergerac, el parisiense. La hipérbole, el conceptismo, el alambicamiento, el giro enfático, la frase crespa, rizada y escarolada como una gorguera, el retruécano, el oropel, son las galas del estilo de Cyrano de Bergerac, que sostenía — como él acostumbraba sostener, con la pluma ó la espada, á voluntad — el principio siguiente: « Lo que está bien dicho, está bien hecho. El que bien dice, bien hace. » Y bien decir, en opinión de Cyrano, era pulir, dorar y atersar la frase, acicalarla como una daga, darle el realce y el colorido de un bello guadamecí. « Con tal que el estilo reluzca, lo demás no importa. »

La infusión en tinta, que *reblandece los corazones,* según el dicho de un decadentista célebre, no los reblandecía en el siglo xvii, al contrario. Cyrano de Bergerac, entre agudeza y agudeza, era un desaforado matasiete. El *demonio valentón,* llegaron á ponerle de apodo. Como nuestro Quevedo, el cual también espadachineaba de lo lindo, Cyrano no perdía ocasión de arremeter á cintarazos. Soldado en sus mocedades, herido y casi inválido después, no por eso alteró su costumbre de andar á cuchilladas cada día. Refieren las crónicas que se las ingeniaba para que no le faltase pretexto: al que le miraba, le apodaba de insolente; al que pasaba volviendo la vista, de ofensivo desdeñoso. Combates de uno á uno eran poco para Cyrano: gustábale más coger á ocho, ó diez, ó quince por su cuenta, emprenderla á tajos y mandobles, y á este quiero, á este no quiero, al uno le santiguo, al otro le ensarto, á aquellos les despacho corriendo como alma que lleva Satanás, — dejar el campo libre, cruzarse de brazos y echarse á reir.—La geta de Cyrano era un jeroglífico: no había en ella pulgada sin costurón. Cruzábanle las mejillas innumerables cicatrices, y su nariz presentaba el aspecto del lecho de un torrente en verano. Fanfarrón valiente, — entonces los había; hoy en cambio la fanfarronada y el miedo hacen buen matrimonio — Cyrano, seguramente, diría de sus bigotes lo que cuenta Brantome que decía un joven soldado español: «Estos bigotes fueron hechos al humo del cañón, y por eso crecen tan grandes y tan pronto.» Ya se deja entender que no sería un lindo don Diego, Cyrano; y lo único que podría alegar en su abono, para que le mirasen complacidas las bellas, sería el glorioso origen de su viril fealdad.

No abundan en la biografía de Cyrano amoríos ni ternezas. La pasión dominante del autor de *Agripina,* parece que fué lo que hoy se llama la combatividad: esgrimir la tizona, esgrimir la péñola, batallar con una y con otra. Siempre se le encuentra lidiando, ya con los jaques y rufianes que, apostados en la puerta de Nesle, aguardan á un poeta epigramático para zurrarle la badana, ya con los mismos poetas, si cometen un plagio, ó con los escritores, si pedantean ó yerran. ¿Quién al enterarse de las proezas y género de vida de Cyrano, no creerá que sería el tal un descalabazado bohemio, que se acostaba chispo y se levantaba para empalmar? Pues aquí está otro rasgo singularismo de la original figura del Góngora francés. Cyrano apenas cataba el vino, y era en su comida muy parco y moderado, hasta frugal: aborrecía los guisos y las especias porque dañan al estómago é impurifican la sangre, y prefería vivir á estilo de anacoreta, para que los vapores gástricos no llegasen á enturbiar el espejo de su clara razón, de la cual decía: «No tengo otra reina».

Carácter independiente, espíritu altivo y franco, aquijotado en su empeño de cantar verdades y de defender al débil contra el fuerte, Cyrano, que tuvo muy ilustres amigos, se concilió enemigos terribles y poderosos. Estos esperaban que el día menos pensado, en alguna riña, en algún duelo, ó al tomar parte en las primeras tentativas de aerostación, muy anteriores á la célebre de Montgolfier, el calvatrueno sucumbiese. Empezaron á cansarse, notando que Cyrano parecía tener siete vidas, como los gatos, y salía con bien de los más apurados lances. Vieron que era preciso enmendar al destino la plana, y determinarse, sino había de morir de viejo Cyrano, y una noche, como volviese á su alojamiento, mano desconocida le dejó caer sobre la cabeza un madero grueso y pesadísimo. Pasó el golpe por casual, y el poeta no murió al pronto, pero sí al cabo de algún tiempo, de las consecuencias del porrazo, y entre los crueles sufrimientos que ocasionan las inflamaciones cerebrales. Aprovecharon su larga enfermedad para sustraer los manuscritos de sus obras no publicadas aún, y á los treinta y cinco años bajó al sepulcro el incansable pendenciero, el desenfadado rimador, el culterano ingenioso, el grande amigo de la ciencia y enemigo de farsantes é hipócritas. Pocos hombres habrán vivido tanto en plazo tan corto como Cyrano de Bergerac.

Si á este tipo representativo del siglo xvii, rico de sangre, exuberante de energía y voluntad, regocijado y fiero, me lo convierten en un delincuente de ahora, lánguido y afeminado, no le conoceré. No sé como habrá interpretado Rostand la figura. Quiera Dios no haya imitado al autor del libreto de una ópera titulada *El Cid*, á cuyo estreno asistí en París, y que me divirtió por cierto. El cuerpo de baile salía á hacer piruetas en una plaza de Burgos, en el siglo x, con sombreros calañeses y fígaros bordados de lentejuela; el Cid suspiraba y arrullaba lo mismo que un tórtolo, y Jimena sufría soponcios y desmayitos, como una petimetresa almizclada... Estas caras españolas, selladas con el sello castellano de otros siglos más venturosos que el presente, quieren ser pintadas á lo Velázquez ó modeladas á lo Salcillo: con realismo y vigor, con plástica fuerza, con verdad, — que se les conozca la musculatura, que tengan hueso y fibra, sangre y nervios, pero no nervios encalabrinados por el uso de la morfina y por el cultivo de la sensación antinatural y viciosa. Y Cyrano de Bergerac, lo repito, es un español... nacido en París.

Emilia PARDO BAZAN



CUADRO DE M. ALCÁZAR.

PRISION DE FRANCISCO I EN PAVIA

(24 DE FEBRERO DE 1525)

LA primera mitad del siglo XVI, la llenaron el monarca francés Francisco I y el rey de España y emperador de Alemania Carlos V, con sus rivalidades y sus luchas, que necesariamente habían de producir una guerra sin tregua.

Consignemos, á fuer de justos y veraces, que la provocación partió, generalmente, del monarca francés, dolido de que los electores alemanes otorgaran á Carlos de Gante la Corona Imperial á que Francisco aspiraba, llegando hasta desafiar al Rey de España, quien, noblemente, se dispuso á recoger el guante que su enemigo le arrojaba, impidiéndoselo las ciudades españolas.

Además de esto, á la envidia del político se unían los celos del hombre, pues, según un distinguido publicista, el constante empeño del monarca francés consistió en demostrar á las gentes que era un digno rival de Carlos V, sin lograr jamás su propósito.

Francisco I hablaba, y hablaba mucho, y sabido es el adagio:

« Que de can que mucho ladra
nunca nada vos temades. »

Carlos V, por el contrario, no hablaba nunca, y callando ganó batallas, conquistó ciudades, y dominó reinos.

Francisco I se vanagloriaba — ¡vanidad de vanidades! — de ser más afortunado en las lides amorosas, y aún en este punto aparece vencido por Carlos de Gante, según después veremos.

En 1525 atraviesa los Alpes Francisco I y al frente de un poderoso ejército penetra en Italia, ansioso de arrebatarla al poder de los imperiales de Carlos V, empezando por sitiar á Pavía, antigua capital del reino de los Lombardos, situada á la margen izquierda del río Tessino, famosa por su Universidad fundada en el siglo XIV, la cual defendía con un puñado de soldados el valeroso capitán español Antonio de Leiva.

El ejército imperial levantó su campo de Lodi el 24 de Enero, dejando allí alguna fuerza al mando del Duque de Milán, Francisco Sforza, para cubrir la plaza de Cremona, y tomó el camino de Milán amenazando esta plaza con el objeto de obligar á Francisco I á abandonar sus posiciones frente á Pavía. No habiéndolo conseguido, cambió bruscamente de dirección á la izquierda cayendo por Marignan sobre la pequeña villa de Santángelo, punto fortificado que aseguraba la retirada sobre Lodi y que fué tomado al asalto el día 30 por Fernando Dávalos, Marqués de Pescara, con sus españoles.

Los imperiales siguieron avanzando con precaución, llegando el 7 de Febrero á las alturas de San Alesio, donde establecieron su cuartel general, frente al campo francés.

Francisco I guarneció entonces las posiciones de San Salvador, San Lanfranco, San Lázaro y San Paolo, que formaban sus alas; aumentó las defensas de su campo, y dispuso convenientemente su numerosa artillería, con lo cual, sin dejar de estrechar á Pavía, mostraba la cara á los imperiales.

Los soldados de Carlos V, faltos de recursos é inferiores en número, se limitaron á sostener frecuentes escaramuzas y sorpresas, para mantener en sobresalto á los franceses.

Falta la guarnición de Pavía de víveres y municiones, reuniéronse los capitanes imperiales, aceptando el parecer de Pescara, consistente en caer por un movimiento oblicuo sobre la izquierda del grueso de los franceses, amenazando sus comunicaciones con Milán, única línea que tenían de retirada, y haciendo después una conversión, arrojarlos sobre Pavía, de donde oportunamente saldría Antonio de Leiva atacándolos por la espalda.

El 24 de Febrero empezó á desfilar el ejército imperial en una sola columna con dirección á Mirabello, en la siguiente forma:

Vanguardia: compuesta de un pequeño cuerpo de caballería ligera y de arcabuceros á pie, regida por Hernando de Alarcón.

Centro: cuatro divisiones de infantería; la primera, de tres mil españoles y alemanes, con dos cañones, mandada por el Marqués del Vasto; y las otras tres de á cuatro mil hombres capitaneadas por Pescara, Lannoy y el Condestable de Borbón.

Y retaguardia: á cargo de Juan Aldana; dos mil italianos, con cuatro piezas de artillería y el bagaje.

La caballería,—unos mil cuatrocientos jinetes entre hombres de armas y ligeros, — dividida en dos trozos, flanqueaba por ambos lados las divisiones de infantería.

En total: unos veinte mil hombres y cinco mil que podía aportar Leiva, si lograba salir de Pavía.

Los franceses eran diez y nueve mil infantes y dos mil cuatrocientos caballos con el rey, ocho mil hombres en San Salvador y San Lázaro; y dos mil infantes, con alguna caballería ligera, sitiando Pavía.

Comenzada la batalla el día 25 el duque de Alençon desordenó y arrolló nuestra retaguardia, embarazada con la impedimenta, cogiéndola las cuatro piezas que llevaba, si bien, quebrantado por las pérdidas sufridas, lejos de continuar la arremetida, se retiró presuroso hacia Milán.

El marqués del Vasto tomó la casa de Mirabello y una colina próxima, y el ejército imperial, haciendo un giro á la izquierda, avanzó en orden oblicuo contra la línea francesa, mientras la vanguardia procuraba cogerla de flanco por la derecha.

Francisco I, impaciente, púsose á la cabeza de la caballería, cargando sobre los imperiales cuyos escuadrones cedieron ante un ataque tan rudo.

Rápidamente acude Pescara y logra restablecer el orden del combate, distribuye mil quinientos arcabuceros escogidos entre las filas de nuestros caballos, y al frente de los suyos rechaza á los jinetes contrarios, que empiezan por retroceder y caaban por huir.

La izquierda francesa, compuesta de Suizos, es desbaratada, y muerto su jefe Diesvach.

Francisco, I, que mandaba el centro, procura resistir, pero atacado por todas partes, incluso por la espalda, —pues Leiva ha logrado salir de Pavía y destrozar los franceses que guardaban San Salvador, inutilizando el puente que tenían sobre el Tessino, —es también roto y disperso por las mangas de los arcabuceros imperiales que con sus certeros tiros inutilizan á los artilleros franceses.

En derredor de Francisco I sucumbió la flor de la nobleza francesa.

El rey trató de salvarse; pero su caballo cayó herido, derribando al jinete, y el monarca francés vióse prisionero del soldado vizcaíno Juan de Urbieta, según unos, y según otros de Diego de Avila, del gallego Pedro Pita, da Veiga y del catalán Juan de Aldana.

No queriendo rendir la espada á su compatriota, el Condestable de Borbón, por juzgarle traidor, la entregó al Duque Lannoy, virrey de Nápoles y jefe del ejército imperial.

Los generales españoles, para informar al Emperador de tan señalada victoria, mandaron por tierra al conmendador Peñalosa, á quien Francisco I dió un salvo conducto para atravesar la Francia y una carta para la Regente, su madre, con las célebres palabras: *Señora, todo se ha perdido menos el honor.*

También cayó prisionero el titulado Rey de Navarra, Enrique de Albret, de los soldados Ruy Gómez, Juan de Pernia y Cristóbal Cortesia.

Más de diez mil hombres quedaron muertos, heridos ó ahogados en el Tessino.

Perdieron los franceses toda la artillería; centenares de banderas; armas, caballos y efectos de guerra; un cuantioso botín en dinero y alhajas; y ocho mil prisioneros, entre ellos muchos nobles que no quisieron salvarse abandonando á su Rey.

El triunfo de Pavía, debido principalmente á Pescara, produjo la conquista de Milán, y que á los quince días de obtenida no quedase un francés en toda Italia.

Francisco I fué conducido á Madrid y encerrado en la Torre de los Lujanes, en la Plazuela de la Villa.

Memorias secretas, admitidas por algún ilustre historiador, contaron que, para obtener la libertad del monarca francés vino á Madrid su hermana Margarita, no como reina contratante, porque no lo era, pero sí como dama mediadora,—*que bien pudo ser una constelación dichosa en el planeta de Carlos V;*—intervención que Francisco I no debió permitir bajo el doble punto de vista del caballero y del hermano; mucho más estando resuelto á obtener la libertad, fueren cuales fueren las condiciones que el vencedor le impusiera, ya que su resolución era la de no cumplirlas, como luego demostró.

Recordarán nuestros estimados lectores que la espada de Francisco I rendida en Pavía, que se conservaba en nuestra Real Armería, fué devuelta á instancias del general Murat, al Emperador Napoleón, en 1808, por un acto de baja humillación del rey Fernando VII y sus consejeros; pues bien, ahora, y merced á un precioso libro del erudito escritor don Enrique Leguina, que lleva por título *Espadas históricas,* sabemos que la entregada á Murat no fué la verdadera, y sí otra de exquisito dibujo, llena de piedras preciosas, impropia para luchar. El señor Leguina ha examinado en la Real Armería el puñal que llevaba Francisco I en Pavía, fuerte y rudo, verdadera arma de combate, en nada parecida á la espada devuelta, y confía en que, después de las vicisitudes é incendios porque la Real Armería ha pasado, aparezca la espada compañera del citado puñal.

¡Y véase cómo, por extraño que parezca, puede llegar una ocasión en que la ignorancia sea una falta meritoria!

Tal es el asunto del hermoso cuadro que el ALBUM SALÓN ofrece en este número á sus ilustrados lectores.

E. RODRIGUEZ - SOLIS





PAISAJE ASTURIANO. — Cuadro de ENRIQUE MARTÍNEZ CUBELL.

PERCHELERAS

No vi una trenza de pelo
ni más rubia ni más larga,
ni dos ojos más azules
que los ojos de tu cara.

Le dijo el sol á tus ojos:
— Niños haced el favor
de entornaros por un rato
y que pueda alumbrar yo.

Se abrieron antes de tiempo
las rosas de mi rosal,
que va á pasar mi flamenca
y quieren verla pasar.

De ermitaño no te fies
que esté siempre repicando,
pues si repica no reza
el bueno del ermitaño.

Jardinero confiado,
no te llegues á dormir,
pues hay ladrones que quieren
las rosas de tu jardín.

No pretendas imitar
al perro del hortelano,
¡si tu campo no da trigo
deja que labre otro campo!

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

LA CARIDAD

El bien de la humanidad,
á mi parecer, se funda
en esa virtud fecunda
que llamamos caridad.
Quien con santa abnegación
la consagre su existencia,
tendrá paz en la conciencia,
sosiego en el corazón.
¡Feliz quien tender el vuelo
por su extenso campo sabe!
¡La caridad es la llave
que abre las puertas del cielo!

FERNANDO FRANCO
FERNANDEZ

LAS DOS ROSAS

Muerta su mujer, y arruinado casi simultáneamente, parecióle que el mundo se había desplomado sobre su cabeza. Acobardado, vencido, no se sentía con fuerzas para salir del abismo sin fondo en que cayera. Con las migajas de su fortuna, aquí y allá dispersas, y merced al crédito nunca usado, fué tirando una temporada, pero después vino la miseria, la sucia, mal oliente, embrutecedora miseria, la que no perdona, y contra la que casi nunca prevalecen los tirones de las víctimas para substraerse á sus garras. Aquel hombre de claro y brillante talento, de instrucción vastísima, de sentimientos nobles y generosos, dotado de un valor á toda prueba y de un don de gentes que pocos poseían en tan alto grado, conoció los días sin pan, las noches sin albergue, los trajes comidos por el uso y por la mugre, el asco y el desprecio de sí mismo. Tenía veintinueve años, y parecía de mucha más edad. Encorvado, displicente, aburrido, desesperado, pasaba por calles y paseos, sin mirar á nadie, contemplando la interior querida imagen que le llamaba desde su fría cama de piedra.

Para no acabar de hundirse más, aceptó un empleo en un establecimiento de crédito, y... sin voluntad propia, sin apego á nada ni á nadie, pero con la pitanza asegurada y con el traje menos derrotado que meses antes, dejaba transcurrir la vida sin esperanzas y sin deseos; hoja muerta á la que el soplo de la existencia empujaba sin objeto hasta que llegara el instante de la eterna caída

Dos ó tres años hacía que llevaba esa existencia de autómata. No hablaba ni saludaba á ninguno de sus antiguos compañeros; no tenía amoríos; no decía ni una palabra en la casa donde estaba alojado. Cumplía su diario trabajo con una regularidad y presteza que encantaban á sus jefes, jamás se quejaba por exceso de faena, era un empleado modelo. Sus compañeros le respetaban por su inteligencia y su sombrío mutismo; sus jefes le ascendieron tres ó cuatro veces, sin que el anuncio de la buena nueva le produjera efecto alguno. Limitábase á dar las gracias con frialdad y volvía á su trabajo. Por las noches pasaba horas y más horas contemplando el parpadeo de las estrellas y los abismos obscuros en que lucían. Era, á no dudar, un muerto ambulante, un cadáver galvanizado.



Nota rara en Barcelona. *Fot Vazquez, hermanos.*

¡Qué tristeza, qué vacío tan inmenso sentía en su interior! No hojeaba jamás un libro, no tocaba nunca los periódicos, jamás puso los pies en un teatro ni en un café. Los días festivos los pasaba encerrado en su cuarto, tendido en la cama, con los ojos abiertos, inmóvil, anonadado. Otra naturaleza menos robusta que la suya habría ya sucumbido, sometida al interno tormento, que debía ser indecible, el tormento de recordar la felicidad pasada, en el seno de la miseria y del abandono presentes.

Una noche ¡oh, cómo la recordó toda su vida!, estaba sentado en el interior de un coche del tranvía y había junto á él varios asientos desocupados. De repente, paró el coche, subieron varias señoras, y una de ellas se sentó á su lado. No se movió para mirarla. Absorto, como de costumbre, tenía fijos los ojos... que miraban sin ver.

—No, mamá, dijo una voz fresca y juvenil.

Juan se volvió bruscamente, pálido, convulso. ¿Es que los muertos hablan? ¿Es que la tumba se ha abierto? ¿O es que la locura, la repugnante pero libertadora locura se ha apoderado de su cerebro?

No. ¡Milagro! ¡Milagro! La fuente que se había secado vuelve á manar; la vida que se detuvo pónese en marcha; las brumas se disipan y luce radiante el sol. La divina forma no podía perderse; aquel peregrino maridaje entre el color y la línea, entre la línea y la expresión, entre la expresión y el sentimiento, aquel dechado de perfecciones no podía morir. Es ella, sin ser la misma; son sus ojos aquellos ojos azules que le miran admirados, picarescos y cariñosos á un tiempo; aquellos son los labios que tantas veces ha besado; aquellos los menudos dientes de que ha sentido la frescura; y aquella voz clara y sonora, que vibra en el alma dejando un recuerdo de amor, es la voz que oye en sueños, que en otras épocas le ha llamado cariñosamente, le ha consolado, le ha reñido, le ha dado esos nombres que ya no ha de oir más.

—¡Rosa! — murmura, más que con los labios con el pensamiento; — pero la joven lo ha oído, sus claros ojazos expresan una sorpresa sin límites. Mira las facciones marchitas de aquel hombre, su traje descuidado, y piensa que es imposible que sepa su nombre;... pero, cuando encuentra sus ojos, siente á su vez una sensación extraña. Advierte el ansia indecible, el cariño inmenso con que aquel hombre la contempla, y fijándose mal de su grado en él, ve como se transfigura. Un brusco movimiento, pone erguido su torso, la cabeza se echa atrás, la sangre colora las facciones que adquieren expresión y vida, y los pardos ojos estriados de oro diríase que reflejan el aura de demencia que en aquel momento azota las paredes de su cráneo.

Suena una campanilla. El coche se para. La radiante aparición se desvanece. Juan vacila un instante,... después, sin importarle que se puedan reir de él, baja á su vez. La figurita avanza con seguro paso. El hombre, atraído por fuerza irresistible, sigue, sigue ciego, sordo, indiferente á cuanto pasa por su lado; podría caer un rayo y no lo sentiría. Adiós, visión de juventud y dicha! Pero antes de desaparecer, la joven ha vuelto á mostrar el perfil correcto y gracioso. Las líneas que lo forman quedan impresas en la semi-obscuridad, con trazos de fuego.

— ¡Rosa! ¡Rosa! — murmura Juan, sollozando.

Tres meses después, Rosa está en un patio. Vestida de blanco, con unos rojos claveles por todo adorno, atrae todas las miradas, sin que las suyas se fijen en nadie. ¿Por qué de repente se estremece y siente que la sangre se agolpa á su rostro? Es que en el patio del lado entra un hombre. No es joven, no es hermoso, parece cansado y triste. Da la espalda á la escena. Diríase que mira á la sala, pero Rosa sabe que mira á ella, y cuando sus labios se mueven de un modo imperceptible, adivina que aquellos labios pronuncian su nombre. ¿Por qué siente tan grande simpatía por aquel hombre que no es joven ni hermoso? Las facciones, regulares, son duras, acentuadas; la frente amplísima, impone; la boca de correcto dibujo, está cerrada con fuerza. Los ojos, aquellos ojos que parecen reflejar una intensa locura de cariño, son los que atraen y dominan. No hay modo de substraerse á su dominio. Rosa se pregunta si no ha visto á aquel hombre muchos años atrás. Parécele que la ha querido mucho en otra época, cuando era una niña, y sin querer, pero sin poder remediarlo, sus azules ojos buscan los ojos con estrías de oro.

Desde aquella noche, no pasa un día sin que aquel hombre la vea muchas veces. Ella misma procura renovar las ocasiones. No le ha hablado nunca; pero sabe que si un día su voz manda, obedecerá.

— ¿Sabes quien es ese caballero?

La amiga de Rosa sonríe y contesta:

— Sí; Juan Huerte, un hombre que había sido muy rico, que quedó arruinado, que había desaparecido, y que ahora ha escrito ese libro que lee todo el mundo.

—¿Qué libro?

— *La vida pobre.*

Rosa no pregunta más; pero su amiga le explica que Juan es viudo hace tres ó cuatro años.

– ¿Sabes como se llamaba su mujer?

– Como tú, Rosa.

– ¿La conocías?

— No; pero dicen que era muy guapa.

Rosa comprende la exclamación ahogada de Juan en el tranvía.

Muchas horas han caído en el abismo de la eternidad.

Juan ha luchado en vano contra el recuerdo y la visión viviente. La rosa perfumada y henchida de savia ¿no es acaso aquella misma rosa que un día besó marchita y que tragó la tierra?

***

La eterna historia se renueva. El agua del río camina hacia el mar. Así como el abismo llama otro abismo, así un amor inmenso atrae otro amor. Rosa ama á Juan con toda su alma; Juan revive su existencia pasada, en el amor de Rosa. Las dificultades excitan á vencerlas. Los padres de la niña opónense á lo que juzgan amor de un día; pero Juan trabaja sin descanso en el silencio y la quietud de la noche, y á cada nueva obra que brota de su pluma suena un aplauso estruendoso, y acude el dinero á prestarle el poder qne le faltara. Rosa le anima con entusiasmo. Segura del final triunfo, soporta las pruebas á que la somete la tenaz negativa de sus padres. ¡Dios no permita que la pasión que siente la arrastre á la desobediencia!; pero nadie puede impedir que en el fondo de su pecho arda la llama que fecundiza al mundo; que esa interna hoguera se asome al cristal de los ojos.

Por fin llega el día de la victoria. El nombre de Juan vuela de boca en boca; su reputación traspasa las fronteras de su patria. Toda resistencia cede. Rosa es feliz. la Iglesia bendice su amor, y la une con lazo indisoluble al hombre que la adora y que sólo la muerte apartará de su lado.

Al volver de la ceremonia augusta, Juan, estrechando las manos de Rosa, decía así:

— Habla, habla sin cesar, amor mío. Tu voz es regalada música para mí. Deja que beba en esa fuente de harmonía que tanto tiempo estuvo seca. Esa voz ha sido tan potente como la del Cristo; también mi cuerpo ha dejado la tumba, á su mandato. Bendita seas, dispensadora de vida, manantial de esperanza. Al contacto de tu cuerpo joven, el mío, cansado, se rejuvenece. La nieve de la montaña se derrite cuando el sol la besa, y aquella masa fría, mensajera de muerte, baja en cristalinos arroyos á fecundar la tierra, á renovar la vida. Por ti he huído de la muerte que creía mi postrer amante; por ti ha brillado de nuevo la luz de mi inteligencia; y los aplausos con que se acogen mis obras, tú los has hecho estallar. Rosa de Jericó, has cumplido la maravilla de qué habla el Evangelista: has florecido dos veces y convertido en oásis el erial.

J. LORING



LA CADENA DE LA VIDA

Mujer, no comprendo esas lágrimas. Si alguien te viera, creería que en vez de tratarse del casamiento de tu hija, se trataba de su muerte. Vamos, Margarita, ten juicio. El casarse es la cosa más natural del mundo. ¿No te has casado tú conmigo? Verdad es que hace muchos años...

— Todo cuanto me dices, querido Pepe, es lógico. Será una ridiculez, pero ¿qué quieres? no lo puedo remediar. Trato de hacer de tripas corazón, de no pensar más que en la felicidad de nuestra hija, de mi Rosa de mi alma, y sin embargo, ¡me da una pena tan grande!

— Es una solemne tontería. Rosa ha encontrado un marido guapo, joven, rico, de talento y de un porvenir brillante.

— Lo que ella se merece.

— Conformes. Yo he procurado, durante mi vida, economizar algunos miles de duros para ella, y hoy que ya la nieve de los años ha cambiado el color de nuestros cabellos, hoy que aquella niña de los tirabuzones rubios se ha convertido en una mujer hermosa, ¿qué hemos de hacer? Recrearnos en su felicidad y esperar con paciencia, que nos traigan de París un nietecito, metido en una cesta con cintas y flores.

— O yo no me explico, ó tú no quieres comprenderme. Yo no me lamento de que nuestra hija se haya casado, ni que el partido sea mejor ó peor: mi desconsuelo es, por el vacío que al abandonarnos deja en torno nuestro. Nosotros ya somos viejos.

— No recuerdes cosas tristes.

— Déjate de bromas. Rosa era para nosotros, como el agua cristalina que corre al pie del árbol añoso: nos daba vida. Al lado de ella, las penas se olvidaban. Siempre tenía para sus padres una mirada cariñosa. Hoy...

— La tendrá para su marido, no seas egoísta. Haz el favor de enjugar tus lágrimas, porque tenemos que volver á casa del padrino, de donde salimos después de almorzar, sólo por media hora, para que te cambiaras de traje, y ya llevamos cerca de una hora hablando tonterías.

— ¿Tonterías?

— Sí. Como yo fuera un hombre de esos que se entristecen cuando ven llorar á alguien, estaríamos haciendo un paso de comedia. La suerte es que no soy así. En la guerra se aprende á verlo todo con indiferencia, y conste que esto no lo digo por el caso presente. Acostumbrado á oír silvar las balas junto á mí, las cosas de la vida no me impresionan tanto.

— ¡Dichoso tú!

— Conque en marcha, que ya estarán impacientes esperando nuestra llegada. El tren sale á las seis, y son cerca de las cinco.

— Vamos.

— Límpiate bien los ojos, no vayan á conocer que has llorado; entonces, ¡qué diría la gente...!

***

— Mamaíta de mi alma. Papá de mi corazón. Habéis tardado.

— Tu madre que se ha entretenido.

— ¿Ya están ustedes de vuelta?

— Sí, hijo mío, y no te digo yerno, porque esa palabreja la inventó el demonio, en un rato de mal humor.

— ¿Os habéis divertido mucho?

— Sí, mamá, muchísimo. ¿Estás triste?

— ¿Triste? No; como quieres que lo esté, viéndote tan dichosa.

— Con decirte que venía cantando por la calle.

— ¡Qué exagerado eres!

— ¿Y para el padrino no hay nada?

— No ha de haber, para mi Paco querido, para el compañero de armas; un abrazo y muy fuerte...

Aprieta, viejo soldado.

Eso es, todo para el padrino ¿y para la madrina?

— Para la madrina, otro abrazo...

— Ya que estamos todos juntos ¿les parece, que vayamos hacia la estación, que va siendo hora?

— Miren el novio, que prisa tiene...

— Padrino, no sea usted malo...

— Los trenes no esperan.

— Por nosotros en marcha. Tú dale el brazo á tu mamá política, tú ofréceselo á tu padre, y los demás que se arreglen como puedan: cada oveja con su pareja.

— ¡A la estación!

— A la estación.

***

— Van los coches atestados. Que afluencia de viajeros.

— Tú, aquí, de espaldas á la máquina.

— Bueno, mamá.

- Y tú, cuídamela mucho.

— Que telegrafíes en seguida.

— No faltaba más...

¡Señores viajeros al tren!...

- Andad, andad, no os vayáis á quedar en tierra.

— Adiós, mamaíta. Adiós, papá. Adiós, padrino. Adiós, madrina. Adiós, todos...

— Hagan el favor, que voy á cerrar la portezuela.

— ¡Hija de mi alma! escríbeme pronto.

— Descuida.

— ¡Adiós!

— ¡Adiós!

— ¡Adiós!...

El tren salió del andén arrojando chispas y humo por la chimenea de la máquina, llevando orgullosa hacia la felicidad á los recién casados.

Los dos viejos permanecieron algunos minutos inmóviles, mirando á lo lejos, como si quisieran percibir en el horizonte el tren y asomada á la ventanilla á Rosa, que les tiraba besos con las manos. La madre lloraba como una Magdalena, el padre bromeaba como de costumbre.

- Vaya, vaya, esto se acabó; ya no hay más que hablar.

— Bueno; pues ahora á casa, á descansar ¡que buena falta nos hace!

— ¿Nos veremos mañana?

— Sí, iremos á tu casa.

— Hasta mañana.

— Que sea enhorabuena.

— Muchas gracias...

***

— ¡Ajajá! qué ganas tenía de volver á casa; porque el día ha sido de prueba.

— Ya estarán cerca de Torrelodones.

— Quién sabe donde estarán, mujer.

Después de este breve diálogo, don José se sentó en una butaca enfrente á su esposa; apoyó la cabeza en las manos y cerró los ojos.

Doña Margarita lloraba.

Era aquel un momento difícil de describir.

De pronto, el semblante de don José fué cambiando de aspecto. Aquellos ojos siempre risueños, fueron poco á poco volviéndose melancólicos, hasta que dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.



Entonces se levantó, se acercó á su compañera de toda la vida, y cogiéndola con cariño las manos, le dijo:

— Vieja mía, ¡no puedo más! ¡Me ahogo! ¡He disimulado tanto! ¡Se ha roto un eslabón de mi alma! ¡Qué triste es la cadena de la vida!

Y rompió á llorar copiosamente.

Eduardo MONTESINOS

MADRID ELEGANTE

Cuando esta crónica se publique, no quedará ya más que el recuerdo de las brillantes fiestas celebradas en la Corte durante la primera quincena de Febrero: la ceniza simbólica habrá ya señalado con su triste huella la blanca frente de las aristocráticas hermosuras que días antes resplandecían entre los fulgores de las joyas y entre la malla sutil de los encajes; á las almibaradas frases de rendidos amantes, substituirán las pláticas severas de los jesuítas inflexibles; á las *matinées* y á los saraos, los piadosos ejercicios; todo habrá cambiado de aspecto, aunque, transcurridos los cuarenta días de forzoso recogimiento, vuelvan á repetirse las fiestas, se escuchen los acordes de la orquesta preludiando valses y rigodones, abandonen las joyas sus aterciopelados estuches, y se abran de par en par las puertas de los salones de baile.

Entretanto, recordemos las pasadas alegrías; describamos, siquiera sea á vuela pluma, las espléndidas fiestas, y demos á nuestros lectores algunos datos inéditos de los que se escapan á la crónica diaria, á la que se escribe para la prensa de gran circulación, cuando apenas se han apagado las luces que iluminan los salones, y cuando todavía vibran en el aire las últimas notas del vals, á cuyos acordes ha danzado toda la juventud aristocrática de la Corte.

***

La primera fiesta, la que por decirlo así, ha roto el hielo ha sido la inauguración del teatro de los Marqueses de Monteagudo.

Teatros de salón ha habido muchos, y de ellos han salido notables artistas; pero aun teniendo que luchar con tan ilustres ascendientes, el teatro levantado en el magnífico *hall* del palacio de la calle de Fomento, ha dejado gratísima impresión en cuantos asistieron á sus representaciones.

Aparte del teatro del Palacio de Denia, cuya riqueza, amplitud y suntuosidad sólo hallan término de comparación en los que sirvieron para que brillasen la gracia y elegante coquetería de Mme. de Pompadour, no recordamos otro escenario de salón, de más bellas proporciones que el de los Marqueses de Monteagudo. Alzase, como hemos dicho, en el fondo del *hall*, entre antiguos tapices y plantas espléndidas, y la anchurosa sala, además de poder contener cómodamente más de doscientas personas, está decorada con telas antiguas, armaduras, vitrinas repletas de preciosidades artísticas, estatuas, muebles florentinos y cuadros de preciadas firmas.

Se necesita, pues, un mérito superior para atraer hacia la escena la atención del público, por tantos y tan bellos objetos solicitada; si en el escenario no aparecieran *actrices* hermosas y elegantes ¿cómo apartar la vista, por ejemplo, de las miniaturas que reproducen las beldades de las Cortes de Luis XV y Luis XVI?

Precisa, pues, mucho arte dentro, para que la vista no se distraiga fuera, y el arte y la belleza hallábanse representados en aquella escena, por la señora de Vera, por la Marquesa de Valdefuentes y por la Condesa de Catres, secundadas admirablemente por don José de Vera, por los Marqueses de Valdefuentes y de Somosancho, pòr el Duque de Luna, por don Manuel Crespi de Valdaura y por Pepito Santos Suárez, entre otros.

El éxito fué completo; todas las obras hasta ahora representadas han obtenido perfecta ejecución, pero muy especialmente la linda zarzuela *De P. P. y W.*, poco conocida de la sociedad aristocrática, por haberse estrenado en el *Teatro Romea*, expresamente escrita para la genial Loreto Prado.

***

De todo el cuerpo diplomático, únicamente los señores de Radowitz, se hallan este año en condiciones de recibir y agasajar á la sociedad madrileña. Enferma Lady Wolf, la esposa del Embajador de Inglaterra, recién llegado el nuevo Embajador de Italia Conde de Collobiano, que es un hombre soltero; apenas presentada en sociedad Mme. Patenôtre, la bella esposa del Embajador de Francia; de luto el Conde Dubsky por la rápida muerte de la Emperatriz de Austria-Hungría, y apenas instalados en su nueva residencia el Embajador de Rusia y Mme. Schewitz, solamente la Embajada de Alemania podía continuar la tradición de esplendidez del cuerpo diplomático.

Y lo ha hecho por manera brillante: tres bailes se han celebrado en los hermosos salones del ilustre representante del Emperador Guillermo, y los tres han sido á cual más lucidos y animados. Allí se han presentado hermosuras espléndidas, largo tiempo retraídas de la vida de la sociedad; allí apareció, como esposa del Secretario de la Embajada de Inglaterra, Mr. Crakentporte, la que de soltera brillaba en los salones con el nombre de Ida Sickles; allí reaparecieron, tras larga ausencia, la bella Marquesa de Casa-Torres y la Marquesa de Alquibla, una hermosura granadina.

Un detalle de estas agradables reuniones: en el comedor se servía una bebida tan deliciosa, que una ilustre dama acudió al Embajador para que le diera la receta, y Mr. de Radowitz, galante como buen diplomático, no sólo la envió la receta, sino que la noche en que la citada dama recibió á sus amigos, el propio *maître d'hôtel* de la Embajada fué el encargado de confeccionar y servir la deliciosa bebida.

***

La moda de las cadenas ó *sautoir* está tan en auge, que ya no se llevan sólo en la calle para sujetar el manguito ó el reló, sino que constituyen adorno indispensable de los trajes de baile; y sobre los trajes de raso y encaje negro, se llevan de turquesas y brillantes; sobre los vestidos blancos ó rosa, de coral y zafiros blancos; y las hay con perlas y esmeraldas, y con brillantes y rubíes.

Muchas damas, como la Marquesa de Squilache, que poseen magníficos collares de perlas, los han hecho montar en forma de larguísimos hilos, cada perla separada por un *zafiro blanco*, tallado como el brillante; resultando un conjunto admirable.

***

Otra de las fiestas, — quizás la más suntuosa, — ha sido la celebrada en las habitaciones que en el palacio de Villahermosa ocupa la ilustre Marquesa de Squilache; nada ha faltado allí, para que la fiesta pareciera un baile grande: crecido número de invitados; las damas luciendo *toilettes* y joyas como para una gran fiesta; presentación de varias jóvenes en sociedad, — señoritas de Alava, Castilleja de Guzmán, Dracke de la Cerda y Martínez de Irujo; — espléndido *buffet* y un notable sexteto.

La Marquesa tenía proyectado un baile *de cabezas*, que luego hubo de suspenderse con motivo del fallecimiento de la señora de Liñán; y á propósito de este baile, no realizado, se cruzaron cartas curiosísimas entre la distinguida dama y el insigne literato don Juan Valera.

Dudaba la Marquesa de Squilache de la forma correcta de hacer las invitaciones para su fiesta, en castellano, pues no le parecía oportuno recomendar á las señoras que se *hicieran la cabeza*, como es la traducción literal del francés, y escribió á su antiguo amigo, el ilustre autor de *Pepita Jiménez*, pidiéndole una fórmula para salir del apuro. Don Juan Valera, en una carta hermosísima como suya, la respondió lamentándose del aprieto en que le ponía con su pregunta, pues como ahora todas las modas nos vienen del extranjero, no es fácil adaptarlas á nuestro idioma; esto no obstante, enviaba la fórmula pedida, y ya estaban en la imprenta haciéndose las invitaciones, que los amigos de la Marquesa hubieran recibido sin sospechar el preclaro ingenio que en ellas había colaborado, cuando la muerte vino á desbaratar todos los planes.



Nota rara en Barcelona. *Fot. Vázquez, hermanos*

***

Apenas queda ya tiempo para hablar de las tres bodas notables que se han celebrado desde que escribí mi última crónica: digamos pues, únicamente, que en este período de tiempo, se han unido en lazo indisoluble don Rafael Gordón, primogénito de la Condesa de Mirasol, con la señorita de Onteiro; la Marquesa de Trives con el Vizconde de Hormaza, primogénito de los Marqueses de Castellanos; y el Duque de Aliaga, primogénito de los de Hijar, con la señorita de Gurtuhay y González de Castejón.

MONTE-CRISTO

EL NÚMERO PRÓXIMO (37 de esta publicación) verá la luz en honor del eximio pintor español

BALDOMERO GALOFRE

y estará ilustrado exclusivamente con trabajos suyos, tanto en color como en negro, — acuarelas, lápices, plumas, carbones, etc., etc., — escogidos entre los innumerables que ha ido coleccionando durante largos años, y que constituirán en día no lejano su grandiosa obra « España pintoresca »; conteniendo además su retrato y biografía. Acompañará á dicho número, en concepto de regalo, una hermosa melodía para canto y piano, original del Mtro. Delfín Armengol. Se titula « Flor marcida », y está dedicada por su autor al insigne artista.



EL CARBONERO Y LA HIJA DEL MOLINERO, por F. XUMETRA.



saliendo al mismo tiempo indignada la Tomasa, que pretende despedir al infeliz.



Pero un sincero arrepentimiento y un enérgico sermón de la anciana, ponen fin al incidente devolviendo la paz á los sensibles corazones de los novios.

LICOR BREA MÚNERA



22 AÑOS DE ÉXITO

Gran premio Exposición de París
Miembro del Jurado en Londres
Diploma de honor en Bruselas

El **LICOR BREA MÚNERA** es el que mejor combate los catarros crónicos, toses rebeldes, espectoraciones abundantes, asma, bronquitis y demás afecciones del tubo respiratorio. Preserva del tifus, es útil en los catarros de la vejiga, purifica la sangre de sus malos humores y tiene una acción tónica sobre el organismo, de tal suerte, que con su uso se abre el apetito.

Enfermos cansados de tomar otras medicinas, han recurrido al **LICOR BREA MÚNERA** y con su benéfico influjo han recuperado el don más precioso de la vida, que es la salud.

No debe confundirse el **LICOR BREA MÚNERA** con otros que llevan nombres parecidos.

Farmacia del Autor: PASEO DE GRACIA, N.º 24

JUAN FRANQUESA

ALMACÉN DE MUEBLES

VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO

SAN PABLO, 28 *Esquina Arco de San Agustín* BARCELONA

APIOLINA CHAPOTEAUT

NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el **flujo mensual**, corta los **retrasos** y **supresiones** así como los **dolores** y **cólicos** que suelen coincidir con las **épocas** y comprometen á menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

¡ESTÓMAGO ARTIFICIAL!

ó **POLVOS** del **DR KUNTZ** es un preparado incomparable para la cura de todas las dolencias del **estómago é intestinos**, por antiguas que sean. **Los vómitos, acedias, ardores, pesadez, flatos, dolores de estómago, cintura, etc., etc.**, así que **diarreas ó estreñimientos**, desaparecen á la primera dosis. Exito seguro. Caja **7'50**; media caja, **4 pesetas**, en farmacias y **Madrid**, Arenal, 2; **Barcelona**, Rambla Flores, 4. Pídanse FOLLETOS.

SUCESORES DE V. DE HAAS

Rambla de Estudios, 11, BARCELONA

Pianos harmonios y órganos de las mejores marcas del País y Extranjero.

Representantes con exclusivas para España y Ultramar, de los magníficos pianos

VONDERSOCH

á precios sin competencia.

Agentes de las mayores fábricas de instrumentos para banda y orquesta.

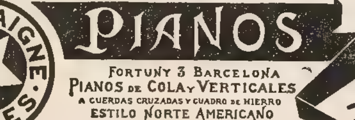
Música y accesorios de todas clases.
Especialidad en guitarras de conciertos.
Precios los más económicos.

CASA FUNDADA EN 1862

Historia del general **DON JUAN PRIM**

Semanalmente y sin interrupción se publica un cuaderno que vale **UN REAL**, á pesar de contener dieciséis páginas de texto, ó bien ocho y un magnífico cromo.

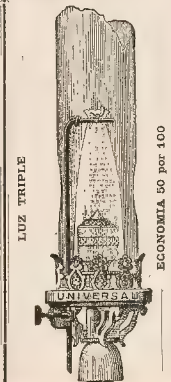
CHASSAIGNE FRÈRES



Imprenta á c. de F. GIRÓ

Casa especial para Ilustraciones.

PREMIADA CON MEDALLA DE ORO
en la
Exposición Universal de Barcelona de 1888



MECHERO UNIVERSAL

M. GRISAU

Sociedad en Cta.

DESPACHO: 11, BALMES

BARCELONA

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.



CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí ⁑ *Rambla de Cataluña. 151, Barcelona* ⁑ **Precio: 4 reales.**

CRONICAS * ACTUALIDADES * ARTICULOS LITERARIOS * POESIAS * MODAS * REVISTAS DE SALONES * MUSICA * SPORT

Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO III | BARCELONA, 1.º DE MARZO DE 1899 | NÚM. 37

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

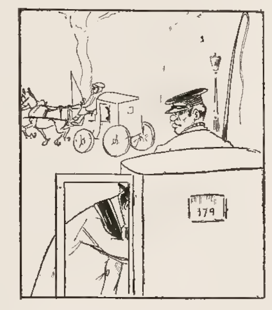
EL CONQUISTADOR DE OFICIO, por RICARDO FRADERA.



— ¡Vaya un cuerpo!



— La seguiré, y cuidado que llevamos andados ya tres kilómetros!



— ¿Toma coche? Pues yo otro. ¡Oye! no pierdas de vista aquel carruaje.



BALDOMERO GALOFRE

BALDOMERO GALOFRE

Acababa de nacer el Album Salón. Hallábase en aquel período de zozobras y esperanzas que han atravesado todas las publicaciones de importancia antes de arraigar por completo en el favor del público, cuando nos sorprendió agradablemente la inesperada visita de nuestro eximio paisano, á quien creíamos ausente de Barcelona. Como es natural, tratándose de un artista tan notable, faltónos tiempo para mostrarle los números publicados y pedirle su leal opinión acerca de ellos y de la arriesgada empresa á que nos habíamos lanzado, acaso con más entusiasmo que probabilidades de feliz éxito.

No hay que decir si, conociendo su proverbial franqueza, nos halagarían los aplausos que tributó á nuestro pensamiento de hacer una Ilustración genuinamente nacional, y si aceptaríamos con gratitud, dada su pericia, los prudentes consejos que juzgó del caso darnos, para la mejor realización del mismo. No hay que decir tampoco si, habiéndole parecido oportuno nuestro propósito de dedicar anualmente algunos números á pintores de fama, pondríamos inmediato empeño en que él figurara de los primeros; lo que no pudimos conseguir de momento, pues á pesar de su buena voluntad, impedíanle ocuparse de este asunto los múltiples trabajos que traía entre manos. Comprendiendo, sin embargo, la pena que su negativa nos causaba, ofreció complacernos más adelante, sin fijar época, cuando buenamente pudiera.

Era inútil importunarle con nuevas insistencias; nos resignamos á esperar, confiando en su promesa que ha cumplido religiosamente, con la caballerosidad que tiene acreditada en todos sus actos, proporcionándonos la singular satisfacción de ofrecer á nuestros lectores el presente número, cuyo sobresaliente mérito — el del artista que lo ha ilustrado — ha de sorprenderles y admirarles.

Encabezamos con su retrato estas hermosas páginas, en que se refleja el talento prodigioso de que le ha dotado la naturaleza, y le consagramos el artículo preferente, no por vía de presentación, pues no la necesita quién como él goza de universal renombre, sino para rendirle un público testimonio de aprecio y gratitud.

¿Y qué podemos decir de Baldomero Galofre que no haya dicho y repetido en todos los sublimes tonos del entusiasmo la prensa cosmopolita, con la firma de los críticos más eminentes? Alarde necio sería el nuestro, si pretendiéramos inventar algo nuevo ó expresar con mayor autoridad y elocuencia el cúmulo de plácemes, los unánimes elogios que el mundo artístico le ha tributado en letras de molde, desde que dió los pimeros pasos en su escabrosa carrera, hasta hoy que, sin desfallecimientos ni fatiga, divisa muy próxima la codiciada meta.

Esta consideración nos impele á deponer la pluma, harto humilde para realzar grandezas, limitándonos á reproducir una pequeñísima parte — en relación al espacio que se nos concede, — de lo mucho que en honor de Baldomero Galofre han escrito otras de buen temple y no dudosa imparcialidad.

De entre los innumerables artículos que tenemos á la vista, insertamos á continuación los pocos que por sus dimensiones, relativamente reducidas, se amoldan á los estrechos límites de nuestra publicación, y por cuya simple lectura se comprenderá cuánto debe valer quien tan altos conceptos ha inspirado á los periódicos españoles y extranjeros.

Revista de Bellas Artes (Barcelona, año 1886).

« Pocos artistas tienen una figura que les revele como á éste. A muchos de los que he conocido, si tienen algún rasgo, sólo á fuerza de observarles he llegado á descubrírselo. Galofre, lejos de ser de éstos, lo lleva pintado en la cara. Le veréis por la calle y le adivinaréis. A nadie se le ocurrirá tomarle por abogado, por médico, por corredor, por militar, etc. No es remilgado en el vestir, ni trae el cabello á la romana, ni tan sólo se cubre la cabeza con el consabido hongo de anchas alas, y, no obstante, despierta la curiosidad; uno vuelve á mirarle y concluye por decir: « Allá va un artista ».

Su retrato no me dejará mentir. Galofre tiene un perfil enérgico y algo de ideal en su mirada expresiva y fogosa; frente alta y noble, una barba y cabellos de caída graciosa. Su cabeza, airosa y valiente, descansa sobre un cuello robusto, y éste arraiga en anchas espaldas. En todo este busto, se revelan ya las cualidades características de sus obras: fuerza y elegancia.

Paraos á hablar con él. No se pasará medio minuto sin que veáis en las chispas de sus ojos, en ciertos movimientos de su brazo derecho describiendo espirales por encima de la cabeza, signos de una imaginación indómita. Si se prolonga la conservación, si habláis de arte, — con él casi no se habla de otra cosa, — su cara se transforma continuamente, los ojos le relucen como fósforos, las ventanas de la nariz se le hinchan y deshinchan, como las de un fogoso caballo, como las de aquellos caballos que él pinta. Cuando no encuentra la palabra correspondiente á su entusiasmo, la substituye ingenua y felizmente por un suspiro ó un sonido inarticulado, más expresivo que todos los vocablos del diccionario. Otras veces, lleva en la cara pintada la melancolía, aquel desfallecimiento del artista, que es tantas veces precursor de fiebre de trabajo. Entonces, se ensimisma; se le han de arrancar las palabras á la fuerza; su risa, ya comúnmente escasa, dibuja apenas una ligera curva en su retorcido bigote. Galofre, al día





siguiente, pintará del alba al anochecer. Una visita, un accidente cualquiera, la más pequeña interrupción, le pondrá frenético. Su vida es una sucesión continua de alegrías, de profundas tristezas, de angustias y fruiciones, de verdaderas crisis nerviosas.

Y es que Galofre no es tan sólo un pintor; es todo un artista; todo un temperamento. Hijo de un progresista de aquellos que al grito de ¡Viva Espartero! á los dieciséis ó dieciocho años, tomaban las armas y corrían á perseguir carlistas, desafiando todas las penalidades de la guerra, el hambre y la misma muerte, en aras de un ideal, ha obtenido por ley de herencia el fuego de los entusiasmos que todo ideal reclama. El padre fué un fanático de la libertad, el hijo lo es del arte y de la naturaleza. El padre bautizó á su hijo con el nombre que llevaba el caudillo de nuestras libertades; el hijo, si tuviese un sucesor, de seguro que querría darle el nombre que llevaba Fortuny, si no prefería una hija, para llamarla Natura. Y estaría, al hacerlo, tan inocente de herejía ó de querer singularizarse, que si al llegar á las fuentes bautismales le opusieran reparos, se exaltaría sin comprenderlos, y se volvería sin habérselos explicado aún. «¡Natura! ¡Oh, Santa Natura!» exclamaría, con acento italiano, como su padre debió decir: «¡Baldomero! ¡Oh, San Baldomero!»

Mirad los cuadros hoy expuestos en la *Galería Parés*. Allí encontraréis al fanático ferviente. Ni un cuadro de historia, ni un tipo arrancado á los libros; ni una escena de otros tiempos ó de países desconocidos del pintor: en cambio, ¡qué abundancia y maravillosa variedad hay en ellos de bellezas naturales que han sorprendido su espíritu! Del simple croquis al lápiz á *l'Ave María*, pasando por sus valientes carbones, por sus magníficas acuarelas, por los deslumbradores cuadros de caballete; ¡qué escala de Jacob para llegar á la gloria! Y toda esta multitud de asuntos ¿de dónde la ha sacado, sino de la realidad viviente? ¿Para qué dirigir la mirada



á otro lado? Galofre no puede hacer obras reflejadas, no puede resignarse á combinar mentiras, ni á rendir vasallaje á lo que no hace conmover su corazón. Para él, pintar es como llorar ó reir; una necesidad del espíritu conmovido por un espectáculo real; jamás falsear ideas ni embrollarse en imaginarias combinaciones, que salen del ingenio atacadas de anemia, porque no han pasado por el corazón. Pintar es para él, en una palabra, exhalar un suspiro, *cantar* una verdad sentida, expansionar el espíritu. Y como éste lo tiene de sensitiva, y en el mundo nada hay indiferente al artista, Galofre pinta ó dibuja continuamente, se duerme pensando en sus obras, se levanta con el alba para continuarlas, consagra su existencia toda á la contemplación del natural, al cultivo de su arte. De aquí la maravillosa fecundidad que aturde y admira á cuantos visitan su estudio.

Pintor esencialmente moderno, es, sobre todo y antes que todo, un enamorado de la verdad viva. Como el poeta, como el novelista del día, observa el mundo que le rodea; todo lo que hay en él le interesa, le conmueve, le inflama, y le hace coger el lápiz ó el pincel, para fijar todo lo que tiene de hermoso é interesante aquel fragmento de realidad, tal como lo han visto sus ojos, tal como ha atravesado por su temperamento; no con la inerte frialdad de un copista vulgar ó de la máquina, sino con toda la vida, toda la luz, todas las energías y aromas que conmovieron su corazón. He aquí el arte; he aquí el artista. Nada del guardarropa, del peluquero, ni del atrezista, auxiliares indispensables de los gigantes de la ciudad, de todos los mascarones y de los autores de tanta fantasmagoría como pulula por libros y telas. Galofre no condenará por eso las grandes composiciones, cuando son sentidas, ni la pintura histórica, cuando tiene por asunto acontecimientos que ha presenciado el autor, como por ejemplo: la batalla de Tetuán de nuestro Fortuny ó los episodios de guerra de Neuville. Pero no se dedicará nunca á la pintura retrospectiva ni á la simbólica, en las que, por mucho que puedan lucirse cualidades de dibujante y colorista, no pueden manifestarse aquellas corrientes de sentimiento que el artista transmite á los espectadores, porque las ha experimentado él antes. Los dibujos, las telas de Galofre son *documentos* de una verdad palpable, viva; nunca producto de lo que en *arte* se llama *manera*, ni engendros de la imaginación, ni componendas industriales á gusto de cierto público, ni frías representaciones teatrales con arreglo al patrón que dan académicos y profesores de Estética. Pintar de encargo, estoy seguro que no podría hacerlo. Componer lo que no ha visto, falsificar caracteres y épocas, hacer en una palabra, lo que no vive en la realidad ni ha empezado por impresionarle, sería para Galofre una abyección que pugna con su temperamento, con sus sentimientos de independencia y fidelidad. Podrá tal vez, por exceso de sentimiento ó exuberancia de fantasía, exagerar más ó menos una línea ó un tono; pero esto será dentro de aquellos límites del estilo propio, que, cuando se posee, es manifestación de toda personalidad. Nunca, empero, faltará concientemente á la verdad, ni hará de su arte mercancía de negociante ó acatamiento de adulador.



Y entiéndase bien que todo eso no supone en favor de Galofre ninguna virtud: es consecuencia natural de su carácter, por demás ingenuo. Relacionaos con él, y veréis como es igual en su trato. No esperéis de él reticencias, ni juicios tímidos ó acomodaticios, ni miramientos á escuelas ni á nombres; ni aquellos eclecticismos ó tolerancias que algunos por falta de convicción, otros, por hipocresía tienen. Nada de eso: Galofre os dirá lisa y llanamente, con la mayor sinceridad, su parecer, pese á quien pese. Como nuestros abuelos, habla claro y catalán. Artista convencido, es intransigente, cual debe serlo quien tiene su religión por única y verdadera.

Hay más; ante vosotros, aunque sea el primer día de veros, sin fijarse, contemplará una de sus obras como el enamorado á la novia; os pregonará el mismo sus excelencias

BALDOMERO GALOFRE



VAQUEROS ANDALUCES

BALDOMER



ELECCION Y CONTRATA DE CRIADA



S EN ALGUNOS PUEBLOS DE ARAGON



CARRETA ASTURIANA

y primores; os mostrará con entusiasmo los artículos críticos que lo han ponderado. Tanta ingenuidad choca á los espíritus ligeros, hasta el punto de confundirla con una vanidad que no existe. Lo que allí hay, — si no un gemido mal dominado por dolores que tal vez nos oculta, pero que creemos adivinar, — es la ingenuidad de los fuertes, la candidez de los buenos, la franqueza del convencido, la distracción del enamorado, más tolerables para mí, que la solapada afectación de muchas medianías que exteriormente irán por estos mundos de Dios haciendo gala de modestos, cuando vistos por dentro no son más que pellejos de viento. Al fin y á la postre, quien tenga las cualidades de Galofre, puede con justicia estar orgulloso. ¿Quién al ver sus obras no se lo explicará todo? Fuerza, empuje, poesía, sentimiento, elegancia, vida, habilidad, espontaniedad, están clamando: « Aquí hay un artista de veras; tan franco, tan sincero, tan leal como el hombre. — NARCISO OLLER ».

El Globo (Madrid, año 1887).

«Podrá ser todavía una utopía ó un anhelo más ó menos realizable la descentralización política y administrativa, pero la artística y literaria es ya un hecho.

De ello atestiguan, en punto á literatura, los primeros novelistas españoles; por lo que respecta al arte, es una prueba viviente, una más entre muchísimas otras, el notable pintor de quien damos hoy el retrato y la biografía.

Apenas sí habrá en Madrid, fuera de los aficionados é inteligentes, quien conozca á Galofre, y, sin embargo, ese artista ha cooperado y coopera en grado preferente á la gloria de España.

Su firma y sus cuadros se cotizan al más alto precio y desde hace largos años, en los mercados extranjeros.

Bien lo sabíamos nosotros de mucho tiempo á esta parte; pero aun hubiera tardado el público en saberlo, á no ser por la *Exposición* de sus obras de arte, celebrada á fines de 1886 en la sala Parés de Barcelona.

Fué aquello una revelación, gracias á la cual y á los periódicos ilustrados que reprodujeron buen número de los cuadros y estudios expuestos, se enteró España toda de que era Galofre uno de sus predilectos hijos.

Figuraba en la Exposición referida lo que un poeta hubiera llamado *toda la lira;* lo que el pintor podía llamar *toda la paleta.* Cuadros al óleo, grandes y pequeños; tablas, bocetos, apuntes del natural, dibujos al lápiz,



al carbón, á la pluma, aguadas, etc. Había allí de todos los géneros, de todos los estilos, de todos los gustos; pues Galofre demostraba sus aptitudes varias, así para la historia como para el género, lo mismo para la marina que para el paisaje, tanto para la gran pintura cuanto para el cuadro de caballete. Hasta para complemento se manifestaba acreedor á un puesto de los mejores entre los animalistas.

La admiración fué unánime, y tradújose en un riquísimo presente. El señor Galofre recibió una magnífica paleta orlada con un laurel de plata, en cuyo campo habían puesto sus firmas las autoridades civiles y militares, las eminencias literarias y artísticas, y los más distinguidos periodistas de Barcelona.

Claro es que los artistas, sobre todo cuando aún no han pasado de la juventud, carecen de biografía.

Presentaremos no obstante á Baldomero Galofre, toda vez que hasta hace poco era punto menos que un extranjero en su patria.

Nació en Reus. Su familia honradísima y acomodada no pensaba destinarle á la pintura; pero la vocación del niño empezó á señalarse á los siete años, y tanto y de tal modo se acentuó, que hubo al fin necesidad de transigir con ella.



Marchóse, pues, á Barcelona, y allí comenzó sus estudios bajo la dirección de don Ramón Martí, continuándolos luego, aunque por corto tiempo, en la Academia de Bellas Artes. En ésta obtuvo el premio de paisaje, con el cual se inició la serie de sus primeros juveniles triunfos.

Con los éxitos crecieron las aspiraciones, y Galofre se decidió por último venir á Madrid, á donde llegó en 1870, con 20 duros y unos 600 dibujos que posteriormente le fueron robados.

Tres años pasó en el Museo, copiando y aprendiendo, mas sin descuidar, por la contemplación de las grandes obras de arte, la no menos útil y grandiosa de la Naturaleza. Así aplicaba los recursos debidos á su trabajo, á recorrer ambas Castillas, en constantes expediciones de que tiempo andando había de sacar provechoso fruto.

Optó en 1873 á una plaza de pensionado, en la Academia de Roma, fundada aquellos días por nuestro ilustre jefe el señor Castelar; pero al decidirse la oposición, hubo empate entre él y Jaime Morera. Encomendada la resolución á la suerte, pues el Jurado no quería pronunciarse ni por el uno ni por el otro, fué vencido nuestro biografiado. Mas, tal estima inspiraba su reconocido mérito, que para él se creó otra plaza; merced á lo cual pudo trasladarse á Roma.

En la capital de Italia acabó de formarse nuestro artista. La mejor prueba de ello es que, aun no transcurridos dos años, el famoso comerciante en cuadros, Goupil, le compró á respetable precio cuanto tenía en su estudio.

Allá en Roma, donde había estrechado una afectuosa amistad con su ilustre paisano Fortuny, de quien fué apasionado admirador y discípulo, permaneció hasta 1884.

En tal fecha, y con motivo de la perdida de su madre, volvió á España y á su querida Cataluña.

No tardará en abandonarla de nuevo, pues todas sus aficiones le llaman á Italia; pero ya ahora habrá de quedar sujeto por afectos y vínculos gloriosos al suelo nativo.»

Fortunio (Nápoles, año 1889). (Traducción del italiano).

« Completamente abstraído en la idea de una grandiosa creación artística, siempre entusiasta por su idolatrada Italia, Baldomero Galofre ha permanecido cuatro meses entre nosotros, trabajando en las dulcísimas soledades de Sorrento. Allí, en medio de frescos bosquecillos de naranjos, de festones verdegueantes, entre la alegre tranquilidad sorrentina, el ardiente pintor español ha temperado el espíritu, fatigado por las largas y victoriosas batallas del arte.

Al saludar á Galofre, que hoy se aleja ya de nosotros, podemos enor-



gullecernos, si el plácido ambiente de nuestro país y la esplendidez de sus paisajes han vigorizado la inspiración y los alientos de uno de los más esforzados artistas europeos. Presunción es ésta que la tradición ha salvado de la catástrofe de nuestras prerrogativas.

A bien que, para Baldomero Galofre, Italia es casi una segunda patria; residió en Roma de 1873 á 1886, trabajando al lado de Fortuny, del cual parece derivación viviente, y no hay rincón de Italia desconocido para él, que los ha recorrido y admirado todos; admiración tan compenetrada en su sér, que cuando no está entre nosotros asáltale fuerte nostalgia: la de la Italia distante.

***

En Galofre, la adoración por Italia no se confunde con la imitación de nuestras escuelas y de los ingenios que les dieron vida. Los grandes predecesores de ese artista, fervientes admiradores de las bellezas de nuestro suelo, formáronse en la escuela de nuestros pintores, y quién de ellos recuerda las suavidades rafaelianas, quién la osadía sorprendente de Miguel Angel de Caravaggio, quién las acariciadoras morbideces del Correggio, quién el colorido profuso del pintor de Verona, quién la natural sencillez del Vecellio: pero Galofre, al paso que ama de Italia las bellezas, quiere asimismo la verdad en el arte. No hay para él escuela, género ni mecanismos especiales. En el dibujo, refléjase su gusto depurado, su experiencia; en el colorido, su visión exacta de la realidad; la inspiración es producto de su refinada cultura, de su natural ingenio, de su sentimiento exquisito, porque representa la excitabilidad del temperamento artístico en presencia del natural.

Así, vese de Galofre, ora un cuadro grandioso, en el cual personas y trajes revélanse en su más estética evidencia, como en la *Feria* ó en los *Saltimbanquis;* ora un paisaje profundamente sentimental, como la *Playa de Nápoles;* ora una mística visión, dulcísima como el *Ave María;* ya un admirable estudio de caballos, como en *Un coso de gitanos;* ó bien una plácida remembranza de la región natal: estudiado, visto, comprendido todo con el mismo *amore*, con igual fuerza de reflexión, con la intuición pronta y penetrante del hombre de gusto. No le basta á Galofre que un hecho sea maravilloso, es indispensable que sea verdadero; para convertirlo en maravilloso, sabe él muy bien que sólo ha menester hacerle pasar al través de su talento y de su percepción artística. Galofre es además un soberbio representante del naturalismo pictórico, y por esto precisamente resulta prodigiosa la rapidez de su visión y extraordinario el modo que tiene de traducirla plásticamente.

Cuanto á esta forma de traducción, Galofre no siente preferencias: tanto la pintura al óleo como la acuarela, el temple como el carbón, la pluma como el lápiz, para él tienen igual valor, y conoce á la perfección sus resortes y los maneja á voluntad, para no dar lugar á suponer, como creen algunos, que el valor del artista adquiere mayor ó menor importancia según sean los medios de que se vale. La diferencia, en todo caso, podría consistir tan solamente en la manera de emplear un medio con preferencia á otro; pero Galofre posee el secreto de todos, y así resultan sus acuarelas maravillosas, al igual que sus cuadros al óleo, y sus dibujos á pluma tan efectistas cuanto sus espléndidos *fusins*.

En este sentido, esto es, por su dominio del natural, Galofre tiene derecho á ser considerado algo así como el Zola de la pintura. Cuando la visión de la verdad es tan precisa, equilibrada, pronta; cuando se está en la posesión plena de todos los medios de reproducción, puédese impunemente ejercer absoluto dominio en el reino del arte, como hace Galofre, que no en vano nació en aquella tierra singular donde con tanto fausto imperó Carlos V, pintó Velázquez con suntuosidad inusitada, derramó Lope de Vega su inspiración á raudales, y Cervantes los tesoros de su gracia.

Reinan á la par en aquel país morisco los espectros y los ángeles, gitanos y soldadesca, el mundo de la hampa y del toreo. Este abigarrado conjunto hace que Galofre, aun siendo esencialmente modernista por la índole de su ingenio y cualidades de su cultura, no pueda substraerse á aquella magnificencia atavística, que es el gran prestigio histórico y artístico del bello y rico país hispano.

Por semejante razón, Galofre presenta en sus pinturas, á despecho de las modernas corrientes en que se baña, algo que recuerda siempre los antiguos esplendores de la España dominadora; obsérvase en ellas como el trasunto de grandiosa estirpe y liberal afinidad; siéntese que en aquel amasijo de tintes, igualmente vivaces y fulgurantes, en aquellas líneas amplias y seguras, está la herencia aristocrática y maravillosa de Velázquez y de Ribera; adivínase al través de las delicadas resplandecencias del *Ave María*, que no en vano pintó el divino Murillo en aquella España, cuna de Galofre; considérase cómo caldearán la imaginación de los artistas los ardientes besos de las hijas de Andalucía, las deliciosas serenatas de Sevilla, las dulcísimas noches de Granada, las fascinadoras leyendas árabes, los soberbios blasones de Aragón y las grandezas y fastos burgaleses; piénsase, en fin, que la modernidad de Galofre no es la iconoclasta de venerandas tradiciones, del carácter etnográfico, de la personalidad nacional. Así y por tales conceptos renueva el milagro de Fortuny, cuya soberbia pintura abraza como una fascinación suprema de arte, la gloriosa poesía del Renacimiento con las radiantes visiones del porvenir.



Baldomero Galofre armoniza en sí todas estas exigencias, por su opulento numen, ardiente sentimiento patrio, amor inmenso al arte é ilimitada pasión por lo real en sus procedimientos. Por este motivo es uno de los más insignes pintores modernos: un auténtico *grande de España*. — G. M. SCALINGER.»





plarla más de cerca, y á bañarse en luz libre, y á interpretar el misterio de los colores, y á procurar asir el alma de las cosas. Y por impulso propio, poseído de una intuitiva visión, sin cortapisas ni guías, que suelen oponer las enseñanzas magistrales, halló su camino individual, y obtuvo con la frecuencia del manejo del útil, no solamente la iniciación en el arte verdadero y grande, sino también el comienzo de una obra personal y única que le asegura el elevado carácter con que hoy figura entre los artistas mundiales.

Fué de su provincia á la conquista de Madrid, y allí encontró propicio campo para la realización de sus ideales. De luchas y trabajos, pero también halagadores triunfos, fué su vida en la Corte. Después hizo el viaje á Italia. Y ya se sabe lo que es el viaje de Italia para un artista. Parece como que Italia ofreciera la consagración de la luz, no solamente por la virtud de su cielo, divinamente azul, y de su belleza natural y monumental, sino también por la profusa riqueza de sus museos y pinacotecas. Claro es que allí Galofre tuvo más de una revelación, que dió nuevo impulso á sus alas y nueva llama á sus entusiasmos.»

¿Debemos decir qué, como talento superior, el joven artista tuvo que luchar con pequeñas miserias y naturales agresiones? Mas es de la raza de los fuertes, y su voluntad acerada y decidida ha vencido todos los obstáculos.

Ha dejado su labor al tiempo, y el tiempo le ha hecho justicia. Hoy en su pináculo desafía cualquier rivalidad.

Es Galofre vario, potente y fecundo. Domina en el blanco y negro, mas sus óleos se distinguen brillantemente, como sus acuarelas. Paul Leroi concentra en las siguientes líneas su juicio sobre Galofre: « La pintura al óleo y la pintura á la aguada comparten sus favores; posee una facilidad de factura extraordinaria, y marca como en fuego enormes acuarelas, ó traza con rapidez vertiginosa dibujo tras dibujo ».

Demás está decir, que Galofre vende sus cuadros á altos precios en

Revista ilustrada (Buenos Aires, año 1897).

« De los principales pintores con que el arte de España hoy cuenta, es sin duda alguna el catalán Baldomero Galofre.

Conocemos aquí mucho de la luz graciosa de Domingo, del color rico de Fortuny; y de los más modernos no nos son desconocidos los Palencia, los Lozoya, los Barbudo, etc. De Galofre no se conoce tanto, pero en lo poco que se le conoce se le estima altamente. Es este uno de los pintores españoles que más valía tienen en España y fuera de ella. Y en Alemania, país de alto gusto y fina crítica, es considerado como el primero. Como Fortuny, nació Galofre en Reus y está en la mitad de la vida. Catalán, catalanísimo, vale decir que no es la menor de sus condiciones una voluntad enérgica y firme que se transparenta en su obra asentada y segura, que le afianza su legítimo é innegable puesto de maestro. Cuentan sus biógrafos que desde niño tuvo comienzo su pasión artística, dejando ver ya su precoz infancia la áurea cosecha del futuro. Y cuentan que, desde aquellos primeros años, se veía ya en el artista la manifestación de un amor profundo é intenso por la naturaleza, y que se iba al campo á contem-



MARINAS



GARROCHERO

Europa. Su *Feria en Andalucía* que figuró en la última exposición de Viena, está hoy en la galería del barón de Koenigsvarter y su *Galantería* que se exhibió en la última exposición de Munich, fué comprada por la Sociedad de Artistas de la justamente llamada Atenas del Norte.

Pero el pintor catalán, tiene su mayor gloria en su gran poema pictórico *España*, serie de trabajos que abarcan, por decirlo así, todo el espíritu, todo lo pintoresco de la patria española. — DARIUS ».

L'Atlántida. (Barcelona. Año 1898.) (Traducción del catalán.)

«Al principio de su carrera fué objeto ya de calurosas ovaciones. Su nombre se hizo popular, y los principales mercaderes adquirieron sus obras á precios elevadísimos. El conocido Goupil, adivinando en las tendencias de Galofre grandes resultados materiales, reprodujo al cromo sus primeras acuarelas; y aun hoy, después de los años transcurridos, vemos en los escaparates de libreros y estampistas alguna que otra de esas reproducciones.

Es Galofre uno de los artistas que más salida han tenido en los grandes mercados extranjeros: Berlín, Roma, París, Munich, Viena, Bruselas, Praga, Mónaco, etc., etc.; sus obras han sido premiadas en diferentes exposiciones internacionales y compradas en ellas á precios inverosímiles.

Príncipes de la sangre y del arte, distinguen y veneran el nombre del aprovechado hijo de nuestra tierra.

Después de una lucha constante, á través de cuatro lustros, el insigne artista está próximo á ver realizado el sueño de toda su vida. Porque es preciso comprender que Galofre vive por el arte y para el arte. Es de los pocos que no tienen predilección por escuela determinada. Su imaginación fecunda se fija en la parte externa del mundo y la domina. Cualquier detalle, un incidente al vuelo, un ligero apunte, le sobran para producir un cuadro portentoso.

Embarga en la actualidad su inteligencia una obra titánica, un proyecto colosal que no se le ha ocurrido á ningún otro artista. Está desde hace mucho tiempo haciendo acopio de originales, en número fabuloso, para exponerlos juntos en los grandes centros antes citados, y también en los de América. Quiere que España sea conocida de los extranjeros, tal cual es, no por encima ni sofisticada.

Confesamos que esa obra no es simplemente artística: por el carácter que reviste y lo transcendental del pensamiento entra de lleno en los dominios de la ciencia. Es, pues, además de una obra de arte de primera fuerza, un tratado etnográfico, ya que en ella aparecen gráficamente retratadas las razas y mezclas étnicas de toda España. Es una transplantación exacta de los caracteres que pueblan nuestra península.

De suerte que no se trata de un plan fantástico, engendrado en el calenturiento cerebro de un artista, sino de una sublime idea que pronto tendrá forma real y tangible.

En estos tiempos en que, debido á la total anomalía de nuestros políticos, España se encuentra en un estado verdaderamente lastimoso, cunde y arraiga en todas las provincias el espíritu regionalista. Pues bien: Galofre, rompiendo las metas del vergonzoso centralismo, ofrecerá muy en breve á los de fuera un ramillete formado con las bellezas de todas las regiones del país.

Al hacerlo, se coloca por su privilegiado ingenio y por la grandeza del asunto al nivel de los más eminentes representantes del Arte: del Arte que le abrió de par en par las puertas de su templo y le teje inmarcesibles coronas para el porvenir. - CARLOS JUÑER VIDAL.»

Bien quisiéramos añadir á las antecedentes líneas las no menos encomiásticas de la prensa francesa consignadas en sendos y autorizados artículos; pero, como hasta lo bueno cansa si se prodiga mucho, desistimos de ello, por no correr tal eventualidad.

Sin embargo, para que no falte esa hoja de laurel en la corona artística de nuestro ilustre amigo y paisano, nos permitiremos un detalle final.

El célebre crítico parisién Paul Leroi, de competencia indiscutible, en su juicio acerca del *Salón de 1890*, publicado en la importante revista *L'Art*, después de analizar las obras expuestas por gran número de notabilidades europeas, formuló la siguiente espontánea manifestación: « He sentido en extremo la ausencia de un artista más notable que la mayoría de los señores mencionados.»

Estas pocas palabras lo resumen todo:

El artista á quien Paul Leroi se refería... era Baldomero Galofre.

* * *

BALDOMERO GALOFRE



UNA CALLE EN LEON



PAISAJE. CATALUÑA.

BALDOMERO GALOFRE



REUNION CUOTIDIANA DE VIEJOS MARINOS EN EL PASEO DE SAN FELIU DE GUIXOLS (CATALUÑA).

MEJORAS EN EL ALBUM SALÓN

EN nuestro incesante afán de corresponder al favor cada vez más visible que nos dispensa el público, hemos apelado á todos los esfuerzos, para realizar cuanto antes las reformas anunciadas en el prospecto del presente año, que mejoran extraordinariamente la publicación, según podrá apreciarse desde el siguiente número.

Sin variar en lo más mínimo su plan esencial ni las condiciones especiales que han hecho de ella la primera Ilustración española, se introducen en la misma algunas modificaciones, hijas de la experiencia y encaminadas al perfeccionamiento de que es siempre susceptible toda obra humana, por buena y hermosa que sea.

El cuadro en color que hasta ahora ha figurado al frente de la cubierta, ocupará en lo sucesivo la primera página del número, propiamente dicho; pues, conforme nos advirtieron varios de nuestros suscriptores, era en efecto una verdadera lástima, dada su importancia y belleza, exponerlo al deterioro natural que, colocado en aquel sitio, había de sufrir. Además, estando en el cuerpo del periódico y no en la cubierta, cuando se confeccione el tomo anual, no se verá el suscriptor en la disyuntiva de prescindir del mencionado cuadro ó apechugar con los anuncios que lleva al dorso, cosa que en el pasado año ha preocupado, con razón, á muchos de ellos.

La sección de anuncios quedará limitada á la última página de la repetida cubierta, desapareciendo por completo de la segunda y tercera, lo propio que la lista de colaboradores, á fin de dar cabida en estas últimas á un texto ameno y de actualidad, — crónica de la quincena, revista de teatros, chascarrillos, y versos festivos, — caricaturas y juegos de entretenimiento; independiente todo ello, para que pueda omitirse en la encuadernación del tomo, que, despojado así de su frívola envoltura, formará un magnífico *álbum artístico-literario*, tal como lo habíamos imaginado, llevando á la cabeza la portada en oro y colores que á fin de año regalaremos, no menos espléndida que la del anterior.

La tercer mejora que introducimos, y que implica un exceso de gasto digno de tener en cuenta, consiste en aumentar el número de páginas en color; de suerte que en adelante contendrá seis en vez de cinco, dedicando dos de ellas á la pintura decorativa, para que el carácter de la publicación resulte más general y variado.



Fot. F. Laureano.

MTRO. DELFÍN ARMENGOL

Autor de la pieza de música que acompaña á este número.

Seguros estamos de que esas reformas merecerán la unánime aceptación y el aplauso de nuestros favorecedores, única recompensa á que aspiramos. Por si alguna duda pudiera quedarles de cuanto ganará con ellas el ALBUM SALÓN, les rogamos que fijen su ilustrada atención en el próximo número que verá la luz en el día 1.° de marzo, bajo el siguiente

SUMARIO

PÁGINAS EN COLOR:

De pura sangre. Cuadro de Antonio Torres Fuster.
Bastidor decorativo; por Arturo Seriñá.
Chalán andaluz. — Cuadro de Joaquín Agrasot.
El motín de Aranjuez. — Cuadro de M. Picolo.
Bastidor decorativo; por Arturo Seriñá.
Los celos del rey de bastos. — Caricaturas de Ricardo Fradera.

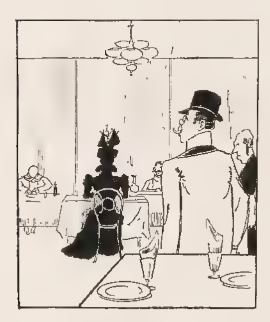
PÁGINAS EN NEGRO:

Sátiras políticas de 1735 y 1736. — Artículo de Francisco Tomás y Estruch.
Historia vulgar. — Cuento de J. de Alcántara Fuentes, ilustrada por Sol Mendoza.
El pensamiento. — Poesía de Eloy Noriega.
La vida. — Poesía de Mercedes de Velilla.
El motín de Aranjuez. — Artículo de E. Rodríguez-Solís.
«Escribidme una carta, señor cura...» — Cuadro de E. Vassallo.
El morabito de Anguera. — Cuento de Angel R. Chaves.
Mtro. José Nicolás Quesada (Retrato).
Neurostenia.— Rasgo auto-biográfico; por Antonio S. Briceño.
Los celos del rey de bastos. Cuento festivo; por Joaquín Arques.
REGALO. — *Vals-jota, para piano,* original del Mtro. José Nicolás Quesada (Burgos).

Impreso por F. Giró.—Papel de Torres Hermanos, Sucesores. Litografía Labielle.



EL CONQUISTADOR DE OFICIO, por RICARDO FRADERA.



— ¡Por vida de Dios! ¡Las mesas de enfrente ocupadas, y yo sin poderle ver el rostro!



— Creo lo más conveniente aguardarla á la salida del Hotel y así...



— ¡¡Cielos!! ¡¡Vaya un molde de hacer caretas!!



JUAN FRANQUESA
ALMACÉN DE MUEBLES
VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO
SAN PABLO. 28 *Esquina Arco de San Agustín* BARCELONA

OBESIDAD
tratada con éxito desde hace 30 años con las
PILDORAS
de
REDUCCIÓN DE MARIENBAD
Son también muy eficaces para combatir el extreñimiento y purgan con suavidad y sin cólicos.
PARIS, 8, rue Vivienne. — En las principales Farmacias.

Historia del general
DON JUAN PRIM
por FRANCISCO JOSÉ ORELLANA

Semanalmente y sin interrupción se publica un cuaderno que vale Un real, á pesar de contener dieciséis páginas de texto, ó bien ocho y un rico cromo.

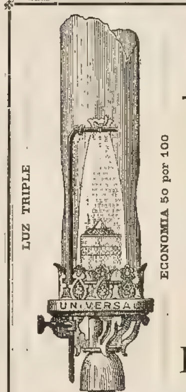
¡ESTÓMAGO ARTIFICIAL!
ó **POLVOS** del **DR. KUNTZ** es un preparado incomparable para la cura de todas las dolencias del estómago é intestinos, por antiguas que sean. **Los vómitos, acedias, ardores, pesadez, flatos, dolores de estómago, cintura,** etc., etc., así que **diarreas ó estreñimientos,** desaparecen á la primera dosis. Exito seguro. Caja **7'50**; media caja, **4 pesetas,** en farmacias y **Madrid,** Arenal, 2. **Barcelona,** Rambla Flores, 4
Pídanse FOLLETOS

SUCESORES DE V. DE HAAS
Rambla de Estudios, 11, BARCELONA
Pianos harmonios y órganos de las mejores fábricas del País y Extranjero.
Representantes con exclusivas para España y Ultramar, de los magníficos pianos
• WONDERSOCH •
á precios sin competencia.

AGENTES DE LAS MEJORES FÁBRICAS DE INSTRUMENTOS PARA BANDA Y ORQUESTA
MUSICA Y ACCESORIOS DE TODAS CLASES
ESPECIALIDAD EN GUITARRAS DE CONCIERTO
PRECIOS LOS MAS ECONOMICOS
CASA FUNDADA EN 1862



Imprenta á c. de F. GIRÓ
Casa especial para Ilustraciones.
PREMIADA CON MEDALLA DE ORO
en la
Exposición Universal de Barcelona de 1888



MECHERO
UNIVERSAL
M. GRISAU
Sociedad en Cta.
DESPACHO: 11, BALMES
BARCELONA

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.

A. TORRES FUSTER



DE PURA SANGRE

SÁTIRAS POLÍTICAS DE 1735 Y 1736

Enfermo y aburrido, Felipe V se significó en la segunda etapa de su reinado por mirar con indiferencia los negocios públicos, mientras de ellos cuidaba con inusitado ardor su esposa Isabel de Farnesio, ávida de dar ducados y reinos á sus hijos, como buena madre de ellos... y como madrastra del Príncipe de Asturias, que al fin gobernó con el nombre de Fernando VI. Cuanto á la Reina hízola popular en su día, al llegar á España, el brusco destierro de la Princesa de los Ursinos, árbitra hasta entonces de los destinos de nuestra nación, enajenáronla luego muchas simpatías las aventuras diplomáticas en que comprometía la paz del reino y del exterior, los gastos que ocasionaba con armamentos y guerras, y la distribución caprichosa que hacía de los cargos públicos. Secundábala en sus planes Don José Patiño, acaparador de cuatro ministerios, — el de Estado, el de Hacienda, el de Guerra y el de Marina, — y al cual si se le llamó, por su singular capacidad, *el Colbert español*, y del agradecido Soberano obtuvo, en vida, toda clase de honores, y la aplicación de diez mil misas en muerte, también fué mordazmente satirizado por sus rivales ó envidiosos. Más de diez años consecutivos, hasta sucumbir por la vejez y el trabajo, fué secuaz de la Reina, cuyas ambiciones inmoderadas supo empero aprovechar para hacer restituir, en lo posible, usurpadas posesiones á España, y para acrecentar el prestigio de ésta entre las naciones de Europa. El cargo que Patiño se impuso de servidor incondicional de una mujer resuelta y temible, obligóle á buscar servidores y cooperadores que nunca discutieran sus empresas, buenas ó malas; y, así, atrajo, elevándolos á cargos de la mayor importancia, bastantes hombres de procedencia humilde, á los que nunca perdonó la linajuda nobleza de la anterior dinastía. Añádase á esto la protección que se daba á los extranjeros, las reformas de Hacienda á que obligaba la organización de una numerosa armada, y el sostenimiento, casi permanente, de un gran ejército en pie de guerra, así como la lucha empeñada entre reinos católicos, y se comprenderá cuán discutido había de ser Patiño y la de Parma, por ciertas clases y bandos, sobre todo en la villa y corte de Madrid.

Por las fechas que escribo en el epígrafe de este trabajo, era el tiempo en que á España se le jugó la mala pasada de los *preliminares de la paz*, ajustados á sus espaldas en Viena, y, por los cuales, si se consolidaba al hijo de Felipe y de Doña Isabel (quien fué después nuestro Carlos III) como rey de Nápoles y de Sicilia, Felipe V veíase constreñido á renunciar los derechos sobre la Toscana, Parma y Plasencia, precisamente cuando tanto ansiaba su esposa estos dos últimos Estados para otro de sus hijos sin herencia. ¡Sorpresa y disgustos grandes para la mujer que tanto esperaba de los triunfos de las tropas en Italia, y que hasta llegó á pensar en disponer un día de los tronos de Polonia y de Francia! Aquel fracaso relativo, daba tema á la descontentadiza opinión que tanto ya la había censurado; y Patiño, el Rey y el cardenal Molina, presidente del Consejo de Castilla, compartieron con ella las denuncias, ataques, burlas y hasta insultos, de papeles volanderos ó *pegadizos*, que aparecieron todos los jueves, á contar del 2 de Diciembre de 1735. Las tales sátiras, manuscritas, á veces de mucha extensión, aparecían pegadas en las puertas de palacio ó de casas muy principales, ó sobre sus bufetes, y hasta en los bolsillos y servilletas de los mismos monarcas; tanto, que el Rey acabó por acostumbrarse á ellas, quedando muy disgustado cuando no encontraba la *gacetilla*, que así se llamaba. Menos gracia le hacía á su mujer, y, sobre todo, á Patiño y á Molina, que fueron el blanco del mayor número de burlas ó vilipendios. Su autor, que firmaba con pseudónimo, *(El Duende de Madrid)*, era aficionado á expresarse en verso, aunque también usaba por excepción la prosa, y, en su estilo; si bien no revelaba siempre el más favorecido ingenio ni gusto literario, daba empero á entender que era hombre de ilustración, muy versado en asuntos políticos y trámites cancillerescos. Sus impertinencias sobre estas materias eran dañinamente oportunas, así como en la revelación de agios ó venalidades, ciertas ó infundadas, de los ministros y consejeros. A éstos les señalaba acremente su origen, defectos ó pasiones. Véase cómo empieza por hablar del Rey, que cada día se sentía más hipocondríaco y fatigoso:

Yo soy en la Corte	. . . .
el Crítico Duende;	. . . .
cuando meto ruído	Remedio en sus males
en el Gabinete,	suäve no esperen,
asusto á Patiño	que ya está podrido
y enfado á los Reyes..	el miembro «Doliente.»

En una *Doctrina* burlesca, empieza así el Credo:

Creo en el Rey nuestro señor, verdadero Monarca de España, que es Patiño defensor de la covachuela (1), y conservador de su irremediable ignorancia.... Creo en la necia bondad del Rey de España, en la fina política de los extranjeros, en la universal opresión de los españoles..., etc.

El *Pater Noster* aparece de este modo:

Augustísimo Rey nuestro, que no estás en el Cielo ni en la Tierra, viva siempre tu nombre y venga á nos el antiguo esplendor de tu Reino. Hágase tu voluntad en que se acabe la guerra así en Italia como en la Covachuela; danos hoy de comer y de beber, y redímenos de tanta deuda como hemos, Señor, contraído por tu culpa. No nos induzcas á la tentación y líbranos del partido patiñal. Amén.

Más adelante, urde un Decálogo estrambótico, y dice en el X Mandamiento:

No codiciar más bienes ni más males, que el que duren en su sordera y ceguedad los Reyes, y no les abra los ojos ni los oídos el obstinado clamor de los españoles.

Entre las Obras de Misericordia, pone la de *Desengañar al engañado Rey;* y describiendo y meditando los *pasos* de una procesión, saca estos símiles:

Síguese el de la Pasión;
millones de Judas veo
que unos están apreciando
lo que otros están vendiendo.
—Aquí, considera España
á todo un monarca lelo,
sin ser capaz de un «Yo soy»
que hiciera cayesen muertos.

Y más adelante:

Aquí, considera un Rey
de pasta por la Reina hecho,
cuando trae á su veleta
acción, pulso, mano y viento.

En un *Testamento de España*, en el cual Don Felipe aparece como *Esposo* de aquélla, se lee:

Mando que no se cuente en las edades
que permitió mi Esposo estas maldades,
porque, desde su infancia
tuve bien conocida su ignorancia.

Las aficiones que siempre sintió el Rey por la caza, y que tanto estimuló la Reina para alejarle de los Consejos, fueron objeto de esta alusión:

Mando que, á mis criados,
aunque todos sus bienes son robados,
no se les tome de esto residencia,
pues nace del descuido de un Marido
por hallarse entre fieras divertido:
¡qué mucho se arruinase así mi casa!...
Y quiero, ya que muero agraviada,
se sepulte mi cuerpo en laberinto,
por esposa infeliz de ese Rey quinto,
que me ha muerto á dolores..

***

Llégale ahora el turno á la Reina. Los obstáculos que le ponen las cortes extranjeras, y el mal humor que aquéllos le causan, son así presentados:

Dama colérica
con llanto intrínseco,
reniega, víbora,
de los Artículos.

Esta afición á simbolizar *viperinamente*, vuelve en estos versos:

.... Siendo Adam quien perdió
por su culpa el universo,
España pierde su ser,
por dar á una sierpe obsequio.

De entre las ya citadas Obras de Misericordia, conviene entresacar ahora la de:

Dar de beber á la Reina cuanto pueda dar de sí el Río de la Plata; Amonestar á la Reina á que no ceda en sus pretensiones, aunque deje á sus vasallos sin camisa; Dar posada á los hijos de la Reina, aunque sea dejando en la calle á los españoles.

Llega el *Duende* á colocar entre las *Postrimerías de la Felicidad de la covachuela*, *«la muerte de la Reina»*, quien por causa de sus hijos hace correr á España el riesgo de perderse.

En otro lugar, apunta contra uno de estos hijos (Don Carlos) y la tenacidad de su madre en no ceder á las pretensiones de Francia y Austria:

El Rey don Carlos está
en embrión de Monarca,
pues si miro con cuidado
no está su reino en el mapa;
aunque, entre burlas y veras
hacernos quiere la Francia,
de un Gran Duque de justicia
un pequeño Rey de gracia.
El desaire ha sido grande, (1)
nuestra Reina está empeñada,
darle gusto es menester,
y, lo que saliere, salga.

En los *pasos* de Semana Santa, donde tan mal parado hemos visto á Don Felipe, alcánzale esta alusión á Doña Isabel, cuando llega, al parecer, la Mujer Adúltera:

Tampoco falta mujer
que haga pecar, pues tenemos
una que á todos procura
llevar consigo al Infierno.

Y, ante la Samaritana y la Magdalena, respectivamente:

---

(1) *Covachuela;* cualquiera de las secretarías del Despacho Universal, que hoy se llaman Ministerios. Dióseles este nombre, porque estaban situadas en las bóvedas del antiguo Real Palacio. De *covachuela* se formó *covachuelista*, oficial de Ministerio; también se llamó *covachuelo*.

(1) La defección de Francia, que sorprendió á nuestro embajador en París, el Marqués de Castelar, hermano de Patiño.



Allí, una mujer da alivio,
aquí, otra; mas, considero
que allí es cubrir la triaca
lo que aquí encubrir veneno.
. . . .
Aquí, considera España
tu aflicción y desconsuelo,
tal, que no alivia tu pena
que el hijo esté padeciendo;
á tus pies con llanto amargo
no á la Magdalena veo,
veo si «Mulier pecatrix,»
que esto era antes de serlo.

España deja al fin de existir; colocada entre tres blandones, (Francia, Alemania y Saboya), así simboliza á la Reina:

El paño que la cubre, es una historia
que en Parma se labró para memoria
de la posteridad...

La poderosa gobernante y sus ministros, están tan graves en sus dolencias morales, que reciben en procesión el Viático:

Hacia el cuarto de la Reina
tiró el acompañamiento
porque el mal de que adolece
que la desespere temo,
y, así, acudamos cantando
«Tantum ergo sacramentum.
— Vuestra Majestad ¿qué tiene?
Mi mal es porque no tengo;
siempre hidrópica he vivido
de sujetar mil imperios,
y al calor de esta insasiable
sed, me faltó el crecimiento.
Perdí el estómago con
Estados del bien que aprecio
en la cocción de una Paz
que á gusto de otros difiero.

Finalmente se la llama *vieja*, sacándola una larga y abigarrada genealogía.

***

El mayor número de sátiras y de insultos, es para Patiño y la *patiñada*, sus hechuras, sobre cuyo origen plebeyo insiste mucho el anonimista; el resto de su enojo, lo emplea en presentarlos como venales, ambiciosos, ignorantes é infatuados. El cardenal Molina tampoco puede decir «Estoy en lecho de rosas.»

Mandan los bárbaros,
privan los pícaros,
reinan despóticos
sobre los míseros.
. . . .
Vino á ser cabeza un hombre
pervertido en el Gobierno;
éste, en lugar de escoger
los hombres de más talento
con quien descargar lo grave
que trae consigo este peso,
eligió á los más rudos,
humildes de nacimiento,
de viles operaciones
y de intenciones perversos·
cargaron á sus vasallos
contribuciones y pechos
y cada día gravaban
de nuevo todos los pueblos.
. . . .
está dominando el Reino
donde se practica el hurto
desde el grande hasta el pequeño.
. . . .
Entre muchos malvados
que en tiranía obtuvieron
el mando, fué un tal Patiño
sin Dios, ni ley, ni consejo;
éste, creó una tertulia
de fatales hombrezuelos,
gente infame de servicio
y de ruines pensamientos
un Ustariz, gran bribón,
intencionado embustero;
un tal Quadra, gran borrico,
con las uñas como anzuelos;
un Ibáñez, Goyoneche,
Valenciano y el buen Mello;
un Reyes, un Fray Gaspar.... (1)

— Decidme: ¿sois covachuelo?
— Sí, por la gracia de Patiño.
— Y, ¿qué quiere decir covachuelo?
— Hombre ignorante, y, sobre todo, á Patiño afecto.
— ¿Cuántas son las personas del Reino?
— Son tres Patiño, la Reina y el Presidente, (2) pero, aunque son tres, sólo Patiño es el dominante.

En otro lugar dice de este Ministro, *que venció por dinero la voluntad de la Reina*, y que él á su vez sólo concede sus gracias por el mismo medio.

Las Virtudes, se dividen, según el conocido *Catecismo*, en tres *pati-*

(1) El Cardenal Molina, Presidente del Consejo.
(2 Molina.

ñales, (Fe, Esperanza y Ambición), y en cuatro *molinas,* (Imprudencia, Injusticia, Destemplanza é Insaciabilidad).

El *Duende,* puesto en un solio, hace de Juez (?) y ve al reo, (al Ministro):

que sale componiéndose el pellejo
limpiándose las muelas con despejo;
sus uñas no ha encontrado,
que de puro arañar se le han gastado....
. . . .

El Juez le mira airado,
y él se juzga prescripto y condenado;
dícele al fin: «Horrendo mal cristiano
¿cómo así has destruído el Reino hispano?
¿Cómo siendo Intendente sin cordura
aniquilaste toda Extremadura
dejándola en desiertos aduares
sin respetar los pobres militares,
siendo desde la selva á la montaña
triste despojo de la infiel guadaña
con el bastón que tu piedad empuña
el año de catorce en Cataluña?
Amotinaste al pueblo sospechoso
por hacerte Ministro poderoso
queriendo que pagase cada casa
un doblón á un Estado infiel la Tasa.
¡Qué de vidas por ti no han perecido!
Las tropas ¡qué martirios no han sufrido!
Qué iglesias saqueadas!
¡Qué doncellas violadas!
¡Qué violencias! ¡qué incendios y qué ruinas!
Tú fuiste, tú, el causante á estos horrores;
sin perdonar las tropas tus rigores
por ley de buen ajuste las amagas
trampeándolas las pagas....
. . . .

En Cádiz y su próspera marina
fuiste causa de toda su ruína;
los navíos que allí se han carenado
doce mil pesos en cada uno se han hurtado. . (1)
. . . .

Tú permites sin cuenta
de Justicia y de Gracia hacer la venta...
. . . .

Tú quieres manejar toda oficina,
y sus ministros son de la cocina. .
. . . .

Al Rey ocultas con malas intenciones
de los monarcas las serias reflexiones...
. . . .

Tú haces de muchachos muy bozales
tropa inmensa de torpes generales...
. . . .

Tú quieres que en la Flota y galeones
vengan muchos millones de doblones,
y el que viniere atrás, si acierta ó yerra,
ate con longanizas esta perra.»

Cuando se lee la Historia, y se ve que Patiño es calificado de probo y que murió pobre, no se comprende cómo estas furibundas acusaciones hallaban eco en la Corte, ni menos se concibe como podía ser su autor... un fraile carmelita descalzo, persona muy influyente y reputada, que al tiempo de ser descubierta tenía anunciados por las esquinas de Madrid dos sermones, uno del Rey y otro de la Princesa de Asturias. Tenía el Padre en grande estima á esta dama, y acaso le protegió más de una vez en secreto, pues entre ambos existían vínculos de patria. El embajador de Portugal en Madrid, se asesoraba también con el *Crítico Duende,* nacido en el reino lusitano, y, primero, conocido en la carrera de las armas con el nombre de don Manuel Frey de Sylva. Profesando después en la Orden Carmelita, adoptó el nombre de Fray Manuel de San Josef, desempeñando varias veces delicadas misiones, de muy diverso carácter, que le valieron gran reputación entre clérigos y seglares, de alta posición sobre todo. Acaso aquí esté la incógnita de la nutrida información diplomática y palaciega que recibía, y que sería fatigoso extractar por entero de sus *gacetillas.* Temidas y famosas éstas, (que introducía en palacio un viejo militar, muy querido del Rey), el cardenal Molina y Patiño no cesaron en sus pesquisas, cayendo al fin el autor en sus manos á los seis meses aproximadamente, no sin que, por sus escritos, sufrieran, otros, equivocadamente, detención y encarcelamiento. Para descubrir al *Crítico,* el antiguo manuscrito en que me informo deja entrever la *elección especial* de un nuevo general para la Orden del Carmen, quien apenas tomó posesión del cargo, desterró al Padre Manuel. Ya en camino para Portugal, fué detenido por orden del Gobierno. Trájosele á Madrid, donde estuvo estrechamente encarcelado nueve meses, burlando al fin su encierro, lo mismo que un *duende,* pues dejó intactas las puertas y cerrojos, y el centinela que le guardaba no se apercibió de su fuga.

Como dato significativo debo anotar el de que el rey de Portugal puso espías en la frontera de su territorio para librar á Fray Manuel de los asesinos, que se dijo estaban encargados de *despacharle* si llegaba á salir de España; y el de que, apenas la hija de aquel monarca, doña Bárbara, Princesa de Asturias, compartió el trono de España con su esposo Don Fernando VI, invitó melosamente al *ex Duende* para que regresara á España.

F. TOMAS Y ESTRUCH

(1) La incorrección de éste y otros versos, aunque en número relativamente muy reducido, así como lo de algunas concordancias anteriores, son, á no dudar, faltas de copia, que encuentro y conservo, en el manuscrito que tengo á la vista.



«ESCRIBIDME UNA CARTA, SEÑOR CURA». — Cuadro de E. VASSALLO.

EL MORABITO DE ANGHERA

I

TAN hartos estábamos de aquellas noches interminables en que la lluvia convertía en balsas de fango el interior de nuestras tiendas, que al ver que un viento un poco vivo que soplaba de la parte del mar, había ido barriendo los espesos nubarrones que entoldaban el cielo, me entraron ganas de interrumpir por aquella noche la partida de tresillo, para dar un paseo por el campamento.

Al capellán del tercero montado no le pareció muy bien la idea. Más admirador de un buen codillo, y sobre todo de sus resultados, que de todos los encantos con que pudiera brindar la madre naturaleza, hubiera preferido que agotáramos el repuesto de velas de sebo sacando las últimas puestas, en la esperanza, casi siempre realizada, de que el festejo diera fin con unos cuantos entreses, en que el buen *pater* parecía zahorí, según sentía súbitas inspiraciones para apuntar en favor ó en contra de la banca.

Pero como el capitán Carrillo y el alférez Ralero simpatizaran con mi proposición, el cura, mascullando no sé si una oracioncilla ó un terno, tuvo que resignarse á salir al campo, mientras empaquetaba la baraja en el mismo bolsillo de la levita que servía de asilo al breviario que, en honor de la verdad, tampoco don Apolinar olvidaba nunca.

La noche estaba deliciosa, aunque de mediados de Diciembre.

La luna, en todo el apogeo del plenilunio, hacía resaltar la blancura de las calles de tiendas del tercer cuerpo de ejército, que se perdía en el llano con una monótona uniformidad, sólo interrumpida por las cónicas de los oficiales y las marquesinas del estado mayor general, y el horizonte se veía limitado por las abruptas asperezas del boquete de Anghera y por un picacho más elevado que otros, y que era precisamente el que ocultaba, á nuestros ojos, el quebrado terreno que de allí á pocos días había de hacer para siempre memorable el glorioso combate de los Castillejos.

La prohibición de circular por el campamento después del toque de silencio, nos hacía esquivar el encuentro de las rondas y rondines, y cuidábamos mucho de no llegar á las grandes guardias de las avanzadas, de las que se distinguía el brillo de las bayonetas de los centinelas, y hasta nos parecía adivinar pegado á la tierra el bulto de los escuchas.

Sin embargo, de todo el paisaje, lo que más fijó mi atención fué un cerro de no muy grande elevación, pero sí de bastante áspera subida, en cuya cúspide se veía una casita que recordaba, sobre todo por su blancura y el achatamiento de su azotea, las alegres quintas de los alrededores de Rota, Chiclana y los Puertos.

El que tal cerro me inspirara curiosidad, no tenía nada de extraño. Algunos hebreos que se habían presentado en nuestro campamento los días anteriores, y los dos ó tres moros que habíamos hecho prisioneros en las acciones de los primeros días de Diciembre, nos habían hablado tanto y tanto de la *Casa del Morabito*, que no es mucho que deseara conocerla y sobre todo á su dueño, de quién se contaban cosas estupendas.

Los mismos judíos, poco admiradores de suyo de las santidades de los sectarios del Islam, le miraban con un respeto rayano con la veneración, y aun alguno de ellos aseguraba que si la misma fe que el Morabito tenía en Mahoma la tuviera en Adonai, y que si en lugar de haberse amamantado en las *suras* del Korán, hubiera bebido en las más puras fuentes de la Mischna y la Gemmara de los Talmudes babilónico y hierosolimitano, sus virtudes y sus austeridades le hubieran levantado á la altura de aquellos profetas de los antiguos tiempos, de que no se ven ni retoño en los días en que Eloin no había dejado de su mano al pueblo de Israel, al escogido por el Dios de Abrahán y de Jacob para depositario del Arca de la Alianza.

Y los moros no había que decir. Según ellos, no sólo abiertos tenía los siete cielos para cuando Azrael le librase de la carga de su vestidura mortal, sino que en esta mísera vida, el alto entre los altos, aquel cuyo nombre es manantial perenne de dichas y fuente inagotable de venturas, le había elegido para que con su ejemplo y con su voz alentase al creyente á no dejarse contaminar con doctrinas contrarias á la predicada por el santo entre los santos, dando la última gota de sangre antes de dejar de confesar las divinas verdades comprendidas en la frase: « No hay más Dios que Dios, ni más alto profeta que Mahoma. »

Como prueba de su influencia se decía, que lo que nunca hubieran podido lograr los adictos del Emperador, lo habían conseguido sus predicaciones. Aquellas rebeldes y siempre inquietas kabilas angherinas, que se alababan de no conocer más amo que su capricho, ni más ley que su voluntad, habían tomado las armas contra los cristianos, no en defensa de la bandera imperial, sino porque el Morabito los había llamado á la Guerra Santa, prometiendo á los hijos del Mogreb las dulzuras del Paraíso.

¿Qué de cosas me ocurrieron al contemplar, á la macilenta luz de la luna, la casa que según todos los informes se había negado á abandonar siempre el Morabito, á pesar de los peligros á que le exponían las contingencias de la guerra? Poco seguro en ninguna fe determinada, pero dotado de un gran fondo de íntimo misticismo, no podía menos de admirar y hasta de envidiar á aquel santo varón á quien una arraigada creencia, buena ó mala, daba mayor fuerza que los más altos poderes de la tierra.

— ¡Qué gran cosa es creer de todas veras, padre cura! — exclamé por dar suelta á mis impresiones, dirigiéndome á don Apolinar.

— Tan grande — contestó el *pater*, que cuando se ponía serio infundía verdadero respeto — que si hoy no realizamos aquellas hazañas que nos mueven á asombro al leer la historia de otros siglos, es porque desdichadamente se ha perdido eso que los espíritus fuertes llaman ustedes fanatismo.

— Quizá de ello tienen ustedes más culpa que nosotros, — no pude menos de replicar con cierta acritud. — ¿Sería usted capaz de citarme muchos morabitos cristianos que sepan imponer su fe con el ejemplo de sus austeridades y penitencias.

— Más de los que usted sospecha, — contestó el sacerdote con severidad. — Lo que tiene es que ese progreso, que no soy yo de los que condenan y escarnecen, nos ha enseñado á despojarnos de un exterior de mojigatería y de falsa ostentación piadosa, que sólo sirve para igualarnos con aquellos que el Evangelio compara con los sepulcros blanqueados.

Una ronda que veíamos acercarse nos hizo enmudecer, y buscando la sombra que proyectaban las tiendas, nos dirigimos á la nuestra en busca del descanso que quizá necesitaramos para las fatigas del siguiente día.

II

Y estas no fueron pocas ciertamente. Con los albores del día, se cruzaron los primeros disparos de nuestras avanzadas con las de los moros, que según su costumbre aprovechaban aquella hora para hostilizarnos, y el toque de diana se mezcló con el que nos mandaba avanzar sobre los cerros próximos, coronados ya por el enemigo.

Aquel día la caballería no tuvo que maniobrar, y la artillería se limitó á dirigir sus disparos, sobre las posiciones que los moros habían escogido.

Los que batimos bien el cobre fuímos los de infantería. La morisma, desalojada unas veces por el fuego en guerrillas, otras por los ataques á la bayoneta de nuestros regimientos de línea y especialmente por los batallones de cazadores, se replegó en masa compacta hacia la eminencia en que se levantaba la *Casa del Morabito*.



¡ ESTAN VERDES — Cuadro de ENRIQUE SERRA.

JOAQUIN AGRASOT



Exposición Robira (Escudillers, 5, 7 y 9) CHALAN ANDALUZ

Tomar aquel punto estratégico, nos costó mucho tiempo y no pocas bajas. Los marroquíes le defendían palmo á palmo, con una fiereza de que no se tiene idea; pero nuestros soldados, bravos como leones y sufridos hasta el heroísmo, dos veces rechazados por el nutrido fuego de los certeros tiradores riffeños, lograron á la tercera poner el pie en los últimos pedruscos, y la bandera del batallón que yo mandaba, ondeó por fin sobre aquella casita blanca que unas horas antes veía yo desde las tiendas del campamento, con un respeto que se parecía mucho á la veneración.

III

Los prisioneros que hicimos fueron pocos. Los moros preferían morir á rendirse, y estoy por decir, que los que cogíamos era por no darles tiempo á dejar la vida entre nuestras manos.

Sin embargo, entre ellos había uno que excitaba mi curiosidad en alto grado. El Morabito, que á decir de testigos presenciales, había vendido cara su libertad, manejando la gumia con un ardimiento que nadie hubiera sospechado en un hombre macerado por los ayunos y lacerado por las penitencias,... se había entregado á nuestros cazadores.

Cuando supe que acababa de salir de la tienda del general, para ingresar en una de las ambulancias, donde habían de curarle algunos no peligrosos rasguños, quise verle.

Cabalmente estaba conmigo don Apolinar, el capellán del tercero montado y ambos, nos dirigimos á la residencia accidental del Morabito.

Este, que acababa de ser curado, estaba sentado en una silla de tijera, y la verdad es que á primera vista presentaba un aspecto venerable, á que no contribuía poco la crecida barba que le llegaba hasta la cintura y á la que las canas, que todavía no eran muchas, daban un tinte ceniciento obscuro.

Nuestra entrada en la tienda no le hizo levantar los ojos que tenía constantemente clavados en el suelo; y sin embargo, en cuanto oyó el timbre de mi voz, hablando con uno de los médicos, levantó la cabeza.

Entonces, pude fijarme en él á todo sabor. Aquellas facciones no me eran desconocidas. No sabía donde, pero aquellos ojos de mirada entre sombría y profunda, los había yo visto antes.

El lo conoció así, y sin darme tiempo á que manifestara á nadie mis dudas, me hizo un signo con la cabeza para que me acercara.

Cuando lo hube hecho, en voz lo bastante baja para no ser oído más que por mí, pero en correcto castellano, me dijo:

— Mi comandante, no me pierda usted. ¿No se acuerda usted de mí? Soy Ocaña, el que era su asistente el año 43, cuando usted era alférez del Provincial de Laredo. Si encuentro ocasión le contaré mi vida, que no es vida tan breve como á primera vista parece.

IV

Aquella noche busqué un pretexto para que el Morabito pasara una hora en mi tienda, donde previamente había hecho acudir al capellán del tercero montado.

Si tuviese tiempo, contaría la historia que á fuerza de tragos de aguardiente me refirió Ocaña, mi asistente de mis primeros años de carrera, y el pillo más redomado que he conocido en esta vida.

Otro día lo haré. Por hoy, he de limitarme á decir que cuando quedamos solos don Apolinar y yo, éste, dándome una palmadita en el hombro, me dijo con cariñosa severidad:

— ¿Lamenta usted ahora que los católicos no contemos con muchos morabitos de la santidad de éste?

— Tenga la lengua *pater,* — le contesté con desenfadada jovialidad, — que en todas partes cuecen habas.

Pero la verdad es que aunque dije esto, desde aquel día tengo más fe en los sacerdotes que, sin desdeñar una partida de tresillo, ni dejar de apuntar entre amigos un elijan si la ocasión lo trae, tienen siempre el bolsillo abierto para toda miseria, como me consta que le sucede á don Apolinar, que no en otros que sin levantar los ojos del suelo y hablando siempre de mortificaciones y austeridades, sabe Dios si tendrán una historia no muy desemejante á la del Morabito de la kabila de Anghera.

ANGEL R. CHAVES



EL MOTIN DE ARANJUEZ (EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

HISTORIA VULGAR

QUIÉN los aproximó?... ¿Por qué causa se unieron en tan profunda simpatía? ¡Quién sabe! Quizá en el fondo de lo ignorado hay un *algo* de esencia divina que establece la conjunción de las almas.

El, tocaba el violín por calles y plazuelas, haciendo piruetas al compás de una jota desentonada y triste.

Ella, con su vestidito á media pierna y el cabello destrenzado sobre la espalda, parábase á la puerta de los cafés y de los colmados, á lucir sus habilidades, que consistían en una canción napolitana, tan sencilla como sentimental, acompañando su canto con el repiqueteo de una pandereta de cuero mugriento y enmohecidas sonajas.

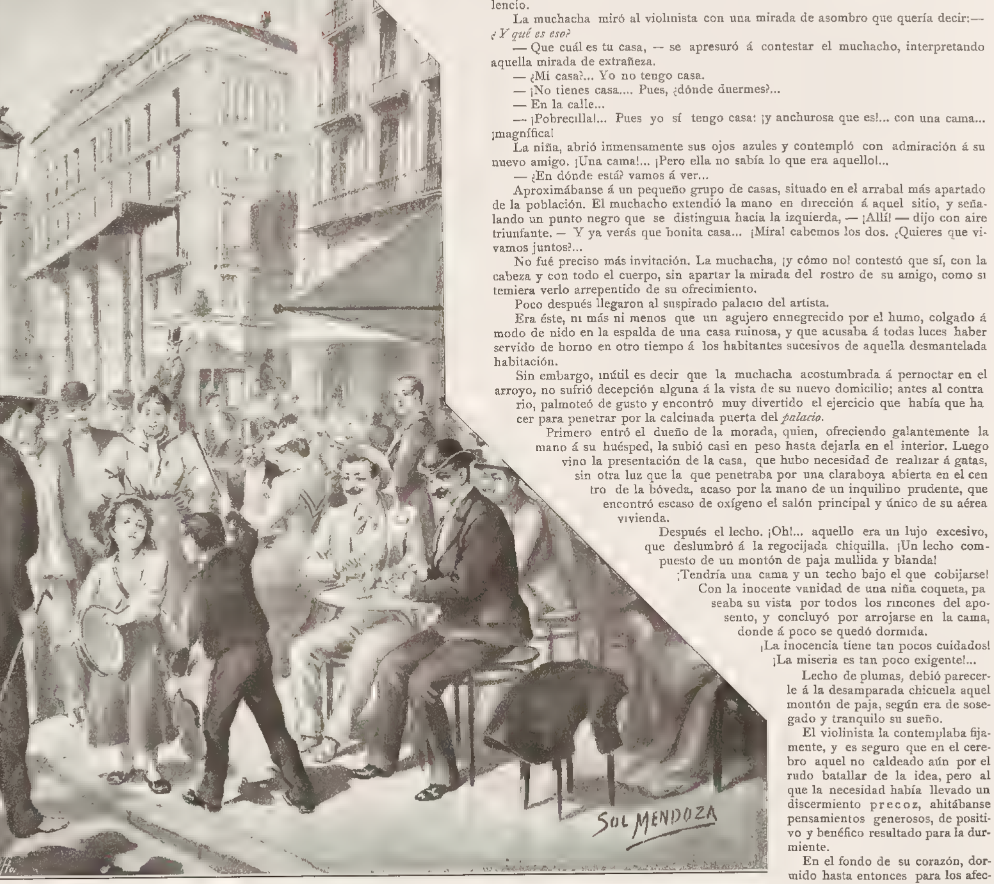
Una tarde se encontraron los dos artistas en medio de la calle. ¡Fué un encuentro terrible! El violinista, levantaba por centésima vez sus piernecitas secas y casi desnudas, saltando más bien que bailando los últimos compases de aquella jota desastrada y malsonante que era su único repertorio, divirtiendo con esto á un grupo de señoritos que ocupaban una mesa en la puerta del café de...

Expiraba apenas el último quejido del maltrecho violín, y ya se disponía el ejecutante á recibir gorra en mano el óbolo de sus oyentes, cuando por su izquierda apareció la cantante callejera, que comenzó al punto su canción napolitana, golpeando á compás la pandereta, sostenida con la mano izquierda á la altura de su cabeza.

En el auditorio se produjo una espantosa confusión de carcajadas.

— ¡Brabo! mi querido *Sarasate,* — gritó uno de aquellos desocupados. — ¡Te ha salido una competidora y hay que vencerla! sino, adiós limosna. ¡Veamos! El que haga más *ruído* de los dos, ese se lleva lo que tengo en las manos. — Y el señorito sonaba entre las suyas ahuecadas, algunas monedas de cobre.

— ¡Magnífico! — gritaron á coro los que le acompañaban. — ¡Será un concierto divertido! ¡A ello, señores artistas! ¡Venga ruido! — Y las risas se redoblaban, y cada vez la algazara era mayor, hasta el punto de que frente al café se formó un grupo de curiosos, que celebraban también con grandes carcajadas aquellos chistes.



Los pequeños artistas, ya fuese estimulados por el ruido de las tentadoras monedas, ya fuese por librarse de una vez de la horrible chacota, como si los hubiera movido el mismo resorte, comenzaron cada uno por su parte á repetir lo acabado de ejecutar. La niña á entonar con su vocecita dulce y angelical la eterna canción napolitana. El violinista á rascar furiosamente con el arco en las dos únicas cuerdas de su violín, aquellos compases de jota que le servían de acompañamiento, para saltar de uno á otro lado, como un epiléptico.

De repente, cantante y violinista cesaron en su lucha, y se miraron rabiosamante.

El muchacho lanzó una rencorosa mirada á su rival, empuñó con fuerza el arco del violín y se abalanzó sobre la niña, con ánimo de maltratarla. De la concurrencia salían voces de ¡ánimo! ¡no te pierdas!... ¡Anda, tonta, tú!... ¡dale un panderetazo! .

Aterrada la pobre criaturita, ante la amenaza del arco levantado sobre su cabeza, alzó los ojos, unos ojos azules, grandes y expresivos, llenos de lágrimas, y los clavó en los del muchacho, como suplicándole que no la pegase.

Entonces, ocurrió una cosa extraña. El *petit* violinista volvió con desprecio la cara hacia los que le azuzaban, y cogiendo violentamente por el brazo á su rival, tiró de ella y la alejó casi á rastras del grupo de los desocupados, sin hacer caso del dinero que le ofrecían, como pago del despiadado divertimiento.

***

La desgracia no necesita de presentaciones rutinarias ni de urbanas formas para crear una simpatía eterna. Hasta en eso es descarnada la miseria; no gusta de ropajes ni de formas delicadas... El laconismo también tiene su poesía.

— ¿Cómo te llamas? — había preguntado el violinista á su acompañante, cuando estuvieron en las afueras de la ciudad.

— Andrea. ¿Y tú?

— José.

— ¿Y de dónde has venido?

— De Asturias. ¿Y tú?

— De Marsella.

— ¿Tienes padres?

— No. ¿Y tú?

— Tampoco.

Y aquí concluyeron todas las explicaciones, y estos fueron los antecedentes que necesitaron aquellos párias, que apenas reunían veinte años entre los dos, para consolidar una amistad, más fuerte quizá que esas amistades que precisan de todos los trámites sociales, y que, á pesar de eso, nunca llegan al sacrificio.

— ¿Dónde vives? — preguntó el niño á su compañera, después de un rato de silencio.

La muchacha miró al violinista con una mirada de asombro que quería decir:— *¿Y qué es eso?*

— Que cuál es tu casa, — se apresuró á contestar el muchacho, interpretando aquella mirada de extrañeza.

— ¿Mi casa?... Yo no tengo casa.

— ¡No tienes casa.... Pues, ¿dónde duermes?...

— En la calle...

— ¡Pobrecilla!... Pues yo sí tengo casa: ¡y anchurosa que es!... con una cama... ¡magnífica!

La niña, abrió inmensamente sus ojos azules y contempló con admiración á su nuevo amigo. ¡Una cama!... ¡Pero ella no sabía lo que era aquello!...

— ¿En dónde está? vamos á ver...

Aproximábanse á un pequeño grupo de casas, situado en el arrabal más apartado de la población. El muchacho extendió la mano en dirección á aquel sitio, y señalando un punto negro que se distinguia hacia la izquierda, — ¡Allí! — dijo con aire triunfante. — Y ya verás que bonita casa... ¡Mira! cabemos los dos. ¿Quieres que vivamos juntos?...

No fué preciso más invitación. La muchacha, ¡y cómo no! contestó que sí, con la cabeza y con todo el cuerpo, sin apartar la mirada del rostro de su amigo, como si temiera verlo arrepentido de su ofrecimiento.

Poco después llegaron al suspirado palacio del artista.

Era éste, ni más ni menos que un agujero ennegrecido por el humo, colgado á modo de nido en la espalda de una casa ruinosa, y que acusaba á todas luces haber servido de horno en otro tiempo á los habitantes sucesivos de aquella desmantelada habitación.

Sin embargo, inútil es decir que la muchacha acostumbrada á pernoctar en el arroyo, no sufrió decepción alguna á la vista de su nuevo domicilio; antes al contrario, palmoteó de gusto y encontró muy divertido el ejercicio que había que hacer para penetrar por la calcinada puerta del *palacio.*

Primero entró el dueño de la morada, quien, ofreciendo galantemente la mano á su huésped, la subió casi en peso hasta dejarla en el interior. Luego vino la presentación de la casa, que hubo necesidad de realizar á gatas, sin otra luz que la que penetraba por una claraboya abierta en el centro de la bóveda, acaso por la mano de un inquilino prudente, que encontró escaso de oxígeno el salón principal y único de su aérea vivienda.

Después el lecho. ¡Oh!... aquello era un lujo excesivo, que deslumbró á la regocijada chiquilla. ¡Un lecho compuesto de un montón de paja mullida y blanda!

¡Tendría una cama y un techo bajo el que cobijarse! Con la inocente vanidad de una niña coqueta, paseaba su vista por todos los rincones del aposento, y concluyó por arrojarse en la cama, donde á poco se quedó dormida.

¡La inocencia tiene tan pocos cuidados! ¡La miseria es tan poco exigente!...

Lecho de plumas, debió parecerle á la desamparada chicuela aquel montón de paja, según era de sosegado y tranquilo su sueño.

El violinista la contemplaba fijamente, y es seguro que en el cerebro aquel no caldeado aún por el rudo batallar de la idea, pero al que la necesidad había llevado un discermiento precoz, ahitábanse pensamientos generosos, de positivo y benéfico resultado para la durmiente.

En el fondo de su corazón, dormido hasta entonces para los afec-

tos, habíase operado súbitamente una reacción desconocida.

El no sabía que era aquello, ni porque causa sentía aquel consuelo, viendo ocupado su único lugar de descanso por una desconocida; pero lo cierto era, que cada vez le agradaba más su decisión.

Ya no estaría solo. En aquellos largos días de ejercicio violento, no siempre fecundos en limosnas, tendría junto á sí quien le ayudara á soportar su miseria ó á disfrutar su riqueza. A su manera, sentía igualmente la satisfacción del bien realizado, y sin poder concretárselo á sí mismo, enorgullecíase de tener bajo su amparo á un sér más débil que él.

Con singular expresión siguió contemplando á la pequeña. Entre tanto había obscurecido. Se acordó de que él y su amiguita no habían comido nada aquella tarde. Pensó salir, y un vago temor le retuvo. Aquella seriedad inopinada que se había apoderado de su espíritu, le aconsejaba no dejar sola á la muchacha, y se acostó sin cenar. Este fué su primer sacrificio de protector.

Algunos instantes después, los dos niños dormían.

La inconsciencia del sueño juntó sus cuerpecitos y entrelazó sus brazos.

Tal pureza en tal unión, sólo es posible en la infancia, que es la solemnidad de la virtud.

Aquel desposorio de ángeles, en la virginidad de la sombra, era como un anticipo sobre la gloria concedida á la fusión de dos almas.

En dos bocas de niño que se besan, no hay beso; porque siempre se interpone una sonrisa, y la sonrisa de los niños es la diafanidad de los cielos.

***

Desde el siguiente día, todo el mundo pudo ver á los dos niños agarrados de la mano por las calles y ejerciendo juntos su nómada profesión.

La amistad que arraiga en la desgracia, es más sólida que cualquier otro afecto creado á la sombra de la felicidad. Así la simpatía que unió en breves minutos los corazones de ambas criaturas fué apoderándose rápidamente de sus voluntades, hasta hacerles imposible la existencia separados. No se hallaban el uno sin el otro. Juntos bailaban y cantaban en las puertas de los cafés; juntos disfrutaban el producto de la limosna; juntos se entregaban al descanso bajo un mismo techo y dominados por el mismo pensamiento; juntos lloraron más de una vez su abandono y su miseria, y juntos emprendieron cierto día el camino de la frontera, dejando abandonado el obscuro boquete del arrabal, donde tantas veces se mezclaron sus alientos y sus lágrimas.

Si las calcinadas piedras de aquel horno hablasen, quizá podrían decir al desgraciado que lo heredara: —*Aquí se escribió la primera página de un idilio. Cobijé el amor un día. No me profanéis.*

***

Iban transcurrido doce años.

Andrea y José no son ya los artistas errantes que mendigaban el pan de cada día, aturdiendo los oídos del transeunte con sus desafinadas habilidades musicales.

Una serie de acontecimientos extraordinarios y la exuberante belleza de la muchacha, convertida en mujer y mujer de una hermosura deslumbradora, habían movido á un empresario escéntrico, á contratar á la ex-cantante y á su compañero, como artistas de circo. El negocio era pingüe. El buen público de París, monstruo de mil cabezas, necesitaba arte; pero arte plástico: exuberancia de formas. Nada de volatines ni piruetas; eso se quedaba para nuestros abuelos, que no sabían lo que eran las antesalas de un *camerino*, ni penetraron jamás en el misterioso secreto de la malla.

Comprendiólo así el empresario, y satisfecho con la adquisición de Andrea, sacó todo el partido posible de la *gran atracción*, presentándola casi en completa desnudez, con el pretexto de unos *couplets* y de una danza, que los abonados hacían repetir cada noche, en medio de atronadores aplausos.

La *bella Andrea*, como ya le llamaba el *todo París*, gozaba entre la gente de buen tono de una popularidad respetuosa que la hacía doblemente interesante.

Más de una apuesta se cruzó por su causa, y más de una joya fué devuelta desde la puerta de su *camerino*, impenetrable á toda visita importuna.

Sin embargo; la hermosa artista concedió una excepción á este rigor. Uno de los abonados, el conde C..., había conseguido, á fuerza de insistencia y de galantería, interesar su corazón; y para el elegante aristócrata jamás se cerraban las puertas del lujoso tocador.

***

Llegó la noche del beneficio de la *bella Andrea*, en la cual hacía su *debut* como gimnasta, realizando un arriesgado ejercicio en el trapecio, en unión de su hermano José. (Así decían los carteles).

Al exterior del cuarto de la artista y á todo lo largo del pasillo, se extiende una larga cola de admiradores que aguardan la salida del *astro*, sólo por tener el placer de dirigirla un cumplido, obteniendo en cambio una sonrisa.

En el interior, la *bella Andrea*, con su más rico y original traje de malla, espera la señal para la salida; mientras escucha sonriente las apasionadas galanterías del conde C..., quien, más rendido que nunca, se esfuerza por convencerla de que su hermosura no tiene rival.

En el fondo y medio cubierto por una cortina, José, ataviado también con traje *collant*, mira sombríamente á Andrea y al conde, estremeciéndose á cada palabra de éste ó á cada mirada que sorprende en los ojos de aquélla.

Tiempo es ya de decirlo: la amaba con locura.

Para el mísero ex violinista sólo había una cosa en la vida: Andrea. Y una sola cosa digna de Andrea: su amor. Amor lleno de abnegación y de sacrificios. Amor curtido ya y atormentado por el torniquete del silencio. Y sin embargo; jamás salió de sus labios una palabra de reproche. El verdadero amor es cobarde hasta el martirio; pero poned delante de esa cobardía un obstáculo, y entonces el apocamiento se convierte en arrogancia, la prudencia en desfachatez, y el culto apacible de vuestro cariño, en acicate de las más temerarias empresas. Un enamorado celoso, es un poseído. Satanás fué sencillamente un celoso.

Esto ocurría al desgraciado José: amaba con delirio y sentía unos celos despiadados.

Aborrecía con toda la fuerza de sus sentidos á aquel *títere* de flamante pechera y atildados modales, que no sabía lo que era andar de puerta en puerta extenuado, descalzo, pidiendo el pedazo de pan que había de alimentar á aquella mujer, cuyo cariño le robaba tan descaradamente..

—¿Pero qué es eso?... ¡Ella le da una flor que él se prende del ojal del *smoking!*.. ¿Qué le dice?... *¿hasta luego?*... ¡Maldito sea! ..

Sonó la campanilla de aviso.

— ¿Vamos José?... — y cogiéndose de la mano, hicieron su aparición en la puerta que da acceso á la pista.

Resonó una salva de aplausos.

La *bella Andrea* saludó al público en general, y envió una sonrisa en particular al conde C..., que la contemplaba embobado, desde una luneta del patio, ostentando en el ojal la flor obtenida á tan poca costa.

José sorprendió aquella sonrisa y se estremeció de pies á cabeza. Pálido como un difunto, comenzó á ascender por una cuerda que colgaba junto al trapecio á él destinado.

Andrea, enmedio de la espectación general, ascendió á su vez por el lado opuesto, hasta colocarse en otro trapecio fijo, á la altura del piso tercero.

El ejercicio, aunque suficientemente ensayado, era en verdad peligrosísimo, pues su mayor novedad consistía en que había que realizarlo sin red. Ella, se arrojaría desde aquella altura, y José, que la esperaba colgado boca abajo en el trapecio, la cogería por las manos...

Se sucedió un silencio sepulcral: la música cesó, y el público materialmente galvanizado por el terror, no quitaba ojo de la artista.

Oyóse un ligero grito; era la señal. Andrea, arrojándose con increíble valor al espacio, salvó la distancia de los dos trapecios y quedó fuertemente asida á las manos de José, que soportó como un héroe la espantosa sacudida.

Resonó entonces una entusiasta salva de aplausos. Las aclamaciones y los bravos se sucedían sin interrupción, mientras la artista, evolucionando ya libremente entre los brazos que la retenían, quedóse en una artística actitud y saludó graciosamente al público. El conde C..., frenético y en pie, palmoteaba como un energúmeno... Arrancóse la flor del ojal y la besó con transporte de entusiasmo. A esta galantería respondió Andrea enviándole con las puntas de los dedos, tocados en sus labios, un beso y la más hechicera de sus sonrisas.

Entonces... ocurrió una cosa horrible. José dió un rugido, abrió las manos, y Andrea, dando espantosos tumbos, vino á estrellarse contra una de las columnas de la pista, quedando muerta instantáneamente.

Un grito de horror salió de todos los labios,... y antes de que nadie pudiera darse cuenta, otro cuerpo desprendido de la altura, vino á chocar contra la misma columna, quedando inerte junto al cadáver de la desgraciada artista. Era José, que ponía fin á su martirio y á su venganza, exclamando mientras recogían su cuerpo expirante:

— ¡Mía!... ¡sí... mía, en la muerte!... ¡sólo mía!...

J. DE ALCANTARA FUENTES

EL BESO

El beso es la manifestación más delicada del amor, y el amor el principio y la base de la vida, porque la vida no es más que una serie no interrumpida de correspondencias y simpatías entre sí de seres y cosas.

El mar besa amoroso la playa, y sus arenas, al sentir el contacto suave de las mansas olas, avanzan hacia él para que el beso se prolongue.

La brisa besa á la flor, y al besarla, se inclina risueña y lanza un tierno suspiro que perfuma el ambiente.

El pájaro, con piar alegre y amoroso, une el pico al de su compañera; las dos avecillas agitan convulsos sus alas y redoblan sus trinos y arpegios.

La palmera envía á la prenda de su amor el beso de su aliento, que la hace fructificar y embellecer.

El arroyuelo besa á las plantas que festonean caprichosamente sus bordes, y con su afónico murmullo las canta dulces y amorosas endechas que, sin duda, para oir mejor unas y hacer interminable el otro, el césped inclina su frente hasta rozar con ella la blanda superficie de las aguas que incesantes se deslizan por el cauce.

La primavera es un beso de la Naturaleza, como la poesía es un beso del pensamiento.

Besamos el pie de imagen sagrada, y ese beso inunda de religioso placer el espíritu.

Besa la madre al hijo querido que en su regazo duerme, y ese beso infiltra en el niño vida y amor.

Besamos el anillo episcopal ó la mano de un sacerdote, y ese beso nos enseña á respetar y á ser humildes.

Besamos á la mujer amada, con ese beso que la ilusión nos hace aspirar con deleite, embriagándonos con su aroma sin olor, y ese beso excita y espolea nuestro ardiente deseo.

Bésanse las mujeres, y ese beso constituye un acto de cortesía, en desuso.

Besamos al niño del amigo, y ese beso llena de regocijo al padre.

Besamos al moribundo, y en ese beso quisiéramos darle parte de nuestra vida.

Bésanos la mujer liviana, y ese beso apenas hace mella en nuestro ánimo.

Besamos el cadáver del ser amado, y ese beso nos consuela.

Mas el beso al cadáver no tiene correspondencia; el beso de mujer liviana, mancha; el beso al moribundo va en alas de la muerte; el beso al niño del amigo, es una adulación; el beso entre las mujeres es insípido; el beso á la mujer amada, asfixia su castidad y quema las alas de su pureza; el beso al anillo episcopal ó á la mano del sacerdote, es infantil satisfacción y medio fácil de propagar enfermedades contagiosas; el beso de la madre al niño, es producto de su sagrado egoísmo; el beso á imagen sagrada, es fanática manifestación; el beso del pensamiento, es atrevido, y el de la Naturaleza, desahogo; el beso del arroyuelo, es humillante; el beso del pájaro y el de la palmera, son injuriosos é impuros; el beso de la brisa á la flor, roba á ésta su perfume; el beso del mar á la playa, es el beso del titán encadenado por el débil, es el beso de la maldad cubierta por el manto de la hipocresía.

Sólo hay un beso puro del todo y superior á todos esos besos; un beso que ni humilla, ni mancha, ni roba: es el beso que la gratitud del desvalido estampa en la mano del hombre generoso.

¡Ese beso lo recibe Dios, y repercute por todos los ámbitos del mundo en alas de la caridad y de la gratitud unidos!

Antonio ALONSO



EL PENSAMIENTO

¿Qué quieren estas ideas
que hierven en mi cerebro?
¿Por qué si el cuerpo descansa
no descansa el pensamiento?
Vigilante centinela
á quien nunca rinde el sueño,
ni le agobian las distancias
ni de los años el peso.
Siempre vigoroso y fuerte,
incansable como el tiempo,
ya en las cabañas habita,
ya en los palacios soberbios;
ya tiende á la azul esfera
su atrevido y raudo vuelo,
para robar á los astros
sus recónditos secretos.
Cruza montes y arenales
incultos, bosques desiertos;
penetra del mar bravío
en el insondable seno;
recorre todos los climas;
atraviesa el universo,
sin encontrar una valla
que se oponga á sus deseos.
Ve en el pobre la miseria,
el fausto en el opulento,
la soberbia de los grandes,
la humildad de los pequeños.
Se mezcla audaz y atrevido
en los combates sangrientos,
donde la impiedad humana
ejerce todo su imperio.
Mira en los pechos cerrados,
sólo á sus ojos abiertos,
los corazones, desnudos
del humano fingimiento,
con la mentira en los más
y la verdad en los menos.
Se desliza cauteloso
en otros cráneos, y el velo
descorre para saber
los pareceres ajenos.
Cruzando el éter del caos,
se espanta entre sus misterios,
y vuelve á emprender su giro
al diáfano azul del cielo,
en donde el límite encuentra
á su saber avariento
Espía de las acciones,
fiscal de todos los hechos,
juez de inexorable fallo,
verdugo inflexible y fiero,
que da al criminal la muerte
con prolongado tormento.
Conciencia de los mortales,
resplandor del sacro fuego,
centinela de las almas,
espíritu del eterno...
Dios, en tantos dividido,
como seres nutre el suelo.

Eloy NORIEGA

EL MOTÍN DE ARANJUEZ

(18 de marzo de 1808

I

La Historia no presenta una invasión más traidora y más injustificada que la de España por Napoleón Bonaparte, en el terrible, al par que gloriosísimo año, de 1808.

Desde que un Senado-consulto en 1804 cambió su vara de cónsul por el cetro de rey, las miradas del poderoso César, que ansiaba hacer de Europa una monarquía universal, cuyo amo y señor fuese él, teniendo por virreyes y lugartenientes en todas las naciones á sus hermanos y á sus generales. Se fijaron principalmente en España, que le atraía con un poder irresistible, sin comprender que esa atracción era la del abismo, y que en nuestra patria, sus águilas, siempre victoriosas, habían de caer vencidas y deshonradas.

¿Qué debió España al Emperador?

Una soñada garantía de los dominios del rey Carlos IV, que nadie pensaba en atacar.

¿Qué debió Napoleón á España?

La entrega de veinticuatro millones de francos, tomados de la caja de amortización, de Madrid.

La unión de nuestra valerosa marina á la suya, para que cayese vencida en Trafalgar por la ineptitud del almirante francés Mr. Villeneuve.

La inicua guerra que hicimos á Portugal.

El envío de nuestros ejércitos á Italia y Dinamarca, para servir sus ambiciosos proyectos.

La ruina de nuestro comercio á causa de la alianza que con él nos obligó á pactar.

La seguridad de sus fronteras pirenáicas, rechazando entrar en la coalición formada en su contra por las más importantes naciones, que á nuestra patria ofrecían grandes ventajas por ello.

Al comenzar nuestro relato, gobernaba á España Carlos IV, al débil rey su esposa María Luisa, y á esta orgullosa reina el favorito Don Manuel Godoy, quien, sin otros méritos que su gallarda figura, que tanto agradó á María Luisa, había llegado en pocos años, de un simple guardia de Corps á duque de la Alcudia, primer ministro, generalísimo, grande almirante y príncipe de la Paz.

De tal suerte llegó á cegarle el orgullo, que, cuando el viaje de los reyes á Sevilla, tuvo el capricho de albergarlos en su casa de Castuera, en Extremadura, convertida por arte de esa maga que se llama el oro en un suntuoso palacio.

En sus cartas á la reina, mostraba un desenfado y unos atrevimientos que, según las Memorias de aquel tiempo, eran muy del agrado de María Luisa.

Cuando la invasión de Portugal, realizada por Godoy, al frente de 15,000 soldados franceses y 60,000 españoles, como toda la campaña se redujo á la entrada de las tropas en Yelves, en cuyos jardines los soldados españoles cortaron un ramo de naranjas que ofrecieron á su general y éste envió á la reina, como trofeo de victoria, acto ridículo y campaña más ridícula aún, que la historia apellidó, con justa razón, la *guerra de las naranjas*, es fama que al regresar de ella preguntóle María Luisa qué recompensa la pedía por el obsequio enviado, contestándole el favorito:

— ¡V. M. no me ha dicho siempre que el color azul es el que mejor me sienta!

— Es cierto.

— Pues bien; yo desearía una banda que me distinguiera de todos los demás generales.

— ¿Azul?

— Sí, señora.

— Pues la tendrás... y yo te la bordaré.

II

Al invadir nuestro territorio en los comienzos de 1808 los soldados imperiales, á pretexto de dirigirse á Portugal, nación que Napoleón pensaba en destruir por considerarla como una colonia de Inglaterra, su grande enemiga, fuéronse apoderando, á título de aliados, de nuestras principales ciudades y de nuestras mejores fortalezas.

El emperador había estudiado bien la situación de España y elegido con talento el momento de la invasión.

Dos partidos luchaban á la sazón en la Corte y se disputaban el gobierno: el de Godoy, y el del príncipe de Asturias, luego Fernando VII, — que en el año anterior vióse preso y sujeto á una ruidosa causa en el Escorial por haber intentado substituir en el trono á su padre.

Ambos trabajaban por ganarse el favor de Napoleón Bonaparte; el príncipe Fernando, pidiéndole por esposa á una dama de su familia, y el favorito Godoy, solicitando, en el proyectado reparto de Portugal, uno de los tres estados en que el emperador pensaba dividirlo.

El odio entre ambos personajes era verdaderamente salvaje.

Cuéntase que el príncipe de Asturias, cada vez que Godoy alcanzaba un nuevo título, exclamaba:

— El lo es todo, y yo nada soy.

A lo que su hermano, el infante Don Carlos, solía contestarle:

— No te incomodes, Fernando, y piensa que cuanto más le den más podrás quitarle.

Digamos, á fuer de historiadores veraces y justos, que Godoy, apenas comprendió los designios de Napoleón contra España, se apresuró á adoptar una actitud francamente patriótica.

El emperador, para cohonestar su traición, envió al gobierno de España un catálogo de quejas mentidas.

Conozcámosle.

«Que en la Corte existía un partido afecto á los ingleses, sus eternos enemigos;

Que nuestra escuadra de Cartagena no había marchado á librar á la francesa, bloqueada en Cádiz por los ingleses;

Que debíamos entregarle algunas plazas, para defenderse contra los ingleses y portugueses, que *quizá* se vería obligado á agregar á su imperio, dándonos en equivalencia algunas de Portugal;

Por todo lo cual ofrecía una princesa de su familia para Fernando, y un nuevo tratado de paz y alianza.»

Godoy, al recibirlo, juntó en el Escorial un Consejo extraordinario, proponiendo contestar á Napoleón, que ya habían entrado en España 10,000 hombres más de los tratados, y que suspendiera la marcha de los otros 15,000 que tenía reunidos en Bayona. Aconsejando al rey que hiciese un llamamiento á la nación preparándola para rechazar los planes de Bonaparte.

Sus consejos no fueron por esta vez atendidos.

Firme en su idea, trasladó la corte á Aranjuez, decidido á que los reyes emprendieran el viaje á una plaza fuerte, protegidos por las divisiones de los generales Solano y Carraffa, que hizo venir sobre Toledo y Talavera.

Dícese que Fernando apenas lo supo, corrió á avisar á sus amigos, que ya estaban prevenidos, los cuales circularon el rumor de que los reyes, por consejo del favorito, iban á abandonar España, marchando á América y llevándose con ellos al príncipe de Asturias.

III

La noche del 18 de Marzo, al aparecer una luz en una de las ventanas del cuarto que Fernando ocupaba en el alcázar, sonó un tiro, luego un toque de corneta, y á seguida estalló el célebre *motín de Aranjuez*.

Grupos numerosos que salían de las tabernas y los bodegones, compuestos de *chisperos* y *curtidores* madrileños, arrieros toledanos, trajineros de la Mancha, vecinos de Aranjuez, palafreneros y criados del infante



Fot J. Montes.

Mtro. José Nicolás Quesada (Burgos).

Autor de la pieza de música que acompaña á este número.

Don Antonio, y algunos soldados, dirigidos por un *tío Pedro,* nombre popular con que se disfrazó el revoltoso conde de Montijo, acudieron, unos, á tomar las salidas del alcázar, y otros á apoderarse del palacio de Godoy, á los gritos mil veces repetidos:

— ¡Abajo el guardia!

¡Muera el choricero!

Buscándole con el mayor empeño asaltaron el palacio, destrozaron sus joyas y muebles y quemaron sus papeles.

Los reyes, que se levantaron sorprendidos y espantados, tuvieron que firmar, por imposición de los revoltosos, la destitución de Godoy, y recurrir á su hijo Fernando, suplicándole que hiciera terminar el motín.

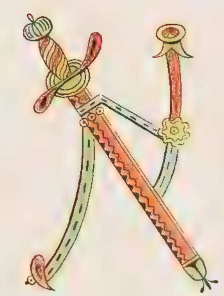
Godoy, que se había refugiado en las guardillas de su palacio, ocultándose entre unos rollos de estera, agobiado por la calentura, el hambre y una sed rabiosa, abandonó su escondite, resuelto á morir, cayendo en poder de los amotinados, quienes, de seguro, le habrían muerto, sin la llegada de un piquete de guardias de Corps que colocó al favorito, pálido convulso, y con el traje desgarrado, entre sus caballos, procurando librarle de los golpes de las turbas, á pesar de lo cual recibió una grave herida en la frente y varias contusiones.

Los reyes tuvieron, de nuevo, que suplicar á Fernando que corriera en su auxilio, y éste al llegar al cuartel de Guardias donde Godoy había sido conducido, dispersó á los amotinados, asegurándoles que el favorito sería en breve juzgado y sentenciado.

Los grupos entonces comenzaron á vitorear por rey á Fernando, y Carlos IV, atemorizado, abdicó la corona en su hijo, en la noche del 19, poniendo así término y fin al escandaloso *motín de Aranjuez*, tan sólo realizado para que el rebelde hijo substituyera al débil padre, sin comprender Fernando que á su vez, y muy pronto, sería substituído por el extranjero José Bonaparte.

E. RODRIGUEZ-SOLIS

LOS CELOS DEL REY DE BASTOS



o me explico esa manía que tienes, — decía un jugador á otro.

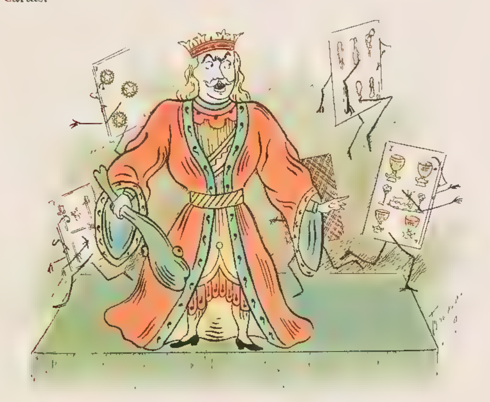
— Puedes llamarle tontería, si gustas, pero te participo que no la puedo desechar.

— Pero eso tendrá un origen...

— Claro que lo tiene; y lo vas á saber: No recuerdo el sitio ni la época, aunque se asegura que fué cuando los primeros naipes se pusieron sobre el *tapete*, para jugar al *monte*.

Cuentan que un viejo jugador, después de haber perdido hasta la última moneda, quedóse como aletargado sobre la mesa, en cuyo momento se comenzaron á animar las cartas, desfilando ante su vista y hablando como las personas de carne y hueso.

El rey de bastos fué la primera que saltó en medio del paño verde; estaba furioso y con sus tremendos resoplidos hacía temblar á todas las cartas.



Las sotas eran la causa de aquel regio desastre.

Amaba locamente á una princesa rubia, á la gentil sota de oros. Mil veces se lo había demostrado con frases galanas y ricos presentes; pero ella, desdeñosa, siempre procuraba alejarse de su lado.

El rey de bastos aguardaba con ansia los *barajes*, para perseguirla de muerte; pero sólo conseguía deslizar alguna palabra de amor, que por lo regular se perdía entre el tropel de cartas aprisionadas en las manos del *banquero*.

La *partida* que aquella tarde había terminado, fué reñidísima, y el desdichado rey, siempre sobre la mesa, no pudo conseguir ni el más pequeño roce con su adorada sota. No así el caballo de espadas, que siempre iba junto á ella.

— ¡Se aman, sí, no me cabe duda!— decía el monarca, presa de terrible angustia.

Y se daba unos golpes atroces en la corona.

En esta situación y cuando se disponía á levantar todas las cartas, para armar la bronca número uno, se oyeron unos pasos menuditos.

— ¡Es ella! — murmuró el de bastos; y fué á esconderse detrás del siete de su *palo*.

En efecto, la sota de oros apareció sobre el tapete, tosió de un modo especial, y á esta *seña de la sota*, contestó el relincho de un caballo.

El de espadas, no tardó en presentarse.

— ¿Eres tú vida mía? — exclamó el gallardo jinete, sin apearse.

— Sí; aquí me tienes dispuesta á todo.

— ¿No temes el furor del rey de bastos?

— Le aborrezco y deseo separarme de él para siempre; sus modales bruscos y groseros me fastidian.

El pobre rey estuvo á punto de desmayarse, le faltaron las fuerzas y pensó en reponerlas, para dar el golpe decisivo.

Sin esperar más tiempo, fuese en busca del rey de copas, que tenía una *turca* monumental.

Entró en la regia bodega, y cogiendo el as de copas, lo apuró de un trago.



— ¡Ah, curdón! — gritó el otro rey.

Este, ó no escuchó la frase ó no le hizo caso, y salió tambaleándose, derribando á su paso el cinco de espadas, que hallábase sobre una mesa.

Las cartas pacíficas estaban aterrorizadas, en vista de la actitud del rey más bruto de la baraja.

Las sotas chillaban como débiles mujerzuelas, y se escondían debajo de los cuatros.

La catástrofe iba á ser gorda.

De pronto, el rey celoso se dió un golpe en la frente, tiró la tranca que llevaba al brazo y agarrando el as de bastos, exclamó:

— Este me vengará.

Y salió en busca de la pérfida.

Un segundo más y hubiera sido tarde.

La sota de oros, montada á la grupa del caballo de espadas, iba á partir para siempre.

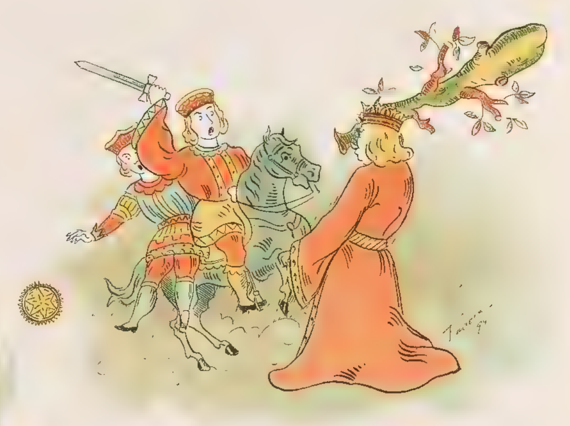
— ¡Alto! — gritó el rey con voz de trueno, cogiendo el caballo de las bridas.

— No será, — contestó el jinete, con firme acento.

— ¿A dónde vas con ese garrote, cacho de bruto? — chilló la sota.

— ¡A mataros! — rugió el rey.

Y aquí pasó algo terrible. El monarca enarboló el garrote, el galán



bajó la cabeza, y el peso de la estaca cayó pesadamente sobre la desdichada sota, dejándola muerta para siempre.

— ¿Qué has hecho? — murmuró tristemente el caballo de espadas.

— Cumplir con mi deber; — gritó el rey, — *ya que yo no tengo sota, que no la tenga nadie.*

Y colorín, colorado...

— Toma, ¿y ese es el origen de tu manía? — preguntó el jugador á su amigo.

— Es natural: cualquiera le *apunta* á la sota, sabiendo que el rey la mató de un estacazo.

JOAQUÍN ARQUES



MATER DOLOROSA

LA CRUZ DE CRISTO

Corren los siglos, sucédense las generaciones, cambia y se revuelve la forma y manera de ser de las naciones y de los pueblos, y á través de este perpetuo vaivén de las cosas humanas, hay un punto que permanece inmóvil y que, contrasta la acción destructora de los siglos, y señorea con su augusta majestad los pueblos, naciones y acontecimientos de la tierra. Este punto es la cruz que se levanta en el Calvario y de la cual pende exámine, sangriento y despedazado, el sagrado cuerpo de Cristo.

Esta cruz bendita, es el centro moral de la humanidad. A ella convergen y dirigen las miradas todas las generaciones. En ella encuentran su cumplimiento los deseos, las aspiraciones y las esperanzas de todos los pueblos. En ella se realizan los destinos del mundo. Todo lo que en el correr de los siglos cae al lado de allá de esta cruz está absorbido por irremediable lobreguez, solamente atenuada por los débiles destellos que esparcen en algunos puntos las esperanzas de las grandiosas realidades que se cumplirán en aquel misterioso objeto; todo lo que cae del lado de acá de esta cruz, á pesar de las miserias y desfallecimientos propios de la humanidad, está iluminado con una luz sobrenatural y penetrado de un calor de vida que alienta, y levanta y ennoblece por modo extraordinario la vida de la humana sociedad. Esta enseña soberana, en fin, es el punto más alto, la cumbre más elevada de los misterios divinos, trasunto de las relaciones de Dios con los hombres, símbolo de las misericordias inefables que la Majestad de Dios se ha dignado obrar sobre la faz de la tierra.

Mucho antes de que se realizara en esta cruz el misterio en ella encerrado, cuando la persona de Cristo era enigma insoluble para cuantos le rodeaban, cuando en torno suyo se agitaban y embravecían las pasiones más enconadas y toda la nación de Israel discutía y andaba dudosa y perpleja acerca de la importancia y significación de su persona, declaró Jesús, clara y expresamente, que cuando llegase la hora de cumplirse en él los divinos designios, y cuando terminada su predicación, como postrero acto de sumisión en la tierra, fuese llevado á los tribunales y sentenciado á muerte y levantado y clavado en el patíbulo de la cruz, desde aquel patíbulo ignominioso, atraería hacia sí todas las cosas, y todas las levantaría y transformaría, y les daría nuevo ser y nobleza, y dignidad y vida incomparable. En el estado en que se hallaban los ánimos, y en las circunstancias en que Jesús pronunció esta profecía, nada pudo parecer más extraño y absurdo; pero ninguna de las palabras del Redentor del mundo, ha sido cumplida más á la letra y en toda su plenitud; ninguna ha aparecido á los ojos de los hombres más hermosamente realizada.

¡Extraña en verdad pudo parecer, como asiento y cátedra de sabiduría, la ignominia de la cruz y la abyección de un patíbulo! Y sin embargo, al pie de este patíbulo han venido los sabios más ilustres de la tierra, á estudiar una ciencia que en vano habían buscado en los libros de los filósofos y en las escuelas de los maestros del siglo.

La luz que se ha desprendido de esta cátedra, ha dado á conocer á los hombres los más inefables misterios.

Allí ha sido revelada á la inteligencia humana la naturaleza de la majestad divina, esencia pura y sencilla que ama y que amando sale de sí y se humilla y entrega y sacrifica por sus criaturas. Allí ha sido apreciada y estimada y honrada la dignidad del hombre que el mundo antiguo no supo sino humillar, despreciar y aun odiar, y que á pesar de sus miserias y ruindades, es objeto regalado del amor y de la misericordia divina. Allí han sido revelados los designios de Dios sobre el linaje de los hombres, la comunidad y hermandad de todos los hombres entre sí, la paternidad divina sobre todas las criaturas racionales. Allí, en fin, han tenido solución todos los problemas morales que agitan á la humana inteligencia! El misterio de Cristo ha aclarado todos los enigmas y resuelto todas las dificultades. Las tinieblas del Calvario han alumbrado más que la luz fantástica de la ciencia y vana palabrería de los hombres. Y tan viva ha sido esta luz y tal claridad ha derramado en el entendimiento, que los ingenios más encumbrados, después de agotar sus fuerzas escudriñando los arcanos de la ciencia, han acabado por confesar con San Pablo que no hay más cátedra que la del Calvario, ni más ciencia que la de la cruz, ni más filosofía que las que se aprenden en las santas doctrinas de Jesucristo crucificado.

¡Triste lugar de alivio y consuelo el asiento de un patíbulo! Y sin embargo, á éste patíbulo han acudido los tristes de la tierra, los desamparados del mundo, las víctimas del dolor y de la desgracia, para hallar una paz y un consuelo que en vano habían buscado en otras partes. Allí, al pie de esta cruz divina de donde pende el varón de dolores, y donde entre tormentos atrocísimos exhala su vida el Dios-Hombre, hecho víctima y propiciación por los pecados del mundo, donde le asiste su Madre afligidísima, tomando parte en la pasión y en el holocausto de su divino Hijo, han aprendido infinitas almas el misterio del dolor, el mérito de la paciencia, las gracias divinas vinculadas en el sufrimiento. Allí, á la influencia de esta soberana enseñanza, se han secado fuentes de lágrimas que parecían inagotables. Allí han recobrado amor á la vida, corazones que deseaban morir. Allí los ojos velados por las nubes de la aflicción y de la desgracia, han descubierto la faz de Dios, presente de una manera especial en los dolores y tribulaciones, aprendiendo á estimar los tesoros encerrados por la mano divina en la tribulación, y conociendo por dichosa esperiencia que lo que parece destinado á abatir la naturaleza humana es fuente de alientos soberanos, objeto especial del amor de Dios para con el hombre, regalo de su misericordia, corona con que la mano divina se complace en adornar la frente de los justos.

¡Raro principio de fuerza y poderío el madero de un suplicio! Y sin embargo, de este suplicio maldecido ha brotado la energía más grande y el estímulo más eficaz que ha obrado en el ser moral de la humanidad, y que penetrando en su cuerpo la ha maravillosamente avigorado y ennoblecido, abriendo á su actividad nuevos derroteros y magníficos, grandiosos horizontes. A la sombra de esta cruz, ha nacido la verdadera civilización y cultura del linage humano. De allí, ha procedido la genuina libertad, el respeto al derecho, la conciencia de la humana dignidad, el sentimiento del lazo divino que, uniendo á todos los hombres entre sí, los enlaza, y forma de ellos una sociedad universal. Por la eficacia de esta cruz ha sido renovada la faz de la tierra. La grandeza y superioridad de los pueblos cristianos sobre los demás pueblos de la tierra, la mansedumbre de su legislación, todo cuanto hay en ellos grande y sublime, ha procedido originalmente de este santo madero. En él está el secreto del poder, de la fuerza, de la gloria de la humanidad verdaderamente civilizada. De él brota perennemente una corriente de amor que purifica las almas, que enciende los corazones, que levanta, transforma y santifica los espíritus. El bendito madero del Calvario, enhiesto en medio de las generaciones, es la prenda de la reconciliación de Dios con el hombre, el esfuerzo del débil, el remordimiento del malo, el refugio del penitente, el consuelo del justo, la esperanza del moribundo, la inspiración de la caridad que campea admirablemente gloriosa y fecunda, la nube misteriosa que anuncia la presencia de Dios en la tierra, el estandante de la misericordia divina que, desplegado á todos los vientos, guía y conduce y esfuerza á los hombres en el duro batallar de la vida. La cruz de Cristo, en fin, es como el sol, la luz, el aliento y la vida del mundo.

Esta virtud y eficacia de la cruz de Cristo fué ayer, es hoy y será para siempre; y mientras exista la humanidad, y viva y obre y se desenvuelva en la tierra, no habrá para ella otro fundamento sino el que está puesto ya, que es la sagrada persona de Cristo, la verdad infalible de su doctrina, y la virtud incontrastable de sus merecimientos, cifrados en la enseña salvadora de la cruz gloriosa y bendita.

Así ha querido Dios que se realicen los destinos de la humanidad. Y cuando próximo el fin y acabamiento del mundo, esta misma humanidad haya de presentarse ante el Juez soberano de los vivos y de los muertos, antes de darse la solemne y fatal sentencia, aparecerá en mitad de los cielos esta enseña triunfadora, símbolo del amor, de la misericordia de Dios, y en la cual verán los buenos el principio y la esperanza de su glorificación, y los malos la justificación de la sentencia de su condenación inexorable.

Miguel MIR

(De la Real Academia Española.





LA BUENA SEMILLA

I

Cristo expira clavado en cruz. El dolor y la pena rebosan de los corazones. La iniquidad ha triunfado una vez más sobre la tierra. Todas las malas pasiones, un momento abatidas por la voz de verdad y esperanza que fluía de los divinos labios, recobran el imperio que siempre han tenido sobre los hombres. El mal arraiga de nuevo, y muy pronto ofrecerá á los mortales sus envenenados frutos. Los poderosos inicuos levantan otra vez las orgullosas cabezas, que una fuerza incontrastable doblara.

Cristo ha muerto clavado en cruz. Pero quedan su ejemplo y su doctrina. La buena semilla ha caído sobre la tierra, y en su seno, nunca agotado, germina.

El viento del desierto que sopla sobre las ruinas de Jerusalén, la esparce por todo el mundo conocido. Las azules olas del Mediterráneo la transportan sin esterilizarla, porque esa semilla tiene virtud divina. Dónde quiera que toca, arraiga. La tierra más ingrata, se convierte en fecunda, á su contacto. Los que advierten su poder omnipotente, pasmados y mudos, confirman el milagro. Cristo ha muerto en la cruz; pero su palabra queda entre los hombres. La Redención ha empezado.

« Amaos los unos á los otros.

» Todos sois hermanos, y mutuamente os debéis amor y auxilio.

» Los humildes serán ensalzados, y humillados los soberbios.

» No mataréis; no robaréis; no mentiréis; porque la sangre derramada mancha con indeleble marca al homicida; porque los bienes ajenos no aprovechan; porque la mentira seca el corazón. »

Doce hombres justos, repitieron por todos los ámbitos del mundo la santa palabra. Y todos los buenos y todos los humildes, se regocijaron. Y por vez primera entre los hombres, ensangrentados por siglos enteros de matanza y opresión, reinó la religión de amor, que palpitaba ya en los corazones de los mejores; pero sin forma y sin cuerpo.

II

Cristo ha muerto clavado en cruz. Su palabra vive entre los hombres.

Y, sin embargo, el amor universal que predicara no ha dado los frutos que debiera. Los hombres continúan divididos en castas. El hermano no socorre al hermano; el hijo se aparta de sus padres; el marido no da por la mujer su existencia. En una misma ciudad, en una misma casa, se albergan la opulencia que derrocha en lo superfluo, y la miseria que mata á los que carecen de lo necesario. Unos salen en coche, en tanto que otros, por falta de zapatos se clavan en los pies espinas y cristales, desgarrando la carne que sangra con dolor. A un mismo tiempo, muere de indigestión el goloso opulento y de hambre el misérrimo. Se eleva templos al arte, y hay quien carece de hogar. Quedan yermos los campos, por falta de brazos, y millares y millares de hombres se adiestran en manejar las armas homicidas.

III

Torrentes de luz se escapan por los amplios cristales del restaurant. Es ya de noche y llueve. Desde la calle obscura y fría, un hombre contempla la brillante sala.

Mesas cubiertas de blancos adamascados manteles, dorados panecillos,



vajilla reluciente, copas y vasos de distintas formas y tamaños, botellas que guardan vinos de diferentes colores, fuentes plateadas en que humean carnes y pescados, flores que perfuman el aire, tazas llenas de obscuro líquido que desengrasa la boca, cigarros que embotan el pensamiento con su narcótico aroma, criados impasibles, silenciosos y diligentes, y caras congestionadas por el aflujo de sangre que los manjares ingeridos han hecho subir al corazón y que éste envía al cerebro y al rostro.

El hombre, después de mirar á través de los cristales, se aleja. Un clavo desgarra la carne de su pie. Un clavo, también desgarró los pies del Hombre-Dios.

IV

Cristo ha muerto clavado en cruz; pero su palabra ha quedado entre los hombres. ¡La buena semilla no puede morir, no puede ser infecunda! ¡Cómo la sienten crecer en sus corazones el que trabaja sin descanso, el que sufre injusta persecución, el que padece la mordedura del hambre, el que sufre ignorancia! ¡Qué seguramente se abre paso á pesar de todos los obstáculos! ¡Cómo llena de esperanza todas las almas en que arraiga!

Siglos y siglos han sido menester para que la materia cósmica se condensara en soles y planetas; continuas é incontables las batallas que las especies han sostenido, para afirmar su derecho á la vida contra otras especies. Surge en una noche la barraca que el huracán derriba; tarda años en levantarse el monumento que desafía las edades. Nacen cada año millones de hombres; sólo cada siglo aparece, entre todos ellos, uno de esos genios que pasan á la posteridad. Entre sangre y dolores, vienen al mundo los hombres; á fuerza de sangre y de dolor, imperan las ideas. Mucho cuesta lo que mucho dura, y tarda en implantarse todo lo que debe prevalecer.



TRASCORO DE LA CATEDRAL DE BARCELONA

Por eso, la obra de la Redención es lenta.

No creáis, sin embargo, que la semilla ha perdido su potencia germinadora. Vibra y se agita en las regiones obscuras del pensamiento; arraiga cada vez con más fuerza; se esponja poco á poco. Y su trabajo invisible es tan poderoso y ha de ser tan fecundo, que la cosecha superará á todas las esperanzas.

« Soy la Resurrección y la Vida. El que cree en Mí, vivirá aunque haya muerto. Y el que vive en Mí, está seguro de vivir eternamente. »

V

La Envidia y el Odio, hablan con un hombre andrajoso y demacrado por las privaciones.

— ¿No sientes odio hacia ese potentado cuyo coche al pasar escupe sobre tu cara el barro del camino?

— Si tuvieras un arma, ¿no atentarías contra la vida de ese avaro opulento que acaba de negarte un mendrugo de pan?

El hombre contesta con firmeza:

— Hace tiempo que no hago caso de vuestras sugestiones. No siento envidia ni rencor, contra ninguno de esos dos hombres. A su pesar son de mi misma carne y están sujetos á los mismos dolores que yo sufro. La luz que ha penetrado ya en mi alma, inundará un día la suya, y entonces, nos pedirán humildemente perdón á mis hermanos de miseria y á mí, por sus faltas y por sus crímenes. Cristo no ha muerto en la cruz en que dejó que le clavaran, para redimir á los hombres. Su espíritu vive en cuantos sufrimos, y cada hombre que muere á mano airada, cada lágrima que se derrama, cada herida que sangra, contribuyen á la Redención y afirman la solidaridad humana. El que padece hambre, recuerda la palabra santa, y seguro de que no puede haber mentido, se conforta. El que sufre injusta persecución, trae á la memoria los divinos preceptos, y su pena se aminora. Borrada momentáneamente de las costumbres, vive la sagrada doctrina en todos los corazones ulcerados, y aquellos que la juzgan ó preterida ó muerta, desperterán de su error, cuando en hora inesperada la Religión de amor se expanda en floración admirable y en frutos de salud para la humanidad entera.

No; no ha muerto la palabra divina, entre los hombres. Durante los días de la Semana Santa, cuando después del invierno las fuerzas germinadoras de la tierra entonan universal *ressurrexit*, esa palabra vibra con mayor fuerza, llevando á todos los corazones auras de paz y de esperanza.

Después de morir en la cruz, Jesucristo resucitó entre los hombres.

A. RIERA

LA RESURRECCIÓN ANTE LA CIENCIA

Los incrédulos modernos, si bien no se aventuran como los antiguos á negar la virtud y santidad de Jesús, y por tanto, á reducir sus milagros á simples acontecimientos naturales, han excogitado un medio ingenioso de explicar la resurrección, conforme á sus principios fisiológicos.

Paulus, Dam y otros, dicen que, según el testimonio de Josefo, algunas personas crucificadas vivían en la cruz tres y aun nueve días, como los dos ladrones, que á la noche no habían muerto, por lo que fueron quebrantados sus huesos; y, tomando de ello base, Pilatos resistíase á creer que Jesús expiara á los pocos momentos, hasta que el Centurión se lo aseguró. Pero, añaden, no hay cosa más probable que la fatiga, la angustia mental y la pérdida de sangre, produjeran el decaimiento, el síncope ó el desmayo; y en tal estado fué entregado el cuerpo del Divino Maestro á los fieles amigos, quienes le dejaron descansar tranquilamente en una bóveda sepulcral muy retirada, donde al poco volvió en sí Jesús de su desmayo, y se fué á buscar á sus discípulos. Según estos señores incrédulos, la lanzada que recibió el Señor en el pecho, no fué más que un rasguño ó una herida muy somera.

Probaré por partes la muerte y resurrección triunfante del Señor.

La muerte de Jesús, consta primeramente por las Sagradas Escrituras, en las que se refiere que al exhalar Cristo el postrer suspiro el sol se obscureció, la luna se eclipsó, el cielo se cubrió de luto, la Naturaleza, presa de terrible dolor, arrojó de su seno piedras y cadáveres, el rayo serpenteó y destrozó los árboles, los truenos retumbaron en las concavidades de la tierra, el velo del templo se rasgó; y por el aparato con que se verificó el drama del Gólgota, pensaron unos que era llegado el fin del mundo, mientras que otros, reconociendo al hijo del Carpintero como á verdadero Dios, huyeron espantados á llorar su crimen y á clamar ¡misericordia! al Eterno Padre. Nos pintan el dolor de una pobre Madre que, vestida de luto, llora lágrimas de sangre á los pies de su Hijo Crucificado.

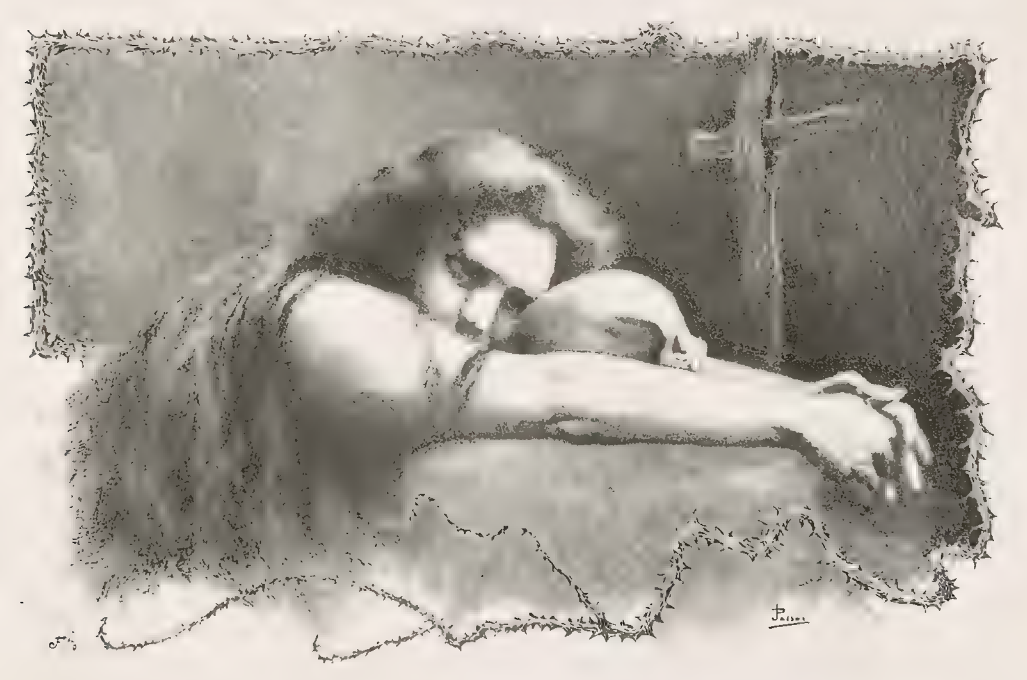
Consta igualmente, por el testimonio de antiguos Santos Padres y escritores eclesiásticos, testimonio digno de crédito que Jesús murió en tiempo de los cónsules Rubellio Gemino y Jusio Gemino (año 782 de Roma), según claramente lo afirman Tertuliano. Lactancio, Julio Africano y otros. ¿Pero á qué citar testimonios de Evangelistas y Santos Padres y escritores eclesiásticos, que algún incrédulo rechazará acaso, por sospechosos de veracidad, cuando existen dictámenes y opiniones de eminentes médicos, en los cuales los teólogos apoyan su prueba?

Gruner, Bartholino, Triller y Eschenbach, suponen que el agua que salió del costado de Jesús era la linfa del pericardio; Vogler, que era el suero separado de la sangre; Richter, observa que el flujo abundante de sangre y agua, debe considerarse como sobrenatural y simbólico; Gruner, hijo, dice que la lanzada inferida por el brazo robusto de un soldado romano, con una lanza corta porque la cruz no era muy alta, debió

ocasionar, en cualquier hipótesis ,una herida mortal; Gruner, padre, afirma que, aun suponiendo que la muerte de Jesús hubiera sido aparente al principio, el golpe de una herida, aunque fuera leve habría sido fatal, porque en el síncope ó desmayo, se considera que toda sangría debe dar este resultado, y que lejos de ser adecuados al estado de una persona desmayada las drogas y aromas para el embalsamamiento, en el recinto cerrado del sepulcro, sería el medio más seguro de hacer real la muerte aparente, porque produciría la asfixia. Moles, médico hipocrático y galénico del siglo XVII, dice, que habiendo sufrido Cristo violentos dolores, tanto físicos como morales, sus fuerzas estaban debilitadas y como abatidas, y por lo tanto, se hallaba en condición de sufrir por poco tiempo la situación de la Crucifixión; el célebre cirujano Cooper, después de un detalladísimo estudio anatómico de las heridas, confirma la profecía de que no se le rompió ningún hueso, costumbre usada entre los romanos, como lo hicieron con los dos ladrones, cuando los crucificados no habían muerto, máxime si el día de la ejecución era viernes, porque los sábados les estaba prohibido toda clase de trabajos. Edipión, de Edimburgo, atribuye la muerte de Jesús á la rotura del corazón; y el ilustre antropólogo artista contemporáneo don José Parada y Santín, dice, que como en Cristo existía una potencia, una voluntad superior á todos los hombres, y una gran fuerza intelectual para acallar sus dolores, el esfuerzo psíquico que hizo en el Calvario provocó el aniquilamiento que acabó con su vida.

Refutada la afirmación de que Jesús no murió, fácilmente me será probar que Jesús resucitó triunfante y glorioso.

En diferentes lugares de la Escritura, se habla de la timidez de los Apóstoles que llegó hasta negar, por tres veces, uno de ellos, San Pedro, á su Maestro; viéndose el Señor abandonado de todos ellos, así en su prisión como durante su Pasión, por temor á ser víctimas de las persecuciones de los judíos. Sólo Juan, el más joven de los discípulos, se atreve á presentarse en el Calvario y permanecer junto á la Cruz. Cuando Cristo, después de su resurrección, se les apareció, lo tuvieron por un fantasma, y se sobrecogieron de temor; y en buena lógica, se ha de deducir que si de la presencia de Jesús se atemorizaron ¿cómo habían de ser capaces estos hombres, tímidos é indefensos, de atropellar un bien armado cuerpo de guardia? Y aun admitido todo esto: ¿con qué fin iban á hacerlo? Convencidos de la muerte de Jesús, debían mirarle ó como un impostor ó como un espíritu débil, que se había engañado á sí mismo con sus locas esperanzas; y lógico es convenir en que, por apoderarse de un cadáver, no



¡MAGDALENA! — Dibujo á la pluma, original de José Passos.
Premiado en la última Exposición de Bellas Artes celebrada en esta ciudad.

iban á exponerse á las iras de los judíos. Aparte de que de hecho no se apoderaron, véase el testimonio de los guardias; véase igualmente que cuando prendieron á los Apósteles y los azotaron, no fué por haber robado el cuerpo del Maestro, ni por haber publicado falsamente su resurrección, sino por controvenir á las órdenes, que les prohibía dar noticia de tan maravilloso acontecimiento.

Mas, dejando á un lado los argumentos y pruebas que nos suministran las Escrituras y los mismos judíos, tenemos la Arqueología, que con su lenguaje mudo nos suministra testimonios irrecusables, desde los primeros siglos del cristianismo, de la triunfante resurrección del Señor.

Entre otros, merecen citarse: un fragmento de sarcófago del Vaticano, en el que aparecen dos soldados, de pie, apoyados en sus escudos, y sobre ellos se eleva el monograma rectilíneo, que otras veces es una corona con la misma inicial ó distintivo, como se ve en un sepulcro de San Piato. El de San Celso, en Milán, que ofrece una representación más completa de la resurrección: las dos Marías están de pie, delante de la tumba, cuya puerta tiene la forma de una torre; una de estas piadosas mujeres, con la cabeza baja, contempla y señala con la mano el sudario del Señor, que se halla colocado sobre el umbral, circunstancia que en el texto sagrado, se atribuye á San Juan y San Pedro; la otra, levanta los ojos al cielo y ve al ángel que baja para anunciar la resurrección; detrás del monumento está Tomás, posternado delante del Divino Maestro, tocando con el dedo la herida del costado. En uno de los relicarios que San Gregorio el Grande mandó á la reina Teodelinda, para sus hijos. En los mármoles de las Galias, como en San Piato, Manosque y Laissons; y muy principalmente, por hallarse, desposeído de su forma mística y figurada, la resurrección de un modo directo, en el bajo relieve de un sarcófago de la cripta de San Maximino, y en el de una urna de Milán, según Bugati.

Luego, la muerte y Resurrección del Señor, si se ha de convenir en buena lógica, queda probada por las Escrituras, por los Santos Padres, por la razón teológica, apoyada en la ciencia médica, por el testimonio de los guardias y silencio del pueblo judío, por los testigos presenciales y por la Arqueología. Luego, justo es exclamar: *Resurrexit sicut dixit*.

Pedro GASCON DE GOTOR

C. de la R. Academia de la Historia

JULIO BORRELL





JESÚS ORANDO EN EL HUERTO



LA SEMANA SANTA Y LA ESCULTURA ESPAÑOLA

En los misterios que la Iglesia Católica conmemora en la Semana mayor ó Santa, han encontrado tesoros de inagotable inspiración los escultores cristianos de todos los países. Ya en lejanos tiempos, en plena Edad Media, eran famosos en las comarcas occidentales de Europa los llamados *Calvarios,* en los cuales se representaban los pasos principales de la Pasión y Muerte de Jesucristo Señor Nuestro, ó por lo menos, el que viene á ser síntesis del cruento drama del Gólgota ó dígase la Crucificación del Redentor del género humano. Extendidos en la ladera de un monte, siguiendo el camino más ó menos angosto que conducía á un cenobio ó siquier á un modesto santuario, las capillas en las cuales se hallaban representadas las dolorosas escenas de la Pasión, eran motivo para que delante de cada una detuviera su paso el peregrino y rezara oración devotísima; *Via Crucis* que terminaba al llegar al quinto misterio de dolor, en el que se le ponía ante los ojos el suplicio del Salvador en afrentosa cruz, para librarnos de la esclavitud del pecado. La piedra fué el material empleado comúnmente por aquellos modestos imagineros, no sin que á veces utilizasen cosa más pobre, como lo fué el barro cocido. El tiempo y el desdén injusto de los hombres; han destruído *Calvarios* en piedra y en barro, que eran testimonio elocuente del ingenio de los escultores medioevales, á la par que muestra evidentísima de la piedad de aquellas generaciones. En los restos de un Calvario, en barro cocido, que hemos llegado á ver, perteneciente sin disputa al siglo XV, en la testa de la Virgen Santísima resplandecía una expresión tan adolorida, que llegaba al alma, á poco que atentamente se la contemplase, juntamente con una gravedad y una grandeza que señalaban el excelso carácter de la Augusta Madre. El que modeló la testa á que nos referimos, lo hizo sin pensar que resultase obra de artista, y acaso la devoción guió exclusivamente su mano. Al sentimiento que puso en su obra, agregábase un cierto aire naturalista que se adelantaba á su época, y presagiaba ya el cambio que introdujeron en la escultura los artistas florentinos del siglo decimosexto.

España en la citada centuria y en las dos inmediatas, vió repetidamente cómo sus primeros maestros se ocupaban en esculpir y en tallar obras que respondiesen á las ideas y á los afectos que en ánimos cristianos despierta la Semana Santa. Los Nazarenos, las Vírgenes de los Dolores, de la Soledad y de las Angustias que, procedentes de entonces, se veneran en iglesias españolas son en número considerable. Entre ellas las hay de mala mano, como se dice vulgarmente, debidas á escultores imperitos, aunque con frecuencia profundamente creyentes, que en sus bustos, en medio de las incorrecciones en el dibujo y en el modelado, acertaban en la expresión del sentimiento religioso y místico. De dos escultores habla con singular elogio la historia del Arte en nuestra tierra; dos maestros ambos en toda la extensión de la palabra, en los asuntos que trataron relativos á la Semana Santa. Otros pueden parangonarse con ellos, igualándoles en mérito en alguna imagen, aunque no teniendo, en el conjunto de sus trabajos, el relieve y la elevación que aquellos presentan. Fueron los dos maestros á quienes nos referimos, el sevillano Martínez Montañés y el murciano Salcillo, populares los dos en la región en que vivieron, y menos conocidos, fuera de ella, de lo que merecen serlo por su significación en la escultura de España.

Juan Martínez Montañés, que vivió en el siglo XVII, es autor de la imagen de Jesús Nazareno llamado el «Cristo del gran Poder», venerado en Sevilla por todos cuantos profesan las creencias católicas. Pertenece el Nazareno de Martínez Montañés á las *imágenes de vestir,* según se las llamaba y se las llama, porque el escultor se ciñe en ellas á tallar el busto y las extremidades, dejando el resto á manera de maniquí, al intento de que se le puedan poner las vestiduras riquísimas que ofrecen á la imagen la piedad de los fieles. El Nazareno á que aludimos, es obra soberbia de escultura, por la majestad y nobleza que se ve en la cabeza, y muy particularmente en la cara de Jesús; por la expresión de bondad derramada en todo el rostro, por el dolor que en éste se advierte y, en fin, por un conjunto de idealidad que cautiva los ánimos de los devotos y mueve á suspensión los de quienes lo contemplan, aun sin parar mientes en lo piadoso del venerado busto. El realismo del arte español aparece en esta imagen, unido á la unción, á la sublimidad, que el maestro imaginero supo sacar de su alma creyente. Martínez Montañés lo consideraba como obra prodigiosa, en el concepto de haber logrado para ejecutarla la misteriosa protección del cielo, sin la cual no hubiera conseguido realizarla tan perfecta. Admirábala él mismo y, según refiere Palomino, cuando el Jesús Nazareno salió en procesión por vez primera por las calles de Sevilla, el Montañés lo iba buscando por todas las boca-calles de la carrera, yendo fuera de sí, absorto y asombrado de que él lo pudiese haber ejecutado. El discretísimo y eruditísimo Cean Bermúdez, agrega por su parte que, sin ser su autor, debe confesar que en sus largos años de residencia en Sevilla hizo lo mismo que había hecho el escultor Martínez Montañés, y que no se daba por satisfecho si no veía la imagen dos ó tres veces en la tarde de su procesión.

Francisco Salcillo — Zarcillo pone alguien — y Alcaraz, nació en Murcia, en 1707, y alcanzó tanta ó mayor popularidad que su cofrade sevillano. Diéronsela y se la mantienen aún en el día, los pasos que labró para la capilla de Jesús en la capital mencionada, y entre los cuales sobresalen, por sus méritos más relevantes, los de «La Cena» y «La Oración del Señor en el Huerto». Fué Salcillo asimismo un idealista ó naturalista, puesto que de sus mismos contemporáneos sacaba las figuras y los rostros para no pocas de sus imágenes. En su casa recogía á pobres, peregrinos ó forasteros, con el deliberado intento de estudiarlos y sacar partido de ellos, para las imágenes que esculpía ó tallaba. El señor Marqués de Molins, que habló con grande acierto y encomio del escultor murciano en un discurso por él leído en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, hace ya algunos años, dice que: « Aun designan en Murcia á un judío de cierto paso con el nombre de *Berrugo,* porque es fama que lo copió de un aguacil afeado con semejante deformidad ». No era Salcillo de los naturalistas que sólo copian lo feo, antes muy al revés, iba tras de la belleza en el hombre y en la mujer, para imprimirla luego á sus Cristos, á sus Vírgenes y á sus Angeles; y así, « es fama—copiamos igualmente al señor Marqués de Molins, — que su propia bellísima esposa, en ocasión de haber perdido un hijo, le sirvió de modelo para la Virgen de las Angustias que se venera en la iglesia de San Bartolomé; así como una principal señora, cuyos ojos eran el encanto de los murcianos, fué original para modelar la estatua de Santa Lucía». Así, Martínez Montañés como Salcillo y como tantos otros escultores españoles, adoptaron para sus creaciones la escultura colorida, porque respondía mejor á su manera de sentir el arte. Uno y otro veían que en la naturaleza el color va unido á todo; uno y otro, buscaban la verdad en sus bustos; los dos ansiaban darles el sentimiento que animaba sus corazones; y para responder á todo esto entendían, con muy buen acuerdo, que el color era elemento preciosísimo y que no debían desaprovecharlo. Lo mismo entendió en nuestro Principado el celebrado Amadeu, á quien puede colocarse junto á los Martínez Montañés y á los Salcillos, por la religiosidad y belleza de sus esculturas, entre las que sobresale el hermoso busto de la *Virgen María leyendo,* que posee un conocido coleccionista barcelonés, y en el cual, bajo los rasgos físicos de una agraciada aldeanita catalana, se transparenta una delicadeza de concepto, un sentimiento devoto del todo, acordes con el asunto tratado por el modesto artista de nuestra tierra.

Todas las materias les sirvieron á los escultores de los siglos XVII y XVIII para asuntos devotos, llenando con ello los deseos de sus piadosos contemporáneos. Roldán de Sevilla y don Lorenzo Vila, éste también murciano, y de quien habla Pacheco en su *Arte de la Pintura,* modelaron en barro santos y santas, y muy particularmente vírgenes dolorosas, con peregrina destreza y buen gusto. Por figuritas de marfil, por Santos Cristos y Ecce-Homos, hízose famoso el valenciano Raimundo Capuz, y más que él todavía el padre dominico Fray Francisco Capuz, de la misma familia; quién ejecutó imágenes microscópicas en marfil y las hizo también con huesos de cereza, que es el colmo de lo delicado, á la manera de un escultor alemán que había adquirido singular reputación por idéntica destreza. La cera fué, por fin, materia muy empleada por los escultores, y que se prestaba á las exigencias de la escultura colorida. Todavía se conservan en España trabajos lindísimos y muy sentidos de esta clase. Pacheco, antes mencionado, afirma que en dicha especialidad sobresalió el pintor Pablo de Céspedes, sobre quien escribe: « No se pase en silencio la escultura de cera de colores... y así lo hizo Pablo de Céspedes aventajadamente en Roma », mencionando además Cristóbal Suárez de Figueroa, escritor del 1600, en su curioso libro *Plaza universal de todas las ciencias,* á Martín de Striso y á un yerno suyo, Juan Bautista, disputándoles por peritísimos escultores en cera; ocupación en que se emplearían aquí nacionales y extranjeros, á juzgar por los apellidos de algunos que labraron santos é imágenes con la expresada materia. También, entre las esculturas españolas en cera, dominan las que representan Nazarenos y Vírgenes de las Dolores y de las Angustias; confirmando todo esto el aserto que va al principio de este artículo, ó sea: que los misterios de la Semana Santa, han sido causa de inspiración en todas épocas, para los artistas españoles, y privilegiadamente quizás para los escultores.

F. MIQUEL Y BADIA

¡AMOR!

Fué cántico de Amor el primer canto.
¡Alzad el himno santo,
humanos seres, del Amor nacidos!
¡Llevad estrofas al celeste coro,
con que, en sus ejes de oro,
los astros giran, por el sol unidos!

Aun germinaban los futuros soles,
entre revueltas moles,
hórridas nubes y calientes vahos,
y pasaba el Espíritu Divino,
cual soplo peregrino,
sobre la faz del proceloso caos.

¡Fecundo soplo del Amor! La sombra
se tiende en blanca alfombra
que tiñéndose va de mil colores;
florido césped en las peñas brota,
y de su entraña rota
salta el agua á bañar plantas y flores

¡Fuego inmortal! Cuando en el alma [prende,
la yerta sangre enciende,
hace en el hielo germinar las rosas;
vivo, aun de la muerte en el imperio,
si cruza el cementerio
los gusanos convierte en mariposas.

La fuerza del Amor es la que medra
en la piadosa yedra
que la muralla al torreón abraza;
anima flores y sazona frutos,
doma fieras y brutos,
y pueblos mil deriva de una raza.

El rompe de los odios la cadena,
tempestades enfrena,
sostiene la ilusión, colma el deseo,
regocijado forma los banquetes
y en dorados pebetes
enciende las antorchas de Himeneo.

Por él nace la diosa Anadyomena;
rompe la mar helena
su cabeza gentil, á su cabello
las Floras ciñen fúlgida corona,
y un collar aprisiona
con hilos de oro su nevado cuello.

Juegos y Risas junto á Venus danzan,
y entre rosas, que lanzan
á sus pies, dicen halagüeños nombres;
y dan las Gracias á su talle leve
el cinturón que mueve
con su atraccion los dioses y los hombres.

¿A quién el dios alado no sostiene?
En la noche, Selene,
por ver á su Endimión, baja del cielo;
y en unión y velada misteriosa,
Psíquis, de Eros esposa,
teme ver de su dicha roto el velo.

Todos aman: el grave anacoreta
cuyas noches inquieta
de adorable mujer la imagen gaya;
y el marino que evoca en los azares,
de los revueltos mares,
la hermosa virgen que dejó en la playa.

Amor enciende el faro de la luna,
vertiendo en la laguna
la blanca luz que alumbra el gondolero;
la piedra sacra del hogar calienta,
y en las veladas cuenta
la historia triste de Leandro y Hero.

¡Horrible soledad la del humano
que cae sin una mano
que lo levante desde el polvo yerto!
¡Cúan lúgubre el gemido de las olas
que lánguidas y solas
van á dormir en el peñón desierto!

Pero á veces el ángel es demonio.
Con Cleopatra y Antonio
se agita el mundo en hondas convulsiones;
y más que el áspid de la reina egicia (1),
beso letal desquicia
el trono de los viejos Faraones

¡Oh! Si al impulso de pasión violenta,
su túnica ensangrienta
Citerea que en Palas se convierte,
en la tumba del pueblo que se acaba
cantar hace á la Caba
las bodas del Amor y de la muerte.

E. Amor es virtud; pero ¿no ama
el pecho que derrama
de ciprias aras el impuro aceite?

¿Entre piedras y charcas cenagosas
no hay flores olorosas?
¿La pasión satisfecha no es deleite?

La más bella, clarísima alborada,
tiñe nube rosada;
del limpio manantial el agua brota
á veces turbia cual placer grosero;
y en el vapor ligero
del charco sube cristalina gota.

No eres tú, santo Amor, Venus celeste,
la que manchó su veste
de Corinto en los sacros lupanares,
cubrió de rosas el desnudo seno,
y apurado el veneno
del goce, murió al pie de los altares.

Tú surgiste en la cima del Calvario,
cuando bañó el osario
del paganismo sangre redentora:
la Virgen-Madre vió morir al Hijo,...
y lloró... y aun bendijo
á la raza deicida por quien llora.

. . . .

¡Sér principio del sér, única fuente
de la vital corriente,
causa en todas las causas escondida:
Amor, besa mi labio moribundo,
y á tu calor fecundo
el germen brotará de eterna vida!

MIGUEL GUTIERREZ (Granada).

(1) Por egipcia.

CRISTO EXPIRANTE

ANTE UN CUADRO

Tanto el rostro descansa humanamente
sobre el exagüe pecho que respira,
que en tan grandiosa creación se admira
la fe cristiana del pintor valiente.

Negro mundo de sombras por la frente,
como suelto vapor, flotante gira,
¡y hasta el gemido en la garganta expira,
ante el egregio funeral presente!

El sol extingue su sangrienta llama;
la voz de Cristo ¡Redención! exclama
y el eco triste ¡Redención! murmura;

¡pero el rumor del pueblo que se aleja
vibra en los aires, como amarga queja
que espanto y muerte y destrucción augura!

SALVADOR GONZALEZ ANAYA

LA PALABRA SANTA

Jesús de Nazareth contrito oraba,
Del templo ante los pórticos de jaspe,
Cuando se oyeron resonar, cercanos,
Confusos gritos y dolientes ayes.
Por vocinglera multitud seguida,
Casi desnuda, trémula, expirante,
Una mujer llegóse hasta el Maestro,
Y á sus plantas humilde posternándose,
Murmuró, con arrullo de paloma:
«¡Dilinquí por amor! ¡piedad! ¡salvadme!»
En tanto el pueblo aullaba con encono,
Homicida, brutal, inexorable:
¡Qué se cumpla el precepto! ¡apedreadla!
¡La hallaron sin cendales
Muy cerca de la cuna de sus hijos,
Entregada al placer la frágil carne!»
Jesús se irguió; besaba sus cabellos
El soplo de la brisa de la tarde;
Tendió la diestra hacia la turba indócil
Y así la dijo sentencioso y grave:
« Puede arrojarle la primera piedra
El que limpio se juzgue de maldades. »
Pasó un instante de silencio augusto,
Y huyó la muchedumbre, sin que osasen
Recriminar á la infeliz culpada,
A pesar de la ley, los más audaces.
La noche, ese dolor desconociendo,
Flotaba sobre el fondo de los valles;
Y la luna, pupila de la noche,
Surgía del abismo de los mares.
Volvió Jesús á la mujer el rostro
Y la dijo, prestando á su lenguaje
La harmonía del céfiro que trueca
En cítara las ramas de los árboles:
« Cuando pienses en él, besa á tus hijos;
Vete y no peques más; ¡vuelve á ser madre. »

M. ESCALANTE GOMEZ

LA CRUZ

Y LOS ATRIBUTOS DE LA PASIÓN

La cruz, en los primitivos tiempos del cristianismo, empleóse como signo hasta en los actos menos importantes de la vida, y especialmente en las ceremonias religiosas; es uno de los principales atributos de San Pedro, sobre todo en las catacumbas; la pusieron en los sepulcros de algunos santos, como señal de martirio; sirvió de coronamiento al cetro de los cónsules; se grabó en las monedas y en las alhajas; se dibujó en las ropas y en los edificios; lo mismo la llamada griega que la latina, usada indistintamente, como atestiguan monumentos.

Conócese la cruz con varios nombres, según la forma empleada para la crucifixión: *Decussata*, que parece una ╳ ó aspa, llamada de San Andrés; *Commissa* ó *patibulata*, y según escritores antiguos *Tau*, en forma de **T**, que simbolizaba la vida entre los paganos. Según tradición de crédito, á esta clase pertenece la Cruz del Señor, tradición confirmada por los relicarios del tesoro de Mouza del siglo VI, y en el esgrafiado descubierto en la fachada del palacio de los Césares del monte Palatino, atribuído al siglo III, en el que hay una caricatura pagana insolentemente grosera y anticristiana, que representa la figura de Jesús crucificado, con cabeza de asno salvaje. *Immissa*, es la cruz citada por los Santos Padres, generalmente aceptada en todos los tiempos. Según D'Ross, ningún monumento con fecha presenta esta cruz antes del siglo V, aunque, por la estructura, presume haberla visto sin ella, correspondientes á los siglos II y III. Boldetti da noticias de otro ejemplar con cruz, fechado en 370 por los cónsules.

Ajusticiaron también los romanos, en postes, sobre todo cuando se trataba de prisioneros de guerra en número aterrador, según Josefo afirma.

San Justino que escribía en el siglo II, dice que la cruz tenía además otros brazos, por donde se pasaban las piernas del reo, para sostener en el centro el peso del cuerpo; aseveración de gran autoridad que ni en los tiempos antiguos ni en los modernos tuvieron en cuenta los artistas al crear sus Cristos.

Por los primitivos cristianos, cuando el simbolismo era aconsejado por la prudencia para evitar profanaciones, se presentó la cruz en formas diversas, siendo una de las más antiguas la cruz *gammada*, compuesta de cuatro gammas.

El martirio, con agravación de pena, era, cual fué el de San Pedro, con la cabeza del reo hacia abajo, ó cuando se dejaba el cadáver en el suplicio expuesto á la voracidad de las fieras, y también si se encendían hogueras al pie de la cruz.

Si tales salvajadas no se cometían, el reo vivía algunas horas en el suplicio, como sucedió á los dos ladrones, ó pasaban al día siguiente, y uno hubo que no murió hasta el tercer día.

La cruz, como suplicio, era pequeña, tanto, que muchas veces los pies del reo tocaban al suelo. Así debió ser la de Jesús, puesto que se reconoce que las de los ladrones eran pequeñas, y Santa Elena se ofuscaba ante la dificultad de distinguir la del Salvador, cuando obtuvo la gracia de hallarlas. Verdad es que algunos Padres y San Crisóstomo dicen que fué alta, sin duda apoyados en que algunas veces se usaron hasta de cincuenta codos, según Mardoqueo, y también fueron grandes las empleadas por Galba para determinados criminales, como afirma Suetonio.

Discrepan los evangelistas en la redacción del rótulo, más no en lo esencial, colocado á la cabeza del leño: *Hic est Jesus rex Judæorum*, escribe San Mateo; *Rex Judæorum*, San Marcos; San Lucas suprime el nombre de *Jesús* y está conteste con el primero; y San Juan, testigo ocular de la Pasión, escribe: *Jesus Nazarenus Rex Judæorum*, que es la inscripción que se leía en la tablilla hallada por Santa Elena: los dos últimos evangelistas añaden, que el escrito se repitió en las lenguas hebrea, latina y griega. Como rareza única, citaré la inscripción del Cristo de Rambona que dice: EGO SVM JESVS NAZARENVS.

Cuando el reo se clavaba en la cruz *patibulatta*, ponían la tablilla en una varilla, supliendo la cabeza del leño.

Quizá para abreviar, los artistas escribieron con iniciales la inscripción, excepción hecha de los latinos que la suprimieron con frecuencia; los griegos pusieron algunas veces IC XC, y otras, usaron la primera y última letra del alfabeto; en otras, dibujaron LUZ MUNDI, entre el sol y la luna, lo mismo los griegos que los latinos.

Disipada la aversión de la Iglesia en presentar á Jesús en el suplicio como objeto de culto público, y abolida la tiranía pagana, desechó el simbolismo en el concilio undécimo, celebrado en el siglo VIII, y prefirió las imágenes.

De las que presentó en la escena del Gólgota, además del Crucifijo, son más importantes la de la Virgen Madre y la de San Juan, testigos oculares del acto. Los artistas, al principio, las concibieron poniéndolas de pie á modo de estatuas fúnebres, cuyas mejillas se apoyan sobre las manos, expresión de dolor recetaria de aquellos tiempos; también, emplearon los bustos colocándolos en los extremos del travesaño de la cruz, escribiendo sus nombres, ó las palabras que les dirigió el Señor, en griego ó latín.

Antes del siglo VIII, difícilmente pueden citarse ejemplares en que el artista haya puesto los dos soldados, el de la esponja y el de la lanza; sólo se conoce uno, el relicario de Mouza. Del siglo VIII hay otro, en que los soldados, de pie uno y sentado otro, echan suertes sobre la túnica del Señor, teniéndola en medio.

La costumbre de poner al pie de la cruz un cráneo de cordero en substitución del símbolo, es relativamente moderna. En el crucifijo del díptico de Rambona, en vez del cráneo, está la loba que amamantó á Rómulo y Remo.



CEDROS DEL LÍBANO

El sol y la luna, están en las pinturas, mosaicos y bajo relieves de los dípticos, á ambos lados de la cabeza de Jesús; el sol radiante, la luna en creciente unas veces; otras, dos semifiguras humanas que llevan sobre la cabeza corona real una, la otra el cuarto creciente, teniendo en una mano una antorcha encendida, y sobre la otra, una mejilla, como expresión de sentimiento y desconsuelo. En las cruces portátiles, ambos astros ocupan la parte superior del tronco, frecuentemente con la aclaratoria SOL-LVNA, ó poniendo una letra bajo otra, en posición que describe la perpendicular detrás de la luna.

Esta intervención de los astros, como accesorio de la crucifixión, no la emplearon los artistas exclusivamente en esta estación del Vía Crucis; en las pinturas murales de las catacumbas de Milán y en la resurrección de Lázaro, también están; por lo que el abate Martigny supone que los astros simbolizan: el sol, brillante por su propia luz, á la divinidad; la luna cuerpo opaco sujeto á las oscilaciones reflejas de luz y sombra, á la humanidad.

Como complemento de este trabajo, daré algunas noticias acerca de las reliquias de la Pasión. La inscripción es de madera ó de la corteza del árbol, las letras rojas, destacando sobre fondo blanco. Cuando Santa Elena la encontró, estaba intacta y muy legible la es-



critura. En 1492, se halló en la bóveda de la basílica sesoriana, el único fragmento que se venera en Roma, en el templo de la Santa Cruz de Jerusalén: mide siete pulgadas de alto por trece de ancho, según la medida romana. Cuando se halló el fragmento, sólo se leía, en griego y latín, IS NAZARENVS RE; la inscripción hebrea se conservó legible hasta fin del siglo XVI, y en el XVII desapareció, dejando sólo vestigios; y lo mismo pasó con las letras IS de los textos griego y latino.

Entre los diversos clavos y espinas que existen en varias partes, muchos de ellos reproducción de los auténticos, se admiten como verdaderos, el clavo y la espina que se venera en la iglesia de Tréveris, según atestigua San Ambrosio, al tratar del descubrimiento hecho por Santa Elena, quién los donó á dicho templo; además, entre otros, lo confirman Rufino y Teodoreto, y está reconocido oficialmente por León X. La punta del clavo que se desprendió, la posee la iglesia de Toul, y un fragmento de la cabeza del mismo, la ciudad privilegiada de Tréveris.

La corona, muy incompleta por haberse distribuído en pequeñas partes entre determinadas iglesias, está en París, por donación del Santo rey Luis IX.

La túnica, también se guarda en Tréveris. Es de lana pura, según la opinión más general, conforme con la ley mosaica que prohibía mezclas; de lana y lino, según otra opinión. Su color obscuro, es ahora indefinido, tiene alguna rozadura y muy vagamente se observa que está manchada de sangre. Mide próximamente cinco pies de larga, y algo más desde la extremidad de una á otra manga, estando horizontalmente extendida; siendo cada una de pie y medio de longitud por uno de ancho, y desde debajo de las mangas, de un pie y dos dedos de ancho, y en la parte inferior, de cinco pies y seis dedos.

El sudario es de lino, muy ancho, de donde, según Beda, procede la costumbre de no celebrar la Santa Misa sobre seda ú otras telas ricas, que como el lino no son producto de la tierra; cuya opinión es ley por San Silvestre. Se venera en la catedral de Turín. Los otros dos paños con que además solían cubrir los judíos á sus muertos, están en la iglesia de Besançon y Cadouin, antes, de la diócesis de Sarlat, ahora, de la de Périgueux.

El segundo, aseguran que presenta pruebas irrefutables sobre su autenticidad.

La *esponja* se venera en San Juan de Letrán, y según Baronio presenta un color sanguinolento.

La *lanza* la posee el Vaticano, desde que Bayaceto la cedió á Inocencio VIII, en 1492.

El *cáliz* ó *calix:* hay dos ejemplares que se disputan la autenticidad; el *Sacro catino,* del templo de San Lorenzo, en Génova, y el que ahora existe en la Catedral de Valencia.

El de Génova según la tradición, lo llevó Jesús á Cesárea, y los primeros cruzados, como botín de guerra, lo donaron á su patria.

Su forma es exagonal, labrado de una sola esmeralda; mide un pie de diámetro y cinco pulgadas de profundidad.

Del de Valencia habla también la tradición, en su origen; lo trasladaron á Roma los Apóstoles. San Lorenzo apremiado por el César para entregar los tesoros de la Iglesia, lo envió á Huesca su patria, á fin de evitar su pérdida. Cuando los agarenos invadieron aquella parte de Aragón, los cristianos huyeron á las montañas pirenáicas, llevándose las alhajas de sus templos, entre ellas el *cáliz* del Cenáculo, las escondieron en las escabrosidades del terreno, y posteriormente en el Monasterio celebérrimo de San Juan de la Peña, maravilla de la naturaleza, cuna de nuestra monarquía, rival de Covadonga, panteón de nuestros primeros reyes y de grandes magnates, monumento preciadísimo del arte románico, ruinas hoy..., á pesar de que debiera conservarse con religioso cariño. Los monjes lo regalaron al rey don Martín de Aragón, en 1399, quién lo depositó en la iglesia del Palacio de Zaragoza Arabe; mansión elegida para morada de la poderosísima monarquía aragonesa, también ahora muy postergada, donde estuvo hasta el 11 de Abril de 1424, en que, con otras reliquias, plugo á don Alonso V el cederlo graciosamente á Valencia.

El vaso, del tamaño de una naranja grande, según Llorente en su obra *Valencia,* es romano, y lo mismo éste que el pie, son hemisféricos, de agata color rojo obscuro; la montura especialmente es bizantina, y la ornamentación de la cebolla ó nudo del vástago, árabe español del siglo XII ó principios del XIII. La montura, el tallo, el nudo y las asas, están esmaltados en oro, lo mismo que el engarce, que además presenta treinta y ocho perlas, dos balaxes y dos esmeraldas.

A. GASCON DE GOTOR
C. de la R. Academia de S. Fernando.

FACETAS

LA CORONA

Las tinieblas aumentan la soledad de los arenales. Zobir, tendido junto á su yegua, sueña. Sueña que un ángel, bajado del séptimo paraíso, refresca con sus alas el aire, y le dice:

« Eres el muchacho más apuesto y más arrojado que atraviesa el desierto. También eres el mejor. Allah se ha fijado en ti, y quiere llevarte á su lado. Pero para ello, precisa que en todo te muestres digno de El. Una grande y noble acción ha de ser el término de tu carrera. Y para que, aun viviendo esta vida, sepas que has merecido la bienaventuranza eterna,



LA VERÓNICA

fíjate en el cielo. Cuando veas brillar en él una corona de luz, tu gloria es cierta. »

La visión se desvaneció en el espacio, y Zobir despertó. El creyente fué feliz desde aquel instante, porque no dudó de la aparición divina.

Montó á caballo, y á la madrugada había llegado á un oasis, donde siglos atrás se detenían las caravanas que van de Alhaitú á la Meca. Esmeralda engarzada sobre el oro candente de la arena, sin causa alguna aparente, se había secado el manantial que alimentaba su verdor. Cientos de hombres y camellos, fatigados y sedientos, contemplaban seco el antiguo cauce y se preparaban á morir.

El mancebo examina la fuente agotada, ve la angustia y la desesperación retratadas en el semblante de sus compatriotas, y, movido de súbita inspiración, manda cavar junto á un montón de grandes pedruscos. La faena es ruda, y á las pocas horas, todos los viandantes renuncian á ella. Tendidos sobre la arena, esperan la muerte. Zobir trabaja sin descanso, dentro del hoyo abierto. Al ahondar, siente una sensación de frescura. Allí está el agua. Pero las delicadas manos sangran, el cuerpo se rinde, los músculos se niegan á obedecer á la voluntad. El también está próximo á morir. Pero ¿van á perecer todas aquellas criaturas?

« ¡En nombre de Dios, Clemente y Misericordioso!... »

El pico se hunde en una quiebra de la roca. Pero ésta es enorme. Sin embargo, diríase que cede al impulso de una fuerza interna.

« ¡El Fuerte, el Poderoso!... »

Zobir redobla sus esfuerzos, y la piedra parece vacilar sobre su alvéolo.

« ¡Señor del universo y de los hombres!... »

La piedra queda volcada.

— ¡Agua! ¡Agua! — claman con infinita alegría los sedientos.

Y todos, hombres y camellos, se precipitan hacia el chorro que se eleva verticalmente y cae después, en cascada refrescante y salvadora.

Pero la roca, al perder su equilibrio, ha aplastado al que la descuajó.

Zobir alienta aún; pero la muerte se acerca, le va á estrechar entre sus brazos para la eterna huída.

Antes de morir, el noble muchacho contempla como sacian su sed los hombres y las bestias que ha salvado de una muerte segura. Sus ojos abrazan después el ancho cielo. Alrededor del sol, fulgura un círculo diamantino, con los siete colores del arco iris.

— ¡La corona! —murmura. Y sus ojos se cierran, llevando impresa en la retina la esplendente imagen de un halo centelleante.

* * *



A LO CADETE

LA DANAIDE

No sabe por qué fué condenado; pero sabe que la condena es inexorable. Pasan las horas, transcurren los años, caen en el abismo de la eternidad los siglos, y el castigo subsiste. Para substraerse á su rigor, emprende tremendos éxodos, cambia en cierto modo sus condiciones de vida, trabaja sin descanso, lucha contra la naturaleza, abrevía á veces su existencia. ¡Todo en vano! El suplicio continúa, el dolor no cesa. En el valle como en la montaña, en el seno de los mares como en el fondo del desierto, en las regiones abrasadas por el sol como en aquellas que la nieve cubre eternamente, en las comarcas fértiles como en los áridos peñascales, en las ciudades como en las chozas de los pastores, la pena cae con pesadumbre mortal sobre la Humanidad.

Nueva Danaide, quiere el destino que llene con su carne palpitante la oquedad desmedida, la sima enorme que abrió el Mal; y cuando parece que el abismo rebosa, que el castigo está á punto de cesar, una fuerza desconocida vuelve á hacer el vacío, y la perdurable labor continúa.

Los pueblos pastores terminaron su peregrinación á través de montes y colinas; surgieron las aldeas; tuvo cada hombre una choza que le cobijara, útiles que hicieran menos pesado su trabajo, campos que cultivar, bosques que roturar. Pudo creer la Humanidad que la vida sedentaria acabaría con el castigo que la había perseguido desde su aparición sobre la tierra. ¡Desengaño profundo!

Los hombres de una aldea se batieron contra los de la aldea vecina, codiciosos de sus tierras, que el deseo creía mejores que las propias. Para dirigirles en esas contiendas, eligieron jefes. La tiranía del fuerte sobre el débil, había nacido. Los jefes que durante la guerra habían mandado, continuaron mandando durante la paz. Los prisioneros hechos al enemigo, fueron utilizados por los vencedores, para cultivar sus campos. La explotación del hombre por el hombre había principiado. La esclavitud reinaba sobre la tierra. El castigo, en vez de terminar, arreciaba.

Las aldeas se convirtieron en villas, éstas en ciudades. Los esclavos engendraron hijos, y los hijos de los esclavos fueron esclavos á su vez. La Humanidad quedaba dividida en dos castas: la de los hombres libres y la de los esclavos. Aparecieron las primeras religiones. Se inventaron para consuelo de los hombres, y fueron su azote; quisieron dignificarlos, y les cubrieron de oprobio; para calmar la pretendida cólera de ridículos ídolos, se inmolaron millones de víctimas. El castigo era cada vez más tremendo. ¡La sima no se nivelaba!

Las ciudades se han convertido en naciones; los jefes en reyes. Un puñado de tiranos, y millones de esclavos: esto es la Humanidad en Asia. El arte aparece, como antes la religión. Tampoco sirve para redimir á los hombres. La realización de sus creaciones cuesta la vida á miriadas de esclavos. Cada palacio de Babilonia, de Ecbatana, de Nínive, cada templo elevado á un dios, cada torre levantada para la defensa de un rey, significa el sacrificio de muchas vidas. Los hombres han perdido su voluntad con su libertad. El amo manda y ellos obedecen; empuña un arma y ellos presentan el pecho al hierro; máquinas inanimadas, cuando alguno de sus hermanos se rebela, lo inmolan á un gesto del tirano.

Surgen Egipto y Grecia. La ciencia empieza á brillar, bajo aquellos cielos siempre serenos. ¡La poderosa fuerza quizá acabe con el eterno suplicio! No. Los sabios proclaman el reinado de nuevos dioses; pero proclaman tambien la necesidad de la esclavitud, las ventajas de una guerra victoriosa. Isis y Júpiter confirman la inicua sentencia.

A orillas del Tiber, se alza Roma. Las fronteras del mundo se ensanchan ante sus legiones, ante el vuelo de sus águilas. La ciencia del derecho aparece. Pero ese derecho no es igual para todos los hombres. La esclavitud es cada vez más horrible. Una familia patricia es más poderosa que un monarca constitucional. La riqueza engendra la corrupción. La corrupción trae de la mano la ruina.

En un rincón del Asia, suena una voz poderosa que predica el reinado de la paz. Esa voz dice que todos los hombres son hermanos. Quiere que el caído se levante y se humille el soberbio. Anhela que el rico abandone su palacio y el esclavo sus cadenas. Dispone que cesen las guerras y que el trabajo se reparta entre todos los hombres por igual. No matarás; no robarás; no harás á otro lo que no quieras para ti. ¡Gloria al Dios verdadero! ¡La religión del Crucificado acabará con el Mal! ¡La hora de la redención ha sonado!

Esa religión nace bañada en sangre. Los mártires caen por millones, bajo el hierro de los verdugos, mueren entre las garras de los felinos, perecen en las catacumbas, blanquean con sus huesos los caminos. Pero Roma se transforma. La ciudad de los emperadores es la ciudad de los papas. ¿Se ha redimido la Humanidad?

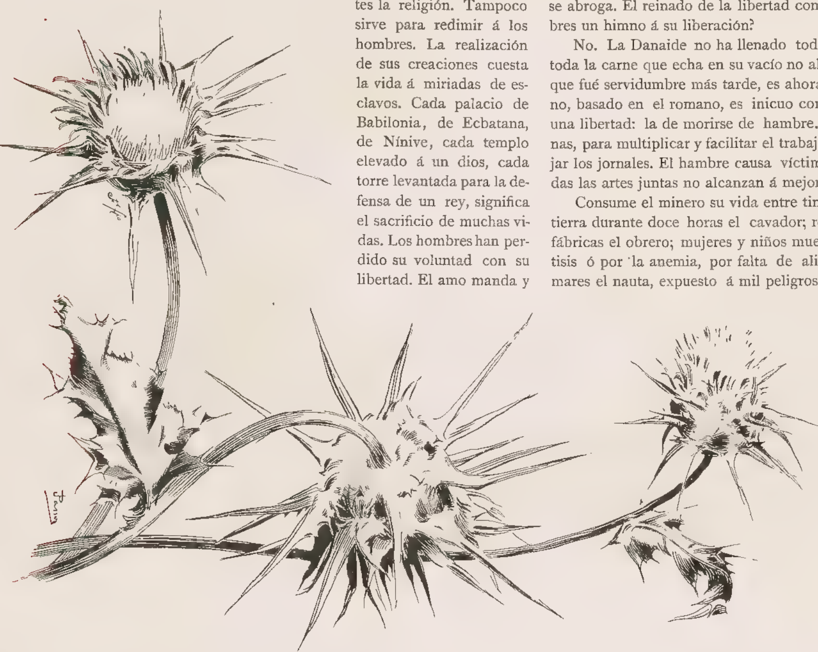
No. Los cristianos entablan fratricidas luchas contra los islamitas. Las dos religiones rivales chocan con espantable ímpetu, y ese choque hace correr ríos de sangre. En pos de la barbarie de la Edad Media, el resplandor del Renacimiento. Como el fuego que oculto durante mucho tiempo estalla al cabo, iluminando con sus rayos cuanto le rodea, así la humana inteligencia fulgura de nuevo. El arte y la ciencia progresan; parece que lleguen á la más alta cima que les sea dable alcanzar. Creeríase sentir un aura de libertad vivificando la tierra. Agoniza la nobleza; pero se crece el poder de los reyes. Al capricho y á la voluntad de varios hombres, se substituyen el de uno solo. Esos amos de las naciones sueñan todos con el imperio universal, como Alejandro, después de Icos; y para conseguirlo, ensangrientan el suelo de Europa. La esclavitud continúa.

La clase media proclama los derechos del hombre. La servidumbre se abroga. El reinado de la libertad comienza; ¿han de entonar los hombres un himno á su liberación?

No. La Danaide no ha llenado todavía su tonel. Toda la sangre y toda la carne que echa en su vacío no alcanzan á colmarlo. La esclavitud, que fué servidumbre más tarde, es ahora proletariado. El derecho moderno, basado en el romano, es inicuo como aquél. El esclavo tiene ahora una libertad: la de morirse de hambre. La ciencia ha ideado las máquinas, para multiplicar y facilitar el trabajo. Lo que ha conseguido es rebajar los jornales. El hambre causa víctimas como en la Edad Media. Todas las artes juntas no alcanzan á mejorar la condición humana.

Consume el minero su vida entre tinieblas que la abrevian; trabaja la tierra durante doce horas el cavador; respira la atmósfera insana de las fábricas el obrero; mujeres y niños mueren á millares, consumidos por la tisis ó por la anemia, por falta de alimentación reparadora; surca los mares el nauta, expuesto á mil peligros; los que se llaman obreros de la inteligencia, agotan las fuerzas de sus cerebros en una labor ingrata; hay hospitales y hospicios, cárceles y lupanares; los esclavos de hoy son los amos de mañana, y los que ayer eran libres, hoy gimen cautivos. La gran Danaide, la triste, pobre y desconsolada Humanidad, trata en vano de llenar la sima profunda, profunda como su miseria, grande como su desventura. El castigo persiste implacable, y la Danaide sólo vive para cumplirlo.

R. MARTINEZ DE LATORRE





BEBÉ

CARTA DE GUSTAVO AL AUTOR.

QUERIDO Luis: hace mucho tiempo que no te escribo... Tú creerás que te tengo olvidado; mas no es así... Los buenos, los verdaderos amigos, se escriben poco y nunca se olvidan. Tú, que tan aficionado eres á buscar la razón de las cosas, tal vez sepas en qué consiste esto.

Tarde te escribo y... ya ves, tarde y triste... El luto del sobre, ya debe haberte hecho suponer la sensible pérdida que lloro... ¡Mi pobre Fausta, falleció en mis brazos hace un mes!... ¿Recuerdas cuánto la quería? Pues fácil te será comprender mi dolor... Tú, que entonces te burlabas de nosotros cariñosamente, llamándonos el matrimonio de almíbar; tú, que tanto me hiciste reir con tu hiperbólico escepticismo, desesperación de mi pobre Fausta; tú, que tanto nos querías, estoy seguro de que llorarás, al saber que ha muerto aquel ángel inocente, que una tarde de estío, lloró porque tú aseguraste que el amor es el sexto sentido de la bestia humana. « —¡Dichosos los que lloran ante la verdad! » — dijiste tú, sonriendo. Y agregaste: «— Eso prueba que aun conservan ilusiones en el alma y puros los sentidos... incluso el del amor... » Tal vez me equivoqué en mis observaciones; pero, creí notar en tus ojos y en la expresión de tu semblante, algo que, si no era envidia, debía de parecerse mucho á ese sentimiento, en ocasiones ruín y perverso y á veces revelación del dolor... ¿No envidian al dichoso los que sufren? Pues esa envidia no es un sentimiento bajo, mientras no llegue á los límites del odio; es un lamento justo, digno de compasión.

Como puedes ver por lo inconscientemente que me dejo arrastrar por los recuerdos, ya voy teniendo alguna afinidad contigo, que vives de los tuyos, entregado al eterno análisis del por qué de muchas cosas que no tienen remedio ni será fácil que lo tengan jamás... Y es que el dolor, en cuanto nos pilla solos, se torna más y más cruel. ¡Desgraciadamente, no tengo aquí nadie que le estorbe en su obra!... ¡Cómo ha de ser! A él me entrego con el recuerdo de mi Fausta, hasta que algún buen amigo, más desocupado que tú, venga á alejarle con su presencia y sus consuelos... Mas, dejando aparte ya mi sentimiento, del que seguramente participas, voy á exponerte el segundo fin con que te escribo esta carta.

Haré un poco de historia, ocupación muy propia en quien no tiene cosas más útiles que hacer.

Como tú sabes, Fausta estuvo á toda pensión en el colegio de Ntra. Sra. de Loreto, hasta pocos días antes de casarse conmigo... Pues bien, en mis visitas al colegio, conocí á una compañera de Fausta, que desde el primer instante, llamó mi atención por su excepcional hermosura, atención ó admiración que, notadas por la que tanto me quiso, fueron causa de uno de esos espeluznantes dramas sin forma ni color, que se originan en la mente, se desarrollan en el corazón y se desenlazan en los ojos con cristalinas y ardientes lágrimas.

Aunque sólo dos ó tres veces volví á ver aquella belleza sobrenatural, aun ahora, al evocar su recuerdo, me parece estar contemplándola con su traje de colegiala y su aturdimiento de revoltoso pajarillo... ¡Pobre niña!... Hoy que, casualmente, conozco su historia, recuerdo con pena su

hermosura de virgen triste, digna del lamento de uno de esos seres sobrehumanos, que lloran una eternidad las desventuras ideales de cualquier criatura espiritual y misteriosa.

Cómo he conocido la historia de Carlota, que así se llamaba aquella encarnación de la belleza, te lo diré luego... Ante todo, voy á describírtela lo mejor que sepa; y ten por seguro que mis frases, por encomiásticas ó hiperbólicas que lleguen á parecerte, serán, de fijo, pálidas y pobres, con relación á la hermosura de aquella infeliz.

Carlota, era la miniatura de una Venus... más ideal que la de Milo. En su cuerpo, la carne casi era un pretexto para formar un sér, pues el alma, parecía desprenderse de él y envolverlo, rodeándolo de una aureola vaga y como esplendente... La luz de sus ojos azules, su virginal sonrisa, aquellos cabellitos dorados que orlaban su rostro en caprichoso torbellino, y aquellas facciones finísimas, casi sin línea que las determinara, y lo esbelto y vagoroso de su figurita, cuyo contorno parecía esfumarse en un ambiente de átomos de luz, hacían, querido Luis, de Carlota, más que una criatura terrena, el engendro de la poética fantasía de un soñador enamorado de lo ideal... Sin embargo, el fondo de aquella pobre criatura, era tan humano como podrás apreciar por algunas cartas suyas, que adjuntas te remito.

Muerta mi adorada Fausta, recogí de sus muebles cuantos recuerdos de nuestro amor contenían, y entre los recuerdos, hallé las cartas de Carlota, por las cuales he conocido su historia.

Ahora bien ¿para qué te las remito? Puedes suponerlo... Al leerlas, creí que podrían servirte para escribir un libro tan conmovedor como interesante. También podría tener su poquito de trascendentalismo; pero como en este terreno habrías de atacar sentimientos, convertidos ya en instituciones del alma, te aconsejo que tuerzas por otros derroteros.

Si te decides á hacer un libro de las cartas de Carlota, dímelo cuando me contestes... Que sea pronto, eh? ¡Sólo como estoy con los recuerdos de mi pasada dicha, tus cartas serán un consuelo para mí!...

Adiós, Luis; te abraza cariñosamente, tu amigo del alma,

Gustavo.

Córdoba, 4, Febrero, 98.

A la sincera pena que me causó la noticia de la muerte de Fausta, modelo de esposas amantes, sobrepúsose al punto la curiosidad que despertó en mí, cuanto Gustavo me decía de la espiritual Carlota. Nada tuvo, pues, de extraño, que me apresurase á deshacer el paquete y á leer las cartas que contenía, escritas unas en elegante y satinado papel, otras en plieguecillos bastos, sucios... Aquellas cartas me hicieron sentir y, sobre todo, pensar. A no haberme preocupado con la causa de los infortunios de Carlota, los hubiera llorado, como es muy posible que los lloréis vosotros, mis lectores, al conocerlos por ella misma, pues, como escribí á Gustavo «no seré yo quien pretenda describir las amarguras de sus tormentos... Jamás el artista podría ser tan sincero en la expresión, como lo fué ella al confiar á Fausta sus penas. El libro de su existencia lo escribió Carlota misma... El arte sería menos sincero que el dolor, porque el dolor es muchas veces el artista más sublime y fecundo.» Esto escribí á Gustavo. Firme en mi idea, ahí van, á continuación, las cartas de Carlota. Vosotros, al leerlas, lectores amigos, ved, si, como Gustavo, encontráis algo trascendental en ellas, algo que, como mi amigo decía, pueda ser un justo ataque á sentimientos convertidos en instituciones de las almas. Si de las cartas de Carlota, se desprende tal ataque, sufridlo, porque es la voz del infortunio, la voz de vuestra víctima, y toda víctima tiene derecho á quejarse... Si nada descubrís en su odisea, si no os hace pensar á la vez que sentir, será... que nos equivocamos Gustavo y yo.

Carta primera.

Querida Fausta: No te puedes imaginar la alegría que me ha causado tu carta... Al anunciarte mi boda, pensé que tal vez no llegaría á tus manos mi esquelita, por haber cambiado tú de residencia. Sigues en el mismo punto, gozando con Gustavo de tu felicidad, bajo ese cielo que los poetas nos describen siempre azul y siempre alegre, y en verdad que mucho lo celebro, querida, puesto que ha sido causa de que reanudemos nuestra buena amistad... Siempre te quise mucho, bien lo sabes, y si ahora estuviese junto á ti, tu *Bebé*, como en el colegio me llamabais todas por mi figurilla de muñeca rubia y pálida, te demostraría que en mi corazón, no mueren los sentimientos cuando están arraigados tan hondo como el cariño que te profeso... Pues sí, amada Fausta; me he casado y soy feliz, tan feliz como tú dices serlo, tan feliz como las dos soñábamos que lo seríamos... ¿Te acuerdas, Fausta, de nuestros sueños?... ¡Cómo me río ahora al recordarlos! De fijo que tú también te ríes... « — Me casaré con Gustavo, — decías tú. — Es moreno, de patillas negras, ojos negros y corazón muy grande, todo para mí.» Tú siempre habías soñado á tu galán con patillas y banquero. Ni tú ni yo, concebíamos á un banquero sin patillas ni á un militar sin buena estatura, valiente y con bigote rubio... Esta era mi obsesión, mi ideal: un uniforme muy vistoso y con muchos entorchados en el pecho, una espada invencible y un bigote rubio y sedoso á la borgoñona... ¡Qué risa! Si aquellas regañonas madres del colegio, hubiesen sorprendido nuestros ensueños con ayuda del pájaro verde parlanchín, terror de las pequeñuelas, de fijo que se hubiesen horrorizado y nos hubieran despedido... Pero como ellas nada sabían, nosotras paseábamos por el jardín, comunicándonos nuestros íntimos pensamientos, y unas veces eras tú y otras veces era yo, la que, haciendo de galán, ofrecía el brazo, para luego trocar los papeles, diciendo: « —Bien; ahora seré yo la mujercita... » Y me colgaba de tu brazo, diciendo bajito y con el soñador arrobo que pensaba dedicar al sér amado: « — ¿Me querrás siempre, nene mío? ¿Querrás mucho á tu mujercita?... » Chica, me ahogo de risa al acordarme de esto... ¡Qué tontas, Jesús! ¡qué tontas!... Apenas si hay diferencia de aquello á esto... La misma que debe de haber entre el cielo de las estampitas que nos daban las monjas y el cielo que el firmamento nos oculta.

Mi ideal se ha realizado... Tengo maridito, que, si bien no lleva uniforme, gasta toga que le cae divinamente... Es abogado, y hay que oir la elocuencia con que pide la absolución para su defendido, aunque éste haya dado muerte á su madre, ser el más santo de todos. Si creyeran á mi Pepe, este mundo sería un presidio suelto. ¡Claro! pues si es tan bueno... y tan guapo... ¡y me quiere de un modo...! Es rubio y lleva toda la barba, barba que yo le peino todos los días cinco ó seis veces. En fin, si algún día vienes á Madrid, ya te convencerás de que he tenido buen gusto.

Antes de seguir dándote detalles de mi nuevo estado, debo manifestarte que mi tía, á quien conociste en el colegio cuando iba á verme, murió hace un mes. Esto me causó gran sentimiento, pues, como sabes, la hermana de mamá era el único sér que me quedaba en el mundo... Pero, eso sí, se murió oportunamente, porque de la herencia de mis padres ya no quedaba un céntimo... Mi esposo, quería llevar á los tribunales á la difunta, por malversar bienes de menor, pero... contentóse con hacerle entierro de última clase.

Volviendo á mi nuevo estado, te diré que vivimos juntos, Pepe, su mamá y yo... Nuestra casa es encantadora: un segundo piso de la calle de Alcalá. Vamos alguna vez á los teatros, y en cuanto Pepe se acredite, que con el talentazo que tiene, será pronto, nos abonaremos al Real, sin que lo sepa la madre de mi Pepe... ¡Oh! Ella es muy ahorrativa y dice que se debe guardar para la vejez... Tiene razón, indudablemente; pero, está la vejez tan lejana todavía, que ahora bien podemos ir al Real.

En medio de mi ventura, no quiero ocultártelo, tengo mis ratitos de malhumor... ¡Ay, Fausta! témome que te vas á reir de esta loc ela; pero quiero decírtelo todo para probarte que aun soy para ti, el mismo *Bebé* del colegio, aquél que nada te ocultaba, y que algunas veces se declaró culpable de tus travesuras. La causa de mi malhumor, no es otra que el mucho cariño que mi madre política profesa á mi Pepe, vamos, á su hijo... Hay que ver cómo se sienta en sus rodillas y le besuquea el rostro y le dice ternezas como «*bien de mi vida*», «*alma mía*» y todas esas frases, en fin, que yo pensé eran de exclusivo uso de las mujercitas enamoradas... Tú, afortunadamente, no habrás sufrido este tormento... Gustavo no tiene madre, lo que tal vez sea una desgracia para él; pero, créeme, es una suerte para ti... Vamos ¿qué le dices á tu esposo, si su madre ya le dedica las mismas frases que tú tenías guardadas para él, tiempo y tiempo, en el fondo de tu corazón? ¿Está bien que una señora anciana diga esas cosas?... ¡Ay, Fausta! Tú, que tienes más años que yo y llevas algunos de casada, dime algo que me convenza de que no es una usurpación lo que la madre de Pepe hace conmigo.

Faltan pocas líneas para terminar este segundo pliego de mi carta... No dirás que soy perezosa ni que olvido á la que siempre lloraba cuando las monjas me imponían algún castigo... Te quise, te quiero y te querré siempre.

Saluda á tu esposo en nombre mío y de mi familia, y tú recibe un beso y un abrazo, locos como aquéllos de tu constante

Madrid, 14 Enero, 90. *Bebé.*

Tu casa: Alcalá, n.°... segundo, derecha.

Carta segunda.

Inolvidable Fausta: ¡Por fin, tras dos meses de esperar y cuando ya creí que nunca contestarías, llega á mis manos tu cariñosa respuesta!... Y á fe que la recibo en los mejores momentos... ¡Ay sí! en esos momentos en que comenzamos á dudar de la razón, y que, según Román, un íntimo amigo de mi esposo, que con frecuencia viene á vernos, son las sendas diversas por donde la humanidad camina hacia la locura... Sí, sí, Fausta; yo creo que voy á volverme loca... Mi nido de amores, el santuario de mi corazón, se derrumban, se desmoronan apenas construídos, y en mi alma domina ya el terror, enemigo del raciocinio. « — No seas tonta, — me dices en tu carta; — las madres siempre son madres y tienen sagrados derechos sobre sus hijos, derechos que nosotras, las mujercitas enamoradas, debemos respetar... Lo que tú tienes son celos, Carlota... No te enfade mi franca acusación... Tu mamá política, no ha de robarte el cariño de tu esposo, con sus expansiones maternales... » ¡Qué equivocada estás, mi buena Fausta! Me priva de su cariño y, poco á poco, acabará por robármelo todo.

No creas que por acoger tus palabras incrédulamente, dejo de agradecértelas; ellas me prueban la constancia de aquel cariño que me tenías en el colegio... ¡El colegio!... ¡Qué hermosos tiempos, Fausta!... Todo eran risas alegres, inquietud de avecilla, ilusiones y ensueños gratos... ¡Todo pasó!... Hoy he de pensar cómo y cuándo me río, para no ser inoportuna; hoy he de ver cómo me muevo y lo que hago, porque hay quien fiscaliza mis actos con rigurosidad más austera que la de aquellas bonachonas madres... ¡Oh, Dios mío! ¿Qué se han hecho mis alas? Yo, que al volar á los brazos de mi Pepe, con el corazón rebosando alegría y cariño; yo, que al entrar en este gabinete, prisionera en los brazos de mi esposo, me abrasaba roja de emoción y sintiendo ese afán y pudoroso miedo, de la que se halla al borde de lo soñado y nunca conocido, experimento hoy una tristeza infinita, unas ansias de llorar que me ahogan, y un frío horrible que recorre mi sér con tal violencia, que parece me azotan con un látigo de hielo... Y en cambio, la cabeza me arde y en las sienes siento un golpear horrible que me enloquece... Hay momentos, ahora mismo, en que ebria de dolor, al creerme sola, sin cariño alguno, viendo tan sólo el rostro severo de mi madre política y el gesto violento de mi Pepe, me entran ansias de gritar: « — ¡Mis alas, dadme mis alas, para volar á mi colegio y soñar allí que soy el adorado *Bebé* de mis compañeras.

(Continuará.) Luis de Val

MARIANITO

CUENTA, cuenta como fué.

—Pues bien; escuchad.

«Ya sabéis que tan luego me cosieron en las mangas las estrellas de teniente, me destinaron al Batallón Expedicionario n.° 2. ¡Qué soldados los de mi compañía! Casi todos eran manchegos, de los de guitarra en bandolera, y más aficionados á las nacionales navajas de triples muelles, que al extranjero cuchillo del Mausser. ¡Ea!, dimos el último estrujón al alma, al oir la última nota de la marcha de Cádiz, y... cataplán, cataplán, salió el largo tren de agujas, tomó una curva, y adiós Madrid.

Llegamos á Barcelona, embarcamos, y entre seguidillas y vascas, pesadumbres y jolgorio, recuerdos y realidades, anécdotas y consejas, anclamos en la bahía de Manila.

A la banda de estribor flameaba al viento en el fuerte de Cavite la alegre bandera roja y gualda, y no lejos empezaban las trincheras enemigas. Frente á ellas nos encontramos bien pronto, y que allí se batió el cobre, magistralmente ya os lo contó el capitán Fortunato, que por más que es coronel..., para Madrid entero y para nosotros, siempre será el capitán Fortunato.

Levantando y cayendo, y unas veces curándome heridas, y otras haciéndolas, vine á dar en una barrancada de los «Doce Apóstoles» que con sus graníticos peñascales resguardan la entrada de Silang. ¿Cuánto tiempo permanecí allí? No lo sé. Sólo recuerdo que recibí un golpe en el pecho, perdiendo el conocimiento.

Al volver de mi letargo, — y aquí empieza mi historia — me encontré sobre el *sahig* entrelazado de cañas de modesto *bahay* indio. Varios soldados tagalos me rodeaban. De entre ellos se adelantó uno que debía ser de alta graduación, y mostrándome la placa que yo llevaba al pecho cuando caí, y la cartera que guardaba en la guayabera, me dijo, en tono breve: — Esta placa que entre vosotros es signo de valor y de honor inmaculado, te ha salvado la vida. Mira la abolladura que detuvo nuestra bala. Esta cartera, — añadió, — podrá salvarte segunda vez. Aquí hay un retrato que para mí y los míos es sagrado, ¿Cómo te llamas?

—Diego Miranda,— respondí; más con curiosidad que con temor.

—¿Tu padre fué el alcalde mayor don Lope Miranda? — En efecto, tal cargo ejerció aquí en mejores tiempos; Lope es su nombre, Miranda su apellido, y ese que en la mano tienes su retrato.

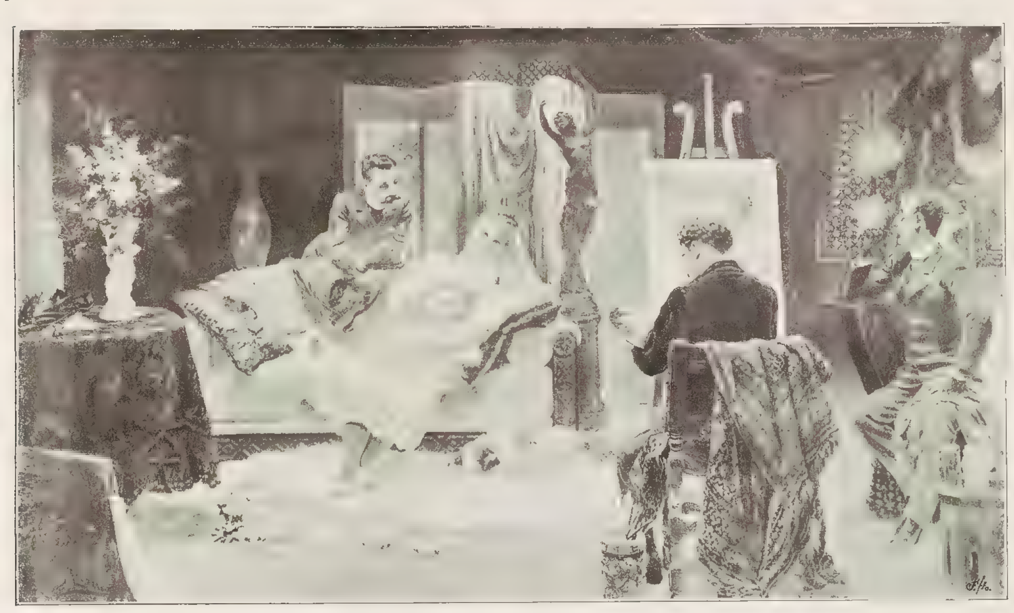
—Salir todos, — dijo en tagalo á su gente.

Quedamos solos.

—Escucha, castila, una evocación y una historia: Sangre vertida por los tuyos, amasó en la de mi madre odio y venganza. De esa sangre mamé yo, y sin embargo, para mí, tu vida es sagrada.

Se pasó la mano por la frente aquel hermoso ejemplar de la raza india, y cual si penosamente recogiera sus recuerdos, continuó su misteriosa narración.

—Pronto hará dieciocho años. Era el 24 de Julio de 1881, ¡bien me acuerdo! A las once de la mañana levó anclas con rumbo á España el



ESCENAS DE TALLER. — Cuadro de JOSÉ LLOVERA.

hermoso vapor *Cádiz*. En aquel barco, entre otros pasajeros, iba tu padre, el mío y yo, que era entonces un niño. Tenía ocho años. Los fuertes calores de aquella época y la bravía monzón del Noroeste, agravaron la enfermedad de mi padre. Antes de llegar al «Estrecho de las Lágrimas», sintiendo el enfermo que se aproximaba su última hora, llamó á don Lope, y á mi presencia le dijo estas solemnes palabras. — Usted es bueno: los indios le llaman *amama*. Voy á morir. Sea usted padre de mi pobre Marianito, — aquel Marianito era yo. Mi padre murió, y el tuyo lo substituyó en cariño, cuidados y amor.

El tagalo llora pocas veces; su moral, para quien mal los conoce, dicen que es indefinida. Lloran poco, pero lloran, y aquel hombre lo hizo ante mí, que fuertemente emocionado seguía sus palabras, evocadas al conjuro de aquella luctuosa noche del «Mar Indico».

—Tu padre y yo le velamos toda la noche. Al alborear, un largo silbido, dado desde el puente, anunció la fúnebre *maniobra* de la inhumación. A una segunda orden, cuatro marineros sacaron el cadáver, envuelto en embreada lona, tendiéndolo en una tabla que pusieron horizontal sobre la borda de babor, con la que formaba cruz.—¡Listos!—gritó el oficial de cuarto. — ¡Listos! — se repetió en el puente, y aunando movimientos con la regularidad matemática de á bordo, cesó de girar la hélice. La tabla fué buscando lentamente la vertical, y el cuerpo, resbalando, cayó en el inmenso Océano. Una línea abierta y cerrada inmediatamente en el abismo, terminó aquella fúnebre escena. La hélice volvió á girar, y el primer rayo del sol naciente alumbrando lejanos contornos de africanas y arábigas tierras, fué el epílogo de aquel drama, en que no hubo más oraciones que las de tu padre. El mío no era católico, y yo no sabía rezar.

Agobiado por tan dolorosa narración, quedó largo rato en silencio el jefe tagalo. Hablar yo, hubiera sido profanar aquel dolor.

—Bien ves, — me dijo al fin, — que para mí eres sagrado, pues eres mi hermano. Sea cualquiera el término de esta lucha, cuando vuelvas á tu querida España, dile á don Lope que mi deuda fué pagada. Esta noche serás conducido por gente mía á la más vecina playa; embárcate allí y reúnete á los tuyos. Nada te exijo, valiente eres, y á Dios le pido que jamás volvamos á encontrarnos en guerra.—Y esto diciendo, extendió un salvo conducto, dió algunas órdenes en tagalo, y después de estrechar mis manos, se alejó no habiéndole vuelto á ver.

Llegué á Manila salvo, más no sano. Esto me obligó á embarcar, proporcionándome el poderos contar este episodio de mi vida. »

Poco ha tenido que poner de su parte el autor de las anteriores líneas. No ha hecho más que darles forma. Son verídicas, en su mayor parte. En la camareta de bitácora del *Cádiz* se guardará el *rol* correspondiente al viaje que rindió aquel vapor en Barcelona el 1.° de Septiembre de 1881.

En aquel cuaderno, y en la página que corresponde al 15 de Agosto, está registrada la partida de defunción del padre de Marianito, se dan detalles de la entrega de éste al don Lope, y situación del lugar de la sepultura. De la observación que se hizo, se encuentra en el punto que forma la conjunción de las líneas 11°—40' latitud Norte y 57° — 46' longitud Este, del meridiano de San Fernando.

El huérfano del *Cádiz*, hoy es general tagalo. Si cuando lea estos renglones, — que los leerá, — queda en su campo algún prisionero español, que complete la veracidad de esta historia, poniéndolo en libertad.

Así se lo pide por nuestro conducto el bueno de don Lope.

J. ALVAREZ GUERRA

R. VERDUGO LANDI

OBRA DE CARIDAD

F. SANS CASTAÑO



OBRA DE INIQUIDAD



San Miguelín

(CUENTO ORIGINAL)

Ni las manzanas de oro con tintas de grana, como joyas regias, ni las agridulces manzanas, incentivo primero del humano deseo, tentaron jamás á Pedrín, aunque las viera saliéndose en sus ramas y entre hojas, por las paredes del huerto ajeno; ni los arracimados y brillantes frutos del cerezo y del guindo, ni las acuosas sandías..., ni, en fin, las dulces embriagadoras uvas, con las cuales, como por mil manos, le brindaban los viñedos, inspiraron la idea de la rapiña al muchacho.

El séptimo mandamiento, no sólo estaba escrito para él en el catecismo, como ley de Dios..., sino que teníalo en las entrañas; la honradez habíala heredado por naturaleza.

Sus robos furtivos, no eran robos... Entraba á la parte con los gorriones y los verderones, en los zarzamorales del campo y contorno de las fuentes..; pero estos ásperos y espinosos arbustos, corresponden á los bienes comunes, á los bienes no rotulados ni apropiados de las umbrías selvas ó de las vastas soledades del campo.

Jamás deseó Pedrín cosa ajena.

Tan sólo, y ello ha de decirse por cuanto importa á la historia, admiraba con verdadero asombro el muchacho, en la dehesa del Conde — y á ella para entregarse á la admiración iba, — sólo admiraba el Palacete de Milflores, como la mayor maravilla del mundo.

¡Oh, qué portento era el Palacete!

Aunque guardados por ajustaje del trabajo escolar, tenía en la memoria los términos geográficos, y en su imaginación pintábase la geometría de esferas, círculos, parábolas y elipses de la descriptiva del mundo...; pero mundo verdad, mundo verdad, no había para el niño aldeano, sino el mundo que pisaban sus pies y entrábale por los ojos en vivos colores, por el oído en murmullo de fuentes, gorjeo de pájaros, campanillas y balidos de ganado, y por el olfato, en ambiente purísimo y en aire embalsamado, disperfume de las hierbas aromáticas.

Decir queremos que el mundo de términos, líneas, signos y medidas... era un símbolo, una pelota rayada y pintada de colorines... Más allá de la sierra que, en contorno casi circular, rodeaba el valle castellano en que se hallaba su aldea... no creía en más mundo, sino en vagas é hipotéticas regiones, casi cuentos de vieja.

Montes había mejores que Silla - Gineta, ríos más caudalosos y bellos que Arro-alto, ermitas ¿qué decir ermitas? templos más hermosos que el del Cubillo y aun que la iglesia del lugar; fuentes más ricas que la de Quiebra-cántaros...; pero palacios más hermosos que el Palacete de Milflores, en la dehesa del Conde de Milflores, no podía ser. ¡Contra, que no podía ser!

Imagínese el lector cual no sería la emoción de Pedrín, cuando una mañana, al llegar á la altura del Palacete, descubrió que éste— en el cual siempre ventanas, balcones y puertas se hallaban cerrados, — tenía abierta una ventana del piso bajo...

Allí nadie habitaba. Los guardas de la finca vivían tras de la corralada del Palacete; de abuelos á nietos, sabíase en el pueblo, que sólo muy de tarde en tarde iban al Palacete los señores, y así una vez al mes hacíase en este prodigioso caserón la limpieza.

¡Cuánto se hablaba de las bellezas, que dentro del Palacete existían! ¡Quién las viera!

Pedrín fijóse en aquella abertura, y primero se puso de puntillas en los pies para mirar, luego entróle la tentación de encaramarse al balconcete de la ventana, y al fin, la irresistible idea de entrar... de entrar... en lo maravilloso.

Y lo hizo.

Valerosísimo curioso, investigador atrevido, — poeta lleno de los invensibles impulsos hacia lo bello, lo grande, lo extraordinario, — entró.

No habrá que decir cual fué su asombro al ver las magníficas arañas de los techos, doradas y llenas de prismáticas lágrimas; ante los cuadros admirables y riquísimos muebles, mullidas alfombras, relojes de pajarillos de movimiento, pues con tocar un botoncillo, revolaron y piaron cual vivos; y por último, qué sorpresa la suya al entrar en un salón y ver en él una multitud de muchachos repartidos por todas partes,—bien que mayor sorpresa le causó comprender que no eran sino reproducciones de su propia imagen, por los magníficos espejos. — Pero en aquel paraíso ofreciósole un árbol de bien y de mal... una magnífica mesa, en la cual había innumerable reunión de figuras lindísimas de marfil, de plata, de porcelana, esculturas preciosas... y entre ellas un San Miguel... deslumbrador.

Casco de plata, de plata la espada; carita hermosa de ángel valiente hecha de marfil; qué alas, qué coraza, qué actitud, qué bonito santo... y qué grotesco y horrendo el vencido diablo que tenía á sus pies. — En el escudo del ángel se leía el *¡Quid sicut Deus!*

Toda la vida se estaría uno mirando aquella imagen... ¿Por qué no llevarla, para que madre la viese, y aun para contemplarla él, Pedrín, el embelesado Pedrín. Como ocurrió, difícil es decirlo. Entróle un temblor al niño, alargó la mano, se apoderó de la figura, buscó la salida fácil y pronta... y luego huyó, bajando apresuradamente por la misma ventana y á todo correr, hasta la aldea.

Una vez que se vió en su casa, en el pajarcete... detúvose á mirar su San Miguelín... ¡Qué bello, qué lindo!... pero entonces el terror más fiero apoderóse de su corazón; pues comprendió que era una insensatez intentar enseñárselo á madre. — ¿Qué le diría ésta?

¡Dios mío, Dios mío! ¿qué había él hecho? ¿Robar? No, porque lo volvería á poner en el mismo sitio en que lo había hallado; pero ¿cómo?

¡Ah, qué espanto!... Ya no había remedio, era necesario ocultar aquello... hasta que ocasión oportuna se ofreciese para restituirlo á su mesa del palacio. — Esperaría.

La fatalidad obra con rudeza... Los dueños del Palacete, los condes que jamás iban por allí, fueron á los pocos días, y bien pronto se supo en la aldea que del Palacete faltaba el San Miguelín, de inestimable valor.

¿Qué haría Pedrito? ¿Qué haría? ¡Horrible fué su penar! Perdió alegría y colores, fuerza y brío, palabra y hasta las ganas de comer y el sueño. ¡Horrible desgracia!

Pronto fué notado el cambio que el niño venía sufriendo, su madre estaba aterrada y sin consuelo. — ¿Qué tiene el muchacho que demedra y se pone amarillo y los ojos se le apagan? ¿Enfermó? ¿De qué mal? Dios nos asista, acuda y ampare, y vengan ahora los males y el chico se nos desgracie, — decía el pobre bracero, padre de Pedrín.

Enflaquecía el niño, no tenía alientos para el habla, acurrucado, tristón, solitario, se arrinconaba, y no hallaban modo de animarle y alegrarle. El señor médico estaba confuso. — «No sé qué mal tenga, como no sea mal de nervios, que es mal que por acá no conocíamos».

¡Pobre y estrecho pechito para contener un demonio como el del remordimiento, soportar un fuego como el de la engañosa verguenza y resistir el devorador gusano de un secreto pesar! ¿Qué haría? ¿Confesar su falta?

— Padre toma un berrinche y se le pone roja la cara, colorados los ojos y de calentura fulminante... se muere... si es que antes no me mata. Pensaba el muchacho.—Malo no sería que me matase, si él no muriera ó si luego viviendo no le quedase una pena gorda... la de que la gente pudiera decirle... tuvo hijo ladrón.

¿Qué hacer? ¿Destruir el objeto robado? ¿Cómo? Si era un santo y tal vez estuviera bendito. Devolverlo procurando que nadie descubriese al ladronzuelo... esto era difícil y expuesto... Antes morir que verse ante todos culpado.

¡Cuánto hacían padre, madre y la gente para consolar á Pedrín, de la pena que en el veían y no se explicaban!

— ¿Quieres que te llevemos á nuestro señor del Cubillo?

— No, no; — decía el niño - ¡no tengo fuerzas! — añadía - ¡no tengo fuerzas para ir allá!

Ni el cumplimiento de antigua promesa de llevarle á la feria de la ciudad, ni la promesa de mercarle un potro cuando fuesen por el lugar los gitanos, ni el traje nuevo, ni cosa alguna lisonjera curaban el mal de Pedrín.

En cama se hallaba consumiéndose en fervor calenturiento; flaco, flaco que daba espanto mirarlo. ¡Cuántos lloros en su casa, cuántas penas!

¿Qué haría...? Allí bajo la almohada, entre un envoltorio de trapos, guardaba como un avaro la figurita... allí en la cama, sufría Pedrín terrores y sobresaltos de muerte, por miedo de ser descubierto... ¡Cómo, con terrible violencia, le chascaba el pecho su aterrado corazón...!

— ¿Qué quieres mi amor? ¿Qué mi cariño? ¿Qué deseas hijico de mis entrañas?— díjole una tarde madre... más afligida que nunca...—dímelo...

— ¿Qué?— El niño moribundo tuvo una inspiración.— ¿Qué deseaba? pues bien que llamasen al señor cura; él le aliviaría.

Rápidamente fué llamado el señor cura, entró bondadoso y entristecido, encerráronse en el cuarto porque así lo suplicó Pedrín, y allí en la semiobscuridad, una manecita fría y escuálida puso entre las suyas un objeto, y una voz como un suspiro dijo:

—Nadie lo sabrá. ¡Perdón! nadie, nadie lo sabrá sino usted, señor cura, y yo, y Dios... ¡El San Miguelín!



A los pocos días muy de mañana, gran ruido había en la cocina de casa de Pedrín; todos hablaban de la novedad, el objeto perdido en el Palacete, habíanle ya encontrado. Tal noticia era la del día. En esto la voz agónica de Pedrín llamó:

— Padre, madre... bésanme sus mercedes— dijo, y en su frente recibió los besos de sus padres y poniendo sus helados labios en la áspera y honrada mano de su padre, volvióle en último beso, el aliento de vida que de él había recibido, y el alma de aquel ángel voló al cielo... segura de que el secreto quedaba en lo hondo, sagrado é inmenso, de la religión.

José ZAHONERO

MADRID ELEGANTE

Ahora que el Carnaval de 1899 ha pasado ya á la categoría de los recuerdos, no veo inconveniente en que levantemos, para los lectores de esta Revista, algunos antifaces que han ocultado rostros aristocráticos y hermosos. Antes hubiera sido indiscreto revelar los nombres de las damas, y aun de los caballeros que ocuparon en la Batalla de Flores, carrozas engalanadas, tomando activa parte en la fiesta; hoy, si tal indiscrección existe, será más leve, y hallaremos seguramente perdón á nuestra falta, en el afán informativo que guía nuestra pluma.

El primer premio para carrozas, consistente en una magnífica ponchera de cristal de roca y *vermeil*, de tanta elegancia como riqueza, fué adjudicado y ciertamente en justicia á la de los *Chinos* ocupada por más de treinta jóvenes en su mayoría socios del *Nuevo Club*, vestidos con elegantísimos trajes de raso, bordados en sedas y oro; figurando, entre otros, los Duques de Huéscar (primogénito de los de Alba), de Luna (de la Casa de Granada), el Conde del Real, don Carlos y don Manuel Crespi de Valldaura, hermanos del Conde de Orgaz, el Marqués de Santa Cruz, primogénito de la Duquesa de San Carlos, don Luis y don José Gil Delgado, don Valentín Menéndez y don Alberto de Sedano, este último el verdadero organizador de la Mascarada.

El premio se ha rifado recientemente entre los socios, habiendo correspondido á don Alberto de Sedano.

Uno de los premios para coches engalanados fué adjudicado á la señora doña Matilde Acuña de Le Motheux, que ocupaba un *breck*, vestido de rosa y verde, en compañía de su hija, de la Marquesa de San Miguel de Híjar, de las señoritas de Dominé y de Onteiro, del Duque de Montemar y otros amigos.

Llamó también la atención otro coche de *dominós* ocupado por las Condesas de Oliva y de Luna, hijas del Duque Viudo de Béjar, por las hijas de la Condesa de Patilla y por la joven Condesa de San Julián.

⁂

Con el baile de *Cabezas* celebrado el lunes de Carnaval en el palacio de los Marqueses de Monteagudo, han concluído todas las fiestas del invierno, pues aunque algunos salones han continuado abiertos, ha sido solamente para reuniones de intimidad. Así, la Marquesa de Squilache, siguió recibiendo *en confianza* los viernes por la noche, y por aquellos salones han seguido desfilando las eminencias de la política, pues sabido es que la ilustre dama cuenta con gran número de amigos en todos los partidos políticos.

Dicha señora, cuya actividad es verdaderamente prodigiosa, haa nunciaado á sus relaciones que el día primero de Junio dará una fiesta en sus salones á la que los caballeros habrán de asistir con fracs de colores y las damas con tocados de flores ó de insectos; una verdadera apoteosis de la primavera.

Para descansar la Marquesa de Squilache organiza actualmente en Motril, donde se encuentra, una rifa á beneficio de los pobres que cuenta con magníficos premios, concedidos, entre otras personas, por S. A. la Infanta Doña Isabel, las Duquesas de Ahumada, Viuda de Bailén y Mandas, las Marquesas de la Laguna y Coquilla, Marqués de Casa Pavón, Conde de Caudilla y Belasevain, señores Echagüe, Silvela (don Eugenio), Diez Mortein, Fernández de Heredia, Gudal, España, Prida, General Marín, Romaguera, Rojas (don Federico), Nieto (don Emilio), Condesa de Orgaz, Marqués de Santa Genoveva, y señores de Sanmillán, sin faltar por supuesto, uno magnífico de la organizadora de tan notable rifa.

⁂

Muy pocos días ha permanecido en la Corte el Senador del Reino, Marqués de Vistabella, pero en esa breve temporada ha sentado casi diariamente á su mesa á gran número de amigos, quienes han podido admirar las nuevas obras de arte con que se ha enriquecido la ya valiosa colección del hotel de la Castellana. Su esposa é hijas permanecen en París.

⁂

Los Príncipes de Wrede acaban de terminar su instalación en el hotel que fué de la Duquesa de la Torre, habiéndolo hecho con tan refinado gusto y extraordinaria esplendidez que es hoy aquella morada una de las más bellas de la Corte; la mayor parte de los salones están decorados y amueblados conforme al gusto de la época de Luis XVI, siendo todos los muebles auténticos, y, resultando un conjunto tan elegante que recuerda las descripciones hechas por los hermanos Goucourt en los interesantes libros consagrados á las mujeres célebres de Versalles.

La sociedad aristocrática confía en que muy pronto se han de celebrar brillantes fiestas en el hotel de los Príncipes de Wrede.

⁂

Y no va más por hoy; el que esto escribe supone que la pasada época cuaresmal habrá sido bastante penitencia; para sus bellas y amables lectoras; quienes, si prolongara esta crónica, encontrarían tal vez demasiado dura la que mensualmente les impone su cronista.

MONTECRISTO



Mtro. Juan Bautista Estradé. *Fot. J. Martí*

Autor de la pieza de música que acompaña á este número.

PARTE POLÍTICA DEL PROCESO DE CRISTO

I. — La tienda, el arca, el tabernáculo, el querub, el sacrificio, la sangre de los cabritos y de los toros, constituían toda la vieja liturgia israelita, y esta vieja liturgia israelita se contenía y encerraba en el templo levantado siglos atrás, por Salomón, y reconstruído en la edad misma del Evangelio, por Herodes. Las colecciones del Talmud y las historias de Josefo, nos hablan á una, con admiración idéntica, de aquel extraordinario lugar. El historiador, que había viajado mucho, decláralo el más bello sitio esclarecido jamás por los resplandores del día.

II. — Desde lo alto del jardín de las Olivas descubríaselo en su conjunto. Y aquel sitio escogió Jesús para profetizar su ruina. Celebrándolo mucho los discípulos, como solían todos los judíos, Jesús dijo: « No quedará de tanta mole piedra sobre piedra. » Todo lo construído por Herodes cayó, en cumplimiento de la divina palabra, y si quedan algunas cortinas ruinosas donde se hallan empotradas piedras que parecen moles, ante las que todavía lloran los hijos de Israel, estas piedras enormes, cual montañas, pertenecían al viejo templo de Salomón, prometido por David á su pueblo.

III. — En las aras, en los altares aquellos, amenazados por la palabra de Cristo, veía el sacerdote judío, sobrepuestos y consagrados por una tradición oral incesante, no sólo el sacro altar de Salomón y de David, relativamente modernos; aquellos otros en que Abraham quiso inmolar á su hijo Isaac, en que Noé ofreció su primer holocausto al retirarse las aguas del diluvio, en que Abel presentó sus cándidas ofrendas, en que Adán inició tras el pecado su reconciliación religiosa con el mismo Dios que acababa justamente de castigarlo y herirlo.

IV. — El templo representaba para el judío su historia entera, sus héroes y sus mártires, sus patriarcas y sus profetas, el Dios revelado á Moisés en las zarzas del Oreb, y el Mesías prometido por Esdras y por Daniel, en los cautiverios y en los destierros. A todo había ocurrido la previsión de los constructores, despertada por las tradiciones litúrgicas. No se podían contar sus atrios, no se podían abrazar sus columnas; de cedro incrustado y esculpido sus techos, de mármol blanco sus pilares, de piedras multicolores y clarísimas ágatas sus pavimentos, de varias pero regulares figuras sus patios, de bronce sus puertas, de riquezas indecibles sus tesoros; una legión sus sacrificadores, su altar una fortaleza; innumerables las fuentes y más innumerables todavía las víctimas; en lo alto el santuario dorado por dentro y fuera; una parra de oro en los alféizares, un velo babilónico en los enverjados; la mesa de las proposiciones á un extremo, á otro el candelabro de los siete brazos, entre ambos el ara de los inciensos; por doquier los varios sacerdotes con sus túnicas de largas mangas, con sus cinturones bordados, con sus turbantes multicolores, algunos con sus tiaras semi persas, ofreciendo aquí las abluciones, allá los perfumes, más lejos las lecturas, en otro sitio los holocaustos, y en todas partes el rito legado por cien generaciones y trascendente á todos los tiempos.

V. — Así el pueblo creía su templo tan perdurable como su Dios. En vano le contaban las leyendas y tradiciones antiguas, que un día, el construído por Salomón y preparado por David, se derrumbó en aquel mismo sitio. No quería pensarlo; antes bien, aguardaba con viva fe y con segura esperanza el Mesías y el mesianismo. Aquel sacerdocio, nacido con la tierra misma, preservado por Dios de las aguas del diluvio, en su ministerio de conservar la vieja idea tradicional, no debía tener interrupción alguna. Los siglos se mellaban contra las piedras del Templo, mas no se resentía, no, sobre sus cimientos, tan sólidos como la columna sustentadora de la tierra.

VI. — Y, sin embargo, Cristo dijo que se desplomaría todo él, arruinándose y desapareciendo hasta sus fragmentos y sus raíces. No hacía un siglo que Pompeyo lo profanara y no debía transcurrir un siglo, antes de que la profecía del Salvador se cumpliera. Mas para el materialismo judío, amenazar al templo, era tanto como amenazar á Dios. Hoy mismo los israelitas, que han pasado en sus padres por veinte siglos de humillaciones y acerbidades, empapan todos ellos con sus lágrimas, los pedruscos enormes y las ciclópeas moles restantes del espléndido templo de Salomón.

VII. — Así es que los acusadores, concitados contra el Salvador, echábanle tres cosas en cara y le hacían reo de tres capitalísimos crímenes: primero, anunciar la ruina del templo; segundo, presentarse como hijo del Señor y Mesías; tercero, creerse, por descendiente de Salomón y David, rey del pueblo judío. El Sanhedrín se movió, á este movimiento de indignación popular. Los escribas, los fariseos, los ancianos, congregáronse para entender en el caso y condenar al culpado. Hacía de fiscal, toda la población judaica, y hacía de juez, todo el judaico sacerdocio.

VIII. — Las condiciones del Sanhedrín en la edad aquella de Cristo, resultan especialísimas y muy dignas de maduro estudio. Como el Senado en Roma, este cuerpo sacerdotal, jurídico y legislador, tenía muchas facultades en confusión é indeterminaciones increíbles. Acordes con la tradicional política de su eterna ciudad, los romanos dejaban, en una especie de federación gigantesca, gobernarse los pueblos á su guisa, con tal que les reconociesen suprema soberanía eminente y les pagasen el debido tributo. Así el Sanhedrín judío gozaba de sus facultades políticas, de sus facultades religiosas, de todo su poder, incluso el jurídico, en aquello que no se opusiese á la dominación romana y al romano imperio.

IX. — Esta grande asamblea litúrgica podía, pues, perseguir y castigar á los criminales. Mas como en aquellos días, sobreexcitada la vía judaica por la conquista y dominación extranjeras, hubiese á cada paso revueltas no castigadas por el poder oficial, incapacitado completamente de indisponerse con sus correligionarios y compatriotas, el pretor ocurría de suyo á las necesidades públicas, persiguiendo y castigando los desórdenes, aunque resultaran sus promovedores, fieles al dogma bíblico y pertenecientes al pueblo judío. He aquí explicado el proceso de Jesús.

X. — Los jueces y ancianos reuniéronse por la noche, tras la sacra cena, y decretaron el apresamiento. Jesús, profundamente humano en toda su vida, lloró, vaciló antes de resolverse al supremo sacrificio; pero, una vez resuelto, lo abrazó y lo consumó sin vacilaciones hasta el fin. Inútilmente los discípulos y apóstoles dormían mientras los concitaba él á que vigilasen; inútilmente Judas lo vendió por un puñado de monedas; inútilmente lo negó Pedro; inútilmente los fariseos rasgaron sus vestiduras al oirle y le insultaron, y escupieron tantos sayones como desataran para perseguirlo y prenderlo; penetrado Jesús de que su obra redentora se perfeccionaba con aquel sacrificio suyo, lo aceptó en conformidad con su divino ministerio, muriendo por todos nosotros. A esto debemos nuestro Redentor y nuestra redención.

Emilio CASTELAR



NOTAS ARTISTICAS. — DIBUJO AL CARBÓN, por G. CAMPS.

LA VIDA

Primero la niñez dulce y serena,
sin inquietud ni pena,
resbalando entre juegos y sonrisas:
¡puro y naciente albor, fresco capullo,
indescifrable arrullo
de hojas y ramas, pájaros y brisas!

Feliz después la juventud despierta,
como la flor abierta,
y perfuma el amor los corazones:
¡ardiente claridad, fijo deseo,
misterioso aleteo
de sueños, de esperanzas, de ilusiones!

Luego la ancianidad, triste y sombría,
como nublado día,
entre recuerdos al sepulcro marcha:
¡sombra crepuscular, seco ramaje,
tristísimo paisaje
de olvido y muerte, lobreguez y escarcha!

MERCEDES DE VELILLA

LA BATALLA DE VILLALAR

LA batalla de Villalar es uno de los acontecimientos más grandes que registra la historia de nuestro país.

A ella precedió el levantamiento de las *Comunidades Castellanas*, y la formación de la *Santa Junta*, en Avila.

De un lado combatieron los soldados del rey y de los nobles; del otro, las milicias de los pueblos y de las ciudades.

Para estimar y comprender mejor toda su importancia, dividiremos esta reseña en tres partes:

Causas que promovieron el levantamiento de las *Comunidades* (unión de pueblos).

Formación de la *Santa Junta*, en Avila.

Batalla de Villalar.

***

Agitada, como nunca, aparece Castilla á la subida al trono del primer monarca de la casa de Austria, Carlos I, quien sabedor apenas de la muerte de su abuelo, Fernando el *Católico*, intenta tomar el título de rey que se le otorga, — á pesar de que nuestras leyes se oponían á ello, — merced al Cardenal Cisneros, Regente á la sazón; pero á condición de que en todos sus actos le precediese el nombre de su madre Doña Juana, vulgarmente apellidada la *Loca*, recluída en Tordesillas.

La turbulenta nobleza, para vengarse de los agravios que decía le habían inferido los reyes católicos, promueve los motines de Mayorga, Burgos, Salamanca y Valladolid.

Cisneros recoge el guante, y levanta, frente al ejército de los grandes, las milicias provinciales, que toman el nombre de su respectiva ciudad; ordena una pesquisa contra los bienes de los nobles, y cuando éstos se presentan á exigirle los poderes con que gobierna, les responde, señalándoles las milicias formadas bajo sus balcones:

—Mirad; esos son mis poderes, y con ellos gobernaré á Castilla hasta que vuestro amo y mío venga á tomar posesión de su reino.

Don Carlos pagó tanta lealtad y los consejos de que apartase de su lado á los flamencos que traía de Gante, su país, y *cuyo número, avaricia é insolencia dañaba* á los castellanos, negándose á verle, y enviándole una fría carta en que le autorizaba para retirarse á su diócesis de Toledo; carta que fué la causa de la muerte del ilustre Cisneros.

Con efecto; los nobles flamencos venden los cargos públicos y extraen la moneda, sobre todo la de oro, con tal escándalo, que el pueblo dió en cantar bajo los balcones del favorito Chievres:

«Que Dios os guarde doblón de á dos,
Que Monsiur Xebres no topó con vos.»

Don Carlos tan sólo convoca las Cortes de Aragón, Cataluña, Valencia y Castilla, para exigirlas tributos y más tributos.

Elegido emperador de Alemania, por muerte de su abuelo Maximiliano, decide marchar á coronarse, y vuelve á juntar las Cortes en Santiago de Galicia, cerca de la Coruña, en cuyo puerto quería embarcarse, faltando á las leyes que exigían una ciudad en *tierra llana* de Castilla.

Protestan los diputados y le piden:

«Que corte los abusos introducidos en el reino;

Que no salga de Castilla;

Que no se vendan los cargos públicos;

Que la Inquisición sólo mire al servicio de Dios, sin oprimir á los pueblos;

Y que se administre pronta y recta justicia.»

En Villalpando, camino ya de Santiago, recibe Don Carlos á los Procuradores, *reprendiéndoles por su atrevimiento;* á pesar de lo cual le siguen á Santiago, resueltos á cumplir su mandato.

Niéganse los diputados de Toledo y Salamanca al nuevo subsidio que les exigía, y son desterrados.

En la Coruña, á *fuerza de cohechos* y por un voto de mayoría, obtiene el subsidio; y Don Carlos parte para Alemania, dejando por Regente á su preceptor el cardenal Adriano de Utrecht, y por capitán general á don Antonio de Fonseca (22 de Mayo de 1520).

***

Herida Castilla entera; la nobleza, por el desvío con que Don Carlos la había tratado, dejando por Regente á un extranjero; el clero, por el nombramiento de un joven alemán, Guillermo de Croy, para arzobispo de Toledo; y las ciudades, por no haber visto atendidas sus quejas, empieza el levantamiento de las *Comunidades*, reuniéndose en Avila la llamada *Santa Junta*, compuesta de nobles, clérigos, diputados y populares; encargándose de la formación de un gobierno nacional, que empezó declarando nulos los poderes del cardenal Adriano y del Consejo Real.

El Consejo, para castigar á Segovia, cuyos vecinos arrastraron al Procurador Tordesillas, en castigo de haber votado en la Coruña el subsidio, faltando á las órdenes que llevaba, quiso sacar de Medina del Campo la artillería que allí había reunido Cisneros, y como sus habitantes se negaran á entregarla, el capitán general Fonseca mandó incendiar la población con todas las ricas mercaderías almacenadas para su famosa y próxima feria.

Segovia, y á su frente el regidor don Juan Bravo, prometieron vengar el desastre de Medina y lo cumplieron.

Pretende Adriano ampararse de la reina Doña Juana; pero los populares se le adelantan, y la noble señora dice al ilustre capitán de la gente de Toledo don Juan de Padilla y al valiente don Juan Bravo, después de recibirles y oir sus quejas, con gran benevolencia y agasajo:

—Mientras que yo pueda remediar eficazmente los males de que os quejáis, proseguid haciendo todo lo que convenga al bien público.

Entonces, la *Santa Junta* pasó á instalarse al lado de ella, en Tordesillas; y Padilla marchó á Valladolid, cuya ciudad le recibió en triunfo.

Al saber Don Carlos que la nobleza ayuda al levantamiento, se humilla ante los que había despreciado, nombrando por gobernadores al Almirante y al Condestable de Castilla, y por capitán general al Conde de Haro.

A partir de este momento, los grandes procuran no sólo abandonar, sí que traicionar á las comunidades.

Mientras la *Santa Junta* se entretiene en mandar á Don Carlos el célebre *Memorial de agravios*, consignando todas sus quejas y reclamaciones, los nuevos gobernadores levantan gentes, traen socorros de Navarra y dinero de Portugal, y Adriano rehace en Rioseco el Consejo Real, al tiempo que el Conde de Haro va juntando un numeroso ejército en la villa de Melgar.

Encarcelados, sin respeto á su carácter de embajadores, los portadores del *Memorial de agravios*, en Worms, la *Santa Junta* reune bajo sus banderas 17.000 hombres que tiene la imprudencia de poner á las órdenes del noble don Pedro Girón, quien, secretamente, entendíase con los imperiales, hasta que descubierta su traición se ve forzado á huir.

***



LA BATALLA DE VILLALAR

Nombrado jefe de las tropas populares don Juan de Padilla, verdadero ídolo de las comunidades, los nobles tratan de adormecerle y desprestigiarle con mentidos tratos de paz, logrando de él una tregua, que no debió concederles, después de los triunfos de los populares en Ampudia, Mormojón y Torrelobatón.

Al cabo, y sabedor del aumento del ejército imperial, salió de Valladolid al frente de 7.000 peones, 500 lanzas y alguna artillería, para recoger la gente que le enviaban de Toro y Zamora, marchando el último, á fin de proteger la artillería, que iba en el centro.

El ejército imperial, al mando de Haro, compuesto de 6.000 peones y 3.000 jinetes, avisado por sus espías salió de Tordesillas, — de cuya villa había logrado apoderarse,—siguiendo á los comuneros hasta avistarlos en los campos de Villalar, pequeña villa á siete leguas de Valladolid, situada sobre un cerro en la margen izquierda del río Hornija.

Padilla mandó desplegar á los populares en línea de batalla, mas la maniobra se hizo muy difícil por estar encharcado el terreno, particularmente los sembrados, con la copiosa lluvia que desde el amanecer estaba cayendo.

Los comuneros, á quienes la lluvia azotaba de cara, cegándolos, fatigados por una jornada de siete leguas sobre un terreno lleno de lodo, trataron de ganar el pueblo, así para guarecerse como para fortificarse.

Para colmo de desdichas su artillería, *por una inicua traición*, había caído en un barranco, del que no era posible sacarla; suceso que los imperiales aprovecharon para cañonearlos primero y después para acometerlos con su caballería y aprovechándose de la confusión, desbaratarlos.

Padilla, Bravo y don Francisco Maldonado,—capitán de la gente de Salamanca,—trataron de rehacer sus huestes, logrando por un momento conseguirlo, y ayudados por los bizarros capitanes don Juan de Luna y don Juan de Figueroa pudieron rechazar á la caballería realista, *en la que iba la flor de la nobleza,* procurando conservar el paso del puente sobre el Hornija, hasta que nuevos y repetidos cañonazos de los imperiales, y la lluvia, que no paraba, aumentaron la confusión de los populares, desordenando sus filas y comenzando la huída, ellos siempre tan valerosos.

Desesperado Padilla, exclamó:

—No permita Dios que digan las mujeres de Toledo y Valladolid que traje sus hijos á morir y después me salvé huyendo... Y con cinco escuderos de su casa y al grito de *Santiago* y *Libertad* se entró por entre los escuadrones realistas, derribó del caballo de un bote de lanza á don Pedro de Bazán, hasta que despedazada la astilla en fuerza de repartir golpes, y acometido por un centenar de enemigos cayó del caballo, quedando prisionero de don Alonso de la Cueva á quien entregó su espada y manopla.

Don Juan Bravo, empeñado en la noble tarea de desenlodar la artillería, y don Francisco Maldonado, que procuró detener á los que huían, abandonados de los suyos, cayeron igualmente prisioneros, no queriendo huir.

Entre los perseguidores de los comuneros distinguiéronse el fraile dominico Juan Hurtado, que gritaba desaforadamente:—«¡Matad á esos impíos y disolutos, eterno descanso gozará en el cielo el que destruya esa raza maldita!;» y el *caballero* don Juan de Ulloa que cuando vió prisionero á Padilla le *azotó el rostro con su guantelete.*

El resultado de tan triste jornada fué, cien comuneros muertos, cuatro cientos heridos y mil prisioneros.

Padilla, Bravo y Maldonado, fueron conducidos á Villalar y el tribunal, compuesto del doctor Cornejo y los licenciados García Fernández y Salmerón, los sentenció á morir degollados, como así se ejecutó al siguiente día.

Las cartas de Padilla á Toledo, su ciudad natal, y á doña María Pacheco, su esposa, no pueden leerse sin derramar lágrimas y de buen grado las copiaríamos, á contar con mayor espacio.

Llegada la hora del suplicio, como en la carrera fuese gritando el pregonero:

—Esta es la justicia que manda hacer S. M. y en su nombre los gobernadores, en estos caballeros, mandándoles degollar por traidores...

—Mientes tú, y aun más quien te lo mandó decir, — exclamó altiva y fieramente Juan Bravo,—traidores no, más celosos del bien público y defensores de las libertades.

A lo cual replicó Padilla con noble entereza:

—Señor Juan Bravo, ayer fué día de pelear como caballeros; hoy lo es de morir como cristianos.

Bravo guardó silencio; pero al llegar á la plaza y ver el tablado, dijo al verdugo:

—Mátame á mí el primero, porque no vea la muerte del mejor caballero que queda en Castilla.

Y la cuchilla segó su garganta.

Llegó al cadalso Padilla y dijo al verle:

—¡Ahí estáis vos, buen caballero!...

Levantó los ojos al cielo y entregó su cuello al verdugo.

Maldonado tuvo que sufrir la inmensa pena de ver degollar á sus dos amigos, muriendo el tercero.

En Villalar no se perdieron las libertades de Castilla y sí las de España entera, pues de haber triunfado los populares en aquel día, se hubiesen afianzado las de Valencia, Mallorca, Aragón y Cataluña, que luego cayeron bajo el poder del mismo Don Carlos, de Felipe II y de Felipe V.

Sobre el rollo de Villalar fueron tasadas las cabezas de Padilla, Bravo y Maldonado, y sus restos mortales, que yacían al pie, se exhumaron de orden del gobierno en 1821, trasladándolos á la catedral de Zamora; y el 24 de Abril de 1889, se inauguró en Villalar un obelisco en memoria de los tres heroicos comuneros.

E. RODRIGUEZ - SOLIS

J. M. TAMBURINI



FLORECILLA DEL CAMPO

[illegible] (Escudillers, [illegible] 9)

ESPOSAS MODELO EN ESPAÑA

En la infancia de las Sociedades, en aquellos tiempos de la remota civilización oriental, la mujer ofrecía, para desdicha de la humanidad entera, los caracteres de la más humillante dependencia. Se la consideraba injustamente como esclava, de su propio esposo. La repugnante poligamia dominó en todos los países, hasta llegar la gloriosa era del cristianismo, en que, otorgándose al sexo débil sus justos derechos, se trocó á la sierva en compañera del hombre, y se sancionó de una manera solemne su unión con él; siendo este el cimiento de la nueva sociedad, que se alzó fuerte y robusta sobre las ruinas de la antigua. El matrimonio fué entonces la legítima y dulce consagración del amor; y la mujer, dotada de un alma noble y elevada, no olvidaba nunca que se debía toda ella á la felicidad de un solo hombre, y que la unía á él santo é indisoluble lazo; cumpliendo así los altos fines que en la tierra le están encomendados.

De aquellas amantes esposas conserva nuestra Historia sublimes ejemplos; alguno de los cuales nos proponemos narrar en este y otros sucesivos artículos.

HIMILCI

Fué ésta la digna compañera de Aníbal; de aquel hombre superior, considerado por Napoleón I como el admirable guerrero de la antigüedad. La perfecta hermosura de Himilci y la cándida pureza de su infantil sonrisa, cautivaron al gran caudillo, precisamente el día en que éste recorría la ciudad de Cástulo, recogiendo los justos laureles que en entusiasta ovación le prodigaban los castulonenses. En aquel momento, el intrépido guerrero sintió en su corazón esa gota de rocío que desciende sobre el cáliz de la vida, llamada amor. La ambición de las victorias para su patria, y la de ser dueño de aquella criatura angelical, amalgamáronse en su alma y en su espíritu; y consideró como glorioso trofeo el unir á ella su existencia. Bien pronto el indomable debelador de Roma, realizó su sueño de ventura, haciendo su esposa á la elegida de su corazón.

Himilci, la amante compañera de Aníbal, fué también una de las mujeres más amantes de su patria. Utilizaba el arma del amor en beneficio de sus conciudadanos; y los magníficos impulsos de su alma bravía hallaban eco en el corazón de su esposo, quién identificado con sus nuevos hermanos, abrió caminos, construyó fuertes, limpió el país de salteadores, y edificó en las cúspides de las montañas ó á orillas de los caminos, torres que protegían á los viajeros, lo propio que á los habitantes del campo, y mantenían comunicaciones y severa vigilancia en todas nuestras comarcas.



En Himilci cifraba Aníbal todas las esperanzas de su porvenir. ¡Cómo no, si llevaba en sus entrañas al hijo deseado! Este vió la luz primera, cuando la destrucción de Sagunto; enardeciendo en el afortunado conquistador el natural deseo de acrecentar su fama con nuevas victorias.

Aquella mujer de alma hercúlea, por cariño, acompañaba siempre á su esposo en todos los combates, compartiendo con él los azares de la guerra; pero, Aníbal, al proyectar introducir un ejército en Italia, atravesando los Alpes, empresa gigantesca, titánica, impulsada por su odio á los romanos, no quiso exponer ni á su mujer ni á su hijo, el inocente Aspar, á los grandes peligros que debían presentársele, y decidió partir solo.

Llegó el día terrible de la despedida. Juntos se dirigen á orillas del mar. Allí está el bajel que se balancea impaciente sobre la inmensa superficie del agua, como si quisiera abreviar el triste coloquio de los amantes esposos. Aníbal se desprende de los brazos de su fiel consorte, y después de estampar amorosos besos en las mejillas del tierno infante, entra precipitadamente en la embarcación. El héroe olvida por un momento la patria, y deja que su corazón se desborde en raudales de amor y sentimiento hacia aquellos dos seres tan queridos para él.

La quilla del buque hiende la líquida inmensidad, y desaparece flotante entre los pliegues de las olas, mientras la desolada esposa, con la mirada fija en el azulado espacio, vierte lágrimas de amargura que, desprendidas de sus ojos, brillan en sus mejillas cual preciosos diamantes. Cuando las brumas del horizonte envuelven por completo la embarcación, la madre estrecha en sus brazos al pequeñuelo, y el beso maternal se confunde, en aquel rostro infantil, con el que transmite, en alas de su imaginación, á aquel hombre que la ama con el amor intenso y profundo con que saben amar los grandes héroes.

Aníbal logró realizar sus ensueños de gloria, obteniendo nuevos triunfos, al poner en práctica aquella empresa colosal en que tuvo que vencer á la naturaleza, para humillar más tarde á los romanos; pero, mientras coronaban sus sienes los laureles conquistados con tanta bravura en su heroica batalla, la espada del dolor atravesaba el corazón de Himilci. Peligraba la vida de su hijo amado. Un decreto del Senado cartaginés, impulsado por fanáticos errores, motivaba el horrible pesar de la infeliz madre. Había éste determinado, para que los Dioses protegiesen á Aníbal, ofrecer en holocausto á la voraz divinidad los niños de las más ilustres familias cartaginesas; renovando así los antiguos sacrificios á Saturno. La suerte adversa quiso que fuese uno de los designados el hijo del gran caudillo. En tan supremo instante, la madre siente en su corazón toda la fiereza de la leona herida: hierve el sentimiento materno en su pecho, como terrible oleaje al batir las inamovibles rocas; sus miembros adquieren un vigor extraordinario; y con su hijo en los brazos, se presenta ante el Senado, defendiendo heroicamente la vida del tierno niño. La energía y la elocuencia de su palabra, inspirada por el amor maternal, la sangre española que se revela en su porte imponente y conmovedor, y más que estos sublimes sentimientos del alma, su exuberante hermosura, verdadera riqueza escultural, conmovieron tanto á los senadores cartagineses, que prorrogaron el plazo, hasta consultar con Aníbal aquella tenaz resistencia.

La contestación del intrépido defensor de Cartago no se hizo esperar. « Si la sangre inocente ya vertida — dijo,— no fuese suficiente para tener propicia á la divinidad, juro derramar sangre de romanos, en inmensa hecatombe, hasta saciar á Saturno de humanos sacrificios. Himilci es mi esposa, y Aspar la esperanza de la patria, por ser hijo de Aníbal. »

No había transcurrido mucho tiempo, cuando, en la batalla de Cannas, cumplió su promesa, dejando tendidos en el campo del combate cincuenta mil romanos, haciendo prisioneros á doce mil, y mandando á su patria multitud de anillos arrancados á los cadáveres; anillos que, en lugar de la sangre de su hijo, fueron repartidos en el vestíbulo del Senado cartaginés.

Regocijado el pueblo con tan gloriosos sucesos, y reconociendo el mérito de la compañera de Aníbal, en cuyo corazón se veían esmaltados los más nobles sentimientos de piedad y amor hacia sus súbditos, lleváronla triunfante al templo de sus Dioses, en compañía de Aspar, que ya consideraban como sucesor del insigne guerrero.

Al ver Himilci asegurada la vida de su hijo con estas demostraciones de cariño y con los señalados triunfos de su amante esposo, su corazón regocijábase de contento, mecido por las más risueñas y halagadoras esperanzas. Lo propio sucedíale á Aníbal, sólo al imaginar el feliz momento de estrecharla en su amoroso seno; pero, en vísperas de realizar tan dulce ilusión el afortunado vencedor de Roma, la muerte cruel y traidora llevóse entre sus brazos de nieve á aquella compañera tan querida y á aquel hijo en quien cifraba todas las esperanzas para el porvenir. Una terrible epidemia que invadió la Bética, arrebatóle aquellas dos vidas, dejándole en el mayor aislamiento, é inspirándole el hondo despecho que le apartó de la gloriosa senda comenzada; sin que lograran adormecer su dolor los embriagadores placeres de Capua. La terrible guadaña cortó de raíz la felicidad del héroe; mas, su nombre con sus victorias y trofeos, quedó imperecedero en la Historia, así como el de Himilci, mujer sublime: el más bello modelo de esposas y madres.

JOSEFA GUTIERREZ



¡Madre mía! ¡madre amada!
Desde el día en que á no verte
me condenó de la muerte
la implacable condición;
nunca tu nombre he invocado,
en placeres ni en enojos,
sin lágrimas en los ojos
y en la mente una oración.

—

Hoy llego hasta el frío lecho
en que tus restos reposan;
hoy ¡madre! mis manos osan
á tu sepulcro llamar.
Perdona si tu descanso
altera mi voz impía;
mas, me falta ¡madre mía!
un modelo que copiar.

—

Polvo eres ya, y un solo átomo
no hallaré en tu sepultura,
de la gentil hermosura
con que el Señor te adornó.
Vano es, de entre las cenizas
que surja tu cuerpo espere;
pero el alma nunca muere,
y esa ¡madre! busco yo.

—

Quiero aspirar la poesía
que en tu memoria se encierra;
envía el alma á la tierra,
deja que llegue hasta mí...;
deja, aunque llanto copioso
mi pecho filial taladre,
si he de cantar á una madre,
¡que te cante, madre, á ti!

—

A ti, que fuiste en el suelo
iris de eterna bonanza,
dulce raudal de esperanza,
bálsamo á todo dolor.
A ti, que dejar supiste,
como una estela gloriosa,
entre mi cuna y tu fosa
todo un poema de amor.

. . . .

El primero en tus entrañas
tuve albergue pasajero,
y el dolor más rudo y fiero
te hice ¡madre! conocer...;
mientras me dabas gozosa,
á trueque de tantas penas,
con la sangre de las venas
una parte de tu sér.

—

Débil tronco, rosal tierno;
del amor á los arrullos,
¡cuántos fragantes capullos
diste al jardín terrenal!
¡Cuán hermosos, cuán lozanos
los capullos florecieron
y sus cálices abrieron
en el materno rosal!

—

Ni uno solo de tus hijos
bebió en pecho mercenario
el sustento necesario
á su creciente vigor:
todos, todos encontramos,
de tus fuerzas á despecho,
savia de vida en tu pecho,
en tu regazo, calor.

—

Cada sér que diste al mundo
puso, hiriendo tu belleza,
una cana en tu cabeza,
trazó una arruga en tu tez:
aun recuerdo que decías,
en ellos tus ojos fijos,
¡«cuando la traen los hijos
bienvenida la vejez»!

—

Desde el instante solemne
en que alcanzó el hombre amado
todo el tesoro guardado
en tu cuerpo virginal...;
renunciaste al mundo entero,
de tu pecho en el santuario,
para subir el calvario
del cariño maternal.

—

Y ya se hundió en Occidente
el sol que, al darte alegría,
rosadas tintas vertía
en tu rostro encantador;
y ya surgió en el espacio
triste luna agonizante,
para bañar tu semblante
con su pálido fulgor.

—

Sobrado niños nosotros
para observar tu quebranto,
sin dar valor á tu llanto,
mucho te hicimos llorar;
¡mucho!: labraron impíos
de tu martirio la palma,
siempre un temor en el alma,
á cada instante un pesar.

—

¡Cuán cariñosa y risueña
nos mostrabas, madre amada,
la virtud, engalanada
con su ropaje mejor!
¡Con qué amoroso desvelo
detenías nuestro paso,
si ignorante entraba acaso
en la senda del error!

—

¡Con qué inefable dulzura
se infiltraba en nuestro oído
tu rezo, en pos repetido
por nosotros á compás!
¡Cuál sellabas con un beso
esa plegaria sublime
que en el cerebro se imprime,
que no se olvida jamás!

—

¡Cuántas auroras te vieron
meciendo al hijo adorado
y con canto improvisado
convidándole á dormir!
¡Cuántos días, cuántas noches
te hallaron junto á su lecho,
estudiando de su pecho
el agitado latir!

Más de una vez, cuando, estéril
tu cuidadoso cariño,
los ojos del tierno niño
se iban cerrando á la luz...;
vi en los tuyos desbordarse
tanto llanto ¡madre mía!
como la Virgen María
derramó al pie de la Cruz.

—

Aun dentro de mí resuenan
los ayes de tu tormento
al sentir su último aliento,
al darle el postrer adiós
Aun tu horrible pugna miro,
un cuerpo al otro abrazado,
por retenerle á tu lado
ó partir juntos los dos

—

¡Qué labios sino los tuyos
besaran con embeleso
á la muerte! ¡dónde hay beso
de mayor excelsitud!
Para trazar ese cuadro
maternal, fueran infieles
de Murillo los pinceles
y de Espronceda el laúd.

—

Corta vida, eterna lucha:
y cuando; ¡madre querida!
no hubo ya para otra herida
lugar en tu corazón...;
la vista fija en los mismos
que tu existencia troncharon,
tus pupilas se velaron
con el último crespón.

. . . .

Adiós, y perdona ¡madre!
al mirar mi desconsuelo,
si teniendo en ti el modelo
no lo he sabido copiar.
¡Cuerpo, púdrete en el fango
de la mundanal escoria:
alma, vuélvete á la gloria,
que es dónde debes estar!

SALVADOR CARRERA

NEURASTENIA

RASGO AUTOBIOGRÁFICO

Los que somos profanos en el arte de Esculapio, si no tenemos *el derecho* de decir barbaridades cuando de asuntos patológicos se trata, estamos, por lo menos, excusados de emplear el endemoniado tecnicismo de los doctores pedantes: podemos, pues, hablar *como en familia*.

Yo me permito dividir las curaciones de las enfermedades en dos clases: positivas y negativas. Llamo positivas, las que se hacen valiéndose de medicamentos; y negativas, las que se hacen *no valiéndose* uno de lo que le hace daño, es decir, por obra y gracia de la higiene, más claro, no tomando remedios.

Y, aunque trato en mis escritos de no *exhibirme*, obedeciendo en eso al método impersonal que Flaubert practicaba; como fuí una vez héroe de una curación negativa, me veo en el lamentable caso de poner en escena el *odioso yo*...

***

Es la neurastenia una enfermedad tan antigua como el hombre. Desde que existen hombres, ó animales con sistema nervioso complicado, y causas que puedan determinar un desequilibrio en ese sistema, ha habido neurópatas. Esto, de puro sabido, raya en perogrullada. Pero no vayan á creer que lo digo así, á humo de pajas, es un decir: no. Lo digo, porque he leído escritos de autorzuelos que pretenden pasar por eruditos á la moderna, que hablan de «la *nueva enfermedad* que padece esta generación», de «el *triste y lamentable mal* de los intelectuales refinados á lo Verlaine, etc... En lo que sí convengo, es en que la neurastenia sea una dolencia *chic*, como diría Bonafoux, porque es achaque muy socorrido para darse ínfulas de modernista *à outrance*, y, por lo tanto, ha de figurar en lugar honorífico entre las innúmeras conquistas del esnobismo...

***

Fuí víctima, no ha mucho, de un largo y *hermoso caso* neurasténico. Llevaba una vida tan desarreglada y tan á la moderna, que, más de una vez, á causa del desequilibrio orgánico en mí producido, estuve á punto de ser inducido al más aterrador de los dualismos: el manicomio ó el suicidio. Mis delitos de lesa-higiene eran cinco, nada más: beber mucho café, hasta siete copas diarias; fumar muchos cigarrillos, hasta dos paquetes de á 18 al día; beber mucha cerveza, hasta diez botellitas antes de comida; leer mucho, hasta un volumen diario; y estar enamorado, bárbaramente enamorado, como cualquier Tirsis de las églogas de antaño, ó como cualquier Ramón de las Doloras de ogaño...

Era un espectáculo que, en otro, hubiérame dado ganas de reir á carcajadas, pero que en *mí* no podía ser nada jubiloso; el que los nervios exhibían en el teatro de mi infeliz individualidad fisiológica. Era un infernal aquelarre, en que la sangre, el corazón, la médula espinal y la masa encefálica tenían que tomar parte, quieras que no, con *susto mayúsculo* del mísero sér humano donde la función se celebraba. Unas veces, se me iban los brujos á la cabeza, me hacían cosquillas, y sentía como si me suspendiesen por un hilo ó una cuerda, de cuyo extremo superior tirasen con fuerza misteriosa. Otras veces, un oleaje de sangre parecía que quisiese hacer estallar la laboriosa víscera de las pasiones, y, entonces, con una mano me *tapaba* el pecho del lado izquierdo, para que no se rompiese la valla de carne y hueso, y con la otra me apretaba la boca, para que al corazón no se le ocurriese escabullirse por allí. De cuando en cuando, sentía como si me clavasen un dardo finísimo en mitad del corazón, como para probarme que, á pesar de todo, vivía, puesto que sentía dolor. Ya era como un hálito de fuego traidor que me quemaba la frente, cuando menos lo esperaba, ó ya como un cosquilleo, con algo de lasitud melancólica que iba jugueteando desde el estómago, pasando rápidamente por el torax y perdiéndose allá, en *las alturas*, en alguna circunvolución del cerebro, tal vez... ¡Cómo me *tomaban el pelo* los malditos nervios, cuando yo estaba más descuidado!... Una vez, fué durante un almuerzo, en casa de mi ex novia; estábamos todos muy contentos, muy parlanchines, cuando, de repente, y sin darme lugar á reflexión, viniéronme unas ganas de llorar, una infinita coacción lagrimosa, tan ineludible, que tuve que salir del comedor, gimoteando como un *nene*, y me encerré en un cuarto, á verter lágrimas á raudales... Otra vez, iba por una calle (por fortuna era de noche); cuando menos lo esperaba, se me vino hacia el pecho y hacia la cabeza, de yo no sé qué lejanías, una tropa de duendecillos invisibles, pero espeluznantes, como si fuesen los mensajeros de mi muerte próxima, algo que me obligaba á morir al galope; y yo veía la *guadaña de la muerte* afilada para mí, y tanto, que me dije desesperado: «Si llego á aquella esquina *sin morirme, estoy vivo:* me habré salvado...» Y, efectivamente, llegué, es decir, *resucité*, y, para celebrar *mi triunfo*, lancé un grito, un grito atronador de loco furioso, que asustó á una señora, amiga mía, que tomaba el fresco en una ventana, y me preguntó si me habían dado algún balazo...

***

Tuve que hacerme ver de un médico. Era mi situación, en verdad, desesperante. Mis amigos se lamentaban de mis *tonterías;* y á un buen anciano, que me apreciaba mucho, le oí decir: «es lástima que esté *así*, porque *era un muchacho que prometía*...»

Escogí para la consulta al doctor H. Seijas, un médico joven, muy inteligente, muy enamorado de la ciencia y amigo mío. Después de un detenido diagnóstico, me dijo con cierta gravedad: — «Tu cerebro necesita fósforo... Vas á tomar lo que te indique en la receta que extenderé...; pero lo que tú más necesitas, ante todo, es abandonar por completo, pero *por completo*, ¿entiendes?, el café, los cigarrillos, la cerveza, los libros y... el amor...»

— Podías aconsejarme más bien que me suicidara...

— Nada... fósforo para el cerebro y... mucha higiene...

Es claro; lo que era fósforo me faltaba; eso lo sabía yo, aunque lo que me quemaba la sangre algunas veces no podía ser cosa de hielo, sino algo que tenía ó debía tener relación con un fósforo... cuando se frota. Obedecí casi por completo: dejé el café, que cambié por chocolate; dejé la cerveza, que cambié por agua fresca; dejé los libros, que cambié... no recuerdo por qué cosa; casi dejé los cigarrillos, que disminuí hasta seis; y traté de dejar el amor, alejándome de *mi adorado tormento* y yéndome á admirar *niñas vestidas de verde* y *adornadas con jazmines* (cafetas) en las haciendas de mi padre.

Un mes después, estaba curado. Los nervios, los brujos del organismo humano, dejaron de jugarme malas pasadas: el cerebro volvió á irradiar con su fósforo de otros tiempos; el corazón volvió á su antiguo ritmo; la sangre no se permitió ya el lujo de encenderse por nimiedades... y volví á ser todo un hombre...

***

Tabaco, cerveza, café, libros y amor: cinco causas distintas de neurastenia y una sola calamidad verdadera. Muchos escritores se inspiran fumando. La cerveza hace muchas veces el papel de *numen* entre los alemanes. El café inspiraba ironías y sarcasmos á Voltaire. Los libros inspiran mucho á todos los *emborronadores de cuartillas* que carecemos de originalidad; y el amor... el amor marea como el tabaco, embriaga como la cerveza, excita como el café y... enseña cosas muy tristes como muchos libros...

Esa pentarquía despótica del mundo culto, si, por separado, proporciona á veces cosas sublimes, en unión proporciona el célebre paso á lo ridículo, al que impulsa la obsesión de lo nuevo, llevada á la exageración. Más allá de ese ingente barrio latino de la bohemia *fin de siglo*, en donde se incuban á veces genios, están *las fronteras de la locura*, como en el caso de Guy de Maupassant.

Si se quiere rendir culto á esa pentarquía, y no exponerse á *carecer de fósforo*, es menester hacerlo... dosimétricamente; porque, vamos, eso de no tener fósforo, es decir, exponerse á estar á obscuras, es el *non-plus-ultra* del ridículo, en quien tenga la pretensión de poseer un cerebro *que despida luz*...

ANTONIO S. BRICEÑO

EL BUEN MOZO

Acabo, señora, — dijo Santiago á Genoveva, la hermosa viuda de triste faz y figura majestuosa, — de reforzar la entrada del jardín, con doble barra de hierro. Lo mismo hice ayer, con las puertas de la granja y las ventanas del piso bajo.

— No está de más, Santiago, — exclamó Genoveva. — Todas las precauciones son pocas, tratándose de peligros tan graves.

— Son, señora — añadió el criado, — unos vecinos terribles los huéspedes del bosque. La comarca entera está aterrorizada. ¡Se cuentan cosas espantables! Luego, nos encontramos aislados, la quinta más cercana dista lo menos una legua. En caso de sorpresa, nadie podría acudir en nuestro auxilio.

— Por eso, es necesario redoblar las precauciones y extremar la vigilancia, — repuso Genoveva. — Desde que esa horda de miserables merodea por estos contornos, se ha apoderado de mí una constante preocupación. Mis sueños son asaltados por horrorosas pesadillas, y á cada momento se me figura ver levantarse sobre mi pecho un puñal asesino.....

La puerta de la sala donde estaban Genoveva y Santiago se abrió suavemente, y un precioso niño de ojos azules y cabellos rubios apareció en su dintel, permaneciendo inmóvil un instante. Luego, cantando y riendo, se lanzó hacia Genoveva y saltó sobre sus rodillas.

Genoveva, estrechó apasionadamente el niño entre sus brazos, y le cubrió de besos. Después de aquel desahogo maternal, exclamó, reanudando su conversación con Santiago:

— ¿Dicen que el capitán de la cuadrilla es un joven tan simpático como arrogante?

— Eso cuentan los que le han visto, — respondió Santiago. — Alto y fuerte, de ojos negros y pelo ensortijado. Y por cierto, que el chico debe tener corazón de tigre, á juzgar por las atrocidades que comete. Su última víctima, ha sido un pobre arriero á quien, después de robar cuanto llevaba, colgó de un árbol. Poco antes, degolló á una anciana que volvía del monte con una carga de leña, y después de matarla, con una piedra enorme la aplastó la cabeza.

— ¡Qué horror! — murmuró Genoveva, oprimiendo nerviosamente contra su seno al niño que, con los ojos muy abiertos y las cejas fruncidas, escuchaba atentamente.



— Y apenas pasa día, sin que ese mónstruo sacie sus crueles instintos en algún desdichado; — añadió Santiago.

— Corren rumores de que van á organizarse batidas, para su captura; — dijo Genoveva.

— Me parece difícil que lo consigan, — repuso Santiago, — porque esa gente parece que tiene alas, como los gorriones. Desde hace un mes, la guardia civil los persigue, sin poder dar con ellos. Algunas veces, los ven entre los matorrales lejanos; pero, cuando llegan, ya han desaparecido. Rodean aquellos lugares, escudriñan las peñas y las zarzas, y... nada. ¡Cómo si se los hubiese tragado la tierra! No encuentran huellas ni vestigios de su paso. Al siguiente día, es seguro, un cadáver aparece en el sitio opuesto de aquel en que se les busca.

— ¿Y la cuadrilla se compone de cinco hombres? — interrogó Genoveva.

— Sí, señora, de cinco, — respondió Santiago; — pero aseguran que la mano que ejecuta es la del *Buen mozo*, como llaman al capitán. Los otros son sus espías y cómplices. ¡El que asesina es él!

En esto, el niño rompió á llorar.

— ¡Tengo miedo, mamá, tengo miedo! — gritó.

Levantóse Genoveva, procurando tranquilizarle con una lluvia de caricias, mientras Santiago se sonreía bondadosamente.

— Anda, Santiago, — dijo Genoveva; — llévale al jardín y distráele un rato. Hemos hecho mal en hablar de estas cosas delante de él. Por Dios, no dejes de cerrar tu mismo, antes de que anochezca.

— Descuide la señora, y confíe en mí, — repuso Santiago. — Con el refuerzo de las dobles barras de hierro, la entrada es imposible. Aunque saltaran la verja del jardín, se encontrarían con que la casa era un fuerte inexpugnable. Además, tenemos por centinela á *León*, enemigo que no se deja vencer fácilmente.

Santiago saludó y salió de la habitación, llevándose al niño, que continuaba llorando.

Genoveva arrastró una mecedora hasta la ventana, abrió los cristales y se sentó frente al horizonte. La tarde comenzaba á caer. Corría el mes de Marzo. La brisa perfumada que subía del parque, al rozar la frente de la viuda, la produjo una sensación deliciosa; y hundiendo la mirada en el fondo del bosque donde realizaba sus hazañas *El buen mozo*, terror de aquellos humildes campesinos, Genoveva, abstraída, sintió pasar por su alma, como un sueño, toda su historia. Su niñez dichosa y alegre, su adolescencia alumbrada por el sol del único amor de su vida, por su gran amor consagrado á Germán, aquel petimetre tan simpático y gallardo, como perverso; de elevada estatura, complexión recia, dulce sonrisa, ojos negros y pelo ensortijado, que con la misma tranquilidad que echaba flores á las muchachas, saltaba, por entretenerse, con la punta de un alfiler, los ojos á las palomas; aquél jovenzuelo que también la idolatró con locura, y á quien ella, en un arranque de suprema energía, abandonó, por no poder vencer sus impulsos de criminal innato. ¿Qué sería de él? ¿Habría llegado á operarse en su temperamento una reacción favorable? Y de no ser así, ¿cuál sería el presidio devorador de aquella encarnación de la fiera humana, ó cuál el patíbulo cuyo tablado había sostenido su cuerpo, pletórico de vigor y de salud, arrastrado allí por la fuerza tremenda de una inconsciente predisposición al mal? Aquí Genoveva se detuvo, procurando prolongar su impresión dolorosa, y encontrando en ella una especie de consuelo acre, que la producía opresión angustiosa en el pecho y sensación de frío de aguja en las sienes. Luego, evocó la memoria de sus luchas homéricas y sus combates cruentos, para olvidar aquella pasión desastrosa, que había dejado para siempre, en el fondo de su espíritu, la estela imborrable de los ideales sin esperanza. Más allá, lanzando su memoria hacia adelante, recordó su matrimonio, por conveniencia, con el burdo pero rico propietario, padre de su hijo. Los disturbios inacabables y las sempiternas disensiones de su hogar, causados por la diferencia de educación y la incompatibilidad de carácteres, su viudez temprana y sin dolor, y su retiro y aislamiento voluntarios á aquellas soledades, donde vivía sólo consagrada al cariño de su hijo, lo único glorioso que para ella encerraba el mundo. Y mientras la tarde caía en brazos de la noche, aquella alma orgullosa, noble y honrada, gimió con el sollozo de las grandes melancolías, y volvió, sin querer, á inmergirse en el recuerdo del gran amor de su vida, en el recuerdo de Germán, el petimetre simpático y bello, que con la misma tranquilidad que echaba flores á las muchachas, saltaba, por entretenerse, con la punta de un alfiler, los ojos á las palomas...

***

Era la alta noche.

En la granja reinaba absoluto silencio.

No se oían, como otras veces, los breves y roncos aullidos de León, que anunciaba, ladrando, hasta el movimiento de las hojas.

Una lámpara de tenue luz, velada por una bomba de cuajado cristal, alumbraba débilmente la alcoba de Genoveva.

Esta dormía.

Junto á su lecho, en una preciosa cuna de caoba, recamada de flores, dormía el niño,

Un ligero ruído que sonó en el dormitorio, despertó á Genoveva, quien abrió los ojos y creyó por un momento sufrir la visión de Germán. Pero, al convencerse de que el que tenía en su presencia era él, él mismo, con su airoso continente, sus ojos negros y su pelo ensortijado,... lanzó un grito terrible.



El buen mozo, que, con la sonrisa en los labios y el puñal en la diestra, adelantaba con paso cauteloso hacia la cuna, volvió la cabeza, y al ver á Genoveva, verticalmente rígida sobre el lecho, con el rostro lívido y las cruzadas manos, furiosamente tendidas hacia delante, palideció de una manera intensa, dejó caer el puñal, llegó hasta el niño, que seguía durmiendo, le besó en la frente,... y desapareció como había entrado, como una sombra.

PEDRO BARRANTES

RAMON ALSINA



GALAS DE MAYO

A. MAS Y FONTDEVILA



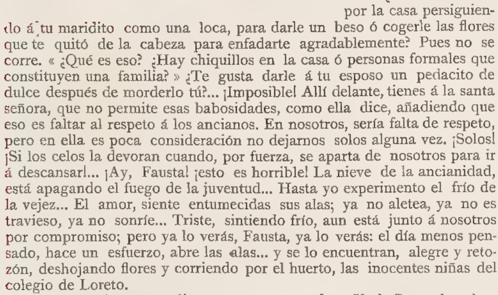
LA PRIMERA COMUNION

BEBÉ

(Continuación).

No te extrañe encontrar manchas y borrones en estas líneas... ¡Estoy llorando, Fausta, estoy llorando!... Tal vez te asombre tanta desesperación y tanta tristeza... Para que no me tildes de loca ni de muñeca, te explicaré cómo por momentos, el nido se enfría, y mi Pepe y yo, sus moradores, enmudecemos como aves tristes ó enfermas.

Sí, me privan del cariño de Pepe; sí, sí que acabarán por robármelo... ¿Quién? Su madre; una señora que sería una santa perfecta, si no fuese tan egoísta en sus sentimientos maternales. Además, esta buena señora, que me decía, abrazándome, cuando me casé con Pepe: « — Ahora tendré dos hijos», me engañó de medio á medio... Debió decirme: «—Ahora tendré dos hijos en vez de uno; dos hijos que me mimen, me cuiden, y á quienes yo imponer en todo mi voluntad. » Sí, Fausta de mi alma; aquí, sólo ella manda. Yo no soy otra cosa que la mujercita de su hijo, á la cual puede tratar ella como á una chiquilla, sin que la chiquilla tenga derecho á ordenar la menor cosa, sin previa consulta y discusión... Haber dicho que necesitaban una hembra para recreo del señorito, y hubiéramos estado todos al cabo de la calle... No hay ninguna de nosotras que, al casarse, no haya pensado: « — ¡Qué bueno debe de ser, estar unida á un hombre á quien se ama, para el cual se vive, inventando una caricia ó una travesura nueva cada hora... El mandará, yo mandaré; entre los dos volveremos loca á la criada y luego nos volveremos locos los dos de tanto querernos y tanto reirnos... Y saltamos, saltamos, ó por lo menos, nos erguimos sobre las puntas de los piececitos, como si fuéramos á abrir las alas y volar en busca de tanto bien, con el rostro iluminado por la satisfacción y los ojos brillantes de alegría... Pues ahora, imagínate si es triste sentir que cae sobre tu cabeza, la fría losa de la autoridad de una madre, que quiere que seamos juiciosos y ahorrativos hasta el exceso y formales hasta el fastidio... ¿Soñabas correr por la casa persiguiendo á tu maridito como una loca, para darle un beso ó cogerle las flores que te quitó de la cabeza para enfadarte agradablemente? Pues no se corre. « ¿Qué es eso? ¿Hay chiquillos en la casa ó personas formales que constituyen una familia? » ¿Te gusta darle á tu esposo un pedacito de dulce después de morderlo tú?... ¡Imposible! Allí delante, tienes á la santa señora, que no permite esas babosidades, como ella dice, añadiendo que eso es faltar al respeto á los ancianos. En nosotros, sería falta de respeto, pero en ella es poca consideración no dejarnos solos alguna vez. ¡Solos! ¡Si los celos la devoran cuando, por fuerza, se aparta de nosotros para ir á descansar!... ¡Ay, Fausta! ¡esto es horrible! La nieve de la ancianidad, está apagando el fuego de la juventud... Hasta yo experimento el frío de la vejez... El amor, siente entumecidas sus alas; ya no aletea, ya no es travieso, ya no sonríe... Triste, sintiendo frío, aun está junto á nosotros por compromiso; pero ya lo verás, Fausta, ya lo verás: el día menos pensado, hace un esfuerzo, abre las alas... y se lo encuentran, alegre y retozón, deshojando flores y corriendo por el huerto, las inocentes niñas del colegio de Loreto.



Llevo escritos tres pliegos y estoy cansada... ¿Ves? Comunicándote mis penas, parece que se me ha aliviado un poco la cabeza... Si estuviéramos juntas... ¡y en el colegio!... Tú, tal vez encuentres exagerada mi desesperación: pero ¡si estuvieses en mi caso...! Hay tantos detalles imposibles de describir..

Adiós, mi querida Fausta... Nadie sabe que te escribo... Comprenderás que la índole de mi carta, no es para leída á Pepe ni á su madre... Saluda en mi nombre á tu esposo, y tú recibe un abrazo muy apretadito, de tu amiga

CARLOTA.

Madrid, 20 Marzo, 90.

P. S. Si al contestarme, hablas de lo que en ésta te digo, escríbeme, por Dios, á nombre de mi doncella, que se llama Celestina Diéguez, y así, tu carta no la leerán mi suegra ni mi marido.

CARTA TERCERA.

Fausta querida: ¡Cuánto agradezco tus consuelos! ¡Qué afán tan noble descubro en tus palabras! Encontrando exagerado mi dolor, me aconsejas la resignación para esperar el día en que, sola con Pepe, pueda gozar lo que tú y tantas otras habéis gozado!... ¡Esperar!... ¿Y la juventud? ¿espera también la juventud? No, la juventud pasa, y presiento que si el corazón se enfría del todo, la vida en adelante ha de parecerme más triste, doble arida que ahora, por que no tendré dulces recuerdos que acaricien mi mente y caldeen mi corazón... ¡Una vejez sin recuerdos gratos!... ¡Qué cosa tan triste! ¿Verdad, Fausta?

Me aconsejas en tu hermosa y consoladora carta (consoladora por lo tierna), que le diga á Pepe lo mismo que á ti, y él, seguramente, sabrá poner término á mi aflictiva situación, si es cierto que me ama... ¡Ay, Fausta mía! ¿Crees que Pepe no siente lo mismo que yo, aunque no se atreva á confesármelo? Cien veces en cien noches, juntitos en el lecho, hemos abierto la bálbula del corazón, para dar salida á todo lo que en él guardamos: anhelos, nostalgias de felicidad y de paz, penas, dolores, todo, todo... ¡hasta tonterías de esas que convertimos en grandes cosas los que amamos, y que lo mismo concluyen en una explosión de besos, que en una explosión de llanto!... Entonces, mi Pepe me da la razón; estoy en lo justo; su Bebé, como él me llama también, es un ángel, su Bebé tiene derecho á ser la amita de su corazón, á reir, á cantar, á correr, á besarle siempre, siempre, siempre... Lo que dice el amigo Román, que creo haberte mencionado ya: «La juventud es la felicidad.» Bueno, pues yo soy joven y no veo la felicidad más que de once á una de la noche, y esto, cuando mi señora suegra no prepara durante el día, un eclipse total. Mi felicidad, viene á ser hermana de un Cupido lascivo, porque casi siempre se me aparece con él... Cree, Fausta, que muchas veces, me repugna mi felicidad... ¡Ay! Yo no sé si todos los hombres serán como Pepe; pero, si lo son, ignoran como él, que á la mujer joven que sueña y ama, no siempre le palpitan á un mismo tiempo, el corazón y la carne... Pero, no quiero seguir ahondando en este terreno... Eso... aun sería soportable, y hasta me parece que no sucedería, si nuestra felicidad pudiera ver solita la luz del sol.

Vuelvo á la conducta de Pepe, puesto entre su madre y yo... Algunas veces le compadezco sinceramente; otras, me descorazona su falta de energía... Para que tú juzgues mejor el por qué de mi compasión y de mi pena, el de la pena de Pepe y su falta de energía, así como también sus fatales consecuencias, trataré de describirte, lo mejor que sepa y con todos sus detalles, un día cualquiera de estos que, unidos por el tedio, forman la cadena de mi vida infeliz. Verás:

La economía impone que se planche en casa toda la ropa, escepto las camisas, cuellos y puños de Pepe... Esto está muy bien y es justo, no siendo millonarios... Para algo aprendí á planchar en el colegio... Ya estoy con las manos en la ropa, cuando entra mi madre política, á buscar con cuidado una pieza que tenga algún descuido; luego, hace observaciones sobre si se echa mucho ó poco carbón en el hornillo, sobre si las planchas han de estar más ó menos calientes, y hasta sobre si cuando ella era joven, se planchaba de otro modo, con lo cual, da á entender que ella lo haría mejor... Ya siento impulsos de decirle, «pues hágalo usted, señora», cuando me ordena que la ropa de su hijo no la planche, pues la planchará ella, y como si replico hay jarana, callo y obedezco, ocultando mis lágrimas. ¿Limpias un mueble? pues ella lo limpia luego también, como si yo lo hubiera hecho mal, para decir cuando se presenta la ocasión, que ella lo hace todo. «¡Qué sería de la casa sin mí!» ¿Coloco una cosa en un sitio? pues ella lo traslada á otro, como persona del mejor gusto imaginable. ¿Digo yo blanco? pues ella dice negro... ¿Hay paciencia que baste? No es posible... Los seres somos de carne y hueso, no de piedra, y por paciencia que una tenga, se exalta... En calidad de conversación familiar, te ofrezco la siguiente de mi suegra, sumamente agradable: — «¡Las madres!» ¡Oh! Cuando yo muera (que será, seguramente, después que yo) ¡cuántas veces me ha de nombrar *mi Pepito!* Lo que él dirá: — ¡Como mi madre no había otra! ¡sólo para mí vivía!... Ya verás como dice eso, Carlota; yo no lo oiré, pero tú, sí... Y es lógico; no hay nadie como una madre para querer á los hijos, y los hijos, cuando son tan buenos como mi Pepe, á nadie quieren como á su madre. Naturalmente, madre no hay más que una, mujeres... mujeres hay muchas, ¡muchas!... Un buen hijo, entre la mujer ó la madre, se queda con la madre, porque ésta es antes que todo. »

Vamos, convén conmigo, querida Fausta, que hay para comerse... á besos, á esta buena señora, cuando habla así... Mujeres hay muchas, las madres son antes que todo ¿eh? ¡Mentira! ¡mentira! La mujer es antes que la madre, porque si no hubiera mujeres que amasen, las madres no existirían.

¡Fausta, Fausta! La razón se me escapa; me veo ya en los senderos de la locura de que habla Román, el amigo de mi esposo... ¡Esto es horrible!.. Esta señora manda, ordena, dispone, organiza y no hay quien la ataje en sus excelentes dotes de ama de su casa... ¡Su casa!... Luego yo no estoy



en la mía; yo tengo esposo, pero no tengo hogar; estoy aquí como de limosna, no soy la madre, que lo es todo, soy la mujer que no es nada, porque hay muchas, ¡muchas! y se me puede substituir... ¿Por qué me casé, Dios mío? ¿Por qué no estoy aún en mi colegio de Loreto, soñando .. ¡soñando siempre!... ¡siempre!...

CARLOTA.

Madrid, 9 Abril, 90.

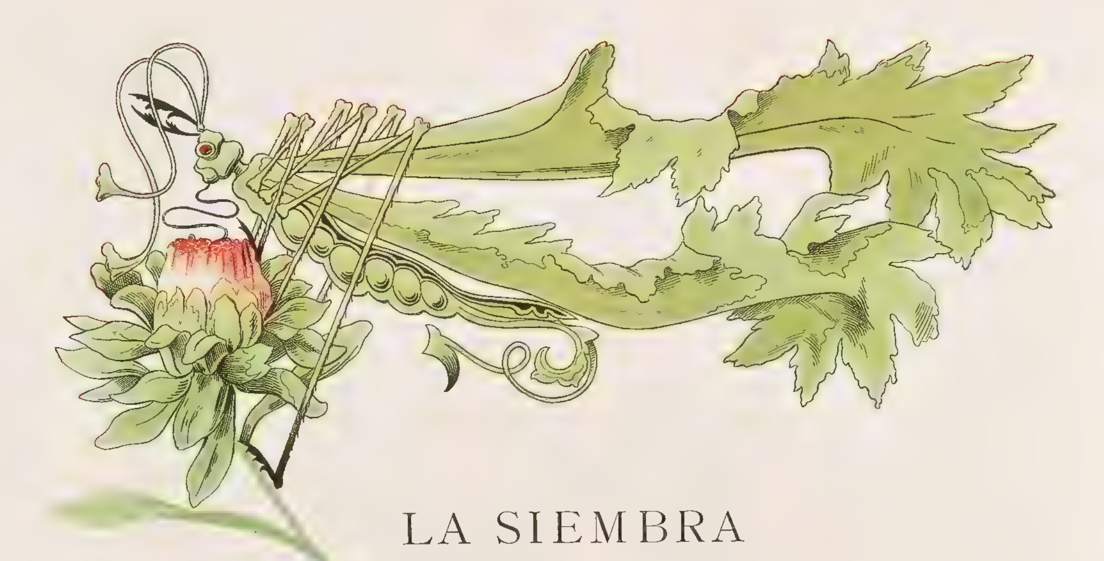
CARTA CUARTA.

Fausta de mi alma: Tu interés me conmueve... Hace cuatro días te escribí y hoy vuelvo á tener carta tuya, manifestándome lo intranquila que estás, por faltarle á mi carta la explicación respecto á la actitud de Pepe, entre su madre y yo, y por lo brusco del final, sin un beso siquiera para ti... ¡Qué talento el tuyo! ¿Estás intranquila? No te pareces en penetración á mi suegra, que achaca mi palidez á mi temperamento, que supone vicioso... ¡Teme que muera tísico su hijo, que está como una bola y rojo como un congestionado!... ¡Oh amor maternal, cómo ciegas! Esta madre santa y diligente como ninguna, no ve que ocurre todo lo contrario de lo que ella, más que suponer asegura, mirándome con el asco que miraría al vicio en persona, mientras yo, voy creyendo, juzgando por lo que me sucede, que ser esposa y ser manceba, equivaldría á lo mismo, si no existiesen las consideraciones sociales.

¿Qué hace Pepe cuando se altera la aparente y momentánea tranquilidad de esta casa? Pues, antes se encogía de hombros, trataba de apaciguarnos, sin dar á nadie la razón, y agotaba el arsenal de frases ambiguas. Más tarde, por consejo de Román, apenas se iniciaba la discordia, cogía el sombrero y se largaba á la calle, de donde volvía malhumorado y nervioso, como hombre que ha reflexionado mucho sin provecho alguno. Pero, ahora es distinto; ahora toma parte en nuestras reyertas, y unas veces da la razón á su madre, para luego llorar conmigo, á solas en el lecho, donde cree que me convence con sus besos que, poco á poco, son más húmedos y ardientes, lo que equivale á ser más repugnantes, y otras veces, cansado de culparme á mí, reprocha á su madre sus manías, lo cual atrae sobre mí, el odio de esta señora, que rompe en exclamaciones... — «¡Jesús, Dios mío!... ¡Mi hijo reconvenirme! ¡Ah! Y todo por esa mujer que me lo ha robado ¡me lo ha robado!» — Y rompe en sollozos y su rostro se inunda de lágrimas... Lo que entonces ocurre, no te lo puedes imaginar, querida Fausta, con todos sus violentos contrastes, aunque yo te lo describa extensamente... Pepe, que es buen hijo, demasiado buen hijo para ser buen esposo, trata de borrar con caricias el mal efecto de sus reproches, y se arrodilla ante su madre, y la besa, y le seca las lágrimas y, como reparación á ella, me dirige alguna que otra frase dura en su presencia... ¡Débil!... ¡siempre débil! Ni sus caricias á su madre son sinceras ni siente las insultantes palabras que me dirige en tales momentos. Y así va creciendo en él, una aversión sórdida al hogar, que en vano trata de ocultarnos á las dos. Yo volvería con inmenso placer á mi colegio de Loreto, pero él, gustoso se alejaría de nosotras...

LUIS DE VAL

(Continuará).



LA SIEMBRA

La tierra que parecía exhausta, después de entregar á los hombres el pago de sus entrañas en forma de granos cargados de principios vitales, después de haber hecho florecer los árboles y dar vida á miriadas de insectos,... como la hembra de fecundo seno, siente de nuevo la fiebre de la encarnación. No pueden sus entrañas permanecer inactivas. La ley de vida que le fué impuesta, quiere que conciba sin tregua ni reposo. ¡Salud y honor á la gran madre! Tus hijos han arrancado las plantas anuas que mantienen su existencia, los árboles se han despojado de su vestidura pomposa, los tubérculos que nutres en lo más recóndito de tus entrañas, han visto la luz del sol que vivificaba sus hojas, y has empezado la lenta reabsorción de los tallos decapitados, de las raíces sin tronco, del ázoe que vaga libre por la región del aire. Las primeras heladas del otoño y las persistentes lluvias que sueltan las nubes saturadas de agua, han extendido sobre tu gran cuerpo, un manto obscuro y una atmósfera de indecible tristeza. Aquellos que por primera vez te contemplaran, creerían que has agotado tus fuerzas y que descansas en brazos de la muerte.

No saben tu vitalidad inagotable; ignoran que cuando pareces entregada al reposo, es cuando más vivas hablan en tu seno esas voces que no desoyes nunca, y que te llaman á una nueva concepción. No puedes permanecer estéril, madre de la vida, y no bien te sientes redimida de los dolores de la maternidad, un anhelo poderoso, un deseo incontrarrestable exige que la eterna génesis se renueve, que la perdurable creación continúe.

¡Sembrad! ¡Sembrad, sin descanso! ¡Caiga la buena semilla dentro de la entraña fecunda! Abrid los flancos de la muerta viva, y la inerte simiente, en contacto con la tierra, renovará el milagro de la fecundidad, autora de la existencia.

¡Sembrad! ¡Sembrad, sin descanso! ¡Sembrad la buena semilla! Y por cada grano que sembréis, recogeréis cien granos, y cada esfuerzo tendrá decuplicada recompensa.

No dejáis sin semilla los campos. La naturaleza no puede permanecer inactiva.

Si no la fecundabais con el trigo y con los otros granos que sirven para alimento del hombre, las alas del viento se encargarían de subsanar vuestro descuido, y las zarzas y toda clase de plantas silvestres crecerían ufanas. ¡Sembrad! No dejéis yerma la tierra. Ella misma, produciendo las plantas que podéis aprovechar, os indica que para ser útiles necesitan sus fuerzas marchar por determinado camino. ¡Sembrad! ¡Sembrad, sin descanso! ¡No os duela el esfuerzo; no penséis en el trabajo y en el cansancio que engendra! Pensad únicamente en la cosecha que ha de colmar vuestros afanes, en el premio espléndido que recibiréis por vuestro trabajo, cuando veáis rebosando la troj, fermentando el mosto en los toneles, ardiendo el tuero en el hogar, y el grano que sembrasteis, calentando vuestro estómago, dando nueva fuerza á vuestra sangre, y más generosas y amplias ideas á vuestro cerebro!

La inteligencia del hombre es un campo tan vasto y tan fecundo como los que sobre el haz de la tierra distingue vuestra mirada. ¡Muchos se disputan el derecho de sembrar los campos de la tierra! ¡Cuán pocos tienen la abnegación de sembrar en el campo más fecundo aún de la inteligencia humana!

Si abandonamos la tierra á su propia dirección, las tierras de pan llevar se convertirán en bosques y selvas. No disminuirá su poder generador; pero se enderezará á otro fin. Los bosques no son útiles al hombre, sino cuando aprovecha su madera; las plantas menudas, muchas veces se pudren en el mismo punto en que han nacido, y sólo como abono aprovechan. Hombres somos y para la sociedad vivimos. No dejemos, pues, sin cultura el espíritu de nuestros hermanos.

Así como, en el seno de la tierra vegetal, sembráis los granos de trigo, sembrad ideas en el espíritu del hombre. No os arredre el cansancio; no creáis que pueda ser ingrata vuestra labor. No penséis en la fatiga presente; imaginad la cosecha futura. Por la fecundidad que en la tierra advertís, medid la fuerza germinadora de la inteligencia. Si los organismos rudimentarios, escondidos entre materias muertas, producen las maravillas de vegetación que encantan vuestros ojos, adivinad las maravillas que un organismo tan perfecto como es una idea puede producir, en contacto con la materia rediviva que integra el cerebro del hombre!

¡Sembrad! ¡Sembrad, sin descanso! ¡Sembrad la sana doctrina, como sembráis la buena semilla! ¡Sembrad, de continuo!

Sobre la tierra virgen de las vírgenes inteligencias caiga la semilla que ha de fructificar. ¡Que la cultura acabe con el yermo de la ignorancia! ¡Que la idea despierte la idea! ¡Que la bondad llame á la bondad, antes que el abismo llame al abismo!

¡Sembrad! ¡Sembrad sin descanso! ¡Que las palabras santas de fraternidad y de amor arraiguen en la tierra, ha tiempo estéril!

Cuando todo promete la vida, cuando todas las energías y todas las células piden el germen que se reproduce, el aura vital que fecunda la materia y las almas; suene de una vez el grito de redención, la fórmula sagrada que ha de crear nuevos organismos, ha de engendrar nuevas vidas y ha de hacer que la humanidad progrese, por la religión del amor, la santa, la que viene de lo alto, la que redime cuanto emerge del campo inmenso, tan descuidado como fecundo, de la espiritualidad humana.

¡Sembrad! Decid á nuestros hermanos que ya ha llegadola buena nueva; que ya ha terminado el reinado de las castas. Anunciad que los hombres serán hermanos de los hombres; que los favorecidos por la suerte se considerarán dichosos con poder socorrer á los que padezcan hambre ó persecuciones; que los poderosos fraternizarán con los humildes; que la justicia imperará sobre la tierra, si acaso queda un déspota que se atreva á esclavizar á uno solo de sus semejantes.

¡Sembrad! ¡Sembrad, sin tregua ni descanso! Y decid á los que duden, á los que se humillan voluntariamente, porque han pasado siglos y siglos bajo los hierros y amarrados á la argolla, que sus tribulaciones deben terminar, porque sus hermanos han reconocido que la tiranía sólo males engendra, y es cizaña y no trigo, rémora y no hélice, castigo y no premio, azote de los hombres, condenado á desaparecer desde el momento en que la ciencia ha hablado y las supersticiones callan.

¡Sembrad! ¡Sembrad, sin descanso! ¡Aun cuando la fatiga os rinda, aun cuando el trabajo os extenúe, por más que la labor persistente y continua agote vuestras energías,... sembrad, sembrad!

Por el trabajo perenne se elevan las razas; por el esfuerzo persistente, mejoran los hombres; por el estudio, son fecundas las ideas. Labra el campo el humilde, que tiene fe en las fuerzas nunca agotadas de la naturaleza. Los que sabéis y podéis, labrad, labrad, sin desmayo, en el campo más vasto y más fecundo de la inteligencia humana. Y cuando, como fruto bendito de vuestra labor, veáis que todos los hombres empuñan las armas de la paz, en vez de las homicidas armas; cuando advirtáis que la solidaridad y el amor reinan sobre el mundo;... entonces, sólo entonces, arrinconad el arado y recogeos en vuestras casas, esperando la óptima cosecha, que será vuestra obra.

Entretanto, ¡sembrad! ¡Sembrad, sin tregua ni descanso! Que no hay semilla que resulte estéril cuando cae en buen terreno, ni hay idea que no fructifique, si la razón y la fe abren el surco en que cae.

F. TOMAS Y ANDREU

UN ARGUMENTO

I

Como rico..., ¡vaya si era rico el tal don Pancho! Al menos pasaba por ser el más rico de la capital! Y eso que ésta era de las pocas que sostenían la fama de ricas, que desde tiempo inmemorial gozaba, gracias al trabajo, ingenio y buenas costumbres de la mayoría de sus habitantes.

Las gentes desocupadas y las que no lo estaban, en sus pequeños ratos de ocio, habían calculado... que no podía calcularse el fortunón que don Pancho guardaba en su palacio, y los más enterados ó que creían estarlo más, se recreaban en amontonar, en su imaginación por supuesto, las infinitas talegas llenas de oro que aquél Creso atesoraba, y deducir después, inocentemente, las mil y pico de cosas que con todo aquello podrían hacer, suponiendo que á sus manos se viniera por arte de Birli Birloque.

Don Pancho, había llegado á ser el prototipo de la riqueza, y el término de comparación obligado siempre que de gente adinerada se trataba; su nombre gozaba de la popularidad de los reyes, y no cedería ante ellos en doblones, seguramente; era el punto de mira de toda la población, y si fuera cierto que los oídos de las personas chillan cuando estas andan en lenguas de alguien, ¡me río yo del ruído de las masas orquestales de Wagner, ante el que sufrirían de día y noche los pobres tímpanos del ricacho don Pancho!

Había el bueno de mi hombre conseguido, además de su fortuna, que resultaba una bonita adquisición, fama de «tener cosas». Realmente, después del dinero, es de lo primerito que debe procurarse quien se estime en algo, y quiera lograr un puesto superior, al de los demás mortales.

Con «cosas», un hombre puede considerarse dueño absoluto del terreno que pisa, de suerte que ¡calculen ustedes lo que podría el don Pancho de mi cuento, con cosas y dinero!

Pues podría, sencillamente, tenerlo y no gastarlo, que era lo que al parecer se había propuesto, á juzgar por el poco uso que hacía de sus metales, así se lo pidieran recoletos descalzos.

Quiero decir, que no tenía entre sus vicios el del despilfarro ni mucho menos, y que antes de sacar una peseta de su bolsillo, lo pensaba mucho, lo volvía á pensar, y con frecuencia la dejaba sin que le viera el sol, en el sitio mismo en que la tenía. Una virtud á toda prueba.



Claveles para el balcón. — Cuadro de F. Sans Castano.

¡Y que no había tenido el hombre ocasiones de ponerla en la piedra de toque! Porque ¡es claro! el desvalido, el emprendedor, el que busca la limosna, como el que quiere un consocio; todos, en fin, los necesitados de ayuda, protección, sombra ó dinero; lo primero que habían hecho siempre, era pensar en el fortunón colosal de don Pancho, y á él acudieron, aun llevando en la conciencia el firme convencimiento de que de la entrevista, si la lograban, habrían de sacar, poco menos poco más, lo que el negro del sermón.



Limosnas para la virgen. — Cuadro de F. Sans Castaño.

II

Digno *pendant* de don Pancho, era doña Mariquita, la mujer más pizpereta, movediza, intrigantuela y amiga de hacer favores, que ha parido madre.

Figuraba en todas las asociaciones benéficas y no benéficas, en las listas de todos los abonos, en las reseñas de todos los bailes, en las mesas petitorias de todos los templos.

Como no hay función sin tarasca, podía asegurarse que no se movía la hoja en el árbol, sin que doña Mariquita tuviera en ello parte más ó menos activa. Era la mujer indispensable. Y no se crea, por lo que llevo dicho, que la tal señora fuese una arpía digna de figurar en los aquelarres de las brujas, y que su tipo reclamaba la escoba consabida, para cabalgar sobre ella, y visitar en tal forma los mochuelos de las torres y campanarios, y sorberse el aceite de las lamparillas. Nada de eso. Era una señora fina, elegante, de modales aristocráticos y vestidos primorosos, de excelente palmito y agradable conversación; argumentos todos indispensables, si bien se fijan ustedes, para lograr en una sociedad tan frívola como la nuestra, el puesto que había conquistado puede decirse que por derecho propio; haciéndose respetar y aun querer de todos, y dando ocasión justificada por su actividad, energía y talento, á que más de una vez se la aplicase aquella frase célebre de:

— ¡Es mucho hombre esta mujer!...

Pues señor, que sucedió un día lo que con frecuencia desconsoladora ocurre en el mundo: una catástrofe. Pero no se crean ustedes que una catástrofe de tres al cuarto, sino de esas que conmueven las entrañas de los adoquines, y que no podía por menos de lacerar el corazón sensible de doña Mariquita. Creo que se trataba de unas inundaciones espantosas, ó de un incendio no menos espantoso, ó... como me dice el que me proporciona estos recuerdos, *de algo parecido*.

Y... ¡allí deberían ustedes haber visto á doña Mariquita, desplegando todas sus artes, todas sus mañas, todos los poderosos medios que la sugerían sus caritativos sentimientos, para sablear al prójimo, en beneficio de los damnificados!

Durante unos días, se consagró por completo á mitigar penas, prodigar

consuelos, enjugar lágrimas. ¡Hermosa tarea! Doña Mariquita era la encarnación del ángel de la caridad, y puede asegurarse que ni comió, ni durmió, ni descansó, pensando sólo en los medios de practicar la más hermosa de las virtudes.

Organizó tómbolas, dispuso rifas, abrió suscripciones, con una decisión, un heroísmo y una buena voluntad, que no había más que pedir. Para ella — según decía, — no hubiera pedido jamás un pedazo de pan; pero para los pobres, todo á todo el mundo.

Y unos por verdadera vocación, otros por darse tonos de filántropos, muchos por complacer á una dama y el resto por quitársela de encima, es el caso que doña Mariquita consiguió donativos de gran importancia y no poco valor, para los pobrecitos que, gracias á ella, se vieron en parte compensados de las desgracias sufridas.

Pero doña Mariquita no estaba satisfecha; necesitaba más que todo aquello, y se acordó de que había dejado en el tintero la petición obligada, al poderoso, al opulento, al incomparable don Pancho.

Y como doña Mariquita era la pólvora misma, pensada la cosa no titubeó en ponerla en práctica, antes que el relente de la noche pudiese enfriar los entusiasmos.

Y fué á verle inmediatamente.

E. ALVAREZ DUMONT



FIESTA POPULAR DE LA SANTA CRUZ, EN MADRID

Juzgo curioso relatar á los lectores la serie de argumentos, súplicas y elocuencias que la señora empleó, para conmover el ánimo del ricacho. Le pintó con los colores más vivos, la tremenda desgracia que quería enjugar; le habló de lo poco que significan las riquezas de la tierra, ante los dones del cielo; le tocó su cuerda sensible, haciéndole comprender que hasta haría un buen negocio, puesto que Dios paga centuplicado lo que á los pobres se entrega; y no dejó tampoco, como último recurso oratorio, de soltar alguna lagrimita, ante la cual don Pancho no pudo resistir más... y haciendo un esfuerzo heroico, se levantó de su amplio sillón y se encaminó á su caja de caudales.

¡Lo que no consigue una mujer cuando llora!...

Y el poderoso, con aire de suprema é infinita protección, deslizó en la mano enguantada de doña Mariquita, para la suscripción abierta por la misma, un billetito de veinticinco pesetas.

Doña Mariquita, al ver aquella ruindad con que se pagaba su oratoria y su llanto, se sintió por primera vez en su larga vida de dama caritativa, con ánimo de despreciar aquella limosna y arrojársela al rostro del donante. Pero su educación pudo más que sus instintos, y se limitó á decirle:

— Por Dios, don Pancho, ¿se atreve usted á darme esta mísera cantidad? Su hijo de usted siquiera se ha portado mejor, y me ha dado quinientas pesetas.

— ¡Ah! — respondió el tacaño,— es que mi hijo puede permitirse esos despilfarros, porque tiene un padre rico. ¡Y yo, no!

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO

JULIO BORRELL



CABEZA DE ESTUDIO

PATRIA Y REGIÓN

Los recientes desastres experimentados por España, en su guerra con los yankees, contribuyen de una manera dolorosa á desvanecer muchas preocupaciones que nublan los conceptos de Patria y de Región.

La idea de Patria está sujeta á los cambios que modifican el imperio de las naciones.

Cuando los portugueses se emanciparon de nosotros, en tiempos de Felipe IV, dejaron de ser españoles, como han dejado de serlo desde hace poco los cubanos y los portorriqueños, y como no lo eran ya, desde que se declararon independientes, los habitantes de Venezuela, Bolivia, Méjico, Perú, Chile y los de las demás repúblicas hispano-americanas.

La idea de Región no está sujeta á cambios de esta índole. El regionalismo procede directamente de los caracteres físicos y de la naturaleza especial de cada comarca, y constituye, por tanto, el elemento más persistente en cada raza, ó, por lo menos, el más difícilmente modificable en la humanidad; por depender de la complexión fisiológica resultante de clima, tradiciones, hábitos y caracteres, que durarán cuanto dure el actual estado del planeta.

Nos criamos en una región, y, en este sentido, somos hijos del clima y del terreno en que nos cupo nacer. Por algo los castellanos del centro de España, donde el aire es seco y de poca densidad, tienen otra estructura y otras costumbres que los andaluces y los gallegos, que viven á orillas del mar, en atmósferas húmedas y densas. Por algo los habitantes de Noruega son los hombres más altos del mundo. Por algo es enorme la cavidad torácica de los indígenas de las cumbres de los Andes, obligados á respirar un aire de una rareidad extraordinaria, en altitudes sobre las que sólo se eleva el Condor.

El concepto de Estado ó de Nación, ó de Imperio, ó de régimen político de una colectividad que no se gobierna por las leyes de otra, entra por mucho en el concepto de Patria. La idea de Patria es, pues, variable con la de organización política, con la de dominio, con la de igualdad de derechos y de creencias de los individuos correspondientes á una colectividad, y no depende exclusivamente de la idea de territorio.

Por el contrario, la de regionalismo no se concibe separada de la idea de localidad.

Los materiales con que trabaja el artista son los recuerdos atesorados en su memoria, y, por esto, la literatura de los pueblos del Norte no puede ser igual á la literatura de los pueblos del Sur; que el espectáculo de la naturaleza no es el mismo hacia el Polo, mansión de las nieves y de las auroras boreales, que hacia el Ecuador, donde reinan los aguaceros, huracanes, baguíos y tornados. El país que produjo la Iliada no pudo ser el que engendró los Nibelungen. El Quijote, sólo era posible donde existían los molinos de viento del campo de Montiel, las ventas, los venteros, los cuadrilleros de la Santa Hermandad, los manteadores, los yangüeses, y la demás caterva de malandrines á que da vida inmortal el inmortal Manco de Lepanto.

La región engendra costumbres, usos, aptitudes y caracteres.

Donde en invierno hiela, no pueden los techos ser planos como las deliciosas azoteas gaditanas, no abrumadas de obscuras chimeneas.

Galicia es la patria envidiable de oradores, navegantes y hombres eminentes, gloria del país. ¿Porqué no produce pintores? Por otra parte, ¿porqué Sevilla es la patria de Murillo? Cuéntase que, una vez, un poeta sevillano preguntó á una espléndida gota de rocío que descomponía los rayos de un sol naciente en los más vivos matices del arco-iris: — ¿Para qué ostentas esos colores vivísimos que no brillan ni aun en los más limpios diamantes de Golconda, si han de desaparecer dentro de breves instantes? — Para producir la intuición del colorido: para crear pintores inmortales. —

En efecto; las altas mesetas del interior, rodeadas de aire seco y enrarecido, dan de la belleza impersonal de los paisajes concepto muy distinto del que sugieren las costas. ¿Qué sabe, quien no los ha visto, de los despilfarros y derroches de luces y de sombras de que hacen gala en las playas de occidente las puestas del sol? El sol, para ocultarse bajo el horizonte, desciende por una atmósfera de luz anaranjada, cuya intensidad deslumbra, y se pone entre masas inmensas de púrpura encendida y fantásticas moles de oro derretido, junto á promontorios de una negrura incomparable. A la altura de las nubes se forman ciudades encantadoras

con torres de imposible arquitectura,

y en el cielo aparecen serpientes colosales y lagartos enormes de fauces increíbles, de uñas gigantescas, á veces misteriosamente esmaltadas de colores, acompañados de otros monstruos que abarcan en la altura extensiones de 30 y 40 grados, y que se compenetran y devoran, dando lugar á nuevos monstruos y á otras fantasmagorías insensatas!!

No cabe que el labriego que en las llanuras sembradas de trigo ve las ondulaciones de las espigas, movidas por suave viento, tenga del oleaje de la mar el concepto mismo que el marinero á quien le es dado contemplar, desde la playa los estragos de la resaca enfurecida en los arrecifes y escollos de la costa. El uno, admira tranquilo, desde su heredad, en cada ola de los trigos, el viaje de una forma sin translación ninguna de substancia; pues le consta que la raíz de cada espiga está adherida al suelo. Al otro, le consta que, cuando las ondulaciones de alta mar se transforman, al llegar cerca de las playas, en ondas de translación, no hay barco ninguno que pueda resistir su furia incontrastable.

Nada más justificado que el entimema de un gran dramático:

¿Españoles no sois? Pues sois valientes.

Pero, ¡qué diferencia entre el valor colectivo de los soldados de tierra adentro y el valor individual del hombre de las playas! El uno se entusiasma con los gritos de guerra y el estampido de los cañones; mientras el otro va, frío y sereno, á tripular su bote salva-vidas, para librar de la muerte náufragos á quienes no conoce, á quienes nada debe y de quienes nada espera. El uno lanza improperios contra el enemigo; el otro no insulta sandiamente á las olas de la mar.

Todo esto engendra ideas, y crea necesidades, y da lugar á leyes, y origina costumbres,... de carácter permanente; porque permanentes son los caracteres de la naturaleza física de donde arrancan. Y he aquí porque el regionalismo existirá siempre, mientras las playas subsistan en el globo, con los valles y los montes.

En las grandes colectividades, todo es artificial, excepto el individuo y su región. Hemos dominado el archipiélago más rico del universo; pero jamás sus habitantes se llamaron españoles, sino tagalos, igorrotes, visayos, etc. Hemos dominado durante cuatro siglos las islas mejores del seno mejicano; pero sus hijos se llamaron siempre cubanos y portorriqueños. Españoles eran los mejicanos, los chilenos, etc.; pero siempre se los distinguió por el nombre de sus regiones. En nuestro país, cuando hablamos de los individuos que constituyen la gran patria española, los designamos por la región en que han nacido; y así, no confundimos á los andaluces con los gallegos, ni á los castellanos con los catalanes, etc. Sólo se llaman paisanos entre sí, los naturales de una misma localidad ¡Tanto puede la idea de Región sobre la idea de Patria!

Ni aun necesaria es la idea de Patria para el concepto de grandes colectividades, como, por ejemplo, la de los judíos y la de los gitanos, designados regularmente por las comarcas de su procedencia: los judíos andaluces; los gitanos de Castilla.

Solamente lo internacional, por su carácter de cosmopolita, modifica el regionalismo, sus usos y costumbres...

Poblaciones en que antes se dedicaba la noche entera al sueño y al reposo, se ponen en movimiento, actualmente, si la locomotora funciona allí antes del día.

El metro, el litro y el franco, han relegado al olvido la vara de medir, la azumbre, el peso duro y la onza de oro; porque el sistema métrico decimal ha uniformado los pesos y medidas de los pueblos que marchan á la cabeza de la civilización.

Los barcos de todas las naciones se hablan en la mar por el mismo código cosmopolita de banderas.

Los correos no obedecen á las exigencias locales, sino que están sometidos al régimen de la unión postal.

El telégrafo no distingue el día de la noche ni conoce fronteras.

El habitante de París se viste como el de Berlín, ó el de Londres, ó el de Nueva-York, ó el de Chile; y por eso, van desapareciendo los trajes regionales: el vestido de majo andaluz, el charro salamanquino, la barretina catalana, la boina vascongada...



La idea de Patria cede á la de cosmopolitismo, porque todos queremos ser ciudadanos del mundo, y que los pueblos se den en paz las manos.

Y día llegará en que sólo existan derechos individuales y derechos regionales, cuando se avecinen los tiempos de fraternidad universal ¡Fraternidad universal!!

Indudablemente, quien tal oiga calificará de utópica semejante aseveración. Pero al paso que va el mundo, debemos tener esperanza en la paz universal. La guerra es muy cara, é impropia del eminente estado de la civilización moderna; y cada día serán menos las naciones conquistadoras. Un invento que supere en poder de destrucción á todas las armas actuales hará imposible la guerra. Y, escarmentados los pueblos explotadores y tiránicos, no sembrarán más restricciones para cosechar insurrección.

Nosotros no lo veremos con nuestros ojos; pero ya lo hemos visto en la intuición especulativa.

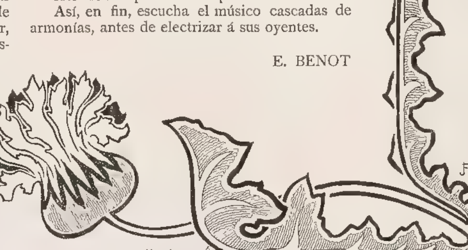
Así ve el inventor máquinas que el mundo no ha visto todavía.

Así muestra al pintor la imaginación creadora el cuadro aun no pintado.

Así crea el poeta concepciones inmortales:

Así, en fin, escucha el músico cascadas de armonías, antes de electrizar á sus oyentes.

E. BENOT



ACTUAL MINISTERIO ESPAÑOL



Excmo. Sr. D. Francisco Silvela; *Presidencia y Estado.*
Excmo. Sr. D. José Gómez Imaz; *Marina.*
Excmo. Sr. D. Camilo Polavieja; *Guerra.*
Excmo. Sr. D. Eduardo Dato Iradier; *Gobernación.*
Excmo. Sr. D. Raimundo Fernández Villaverde; *Hacienda.*
Excmo. Sr. Marqués de Pidal; *Fomento.*
Excmo. Sr. D. Manuel Durán y Bas; *Gracia y Justicia.*

(Fotografías de Huertas, Debas, Viuda de Amayra, Napoleón y Otero.)

LA MANO NEGRA

A bordo del *Canopus*, uno de los mejores buques de la Compañía Cunard, hice la travesía de Hull á Río de Janeiro. Todo marchó á pedir de boca durante los primeros días del viaje, que fué rápido. Pero cuando estábamos casi á la vista de las costas brasileñas, una violenta tempestad estorbó la marcha regular del buque. Olas enormes se estrellaban con tal ímpetu sobre los costados y embarcaban tal cantidad de agua, que á pesar de las buenas condiciones del *Canopus*, y de que resistía gallardamente los golpes de mar, el capitán se vió obligado á variar de rumbo, poniendo proa al Sur, lo cual nos alejaba de Río de Janeiro, pero permitía sortear con menos riesgo el temporal. En aquellas latitudes son tremendas las tempestades, y la que corríamos era tan furiosa, que después de diez horas el buque perdió casi por completo el gobierno y fué preciso, de la mejor manera que se pudo, hacer rumbo á un puerto de escasa importancia, que nos ofrecía seguro refugio. He aquí porque, en vez de desembarcar en Río de Janeiro, lo hicimos en San Paulo do Río.



El *Canopus*, necesitaba hacer reparaciones para llegar al punto de su destino, El timón y la hélice estaban muy estropeados. Preciso nos fué, por lo tanto, desembarcar. La parada forzosa duraría, según se nos dijo, unas treinta horas, suponiendo que la tempestad amainara porque sino la espera sería más larga.

A las ocho de la mañana desembarcamos y, como era natural, buscamos los pasajeros un alojamiento en la villa. Esta, que tiene apenas unos ocho mil habitantes, dedicados en su mayoría á la agricultura, no cuenta sino dos posadas. Ni una ni otra, ofrecen grandes comodidades al viajero, ni son modelo de limpieza ni escuela de Vatels neolatinos; pero como no podíamos mostrarnos exigentes, forzoso nos fué apechugar con lo único que había. Así me instalé en *O Lion d'ouro*.

El calor que se sentía en aquella población mal orientada, circunvalada de montañas por todas partes, era insoportable. Las calles, sin afirmado alguno, estaban cubiertas de una tierra rojiza, arcillosa, de la que á duras penas podía arrancarse las botas. Las casas, de un solo piso tenían un vano de más de medio metro entre las paredes y la techadumbre, á fin de que pudiera circular libremente un aire que nosotros no sentíamos en ninguna parte; pero de cuya existencia certificaban los naturales. El sol caía casi á plomo, y entreteneerse en recorrer las calles, equivalía á correr en pos de una insolación segura. Quedéme, pues, en la posada y después de comer gran cantidad de carne y algunos frutos del país, limas y plátanos, indiqué al hostelero que me designara habitación para poder lavarme y echar una siesta. Díjome que las pocas que tenía estaban ocupadas y que no podía darme una para mí solo. Insistí en mi demanda, recordando que en el cinto llevaba cuatrocientas libras esterlinas, y después de mucho rogar, conseguí que me diera un cuarto que estaba junto al tejado, el más fresco de la casa, según me dijeron. Subí á él. Tendría unos cuatro metros de largo por tres de ancho. Un biombo, escasamente más alto que un hombre, lo separaba de una pieza contigua. Una ventana enrejada daba á una galería que rodeaba toda la casa, especie de verandah por donde podían pasearse otros huéspedes cuyos cuartos, en vez de una reja tenían una puerta que daba á la tal galería.

Por un exceso de precaución miré por sobre el biombo. El cuarto del lado no tenía cama. Había una porción de trastos viejos y un rimero de paja de maíz. Estaría, pues, solo como había deseado.

Me lavé y luego, aligerándome de ropa, me eché en la cama. La fatiga de las últimas horas de navegación, el insufrible calor y la costumbre de echar la siesta hicieron que durmiera buen rato. Al despertar, bajé al comedor, conversé con varios compañeros de viaje, pasaron las horas, obscureció, comí y de nuevo me encaramé á mi habitación. Unos momentos hacía que estaba en ella, cuando en la del lado oí la respiración pesada de una persona dormida. Miré por sobre el biombo y encima del montón de paja de maíz, distinguí perfectamente un negrazo que dormía como un bienaventurado. Aquello no entraba en mis cálculos. Temeroso por mis relucientes esterlinas, bajé al comedor y dije al huésped, que no me gustaba el que tenía biombo de por medio, y que me haría un señalado favor enviándole á otra parte. Amo y camareros se rieron de mi aprensión, y me aseguraron que era el moreno el hombre más honrado de San Paulo do Río, y que podía dormir á pierna suelta sin temor á nada ni á nadie. Contrariado y no convencido, encerréme de nuevo. Por lo que pudiera tronar, dejé un excelente Smith de nueve milímetros al alcance de mi mano sobre el comodín, una caja de cerillas junto á la vela y me propuse, además, como segura precaución, no dormir en toda la noche. Como el calor era sofocante, cambié de posición la cama, poniendo la cabecera junto á la ventana y el comodín cerca la cabecera, y mirando las estrellas y atrapando á cada punto bichos de diversas clases y tamaños, todos cargantes y hambrientos, me dispuse á pasar la noche de claro en claro, arrullado por el rítmico ronquido del negro.

Pero el hombre propone y Dios dispone. Al cabo de media hora es casa de sudar el quilo, de perseguir insectos y de mirar á las estrellas, sino me dormí, precisamente debió de faltarle muy poco.

Sumido estaba en profundo sopor, cuando de repente sentí una mano sobre mi rostro. Pegué un salto, empuñé el revólver, me cercioré de que el cinto estaba en su sitio y encendí la vela. Todo continuaba tranquilo. La puerta no se había abierto y el negro dormía sobre la paja, destacándose perfectamente su obscura masa del color pajizo de su cama, y parecía que no se hubiese interrumpido el ritmo de su respiración pausada. Pero, á pesar de que nada justificaba mi alarma, no me cabía ninguna duda de que una mano había tocado mi cara. Es más. Aun cuando estaba dormitando al sentir el contacto, tenía la seguridad de que aquella mano tenía algo extraño é insólito, que su contacto me produjo una impresión jamás sentida. Me parecía que me había tocado una mano de niño; pero muy velluda, muy áspera. Y que me había tocado con suavidad, como para acariciarme; pero con una torpeza y de un modo que no podía hacer una mano humana.

Me vestí y bajé de nuevo al comedor, donde aun quedaban algunos trasnochadores. Me quejé al hostelero de lo que me había ocurrido y le exigí otro cuarto.

El digno portugués se echó á reir cuando le conté mi aventura, y lo propio hicieron los demás huéspedes. En cuanto á mudar de habitación era imposible de todo punto. Indignado de que me tacharan de visionario y de que me calificaran de cobarde, subí de nuevo al embrujado cuarto.

Con la vela encendida, estuve largo rato sin que nada de particular ocurriera; pero viendo que se iba á consumir por entero y que no tenía otra de repuesto, me decidí á quedarme á obscuras, firmemente convencido de que no dormiría poco ni mucho.

Mas al cabo de un rato, volvió el invencible sopor á apoderarse de mí, á pesar de mi inquietud, y otra vez quedé amodorrado.

Así, entre-dormido y despierto, me pareció ver de repente que una mano negra y vellosa, penetrando por la ventana enrejada, se dirigía hacia mi rostro. La ví como se aproximaba poco á poco, con precaución infinita; sentí como tocaba mi frente y experimenté una sensación de repugnancia y de terror tan grandes, que desperté del todo. Pero, al hacerlo, rápida y firme mi mano, atrapó aquel apéndice monstruoso y lo aprisionó como unas tenazas. La mano negra pugnaba por escapar, y al mismo tiempo, la criatura á quien pertenecía lanzaba unos chillidos tan estridentes, tan antihumanos, tan espeluznantes que, horrorizado, loco de terror y angustia, abandoné mi presa y saltando de la cama, encendí la luz.

Aquella vez no me cabía duda alguna, no era una ilusión de los mal despiertos sentidos.Una mano me había tocado, una mano negra, asquerosa, pequeña, cubierta de pelo.

Quise saber á punto fijo cual era el trasgo que turbaba mi sueño. Revólver en mano, salí al corredor y penetre en la galería. Una sombra desapareció con increíble ligereza, al asomar yo por la puerta. Doblé el ángulo y, plantada bravamente en mitad de la galería, negra, entregándose á una gesticulación desordenada, desafiándome con el ademán y con los ojos, y esgrimiendo en todas direcciones aquella mano espeluznante, estaba una mona de gran tamaño.

Me eché á reir. Volví al cuarto. Aparté la cama de la ventana, dormí sin sobresalto alguno; pero al día siguiente al despertar, pegada á los barrotes de la reja vi la cara estrafalaria de mi nocturna amiga, y la mano que tantos terrores me produjera que se movía haciéndome amistosos signos.

Tal es en pocas palabras explicada la aventura de la *mano negra*, que me ocurrió en mi viaje en el *Canopus* desde Hull á Río de Janeiro.

A. RIERA

D. JOSÉ FERRER-VIDAL Y SOLER

Esencialmente española esta revista, viénense desde el primer número engalanando sus columnas con retratos y biografías de personajes conspícuos, honra y prez de la gran familia hispana, rica como pocas en caracteres dignos de todo respeto y emulación.

Tócale hoy el turno al señor don José Ferrer-Vidal y Soler, figura la más saliente, acaso, de la política contemporánea en nuestra provincia.

Al emprender la muy honrosa tarea de ocuparnos en su alta personalidad, debemos hacer constar, que no sólo ha sostenido el nombre de su padre, adalid ilustre de la industria catalana, sino que lo ha enaltecido con hechos propios. Nacido en la pintoresca población de Villanueva y Geltrú, allí pasó su infancia y estudió las primeras letras. Trasladado á esta capital con su familia, cursó en nuestra Universidad, pasando luego al extranjero hasta los 21 años, revelándose desde un principio su afición á las Bellas Artes aplicadas á la industria, y luego su competencia, en varios artículos que, sobre la materia, publicó en distintos periódicos.

Constante en sus estudios, y probadas sus aptitudes y aficiones, la Junta organizadora de la Exposición Regional de Villanueva y Geltrú, en 1880, le nombró uno de sus vocales, encargando á su actividad é inteligencia las instalaciones de Bellas Artes; siendo después elegido presidente del Jurado Calificador.

Cuando la creación de la Biblioteca-Museo Balaguer, figuró en la Junta Directiva, de la que al poco tiempo fué elegido vicepresidente; mereciendo por sus extraordinarios trabajos y cuantiosas dádivas, que la expresada Junta acordara inscribir su nombre en letras de oro, en el atrio del edificio que ocupa dicho Instituto.



Desde mozo, había dado á conocer el señor Ferrer-Vidal, además de su clara inteligencia, los sentimientos humanitarios y filantrópicos que en la actualidad le carecterizan. Durante 14 años, ha sido vicepresidente de la Junta de la Casa de Amparo de Villanueva, y Vocal honorario de la del Hospital de Caridad, mereciendo también se inscribiera su nombre sobre mármol, en la Sala de Juntas de ambos establecimientos benéficos. Llevado de su amor á la *patria chica*, y para evitar en lo posible la mortalidad que alarmaba á sus paisanos, dotó á Villanueva de la primera estufa desinfectante y pulverizadores que funcionaron en Cataluña. Aquel Ayuntamiento demostró su gratitud al generoso donante, tributándole igual honor en el Salón de Sesiones públicas.

En Barcelona, la Escuela de Artes y Oficios y el Ateneo Obrero, tienen muchísimos motivos para estarle agradecidos, como en efecto lo están, particularmente el último; pues, atento á la ilustración de los obreros, costeó el viaje y estancia en París, durante la última Exposición Universal, á los socios más aplicados, á fin de que en aquel gran certamen pudiesen estudiar los adelantos de la industria y de las artes.

En la Exposición Universal de Barcelona de 1888, formó parte del Jurado de Arqueología, como individuo de la Asociación Arqueológica Barcelonesa. Por la eficacia de su cooperación en el mismo, y las conferencias que á la sazón dió en el Ateneo Barcelonés y en el Fomento del Trabajo Nacional, fué nombrado individuo de la Academia de San Fernando. En el Real Conservatorio de música de doña Isabel II, se hizo sentir asimismo su celo y actividad, durante el tiempo en que fué su vicepresidente; debiéndose á su iniciativa la creación de la clase para coros.

En la Casa provincial de Caridad, de cuya Junta formó parte, siendo reelegido en diferentes ocasiones, dedicó toda su actividad no sólo al fomento de la Industria, creando diferentes talleres para el aprendizaje de los asilados, sino también á la organización de la banda de música, que tanto renombre ha alcanzado.

Pertenece á la mayoría de las asociaciones benéficas, industriales y artísticas de la capital, habiendo desempeñado en todas ellas cargos honoríficos, y figura como socio de mérito en la Academia de Higiene de Cataluña; no habiendo admitido la gran cruz de beneficiencia con que quiso agraciarle don Francisco de P. Rius y Taulet, por no creer que poseía méritos bastantes para ello.

Con motivo de la visita del Ayuntamiento de Génova á nuestra ciudad, se otorgó á Ferrer-Vidal una condecoración italiana, que él debe tener en gran estima; pues en el extranjero no suelen concederse con la prodigalidad que en nuestro país se conceden.

Además de los numerosos artículos que sobre beneficencia, industria y artes ha publicado en los periódicos de esta ciudad, es autor de varios folletos; entre los cuales merecen citarse: «El Arte como perfeccionamiento de la Industria», «El Arte en la Beneficencia», «La Arqueología en la Exposición», «Memoria sobre la Casa de Caridad», «Un buen ejemplo», «La Arqueología y la Industria», etc., etc.

En 1891 salió Diputado á Cortes por Villanueva y Geltrú, siendo reelegido en 1893; en cuya fecha se le arrebató el acta á mano airada, ó poco menos. Sin embargo, el Congreso le hizo justicia proclamándole en 1895, por 140 votos contra 3; después de haber defendido su derecho, con gran energía é irrebatibles argumentos, el hoy Ministro de la Gobernación, Excmo. señor don Eduardo Dato. Durante los años en que el señor Ferrer-Vidal y Soler representó el mencionado distrito, fueron muchas las poblaciones que tocaron inmensos beneficios. Construyó á sus expensas un puente de hierro sobre la riera de San Pedro de Ribas; contribuyó á las obras de la Casa Consistorial y de las Escuelas públicas; y por todo ello y mucho más que sería prolijo enumerar, concediósele un diploma de gratitud, y la legítima satisfacción de que una de las más importantes calles de la villa lleve su nombre. San Clemente de Llobregat le nombró hijo adoptivo. La nueva Iglesia de Corbera, débele el vigoroso impulso que contribuyó á su edificación. *Los Pescadors*, sociedad coral de Villanueva, imitando el ejemplo de otras, le nombró socio honorario.

Pocos años hace que apareció en el campo político nuestro biografiado; y si, en tan corto lapso de tiempo, ha alcanzado la importancia de que hoy goza, débese sin duda á su caballerosidad, energía, lealtad y constancia; así como á la saña cruel con que le ha tratado, desde 1896, el caciquismo provincial.

El Diputado á Cortes por Villanueva, siguió á don Francisco Silvela cuando éste se separó del señor Cánovas del Castillo, y desde entonces, hasta que subió al poder el ilustre hombre de Estado que hoy preside los destinos de la nación, sufrió él y sus amigos la persecución más despiadada, por parte de los que se habían titulado sus correligionarios. No obstante, firme en su propósito, organizó en la provincia de Barcelona el partido silvelista, con la denominación de «Partido conservador liberal-independiente»; creó el *círculo* de este nombre, hoy «Unión conservadora»; y formó, en las poblaciones importantes de la provincia, comités que reconocieron la Jefatura del señor Silvela,... nó cuando la proximidad al poder sirve de poderoso estímulo, sino cuando á los partidarios del hoy Presidente del Consejo de Ministros se les negaba el agua y el fuego.

De tal modo encarnaron en el señor Ferrer-Vidal los principios regeneradores sustentados en el programa del señor Silvela, que no hubo obstáculo que le arredrase, ni energía y actividad que no empleara para la consecución de tan nobles fines.

Si ha obtenido lo que se proponía, díganlo por nosotros la altitud y prestigios alcanzados por el partido que en la provincia acaudilla, con tanto acierto, y la respetabilidad que á su nombre rodea.

Dejando al señor Ferrer-Vidal en su círculo ó en su despacho político, busquémosle de nuevo en su ambiente propio: en el de la beneficencia.

En 12 de Agosto de 1898, la Asamblea Suprema de la Cruz Roja, alarmada ante las graves circunstancias por que atravesaba la Comisión provincial de tan importante organismo benéfico en Barcelona, estimó necesario introducir en ella enérgicas y radicales reformas; fijándose al efecto en don José Ferrer-Vidal y Soler, á quien nombró su delegado especial: invistiéndole de omnímodas facultades para la reorganización de la Cruz Roja en esta capital. Y tan satisfecha ha quedado dicha Suprema Asamblea, que le ha otorgado la gran placa de honor y mérito, autorizada por R. O. de 20 de Junio de 1876, para premiar los servicios extraordinarios.

Barcelona entera ha visto al señor Ferrer-Vidal, desafiando las frías mañanas de invierno, los vientos y las lluvias, impávido en el puerto, deseoso de ser el primero en auxiliar y consolar á los pobres soldados que regresaban de Cuba y Filipinas casi cadáveres; no desdeñándose de servirles, por su propia mano, la taza de caldo ó la copa de vino que devolverles debía las agotadas fuerzas.

Los repatriados, espectros de aquella lozana juventud que antaño vimos partir, restos de nuestro bravo y sufrido ejército,... al abandonar la cubierta del trasatlántico que los reintegraba al suelo patrio, y poner en éste su vacilante pie, encontraban al señor Ferrer-Vidal y á los suyos, que les cuidaban con cariñosa solicitud, afanándose por procurar á los pobres enfermos todas las comodidades posibles. Atento en particular á la solución de este humanitario problema, ha realizado preciosos inventos que, una vez comprobada su eficacia, se ha apresurado á llevar á la práctica; regalando al efecto un utilísimo coche para la Ambulancia de la Asociación, que los barceloneses poco há tuvieron ocasión de admirar. Cuando de una obra generosa se trata, nada le detiene; así le vemos costear, día tras día, aparatos de gran precio, sostener á sus expensas benéficos asilos y hacer limosnas á granel.

Conforme hemos dicho antes, en España no escasean los caracteres notables; pero, debemos reconocer imparcialmente, que raras veces se encuentran reunidas en un solo individuo las relevantes condiciones que determinan la por todos conceptos simpática figura de don José Ferrer-Vidal y Soler.

Antonio ASTORT



PAISAJE



VISITA ESPERADA

BEBÉ

(Continuación).

Resúmen: nadie es feliz; Pepe, porque se encuentra como el que equivoca un sendero, y en vez de internarse entre rosales se mete en un zarzal, donde se pincha gire hacia donde gire, en vez de sentir en su rostro la fresca caricia de las rosas y el suave perfume que de ellas se exhala; yo, porque veo morir mi juventud como mariposa prisionera bajo una copa, y esta bendita madre, porque el egoísmo de su amor y su voluntad siempre virgen, no se quieren doblegar á las exigencias del estado de su hijo. ¿Te haces cargo de la situación? ¿Crees que tendrá fin? Sólo uno lógico y razonable podría haber: que este hogar se dividiese en dos; pero ni Pepe podría atender á tanto gasto, ni su madre se conformaría (como ya previsoramente advierte) á vivir sin estar á todas horas con su hijo. Además, cree Pepe, que tal separación redundaría en descrédito suyo... «Es un mal hijo... No ha sabido imponer á su esposa el respeto que merece una madre» asegura que dirían todos... ¡Una madre!... Sí, sí, ¡debe de ser muy hermoso tener madre! Yo no conocí á la mía; pero no creo que si la tuviera, fuese tan torpe que matase mi felicidad, como esta señora mata la de su hijo y, con ella, la de todos.

Ya ves que mis males no tienen remedio, mi amada Fausta... ¡Cómo ha de ser! Poco á poco, voy perdiendo la voluntad; ya no acaricio ensueños, ya no tengo vanidades ni aun para agradar á Pepe, ya mis labios están siempre silenciosos: ni ríen ni se quejan. Me voy petrificando... Mejor. No sé dónde, leí que la insensibilidad es la dicha mayor de los desgraciados... Pues venga esa dicha; cualquiera es buena cuando no se tiene ninguna. Además, de este modo, también serán felices ellos.

La causa de haberte enviado la carta anterior sin despedida, fué que me dió un síncope, al llegar al punto en que quedó interrumpida... Al reponerme, la escondí para que nadie la viese y, no teniendo ocasión de acabarla y deseando que tuvieses noticias mías cuanto antes, la firmé y eché al correo tal como estaba... ¡Besos para ti!... Todos los que quieras, Fausta... ¡Lástima que estés tan lejos! ¡Cuánto me consolarías si estuvieses aquí! ¿verdad? Adiós... Tu Bebé, besa esta carta; bésala tú también aquí, en el sitio donde estas palabras escribo, y nuestros besos se unirán, ya que no pueden unirse nuestros labios como en otros tiempos.

Te quiere con toda su alma, tu pobre amiga

CARLOTA.

Madrid, 14 Abril, 90.

CARTA QUINTA.

Mi buena Fausta; como ves, cumplo tu deseo escribiéndote con frecuencia, y eso que poco nuevo puedo decirte; es decir, sí: he estado enferma unos días... Como á Pepe, por la noche... ya sabes... de once á una le desvelaba el amor, había de sufrirle y siempre eran las tres de la madrugada cuando me dormía; y como su madre llenábame de inconveniencias si no estaba en pie á las seis de la mañana, para dar las primeras órdenes á la sirvienta (Pepe se levanta á las doce), levantábame con solamente tres horas de descanso... Esto, que ya duraba mucho tiempo, alteró de tal modo mi sistema nervioso, que todo se me caía de las manos. Al fin, me caí yo. Pero, á Dios gracias, ya estoy buena y el caso no creo que vuelva á repetirse, porque Pepe, que durante mi enfermedad salió á distraerse por la noche con los amigos, le ha tomado afición al trasnochar y vuelve á casa á las dos de la mañana... y no me molesta... Yo me acuesto á las diez y me levanto á las seis, con lo cual voy engordando un poquito. Ya sabes que en el colegio, me dejaban dormir una hora más de lo reglamentario, por orden facultativa. Ahora estoy más contenta, y gracias á mi falta de voluntad para todo, va imperando la paz... Mis únicas venturas, son dormir y escuchar los chascarrillos que Román suele referirnos con su gracia inagotable. Fué lo primero en que estuvimos de acuerdo la madre de Pepe y yo: en que Román, es muy gracioso, muy listo y muy elegante... Me gustaría que le conocieses, porque tú, que siempre te distinguiste entre todas las compañeras de colegio por tus aficiones literarias, pasarías deliciosos ratos oyéndole recitar sus versos... Escribe en los semanarios, es redactor de un periódico y, con todo eso, gana más que Pepe, quien no he de ocultarte que descuida sus asuntos de un modo deplorable. Algunos días, la criada tiene que comprar al fiado; otros, Román nos hace un préstamo de dos ó tres duros; en fin, vamos viviendo como Dios ó mi señor marido quieren... A mí ya me es indiferente todo.

Si despedimos á la criada por no poderle pagar, ya te avisaré á donde tienes que dirigirme tus cartas.

Como ves, las noticias que te doy, si no son buenas, tampoco son graves... Prefiero esto á mi luna de hiel... ¿Será porque, como me dijo mi amigo Román, un día en que, casualmente, estábamos solos, se han helado mis sentimientos? Tal vez; porque si he de confesarte la verdad, aun suspiro cuando leo los apasionados versos de amor que Román publica, y aun me encantan las flores de matices suaves y delicados... ¡Cuántas había en nuestro jardín del colegio de Loreto y qué hermosas eran! ¿Te acuerdas, Fausta, del placer que sentíamos cuando nos engalanábamos con ellas? Una mujer con flores está muy bonita; pero en este Madrid de mis pecados, las venden muy caras y Pepe nunca me compra... Un día, Román, me obsequió con un ramo de flores y ¡créelo! aquel día fué el más feliz de mi existencia de casada... ¡Qué hermosas eran! ¡Como aquellas, Fausta, como aquellas del jardín del colegio! Yo las besé con entusiasmo, con amor, con locura; y á cada una de las flores, la bauticé con un nombre: María, Carmen, Dalia, Mercedes... y tú también, Fausta... ¡Mis amiguitas, mis amantes compañeras de colegio! Creí que las tenía entre mis manos, que habían venido á verme y á renovar nuestros juramentos de amistad eterna, y las regaba con mi llanto, y las oprimía contra mi corazón y... ¡Estuve loca los cuatro días que vivieron junto á mí!...

Cada flor que se deshojaba marchita, era una compañera que perdía, y dejaba un vacío en mi corazón como cuando sacaban alguna del colegio. Por fin... ¡se fueron todas!... Yo lloré, escondí algunas hojitas en mi libro de oraciones... y sentí otra vez el frío de la soledad... ¿Fué aquello un momentáneo deshielo de mis sentimientos? ¿Tiene razón Román? ¿Aun soy joven? Por la edad lo podría ser, porque sólo tengo veintitrés años, pero ¡me parece haber vivido tanto! No, no lo soy, Fausta... La juventud no vuelve, y yo era joven cuando soñaba con el bigote rubio á la borgoñona y el arrogante pecho cubierto de entorchados... Mi juventud, fué en verdad muy breve, pero ¡qué remedio! No haber soñado, no haber tenido anhelos ó no haberlos realizado jamás... «El que ama el peligro, en él perece», leíamos en el Evangelio sin hacer caso...

Adiós, Fausta; todos están durmiendo; es decir, la madre de Pepe y Celestina, la criada... Yo aprovecho la ausencia de Pepe y mi soledad, para escribirte... ¡Pepe! Cada día vuelve más tarde. Ayer, vino á las seis de la mañana.

Te envía miles de besos y de abrazos, tu más constante amiga

CARLOTA.

Madrid, 16 Mayo, 90.

CARTA SEXTA.

Querida Fausta: acabo de recibir la tuya, en la que me das consejos excelentes; pero que no pueden ser llevados á la práctica y ¡ay! mucho menos ahora... por razones que tal vez te comunique algún día.

No me contestes hasta que te vuelva á escribir... Ocurren grandes cosas en esta casa... No sé en qué acabaremos todos... ¡Ellos lo han querido!

Adiós; no tengo tiempo para más.

Te abraza cariñosamente, tu constante amiga

CARLOTA.

Madrid, 4 Junio, 90.

CARTA SÉPTIMA.

Mi amada Fausta: No quiero creas que te tengo olvidada. Dos meses han pasado desde la última vez que te escribí. Fue á comienzos de Junio y en los días en que ocurrieron los grandes sucesos de que voy á darte cuenta; sucesos que, según cómo se consideren, fueron una gran felicidad para todos.

Has de saber, querida, que ya no vivo con mi esposo. Salí para siempre de aquella casa, que algunos llamarían pomposamente el santo hogar y que fué para mí el más horrible de los infiernos... Aquello, había llegado á ser insoportable... La miseria, los sufrimientos hijos del mal trato que me daban mi marido y su madre, él, con golpes ya, ella, con insultos... ¡Oh! No... no podía durar aquella situación. ¡Era ya demasiado! Un mes más de tal vida y concluyo por cometer cualquiera locura.

La miseria, cuando viene sin que la busquen los demás, no asusta á la esposa amante; lucha frente á frente con ella, hasta que consigue arrojarla de su hogar... Pero bien sabes que yo no tenía hogar. Aquella era la casa de mi madre política, incapaz de ceder el menor de sus derechos, ni aun de hacer partícipe de ellos á persona alguna, y mucho menos á mí... Además, mi pobre trabajo, porque llegué á trabajar de orden de mi suegra, para una tienda de ropa blanca, no era bastante á las necesidades de la casa; necesidades que multiplicaba mi marido, con sus dos vicios más asquerosos: las mujerzuelas y el vino.

¡Cómo ha de ser! Lo pasado ya no tiene remedio. ¿De quién ha sido la culpa? Cuando pienso en esto (y procuro pensar lo menos posible), siempre concluyo por creer que si Pepe y yo, hubiéramos tenido hogar propio, á estas horas seríamos dos seres felices. Ni él ni yo, hubiéramos sido víctimas de la constante lucha porque hemos pasado y que ya conoces tú... No culpo á Pepe, en absoluto. Hoy, es un... Tampoco quiero juzgarle; pero no fué su instinto quien le empujó; fué la desgracia, la infelicidad. Buscando la dicha, nos solemos meter hasta en el lodo, por si allí la encontramos. Esto le sucedió á Pepe.

Ya sabes, pues, lo ocurrido. Ahora, puedes escribirme á mi nombre y con entera libertad. Vivo en un humilde tercer piso de la calle de Claudio Coello. Es pequeñín y pobre; como yo. Pero le da el sol todo el día, y esto y la gran porción del azul cielo que se ve desde los balcones, contribuye á que sea muy alegre.

A ver si ahora me escribes tanto como antes, querida Fausta... Dirígeme tus cartas á la calle antedicha, número... piso tercero, derecha.

Adiós, amiga mía. Saluda á tu esposo en nombre mío, y tú recibe un abrazo y un beso de tu constante

CARLOTA.

Madrid, 4 Agosto, 90.

CARTA OCTAVA.

Amiga Fausta: ¿Con que, llevada de tu interés por mí, escribiste á Pepe, haciéndole infinitas reflexiones, con el fin de inclinarle á una reconciliación conmigo? ¿Con que él te contestó que nada quería saber de mí? ¿Con que te dijo que me había echado de su casa por adúltera? Pues bien, sí; es verdad: por eso me echaron él y su madre, después de escupirme ella y de abofetearme él *por última vez*. Ya lo sabes todo; y puesto que, á pesar de saberlo, me escribes demostrándome compasión y diciéndome que mi falta te parece un sueño fatal, debo sincerarme á tus ojos, y darte con toda franqueza, las explicaciones que mi esposo omite.



Sí que he sido adúltera; sí que he faltado á los deberes de esposa honrada; sí que he manchado el apellido de Pepe... de los Gómez; sí, sí, sí. Y ¿por qué? Porque era desgraciada, teniendo derecho á ser feliz; porque mataban mi juventud, y la juventud es sagrada para los corazones nobles; la juventud, tiene derechos que deben respetarse. ¿Busqué yo mi desgracia? No. ¿Tenía el deber de renunciar á las dichas soñadas, á las soñadas y humanísimas venturas de paz, alegría y amor, que toda mujer púbera, espera en pago de su amor? No. ¿Respetaron mis derechos de esposa? ¿Respetaron los de mi juventud ni mi dignidad de mujer? Tampoco. Pues si yo no busqué mi desgracia ni la de nadie, si yo tenía derecho á la paz, á la alegría y al amor soñados, si no respetaron los derechos de mi juventud ni los de esposa humilde y enamorada, ni tan sólo mi dignidad de mujer, ¿de qué se duelen? ¿por qué me desprecian? Antes de que ellos pudieran quejarse de mí, acusarme y despreciarme, tuve yo sobrados motivos para echarles en cara lo arbitrario de su dominio, para acusarles de sus faltas á mi honor y á mi dignidad, y para despreciarles por sus groseros instintos, por lo egoísta y falso del cariño de ella y por lo lascivo y repugnante del amor de él... ¡Sí que he faltado, sí! No habían de ser ellos solamente los que faltasen. Ellos, lo hicieron sin derecho; yo, al menos, he tenido razón... ¿Es que sólo el honor, los derechos y la dignidad del hombre, han de ser los que prevalezcan y los que pesen, en la balanza de la razón y de la justicia? ¿Es que á la mujer, han de juzgarla todos, como aquella madre egoísta que, porque hay muchas mujeres, las considera cosa inferior? No, no y no... Yo era buena y hasta creo que sigo siéndolo; yo era honrada; yo amaba á mi esposo, yo quise hacerle feliz y serlo con él. ¿Por qué fueron malos para mí? ¿Por qué me faltó mi esposo? ¿Por qué me pegó, al escuchar mis sollozantes quejas y mis ruegos, formulados entre besos humedecidos de lágrimas? ¿por qué se me quiso convertir en cosa que no siente ó en irracional que obedece las órdenes de su amo, sean ó no sean justas?...

LUIS DE VAL

(Continuará.)



Excmo. Sr. D. José Marina Vega, General de brigada y Gobernador Civil de Barcelona. *Fot. Napoleón.*

Excmo. Sr. Dr. D. Bartolomé Robert, Alcalde Constitucional de Barcelona. *Fot. Matarrodona.*

MADRID ELEGANTE

CONFORME pronosticábamos en una de nuestras últimas crónicas, la sociedad aristocrática recobró su animación, no bien las campanas de las iglesias tocaron á Gloria; el tiempo verdaderamente primaveral, ha contribuído no poco á este súbito despertar de nuestra perdida alegría, pues no hay tedio que resista á la contemplación de este hermosísimo cielo madrileño.

Los toros han estado concurridísimos y brillantes, y entre el elemento aristocrático que festoneaba las barandillas de los palcos, notábanse muchas bellezas extranjeras, envueltas en las ondas de encaje de nuestras clásicas mantillas; recordamos, entre otras, á las dos hijas del Embajador de Alemania, que estaban verdaderamente hermosas, con las mantillas de blonda blanca; á las hijas de los Condes de Heerenn, y á la Baronesa de Seefried-Butheneim, una alemana encantadora.

También ha llamado justamente la atención en las fiestas taurinas, por la gentileza y gusto con que llevaba la clásica prenda española, la linda *Doña Sol*, única hija de los Duques de Alba.

***

Con tan hermoso tiempo, natural es que las fiestas al aire libre se vean más concurridas que las que se celebran en los salones, siendo ya bastante numerosa, y sobre todo muy distinguida la concurrencia femenina que asiste al *Tiro de pichón* de la Casa de Campo, y á presenciar las partidas de *Polo* en el Hipódromo de la Castellana; en éstas, toman parte los más linajudos aristócratas, en unión de opulentos *sportmen*, pero raro es el día que no ocurre algún leve accidente.

El juego, en realidad, no carece de exposición.

***

Se encuentra entre nosotros una familia muy apreciada en esa capital: la de los Marqueses de Villamediana, quienes ocupan las habitaciones del piso principal de los Condes de Romrée, en la calle del Arenal. Como cuentan en la Corte con grandes simpatías, todos los miércoles por la tarde acuden á saludarlos y á tomar el té en su compañía, gran número de amigos.

Entre otros muchos viajeros ilustres que han venido recientemente á Madrid — de paso algunos de ellos para Sevilla, — figuran el Ministro de Méjico en París, señor Iturbe, con su bellísima esposa, que es una Scholtz, hermana de la Marquesa de Ivanrey. Dicha opulenta dama ha sido muy obsequiada por la sociedad aristocrática, y en las fiestas á que ha asistido ha llamado la atención, no solamente por su belleza, que es espléndida, sino por la suntuosidad de sus joyas, entre las que descuella el magnífico collar de perlas, uno de los más hermosos del mundo.

Además, han estado entre nosotros los Condes de Heerenn con sus hijas, que habitualmente residen en Biarritz; los Marqueses de Villavieja, que viven en París, (la Marquesa se llamó de soltera *Tolita* Salamanca); y los Príncipes Pío de Saboya, que han abandonado su palacio de Florencia, para pasar una temporada al lado de su próxima parienta, la Duquesa de Fernán-Núñez.

***

Fiestas aristocráticas no faltan; pero nótase, cada día más, una tendencia á reducir éstas á los círculos de mayor intimidad de los dueños de la casa, de suerte que aquellos grandes saraos, al estilo de los que se daban hace algunos años en los palacios de Fernán-Núnez, Bailén, Cerralbo, Nájera, Viana y otros, han quedado como vagos recuerdos de las costumbres de otras épocas. Hoy, apenas pasa día, sin que ya en una, ya en otra morada aristocrática, se verifique algún concierto íntimo, algún baile *pequeño*, algún banquete ó alguna velada teatral; pero, nada de esto trasciende al público, y preciso es toda la indiscrección de un cronista, ávido de información, para que la descripción de la fiesta aparezca en letras de molde.

Eso sí; tales fiestas suelen ser dignas de que las describan plumas bien cortadas; todos los refinamientos del lujo, del arte y del buen gusto, se reunen para obsequiar á un corto número de amigos de los dueños de la casa. Buena prueba de ello, el almuerzo en *pequeñas mesitas* de cuatro y seis personas, celebrado no ha muchos días en el palacio de la Marquesa de Manzanedo, con asistencia de la Duquesa de Alba y su hija, de los Duques de Montellano, Lécera y Santoña, de los Marqueses de Ivanrey y otras personas distinguidas; el concierto verificado hace dos semanas, en el elegantísimo hotel de la señora viuda de Arcos; los banquetes, á cual más espléndidos y suntuosos, celebrados en las residencias de los Marqueses de Hoyos y de Monteagudo, amenizando el *après dîner* de este último, el notabilísimo cuarteto *El Turia;* y las veladas teatrales de la Embajada de Francia y del Secretario de la Embajada Rusa, Mr. Mourawieff-Apóstol.

***

La única verdadera fiesta *grande* hasta ahora celebrada, fué la verificada en casa de la Condesa viuda de Pardo Bazán, con motivo de celebrar sus días, el 5 del pasado, su hija, la autora insigne de la *Vida de San Francisco*, colaboradora asidua del ALBUM SALÓN.

Casi todos los grandes nombres de la literatura, de la aristocracia y de la política, desfilaron ante la notable escritora que, cuando estas líneas vean la luz pública, habrá ya dado su anunciada conferencia en París, ante un auditorio compuesto de los más notables literatos de la República vecina. A felicitar á doña Emilia Pardo Bazán, acudieron, entre otros muchísimos: Echegaray, Sellés, Manuel del Palacio, Jacinto Benavente, Tolosa-Latour, Ferrari, Romero Robledo, Castelar, el General Ordóñez; y con ellos, la Duquesa de Osuna, las de Tetuán, Valencia y Noblejas, la Marquesa de la Laguna y gran número de linajudas damas.

Los Marqueses de Linares, admiradores entusiastas de la insigne escritora, la obsequiaron con un precioso *Trébol* de oro con brillantes; el director de *La España Moderna*, con un libro, que es una maravilla artística; y el Duque de Valencia, con un precioso cuadro antiguo.

***

Una noticia para nuestras caprichosas lectoras: el dije de moda esta primavera es el galápago; se pinta en el país de los abanicos, se incrusta en sus varillas, se cuelga de las cadenas, se engarza en las pulseras, y hasta se esconde entre las plumas y las gasas de los sombreros.

Es realmente un *porte bonheur* muy feo; pero, á quien le traiga la suerte, le parecerá de perlas el repugnante anfibio.

MONTE-CRISTO



MTRO. MELCHOR RODRÍGUEZ DE ALCÁNTARA. *Fot. Audouard.*
Autor de la pieza de música que acompaña á este número.

FIESTA CIVICO - RELIGIOSA DEL 2 DE MAYO

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS.)

PARA conmemorar el aniversario del 2 de Mayo de 1808, declarado por las Cortes de Cádiz fiesta nacional, y primero que iba á celebrar Madrid, libre de franceses, encargó el nuevo Congreso al Gobierno, al Ayuntamiento, y al cuerpo de artillería, la celebración con la mayor solemnidad, del acto de exhumar los restos de las víctimas de aquel memorable día; inaugurando, al propio tiempo, sus sesiones, en el edificio de doña María de Aragón, que para el mismo había de estar terminado.

De tal modo excitó el patriotismo la orden de las Cortes, que hombres, mujeres y niños, artistas y obreros, nobles y ricos, contribuyeron á su feliz término; los unos, prestando gratuitamente sus brazos; los otros, su talento; y los últimos, satisfaciendo el importe de obras y jornales; de suerte que, en pocos días, quedó habilitado y decorado el grandioso salón, y la fachada pudo lucir, entre las estatuas de la *Patria*, la *Religión* y la *Libertad*, una elegante lápida de mármol, en que se leía, escrito con letras de oro:

« LA POTESTAD DE HACER LAS LEYES RESIDE EN LAS CORTES CON EL REY. »

En el Prado, donde hoy se levanta el Monumento conocido por el *2 de Mayo*, se preparó una mesa de altar, con una ancha urna, para recibir los cuerpos de los heroicos capitanes y de las víctimas de aquel terrible día, entre las preces de los clérigos, presididos por el obispo auxiliar de Madrid, don Anastasio Puyal, los gemidos y las lágrimas de los parientes, y los gritos de horror y venganza del pueblo. El Ayuntamiento, acordó el 21 de Abril, vestir y dotar con 3,000 reales á diez doncellas, una de cada cuartel (distrito), hijas, hermanas ó parientas cercanas de los que fueron víctimas en aquel día; y el 28 dirigió una alocución al pueblo, convocándole á la exhumación de los restos, en el punto del paseo del Prado donde fueron inmoladas la mayoría de ellas; pues las otras lo fueron en la Puerta del Sol, contra los muros de la iglesia del Buen Suceso, algunas en San Ginés, y muchas en la montaña del Príncipe Pío: todas en montón y sin socorro alguno espiritual.

Encargado el cuerpo de artillería, al que pertenecían Daoíz y Velarde, de la patriótica solemnidad, construyó un magnífico carro triunfal, que estuvo expuesto todo el día 1.º de Mayo al público, compuesto de un ancho zócalo, decorado en los costados con relieves y pinturas, representando escenas de la defensa del Parque, y sobre él y en soberbios féretros cubiertos de armas, banderas, palmas y coronas, las cenizas de aquellos héroes. Delante, llevaba una figura con un libro en la mano, en cuyas abiertas páginas se leía: *Imitarlos;* reposando á sus pies el león de España que tenía bajo sus garras las águilas francesas, y unos pebeteros de que emanaban perfumes. A la espalda, se contemplaban las armas nacionales, con el emblema de ambos mundos, entre las columnas de Hércules, el lema *Plus Ultra*, cañones, estandartes y trofeos militares.

El estampido de los cañones anunció la nueva aurora de aquel sagrado aniversario. Una gran parte de Madrid acudió al *Campo de la Lealtad*, á oir la misa celebrada en el altar improvisado, en tanto que otra se dirigió al *Parque de Monteleón* de donde debía salir la fúnebre comitiva.

Oigamos á un testigo presencial:

« Precedida de banderas, palmas y trofeos militares, y de armoniosas músicas que henchían el aire con marchas fúnebres y coros patrióticos y marciales, arrastrada por ocho caballos lujosamente enlutados y empenachados, marchaba la triunfal carroza, que soportaba los restos de Daoíz y Velarde. Ocho oficiales, de igual ó superior graduación, sostenían los cordones que pendían de las urnas, y el cuerpo de artillería entero, con sus numerosas baterías de cañones, formaba el cortejo de sus dos ilustres capitanes.

Dirigióse la marcial comitiva por la calle Ancha de San Bernardo al nuevo Pa-



FIESTA CIVICO - RELIGIOSA DEL 2 DE MAYO. — Cuadro de ENRIQUE ESTEVAN.

lacio de las Cortes, donde esperaban todos los diputados, para incorporarse á ella; después, y al frente de las Casas Consistoriales, las autoridades, el Ayuntamiento con sus maceros, y los parientes de las víctimas, entonces muy numerosos; y en estos términos se encaminó al Prado y *Campo de la Lealtad*.

Allí, y después de las preces religiosas entonadas por el clero, delante del santo altar, incorporóse á ella otro carro, asaz modesto, llevando la urna que contenía los restos de los madrileños sacrificados en aquel sitio; con lo que, y completa ya la magnífica procesión, empezó á desfilar por la carrera de San Jerónimo, Puerta del Sol, calles de Carretas y de Atocha, á la de Toledo, hasta la iglesia de San Isidro. En ella, en fin, y colocadas las tres urnas en un suntuoso catafalco, iluminado con cien blandones, celebráronse las solemnes honras y oración fúnebre; concluyendo tan solemnísimo acto á las cinco de la tarde, con las descargas de fusilería y el incesante estampido del cañón. »

El himno patriótico que los coros iban entonando fué escrito por el sacerdote liberal y notable poeta, don Antonio Sabiñón, autor de la tragedia *Numancia*.

En el Teatro de la Cruz se ejecutó aquella noche una manifestación análoga en honor de los inmortales Daoíz y Velarde y demás defensores de la Patria, seguida de un himno con estrofas, alusivo al memorable *2 de Mayo*, composición del inspirado poeta don Juan Bautista Arriaza.

Durante el día, los ciegos no dejaron de vender el papelito intitulado *Los héroes del 2 de Mayo sacrificados por Bonaparte*, que la gente les arrebataba de las manos.

Hasta 1840 no se inauguró, en la fecha conmemorativa, el *Monumento del Dos de Mayo*, en la plaza de la Lealtad (Paseo del Prado).

Consiste en un gran sarcófago, que guarda las cenizas de los mártires de la Independencia española, con alegorías, los bustos de Daoíz y Velarde, y un león defendiendo las armas nacionales. Sobre un pedestal dórico, arranca una pirámide de piedra, imitando los obeliscos egipcios, de 46 pies de altura. Fué proyectado por el distinguido arquitecto don Isidro Velázquez, y las estatuas decorativas del pedestal, que representan la *Constancia*, el *Valor*, la *Virtud* y el *Patriotismo*, las ejecutaron los reputados artistas señores Elías, Tomás, Medina y Pérez.

Honrar la memoria de los héroes muertos, es un deber de sus compatriotas vivos. Su recuerdo sirve á la vez de ejemplo y enseñanza.

El ALBUM SALÓN cree cumplir un deber, consagrando las efemérides de este mes á aquellos de quienes dijo el ilustre ya citado Sabiñón...

« Que muriendo con ínclitas muertes
Libre á España supieron hacer. »

E. RODRIGUEZ - SOLIS



DIEGO VELÁZQUEZ DE SILVA



EGURAMENTE más admirado en el extranjero que en la tierra en que nació, disputadas sus obras, aun las medianas, donde apenas apunta aquella magistral factura que debía robar sus secretos á la luz, su fuerza y expresión á las pasiones, para inmortalizarlas por medio de la plástica; grande entre los grandes, el primero por la fidelidad y sentimiento del natural, VELÁZQUEZ, que hoy revive oficialmente, con motivo de su tercer centenario, no puede morir, en tanto que el tiempo respete sus telas y no borre las líneas que trazó su mano. Su genio no ha sufrido eclipses; no es de los que brillan hoy para desaparecer mañana, sino de los que se imponen y quedan y se perpetúan; porque ha sabido ser natural y humano, porque no pinta una ficción de aquellas que pasan como las generaciones, sino el hombre tal cual es, con sus defectos y sus altas cualidades, con su pereza y su energía, borracho de vino ó borracho de gloria, arrastrándose por el fango del vicio ó iluminado por el resplandor de gloria que irradia el poder noblemente ejercido y en provecho de sus semejantes empleado.

El ALBUM SALÓN, deseoso de contribuir, aunque sea en proporción humilde, al homenaje con que España, sacudiendo su apática indiferencia, va á honrar la memoria del gran artista cuyas admirables creaciones tanto la enaltecieron; le dedica el presente número, ilustrado con las obras que más contribuyeron á cimentar la fama que justamente le adjudicó su siglo: encabezándolo con su retrato y la siguiente biografía, de irrecusable autoridad, por ser traslado fiel de la que en 1800 publicó la Academia de Bellas Artes de San Fernando, sin otra variante que la adaptación de su ortografía á las reglas modernas.

Júzguese por ella de la importancia que tuvo en el universo todo la colosal figura de

DIEGO VELÁZQUEZ DE SILVA

NACIÓ en Sevilla, en el año de 1599, y fué bautizado en la parroquia de S. Pedro el día 6 de junio, como consta de la partida de bautismo. Vinieron de Portugal sus abuelos paternos á establecerse en aquella ciudad, y sus padres le dedicaron al estudio de la latinidad y de la filosofía; pero, notando una inclinación decidida en el muchacho á la pintura, porque siempre estaba dibujando en los libros y cartapacios, tuvieron por más acertado ponerle en la escuela de Francisco Herrera, el viejo, tan conocido por su facilidad en pintar, como por la aspereza de su genio. Aunque aquélla era adaptable á la viveza del discípulo, ésta era insoportable á su amabilidad y dulzura, por lo que tuvo que sacrificar el estilo del maestro, que llenaba sus ideas, á la tranquilidad de su espíritu; prefiriendo la blandura de Francisco Pacheco, á cuya dirección pasó después.

Aunque éste procuró instruirle con esmero en todas las reglas y preceptos del arte, el joven Velázquez, que era dotado de un talento extraordinario, conoció desde el principio que su principal maestro debía ser la naturaleza, y desde entonces le hizo voto, digámoslo así, de no dibujar ni pintar cosa alguna que no fuese á su presencia, esto es, por ella misma. A este fin dice Pacheco en su libro del *Arte de la Pintura:* « Tenía (Velázquez) coechado un aldeanillo aprendiz que le servía de modelo en » diversas acciones y posturas, ya llorando, ya riendo, sin perdonar dificultad alguna, y por él hizo muchas cabezas de carbón y realce en » papel azul y de otros muchos naturales con que granjeó la certeza en » el retratar. » Así llegó á ser tan excelente en las cabezas, que pocos italianos le igualaron, y hasta sus mismos émulos lo confesaban, diciendo que en esto sólo consistía su mérito; á lo que respondía: « mucho me favorecen, pues yo no sé quien sepa pintar bien una cabeza. »

Para vencer la aspereza de los colores y conseguir el dominio sobre los pinceles, escollo insuperable muchas veces para los más diestros dibujantes, se dedicó á pintar frutas, aves, peces y cosas inanimadas, por el natural, cuya simetría no tiene la difícil correspondencia que hay en el cuerpo humano de las partes con el todo, ni hay que superar las filosóficas pasiones del ánimo, en los principios, ni que vencer otras obscuras dificultades que encierra en sí tan prodigiosa máquina. Siguiendo este sistema, dió pruebas de su gran talento, pues prescindiendo del riguroso de su maestro, buscó el camino más corto para llegar á la perfecta imitación de la naturaleza, sin que por esto dejase de aprender en adelante cuanto contiene el desnudo del hombre, como se nota en la fragua de Vulcano, en el cuadro de la túnica de José, en el crucifijo de las monjas de S. Plácido y en otras obras que no aciertan á imitar los partidarios del sistema opuesto; y en fin, dejó á los jóvenes principiantes un camino abierto, que tal vez convendría mucho trillar.

Pasó después á pintar figuras vestidas en asuntos domésticos y vulgares, á manera de David Teniers y de otros pintores flamencos y holandeses, que llaman *bambochadas*, y las hacía con suma propiedad, aunque por sujetarse demasiado á la naturaleza, que todavía no sabía observar bien, cayó en alguna dureza. A este su primer estilo pertenecen el Aguador de Sevilla, que está en el palacio de Madrid, un nacimiento que posee el conde del Águila y algunos otros cuadros que ya no existen en aquella ciudad.

Como concurriesen á casa de su maestro los más ilustrados ingenios sevillanos, que en aquel tiempo eran muchos y sobresalientes, oía tratar y discurrir sobre mil asuntos curiosos y conducentes á la instrucción y buen gusto que debe tener un pintor. Se aprovechaba de estas sesiones y sacaba partido del fuego y entusiasmo de los poetas, que no eran los que menos la frecuentaban, pues que Pacheco se preciaba con justicia de serlo, é ilustraba su gran genio y talento en todo lo necesario á su arte con la lectura de los escogidos libros que tenía su maestro.

« Al cabo de cinco años que estuvo en ésta (que se podía llamar aca» demia del buen gusto) dice Pacheco, le casé con mi hija (doña Juana), » movido de su virtud y de las esperanzas de su natural y grande inge» nio. » Llegaban entonces á Sevilla pinturas de Italia, Flandes y Madrid, que excitaban á Velázquez á quererlas imitar; pero las que más le llevaron su atención fueron unas de Luis Tristán, por la analogía que tenían las tintas con su gusto, y por la viveza de los conceptos; y habiéndolas copiado, se declaró su sectario y procuró dejar la manera seca que le había pegado su maestro. No fué éste el solo bien que causaron, porque deseoso de ver otras, emprendió un viaje á Madrid.

Salió de Sevilla en la primavera de 1622, y fué muy obsequiado en la Corte de sus paisanos don Luis y don Melchor de Alcázar, y mucho más del sumiller de cortina don Juan de Fonseca y Figueroa, maestrescuela y canónigo de la santa iglesia de Sevilla. Le proporcionó ver y estudiar cuanto quiso en las reales colecciones de Madrid, el Pardo y el Escorial; y aunque hizo todas las diligencias que pudo para que retratase á los reyes, no lo consiguió. Después de haber retratado al poeta don Luis de Góngora, por encargo que le había hecho su suegro, se volvió á Sevilla en el mismo año, quedando en Madrid de protector y agente suyo el maestrescuela, que no dejaba piedra por mover para que volviese. Volvió al año siguiente de 1623, en virtud de una carta del conde duque de Olivares, ministro de Estado y privado de Felipe IV, que le mandaba se pusiese en camino, señalándole una ayuda de costa de 50 ducados. Su suegro quiso acompañarle en este viaje para ser testigo de la gloria que presentía en su corazón.

Hospedólos en su casa Fonseca, y á pocos días de haber llegado Velázquez, le pintó su retrato, que llevado á palacio, le vieron en una hora el rey, las demás personas reales y los grandes que estaban de servidumbre, con aprobación y elogios de todos y particularmente de Su Majestad, quien mandó expedir esta cédula: « A Diego Velázquez, pintor, » he mandado recibáis en » mi servicio para que se » ocupe en lo que se le » ordenare de su profe» sión, y le he señalado » 20 ducados de salario » al mes, librados en el » pagador de las obras de » estos alcázares, Casa de » Campo y del Pardo. »

Mandó también el rey que retratase al infante cardenal, y aunque se tuvo por más acertado hacer antes el de S. M., se suspendió por graves ocupaciones, mas le concluyó el día 30 de agosto del mismo año á satisfacción de toda la corte y mayor del conde duque, que aseguró públicamente que ningún

[illegible] V.m. Sr. Fco. Diaz de Galarreta que por quenta de lo que ha de aver para el gasto de la Jornada a Fuente Rabia se paguen a los ocho mozos de la Cozina y seis Galopines ordinarios que fueron sirviendo a S.M. quinientos y diez y ocho Rs que importan los [illegible] que se les dan a razon de m. Rs el dia a cada uno y pongalos V.m. por mi quenta que con su recibo seran bien dados oi 5 de Julio de 1660. Diego de Silva Velazquez

UN AUTÓGRAFO DE VELAZQUEZ



RETRATO ECUESTRE DEL CONDE DUQUE DE OLIVARES

Museo Nacional de Pinturas (Madrid). Copia de E. ALVAREZ DUMONT

pintor había retratado bien al rey hasta entonces, aunque lo habían emprendido Bartolomé y Vincencio Carducho, Eugenio Caxés y Ángelo Nardi. Manifestóle también el contento qne tenía Su Majestad con el buen desempeño de aquella obra y le ofreció que se mandaría recoger los demás retratos del rey, y que en adelante sería él el único que los pintase. S. M. ordenó que Velázquez trasladase su casa y familia á Madrid, dándole una ayuda de costa de 300 ducados, y le nombró su pintor de cámara en 31 de octubre de 1623, con el mismo sueldo de los 20 ducados mensuales que se le habían señalado en abril, pagadas además sus obras y con las adehalas de médico, cirujano y botica.

Era el retrato del rey del tamaño del natural, estaba armado y á caballo, muy arrogante y brioso: y con su real licencia se puso en la calle Mayor, frente á S. Felipe el real, en día de gran concurrencia, donde fué admirado de todo el pueblo, y causó no poca envidia a los demás pintores.

Hallábase entonces en la Corte el príncipe de Gales, quien celebró mucho el retrato del rey: pidió á Velázquez que le hiciese el suyo, y aunque lo principió, no pudo concluirlo por la precipitación con que salió el príncipe de Madrid, el día 9 de septiembre de aquel año. No fueron estos los únicos favores que don Diego recibió entonces de la benéfica mano del monarca; le señaló también una pensión de 300 ducados, que no pudo disfrutar hasta el año de 1626, en que para ello hubo de dispensar el papa Urbano VIII.

Tratóse en palacio de levantar un monumento, con el motivo de la inesperada expulsión de los moriscos por el piadoso Felipe III, y el rey vino en mandar que cada pintor de cámara pintase un cuadro de este asunto con todo cuidado y esmero. Trabajaron á porfía Caxés, Nardi, Carducho y Velázquez. Concluídos los cuadros, en 1627, se llevaron á palacio, y S. M. nombró jueces de este certamen á fray Juan Bautista Maíno, dominico, y á don Juan Bautista Crescenci, ambos pintores; y de común acuerdo prefirieron el de Velázquez, que se colocó en el salón grande del alcázar. El premio fué la plaza de ujier de cámara con sus gajes, que aunque sea, como lo es, oficio muy honroso y lo mismo el de ayuda de cámara del rey y el de aposentador mayor, que después se confirieron á don Diego, defraudan el tiempo á los artistas que debieran ocupar con más utilidad en el ejercicio de su profesión, como dice el prudente don Antonio Palomino. En 1628 le añadió el rey la merced de la ración de cámara y 90 ducados anuales para un vestido, concediendo á su padre tres oficios de escribano en Sevilla, que según afirma Pacheco, le valía cada uno 1,000 ducados al año.

Llegó á Madrid Pablo Rubens, el día 9 de Agosto del mismo año, con quien Velázquez seguía de antemano correspondencia artística, y en los nueve meses que estuvo en la Corte no trató con ningún otro profesor: celebró mucho sus obras y fueron juntos al Escorial, á ver y observar las que hay en aquel monasterio. Con la instructiva explicación que Rubens hacía del mérito de cada una y de sus autores, se renovaron en don Diego los antiguos deseos que tenía de pasar á Italia á estudiar, y volvió á instar al rey para que le concediese la licencia que S. M. le había ofrecido, y que no llegaba á tener efecto por no privarse de su servicio. Túvola al fin en 1629, mandando el rey darle 400 ducados de plata, con el sueldo de dos años, y el conde duque 200 ducados de oro, una medalla con el retrato de S. M. y cartas de favor para los embajadores, ministros y otros señores; con lo que se embarcó en Barcelona el día 10 de agosto de aquel año.

Aportó á Venecia y fué hospedado en la casa del embajador de España, quien le honró y distinguió como correspondía á las recomendaciones que llevaba. Agradaron mucho á Velázquez las pinturas de Ticiano, Tintoreto, Veronés y de otros profesores de aquella escuela; por lo que no dejó de dibujar y copiar todo el tiempo que permaneció en aquella Corte, particularmente la famosa crucifixión del Tintoreto, é hizo una copia de otro cuadro de este profesor, que representa á Cristo comulgando á los discípulos, que presentó al rey á la vuelta. Hubiera estado más tiempo en esta ciudad si no fuese por la guerra. Partió á Roma, pasando por Ferrara, donde fué muy obsequiado del cardenal Sachetti, que había sido nuncio en España, y mandó que sus criados le acompañasen hasta Cento. Visitó al paso la casa santa de Loreto, y sin detenerse en Bolonia llegó felizmente á Roma.



Retrato de Antonio Alonso Pimentel.

Museo Nacional de Pinturas (Madrid). *Fot. de Hauser y Menet.*



Retrato de D.ª Juana Pacheco de Velázquez.

Museo Nacional de Pinturas (Madrid). *Fot. de Hauser y Menet.*

Mandó el papa Urbano VIII alojarle en el Vaticano, y le entregaron las llaves de algunas piezas, para que pudiese trabajar con más libertad; pero, por hallarse solo y fuera de mano, no las admitió, contentándose con que le permitiesen entrada franca cuando le acomodase. Copió entonces con lápiz y con pinceles mucha parte del Juicio universal y de los profetas y Sibilas que pintó Miguel Angel en la capilla Sixtina, y diferentes grupos y figuras de las celebérrimas historias de la teología, escuela de Atenas, monte Parnaso, incendio del Borgo y de otras de Rafael de Urbino.

Pero, como le hubiese agradado el palacio de Médicis para pasar el verano y poder estudiar el antiguo por estar más ventilado y contener gran porción de excelentes estatuas, el conde de Monterrey, que estaba de embajador, le facilitó habitación cómoda en él. Al cabo de dos meses, unas tercianas le obligaron á mudarse á una casa inmediata á la del conde, para estar más bien asistido en su enfermedad, en la que el embajador le manifestó el afecto y consideración que le tenía, con su obsequio y cuidado, que contribuyó á su pronto restablecimiento.

Un año entero estuvo don Diego en Roma, ocupado en útiles estudios, sin haber pintado más que su retrato, que envió á su suegro, el cuadro de la túnica de José y el de la fragua de Vulcano; y á pesar del deseo que tenía de seguir, tuvo que sacrificarle para venir al servicio del rey. Pasó antes á Nápoles, donde abrazó á José de Ribera, y después de haber retratado á la reina de Hungría, se restituyó á Madrid, á principios de 1631. Celebró mucho el conde duque su pronto regreso, y le mandó que besase la mano al rey y le diese las gracias por no haberse dejado retratar de otro pintor, en su ausencia. También se holgó S. M. con su venida, y ordenó que se le pusiese el obrador en la galería del cierzo, y que se hiciese otra llave, para cuando gustase de ir á verle pintar; como lo hacía en adelante los más de los días.

Lo primero que pintó fué el retrato del príncipe Don Baltasar Carlos, y después se trató entre el rey, el conde duque y Velázquez, de hacer una estatua en bronce de S. M. para colocarla en uno de los jardines del Buen Retiro, que el rey había mandado construir. Acordaron que fuese á caballo y mayor que el tamaño del natural; y no habiendo entonces en España artista capaz de desempeñarla con perfección en esta materia, escribió el ministro á Florencia, para que la gran duquesa la encargase al escultor Pedro Tacca, discípulo de Juan Bologna, autor de la de Felipe III, que está en la Casa de campo. Tomóse el encargo con calor, y el gran duque previno al artista que el rey gustaría de que la postura del caballo fuese en corbeta, ó en galope, y en esta alternativa se tuvo por más acertado que S. A. le escribiese, pidiendo un ejemplar pintado, según la idea que deseaba. Con este motivo pintó Velázquez un cuadro, representando al rey á caballo en la actitud que se eligió, y en otro más pequeño el retrato de S. M. de medio cuerpo, muy parecido. Se cree que no

se tuvo esto por bastante, pues fué llamado á Madrid, para trabajar una estatua ecuestre del rey, la que también se remitió á Florencia.

Pintó Velázquez otros muchos retratos, entre los que se distinguió el del duque de Módena, que se hallaba en Madrid, el año de 1638, quien le gratificó con una rica cadena, que don Diego se ponía los días de gala. En 1639 pintó el crucifijo de S. Plácido y el retrato de Adrián Pulido Pareja, general de armada, con tal propiedad, que viéndole el rey, le preguntó por qué no se había ido á su destino, respecto de que ya se le había despachado; pero reparando en que no respondía, volvióse á Velázquez y le dijo: *¡Me has engañado!* Pero se esmeró mucho más en el que hizo á caballo de su protector don Gaspar de Guzmán, conde duque de Olivares y marqués de Heliche, que por tan conocido no describimos.

En 1642 fué don Diego sirviendo al rey en la jornada que hizo á Aragón, para pacificar los catalanes, y en el siguiente de 1643 sufrió con prudencia y resignación el golpe fatal de la caída y destierro del conde duque, y las maquinaciones de sus émulos, que intentaban la suya; pero S. M. le continuó su gracia sin la menor alteración, y le nombró, para la segunda jornada que hizo á Zaragoza en 1644. Pintó entonces un airoso retrato del rey, ataviado con toda la gala con que entró en Lérida, en medio de las aclamaciones del pueblo, el día 8 de agosto de aquel año.

Restituído el rey con su comitiva á Madrid, siguió Velázquez pintando muchas obras, á pesar de los estorbos de sus empleos, pues servía la plaza de ayuda de cámara desde el año de 1643. Volvió á retratar á S. M. en traje de caza con escopeta y perros de trahilla, y del mismo modo á su hermano el infante cardenal Don Fernando, que son la admiración de cuantos los miran, pues parecen vivos. Retrató también á la reina Doña Isabel de Borbón, sobre un hermoso caballo blanco, que sirve de compañero al que pintó del rey á caballo, recién venido de Sevilla. Hizo el del príncipe Don Baltasar Carlos, corriendo á galope en una haca, y otros que existen en el palacio nuevo de Madrid.

Pero no omitiremos aquí los que también pintó, con extremada semejanza, del poeta don Francisco de Quevedo y Villegas, su amigo; del cardenal Borja, arzobispo de Sevilla; de don Nicolás de Córdoba Lusigniano; de Pereira el maestro de cámara; del marqués de la Lapilla, de una dama de singular hermosura, ni el del beato Simón de Rojas. Volvió á retratar al rey armado y á caballo, y habiéndose presentado el retrato en público,



LA FRAGUA DE VULCANO

Museo Nacional de Pinturas (Madrid). *Fot. de Hauser y Menet.*

fué censurado el caballo de estar contra las reglas del arte de la jineta, pero celebrado de otros. Se enfadó mucho con esta diversidad de pareceres, y borrando la mayor parte del cuadro, puso en él *Didacus Velazquius, pintor regis expinxit.* Pintó también en aquel tiempo la toma de una plaza por don Ambrosio de Spínola, para el salón de las comedias en el Buen Retiro y una coronación de Nuestra Señora, para el oratorio de la reina.

Se había tratado en las Cortes, con interés, sobre el establecimiento de una academia pública de bellas artes en Madrid, cuya resolución estaba todavía pendiente; y hora fuese con el objeto de proporcionar principios y modelos para su estudio, hora para buscar estatuas y pinturas para el adorno de una pieza ochavada que se había mandado fabricar en 7 de mayo de 1647 sobre la escalera de la torre vieja del alcázar de Madrid, nombrando á Velázquez para que corriese con su ejecución, cuentas y gastos; dispuso el rey que don Diego volviese á Italia á comprar todo lo que hallase relativo á las artes; siendo de su gusto y aprobación.

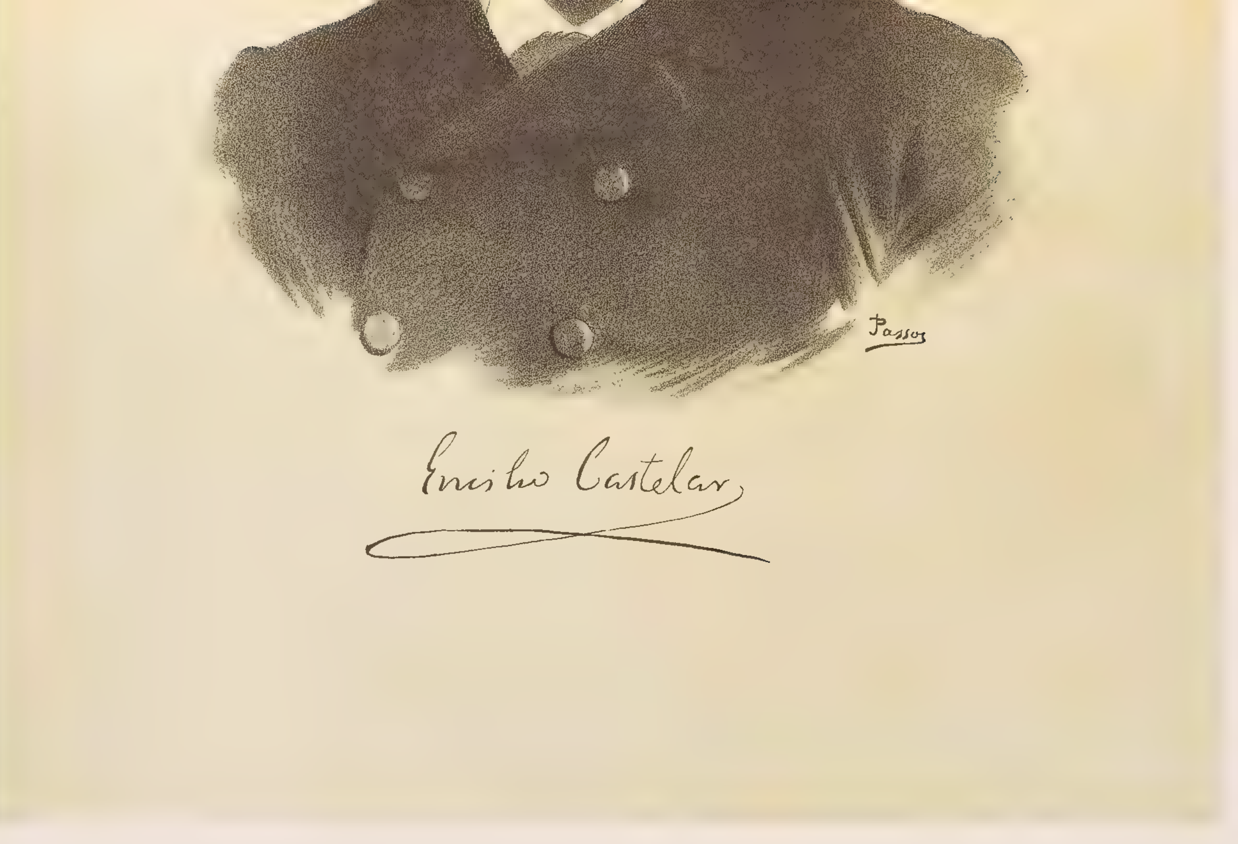
Salio de Madrid en noviembre de 1648 y se embarcó en Málaga, con el duque de Nájera, que iba á Trento á esperar á la reina Doña María Ana de Austria. Aportaron á Génova, donde Velázquez, aunque de paso, observó todo lo que había digno de verse: lo mismo hizo en Milán, sin detenerse á ver la entrada de la reina, para lo que había grandes prevenciones. Tampoco se detuvo en Padua; pero sí en Venecia, por la gran inclinación que tenía á las obras de aquellos profesores, y compró algunas. Catequizó en Bolonia á los fresquistas Miguel Colona y Agustín Metelli, para que viniesen á Madrid á trabajar en el servicio del rey. Detúvose en Florencia algunos días, para ver la primera escuela de las artes, y en Módena le obsequió el duque, á quien, como se dijo arriba, había retratado en Madrid. Después de haber admirado en Parma las obras del Correggio, llegó á Roma, y sin visitar á nadie, siguió á Nápoles á verse con el virrey conde de Oñate, encargado de suministrarle cuanto necesitase para llenar su comisión; y habiendo acordado lo conveniente y abrazado segunda vez al Spagnoleto, se volvió á la corte del Papa.

Reinaba entonces Inocencio X, que le recibió en una audiencia, con gran benignidad, cuyo nepote el cardenal Astali Pamfilio le hizo muchas honras y también el cardenal Barberino y otros personajes. Fué muy aplaudido y obsequiado de los famosos artistas que había en aquella capital, cuales eran Pedro de Cortona y el caballero Matías Preti, pintores,



Museo Nacional de Pinturas, Madrid — LAS HILANDERAS — Copia de LUIS GRANER





Regalo á los suscriptores del Album Salon



LOS BORRACHOS

Museo Nacional de Pinturas Madrid

Copia de GUILLERMO ROCA



Retrato del Príncipe Don Baltasar Carlos.
Museo Nacional de Pinturas (Madrid).
Fot. de Hauser y Menet.

el Algardi y el caballero Bernini, escultores, á quienes envió el retrato de su esclavo Juan de Pareja, que acababa de pintar por modo de ensayo para el que iba á emprender del Papa. Quedaron asombrados al verle tan parecido al mismo Pareja que le llevaba, y le colocaron en la Rotunda un día de gran festividad, por el que Velázquez quedó recibido académico romano.

Retrató al Papa con valentía de pincel, con exactitud de dibujo y con extremada semejanza. S. B. le regaló una medalla de oro con su busto y una cadena del mismo metal. Retrató después al cardenal nepote, á dos camareros, al mayordomo de S. S. y á otros sujetos de palacio, amigos suyos, cuyas cabezas son todavía celebradas con entusiasmo de los inteligentes, en aquella capital.

Dice don Francisco Preciado, en su *Arcadia pictórica*, que cuando Velázquez estuvo en Roma encargó doce cuadros á Guido Renni, José de Arpinas, Lanfranco, el Dominiquino, Güercino, Pedro de Cortona, Valentino Colombo, Andrea Sachi, Pousin, el caballero Máximo, Horacio Gentileschi y Joaquín Sandrat, á cada uno el suyo, que eran los mejores que había entonces en Italia, y que finalizados los trajo á España, para el rey su amo; pero como los cuatro primeros, y algún otro de los referidos pintores hubiesen fallecido antes de los años de 1650 y 51 en que Velázquez estuvo la segunda vez en Roma, no puede ser cierta la noticia, á menos que los hubiese encargado en el primer viaje de 1630.

Iba andado un año entero que nuestro don Diego había salido de España, sin que pensase en volver, y el rey sentía mucho tan dilatada ausencia. Se lo avisó su gran amigo don Fernando Ruiz de Contreras, y entonces dispuso su venida. Pensó hacerla por tierra por el deseo de ver á París, mas la guerra de Francia le obligó á embarcarse en Génova, y llegó á Barcelona en junio de 1651. Vino inmediatamente á Madrid, y el rey le recibió con gran placer. Se dispuso vaciar las estatuas y bustos, que lo hizo Jerónimo Ferrer, para lo cual le traía Velázquez de Roma, y el escultor Domingo de Rioja. Desvanecido el proyecto de academia pública, se adornaron con los vaciados la sala ochavada y otras de palacio.

El premio de este viaje fué la plaza de aposentador mayor, que sin embargo de sus ocupaciones, no le estorbó para pintar en 1656, aquel célebre cuadro llamado de la Familia y conocido más bien con el título, que le puso Jordán, de la *Teología de la pintura*. Representa al mismo Velázquez en pie, retratando á la infanta Doña Margarita, de corta edad, á quien suministra un búcaro de agua doña María Agustina, menina de la reina é hija de don Diego Sarmiento: está al otro lado doña Isabel de Velasco, hija del conde de Fuensalida, en acción de hablar á S. A. Aparece en primer término Nicolasito Pertusano y Mari Barbola, enanos, con un perro grande: algo más lejos se ve á doña Marcela de Ulloa, señora de honor, y un guardadamas, y en último término hay una puerta abierta que sale á una escalera, en la que está José Nieto, aposentador de la reina. Todo está pintado por el natural, hasta la sala que representa la escena, con los cuadros que contenía. La composición, el contraste de las figuras, la degradación de las tintas y luces y el modo mágico con que está pintado, elevan este cuadro á ser uno de los mejores de este profesor.

No podemos afirmar con certeza lo que se cuenta de haber sucedido en palacio luego que Velázquez concluyó este cuadro. Aseguran que habiéndole visto el rey finalizado dijo, que le faltaba una cosa esencial, y que tomando S. M. la tablilla y pinceles pintó sobre el pecho del retrato de don Diego la cruz de Santiago; pero sí podemos justificar que el mismo Felipe IV, por real cédula, fecha en el Buen Retiro á 12 de junio de 1658 le hizo merced del propio hábito: que habiéndose presentado con su genealogía en el consejo de las Ordenes, se le hicieron en seguida las informaciones, de las que hubo de resultar haber necesidad de dispensa: que el rey la impetró del papa Alejandro VII, quien la concedió por breve expedido en 7 de octubre de 1659: que el consejo consultó á S. M. en 28 de noviembre del mismo año para que se dignase despachar cédula de hidalguía á Velázquez, la que se firmó en el mismo día; y que con ella aprobó el consejo inmediatamente las pruebas, y se vistió el hábito en la iglesia de las monjas de la Carbonera.

En 1658 había dirigido las obras que pintaron al fresco en palacio Miguel Colona, Agustín Metelli, Francisco Rizi y don Juan Carreño, y en 1659 pintó los retratos del príncipe de Asturias, Don Felipe Próspero, de ocho años de edad, de la infanta Doña Margarita, para remitir al emperador de Alemania, y de la reina, en un óvalo pequeño, muy parecido y muy concluído.

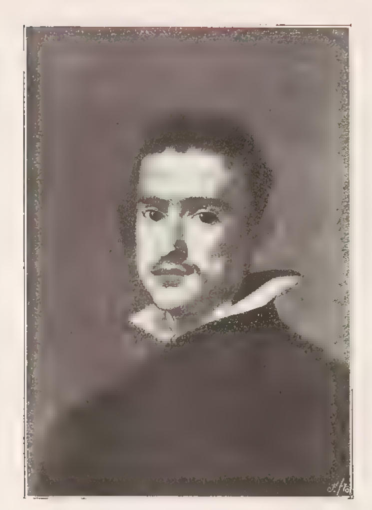
Salió de Madrid en Marzo de 1660 á disponer los alojamientos para el rey, en el viaje que pocos días después emprendió á Irún, á entregar la infanta Doña María Teresa á Luis XIV, rey de Francia, con quien se había de casar. Fué esta jornada muy molesta y de graves cuidados para Velázquez, pues además de tener que preparar las habitaciones en todo el camino hasta la raya de Francia, aderezó ostentosamente en la isla de los Faisanes la casa en que se tuvo la conferencia entre ambas majestades. Celebróse la entrega el día 7 de junio, y no fué don Diego el que menos lució en aquellas fiestas, con su airosa y gallarda persona, por el delicado gusto que tenía en vestirse y por el arte con que colocaba sus diamantes; y á la vuelta acompañó al rey, habiendo enviado por delante el ayuda de aposentador.

A pocos días de haber llegado Velázquez á Madrid, cayó enfermo, en el de 31 de julio, y después de haber recibido los sacramentos y otorgado poder para testar á su mujer doña Juana Pacheco y á su amigo don Gaspar de Fuensalida, falleció el 7 de agosto del mismo año de 1660. Fué enterrado en la parroquia de S. Juan con gran acompañamiento de títulos, caballeros de las órdenes militares, criados del rey y de artistas; y lo que es muy extraño, siete días después en el 14 del mismo mes murió su viuda, que fué sepultada junto al cadáver de su marido.

Fragmento del retrato ecuestre del Rey Don Felipe III.
Museo Nacional de Pinturas (Madrid). *Fot. de Hauser y Menet.*

EL ARTE DE VELAZQUEZ

Después que Rafael resucitó el clasicismo, con toda su soberana corrección de líneas; después que Miguel Angel engrandeció la figura humana, creando Titanes más bien que hombres; después que Ticiano acertó á encontrar en su paleta los tonos suaves y transparentes de la carne y Tintoretto supo trasladar á sus lienzos el ambiente y la plácida luz de la costa del Adriático; en suma, cuando podía creerse que agotada la vena fecunda de la Pintura, había de cesar su dominio, para que se alzase con el cetro del Arte acaso la Arquitectura, como en la Edad Media, acaso la Escultura, como en el mundo antiguo ó en la Italia del siglo xv; apareció Velazquez, genio portentoso, que heredando de aquellos sus antecesores lo mejor, lo más sólido é imperecedero de sus excelencias, el sentimiento justo de la línea y del colorido, y apartándose de las fórmulas del clasicismo ya caduco y convencional, pintó la verdad, entrándose de lleno y con el fogoso entusiasmo del triunfador, por una nueva senda, la del realismo, con lo que abrió la era del Arte moderno. Necio sería,



Retrato
Museo Nacional de Pinturas (Madrid).
Fot. de Hauser y Menet.

pretender que en la esfera del Arte, esos grandes luminares que se llaman Miguel Angel, Rafael, Ticiano, Durero, Velázquez, han aparecido y comenzado á difundir su luz esplendorosa, de una manera inopinada y fortuita; más necio aun pensar que el lógico encadenamiento de las ideas estéticas en la Historia, por el cual no comprendemos á Rafael sin Fra Bartolomeo y sin Perugino, no comprendemos á Miguel Angel sin Lucas Signorelli, no comprendemos á Velázquez sin Zurbarán y sin el Greco, quita en algún modo mérito excepcional y gloria imperecedera á estos grandes maestros, ante quienes esos otros que por ley humana les sirvieron de antecedente y de germen, son estrellas de segundo orden. Así es la Historia; así es la vida siempre.

Por esta razón, en todas las personalidades del arte, hasta en las más altas, hay dos aspectos que considerar, lo asimilado de los antecesores y la producción propia. En ésta, es donde debe buscarse la originalidad, el carácter distintivo, ó sea la bandera de triunfo; la bandera de todo un sistema, de un nuevo credo estético, de un arte. Cada uno de esos grandes genios, que de cuando en cuando han aparecido en la Historia, tuvo el suyo. Veamos cual es el Arte de Velázquez.

Sus antecesores pintaron cuadros religiosos, en los que el ascetismo seco y taciturno de la España, todavía apegada al espíritu medio-eval, nos ofrece los Cristos demacrados, proto-tipos de la maceración y la penitencia, los Cristos de Morales; pintaron retratos, tan secos y graves como las imágenes sagradas; unas y otras figuras destacan sobre fondo negro, y nos dejan en el ánimo una impresión honda, de indefinible tristeza. Imbuído de ellos, pintó Velazquez sus primeros cuadros, también con fondo negro ú obscuro, también con figuras un tanto secas, pero que os atraen desde luego, inspirándoos irresistible simpatía; sus asuntos están tomados de la realidad, de la vida corriente, como los pasajes de Cervantes; son la *Vieja friyendo huevos* y *El Aguador de Sevilla* (de la galería de Londres), dijérase que lo primero que vió el joven artista, ávido de pintar á su gusto; son cuadros de *género*, cuyo atractivo no está precisamente en los asuntos, triviales por cierto, sino porque de ellos tomó pretexto para reproducir la verdad, con toda la fuerza y la expresión intensa con que el artista la veía, la sentía y la sabía representar.

Pinta por exigencias de su tiempo asuntos religiosos, y coloca como detalle que se ve por una ventana, la escena de Cristo con Marta, dejando como principal figura la de María, á la que representa ocupada en los menesteres de la cocina. Pinta el nacimiento, la conocida *Adoración de los Reyes Magos* del Museo del Prado, y trátalo también como asunto de *género*, sin buscar idealismos en los cuales desmayan las alas de su genio, que se sentía irresistiblemente atraído por la realidad, gozaba con el espectáculo de la vida, érale grato el mundo, y querría representarle sin otro fin, que el sano y generoso de cultivar el Arte por el Arte. En el último cuadro citado, en el fondo, se ve un trozo de paisaje, una rompiente de luz, tímidamente colocada en tan reducido espacio, anunciando una saludable afición del autor á la plena luz, al aire libre, donde el sol espléndido de este país meridional, derrama sus galas alegrando á la tierra y á los hombres.

Con efecto, pinta *Los Borrachos* y trueca la gravedad tradicional por franco regocijo, y coloca sus peregrinos modelos en un campo, lleno de luz, que le permite dar á cada desnudo un tono, á cada cabeza un matiz. ¡Con qué amor de la vida está pintado ese lienzo!

Grandemente debieron excitar la curiosidad del artista, los cuadros que Rubens, el exuberante Rubens, pintó á lo que parece en su mismo estudio. El pintor flamenco, más distante aún que Velázquez del misticismo español, no buscaba su ideal en el cielo ni en la tierra; buscábalo en el inmenso espacio de la fantasía, que le dió mágicos poderes para embellecer los aspectos más sensuales de la Naturaleza. A los ojos de nuestra sociedad timorata, debieron parecer atrevimientos harto libres, los cuadros de Rubens. Velázquez, en cambio, debió sentir purísimos goces, ante tales alardes de color y de luz.

Por sugestiones del mismo Rubens, pasa á Italia Velázquez, y al encontrarse allí con un arte que busca su ideal en las perfecciones clásicas, con las que embellece sobre todo el desnudo humano, pinta él también desnudos hermoseados, en el *Cristo atado á la columna* (de la Galería de Londres) y en *La fragua de Vulcano* (del Museo de Madrid). Con ser muy hermosas ambas composiciones, no representan sin embargo, el mayor beneficio que las obras de arte atesoradas por Italia reportaron á Velázquez, cuyo espíritu abierto como pocos á la emoción estética, lo observaba todo con vivo interés. Dicho beneficio, consistió en facilitar y acelerar el completo desarrollo de las naturales aptitudes del artista, el cual, desde que aprovechando su estancia en Roma, pinta los paisajes de la *Villa Me- dicis*, da muestra de una soltura de ejecución, y á su regreso de una sencillez tan sintética en los retratos, que sólo á un artista de primer orden, le es dable poseer. Unese á esto, que las pinturas de los venecianos avivaron extraordinariamente su sentimiento del color. Y casi nos atreveríamos á afirmar, que esta renovación del artista se mantuvo latente, hasta que vinieron á provocarla en España las obras del Greco, cuya pintura procede directamente de los venecianos. Diez años después de su regreso de Italia, pinta el famoso lienzo de *Las lanzas*, que es donde esa influencia aparece más patente. ¿Cómo negarlo al examinar aquellos tintes azulados, finos y transparentes del paisaje, aquellas carnes delicadas y blanquecinas? Y sin embargo, es uno de los cuadros mejores y más admirables de Velázquez, que se muestra en él consumado maestro, seguro de sí mismo, completísimo, inimitable.

Antes y después de la ejecución de este cuadro, ¿qué es lo que pinta Velázquez? Retratos; retratos en los que, no siempre destaca la figura sobre el obscuro fondo; en alegres pai-



Las meninas.
Museo Nacional de Pinturas (Madrid). *Fot. de Hauser y Menet.*



EL INFANTE DON FERNANDO DE AUSTRIA, EN TRAJE DE CAZA

Museo Nacional de Pinturas (Madrid). Copia de José Triadó.

sajes, el paisaje de Madrid, el paisaje de que sólo nos queda la *Casa de Campo,* trotan los hermosos corceles de Felipe IV, del Conde Duque y del lindo Príncipe don Baltasar, que en la campiña de *El Pardo* se nos muestra en tren de caza, como el Infante don Fernando y el mismo rey. — ¡Cuánta luz, cuánta alegría en estos lienzos! — Un retrato, es la obra magistral de Velázquez, el retrato de Inocencio X, acaso el mejor retrato que se ha pintado nunca, el asombro de los visitantes de la Galería Doria en Roma, donde lo pintó Velázquez en su segundo viaje á Italia. ¡Retratos, siempre retratos! para terminar con ese lienzo portentoso, «La Teología de la Pintura», como le llamó Lucas Jordán, el cuadro de *Las Meninas,* conjunto feliz de retratos, en el fondo más castellano y en el ambiente mejor pintado en que es posible recrear el ánimo.

Si examináis en serie cronológica los retratos que pintó Velázquez, descubriréis el progreso técnico, la ejecución, cada vez más sumaria, más concienzuda y hábil, los tonos plateados con que desde la somera influencia del Greco, os sorprende la delicadeza de su pincel, y los toques mágicos con que expresa y acentúa una facción, un rasgo típico, un detalle. ¡Arte supremo, el arte de Velázquez, que consistió ante todo en pintar no el armazón exterior de la persona, su traje y sus adornos, sin perdonar nimio detalle, como se complacieron en hacerlo todos aquellos retratadores, que por zaherir á Velázquez, recién llegado éste á la corte, dijeron de él que *¡sólo sabía pintar cabezas!* Su arte, consistió en pintar al hombre interno, en sacar á la fisonomía el carácter de la persona, al rostro toda el alma. Por eso viven los personajes de Velázquez, y pensáis que salvada la distancia del tiempo, es el retratado un sujeto con quien váis á conversar.

Se ha repetido mucho, que Felipe IV empleó mal el talento de Velázquez, haciéndole pintar los *enanos,* los *bufones,* de que por mal gusto de la época, había llenado el rey su palacio. Pero, no debió Velázquez de llevar á mal, el peregrino deseo de perpetuar tan desdichadas imágenes, pues que ellas le ofrecían libre campo, para estudiar al natural é interpretarla sin trabas de la cortesía ni de la etiqueta. No hay más que examinar tales retratos, para comprender el amor con que los pintó. Es que Velázquez debió pensar y pensó bien, que la Religión, la Historia y la Fábula, habían sido ya suficientemente sublimadas con los pinceles; pero, nadie se había cuidado de sublimar é inmortalizar la vida real, sin fantasearla, tomándola cual es, sin olvidar sus deformidades, ni suprimir sus extravagancias, tales como los terribles guardainfantes y los peinados á modo de racimos. Ingenuo, vigoroso, inflexible, Velázquez, nada corrige al natural, nada perdona; busca en todo el aspecto pintoresco, y eso es lo que interpreta con una brillantez y una fuerza, que subyuga. ¡La verdad, el carácter! He aquí todo el dogma del arte moderno, cuyo punto de partida es Velázquez.

No faltará quien al leer esto exclame: — ¿Y el gran Rembrandt? — Rembrandt, en efecto, es un contemporáneo de Velázquez, que independientemente de él pinta la verdad; pinta la verdad, porque en el proceso del arte, había sonado la hora en que no bastaba á mantener al gusto estético el clasicismo, ni solamente las grandezas de la línea, ni las solas armonías del color, ni las fantásticas creaciones de Rubens; todo eso pertenecía á un mundo superior, que había creado el arte; pero el mundo real no había entrado todavía en el arte. Consiguiéronlo á un tiempo Velázquez y Rembrandt, en países de condición estética

apropiada al realismo, como Italia apropiada al clasicismo. Uno y otro, de esos dos grandes apóstoles de la nueva doctrina, difúndenla separadamente y ambos con el mismo credo. Nada se deben el uno al otro. Pobre crítica la que suele hacerse del Arte, cuando para ensalzar á un genio, hay que deprimir á otro. Peligroso y expuesto á error es por otra parte, el establecer categorías en el Arte. Pero sin pasión hay que reconocer,— críticos extranjeros lo han reconocido, — la superioridad de Velázquez sobre Rembrandt. Da miedo escribir estas afirmaciones tratándose de genios. Esa superioridad sólo consiste en que Rembrandt pinta la sombra, — eso sí, como nadie—y Velázquez, ama la luz y la variedad de matices, que ella nos permite descubrir.

Tan gigantesco y tan anticipado era el paso de esos realistas, que su doctrina no tuvo por el momento, la larga vida que podía presumirse; por el contrario, vino la pintura barroca á extraviar los sentidos, pretendiendo hacer revivir con exuberancias de línea y color, el clasicismo italiano. Todavía vino el purismo primero y el romanticismo más tarde, á desviar el Arte de la pista de lo real; y en España tuvimos como anticipada protesta de esos estilos convencionales un Goya, que no sólo se complació en pintar la verdad, sino en hacerlo con una ligereza de factura, hija de aquellas primeras impresiones, con que el natural hería su genio vivísimo, que por ello reclama el primer puesto entre los modernistas.

Véase por donde los españoles tenemos dentro de casa, el primer realista y el primer modernista. Justo es que los imitemos y que, puesto que ha sonado la hora del triunfo, los ensalzemos.

José RAMÓN MÉLIDA
De la Real Academia de Bellas Artes.



LA RENDICION DE BREDA

Museo Nacional de Pinturas (Madrid). *Fot. de Hauser y Menet.*

¡LOOR AL GENIO!

¡Cuál será tu dolor, si es que ver puedes
con qué crueldad la suerte, harto mudable,
á la que fué tu patria hundir pretende
y en su lenta agonía se complace!
Tú la dejaste floreciente y rica,
dominando en la tierra y en los mares,
orlada de laurel la altiva frente,
desplegado á los vientos su estandarte
que hoy miran unos con desdén profundo...
y arría de otros la traición cobarde.
Rápida es la pendiente y está cerca
el hondo precipicio;... mas, no le hace·
antes que caiga en él, gérmenes nuevos
reaccionarán su empobrecida sangre,
y, sacudiendo el estupor presente,
sobre sus ruinas se alzará gigante.
Y si no fuera así; si en los designios
del que gobierna el universo entrase
que tantos siglos de gloriosa historia
se hundieran en las sombras impalpables;
entonces, tú y los tuyos, con fiereza
romperíais las losas sepulcrales,
para pedir, desde la tumba fría,
vuestra parte de gloria á las edades.
España inerme, desangrada, pobre,
será siempre famosa, siempre grande,
pues basta á su grandeza indiscutible
haber sido la cuna de Velázquez.

ALBUM SALON

A VELAZQUEZ

SONETO

Si evoco tu memoria ¡oh, fuerte atleta
del arte universal! mi fantasía
ve el flamígero sol de Andalucía
rindiéndose á tu mágica paleta.

Y aparece ante mí la turba inquieta
de tus héroes que dora la poesía:
Baco y sus amadores en la orgía;
el bufón y el helénico poeta;

los príncipes en ágiles corceles;
los magnates con bandas de brocado
y en el sombrero plumas y joyeles;

las meninas de rostro delicado,
y á la sombra del bosque de laureles
¡el español homérico soldado!

Manuel REINA



Museo Nacional de Pinturas (Madrid). ESOPO Copia de M. Feliu de Lemus.

VELÁZQUEZ

Sevilla le vió nacer,
la Corte le vió morir,
y los siglos al correr
ven su gloria revivir,
y nuestro asombro crecer.
De la luz y el aire dueño,
cifró en copiarlos su empeño,
pero con tal propiedad,
que en él tienen realidad
las vaguedades del sueño.
Su fecunda inspiración
todo lo vence y lo abarca,
y gala en sus lienzos son
las preseas del Monarca,
y el harapo del bufón.
Cobra en su pincel nobleza
cuanto su mente concibe,
pues le dió naturaleza
lo que en ella eterno vive,
la verdad y la belleza.
Por eso la propia mano
que en arranque soberano
las Meninas retrató,
el *Cristo en la cruz* pintó
y *la Fragua de Vulcano*
Años tras años vendrán
y nuevos genios traerán,
locos varios, cuerdo alguno;
cien artistas nacerán. .
¡como Velázquez, ninguno!

Manuel del Palacio

LA PALETA

En medio de la paleta,
y en semicírculo puestos,
alfabeto de colores,
están los tonos diversos.
Como habla con unas notas
el músico al sentimiento,
y con signos el poeta
al corazón y al cerebro,
el pincel, lengua del mundo,
deja su huella en el lienzo,
y con letras de matices
habla á todo el Universo.
¡Oh, paleta! ¡oh, diccionario
que entienden todos los pueblos!
á seductor ¿quién te iguala?;
¿quién te aventaja en ser bello?
Eres de origen tan alto,
que el que entienda tus secretos
y hablarte sepa á los hombres,
es por la gracia del genio.
Según quien supo tu idioma,
fuiste vario en tus aspectos:
en Murillo, has sido místico;
en Velázquez, noble y regio;
franco y sublime, en Rosales;
enigmático, en El Greco;
en Miguel Angel, grandioso;
y en el gran Fortuny, espléndido.
¡Oh paleta! ¡oh breve mundo!;
¡génesis de seres lleno;!
en ti de la vida humana
está el gigante proceso.
Cuando el pincel te provoca,
rompes el hilo del tiempo,
retrocedes á la vida
de lo inmortal y lo eterno,
y surgen de tus colores,
reyes, damas, caballeros,
épocas, fiestas y trajes,
dramas, costumbres y pueblos.
Los semblantes que han vivido,
en ti los retienes presos,
y al conjuro del artista
vuelven á ser lo que fueron.
Todo lo que es y que ha sido,
está en tus matices frescos;
si quieres, César revive;
si quieres, revive Homero.
De tus rojos belicosos
sale el combate sangriento,
de tus verdes brota el campo,
de tu azul surgen los cielos.
Nadie hay que pueda enseñarte
ni trasmitir tus secretos,
que es tu ciencia poesía
y tu color sentimiento.
El don de saber sentirte,
es divino, nó terreno;
Dios baja hasta ti fundido
en un iris de misterios.
Como en El, en ti está todo,
cuando vibrar te hace el genio;
¡paleta, idioma divino,
eres un mundo en pequeño!

Salvador Rueda



LA ULTIMA MANO *Exposición Robira (Escudillers, 5, 7 y 9)*

LA EUCARISTÍA Y EL ARTE

El más augusto de los Sacramentos — dado á conocer por los Santos Padres y expositores católicos bajo los símbolos y nombres admirables de *Hostia,* en memoria del cruento sacrificio; *Comunión, Congregación,* significando la unidad de fieles cristianos entre sí y con Cristo su cabeza; *Viático,* en recuerdo de la patria celestial y del gozo de la visión de Dios, según se expresa Santo Tomás; *Pan de los ángeles,* por la materia, especies y forma de la consagración; *Cuerpo y Sangre del Señor,* por lo que en él se encierra y se contiene; *Mesa, Manjar divino, Banquete sagrado, Cena del Señor* y *Sacramento del Altar,* por razón del modo, tiempo y lugar en que se confecciona y recibe—ha sido representado de distintas maneras, por las artes de imitación.

Las figuras de la Eucaristía de la antigua y nueva Ley, las divide en cuatro clases el Angélico Doctor: 1.ª, por razón de la materia y las especies, el pan y el vino en el sacrificio de Melquisedech, los panes de las primicias y de la proposición, y en la nueva Ley, la conversión del agua en vino en las bodas de Caná; 2.ª, por razón del *Cuerpo y Sangre de Cristo,* todos los sacrificios antiguos, en especial los de Abraham y de la expiación, y la sangre del testamento; 3.ª, por razón de la gracia, el árbol de la vida, el pan subcinericio que comió Elías y el maná; 4.ª, por razón de las propiedades, el cordero Pascual.

El Arte nos suministra curiosos documentos, con pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, representantivos de la Eucaristía.

Pasajes del Antiguo Testamento.

El sacrificio de Melquisedech (Gen. XIV), en un mosaico de S. Vital de Rávena del siglo VI. Está Abel en la parte superior del cuadro, ofreciendo á Dios—simbolizado por una mano—un corderillo, representación la más remota del verdadero Cordero, que un día se había de sacrificar por la redención del género humano. Al lado derecho, Melquisedech con *pénula* ó planeta que recubre una túnica ceñida de tal modo que, así por la actitud como por el vestido, parece un sacerdote cristiano, del rito griego, celebrando la Santa Misa; ofrece, como en el sacrificio eucarístico, el pan y el vino. El artista, deseoso de buscar la mayor analogía en el sacrificio figurado y el real de la Nueva Ley, ha colocado al gran sacerdote delante de un altar, donde hay dos panecillos y un vaso (ó cáliz con asas) que contiene vino, con los brazos levantados hacia la divina *mano,* ofreciendo un pan mayor.

Un fresco del siglo IV, descubierto en 1863 en el cementerio de Ciriaco, cerca de San Lorenzo *in agro Verano* (De Rossi), nos da gallarda é indiscutible significación del maná del desierto, emblema de la Eucaristía: ocupa todo un lado de la cripta: lo corona una nube que arroja el maná en copos azulados, que van recogiendo en sus pénulas levantadas cuatro israelitas, dos hombres y dos mujeres.

El profeta Abacuc, presentando el pan y el pez místico á Daniel en la cueva de los leones, según un sarcófago de Brescia, es igualmente símbolo del Augusto Sacramento.

Pasajes del Nuevo Testamento.

Era muy general, y sobre todo en las esculturas de los sarcófagos, el poner junto al milagro de la conversión del agua en vino en las bodas de Caná, el de la multiplicación de los panes, símbolos de los dos elementos eucarísticos, como se observa en las pinturas de una catacumba cristiana de Alejandría, en Egipto, descrita por el sabio M. Wecher y explicada por D'Rossi.

Se ven las bodas de Caná, la multiplicación de los panes y de los peces, y un tercer grupo de varias personas sentadas á la sombra que producen algunos árboles, sobre los cuales aparece una inscripción que vertida al español dice así: «los que comen los eulogios de Cristo». Con el nombre de *eulogio,* designaron la Eucaristía los más antiguos escritores eclesiásticos; la Iglesia de Alejandría y San Cirilo, especialmente, hace de dicho nombre un uso vulgar para indicar el pan y el vino consagrados. San Agustín, enseña que el esposo de Caná era la figura del Salvador; conforme á esto, las bodas pudieron simbolizar el alimento espiritual, que Cristo sirve á sus amigos: una especie de vinajera historiada de plata, *amula, urceolus,* de rara elegancia, y que Blanchini estima ser del siglo IV, parece corroborar la opinión del gran Doctor de la Iglesia.

Si bien en algunos monumentos se observa la primera multiplicación de los panes, es muy esencial de notar la segunda, en la que siempre se ven siete cestas (Bou narr). Y en la anterior doce. He dicho ser muy esencial; por cuanto que la primera se hizo en panes de cebada, y la segunda multiplicación, en panes de trigo candeal, que es materia del sacramento.

En las catacumbas de Roma, se encuentran dos clases de «representaciones de comidas»: unas—imágenes del banquete celestial,—admiten á hombres y mujeres indistintamente, y otras, por el contrario, presentan siempre siete hombres sentados ante una mesa en la que hay panes y peces fritos, emblema del festín eucarístico. A esta segunda clase de representaciones, pertenece el notable díptico de la catedral de Milán, del siglo V (Bugati): la mesa se halla dispuesta en *sigma,* viéndose en ella un pez en un plato, en medio de seis panes cortados en cruz, (Decussati); el Salvador coge con la mano derecha un pan, para darlo á sus convidados (el abate Martigny).

Esta pintura se atiene con rigurosa exactitud al Evangelio, cuando nos refiere la comida que el Señor preparó, después de su resurrección, á orillas del mar de Tiberiades, á siete de sus discípulos, en la que les sirvió (Joann. XXI, 9, panes y peces asados al fuego; pasaje que, según todos sus comentaristas, es figura directa del Augusto Sacramento; de este asunto exclusivamente trae el pez su significación eucarística, como se confirma con un anónimo africano del siglo V, en cuya obra «*De promissionibus et prœdictisnibus Dei*», su autor llama á Cristo «el gran PEZ que, en la orilla, alimenta por sí mismo á sus discípulos, y se ofrece PEZ al mundo entero», y con el siguiente texto de San Agustín: «el Señor hizo á sus siete discípulos, una comida compuesta del pez que habían visto colocado sobre los carbones encendidos, y de pan. El pez frito, es Cristo; él es también el pan que ha bajado del cielo»

En las paredes de una de las cámaras fúnebres, vecinas de la cripta de San Cornelio, está dos veces trazada la figura de un pez nadando en las olas, y que lleva sobre el lomo una cesta con panes, en la parte superior y dentro un objeto rojo y prolongado, como un vasito de cristal lleno de vino, en memoria, sin duda, de la costumbre que tenían los primeros cristianos de llevar consigo el cuerpo del Señor en una cesta, y su preciosa sangre en un vaso (San Jerónimo). En otras pinturas del mismo cementerio, la mesa afecta la forma de elegante trípode, sustenta tres panes y un pez, y rodéanla siete cestitas llenas de panes. Dada la costumbre en la antigua cristiandad, de llamar por antonomasia *mesa del Señor* á la Eucaristía, y la circunstancia de estar pintados los panes y el pez, no puede ofrecer duda su verdadero simbolismo. Mas, por si esto no fuera prueba concluyente, en otra cámara aparece en primer término, un festín cuyos platos contienen el pan y peces fritos; á un lado de este altar, un personaje de pie, con el *pallium* ó *colobium* que deja descubierto el brazo y costado derecho, coloca las manos sobre las ofrendas; al otro lado una mujer sin duda, la Iglesia, también de pie, eleva los ojos al cielo: en presencia de esta joya arqueológica, el eminente Rossi dice que el que no encuentre en ella la consagración eucarística debe estar completamente ciego.

Fuera de Roma descúbrense los mismos signos: en la famosa inscripción de Autún se lee: «toma el dulce alimento del Salvador de los Santos, come y bebe, teniendo el pez en tus manos». La Iglesia de Africa, por su órgano San Agustín, se expresa de este modo: «el sacramento por el cual este pez divino, que ha sido pescado en medio del mar, sirve de alimento á toda alma piadosa.

La idea de emplear la viña como símbolo eucarístico, quizá estuviese en el espíritu de la Iglesia primitiva, pero su uso es más moderno.

Generalmente, los monumentos figurados con la viña no se remontan más allá del siglo IX, de cuya época es un sarcófago de Arlés, en el que se ven geniecillos alados, ocupados unos en la vendimia y otros en la recolección; y una amatista de la Biblioteca Real de Turín, exornada con un tronco de vid cargado de uvas, entre dos espigas.

Generalmente, he dicho, porque una iglesia del siglo V ó VI descubierta en Rímini en 1863, tiene un altar decorado con un bajo relieve, que representa un vaso con asas coronado por una cruz, de donde salen dos cepas de vid cargadas de uvas, que pican seis pájaros colocados simétricamente

En Oriente y en Africa, los pámpanos de la vid se emplearon ordinariamente en este mismo sentido eucarístico. En la obra «Siria central», del conde Melchor de Vogué, se reproduce un cordero estauróforo, acompañado de racimos de uvas y de panes cortados en cruz.

La basílica de Tebessa y el cementerio francés, ofrecen buenas pruebas del uso de la vid, bajo la misma significación.

Existen algunos monumentos más antiguamente conocidos, en los que puede hallarse alusiones más ó menos directas al augusto misterio; como la representación de un festín que no reune las condiciones ordinarias, descubierto por Bosio en el cementerio de los Santos Marcelino y Pedro; la composición, según el abate Polidori, calcada en el capítulo IX del libro de los *Proverbios* y por consecuencia, relativa á la Eucaristía; y la pintura de un fondo de vaso encontrado por Marangoni, teñido de sangre y fijado en la tumba de un cristiano. La leche, y aun el vaso pastoral llamado *mulctra* ó *mulctrale,* son también símbolos eucarísticos. San Ambrosio aplica al augusto Sacramento estas palabras del *Cantar.* «Yo he bebido mi vino con mi leche,» y San Zenón de Verona dirigiéndose á los neófitos, les dice: «El Cordero... ha derramado con amor, su dulce leche en vuestros labios entreabiertos y llorosos.»

El cordero con ó sin cruz, saliendo de un monte ó llevando los atributos del Buen Pastor, esto es, el vaso de leche pendiente de la extremidad del cayado, con cruz y el monograma de Cristo, rodeando la cabeza ó con asta crucífera, reposando sobre un libro ó sobre un altar, al pie de una cruz gemada ó con el costado y pies abiertos, corriendo sangre por sus heridas que se divide en cinco arroyos y se unen en un solo río, es la representación más remota del carácter esencial del Redentor, ó sea el de víctima, que se halla indicada en los libros santos.

Terminaré estos apuntes, con una breve descripción de la forma y confección de los «panes eucarísticos».

Desde el siglo IV, los panes eran de figura redonda, así lo asegura San Epifanio. Severo de Alejandría los llama *círculos,* San Gregorio *coronados,* y Sufio refiere que en la tumba de San Otmar (siglo VIII), se encontraron pequeños panes en forma de *ruedas;* así aparecen en una miniatura de un antiquísimo manuscrito de la Biblioteca de San Germán de los Prados.

En las Iglesias orientales, los panes son también redondos y están marcados con la cruz. Entre los griegos, es una cruz única, entre cuyos brazos hay inscritas las iniciales IC-XC NK,—*Jesus Christus vincit.* en los Sirios y Egipcios, las cruces son numerosas, sembradas en el campo y alternativamente griegas y latinas; las hostias de esta última Iglesia, llevan en el centro cruces monogramáticas como la X, y en una parte de su circunferencia, la leyenda *sanctus panis* (Martigny). En las catacumbas se encontró un sello que publicó D'Rossi, destinado probablemente á marcar las formas.

Si bien estos panes ázimos, serían pequeños desde que se introdujo su uso, no lo eran tanto y tan finos como los de nuestros días, sino de bastante espesor, á fin de poderlos fraccionar para la comunión de los fieles, hasta el siglo XII. A los enfermos no se les daba una forma entera, sino que se rompía, y de ella se tomaba una parcela. Los panes de altar eran redondos en todas partes, y sólo se diferenciaban por sus formas accesorias.

Según dom Martène, de la confección de las hostias estaban encargados los mo-

nasterios; había dos épocas principales destinadas para este trabajo: un poco antes de la Natividad del Señor y antes de Pascuas.

«Los novicios escogían el trigo sobre una mesa, grano por grano; se lavaban en seguida y se extendían en un mantel blanco para secarlos al sol. El que los llevaba al molino lavaba las piedras, se revestía de un alba, y ponía un amito sobre su cabeza. Llegado el día de hacer los panes, tres sacerdotes ó tres diáconos, con un hermano lego, después del oficio de la noche se calzaban, se lavaban las manos y la cara, se peinaban y recitaban particularmente en una capilla el oficio de laudes, los siete salmos y las letanías. Los sacerdotes y los diáconos, revestidos de albas, iban á la habitación donde debían fabricarse los panes; el hermano lego, había ya preparado la leña más seca y más propia para encender un fuego brillante. Todos cuatro guardaban un silencio absoluto; uno extendía la harina sobre una tabla pulimentada, limpia y reservada exclusivamente para este uso, y cuyos bordes estaban levantados á fin de contener el agua que él echaba sobre la harina para desleir la masa. El agua era fría, con objeto de que las hostias fuesen más blancas. El lego, con guantes, tenía el hierro y hacía cocer las hostias, seis á la vez. Los otros dos, cortaban estas mismas hostias con un cuchillo hecho *ad hoc*, y á medida que eran cortadas, caían en un plato cubierto con un lienzo blanco. Este trabajo duraba mucho tiempo en las grandes comunidades, y se hacía en ayunas. Esta costumbre de confeccionar las hostias, duró hasta el siglo XV».

PEDRO GASCON DE GOTOR

LOS MARQUESES DE CAMPO-HERMOSO



ENTRE la nobleza andaluza, ocupan un lugar preeminente estos próceres, cuyas cualidades sociales son tan perfectas y simpáticas, que no sólo en las regiones almeriense y granadina, donde habitualmente residen y el título radica, sino en toda la nación se les considera y estima.

Es la marquesita de Campo-Hermoso, una jovencita ideal, en quien la pródiga Natura, derrochó sus dones infinitos.

Al hablar de su belleza, se me ocurre decir con el poeta:

« Los trozos puros de la estatua griega, — ostentan su figura encantadora... »

puesto que en ella se compendian maravillosamente los ideales helénicos.

Dotada de una esmerada educación y de un criterio clarísimo, subyuga por su palabra fluída, brillante y fácil, de tonos resplandecientes y nerviosidades tentadoras, tanto ó más que con su hermosura.

Andaluza en todo y por todo, con el mismo *chic* se coloca el sombrero sobre su artística cabeza, que se recoge con derroches de gracia la falda de crugiente seda, ó se prende con donaire encantador la clásica mantilla; apareciendo siempre á los ojos de sus infinitos admiradores, como el prototipo de nuestras tradiciones gloriosas.

Su padre, don Manuel de Castro Portillo, marqués de Campo-Hermoso, noble á la antigua usanza, soldado y caballero, con la misma facilidad esgrime la espada, que dirige un cotillón. Demócrata por instinto y convencimiento, goza de gran influencia entre las clases populares, que ven en él un decidido protector de cuanto redunda en beneficio de su país, y de todas aquellas iniciativas basadas en el trabajo, único sistema posible y *regenerador*. Se batió á las órdenes del insigne general Serrano, en Alcolea, demostrando el temple de su corazón. Es caballero de la orden militar de Alcántara y Maestrante de Caballería de la Real de Granada; se ha sentado en muchas ocasiones en los escaños de la Diputación de Almería, á cuyo Ayuntamiento ha pertenecido también, siendo su presencia en ambas Corporaciones altamente beneficiosa al País. Entre las muchas distinciones civiles y militares de que ha sido objeto, merece especial mención el cargo que en la actualidad ocupa de delegado, en la región almeriense, de la Asamblea Suprema de la Cruz Roja.

M. ESCALANTE GÓMEZ

DR. D. JOSÉ MARÍA MÚNERA

El que nuestra Revista sea genuinamente artístico-literaria, no impide que, de vez en cuando, consagre una página á otras manifestaciones del saber; pues al mérito debe buscársele donde está, y sacarle á la luz pública, para rendirle el merecido homenaje.

Tiempo hace que deseábamos dedicar unos párrafos laudatorios al distinguido farmacéutico cuyo nombre encabeza estas líneas; lo considerábamos como un deber de conciencia, desde el punto y hora en que la necesidad de restablecer nuestra quebrantada salud nos llevó á su acreditado establecimiento; y hoy nos cabe, al fin, la satisfacción de cumplirlo.



Dr. D. José María Múnera.

Para ello, nos basta reproducir algunos párrafos de un artículo inserto recientemente en la *Revue Moderne*, importante publicación industrial y científica, concebidos en estos ó análogos términos: « El Dr. Múnera, de Barcelona, además de ser un químico verdaderamente notable, cualidad que en mayor escala recomienda á un buen farmacéutico, es persona de gran inteligencia y sumo gusto artístico, como lo prueba la soberbia instalación de su farmacia, situada en el Paseo de Gracia n.° 24, que supera á todas las demás de España en elegancia, y compite con las mejores del extranjero.

Muestra irrecusable de la altura en que se halla el arte decorativo español, en la instalación á que nos referimos, no omitió su inteligente propietario detalle alguno ni sacrificio pecuniario, para que resultara un conjunto acabado de perfección en su género. El mostrador está hecho con enlaces fantásticos y con madera esculpida, bronce, cristal y mármol de varios colores; conteniendo el florón del techo una lámpara eléctrica en cada flor, que juntas reparten una luz viva, dulce y constante. Todo, desde el más pequeño frasco y la minúscula etiqueta, hasta los expléndidos jarrones con flores artificiales, está estudiado y pensado; todo conspira á un mismo fin: al de ser á la vez útil y bello.

En el laboratorio, montado con arreglo á los últimos adelantos, y donde se revela plenamente la inteligencia y práctica del Dr. Múnera, se preparan con esmero, bajo su experta dirección, más de cien especialidades, cuyo mejor elogio consta escrito en los infinitos certificados con que las eminencias médicas las recomiendan á sus clientes y al público en general.

Pero la verdadera especialidad de la casa, la que ha consolidado su fama y constituye una merecida fortuna, es el *Licor Brea Múnera*, que lleva el nombre de su inventor; quien justamente puede vanagloriarse de haber prestado con su precioso invento un inmenso beneficio á la humanidad. Perfectamente dosificado y preparado este específico, de inapreciable valor, combate con eficacia suma las congestiones pulmonares, los catarros crónicos y las toses rebeldes; siendo el más perfeccionado que se conoce en el día: tanto que, aparte de otra multitud de distinciones, durante los 23 años que lleva de existencia, fué *premiado* en la Exposición Universal de París, figuró *fuera de concurso* en la de Londres, obtuvo *Diploma de honor* en la de Bruselas, otro *Diploma de honor* en la del Cairo, y últimamente *Gran Premio* en la de Jerusalén.

Pasan de cuatrocientos los corresponsales directos con que cuenta además esta casa; la cual exporta sus productos á todas las provincias y colonias de España, así como á las principales repúblicas sudamericanas; puntos todos en donde el nombre del Dr. Múnera es altamente conocido, respetado... y bendecido por los muchos que le deben el don inapreciable de la salud. »

Adhiriéndonos completamente á la opinión de nuestro ilustrado colega, cúmplenos añadir algo por cuenta propia; algo que en los actuales tiempos no carece de importancia.

Con lo expuesto formarán nuestros lectores cabal juicio de lo que vale el Dr. Múnera como hombre de ciencia; réstanos presentárselo como industrial, para que acaben de conocerle.

Tampoco en este concepto ha habido quien le aventaje. A su claro talento y perspicacia no pudo escaparse que ya pasaron aquellos tiempos en que *el buen paño en el arca se vendía;* que hoy, por mucha que sea la bondad del género, hay que atender muy especialmente á su propaganda; y partiendo de este objetivo, ha sido el primero en saber combinar el reclamo, de una manera útil, delicada y artística. Importa una cantidad muy respetable lo que anualmente gasta en regalos de exquisito gusto, para obsequiar á sus parroquianos y lanzar al viento de la publicidad, por todos los medios legales y finos, las excelencias y ventajas de su establecimiento. Dignos de mención especial son, entre ellos, unos lindos abanicos, en los que se reproducen exactos tipos y costumbres españolas, artísticos cromos de superior calidad, lujosos almanaques, tanto de bolsillo como de pared, y otra porción de objetos caprichosísimos y de utilidad pública.

Nuestra enhorabuena por todo ello á Dr. Múnera, ya en el terreno científico ya en el industrial; pues en ambos, honra por su talento y actividad, al país en que vió la luz primera.

De fijo cuando lea estos renglones—si por acaso los lee,—se devanará



Farmacia del Dr. D. José María Múnera.

los sesos, tratando de indagar qué amigo oculto ha tenido la desinteresada idea de añadir á su continua propaganda, esta no menos eficaz. Para evitarle esa molestia, le diremos desde ahora que no nos conoce personalmente, ni hacía falta, para el caso. El autor de este desaliñado artículo es... uno de sus varios admiradores: un amante de la justicia y del progreso nacional.

* * *

ESPOSAS MODELO EN ESPAÑA

DOÑA MARIA DE MOLINA

En medio del sinnúmero de discordias y turbulencias que en aquella época agitaban el espíritu castellano, sobresale, como faro de espléndida luz, la noble é ideal figura de la sin par mujer Doña María de Molina. Sus relevantes dotes y heroicas virtudes, conquistáronle justamente el título de *Grande*, con que la distingue la Historia.

Hija legítima de don Alfonso de Molina, contrajo matrimonio en el mes de Julio de 1281, con el Infante Don Sancho, hijo de Alfonso X, y apellidado el *Bravo*, por sus memorables hazañas contra los sarracenos.

En Abril de 1284, se trasladaron ambos consortes á Toledo, donde fueron coronados por cuatro obispos; y aquí comienzan las grandes contrariedades que pusieron á prueba el espíritu fuerte de la joven soberana.

Unidos por los estrechos é indisolubles lazos del amor, y arrullados en su sueño de ventura, olvidaron los dos esposos, antes de efectuar su enlace, el parentesco que les unía, pues los abuelos de doña María eran bisabuelos de Don Sancho; por lo que, queriendo éste reparar su falta, pidió la necesaria dispensa al Papa.

Fuera por los muchos abusos que se cometían sobre el particular, ó bien por las instigaciones del rey de Francia, que deseaba que se anulara



este matrimonio, para colocar en el trono á una de sus hijas, es lo cierto, que el Pontífice no accedió á sus pretensiones, intimándoles á la disolución de su enlace. Sin embargo, Don Sancho que amaba tiernamente á su esposa, negóse con firme entereza á separarse de ella, afirmando que su matrimonio era legal, y mandando al propio tiempo fuertes sumas á Roma, para obtener la tan deseada dispensa.

Fué Doña María el ángel tutelar de Don Sancho, durante su borrascoso reinado: con su carácter afable y bondadoso, lograba apaciguar en muchas ocasiones los impulsos del genio arrebatado y violento de su esposo, hasta el punto de conseguir que perdonara la vida al Infante Don Juan, cuando fué preso en Alfaro.

Conocía las infidelidades de Don Sancho, debidas sin duda alguna, más á su carácter impresionable y vehemente que á su corazón; pero ella, esposa modelo y cristiana verdadera, perdonábale siempre y seguía amándole con igual ternura; aumentando su generoso proceder la veneración y el respeto del monarca, que sabía apreciar como nadie las virtudes que enriquecían á su incomparable compañera.

Digna de elogio se nos presenta Doña María de Molina durante los años de su matrimonio; pero cuando se mostró verdaderamente sublime y mereció al epíteto de *Grande*, fué al fallecimiento del monarca, en que supo sola, gobernar con el mayor acierto, aquel pueblo inconstante y díscolo, y amante siempre de tumultos y revueltas.

Falleció Don Sancho el año 1295, á causa de una enfermedad contraída en el glorioso sitio de Tarifa, y su muerte dejó huérfano y en el mayor desconsuelo el corazón de su amante esposa. Sin embargo, sólo un momento logró el dolor abatir aquel espíritu gigantesco; pues, comprendiendo que como reina y gobernadora, se debía toda al bien de sus pueblos, trituró su corazón para dedicarse por completo al gobierno del Estado, y á la educación de su hijo primogénito Fernando, niño á la sazón de nueve años de edad, y de quien había sido nombrada tutora por el Rey, en su testamento.

Tan luego ocupó el trono, levantó el tributo de la sisa, que era muy gravoso á sus vasallos; devolvió á los magnates algunos de sus anhelados fueros, y tanto bien prodigó, que pueblo y señores, llenos de admiración y entusiasmo, proclamáronla sucesora de Sancho IV. Empero, pronto la ambición de los mismos magnates impidió la tan deseada paz, y al impulso de opuestos elementos, conmovióse de nuevo la tierra castellana, salvada solamente, merced á la moderada prudencia y á la inteligencia sobrenatural con que el Todopoderoso enriqueciera á la ilustre soberana.

Bella es su figura en todos los actos de su vida: bella, cuando permanece hora tras hora en su despacho, sin atender á las fatigas propias del trabajo, ocupándose sólo en los negocios del Estado, con tal celo y constancia, que logra causar la admiración del pueblo castellano.

Hermosa se nos presenta en las Cortes, escuchando con la mayor atención á todos los diputados, y hablando con ellos tan afable y bondadosa, que su acento cautiva á cuantos la oyen.

No menos arrogante aparece ante los muros de Segovia, alborotada por el ingrato Infante Don Juan, constante perturbador del reino. Allí está con su hijo la heroica madre: las murallas se hallan guardadas por 2.000 hombres y mayor muchedumbre; las puertas, permanecen cerradas para ella; su valor no desfallece, por el contrario cobra bríos ante el peligro, y sólo por la elocuencia de su palabra, Segovia le abre sus puertas, pero ciérralas inmediatamente para el hijo de su alma. Tampoco logra abatirla este nuevo contratiempo. Impasible contempla el cuadro que tiene ante su vista: se halla rodeada de armas por todas partes; ni jefes ni soldados obedecen sus mandatos. Entonces, siente que su espíritu álzase erguido, imponente, dando extraordinario vigor á todos sus miembros y los más vibrantes acentos á su voz, siempre dulce y suave. Su palabra resuena imponente entre la inmensa muchedumbre, y habla con tal energía, con tal imperio y tanta grandeza, que conmovidos los segovianos, ábrenle de par en par las puertas al joven monarca, concediéndole los recursos necesarios para la guerra, que se presentaba con motivo de la terrible liga formada por Jaime II, los reyes de Sicilia, Portugal y Granada, y Don Alfonso y Don Fernando; así como para combatir al Infante Don Juan, que levantó de nuevo su rebelde bandera, titulándose rey de León.

Y tan bello como su figura, aparece siempre su hermoso corazón, cuya generosidad brilla en todas sus acciones, como los luminosos rayos del más pulido diamante. Y prueba sublime de sus generosos rasgos, dióla cuando la victoria conseguida en el sitio de Mayorga, concediendo libre y seguro paso por Valladolid, á los sitiadores encargados de conducir á sus tierras los cadáveres de los más distinguidos campeones de una causa mala, que Dios castigó mandándoles su completa derrota por medio de una terrible epidemia. Cuatro meses duró el sitio de Mayorga, cuyos muros fueron heroicamente defendidos por los leales á la ilustre princesa. En esta derrota, perdieron los sitiadores lo más escogido de sus caballeros y ricos hombres, y mostróse tan noble Doña María, que no satisfecha su generosidad, al concederles libre paso, regalóles también unos paños mortuorios, para cubrir con decorosas apariencias, los carros que conducían á tierras de Aragón los restos de los que en vida habían sido sus más encarnizados enemigos.

Constante fué la lucha que sufrió Doña María, durante los años de su reinado, pero su preclara inteligencia halló siempre el medio de combatir las aspiraciones de los ambiciosos, buscando en el apoyo de los pueblos el verdadero sostén para el trono de su hijo; y cuando éste ocupó la regencia, tuvo en muchas ocasiones que recurrir á ella, para solventar por medio de su grande influencia y sabios consejos, importantes y graves conflictos. Hijo ingrato, sin embargo, con la que tantos sacrificios hiciera por él, halagado por sus propios enemigos, atendió las calumniosas suposiciones que hicieran de aquel modelo de reinas, llegando á pedirle cuentas de su administración durante los años de su reinado. Avergonzado quedó Don Fernando de su acción, al comprobar por sí mismo, que su madre había vendido todas sus alhajas, para atender á los gastos de la guerra, reservándose solamente un vaso de plata para beber, y colocándose en la modesta condición de comer en escudillas de barro.

Al fin, obtuvo Doña María el triunfo moral que tanto tiempo anhelara, viendo legitimado su matrimonio con Don Sancho, de quien era viuda, y por lo tanto, todos los hijos en él habidos.

Don Fernando, llamado el IV de este nombre, contrajo enlace en 1302 con la Infanta Doña Constanza hija de los reyes de Portugal, y falleció en Septiembre de 1312, dejando un hijo de poco más de un año de edad, llamado Alfonso XI, y cuya tutoría fué también confiada á la inteligente Doña María, la cual demostró una vez más toda la grandeza y superioridad de su preclaro talento. Tan continuados trabajos y fatigas gastaron su ya quebrantada salud, cayendo gravemente enferma en Valladolid, cuando se dirigía á Palencia á presidir las Cortes por ella convocadas, y falleciendo á los pocos días de esta dolencia, ó sea en el mes de Julio de 1321, después de dictar su testamento y recibir los auxilios espirituales.

Según dejó dispuesto, vistiéronla con el hábito de religiosa dominica, y por igual disposición, fué enterrada en Santa María la Real, monasterio de las monjas del Cister, llamado de las Huelgas en Valladolid, y el cual, como otros muchos, era fundación de la piadosa Reina.

JOSEFA GUTIERREZ



LA PANDERETA

«Me tocó Felethusa la gaditana;
que es mi abolengo ilustre, nadie lo niega,
soy de la castañeta rival galana,
y amiga de la agreste siringa griega.

—Agitando en el aire mi peso exiguo,
acompañé la danza de las bacantes;
y en las fiestas, los sistros del mundo antiguo
á mis ecos mezclaron sones brillantes.

Del errante bohemio puesta á la espalda,
ante mí ha desfilado todo el Oriente,
y fuí modelo airoso de la guirnalda
que Baco, el dios del vino, luce en la frente.

Pasando de unas manos en otras manos,
yo he cruzado el Egipto regio y grandioso,
rodando en los tropeles de los gitanos,
bajo el sol del desierto caliginoso.

Despertando en los pechos dulces placeres,
entre guzlas moriscas, soné en la alhambra,
y he visto á los *Kalifas* y á sus mujeres
danzar en la ruidosa y alegre zambra.

En las *juergas* regadas con manzanilla,
entre palmas, punteos, delirio y gresca,
acompañé tronando, la seguidilla
que cantaba y bailaba muchacha fresca.

Del estudiante alégre, pero sin blanca
aliviando la triste mala fortuna,
salí miles de veces de Salamanca
para, regocijada, correr la tuna.

Enmedio de flautines y de timbales
en el teatro, á veces, me miro puesta,
y doy sones alegres y sensuales
cuando ritmos bohemios lanza la orquesta.

Triunfante de costumbres, seres y modas,
nací al venir al mundo la especie humana,
y como he recorrido las razas todas,
soy egipcia, judía, mora y cristiana...

Yo figuro en los muros de los salones,
y en mi parche redondo, de luz bañado,
me deja la pintura sus concepciones
y su númen con tintas idealizado.

Desde hace diez y nueve siglos de historia,
en noche de Diciembre, sublime y santa,
mi voz, como un repique de eterna gloria,
de Dios el nacimiento pregona y canta.

Yo soy mudable y loca, como un poeta,
como una mariposa, voluble vago,
y un temblor de alegría derramo inquieta,
como un temblor de luces esparce un lago.

Soy la musa del pueblo: si Andalucía
de una mujer tomase la forma grata,
mi círculo en sus bellas sienes sería
la brillante corona de hojas de plata!»

SALVADOR RUEDA

B. GILI ROIG



POR METERSE A TORERO

BEBÉ

(Continuación.)

¡Ah! no tienen razón, Fausta; no tienen razón. Bien lo sabes, bien lo debes de comprender tú; tú, que conoces con todos sus detalles, cómo aquella madre y cómo aquel hombre, embrutecido al fin y sin sentido moral, quisieron matar, poco á poco, mi querida juventud, aquella juventud que yo creí muerta últimamente... Pero no era así. « La juventud no vuelve », te decía yo, si mal no recuerdo, en una de mis últimas cartas. Pues ha vuelto, ha renacido en mí y, como savia vivificante, me fortalece y me devuelve la sensibilidad. Mi alma despierta, mis ojos sienten la caricia de la luz y se entornan sonrientes y con arrobo; el rubor, convertido en palidez por la lascivia, torna á colorear mis mejillas, y mi sér entero, parece sumergido en olas de luz y de perfume, que mecen mis nuevas ilusiones y mis nuevos sentimientos. ¡Ya no soy una cosa! ¡ya soy un sér!... ¡Ah, mi juventud querida, cuán hermosa eres!... ¡Y quisieron matarte en mí!.., ¡Necios! No se les alcanzó que tu fuerza es tanta y tus raíces tan potentes, que cuando te oprimen para ahogarte, tú tuerces tu curso, y retoñas floreciente por otra parte, en busca de luz, de espacio, de vida. Somos iguales. Eso mismo he hecho yo. *Naturaleza* fué mi madre y de ella aprendí... No tienen derecho á quejarse. Hemos faltado todos. Mi esposo y su madre, antes; yo, después. Estamos iguales... Ahora, tú, júzgales á ellos y júzgame á mí; dime si me desprecias, ó si aun puede contar con tu cariño, esta desgraciada que tanto te quiere.

CARLOTA.

Madrid, 30 Agosto, 90.

CARTA NOVENA.

Fausta: ¡Cuán buena eres! ¡Qué corazón el tuyo, tan hermoso! Tu carta me ha llenado de alegría... ¡Dios te pague con creces, el consuelo que tus palabras han derramado en mi corazón!... Encuentras mal mi falta; pero me disculpas y me compadeces. Esto esperaba de ti. Lo que está mal, nunca puede estar bien; pero, á veces, nuestras culpas, son hijas de las ajenas... En fin, no razonemos más sobre lo que ya no tiene remedio.



Me pides detalles acerca de lo ocurrido, de la situación en que me hallo, del género de vida que llevo; un proceso, en fin, de mi falta, que te explique cómo pudo quebrarse mi virtud, cómo pude salir de aquel atonismo, de aquella inercia moral y material, tan semejante á la resignación; inercia en que me había sumido el sufrimiento.

Duro es para mí, querida Fausta, tener que desnudar mi alma ante tus ojos. Mi falta, es de esas más fáciles y menos vergonzosas de cometer que de razonar, tal vez porque, al cometerlas, no razonamos. Pero, no importa. ¿Quieres mi confesión? Será completa. Hacértela frente á frente, sosteniendo tu mirada... no sé si podría; escribírtela, es distinto... Seré franca, hasta el punto de parecerte osada en algunos momentos. A las almas puras, como la tuya, siempre las hiere el erótico grito de una naturaleza sedienta de vida, que se arroja á beberla en inmunda charca. Para el que no goza dicha alguna, cualquiera es buena, creo haberte dicho alguna vez. Dije bien. Hoy añado que, el infeliz, llega á encogerse de hombros y á sonreirse estoicamente, ante su propia vergüenza, sacrificada en la afrentosa cruz de sus deslices... ¡Vivir! ¡vivir la vida de los sentimientos, no únicamente la despreciable vida animal! No ser materia víctima de una inercia odiosa; ser algo que responda libremente á los impulsos del corazón y el cerebro. Esto es lo que importa; de lo contrario, tanto me hubiese valido nacer imbécil. Ser mártir de un deber que nos otras mismas nos imponemos, es muy grande, muy hermoso, muy santo, mientras lo respetan aquellos por quienes nos lo impusimos; pero ser mártir para satisfacción del egoísmo ajeno, sacrificarme por un deber que sólo sirve para que se rían de mí aquellos que me lo exigen, no sólo lo considero ridículo, sino estúpido. Nuestros deberes, deben estar en relación con los derechos de los demás. ¿Tenían derecho á mi sacrificio, los que se reían al verme sacrificada? No... Podrás objetarme á esto, que el deber no se cumple para ser recompensado, sino para satisfacción de nuestra conciencia. Así lo creo. A mí, la conciencia, me dice que he faltado; pero nó que he faltado á mis deberes de esposa, sino á los deberes que, para consigo, tiene toda mujer digna y honrada. A estos he faltado, sí, he faltado; pero á los otros no, no lo admito, porque de ellos me redentó su risa.

Mas, noto que hablo de todo, menos de lo que tú quieres saber... ¡Me es tan violento...! Mira, Fausta, dejémoslo para mañana... Román, debe llegar de un momento á otro, y tendría que interrumpir mi relato. Te prometo escribirlo esta noche, mientras él esté en la redacción... Serán unas notas sinceras, más que una carta.

Adiós, Fausta querida; te abraza con toda el alma, tu agradecida y constante

CARLOTA.

Madrid, 10 Septiembre, 90.

CARTA DÉCIMA.

Fausta: ¡Tres noches trazando palabras y palabras, líneas y líneas, en el blanco papel, y las tres noches rompiendo los plieguecillos apenas mediados!... No, no encuentro modo de expresarte razonadamente, todos mis pensamientos al dudar, al caer y al sentir en mi rostro el frío de la vergüenza... No cabrían en cien pliegos todas mis impresiones y todos mis razonamientos. ¡Imposible! Prefiero que tú razones por mí, que tú deduzcas de lo poco que digo, lo mucho que yo no sé expresar, y que atenúes con tu buen juicio, el avieso alcance que pudiera dárseles á mis gritos de rebelión, contra lo que mi conciencia me dice que era injusto... Sí, Fausta; prefiero esto... Ahí van algunos de los pliegos que escribí febrilmente y que dejé intactos, con sus incoherencias y sus giros torpes... Hay cosas que no pueden decirse bien, si, al decirlas, se sienten.

Quedas complacida... Adiós. Román, me espera para ir al Vivero á almorzar. ¡Ahora sí que mi dicha ve solita la luz del sol!... Perdona; es un atrevimiento, tal vez impúdico, mi exclamación; pero ¡qué quieres! habla en mí la felicidad y la juventud. ¿También la dicha ha de ser hipócrita? ¡Oh! Que lo sea, si así le place al mundo; pero, yo, contigo, no lo quiero ser... Conóceme tal como soy. Cuando te repugne, calla y olvídame.

Te abraza fuerte ¡muy fuerte! tu amiga

CARLOTA.

Coda. — He sentido tentaciones de firmar *Bebé*... ¡Está el cielo tan azul... y yo tan contenta!... Voy al campo á correr, á saltar... ¡á vivir!

Madrid, 14 Septiembre, 1890.

TEXTO DE LAS HOJAS QUE ACOMPAÑABAN Á LA CARTA ANTERIOR.

. . . .

« Pero ¿qué decir? Román tenía en sus manos mi libro de oraciones, y contemplaba, sonriendo, aquellas hojas de flor, que yo guardara allí como recuerdo de unos instantes de felicidad... Su pregunta había sido demasiado indiscreta y tan inesperada, que no acerté á responder... ¡De quién eran las flores á que pertenecieron tales hojas!... Me puse tan colorada y me aturdí tanto, que por eso sonrió el muy pillastrón. Debió de adivinar la verdad; es decir, la verdad no, porque, de haberla adivinado, su sonrisa hubiese sido compasiva en vez de picaresca .. Por esto me aturdí, porque pensé: « Román cree que esas hojas de flor, son de aquellas flores que me regalara un día, y cree que las conservo porque le amo »... ¿Qué decir? ¿qué hacer? Mi silencio, fué mi primer mal paso. Debí hablar con franqueza, desengañarle, decirle el verdadero sentimiento que me indujo á guardar aquellas hojas; pero... »

. . . .

« Una noche, estando de sobremesa, llegó Román, y sentóse á mi lado para jugar al tresillo. . . . .

Yo, retiré el pie y, aturdida, hice una mala jugada que fué causa de que Román, diese *codillo* á Pepe... Por cierto que, el incidente, me hizo recordar que mi esposo, el día de nuestra boda, se tomó igual libertad, mientras

comíamos... y sus botas de becerro mal lustradas, ensuciaron de lodo y betún, mis blancos zapatitos... Mis zapatillas, blancas también, no fueron ensuciadas por los charolados zapatos de Román... »

. . . .

« Un día, mi esposo, se marchó de casa, dejándome el *honroso* encargo de que, si venía Román, le pidiera cinco duros de parte suya... Y Román, vino, pero yo no le pedí nada... Tuve vergüenza de formular tal petición... y esto me valió una repulsa y hasta algunos empellones de mi esposo. Más tarde, Román, se enteró por Pepe, de mi *ridícula* cortedad, y me dijo al oído con la mayor ternura: « — ¡Pobre Carlota! Es usted digna de mejor suerte. » Nada más... Esto bastó para que yo comprendiese que me compadecía desde el fondo de su corazón. Pero ¡ay Fausta! Yo sabía ya que Román me amaba, y su compasión, dábame miedo. Sin embargo, es tan consolador verse compadecida cuando se sufre, que agradecí sus frases con una cariñosa mirada de gratitud. »

. . . . .

« Era preciso contestar... Mi esposo ¡quién sabe dónde! seguramente entre mujerzuelas, cuyas gracias le hacían encontrarme siempre sosa; mi suegra en misa, tal vez pidiendo á Dios, resignación para sufrirme; yo... rendida por el insomnio, despeinada, con los ojos enrojecidos de tanto llorar y la cara paliducha, con los pómulos asomando por entre la flácida carne... ¡Sola! sola con Román, que insistía... insistía en sus razonamientos, musitados á mi oído, con ese acento apasionado y comprimido del amor... ¿Qué responder?... No recuerdo... no sé lo que le dije; creo que le hablé llorando, que le pedí que no aumentase mi desesperación con su insistencia y que no acabase de enloquecerme; le dije que sí... que tenía razón, que eran verdad todas las infamias que suponía se estaban cometiendo contra mí... pero que no era posible... que mi honradez antes que todo. ¿Esperanza? Ninguna... ¡imposible! Amarle... ¡qué sé yo! ¿Hay quien pueda definir, cuando la gratitud acaba y el amor empieza? « ¡Por Dios Román!... Yo se lo ruego... Usted es bueno... No insista... ¡Dios mío, Dios mío!.. ¡Tenga usted valor para sufrir como sufro yo! »



» Quedé muda, fría, anonadada, al ver entrar á mi esposo en la estancia, seguido de su madre... Habían oído mis últimas frases y las tradujeron á su gusto; es decir, á Pepe, que volvía beodo como de costumbre, se las tradujo su madre, con toda la buena intención que puedes suponer, y entonces, él, se abalanzó sobre mí y descargó en mi rostro sus pesados puños de borracho, mientras su madre me escupía, despidiéndome y llamándome lo que aun no era. Román me cogió de un brazo, tiró de mí sin que nadie le estorbara y, poco despues, no sé cómo, me vi en un coche sola con él... y con él sigo... Esto fué todo, Fausta... Como ves, mi confesión es franca, aunque no muy extensa. Creo que tú, lograrás suponer con acierto, lo que no te digo en estos pliegos, llenos de tachones... y de lágrimas. »

Carta undécima.

Querida Fausta: ¡Un año sin escribirte!... No lo extrañes. ¡Cosas del destino!...

Recibí tu última carta, á raíz de un grave disgusto, motivado por la muerte de aquellas mis nuevas ilusiones... Estuve enferma y no pude escribirte. Luego, francamente, Fausta, no pensé en escribir porque apenas tenía tiempo para llorar. Figúrate que, á Román, le metieron preso por cosas del periódico... Mi dolor no tuvo límites... Fuí á verle á la cárcel y noté, por primera vez, que pensaba más en sus ideales que en mí. Todas las mañanas, iba á llevarle la comida... La empresa del periódico, me daba el exiguo sueldo de Román, para atender á nuestras necesidades... Te juro que, algunos días, no comí para no mermar la ración de aquel hombre, por quien hubiese dado la vida... ¡Oh! ¡El hombre... el hombre! No quiero decirte todo lo que pienso acerca del hombre. En el fondo del más bueno, duerme pronta á despertarse, la bestia humana y egoísta.

Así pasaron algunos meses... Luego, le trasladaron á un penal; la empresa periodística dejó de darme dinero y Román ni tan sólo me escribió una carta, á pesar de saber que mi situación era muy terrible: estaba en cinta... Tal vez á causa de los disgustos, di á luz, antes de tiempo, asistida por piadosas vecinas. Después... lo natural: venga buscar trabajo inútilmente, venga pasar privaciones infinitas... Hasta he pretendido servir de camarera; pero mis antecedentes, han hecho que no me tomaran... ¡Mis antecedentes!... ¡Cómo ha de ser! Ya no protesto, me voy convenciendo de que la libertad de conciencia y los derechos individuales, son enormes pecados en esta sociedad para la que sólo existe un patrón de honradez... ¡Mis antecedentes! Sí, sí; he sido muy mala ¡mucho! De todo lo que me hicieron sufrir; de todas mis lágrimas; de todas mis angustias, yo y solo yo, soy responsable... ¿Qué cosa será justicia social?

En fin, como de todo dudo ya, no sé si esta carta la leerás con gusto... Una lamentación eterna, es lógico que acabe por fastidiar, y mis cartas siempre son eso: una lamentación pesada, aunque muy dolorosa.

Luis de VAL

(Continuará.)

CORPUS

PRÓXIMO á morir, terminada su misión sobre la Tierra, esparcida la buena semilla á los cuatro vientos, seguro de que esa semilla fructificaría, seguro de que su voz supranatural llevaría el temor al ánimo de los poderosos, la esperanza al ánimo de los afligidos, quiso el Hombre-Dios reunir una última vez á sus discípulos. Y después de purificarlos, ejecutando con sus manos el lavatorio, los sentó á su mesa. Cuando estuvieron hartos de manjares los cuerpos, Cristo tomó pan sin levadura y lo partió en trozos, tomó vino en el amplio cráter, y á cada uno de los apóstoles dió el pan é hizo beber un sorbo de vino, diciéndoles: « Tomad y comed, que este es mi Cuerpo; tomad y bebed, que esta es mi Sangre.»

En el pan ázimo, simbolizaba Cristo lo mejor de los alimentos que los hombres ingieren, y en la pura harina del trigo, encarnaba los principios vitales que al hombre sostienen.

En celebración del Santo misterio, se ha instituído la fiesta del Corpus. Y se celebra cuando los campos han madurado su fruto, cuando la tierra, llegada á la plenitud periódica de su vida, rinde al hombre centuplicado el fruto de sus esfuerzos, cuando la semilla que entre la obscuridad y el secreto germinó poderosa. ha crecido en tallo, ha brotado en forma de espiga, ha madurado al beso del sol, ha vuelto á su primitiva potencia, pero mucho más fecunda, mucho más poderosa. El Hombre-Dios entrega su Cuerpo á los mortales, para que de El se nutran, para que comprendan que en El se encierran la fuerza y la fecundidad inagotables.

***

Cuando se celebra la fiesta del Corpus, la más augusta de todas, la más solemne, porque simboliza el pacto de amor entre la naturaleza y los hombres, pacto que no puede romperse, fecundidad que durará en tanto que dure la raza de los hombres, todo es gloria y vida sobre la tierra. En los campos ondea, á impulsos del viento, la dorada mies; sobre su áurea superficie, las manchas rojas de las amapolas, parecen simbolizar la sangre nueva que aquellas espigas, entre cuyos tallos nacen, infundirán en las venas de los hombres. Todos los árboles están cubiertos de botones, que estallarán en frutos sabrosos; en los prados y jardines brotan las rosas y los claveles, que embalsaman el aire. Lo que sustenta la vida y lo que la embellece, lo que habla al cuerpo y lo que habla al espíritu, crecen á la par y á un tiempo llegan á su plenitud, infundiendo esperanza y energía. Miran los labradores las riquezas que el suelo les otorga, preparan las aceradas hojas que, cortando los tallos, han de perpetuar vidas más complicadas, arreglan la troj que recibirá el grano, dan ración doble á los caballos que, pisoteando las espigas, separan el grano de la paja, lo que nutre al hombre de lo que alimenta á las bestias de labor. El artista se extasía ante la belleza incomparable de las flores que se yerguen espléndidas, perfumando la atmósfera; pájaros é insectos vuelan y alegran la mirada; y si unos cantan el himno de la existencia, los otros lo esculpen con trazos indelebles en el alma del que sabe comprender lo que significan aquellos giros de las libélulas blancas, de las rojas y negras mariposas, de las tornasoladas moscas y arañas, de los escarabajos de oro, erráticles apariciones que no puede copiar ningún pincel, que no reproducirán jamás los colores de una paleta. Y por sobre esos panoramas inimitables, capaces de suspender el ánimo del que sabe comprender su grandeza, destella el sol su luz cuasi eterna, madre de todo lo creado, luz que envía oleadas de calor, calor que es movimiento y vida, y fuerza y principio, y elemento esencial de cuanto se mueve y vive, y respira y muere.

¡Cómo se siente la grandeza del Corpus sobre la cúspide de una montaña! El sol, llegado á su máximo grado de esplendor, inunda el valle, requema los flancos del monte, cae á plomo sobre su granítico espinazo, se refleja en las aguas del lejano río que centellean de alegría á su contacto, penetra en las profundidades de las gargantas, ilumina con tonos de obscura esmeralda el follaje de los apretados árboles, que forman la mancha negra de la selva y del bosque, hace aparecer más blanca la casería rodeada del oro de los trigos, fulgura sobre las campanas de la torre, convirtiendo en oro el bronce, centellea contra el cristal del mar desmedido, que cierra los últimos confines del horizonte, y envía por doquiera su calor fecundante que despierta el movimiento de las moléculas, las cuales unas sobre otras se precipitan, produciendo acciones y reacciones químicas, que son la síntesis de la existencia!

Por todas partes la fecundidad y la fuerza aparecen. Los árboles se cargan de frutos, los tallos de hierba de espigas, busca el macho á la hembra, los pequeñuelos de la primera cría hallan alimento abundante sobre el próvido suelo, las hormigas cargan con los cadáveres de los insectos que han perecido bajo los golpes de sus rivales, la larva devora hojas y hojas para dar luego á las alas del insecto el verde esmeraldino que las hojas tenían, lo rojo del sol que las iluminaba, lo blanco de la savia que las nutrió.

Y en el valle, en las casitas de los labradores; en la ciudad, en las moradas de los ricos; en el mar, en el buque del nauta; sobre la montaña, en la hermita que habita el asceta, parece que el aire lleve la buena nueva; parece que en la atmósfera palpite; que sobre todo y todos se cierna. La comunión eterna se renueva; la fecundación se cumple, el Corpus alienta á la Humanidad fatigada de la lucha.

Y en la ciudad; más limpia que el oro, profusa, olorosa, la retama cae sobre el palio que cubre el Cuerpo, en tanto que las frentes se inclinan y se rinden las armas, y se humillan las banderas. La comunión de la Cena se renueva, Cristo resucita y alimenta á sus hijos, y les predica la paz que turban estúpidos, el amor que desconocen ingratos.

Bendito el Corpus, en que la retama alfombra las calles y el trigo alfombra las eras.

A. RIERA

D. ALVARO DE LUNA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

Quizá la historia de ningún país, presente el ejemplo de un hombre llegado á tan alto puesto, y despeñado por la loca fortuna á tan bajo lugar.

Nacido don Alvaro de Luna en un lujoso palacio, viene á morir en un afrentoso cadalso.

Sus amigos fueron tan grandes, como sus enemigos poderosos.

Afortunado en amores, ¡quién sabe si un amor fué la causa principal de su muerte!

Poseedor de inmensas riquezas, tuvo que ser enterrado de limosna.

Conozcamos su vida y sus hechos.

Hijo don Alvaro del copero mayor del rey Don Enrique III, debió nacer por los años de 1390.

Ignórase el nombre verdadero de su madre, pues mientras que sus rivales le supusieron hijo de una mujer de vida airada, llamada *la Cañeta*, sus amigos le dieron por madre á la noble doña María de Arasandi.

Tan gallardo como ingenioso; tan diestro en las armas como en los juegos; tan hábil en el canto como en la poesía; tan valeroso soldado como galante amador; si enloquecía á las mujeres, si los hombres le respetaban y temían, el rey niño,—luego Don Juan II,—á quien entró á servir, no podía pasar sin él, su compañero y amigo, su consejero y apoyo, su protector y hermano.

Durante la minoría de Don Juan, fué desterrado por la reina doña Catalina, su madre, lo que formó un nuevo lazo de cariño entre el príncipe y su paje.



ENTIERRO DEL CONDESTABLE D. ALVARO DE LUNA *Fot. Laurant y C.ª*

Cuadro de E. Cano, existente en el Museo Nacional de Pinturas.

Para desagraviarlo, al empuñar Don Juan las riendas del gobierno, le hizo conde de Santisteban de Gormaz, Condestable de Castilla, ministro y favorito.

Mas ¡ay! diríase que el favor del monarca aumentaba la ambición del Condestable, que bien pronto llegó á contar con cinco condados, el ducado de Trujillo, dos ciudades, setenta villas y castillos, y el Maestrazgo de Santiago; logrando reunir hasta 20.000 vasallos y 100.000 doblas de renta.

Cierto que don Alvaro pagó al rey su cariño y finezas, librándole de la esclavitud en que los nobles pretendían tenerle, luchando bravamente contra ellos por el engrandecimiento del monarca, triunfando de los moros en Figuera y Guadix, y ganando á los infantes y á los grandes sublevados la batalla de Olmedo, en la que, mal herido en un muslo, mantúvose á caballo toda la jornada.

En aquella lucha, en aquel terrible duelo á muerte que duró más de treinta años, el Condestable tuvo sus días de luz y sus noches de negrura.

Los conjurados contra él, obtuvieron de Don Juan II una orden de destierro, que hubo de cumplir.

Audaces los nobles y débil el monarca, temió éste al encontrarse solo, y volvió á llamarle á su lado, colmándole de nuevos favores.

Don Alvaro, al tornar á la corte, procuró apartar del lado del rey á todos sus enemigos, llegando á dominar hasta en el interior del palacio.

Entonces apareció como el verdadero rey de Castilla.

Sus enemigos, aprovecharon la ocasión é hicieron ver á Don Juan II que el Condestable era el Supremo Señor, y el monarca el último de sus vasallos.

Herido Don Juan en su orgullo, pensó otra vez en desterrarle; pero un suceso, en cierto modo imprevisto, vino á perder al favorito.

Alfonso Pérez de Vivero, á quien don Alvaro había sacado de la nada, se unió á sus contrarios, y el Condestable, ardiendo en ira, le hizo matar en su propia casa.

Aquel acto fué el último de su poderío y precursor de su ruína.

La reina en la que, según algunas Memorias de aquel tiempo, el favorito había fijado sus ojos puesta á la cabeza de los conjurados contra don Alvaro, logró del monarca una sentencia de muerte.

Preso en su castillo, abandonado de los muchos á quienes había colmado de beneficios, acusado de robos, cohechos y tiranía, no tardó en ser condenado, apoderándose el rey de sus inmensas riquezas.

Don Alvaro, dice un notable escritor, mostróse tan valeroso, tan noble y grande en el cadalso, que su muerte absuelve su vida.

Según el gran Quitana, en su famosa obra *Españoles célebres,* tendría al morir — 2 de Junio de 1453 — sobre sesenta y tres años, y aun se conservaba ágil y robusto, con grandes dones de cuerpo y alma.

Fué don Alvaro hombre de mediana estatura, con los ojos vivos y penetrantes, y el habla algo balbuciente. Gran amador de la poesía. Muy amigo del insigne Juan de Mena. Galán y atento con las damas, y discretísimo en sus amores.

En luchas de guerra, pocos de su tiempo se le pudieron comparar.

En sagacidad y penetración política, en tesón y atrevimiento, ninguno le compitió.

En cambio, su ambición, su orgullo, su avaricia y la crueldad de que revistió sus postreros tiempos, le enajenaron las voluntades.

Pasemos á reseñar sus últimos momentos.

Antes de ir al suplicio, oyó misa y comulgó devotamente.

Sobre una mula, llegó á la plaza Mayor de Valladolid, donde se levantaba el cadalso, cuyas escaleras subió con resolución y presteza; adoró una cruz, y al ver entre la multitud á uno de los pajes que le habían acompañado en su prisión, llamado Morales, le dió la sortija de sellar que llevaba en el dedo, diciéndole: — «Toma, es el postrimero don que de mí recibes».—El paje se echó á llorar, como todos los circunstantes.

Mirando á Barrasa, caballerizo del príncipe, exclamó: — « Dile al príncipe mi señor, que mejor galardone á los que lealmente le sirven, que el rey mi señor me ha galardonado á mí ».

Pidió al verdugo le atase las manos con una cintilla que le dió, y que mirase si tenía bien afilado el puñal. Como preguntase, para qué era un garabato que había en un madero, y el verdugo le contestase que era para exponer su cabeza, dijo:— «Hagan de ella lo que quieran; después de yo muerto, el cuerpo y la cabeza nada son».

Tendióse en el estrado, que estaba hecho en un tapete negro, el verdugo *pasóle prestamente el cuchillo por la garganta,...* y todo acabó.

Para que nada faltase de lo que se hacía con los ajusticiados, en una palancana de plata se echaba la limosna para enterrarle, y el entierro se hizo en la iglesia de San Andrés, donde se sepultaba á los malhechores y ajusticiados.

Tal es la escena en que el laureado artista E. Cano se inspiró para pintar el cuadro que hoy ofrece ALBUM SALÓN á sus lectores, y que figura en el Museo Nacional.

Una superstición.

Don Alvaro, según la tradición, nunca quiso entrar en el pueblo de Cadahalso de los Vidrios, por haberle predicho un astrólogo que en *Cadahalso* moriría.

Caído el rey en una profunda melancolía, débil para imponerse á su favorito, débil para impedir su muerte, y más débil aún para triunfar sin la espada del Condestable, de los nobles rebelados contra él apenas le vieron solo, no tardó en seguir á don Alvaro, pues falleció al año siguiente.

Con razón dijo el poeta:

«La privanza de los reyes
es á veces como el fuego,
que al que está muy cerca abrasa
y alumbra al que está muy lejos.»

E. RODRIGUEZ SOLIS

TOMÁS MORAGAS



NOTA DEL CORPUS

PENSAMIENTOS

PARA BARTOLOMÉ LOZADA.

ESTA maravillosa fructificación de ciencias, de industrias y de progresos de toda especie, es la resultante categórica de las fuerzas de un trabajo titánico y sin intermitencias. Es una de las notas características, más honrosas de nuestro gran siglo. Un cuadro que contuviese un paisaje animado en que se viese, como al través de un cinematógrafo, á la humanidad moderna bailando la danza sagrada del trabajo, como en un festín alegórico de la vida universal, sería la glorificación gráfica mas hermosa que podría hacer de sí mismo *el sacerdote de la creación.*

Vivir más intensamente, ver más, vencer más: esa es la síntesis del programa del hombre moderno, en su ruta de luchas, de emulaciones gloriosas y de triunfos redentores.

El hombre cifra, hoy más que nunca, el proceso de su perfectibilidad en el trabajo; y esto implica que cada día adquiere una convicción más luminosa de su destino, puesto que el trabajo es ley divina.

***

La lucha por la existencia siempre ha sido y siempre será. No hay más que esta diferencia esencial, entre el hombre de ayer y el hombre de hoy: que el último dispone de más perfeccionadas armas para la lid, y ésta es, por ende, más rápida, más ruidosa y más decisiva.

Del fondo de esta gran lucha de los espíritus fuertes contra las rutinas, los obstáculos materiales y los ideales anacrónicos, surge algo, á guisa de indefinible clamoreo, que infunde miedo á las almas pusilámines y desconcierta á las retrógradas. Diríase que estos pobres rezagados de las batallas nuevas, pretenden puerilmente oponer el reto de sus lágrimas y de sus sollozos, á los decretos de la Asamblea del Progreso, porque en su seno sienten la nostalgia del *far niente*...

Creo (y no pienso que mi creencia sea sólo un delirio optimista) que no estamos en el caso de lanzar ayes, sino hurras. Me parece un absurdo, celebrar el paso de una procesión civilizadora tan imponente, con una marcha fúnebre.

Cuando nos encontramos casi en vísperas de realizar la ansiada «unidad del género humano», por obra y gracia de la Ciencia y del Trabajo, cada día más propicios á la armonía cosmopolita, ¿no es vergonzoso que la aurora de tan bello día nos sorprenda con los ojos llorosos, en vez de esperarla preparados con el presente ideal del más divino hosanna?

Procediendo de acuerdo con los espíritus adormecidos en la tiniebla de «la tristeza contemporánea», se llegaría á la consecuencia inaceptable de antemano, por ridícula, de que la radiación de la Ciencia y la del Arte no pueden coincidir. Y esto es una blasfemia estética. En definitiva, el Arte no es más que un mágico reflejo de lo Eterno verdadero, que forma el miraje de lo bello ideal.

***

La obra inmensa y sólida de nuestra cultura ha requerido indefinidamente la colaboración de paladines mártires y de apóstoles triunfadores. A veces, la decepción es el corolario de las tentativas generosas. No importa. Esos sacrificios jamás son estériles. «El camino de Jerusalén estuvo sembrado de huesos humanos.... Siempre han servido á los vencedores las huellas de los fracasados.»

La Naturaleza es una virgen ubérrima, pero cuyos dones no se obtienen sino en amores transformados en obras. La gloria es una amazona que es menester conquistar en fuerte é hidalga liza. El progreso es el *substratum* sociológico de todos los grandes triunfos humanos... Todo lo más excelso de los tesoros de nuestra civilización es el premio del esfuerzo del hombre frente á la Naturaleza, en la conquista de la Gloria y en la lucha indefinida por el Progreso...

ANTONIO S BRICEÑO



Cuadro de Ricardo Martí.

LA BELLA ESTACIÓN

Es la hermosa y agradable estación del año en que la Naturaleza, vistiéndose sus más espléndidas galas, sembrando flores, llenando de perfume el ambiente y dando nuevos y más brillantes fulgores al sol, lleva á todas partes la vida, la animación y la alegría.

El verano es la estación en que todos los individuos, sea cual fuere su edad, su estado social y su fortuna, gozan, más ó menos, de los placeres que proporciona el oro, ó suministra la satisfacción de las pocas necesidades que en esta época del año tiene que cubrir la mísera humanidad. Excepto los poderosos, que siempre tienen necesidades imperiosas á que atender, necesidades creadas por ellos mismos; deseos insaciables que satisfacer, — aunque seguidos por lo común del hastío, — y exigencias que cumplimentar, los demás individuos, casi todos, hasta los que carecen de fortuna, viven contentos y en algunos instantes casi felices, porque viven con menos y precisan menor número de elementos para mantener la existencia, que en las estaciones crudas, en que al pobre le hacen falta ropas con que cubrirse, techo bajo el cual cobijarse, y fuego que disipe la rigidez que el frío imprime á sus miembros ateridos.

En el verano, todos, ricos y pobres, disfrutan del placer de aspirar gratuítamente, y con la escasa molestia de circular por los paseos públicos, un fresco y aromatizado ambiente que tan necesario es á cuantos en grandes centros de población habitan.

El pobre mendigo, pobre por necesidad, por hábito y por abandono, suele ser en esta temporada completamente feliz. Los pedazos de pan que recoge, algunos céntimos que le dan y que representan un par de cuartillos de vino, y las hortalizas y frutas de las huertas cercanas, constituyen su alimentación.

El jornalero ó menestral que tiene la fortuna de trabajar toda la semana, cuando llega el domingo de la bella estación, se dirige con su mujer y sus pequeñuelos á alguno de los ventorrillos de las afueras de la población deseosos de pasar un buen día de descanso. Una frugal comida, preparada al aire libre por la esposa, comida rociada con varios tragos del indispensable *peleón,* llena de contento á todos, que comen, beben, ríen, respiran el aire puro de los campos, corren, saltan, juegan y, cuando llega la noche, regresan tranquilos y satisfechos á su pequeño hogar, dispuestos á empezar otra semana de reclusión en la obra ó en el taller.

¡Y la juventud! ¡cuánto goza en este tiempo de serenidad, en que los fríos no arredran, ni las nieves ó el lodo estorban las citas y los paseos de amor!

Pero el risueño cuadro de la estación veraniega tiene también sus sombras negras y sus tristes colores, cuando de gentes pobres se trata.

Hay familias, bien ó medianamente acomodadas, que tienen precisión de hacer costosos viajes estivales por motivos de salud, procurando sobre todo la de sus hijos; esos desgraciados seres de la nueva generación, que lleva en sí el germen de una existencia trabajosa y de una muerte prematura producida por el escrofulismo, la tuberculosis y demás calamidades á que dieron origen los vicios ó excesos de sus progenitores.

En medio de la desgracia, es una fortuna contar con elementos para atender al cuidado y restablecimiento de la salud propia ó la de los seres queridos. Pero, ¡qué pena produce el ver debilitarse y desfallecer, por falta de recursos, á la amada esposa ó á los inocentes hijos, que con una mínima parte de lo que cada rico gasta innecesariamente en cosas superfluas y caprichos superficiales, durante la estación veraniega, pudieran hallar el alivio de sus males y acaso una radical curación!

Sugiérenos éstas dolorosas reflexiones, la vista de esa multitud de niños pobres que vemos circular por las calles, raquíticos, anémicos y escrofulosos que, tristes y desalentados, llevan impreso en su pálido semblante el sello del sufrimiento y el anuncio de su próximo fin, y que carecen de la viveza, la animación y la alegría de la primera edad.

Esos desgraciados seres que al nacer traen ya al mundo la enfermedad original, llamémosla así, heredada de sus padres; esos pobres niños, cuyo estado valetudinario se agrava y llega á hacerse crónico é incurable, por la escasa y también viciada leche que sus débiles madres les suministran, falta de principios nutritivos, por la mala alimentación y el aire viciado y corrompido de los estrechos calabozos, mal llamados habitaciones, que ocupan, necesitan el auxilio de todos.

El cambio de residencia, siquiera temporal; el uso de los baños de mar ó de las aguas minerales indicadas; la alimentación sana si no delicada; el mayor aseo y la estancia en las habitaciones, donde, al menos, haya luz y ventilación, arrancarían muchas víctimas á las garras de la muerte.

¿Y esto es imposible ó al menos muy costoso?

Creemos que no.

Ya que los Gobiernos, por razones que no hemos de exponer en este lugar, no pueden consagrar á este importante asunto la atención que merece, los particulares pueden hacer mucho. Y mucho más los favorecidos por la fortuna, con sólo limitar en una pequeñísima parte sus gastos, sin privarse de los goces que acostumbran disfrutar en la plácida estación. En vez de ir á derramar su oro entre los especuladores extranjeros, que hacen su negocio en la presente temporada, vayan los aristócratas y personas pudientes á veranear en las hermosas playas del litoral cantábrico y á nuestros establecimientos balneoterápicos, que valen tanto, y acaso más, terapéuticamente hablando, que Biarritz, San Juan de Luz, Bagnères de Luchón, Cauterets, Spá, Baden, etc., obteniendo grandes economías, sin menoscabo de la salud, del placer material ni de los goces intelectuales.

Esto, además de favorecer los intereses patrios y beneficiar á las clases laboriosas, principalmente en la bella y olvidada región de Galicia, llamada con justicia la Suiza de España, sería un acto de patriotismo, una justa revancha de los insultos, desprecios y perjuicios que recibimos de los extranjeros.

Las economías que resultasen, por la reducción de gastos en los viajes de la opulenta aristocracia y de la rica ó bien acomodada clase media, podrían destinarse á asilos y sanatorios para los niños pobres, débiles y raquíticos, anémicos y escrofulosos, á los que no alcanzan los auxilios, no siempre oportunos, de la Beneficencia oficial.

La creación, dirección y administración de aquellos benéficos asilos de verdadera caridad cristiana, podían estar á cargo del bello sexo, en el que siempre han sido y son innatas las cualidades de la dulzura, la compasión y el cariño. Las amantes madres de familia, en nombre de sus queridos



LAS CUATRO ESTACIONES. — Composición y dibujo de J. TRIADÓ.

hijos, sanos, robustos, alegres y felices, experimentarían de seguro gratas sensaciones de inefable placer, dedicándose al cuidado, alivio y acaso completa curación de los que hoy perecen por falta de una regular asistencia.

Las piadosas y caritativas señoras que propagan y sostienen con ardiente celo escuelas católicas, conferencias y sociedades de San Vicente de Paul y otras fundaciones análogas, para el auxilio material y espiritual de los pobres, debían hacer algún ensayo para aclimatar entre nosotros los sanatorios que proponemos, y que ya existen y funcionan con satisfactorio resultado en otros países, debiendo mencionar en el nuestro, el de Santa Clara Chipiona (Cádiz), fundado y sostenido por el excelente amigo de los niños, Tolosa-Latour, al que desde éste lugar felicitamos muy cordialmente por su buena obra, en la cual le deseamos muchos imitadores.

Y esta obra de misericordia, á más de proporcionar á las almas sensibles la grata satisfacción que se siente al ejecutar un acto benéfico, y á más de la esperanza de lograr algún día el premio que tiene ofrecido el Todopoderoso á los que se compadecen de los desvalidos y les auxilian; pudiera ser un acto de alta política y de conveniencia social, que dejo á la clara perspicacia de mis lectores, y no determino, por no invadir terreno que está prohibido hollar en estas bellas páginas.

Los actos de caridad y desprendimiento de los ricos, pueden ser una de las causas que resuelvan el tremendo problema social, que en todas las naciones se presenta obscuro y pavoroso. Acortando las distancias que separan á los pobres que nada tienen de los que todo lo poseen; haciendo ver á los primeros que si la nivelación de la fortuna no es posible, en el actual estado de las sociedades, al menos no son los otros verdugos ni explotadores, sino que les tienden una mano benéfica para remediar sus necesidades; se habrá dado un paso gigantesco en la resolución de ese problema, tan temido, y se habrá librado de una vida llena de horrores fisiológicos y de una temprana muerte, á millares de niños que quizás sin ese triste y prematuro fin, hubiesen sido consuelo de sus familias y gloria de la patria.

LUIS VEGA-REY

¡REGENERACIÓN!

I

No había en Lagarejos mejores bodegas ni mejores paneras que las del tío Terrones.

Encerraba en ellas, todos los años, más de cinco mil cántaros de vino, y no cogía menos de tres mil fanegas de *pan llevar*.

Y para un solo hijo que Dios le había dado, ésto constituía una buena herencia.

Por eso, la *señá* Lorenza quería á todo trance que su hijo fuera *un hombre*. Ya que lo tenía, que lo luciera.

— *El mi Terrones*—decía ella,—no sabe *tan siquiera* echar su firma, pero tiene muchos miles; y por eso es necesario que el chico aprenda mucho, para que llegue á ser un hombre de rango. Dios le ha dado buena cabeza y buen pico, y porque su madre no gaste no habrá de quedar. ¡Bendito sea Diosl Si sabe *el mi Juanito* más que Merlín. Cuando á mí me *echa* un relato de la *historia de antaño*, de esas que ahora ha aprendido en Madrid, es cosa de comérselo á besos, por el saber y el desparpajo que tiene para decirlo.

Y sin embargo de todo esto, don Gabriel, el venerable párroco de Lagarejos, seguía en sus trece de que aquel *parla-amhuestas* de Juanito, no tenía más que humo en la mollera, y de que nunca podría sacarse de él cosa derecha, en materia de estudios.

Por eso, cuando su ama de llaves le decía que el hijo del tío Terrones había vuelto de Madrid, hecho todo un marqués, y que ella lo acababa de ver en el Pórtico, hablando de política con el Secretario y con el Maestro; don Gabriel, sonriendo irónicamente y mirándola por encima de sus gafas, contestaba:

— Sí, señora doña Gorgonia; vendrá forrado de marqués, ó de ministro, ó de lo que quiera; pero el hábito no hace el monje. Con todos esos lujosos atavíos y con toda su charla, ese mozo será eternamente una calabaza parlante. Ya me han dicho á mí que ahora echa á cada paso por la boca una serie de barbarismos como DERNIER, LUNCH, SOIREÉ, INTERVIEW, *et sic de cœteris;* todos ellos muy de moda, según él dice. Sin embargo de lo cual, ese *doctor Barullo* no ha olvidado aún su *antigua moda* de llamarme á mí don *Grabiel* y á mis gafas las *vridieras*. ¡Pedazo de.......! Si nunca pude meterle en la testa el *quis* y *el quid*..... ¡Y su madre erre que erre en hacerlo un sabio! *Quod natura non dat* PECUNIA *non prestat.*

Más le valdría á esa bachillera de Lorenza, cuidarse de que su hijo se perfeccionara en el cultivo y administración de sus fincas, dejándole en paz de libros de caballería, imposibles para ser digeridos por ese hueco magín. Pero el afán de figurar y de lucir los cuartos, va á terminar porque Juanito le dé luz hasta el último céntimo del bueno de Terrones.

Y sino el tiempo lo dirá.

II

El Eco de la Provincia, anunciaba aquel día entre sus gacetillas:

« Ha sido nombrado Administrador de Propiedades y Rentas del Estado, en la provincia de..., nuestro estimado amigo y correligionario don Juan de Terrones y de Secano.

» El señor de Terrones, que en nuestra Diputación ha ocupado varios años el cargo de Vicepresidente de la Comisión provincial, con generales y merecidos elogios por parte de amigos y adversarios, y que en la política militante de la región fué siempre figura de prestigio; hoy se aleja de nuestro lado por un deber de disciplina, que le obliga á desempeñar el alto puesto que el Gobierno le ha conferido.

» Deploramos muchísimo la ausencia de tan querido amigo. »

Don Juan de Terrones y de Secano, no era otro que Juanito el de Lagarejos, quien, después de cansado de no acabar su carrera en Madrid, *ahorcó los libros* y volvió á su tierra, para dedicarse por completo á la política, con gran contentamiento de su madre.

Las rentas del tio Terrones proporcionáronle varias veces nutridas votaciones electorales, que lo llevaron á la Diputación Provincial.

Y ya hecho todo un hombre de pro en la política, creyó indispensable salir de Lagarejos, para instalar sus reales en la capital, con objeto de alternar con los demás *notables* y vivir según su rango exigía: casa lujosa, coches, visitas á la partida del Casino, viajes frecuentes á Madrid, para celebrar *interviews* con el Jefe, etc., etc.

Su madre le siguió al poco tiempo, después de haber sufrido el inmenso dolor de ver bajar al sepulcro á su marido.

¡Pobre tío Terrones! Siempre lo decía él:

— Yo poca guerra he de dar ya en este mundo.

NOTAS ARTISTICAS. — Dibujo á la pluma; por A. COLL.

Una tarde, apenas se había apeado de su borrica torda, de regreso de *la arada*, le dió *un mal y no volvió más en su ser*. ¡Estaba tan gordo.....!

Juanito, vino al pueblo para asistir á los funerales, y algunos meses más tarde, arrendadas sus haciendas, cerró la casa y partió para la capital con su madre.

La *señá* Lorenza, abandonó llorosa aquel terruño en que pasaron sus mejores días, pero su hijo lo deseaba...

¡Qué casa más bien puesta tenía Juanito en la capital! ¡Y cuántos amigos! Ni un momento le dejaban en paz. Que el Diputado por...; que el señor Gobernador; que el señor Secretario; que este; que el otro... Y todos los días lo mismo... Se relacionaba con lo más principal, y no era que la *señá* Lorenza lo dijera.

Ella, tampoco tardó mucho tiempo en tener varias señoras amigas.

Doña Lorenza, la madre del Diputado por Lagarejos era una buena mujer, y tan dispuesta siempre á hacer un favor á cualquiera, ¡y tan espléndida!

Los domingos, doña Lorenza iba á misa mayor á la Catedral. ¡Bendito sea Dios, qué bien tocaban allí el órgano! ¡Y cómo cantaban aquellos *muchachicos coloraicos!* Daba gloria oirlos. Buena comparación entre aquellas funciones y las que don Gabriel celebraba en su parroquia...

Los demás días de la semana, doña Lorenza tenía también sus ocupaciones: visitas de las Conferencias; al Culto Continuo; al rosario de las Domínicas; á la mesa petitoria de San José... No le quedaba tiempo para nada.

Verdad es que ella en nada más que en servir á Dios y á su hijo tenía que pensar.

De las cosas de este mundo, allá para el chico. Ya le dió poder para que hiciera y deshiciera en las haciendas y en todo. Para él habría de ser. Por cierto, que Juanito iba vendiendo tierras y viñas, porque no producían casi nada; tenía otros negocios mucho mejores en que emplear el capital.

III

Sólo se veían en el Café Nacional algunos que otros jugadores de dominó, discutiendo la última partida, y allá en la mesa cercana al mostrador, en aquel rinconcito de los espejos, allí estaban los de la *Peña de última hora:* el señor de Sanz, delegado de Hacienda; don Juan de Terrones, Administrador de Propiedades; el capitán Herrero, retirado de caballería y Carrascales, el secretario de la Diputación.

Todos ellos, como de costumbre, hasta las dos y media ó las tres de la madrugada, eran seguros en sus asientos.

Al dar las doce, Manuel, el camarero de guardia, bajó las correderas metálicas de las puertas, apagó la mitad de las luces y, esperando á que los de la *Peña* llamaran, se sentó en un apartado rincón á leer un periódico; renegando contra todos aquellos trasnochadores, que le privaban del necesario descanso, por el gusto de charlar hasta las mil y quinientas.

Allí se hablaba y discutía todo: desde los más arduos problemas internacionales, hasta las minucias de la vida privada del más insignificante mortal. El caso era *matar el tiempo*.

El dueño del café fomentaba la asistencia á la tertulia, porque en ella le consumían diariamente alguna cena y muchas copas, y en una capital de tercer orden, no abundan mucho tales parroquianos.

Aquella noche *se puso sobre el tapete* la cuestión política internacional. Se discutió y voceó de firme, y se sopló más de firme aun.

El capitán Herrero, entre copa y copa de Jamaica, arreglaba la nación á mandobles.

— Acabemos con la chusma política y arriba la dictadura militar. ¡Sablazo y caiga el que caiga!

El camarero, hablando con el ayudante de la cocina, decía:

— Como reparte esta noche sablazos, el capitán.

— Ten cuidado no te de á ti alguno.

— No será el primero. Donde no quiso ir á darlos fué á Cuba; por eso tomó el retiro en cuanto le destinaron.

— Ese es el capitán Araña.

La discusión en la tertulia no decaía. El Secretario opinaba que para salvar el país, bastaba la descentralización: diputaciones autónomas, municipios autónomos, familias autónomas y...

— ... Secretarios autónomos — interrumpió Terrones.

Carcajada general.

— ¡Orden, señores! — gritaba el Delegado, comiéndose la última patata de un *beefsteak*. — Yo creo que con un *empréstito grande*, el Gobierno se redondeaba y nos redondeaba á todos.

— Está visto que el señor de Sanz, está por el *redondeo;* — se oyó decir á Juanito.

— ¿Y usted qué opina señor de Terrones? — Interrogó el amo del café.

— Yo, amigo mío, creo que la regeneración está en retirar los *moldes viejos* y fomentar las *fuerzas vivas del país*, protegiendo el trabajo nacional, sobre todo la agricultura, porque...

El capitán: — Como va á caer el ministerio, don Juan prepara otro cambio de casaca.

Terrones protestó, armándose nueva algarabía que duró hasta las tres y media de la madrugada.

Al retirarse los de la Peña, se oía á Juanito insistir en que la agricultura era la fuerza regeneradora más potente de la nación.

. . . .

Manuel, el camarero, camino de su casa, decía al ayudante de cocina:

— Ese Terrones, después de malgastar todas sus haciendas, ahora pide que se proteja á la agricultura: los bagos de real orden, predicando amor al trabajo... Y así anda todo.

ANDRÉS P. CARDENAL

MADRID ELEGANTE

Muchas fiestas se han celebrado durante el largo paréntesis abierto en estas crónicas; todo el mes de Mayo y una buena parte del de Junio, han transcurrido para la sociedad aristocrática de la Corte en medio de una grande animación; las reuniones y los bailes y los banquetes, sucedíanse rápidamente, como si la gente distinguida quisiera desquitarse del triste período de inmovilidad y aburrimiento á que les condenó las desdichas de la patria.

A más de esto, ha ya bastantes años que se nota en nuestra sociedad la tendencia, análoga á las de Londres y París, de dejar para la Primavera las grandes fiestas; y como en esta época del año celébranse también las corridas de toros, las carreras de caballos, las partidas de *Polo* y las *reuniones* del *Tiro de pichón,* todos estos elementos contribuyen á la animación general, y alternan con los grandes banquetes diplomáticos, con la apertura de las Exposiciones, con los Beneficios teatrales y con los bailes aristocráticos.

De todo ha habido, pues, en los dos meses que abarca esta crónica, y de todo hemos de dar á nuestros lectores cuenta sucinta, descorriendo el velo de algunas reuniones que han escapado á la descripción de los cronistas de la prensa diaria.

***

Nadie ha descrito, por ejemplo, la fiesta celebrada en el magnífico palacio de los Duques de Alba, en los últimos días del pasado Mayo; acaso porque en el antiguo Palacio de Liria ocurre lo que no sucede en las demás casas de Madrid: cuando se celebra una fiesta, parece que la casa está de diario, y en cambio, todos los días parece que la casa está de fiesta. Esto merece una explicación. La servidumbre de los Duques de Alba viste diariamente de gran librea, con calzón corto y pelo empolvado; los salones están continuamente iluminados y adornados con flores, de tal manera, que cuando la ilustre Duquesa quiere dar una fiesta, no tiene por todo preparativo, más que dirigir sus invitaciones; todo lo demás está hecho; y ni aun las damas que acuden á la amable y codiciada invitación, constituyen tampoco una nota nueva y saliente en aquella casa, puesto que con la misma riqueza y elegancia van á las tertulias diarias que preside la gentil Duquesa de Alba.

La fiesta á que nos referimos, fué precedida de un banquete celebrado en honor de la Duquesa de Tamames y sus hijas, que, procedentes de Sevilla y de paso para Biarritz, han residido una corta temporada entre nosotros.

***

En todas las Embajadas y en algunas Legaciones, se han venido celebrando espléndidos banquetes en honor del Jefe del Gobierno, señor Silvela, á los que ha concurrido éste solo; pues su distinguida señora, no abandonó momentáneamente su luto, sino para asistir al Regio Alcázar el día del Santo de S. M.

Las únicas Embajadas en donde se ha bailado, han sido las de Alemania y Austria-Hungría; en la primera, para celebrar el cumpleaños de la encantadora *Nadine* Radowitz, y como despedida de su hermana *Marilise* que ha partido ya con dirección á su patria.

El Ministro argentino, señor Quesada, que, como la mayor parte de los diplomáticos americanos, reune la representación de su Gobierno en varias Cortes; habiendo sido nombrado recientemente para la de Lisboa, antes de partir, celebró también una serie de banquetes, terminando con uno, muy lucido, dedicado á los artistas españoles, al que asistieron, entre otros, Moreno Carbonero, Muñoz Degrain, Querol y Benlliure.

Se espera que el nuevo Ministro de Méjico en esta Corte, que es el opulento mejicano señor Iturbe, casado con una hermana de la Marquesa de Ivanrey, se instalará aquí suntuosamente; habiendo alquilado al efecto el magnífico palacio de Xifré, verdadera maravilla árabe, copia exactísima de algunas habitaciones de la Alhambra.



UN BATURRO, por A. Gascón de Gotor.

***

Esto nos trae como por la mano, á hablar del nuevo destino que se ha dado ó va á darse á algunos palacios de Madrid.

Se ha dicho, y creemos que con algún fundamento, que el antiguo y suntuoso palacio de Guadalcázar, iba á ser adquirido por S. A. R. la Infanta Doña Isabel; quien desea tener un alojamiento digno de ella, para dentro de algunos años.



Cuadro de A. GIL DE PALACIO.

El joven Marqués de Larios, está ya instalado en el hermoso palacio de Anglada, de la Castellana, en el que hace grandes obras de embellecimiento.

La piqueta demoladora ha comenzado ya á derribar el hermoso Hotel de Indo, adquirido recientemente por los Duques de Montellano, quienes se proponen levantar allí otro de nueva planta; pero, que en vez de ocupar el centro del jardín, tenga su principal fachada al paseo del Cisne.

Los Príncipes Pío de Saboya, Marqueses de Castel-Rodrigo, se ocupan también en proporcionarse lo que llaman los franceses un *pied à terre*, para pasar en Madrid las primaveras.

Por último, los Condes de Casa-Valencia han alquilado su precioso hotel de la Castellana, por diez años, á los Marqueses de Castrillo.

***

Entre las fiestas más notables celebradas en esta última temporada, merecen señalarse las de los Príncipes de Wreda, que en el corto tiempo de estancia entre nosotros, se han granjeado las simpatías de la sociedad aristocrática; el *cotillon* dado en los salones de la Marquesa de Squilache, que como todas las fiestas que se celebran en la morada de la ilustre dama, ha sido de una suntuosidad sorprendente; y el baile, honrado con la presencia de S. A. la Infanta Doña Isabel, con que la Embajada inglesa, ha solemnizado el 80 aniversario del natalicio de su augusta soberana.

***

En el mes de Junio, se celebró la boda del joven Marqués de Ráfols, Grande de España, hijo de los Condes de Vía-Manuel, con la bella señorita doña Ignacia de Egaña, hija de la Condesa viuda de Egaña, en la capilla de la casa-palacio que en la calle de Génova posee dicha opulenta dama.

La ceremonia fué solemne, y á ella acudió brillante y numerosa representación de la antigua nobleza española.

***

Hay que agregar á las mencionadas, tres importantísimas solemnidades oficiales, que (aun siendo triste una de ellas), han contribuído á dar vida y calor á los dos pasados meses. Aludo al entierro suntuoso del malogrado cuanto ilustre Castelar; á la apertura espléndida, como en ningún otro país, de las Cortes; y á los festejos celebrados en conmemoración del tercer centenario del nacimiento de Velázquez; á todos los cuales ha prestado su brillantez el Madrid aristócrata y elegante.

***

En las *Carreras* y en el *Polo*, las damas han lucido las elegancias de Primavera. Sin exageraciones de mal gusto, domina hoy en telas, trajes y sombreros, el estilo Luis XVI, viéndose algunas damas, cuyos atavíos parecen exacta reproducción de los retratos de María Antonieta y de la Princesa de Lamballe. Esto es lo dominante; pero nunca como ahora ha habido tanta libertad en la *toilette* femenina, que permite á cada señora, escoger el estilo que mejor siente á su género de belleza.

MONTE-CRISTO



Cuadro de R. JULIÁ



DOBLE DEFENSA

HERMOSURA SECULAR

El Museo del Louvre no se parece al del Prado: no puede formarse idea del uno viendo el otro. — Es el Museo del Prado, como esas casas solariegas antiguas, en las cuales, miradas con indiferencia por sus poseedores, á quienes ha embotado el sentido la costumbre, se hacinan obras maestras. Es el del Louvre, como esas casas modernas donde la inteligencia y el dinero del dueño, y su constancia en revolver y escudriñar por todas partes, van reuniendo poco á poco preciosidades en cada género y estilo, hasta formar selecta colección. En su afán de atesorar, cabe que á veces los coleccionistas se equivoquen, tomando gato por libre; por eso los grandes museos de las naciones más adelantadas y cultas, registran en su historia lamentables equivocaciones, que demuestran como sólo es infalible Dios, y el Papa, (en cuestiones de dogma y doctrina).

Nuestro Museo no puede equivocarse, en esto de adquisiciones, porque nada yerra quien nada intenta; se conserva mejor ó peor lo que ya existe, se colocan de otro modo los cuadros, zarandeándolos y trasegándolos de sala en sala, se admiten legados (no todos admisibles), y se da cabida, al lado de tablas reconocidamente hermosas y auténticas, á otras muy mediocres; pero no se envían comisionados á recorrer los confines del planeta, y desenterrar maravillas, con propósito de agregarlas á las que ya forman nuestro tesoro. Los Museos de Londres, París, el Haya, Amberes, están siempre á la husma de lo que pueda aparecer. Sus directores conocen los nidos, y están familiarizados con los rincones y recovecos, en que se esperan hallazgos. No hay escavación que no visiten, á ver qué sale de las negras entrañas de la tierra; qué suelta Cibeles, cuando la martirizan y despedazan. Versados en geografía arqueológica, tienen en la cabeza el mapa del mundo histórico, ya desvanecido y disuelto; los lugares en que se desarrolló la vida antigua, con su decoración fastuosa y bárbara, ó con su elegante clasicismo. — Así, ha sucedido que, apenas la azada recorrió el terruño de Elche y sacó á luz el famoso «Busto de mujer», allí estuvo el encargado del Museo del Louvre, para adquirirlo y llevárselo á toda prisa; no fuera que nos arrepintiésemos y nos retractásemos, queriendo conservar para España tal joya que, probablemente, á vivir don Antonio Cánovas del Castillo, no traspasara la frontera. Recuérdese el empeño que puso aquel hombre ilustre, en retener los notables bronces de Osuna.

El busto, he tenido ocasión de verle ahora, en el Museo de la capital francesa, donde ocupa puesto de honor. Poco faltó para que me viniese sin saludar á la exhumada beldad ibero-fenicia (una beldad es en toda regla), porque no tuve horas disponibles, en ninguno de los días en que está el Louvre abierto al público, y sólo me quedó un rato el lunes, día en que el Museo se cierra, para proceder al aseo y arreglo de las salas. La amabilidad de los franceses, en general, y en particular de Mr. André Michel, conservador del museo y persona doctísima, me abrió las puertas en ese día vedado; y el propio Mr. Michel se complació en acompañarme por los salones donde se guardan los tesoros del arte oriental, persa, egipcio, asirio, arte no prehistórico, pero de los tiempos heroicos y míticos; y allí, descollando en primera línea, aparte como cosa preciosa, dividiendo el trono con una encantadora reina de Egipto, Kalamait, guardada cuidadosamente en una urna de cristal, honor no concedido á la hija de los Faraones, vi el renombrado Busto.

El busto de mujer de Elche, produce una impresión singular; parece, salvo el tocado y el adorno, una cabeza de ahora, un semblante contemporáneo. Alma moderna, vive cautiva en aquella escultura de ignota fecha, de ignorado autor. La materia del busto es una piedra caliza, más bien blanda, grano poco compacto: piedra así se encuentra muy amenudo en España. El tono moreno amarillento de esta piedra, contribuye á prestar á la figura apariencias de vida, y acrecen la ilusión los labios, pintados de rojo. Las facciones son correctas y tersas; la nariz, delicadamente modelada; la boca, severa y de intachable diseño. Una seriedad, una tristeza religiosa y romántica domina en el rostro, que parece el de una mujer como de veinticinco años, de tipo marcadamente español. Quitadle el extraño tocado al busto, envolvedle en la mantilla del siglo XVIII ó el negro rebocillo del siglo XVII, y difícilmente encontraréis cara que mejor expre se ciertos ideales de nuestro espíritu peninsular. Como que el rostro más semejante al tipo fisionómico del renombrado busto de Elche, es la sentimental y preciosa efigie de la Virgen de los Dolores, que se venera en la Coruña. Al través de los siglos, reproduce la raza ese rostro, como expresión de lo divino en la belleza.

Y del mismo tocado, en rigor, podrían encontrarse vestigios y huellas en el día, en la Península española. El manto del busto, con su puntiagudo plegado, recuerda que las españolas, desde antes que el espíritu del cristianismo infiltrase en las costumbres esta regla, debían ya, en un país de sol ardiente, estar habituadas á cubrirse la cabeza con telas y paños, que tapaban los hombros. Las dos grandes ruedas ó discos que aparecen á uno y otro lado de las mejillas, y prestan tan singular aspecto al busto, se asemejan muchísimo á los rodeles claveteados de agujones de las huertanas de Valencia. Es realmente un peinado oriental, de sabor bizantino: Sara Bernhardt, al encarnar el personaje de la duquesa de Atenas, se arregló la cabeza así.

Lo curioso es que el tocado del busto ha trascendido á la moda, y las anchísimas cabezas actuales, adornadas simétricamente, á uno y otro lado, con flores y joyas, proceden acaso de las coqueterías de una dama ibero-fenicia, que vivía algunos miles de años antes de Jesucristo. Sobre este punto, — quién fué y cuando vivió la dama, — nadie tiene opinión formada y apoyada en pruebas. Mr. André Michel, por lo menos, así lo cree. Se ignora á qué civilización misteriosa y perdida, á qué tiempos imposibles de estudiar pertenece el busto de Elche, probable compañero de las discutidas antigüedades del «Cerro de los Santos». Ibero-fenicia... son dos palabras que reunen los arqueólogos para expresar algo hipotético, enigma antes y enigma después. Mirando el busto de Elche, sólo sentimos de un modo confuso, pero íntimo, que la mujer que el busto representa, —fuese reina ó sacerdotisa, esclava ó pastora, — era española, española hasta la médula; y esta comunidad de patria es lo único que dice claro el misterioso busto.

Sobre todo lo demás. . Mr. Michel, cauto y receloso — quizás por la memoria de algún chasco reciente, — no se atreve á emitir ideas, ni á calcular probabilidades. El busto es pieza única, enriquece el Museo, y con esto basta. En materia de antigüedades tan antiguas, el acaso, el quién sabe, el quizás y el tal vez, son los recursos á que se agarra el sabio. —Y más cuanto más sabio sea; que será aumento de prudencia el de sabiduría. Y la hermosa faz de la Dolorosa de Elche, grave, pálida, romántica en grado sumo, allí está, como desafiándonos á que adivinemos quién fué.

Emilia PARDO BAZAN



Fot. Xatart.

Mtro. Francisco de P. Sánchez Gavagnac.

Autor de la pieza de música que acompaña á este número.

DOS TIPOS

I

¿Ves aquel impertinente?
¿Aquel tipo intransigente
que en la fonda *está que trina*
y habla mal de la cocina
con todo bicho viviente?
¿Aquel hombre tan grosero
que, faltando á lo debido,
come y cena con sombrero
y le riñe al camarero
por el más simple descuido?
¿Aquel que, sin atender
lo que debe respetar,
rebuzna á más no poder
á las horas de comer
y á las horas de cenar?...
Pues bien, ese solapado
que blasona de entendido
y de bien acostumbrado,
come en su casa... ¡un cocido!
mal servido y peor guisado.

II

¿Ves aquel *niño gomoso*
que, con cara de fantoche
y con gesto desdeñoso,
anda siempre *haciendo el oso*
desde el pescante de un coche?
¿Aquel que apenas contesta
cuando recibe un saludo;
y se levanta y se acuesta
pensando en alguna fiesta
ó en las armas de «su escudo»?
¿Aquel que en mil ocasiones
demuestra su tontería,
y son sus ocupaciones
ir á la peluquería
y arreglarse los «plastrones»?. .
Pues bien, ese petulante
que presume de elegante
y de *pañales* tan *finos*,
es hijo de un importante...
¡tendero de ultramarinos!

Ramón L. MONTENEGRO



BEBÉ

(Conclusión.)

El objeto de esta carta, es saber de ti, y decirte al mismo tiempo, que vivo en la mayor miseria, en una buhardilla de la plazuela del Rastro, de la que pronto me echarán por faltas de pago.

¿Te has acordado de la pobre Bebé, durante el año transcurrido sin escribirte? ¿Me quieres igual?... Yo, sí; yo te quiero lo mismo... Ya ves; no te hablo ahora de cosas tristes, y lloro... Es que te quiero, y quisiera tenerte aquí, para besarte y que me besaras, como cuando éramos compañeras de colegio.

Escríbeme: Plaza del Rastro número... buhardilla n.° 3... ¡Dios te lo pagará, Fausta!

Te abraza y envía miles de besos, tu infeliz

CARLOTA.

Madrid, 5 Septiembre, 91.

CARTA DUODÉCIMA.

Querida Fausta: Hace cuatro meses recibí tu carta y los veinte duros que me enviaste. Supiste comprender que, si nada te pedía, era por vergüenza... ¡Oh! Entonces aún la tenía; hoy...

Te escribo estas cuatro letras, tal vez las últimas, porque no quiero creas jamás, que soy ingrata y que te he olvidado. Tu recuerdo y el afecto que me inspiras, son lo único puro que se alberga en mi sér... Rompe... rompe esta carta apenas leída... ¡Todo lo que parte de mí, mancha y deshonra!... Ya no estoy en la buhardilla... Me echaron al fin... Pasé hambre... Luego... No, no me atrevo á decírtelo.... ¡Dios mío, Dios mío á dónde he venido á parar!... Si el dolor y la anemia no me matan, tal vez vuelvas á saber de mí... No te digo las señas de esta casa. ¿Para qué? Lee y rompe este papel... El hambre me trajo aquí... ¡También aquí me llaman el Bebé!...

Olvídame... No me desprecies, Fausta; al menos, tú, no me desprecies.

Adiós.

CARLOTA.

Madrid, 2 Enero, 92.

. . . .

Señora doña Fausta Suárez.

Muy señora mía y de mi más distinguida consideración: Pocos momentos antes de morir en este Santo Hospital, la enferma llamada Carlota Solis, me suplicó que escribiese en un papel, lo que ella me dictara... El ruego de un moribundo debe ser atendido siempre. Complací á la pobre enferma, escribiendo lo que me dictó con llanto en los ojos, y suplicándome una y cien veces que no dejase de enviárselo á usted... Media hora más tarde, murió como una buena cristiana, y sonriendo con la dulzura del que ve en la muerte, el comienzo de otra vida mejor... Las últimas palabras de la infeliz, fueron estas: «—Fausta... Fausta... ¡Piedad... Señor!»

Siento, señora, la mala noticia de que es portadora mi carta; pero no escribirla, fuera faltar á mi deber.

Adjunto, lo que la señora Solis (e. p. d.) me dictó.

Aprovecha esta triste ocasión para ofrecerse á usted, como atento y s.s. q. s. p. b.

Madrid, 12 Octubre, 92. JAIME FORTÉS.
(Practicante del Hospital General.)

CARTA ÚLTIMA, DICTADA POR CARLOTA.

«Fausta mía, estoy en el Hospital... Creo que moriré pronto... Un practicante, me hace el favor de escribir esto por mí... Ya ves que no te olvido... Fuiste el único sér que me compadeció y eres el único recuerdo grato en mi agonía... Reza mucho por mí, Fausta de mi alma, reza mucho... por si tienen razón los demás, y fuí más mala que desgraciada... Adiós; sólo siento que me enterrarán confundida con otros cadáveres... de cualquier modo, sin una flor, ni una lágrima, y sin más oraciones, que la del bondadoso sacerdote que me asiste... Adiós... ¡Reza por Bebé!...

»Pepe ha muerto.»



LUIS DE VAL



AMOR

¡Llorad, ojos, llorad! que... cuando, mísero,
El corazón rebosa de amargura,
En llanto rompe ó á pedazos salta.
Desde su cárcel tenebrosa, obscura,
Busca el cuitado natural salida
Para el caudal de lágrimas que esconde;
Y á un mismo tiempo, en su incesante duelo,
Tiene en vosotros ríos caudalosos
Y fuentes de consuelo.
¡Llorad, ojos, llorad! de mis pesares
Sed torrentes copiosos;
Corred sin tregua; ¡ni que fuerais mares,
Vuestro insondable abismo agotaría
todo el dolor que encierra el alma mía!
¡Llorad!... mas nó, ¡qué dije!; el llanto apaga
De las pupilas los destellos fúlgidos;
Y antes que el mío, al agolparse á ellas,
Os condene á cegar..., la abierta llaga
Quiero mostraros de mis penas hondas,
El fuego intenso que en mis venas arde:
Mirad primero ¡lloraréis más tarde!
. . . .
Mirad en torno: del amor dulcísimo
Que el limbo humano en gloria convirtiera,
Marchita yace la gentil guirnalda.
Ráfaga impura de pasión grosera,
Secó las frescas flores
Con que benigna coronó su frente
La Madre Virginal de los amores,...
Y al verse, sin belleza y sin perfume,
Lanzado á la corriente
De un comercio venal, la pura esencia
Al cielo devolvió que de él recibe,
Y huyó del alma, si en el cuerpo vive.
¿Cómo pudieran hoy los trovadores
Arrancar á su lira melodiosa
Tiernos suspiros y sentidas cántigas,
Si del amor la célica poesía
Convierte el mundo en fementida prosa?
¿Qué imágenes creará su fantasía?
¿Qué musa cariñosa
Inspirará su enamorado acento,
Si cuando busca en su idealismo cándido
El fuego abrasador del sentimiento,
Unicamente encuentra
Mezquina realidad, cálculo frío!
¿Con qué llenará el hombre
Del corazón el sepulcral vacío,
Si, ingrato, de esta suerte
A quien dióle la vida da la muerte?
. . . .

PATRIA

ELEGÍA

Ved cual la patria su cerviz altiva
Hunde en el polvo, y de sus hijos pérfidos
Lamenta avergonzada el extravío.
Aquella que del orbe fué señora;
La invencible y audaz conquistadora
En cuyo imperio el sol no tuvo ocaso;
La que de Grecia en las llanuras áridas
Tremoló sus pendones victoriosos;
La que, á través de mares tempestuosos,
De la América ardiente al virgen suelo
Llevó su ilustración y sabias leyes;
Hoy, sumida en amargo desconsuelo,
Contempla el hondo abismo
En que ha de hundirse y que á tragar empieza
Su legítima gloria y su riqueza.
El férvido entusiasmo
Que, enardeciendo los hidalgos pechos,
Impulsó sus empresas temerarias,
Del universo admiración y pasmo;
El que, más tarde, cual volcán hirviente,
Calcinó muros y fundió cadenas,...
No pudo resistir del egoísmo
El soplo helado, la viciada atmósfera,
Y, falto de calor, alienta apenas;
A fuerza de oscilar, tiende á apagarse.
Con el noble antifaz del patriotismo,
Hipócritas se ocultan las pasiones,
Prontas á desbordarse;
Y el eterno luchar de la codicia,
La sed de honores, el deseo impúdico
De escalar un poder harto menguado,
¡Casi siempre funesto!,
Destrozan sin piedad el estandarte
Que un día respetaron las naciones,
Hasta hundirle en el fango, hecho girones.
¡Pobre Patria, cuán triste es tu presente!
La inercia en unos, la ambición en otros,
Labran tu ruina y tu grandeza abaten.
Allá, á lo lejos, infernal ralea
A mansalva te humilla y te saquea;
Aquí, la tea de civil discordia,...
El pensarlo tan sólo me acobarda:
¡Qué porvenir tan lúgubre te aguarda!
. . . .
¿Podéis ver más? pues, ojos, ved del templo
En los altares sacros,
Esplendentes de luz, la imagen pura
De Aquel que dió su sangre preciosísima
Por redimir á la infeliz criatura.
Fuente de gracia, de humildad ejemplo;
De la excelsa mansión descender quiso,

FE

Para ofrecer en vida á los mortales,
Sujetos á miserias terrenales,
Las llaves de un Paraíso
Que su clemencia suma les reserva.
¡Cuán grande es su bondad! ¡cuánta justicia
Revelan sus decretos soberanos!
¡Con qué inefable celestial delicia,
Ante su trono augusto
Debieran prosternarse los cristianos!
Y sin embargo, al pie del ara santa
Donde la imagen del Señor se adora,
Retuércese el reptil de la soberbia,
Medra el error, su huella destructora
Imprime la impiedad, y... poco á poco,
Acaso á impulsos de un poder satánico,
Con infernal cinismo,
Va desplegando sus sombrías alas
El espectro feroz del ateísmo.
No está lejos el día en que la duda,
Triunfante de la fe, sus garras hinque
Del hombre en la conciencia;
En que la loca humanidad sacuda,
De escéptico desdén haciendo alarde,
Su sér espiritual, y con profundo
Desprecio de sí propia,
Del barrio vuelva el lodazal inmundo.
¿A quién entonces llamará en su ayuda,
Cuando en el mar airado de la vida
El cuerpo ceda, su valor naufrague?
¿Qué nombre invocarán sus labios trémulos,
Cuando la fuerza del dolor los mueva?
¿En qué tendrá esperanza
Al sonar la fatal hora de prueba?
¿Dónde hallará la paz? ¿dónde la dicha?...
¡Oh! ¡no es posible que alcanzarla intente
El pigmeo mortal que niega iluso,
Al recorrer su senda transitoria,
La existencia de un Dios Omnipotente
Y un más allá de perdurable gloria!
. . . .
¡Llorad, ojos, llorad! rendid tributo
A cuanto grande el sentimiento crea,
A la verdad que inmaculada brilla;
¡Llorad!... y ¡ojalá sea
Vuestro fecundo llanto que bendigo,
De mi amargura inseparable amigo!
¡No dejéis de llorar! de mis pesares
Sed torrentes copiosos;
Corred sin tregua: ¡ni que fuerais mares,
Vuestro insondable abismo agotaría
Todo el dolor que encierra el alma mía!

SALVADOR CARRERA

✝ D. FRANCISCO MIQUEL Y BADÍA

El Arte acaba de perder uno de sus ilustres críticos, historiadores y maestros teóricos, en la simpática persona de don Francisco Miquel y Badía. Nació en Barcelona, el año de 1840, obteniendo en esta Universidad el título de Licenciado en Derecho civil y canónico. Sin embargo, prefirió el cultivo de la literatura, que practicó temprano desde algunos periódicos, pasando después á la Redacción del *Diario de Barcelona*, en la cual ha permanecido hasta su muerte; en ella significóse mucho por sus luminosas críticas de obras literarias y dramáticas, pero de manera muy especial por sus juicios sobre las Bellas Artes plásticas, puras ó decorativas. En esta materia, que dominaba y exponía con imparcialidad, tino é ilustración, prestó verdaderos servicios al artista y al público, acercándolos con el elogio del primero, siempre que existía realmente la producción afortunada, ó, por el contrario, combatiendo prejuicios y rectificando defectos con la mayor independencia, cuando aquéllos podían ser esterilizadores del verdadero adelanto. Sin cesar, traducía en las columnas del *Diario*, el movimiento general del trabajo estético que arranca del dibujo, dedicando preferente atención á cuanto en España se hacía ó hecho fué en las épocas de su esplendor fenecido, que quería renovar con nuevas y fecundas enseñanzas, según dejó bien demostrado en Marzo del 1892, ante la Real Academia de Ciencias y Artes, de cuya Sección quinta ocupaba ahora el cargo de secretario.

Coleccionista infatigable, pródigo y erudito, su casa estaba convertida en un inestimable Museo, donde sobresalía una colección de muestras de antiguos tejidos, tapices y bordados, que sería muy lamentable corriera el riesgo de dejar el suelo español, como no hace mucho ocurrió con la *Armería Estruch*.

Débele Barcelona un gran contingente de ideas y de actividad para mejorar su gusto y para organizar sus Museos, así como la fructífera Colección arqueológica de la Exposición Universal, de la que fué instalador y vicepresidente. Igual cargo tuvo en una de las Secciones del Palacio de la Industria, si mal no recuerdo en la relacionada con la textilería de seda. Fué también muy provechoso su concurso como miembro de la Comisión de Exposiciones, y como jurado de algunas de aquí y de otras capitales (entre ellas, la última de carteles anunciadores de Madrid).



Fot. Audouard.

Además de su colaboración en el decano de la prensa barcelonesa, prestóla á muy serias publicaciones, como son *La Ilustración Española y Americana*, el *Mundo Ilustrado* é *Hispania*. El ALBUM SALÓN ha sido también honrado varias veces con su firma, y yo á mi vez colaborando á su lado cuando juzgábamos el último certamen de Bellas Artes y de artes útiles y bellas, del Excmo. Ayuntamiento.

Son populares sus *Cartas á una señorita*, elegante pretexto para despertar el gusto por las lecturas de la historia de la Arquitectura y de las artes industriales, que define y reseña con amenidad. Más tarde tributó con la notable *Historia del mueble, del tejido, del bordado y de la tapicería*, á la gran edición de la *Historia general del Arte*, de la casa Montaner y Simón. En su obra monumental *El Arte en España* (Pintura y Escultura modernas), prueba la madurez de su inteligencia, lo nutrido de su erudición y lo refinado de su gusto. Muchos han sido los alumnos que completaron sus conocimientos en la *Cátedra de Teoría é Historia de las Bellas Artes industriales*, creada por nuestra Excma. Diputación en la Escuela oficial que ocupa parte del histórico edificio de la Lonja, y que Miquel desempeñó con lucimiento.

Fué secretario de la Comisión de monumentos, académico de la de la Historia y numerario de la de Buenas Letras, desde la cual, al ingresar, leyó una discreta biografía de su colega y predecesor don José de Manjarrés, al que llama « ilustradísimo guía de mis aficiones artísticas ».

Tomó parte en otras manifestaciones de la vida corporativa, de fines instructivos; siendo uno de sus trabajos que mejores recuerdos han dejado, un discurso leído en el Ateneo, el año 1881, en el que analiza los caracteres y tendencias del renacimiento artístico de Cataluña.

Fué acentuadamente laborioso, dotado de penetrante espíritu investigador; formó el núcleo de sus conocimientos con largas lecturas, examen de obras, frecuentes viajes y cambios afectuosos de ideas con los hombres más eminentes en cada materia ó especialidad. Manejó la fecunda tijera del que poda, no la hoz implacable del que siega en flor las más halagüeñas esperanzas; si algún defecto tuvo, fué el de su extremada benevolencia, aunque fundió siempre el elogio en el crisol de la sinceridad. No creo que tuviese otros desafectos (al igual que quien estas líneas escribe), que aquellos de quienes no pudo ocuparse con optimismo. De su alteza de miras, bien conocidas de muchos, dióme á mí un ejemplo que siempre recordaré con gratitud, al favorecerme con su predilección en la reciente votación académica. ¡Ojalá pudiese disponer de más espacio material, para poder perfilar mejor la figura moral é intelectual de uno de los catalanes ilustres de nuestro siglo! Con este merecido título le ha honrado el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona, asociándose al dolor general, sentido por su muerte; no otra cosa deja presumir el lamento de la prensa al dar cuenta de la misma, así como lo selecto y numeroso del concurso al verificarse el sepelio. Un reverente saludo ante la tumba del maestro, del compañero y del amigo.

F. TOMÁS Y ESTRUCH



UNA GRACIA DEL NIETO. — Acuarela de J. ALFONSETI.

FACETAS

NE QUID NIMIS

Un antecesor de Candanle, rey de Lydia, deseoso de perfeccionar la raza de sus súbditos, ordenó quitar la vida á cuantos de éstos no llegaran con la frente á los bordes de un carro de guerra.

No eran los lydios una raza gigantea, y muchos perecieron por aquel acto de estupidez real.

Aun cuando sólo quedaban buenos mozos en su reino, las mujeres continuaron pariendo muchachos que, andando el tiempo, no alcanzaron la talla requerida, y que fueron por lo mismo ejecutados. Otheón se daba á todos los diablos, viendo que era preciso repetir las matanzas de un modo periódico.

Ganoso de saber sino había otro sistema para conseguir su deseo, llamó á capítulo á todos los augures, sabios y sacerdotes de Lydia y les pidió su parecer. Es inútil relatar los dislates que se dijeron en aquel empecatado cónclave.

Unicamente un hombre dió en el clavo.

Se llamaba Mikleión de Ecbatana, y habló así:

— Nada puede el deseo del hombre contra los designios del hado. Si éste quiere que haya enanos y gigantes, es inútil que esfuerces tu voluntad para lograr lo contrario. Desprecias por débiles á los hombres que no llegan á determinada altura, sin advertir que un hombre ha de medirse por su cabeza y no por su cuerpo. Tan útil es lo pequeño como lo grande, porque todo es necesario para realizar la gran obra de la harmonía universal.

Calló unos instantes Mikleión, y, antes que el Rey hubiera podido contestarle, siguió así:

— Esa avispa que acaba de posarse sobre tu venerable calva, y que has espantado con la mano, porque te molestaba, ¡oh gran Rey! corrobora mis palabras. Prepárate Otheón, pues tus horas están contadas. Esa avispa sale del carnero, y ha picado allí el cadáver de un mulo que murió de granos de fuego. Al morder tu piel, te ha envenenado. Ese insecto pequeño, acaba con tu grandeza y venga á los enanos. Ahora verás que no hay nada pequeño.

Dijo Mikleión, y el abuelo del papanatas Candanle, sintió los primeros mordiscos del mal y murió dos días después, murmurando en latín, pues era muy instruído: *¡Ne quid nimis!*

Y en lo sucesivo, no se mató en Lydia á los hombres cortos de talla.

LA MOSCA Y EL GUERRERO

Una mosca, una mosca humilde é inoportuna, una de esas moscas que se nutren con lo que los hombres desechan, y que molestan á los hombres cuando comen, para que el asco les haga desechar más manjares; una mosca que jamás ha sentido la mordedura de la ambición, una pobre mosca, se ha dormido á punto de terminar un festín. Allah (¡bendito sea su nombre!) Allah, únicamente podría decirnos porque se durmió la mosca. Pero lo cierto, lo indubitable, lo seguro, es que la mosca se durmió.

En igual punto y hora, Alí ben Mahomed, el caudillo nunca vencido, El Mansur, el apuesto guerrero cuyo amor se disputan las hembras de los rumís alanceados por su potente brazo, el doncel más valiente de los valientes, el dueño de la yegua Albaida, la yegua sin par, que deja atrás los torbellinos del simún y alcanza al sol en su carrera; fatigado por su marcha á través del desierto, se ha dormido bajo la sombra de un grupo de palmeras, que crecen pomposas junto al manantial del oasis.

La mosca duerme. Duerme y sueña. Sueña que es el guerrero invicto que proclama la fe del Islam, y acuchilla á cuantos no quieren abrir los ojos á la luz verdadera. Sueña que es Alí ben Mahomed El Mansur, y que por donde quiera que pasa, fija las miradas de las cristianas. La humilde mosca, está convertida en el doncel más apuesto de Arabia.

Bajo el toldo de verdura, sobre la alfombra de esmeraldina hierba, El Mansur duerme. Duerme y sueña. Sueña que es una pobre mosca, de quien nadie se cuida sino para ahuyentarla. Sueña que ha de comer lo que los hombres desechan, y que molesta á los hombres, para que el asco les haga desechar más comida.

¡Cuánto dura aquel sueño! Tan largo es, que la Muerte, la Muerte que no muere nunca ni nunca descansa, se equivoca y se apodera de las almas de aquellos dos seres dormidos. La Muerte, que no muere pero que está muy vieja y muy cansada, y que apenas tiene vista — razón por la cual comete tantas barrabasadas, — queda perpleja, cuando tiene en su poder aquellas dos almas. ¿Cuál es la del guerrero y cuál la del insecto? ¡Tan sólo Allah lo sabe! Y en la duda, carga con las dos y las presenta á Eblis. Y he aquí como, en castigo de haber soñado que era un creyente, el alma de una mosca fué á parar á manos de Eblis, de que Allah, el Clemente, el Misericordioso, nos guarde.

* * *

CECILIO PLÁ



LA VERBENA DEL CARMEN

EL LOTO AZUL

«Para don Luis Foxá, mi excelente y respetable amigo.»

Por mis estudios, por mis aficiones y, principalmente, por mis simpatías, por esas simpatías, tan inexplicables como vehementes, que nos impulsan á desear el trato de una persona que desconocemos, ó á visitar, con preferencia á otros, algún lugar igualmente desconocido, he experimentado siempre una decidida predilección por Egipto; por el verdadero Egipto, no por el de los ingleses y los postes telegráficos, sino por el de las Pirámides y los Faraones.

Hubiera querido vivir en tiempos del gran Sesostris, haber habitado en uno de aquellos palacios, únicos dignos de tal nombre en la historia de la arquitectura; haber cruzado el Nilo, en una de aquellas naves blancas, con adornos multicolores, de orlada vela y plateados remos; haberme embriagado, con exquisitas esencias aspiradas bajo la infinita grandiosidad del templo de Karnac; haber sido amado por una de aquellas mujeres, hijas del ardor del sol y de la delicadeza de la flor del loto; y haber, por último, cerrado los ojos para el sueño eterno, defendido de la destrucción de los siglos, por las indestructibles tumbas que á los siglos desafían...

Pero como he nacido algunos miles de años después de aquellas épocas, he tenido que limitarme á recorrer el Egipto de ahora, profanado sin piedad por los modernos bárbaros, que, en nombre de la civilización, no respetan ni aun en sus tumbas, á los que probablemente se reirían de nuestro decantando progreso.

Sin embargo, yo he visto... yo he oído... yo he sentido... ¡Me estremezco al evocar tan inefable recuerdo!...

En mi última excursión, después de visitar y admirar cuanto los *guías* indican que se visite y se admire, resolví ver y sentir por cuenta propia, y, acompañado por un *fellah,* me aparté decididamente de los consabidos derroteros.

Una noche, tras un día de larga exploración, y mientras mi acompañante reposaba, hallábame yo verdaderamente fascinado, por el espectáculo que ante mis ojos se ofrecía.

La noche, noche egipcia, era más clara y transparente, que muchos días del Norte; los objetos se dibujaban con admirable pureza, ¡y qué objetos!

Hallábame entre un laberinto de rocas que, por una maravillosa combinación de la Naturaleza, ofrecía el aspecto de una ciudad fantástica, ornada de grandiosos monumentos: veíanse allí pirámides, obeliscos, esfinges, trofeos, leones, panteras y estatuas de dioses y héroes; al final de la única calle recta que en la ciudad se encontraba, se descubría el Nilo, azul turquí con reflejos de plata.

No pude menos de pensar en lo que ya se ha dicho, de que los monumentos egipcios están todos ellos inspirados en la Naturaleza, con el modelo á la vista.

Después de dar varios paseos por aquella ciudad sin rival, me senté en una de las rocas que, como rústicos bancos, se alineaban en la calle recta que al Nilo conducía.

Fatigado por la emoción y el ejercicio, sentí que mis párpados se cerraban; pero la súbita aparición de una figura, hasta entonces oculta en la penumbra, y que iluminó en aquel momento un rayo de la luna, hizo que sacudiese bruscamente mi sopor y me levantase en el acto.

A pocos pasos de mí, aparecía una estatua de mujer ó, por mejor decir, una figura en cera,—tal la creí,—y era una reproducción tan pasmosa de la realidad, *que no era posible que lo fuese.*

Me adelanté hácia aquella maravillosa figura; pero, cuando llegué á su lado, retrocedí impulsivamente unos pasos, y después permanecí inmóvil, paralizado por el asombro.

Aquella figura no era una reproducción de la realidad, no podía serlo; era la realidad misma: allí, erguida, con la vista fija en la mía, se hallaba una mujer de soberano aspecto y excepcional hermosura.

Muy extraña era la presencia de una mujer joven, hermosa y ricamente ataviada, en unos lugares lejanos de todo punto habitado y desconocidos, según me constaba, hasta por los mismos hijos del país, pero lo que me asombraba prodigiosamente, era ver que la mujer que tenía delante, ofrecía en su aspecto y sus vestiduras, todos los rasgos y todos los distintivos que ostentaran las contemporáneas de los Faraones.

Aquel sér bellísimo y extraordinario representaba, en toda su pureza, el clásico tipo egipcio. En su rostro pálido, con reflejos de oro, fulguraban rasgados ojos negros, agrandados por el antimonio, conforme á la moda de aquella época; sus labios, de color de sangre, eran gruesos pero graciosamente dibujados; las delicadas y purísimas formas de su cuerpo, estaban apenas ocultas por una túnica fina, casi transparente, de rayas transversales y franjas de varios colores, sujeta exclusivamente por debajo y cerca de los pechos, por un cinturón adornado con ricas joyas; en sus desnudos brazos, admirablemente modelados, resplandecían varios brazaletes de caprichosas formas y ricas monturas, tan valiosos como los anillos que cubrían sus elegantes dedos y como el grueso collar, del que pendían innumerables dijes y atributos simbólicos; su negra y abundante caballera, estaba medio cubierta por una especie de casco en forma de ave, cuyo vistoso plumaje, se hallaba simulado por una combinación de brillantes esmaltes.

Todo esto lo ví en un instante y, como impresión, nada más, lo recuerdo y lo describo; pues toda mi atención se concentró en seguida en aquella mirada, con que parecía querer fascinarme.

Hice un esfuerzo para tranquilizarme, cerré los ojos, los tuve unos instantes cerrados y, después me aventuré á interpelar en árabe á aquella extraña mujer, escogiendo las frases más dulces y corteses.

Nada me respondió, y siguió mirándome.

Acudí entonces á mis medianos conocimientes de la lengua copta, ese idioma que si no fué exactamente el que se habló en la época de los jeroglíficos, ha servido, sin embargo, para desentrañarlos, y dije:

—¿Puedo saber, hermosísima señora, á quien tengo la dicha de rendir mis homenajes?

La estatua viva no respondió en el acto; pero, pasados unos instantes, se entreabieron sus voluptuosos labios, dejando ver una nítida dentadura, y con acento altivo me preguntó á su vez:

—¿Por qué te has atrevido á profanar con tu extranjera planta, estos sagrados lugares?

Me produjeron tanta confusión estas palabras, que no acerté á replicar.

—No satisfechos tú y los tuyos, miserables tiranos—prosiguió la egipcia, con airada entonación—con haber esclavizado y escarnecido al país que fué padre del mundo, pretendéis que no quede en él ni vestigios de nuestra raza, ni seres que, huyendo de vuestro poder inicuo, se sepulten en vida para morir maldiciéndoos y pidiendo venganza á los dioses ofendidos; pero, como sois tan ignorantes como vanidosos, no sabéis que el alma de Egipto no ha muerto, y que esa alma, difundida en animosos seres, palpita, vive y se mostrará algún día tan grande y tan potente, como en aquel tiempo en que los cetros y las coronas de los reyes servían de juguetes á los hijos de nuestras esclavas... Aquí, en este mismo lugar, que te atreviste á hollar con tu soberbia, habitan seres que desafían vuestras pesquisas, y que á una señal mía concluirían contigo y con cuantos aquí os encontraseis; pero no quiero... ¡Vete, extranjero!... Enorgullécete con aquellos que aceptaron tu dominio... ¡No pretendas buscar á los que ocultaron, en donde jamás has de penetrar, el alma del Egipto!

No sé á que sentimiento obedecí; pero, cayendo de rodillas, exclamé con vehemente sinceridad:

—¡Señora!... No me juzgues como los demás... pido justicia... yo piso este suelo inmortal, con piadosa unción... yo admiro tu raza, y me pros terno humilde ante vuestra secular grandeza... yo tiemblo de emoción ante vuestros sublimes misterios... yo... ¡te adoro, hermosa y peregrina personificación de una belleza infinita...!

Continué hablando, con frases que nacían en el corazón y se precipitaban á los labios; pero no recuerdo cuanto dije; solamente recuerdo, que la egipcia creyó en mi sinceridad y en mi entusiasmo, pues la dura mirada de sus ojos, se transformó en expresión de amor, sus labios rojos, se entreabieron en celestial sonrisa, y murmuraron, con acento que parecía una melodía inefable:

—Eres digno de ser mi amante. Yo soy el alma del Egipto.

Y diciendo esto, se aproximó, sus manos se posaron sobre mis párpados, en mis labios se imprimió un beso, un beso que no es de este mundo, y sentí que me desvanecía...

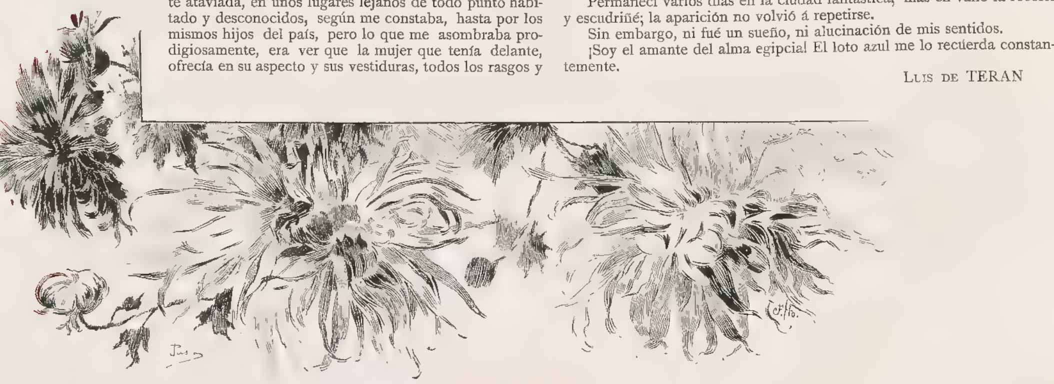
Al reponerme de aquella sensación divina, me encontré solo; pero mis manos oprimían junto á mi pecho, un delicado loto azul.

Permanecí varios días en la ciudad fantástica; mas en vano la recorrí y escudriñé; la aparición no volvió á repetirse.

Sin embargo, ni fué un sueño, ni alucinación de mis sentidos.

¡Soy el amante del alma egipcia! El loto azul me lo recuerda constantemente.

Luis de TERAN





D. JUAN LINDOLFO CUESTAS

PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY.

HISTORIA ejemplar es la que hasta la fecha presenta este primer Magistrado de la República Oriental del Uruguay; no podían faltar pues en estas páginas su retrato y algunos rasgos biográficos complementarios. La República que le elevó á su más alto puesto, tuvo un feliz presentimiento de sus imperiosas necesidades y de las cualidades personales del hombre que podía proveerlas. El Presidente señor Cuestas es todo un carácter, una inteligencia clara, estrechamente unida á una firme voluntad y á una honradez acrisolada, que han hecho el milagro de devolver la paz y el progreso á un pueblo, hace poco conturbado por pasiones políticas y dilapidaciones escandalosas. Casi desde su adolescencia hasta sus 62 años que hoy cuenta de edad, su vida y su actividad las ha dedicado á materias económicas, y es ante todo un hacendista que, teórica y prácticamente, tiene conciencia de lo que necesita el Uruguay para su regeneración.

Sus honrados padres dotáronle de exquisita cultura, que el joven Cuestas empleó preferentemente para el desarrollo del Comercio, de la Banca y de la Administración pública y privada. Antes de contar veinte y seis años era ya contador y cajero, con poder general de sus jefes, de casas particulares; á la citada edad, veíase honrado con el puesto de Tenedor de libros del primer Banco local de Paysandú; pasó después al cargo de más confianza, pues estando el Banco regido por un Directorio, la Gerencia estaba representada por un Contador-Tesorero, y éste lo era el señor Cuestas. Miembro de la Junta Económica Administrativa en 1865, llevó á ella provechosas iniciativas para la Instrucción pública y progreso general de la localidad.

En una refundición del antes citado Banco de Paysandú con otro de Montevideo, nuestro biografiado continuó en un puesto (en relaciones con sus aptitudes) que luego cangeó por una sucursal en Cerro-Largo. Ya aquí se le saludó como una esperanza del país, pues en una crisis abrumadora que originara la liquidación de muchos Bancos (1869), sólo la Sucursal de Cerro-Largo se salvó del desastre, gracias á la Gerencia del señor Cuestas.

Con tales antecedentes, fué solicitado y adscrito á la administración oficial de la República.

Fué, sucesivamente, Receptor de la Aduana del Salto, Jefe de Visturía de Adua-

na y Contador-Tesorero de la Junta de Crédito Público, oficina ésta fundada en 1870, y por él desempeñada diez años. En ella acrecentó su personalidad, hoy sancionada por la opinión general del país; dió gran regularidad á aquella importante repartición del Estado; fomentó el crédito y el alza de los valores, y dejó en todos sus actos el sello de una proba escrupulosidad.

Más tarde, se le confirieron otros cargos no menos honrosos, ni menos difíciles, por el Gobierno provisional del coronel Latorre. En la organización de los Impuestos directos, multiplicó su tiempo, superándose á sí mismo por su actividad y estudio, asegurando los ingresos y eliminando sin contemplaciones á los empleados infieles, no sin antes obligarles á la restitución de las sumas distraídas. Sinonimo de honradez su nombre, fomentaba la confianza y el trabajo donde ejercía su influencia y dispersaba á los detentadores del honrado provecho particular ó público.

Colector de Aduanas en 1879 (con retención de los cargos antedichos), no abandonó sus planes ni procederes; el orden y la honradez respondieron á su mandato.

En 1880, el Dr. don Francisco A. Vidal, le llamó al Ministerio de Hacienda. Su obra fué laboriosa; el Tesoro estaba exhausto, faltaba confianza en la estabilidad política, las fianzas se resentían de lo mismo. El nuevo ministro reorganizó los impuestos y el presupuesto general de gastos; dió regularidad á los pagos y publicó mensualmente los balances. No pudo realizar por completo su ideal, á causa de entorpecimientos que se le oponían con gastos extraordinarios, por los presidentes Vidal y Santos. A mediados de 1882, se retiró de su departamento, porque habiendo iniciado la unificación de la Deuda pública con agentes financieros en Londres sobre la base de la amortización *á la puja*, fracasó la operación ante la exigencia de la amortización al sorteo que exigían los ingleses, y que el señor Cuestas consideraba sumamente perjudicial al Estado.

Año y medio pasó alejado de la política activa, pero volvió á ella en 1884, para ocupar el cargo de Ministro de Justicia, Culto é Instrucción pública, en cuyo ejercicio hizo cosas notables. Dotó á la Universidad de local y de material conforme á sus recientes necesidades, separando la Facultad de Medicina y Cirujía de la de Derecho y Ciencias sociales. Este establecimiento, fundado en 1849, cuenta según la estadística de 1897, 89 profesores y 681 estudiantes.

En 1885, presentó su Proyecto de Ley de Matrimonio Civil obligatorio, que con modificaciones sabias hechas por la Asamblea, obtuvo la sanción de la misma. Un delicado conflicto que originó el clamor público, alarmado por sucesos desgraciados acaecidos durante el noviciado de algunas señoritas dedicadas al claustro, movió la pluma del señor Cuestas, quien propuso que no se debía admitir en aquél á las mujeres menores de treinta años; la Asamblea fué más lejos, dictando una Ley radical de extinción de los conventos en tiempo dado, no permitiendo la entrada de novicias ó novicios, en lo futuro.

Fué en 1886 Ministro de Hacienda con el Dr. Vidal, insiguiendo su obra reorganizadora de la administración pública; y cuando por imposiciones del general Santos hubo de dimitir, los comentarios de la prensa y de la opinión le fueron muy favorables.

Sobrevino la Revolución que fué vencida en el *Quebracho;* quedaban tirantes las relaciones entre el Uruguay y la Argentina, y el señor Cuestas fué á normalizarlas desde el puesto de Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario en Buenos Aires. De regreso de esta misión, entró en el Senado, donde prodigó su colaboración ilustrada á reformas y proyectos de trascendencia; tras varios triunfos electorales, en 1897, fué elevado á la Presidencia del Senado. No estaba lejos un drama sangriento, que suprimiendo al titular de la Presidencia de la República, haría de Cuesta, el primer Magistrado de la Nación. Era el 25 de Agosto, día de la fiesta nacional; el Presidente Idiarte Borda fué asesinado por un fanático, á las tres de la tarde, en medio del Ejército, del Cuerpo Diplomático y del distinguido cortejo que le acompañaba desde el templo, encontrándose á su lado el señor Arzobispo. Por tan triste motivo, el señor Cuestas hubo de asumir el mando, y su serenidad é inteligencia restituyeron la esperanza (y más tarde la seguridad) del orden, á quienes presentían luctuosos acontecimientos. El país, que estaba sumido en la guerra civil y con la miseria en la *campaña*, fué llevado á la paz por la política de concordia de su Gobernante provisional. El estado financiero no tardó en sonreir; la energía desplegada por aquél para separar á los hombres indignos de sus puestos públicos, entusiasmó á la opinión. Según el biógrafo que seguimos, el señor Cuestas, viendo divorciada la Asamblea de la voluntad del país, y en previsión de una guerra civil, disolvió aquélla y en su substitución creó un Consejo de Estado, compuesto de igual número de miembros que la Asamblea extinguida. Las oposiciones llegaron hasta la revolución, pero las sublevaciones ó movimientos fueron reprimidos, y casi puede decirse, que contribuyeron indirectamente al triunfo del futuro Presidente. El cargo que hoy tan dignamente desempeña en propiedad, fuéle al fin conferido, por votación unánime de setenta y cinco miembros de la Asamblea. El júbilo de la población de Montevideo parecía no tener límites, según fueron entusiastas las manifestaciones que se improvisaron á continuación. Cuando el señor Cuestas salió de su domicilio para prestar juramento, la ciudad estaba empavesada con banderas nacionales y de todas las naciones, sonaban las campanas y sobre su frente venerable descendían las flores de infinidad de damas y señoritas. Por la noche, la ciudad y sus alrededores estaban profusamente iluminados. Estas fiestas se prolongaron hasta el confin de la República.

El Presidente es popular en grado sumo: inspirador de la confianza y del amor á sus gobernados. El comercio, los Bancos, el crédito en el exterior, se han asociado al contento general, demostrándolo con la actividad en las transacciones y con el alza en los valores del Estado.

El primer paso dado por el Presidente, ha sido la elección del Ministerio, que ha sido del agrado de la opinión, y el país espera con justicia grandes beneficios. Por lo pronto, ya se sabe que el Gobierno del señor Cuesta se inspira en la honradez acrisolada, pues el Jefe de Estado ha dado pruebas incontestables de su rectitud y pureza en el manejo de los dineros públicos, « cuestión que hasta hace poco parecía un problema difícil de resolver ».

El Ministerio está compuesto de hombres experimentados, rectos, inteligentes y patriotas, y éstos son los colaboradores dignos de una administración de la que tanto espera el país.

* * *

D. ANTONIO SAENZ DE ZUMARÁN

CONSUL DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY EN BARCELONA.

DIGNÍSIMO representante en Barcelona tiene la República Oriental del Uruguay, y á la vez nuestra capital distingue y considera entre su ilustrado Cuerpo consular al señor don Antonio Saenz de Zumarán, por la doble razón de sus prendas personales y de su ascendencia española.



Fot Esplugas.

Nació en Montevideo el 7 de Mayo de 1858, hijo de don Pedro Saenz de Zumarán, español emparentado con las familias de Heredia y Loring de Málaga, nombrado por Doña Isabel II cónsul honorario de España en la citada capital del Uruguay, y además premiado con otras distinciones honoríficas, por servicios prestados á la escuadra española en la guerra del Pacífico. La casa paterna de don Antonio, muy frecuentada por la gente ilustre de aquellos tiempos, fué á la vez escuela de costumbres y de prácticas profesionales para él. En 1888 empezó á aprovecharlas, pues se le confió el consulado de Marsella, donde á la vez demostró singulares cualidades para la carrera, dejando entre conciudadanos y franceses, gratos recuerdos de su celo é inteligencia. El año 1890, pasó á representar su país en Barcelona, donde pronto granóse generales simpatías y pudo desplegar su actividad en favor del Uruguay y aun de España, que tan querida es para él, sin detrimento del amor entusiasta que siente por su patria. Diónos inolvidable prueba de aquel cariño, con elocuente escrito, hecho público por la prensa, cuando se avecinaba la guerra con los Estados Unidos. Nuestro Gobierno, que ya le había nombrado caballero de la Real y distinguida orden de Carlos III, elevólo á Comendador ordinario, y por reciente propuesta, ha sido también honrado con la encomienda de número de Isabel la Católica.

Además del desempeño de su oficina, ha publicado varios folletos y ha colaborado en distintos periódicos de Francia, de España y del Uruguay, para prestigiar á éste, para rectificar errores con el mismo relacionados y para fomentar las relaciones comerciales. Su Gobierno le nombró, hace poco, Agente General de propaganda de emigración en España é Italia.

Sus hermosos sentimientos humanitarios, le han llevado con frecuencia á sacrificios que, por no ofender su modestia, nos vemos obligados á no determinar, y de los que han beneficiado por igual sus compatriotas ó extranjeros.

El señor Zumarán y su familia, ocupan un puesto envidiable en nuestra sociedad, que reconoce en el representante de la República Oriental al cumplido caballero, al hombre ilustrado, hábil y correctísimo de formas para el desempeño de sus delicadas funciones. Hombres de esta naturaleza son los que, sin ostensivos propósitos trascendentales, labran sólidamente la obra de la aproximación de pueblos hermanos, obra que para todos, ha de dar en lo porvenir (promesa de ello es el presente) incalculables beneficios morales y materiales.

* * *

LAS ALMAS PARTIDAS

Todo cansa en este pícaro mundo ¡hasta lo más bueno! y parece que lo mismo sucede en el otro. Sólo así se comprende que en el Cielo, en aquella mansión incomparable, hubiese un grupo de almas algo aburridas.

Durante su permanencia en este planeta, se habían divertido de lo lindo, estando en constante movimiento, organizando bailes, corridas de toros, conciertos, bazares é infinidad de diversiones con objetos piadosos, y como el fin justifica los medios, habían logrado alcanzar la gloria eterna, por más que aquel modo *sui generis* de ejercer la caridad, produjera rencillas, envidias y un sin fin de disgustos.

Aposentadas ya en la celestial mansión, extasiábanse, admirando la paz, el sosiego, la bienaventuranza allí reinantes, á que las pobres no estaban acostumbradas.

Algunas veces, sentadas con indolencia sobre una nube, vagaban horas y horas contemplando absortas la obra maravillosa de la creación.

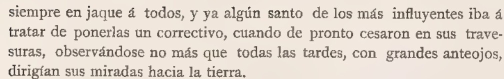
Miriadas de astros giraban por el espacio infinito, en donde el globo terráqueo era sólo como imperceptible grano de arena. Aquel grandioso espectáculo, las entretuvo por algún tiempo; pero como siempre era igual llegaron á aburrirse, y ya encontraban mayor placer en cualquiera tontería, como sucede á los niños que tienen magníficos juguetes y no les hacen caso, prefiriendo jugar con barro.

Aquellas bulliciosas almas, necesitaban distracciones variadas, alborotar, enredar, algo parecido á lo que hacían en la tierra, y cada día inventaban una nueva travesura que desesperaba á los santos graves y formalotes, divirtiendo en cambio, á las santas y á los angelitos. Desafinaban los instrumentos, y cuando los serafines alados iban á tocar algún himno, era cosa de echar á correr, pues más que coro angélico, semejaba mala murga de algún villorrio.

Otras veces, escondían á San Pedro las llaves del cielo y cuando llegaba algún encumbrado personaje, no podía abrírsele la puerta; y eso que en larga fila esperaban santas y santos y toda la corte celestial, para celebrar una gran fiesta: nó porque en el cielo se hagan distinciones con los personajes, sino por lo raro del suceso.

En estas y otras cosas parecidas, traían





siempre en jaque á todos, y ya algún santo de los más influyentes iba á tratar de ponerlas un correctivo, cuando de pronto cesaron en sus travesuras, observándose no más que todas las tardes, con grandes anteojos, dirigían sus miradas hacia la tierra.

Unas se reían, otras lloraban, y así se pasaban horas y más horas.

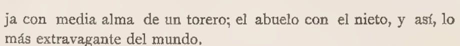
¿A quién miraban? ¿Qué era lo que observaban con tanto interés? A fuerza de ruegos confesaron su nueva y trascendental travesura.

De las almas destinadas á la tierra, habían dividido muchísimas, mezclándolas con las enteras. A los seres que tenían media alma, se les conocía en seguida; llevaban impreso en su semblante un sello de tristeza tal, que les hacía distinguirse del resto de los mortales.

Rara vez se encontraban los que completaban un alma, y por lo común, en muy desfavorables circunstancias.

Ya era un sacerdote que tenía media alma de una *cantaora;* una mon-





ja con media alma de un torero; el abuelo con el nieto, y así, lo más extravagante del mundo.

Cuando, por rara casualidad, se encontraban las dos mitades en personas de distinto sexo y podían unirse, se producía un amor tan vehemente, tan intenso, tan lleno de dulzuras, que las almas que desde el cielo contemplaban tanta dicha, hubieran cambiado la celestial mansión, por tal de disfrutar de aquellos inefables placeres.

En cambio, cuando dos que tenían la misma alma se amaban, se comprendían, y algún obstáculo invencible, impedía fuesen el uno del otro; sufrían tanto, era tan grande su desconsuelo, al perder la felicidad en el preciso momento de tropezar con ella, que á las traviesas y revoltosas almas ya les pesaba lo que habían hecho, viendo la desesperación en que sumían á los pobres mortales.

Al cabo de algún tiempo, se cansaron también de observar á los seres que tenían media alma; pero habían partido tantas, que ya las habrá así hasta el fin del mundo.

Pilar FONTANILLES DE BÉJAR



RIMAS

I

Yo soy una chispa
que prende en el alma,
gentil mariposa
que agita sus alas
y besa las flores
do el néctar escancia;
soy copo de espuma
que, trémulo, viaja
sobre onda turgente
que expira en la playa;
soy queja de cisne
que sueña bonanzas,
y lumbre de estrella
que brilla lejana;
mi cuna fué el cielo;
nací de una lágrima;
si muero, de súbito
mi muerte se cambia
y vuelvo á la vida:
¡yo soy la esperanza!

II

Mar de espejismo profundo
que se extiende en lontananza,
es del hombre la esperanza
entre las sombras del mundo.

En él inquieta bogando,
por raudo soplo impelida,
va la nave de la vida
las ilusiones llevando.

Y cuando, tras suerte vaga,
á puerto feliz asciende,
la tempestad la sorprende;
el mar la azota... y naufraga!

Leopoldo TORRES ABANDERO (Caracas.)



Acuarela de J. Cuchy.

COMO EN LA VIDA

Un inmenso peñasco se miraba
del mar en el espejo cristalino,
y la dormida espuma humedecía
de su planta el terreno movedizo.
El peñasco, volviendo en favor suyo
la constancia servil de aquel cariño,
cansado de sus besos, una tarde,
con su maciza voz así le dijo:
—Me adulas, porque sabes que si quiero
me desplomo y convierto tus suspiros
en un lamento eterno, al aplastarte
con mi mole imponente de granito.
Sonrióse la espuma, como siempre,
y respondió: — Me duele, caro amigo,
ver que nada consigue mi modestia
y mi benevolencia de hace siglos.
Porque beso tu negra superficie
y entre murmullos á tus pies expiro,
has llegado á pensar que te respeto
y elevo incienso al promontorio altivo.
Imaginas, tal vez, desde tu altura
que mis ondas azules son de vidrio,
y me amenazas con quedar dispersa
en mil pedazos, al menor chasquido.
¡Infeliz! en las ráfagas del aire
me extiendo, me reduzco, duermo y giro,
con el hervor de gigantesca tromba
ó cual medroso y espantable abismo.
La tierra es mía, y si tu mole noto,
entre mis olas oscilar te miro,
como se pierde el átomo impalpable
en lá grandiosidad del infinito.
Ya ves que si tu cuerpo se desprende,
rompiendo un punto mi cristal dormido,
cuando mis ondas sobre ti se cierren,
ni de tu paso quedará vestigio.
Y allá en el fondo, el que gigante airado
por mi suprema voluntad ha sido,
será un guijarro más, que la resaca
continuamente hará cambiar de sitio. —
Y con efecto, duplicó el embate,
cayó el peñasco, se escuchó un quejido;
después, la luna, desde el negro cielo,
se contemplaba en el cristal tranquilo.
. . . .
Así también, en las resueltas olas
que impelen el humano torbellino,
mil veces la bondad del poderoso
ensoberbece al átomo perdido.
Y cuando todo, en progresiva escala,
vuelve tarde ó temprano al rumbo fijo,
á las duras lecciones del orgullo,
se las llama ¡vaivenes del destino!

Florencio VILASECA

M. OBIOLS DELGADO

UNA FERIA DE GANADO EN ANDALUCIA

CONCIENCIA FIN DE SIGLO

I

La situación habíase hecho imposible para la familia.

Para dar frente al horroroso conflicto que se venía encima, con su negro cortejo de embargos y actuaciones judiciales, habíase vendido cuanto de valor existía en la casa.

Pero su producto era un pobre grano de arena, comparado con una catedral.

El descubierto hecho en letras falsas, mal endosadas, ascendía á algunos miles de pesetas, y Ramírez veía con horror llegar el funesto día en que no sólo perdería todos sus bienes, sí que también su honra inmaculada, y su buen nombre, é iría á la cárcel, á confundirse con criminales de baja estofa, mientras que su pobre esposa é infelices hijos, quizá padecerían hambre, miseria, desnudez.

Pidió á los amigos, suplicó, vendió hasta su modesto reloj, el anillo nupcial, todo, y haciendo un recuento de existencias vió que aun le faltaban dos mil pesetas; es decir, ocho mil reales, cantidad insuperable ya, y con la cual únicamente podrían ser felices.

No habrá remedio, la cárcel ó el suicidio, la hecatombe, un fin horrible de toda la familia, asomaba su descolorida faz por aquella casa.

Y el tiempo mientras tanto corría con rapidez vertiginosa, y el plazo fatal se acercaba, y muy pronto llegaría irremisiblemente.

La esposa de Ramírez tuvo una inspiración.

Acercóse á su marido y díjole muy quedo:

—Escribe á González; él está rico,... es amigo tuyo,... y tal vez...

Ramírez encogióse de hombros, y como hombre que ya no espera nada de este mundo, escribió nerviosamente la epístola y mandóla á su destino.

Toda la familia aguarda ansiosa la contestación, presa de mortal ansiedad.

Al fin llega la portadora con un sobre cerrado.

—Será una negativa más, indudablemente, dicen todos á coro.

Ramírez abre la carta, dentro de ella vense los billetes del banco,... son cuatro... cuatro de mil pesetas, es decir, doble de lo que nesesitaba. Aquel papel moneda, representaba la honra ya casi perdida, la vida, el poder otra vez gustar de la felicidad; y, esto lo hacía el generoso González de un modo espontáneo, sin condiciones, sin réditos, sin exigir recibo siquiera.

—¡De rodillas, hijos míos, de rodillas,— gritó Ramírez, — jurad todos gratitud eterna á González, el amigo generoso que nos salvó de la ruina, de la desolación y de la miseria!

¡Bendito sea González!

II

Han transcurrido dos años.

Ramírez ha prosperado.

Gracias al oportuno socorro de González, ha hecho frente á sus compromisos, y la veleidosa fortuna le prodiga ahora sus más delicadas sonrisas y sus preciados favores.



COMPOSICION Y DIBUJO DE J. PASSOS.

—Papá ¿devolviste á González sus cuatro mil pesetas? — pregunta curiosamente un día la hija mayor.

—Aun no, hija mía, aun no he pagado esa deuda sagrada; por cierto que tal vez le haga falta, pues aseguran que sus negocios no van bien. De un momento á otro me pasaré por su casa, y después de abonarle su dinero, le expresaré nuestro más profundo agradecimiento. ¡Oh, González querido, nuestro protector, nuestro salvador! ¡Loor eterno á González!

III

Celebróse la fiesta onomástica de Ramírez, que coincidía con su elección de diputado á Cortes.

La suerte seguía halagándole, y su fortuna crecía, crecía á ojos vistos.

Escogida y numerosa concurrencia llenaba los salones del endiosado Ramírez.

El severo frac, las brillantes condecoraciones y los encajes iluminados por torrentes de luz, se mezclaban y entremezclaban en armoniosa confusión.

Los cortinajes, el dorado de los espejos, y las plantas exóticas ostentábanse por doquiera; la animación, el regocijo y la alegría, se desbordaban en chispeantes conversaciones, en las que se hacía gala del más sutil ingenio y de la más exquisita cordialidad.

Ramírez recibe, en lujosa bandeja de plata, una sencilla carta de luto; léela, y después de arrugarla despreciativamente; entrega al criado un billete de banco de veinticinco pesetas.

—¿Qué te decían en esa carta, amigo mío? — preguntóle al oído su esposa.

—Nada, casi nada; es de González, ya sabes, nuestro amigo de otro tiempo: me anuncia la muerte de su pobre hijo mayor, y añade que se encuentra en la miseria. Siempre he dicho que González acabaría mal, ha sido muy derrochador, y bastante poco inteligente en los negocios...

IV

Ramírez ha obtenido un título de Castilla, y está muy próximo á ser nombrado Ministro.

Ocúpase en su despacho de asuntos políticos, y de preparar las elecciones futuras.

Varios caciques, sentados en cómodas butacas y fumando riquísimos habanos, combinan con Ramírez los trabajos que habrá necesidad de practicar, para sacar triunfante á los recomendados y adictos á sus ideas.

Uno de sus contertulios lee la prensa, y, como caso curioso, lo hace en voz alta de una gacetilla en que se da cuenta de la muerte de González, acaecida en el Hospital, á donde fué conducido, al hallarle exámine en medio del arroyo y desfallecido por falta de alimentos.

—¿No conocisteis en otro tiempo á este González, querido conde? — pregúntale uno de sus flamantes amigos.

—Sí,... creo que sí...— contestó distraídamente Ramírez, — ese pobre González;... tengo idea de haber tratado hace años á un González, á quien hice inmensos favores, y al que protegí abiertamente:... por cierto que ni siquiera me dió las gracias...

¡ . . . . !

¡Oh!... ¡el hombre!...

MIGUEL ALDERETE GONZALEZ

ALEJANDRO RIBÓ

DISTINGUIDO CONCERTISTA DE PIANO



Fot. Esplugas.

Ha llegado á ser un instrumento tan vulgar el piano, es tan crecido el número de los que con más ó menos maestría lo tocan, que, para alcanzar en él la reputación de eminente, se necesita un talento muy superior y una ejecución priviligiada: cualidades que en grado sumo posee el joven concertista cuyo nombre encabeza estas líneas y cuyo retrato acompañamos.

Hace dos años que, en la «Sala Estela», recibió el bautismo artístico del inteligente público barcelonés, quien aplaudióle con entusiasmo, asegurándole un brillante porvenir; y muy recientemente, el no menos autorizado público madrileño, acaba de confirmar su valía en una audición particular, íntima, verificada en el «Salón Zozaya» y otra, solemne, pública, en el «Teatro de la Comedia».

De ambos conciertos habló con justo encomio la prensa; estando toda ella conforme en que Ribó es uno de los pianistas más eminentes que se ha oído en Madrid. Destácase en él, como nota característica de su primorosa labor, la brillantez, el vigor, la valentía conque acomete y ejecuta los pasajes más difíciles de las obras que interpreta. Al lado de esta cualidad, que delata al artista meridional apasionado y de grandes alientos, adviértese lo exquisito y delicado de su organización artística, á la par que el influjo de una excelente educación musical y de un estudio constante.

Aunque el arte no tiene patria, y gustosos le prodigamos nuestros aplausos, doquiera que se manifieste, se comprende que los elogios han de sernos doblemente satisfactorios cuando recaen en un paisano, ya que entonces participamos de su gloria. Por supuesto que, en semejante caso, prescindimos de nuestra opinión, limitándonos, como en el presente, á propagar la que formulan nuestros compañeros en los periódicos donde el artista se ha exhibido: merced á lo cual, los juicios del ALBUM SALÓN ostentan siempre el sello de la imparcialidad.

Alejandro Ribó es catalán, hijo de Tarragona: allí nació, en Octubre de 1878; habiendo demostrado desde niño felices disposiciones para el cultivo de la música. A ellas, lo propio que á su vocación decidida y á su constancia, se deben los progresos que ha realizado en su espinosa carrera, y de que pocos pueden vanagloriarse; pues muy contados son los que á los veinte años de edad figuran, como él, entre las eminencias del mundo artístico.

Abriga, según noticias fidedignas, el propósito de partir en breve para el extranjero, donde le esperan seguramente triunfos análogos á los que ha conquistado en España. Le aconsejamos que no lo demore: quien vale lo que él, no debe encerrarse en los estrechos límites de una nación, sino tender el vuelo en busca del renombre universal á que le hace acreedor su indiscutible y privilegiado talento.

* * *

FACETAS

VIDA BREVE

Se pone el sol. La corriente del río atraviesa el valle. En un cristal se refleja el resplandor de las incendiadas nubes. Diríase que las aguas son sangre. De la tierra, húmeda aún por el chubasco que ha caído, sube un olor acre. De las hojas de los árboles y de los matorrales, de las flores y de las plantas se desprenden vigorosos perfumes. Ocúltanse lagartos y salamanquesas, revolotean aun por el aire las mariposas. Pían ó gorjean los pájaros. El viento ha plegado las alas, y un silencio augusto reina sobre aquel rincón de la tierra.

Cerca de la gran corriente, á unos dos metros del suelo, se cierne un enjambre enorme de mosquitos. Tan densa es su masa, que llega á formar una mancha oscura. Vista de lejos, parece inmóvil. Y, sin embargo, cada uno de los mosquitos mueve sus alas con velocidad vertiginosa, va de los bordes del círculo al centro, sube ó baja unos milímetros, aletea durante una centésima de segundo sobre un mismo sitio, y luego, rayo con voluntad, cohete consciente, se dispara á través de la bulliciosa muchedumbre, evita choques, esquiva contactos, se desliza, resbala, pasa como una saeta y vuelve al borde de aquel círculo, para tornar luego al centro.

Más altas que los árboles, más rápidas é inciertas en su vuelo que el incierto viento, describen curvas, fingen caídas, se remontan, se precipitan, rasan el suelo ó se eleven describiendo espirales las pardas golondrinas. Son las señoras del valle que dominan por el poder de sus alas.

El vuelo de mosquitos persiste inmóvil. Diríase que cada uno de los animalejos ha llegado al límite de su fuerza ascencional y que le duele, por otra parte, bajar de nuevo al suelo antes que el sol haya desaparecido por completo. ¡Cuán glorioso debe parecer el astro-rey á los mosquitos!

Una golondrina, veloz como la flecha despedida del arco, abate el vuelo. Atraviesa como un rayo el enjambre de los mosquitos y se remonta otra vez. Por muy rápidas que sean sus alas, su pico lo ha sido más aun. Y al pasar entre los cínifes, abiéndolo y cerrándolo, ha atrapado uno.

El enjambre cierra la brecha abierta por la golondrina y continúa su ronda. El pájaro pasa de nuevo. También ha hecho presa. La maniobra se repite tres, cuatro, cien veces, y cien mosquitos pasan al estómago del ave. ¿Qué importa? Los que sobreviven no se acuerdan de los que han muerto, continúan aleteando, y bulliciosos, incansables, inmóviles en apariencia, vibrantes en realidad, forman sobre el suelo una mancha oscura. Mancha de vida que, de cuando en cuando, atraviesa la muerte.

Admiro yo la belleza del callado valle, sigo el vuelo de las golondrinas, me fijo en el enjambre de mosquitos, y, sin querer, me acuerdo de los hombres, de sus agitaciones y luchas, de sus ascenciones y caídas, de un bullir continuo y sin objeto. Y en el espacio infinito de la gran bóveda, amplio como el arco iris, creo advertir un vuelo que abre brecha en el enjambre humano. La brecha se cierra. Es que la Muerte ha pasado.

A. RIERA



MTRO. JULIO PÉREZ AGUIRRE. *Fot. Napoleón*

Distinguido concertista de violín, y autor de la pieza de música que acompaña á este número.



LA PATRIA DEL AMOR

No llores más, mi bien, seca esos ojos
que marchitó tu llanto;
luzcan frescos de hoy más tus labios rojos
que yo he besado tanto.
¿Por qué llorar? ¿Qué importa que la suerte
nos combata enemiga?
¿Sucumbirás como ante el soplo fuerte
del viento cae la espiga?
No pienses más que en mí. Los ojos cierra
al exterior aliño,
y verás que al hallarte en nueva tierra,
igual es mi cariño...
Contempla el cielo, el campo, la montaña,
el ave que retoza
en el árbol, el mar que humilde baña
nuestra mísera choza.
Mira, todo es igual; naturaleza
viste iguales colores
en una y otra tierra; igual belleza
lucen aves y flores.
Todo es igual; el bosque, el mar profundo;
¿ves? la materia es una.
De igual materia está formado el Mundo
que el Sol y que la Luna.
Son hermanos los hombres; las naciones
tan sólo nombres vanos.
Es nuestra Patria el Mundo. No hay regiones
entre buenos hermanos.
¿Qué más te da una tierra que otra tierra?
El mismo mar te baña,
el mismo Sol te alumbra, igual encierra
amor la tierra extraña.
Todo es igual, mi bien. Ese quebranto
cese, cese tu lloro.
¿Por qué te aflige tu destierro tanto,
si estoy yo aquí... y te adoro?

MANUEL DEL ALISAL

LA RENDICIÓN DE BAILÉN

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS

El orgullo era la cualidad distintiva de los generales de Napoleón, pero muy especialmente de Dupont, que al venir á España, creyó conquistar en nuestra patria el bastón de mariscal.

Siguiendo las órdenes recibidas del generalísimo Murat, partió Dupont el 24 de Mayo de 1808, de Toledo para Andalucía, con 6.500 infantes, 3.000 caballos, 2 regimientos de suizos y 24 piezas de artillería, ofreciendo al gran duque de Berg, que entraría en Cádiz el día 21 de Junio.

Atravesó la Mancha, que halló tranquila, al parecer, sin comprender la gravedad de aquella aparente calma; y el 2 de Junio penetró por las estrechuras de Sierra Morena, llegando sin tropiezo hasta la Carolina, población que encontró desierta.

Algo logró inquietar á Dupont la soledad de los caminos y de los pueblos.

Prosiguió su marcha, y la columna comenzó á recibir certeros tiros que salían de entre los árboles, de los picos de las rocas y de los espesos bosques, disparados por seres invisibles.

Eran los guerrilleros del valeroso cura don Ramón de Argote, que habían salido al campo, resueltos á diezmar á los imperiales, y que cumplían á maravilla su patriótico ofrecimiento.

La entrada de Dupont en Córdoba, es una de las páginas más vergonzosas del ejército bonapartista. Mr. Baste, testigo presencial de los sucesos, dice en sus *Memorias*.

«Al asesinato y al pillaje, se unieron bien pronto la violación de las mujeres, incluso las monjas, y el robo de los vasos sagrados en las iglesias; sacrilegio acompañado de las circunstancias más atroces...»

Dupont, á quien el cielo parecía cegar para mejor perderlo, agregó á la espantosa jornada de Córdoba, la toma de Jaen, que entró á saco el día 20.

Andalucía entera se puso en armas, resuelta á vengar á sus hermanos.

Apenas supo la rendición de la escuadra francesa en Cádiz, los grandes armamentos decretados por la Junta de Sevilla, la actitud resuelta del país, y el retardo de los refuerzos que con tanta insistencia había pedido á Murat retrocedió Dupont, encerrándose en Andújar, convencido, sin duda, que ni el 21 de Junio de aquel año, ni de otro alguno, pisaría él las calles de la invicta Cádiz.

Encargado el general Castaños del ejército de Andalucía, en muy pocos días le organizó y disciplinó. Componíase de tres divisiones; mandaba la primera, don Teodoro Reding, suizo al servicio de España, sereno, valiente, organizador; la segunda, el antiguo oficial de walonas, marqués de Compigni; la tercera, el anciano brigadier don Felix Torres; y la reserva, el teniente general don Manuel de la Peña.

Acompañaban al ejército las guerrillas del cura don Ramón de Argote, de don Pedro Valdecañas, y de don José Cruz; los *Lanceros Jerezanos*, de don Nicolás Cherif; y los *Voluntarios de caballería de Utrera*, de don José Sanabria.

El 26 de Junio, pasó revista don Francisco Castaños á su ejército en los campos de Utrera, y habiéndose acordado tomar la ofensiva, salió el 1.º de Julio para Porcuna, á fin de organizar el plan de ataque contra los imperiales.

Dupont ocupaba Andújar con 10.000 hombres; Vedel, con 9.000, á Bailén y Puerto del Rey; y Liger-Belair, con 1.500 á Mengíbar.

Justo es consignar que los generales franceses mostrábanse abatidos, y los soldados temerosos, al contemplar los pueblos abandonados, y los caminos llenos de cadáveres de jefes y soldados imperiales.

Resolvióse en Porcuna, que Castaños con la tercera división y la reserva, atacase á Dupont en Andújar, y que Reding y Compigni, forzasen el paso de Mengíbar y Villanueva, marchando sobre Bailén.

El 15, comenzó el general Castaños á cañonear el puente de Marmolejo; y Reding se presentó ante Liger-Belair, batiéndole y obligándole á retirarse hacia Bailén, que al fin abandonaron los franceses, retirándose á Carolina.

Dupont ordenó á Vedel recuperar Bailén y reunírsele en Andújar, pero este general, no hallando en Bailén ni españoles ni franceses, y temeroso de que los nuestros hubiesen obligado á Liger-Belair y Dupont á correrse á la derecha, se dirigió en su socorro.

Dupont, empeñado en sostener la posición de Andújar, encontróse con que Vedel se alejaba de él y los españoles se le acercaban, y decidió salir el 18 por la noche, destruyendo el puente, para retardar la marcha de Castaños, ordenando á Vedel que atacase á Reding por la espalda, mientras él lo hacía de frente.

Reding, disponíase á caer sobre Andújar, ansioso de coger á Dupont, entre sus divisiones y las que habían quedado en los Visos, cuando, impensadamente, le vió avanzar con tanta prisa como silencio.

Ni españoles ni franceses pensaban hallarse tan próximos.

Nuestros generales, que estaban reunidos en una almazara ó molino de aceite, á la izquierda del camino de Andújar, cerca de Bailén, se vieron sorprendidos por disparos de fusil primero, y luego, por una granada que casi cayó á sus pies.

El general Venegas que capitaneaba nuestra vanguardia, entretuvo al enemigo, mientras las tropas españolas ocupaban su puesto.

Avanzaron los franceses, más allá del puente que hay á media legua de Bailén.



LA RENDICIÓN DE BAILÉN. — Cuadro de J. CASADO DEL ALISAL. *Fot. Laurent y C.ª, Madrid.*

Existente en el Museo Nacional de Pintura.

F. BRUNET Y FITA



LA TUMBA DE LOS MONCADAS, EN EL MONASTERIO DE POBLET (CATALUÑA).

Los imperiales ejecutaron una terrible carga á la bayoneta; pero su esfuerzo de nada les sirvió. Los *Lanceros de Jerez* y los *Voluntarios de Utrera*, deshicieron el ala izquierda francesa; el centro vaciló, y la derecha empezó á desbandarse.

Después de ocho horas de combate, Dupont, que había perdido más de 2.000 hombres, pidió una tregua que aceptaron Reding y Compigni, sin perjuicio de lo que resolviera el general Castaños, á quien enviaron aviso de cuanto ocurría.

Al ver que muchos soldados bonapartistas se ahogaban de calor, los nuestros, tan bravos como generosos, les dieron algunos cántaros de agua para mitigar la sed que los abrasaba.

Al aparecer Vedel con sus tropas en el campo de batalla, Reding le envió un parlamentario noticiándole la suspensión de hostilidades.

Vedel, quizá para sincerarse con Dupont de sus torpezas, atacó de improviso nuestro batallón de Irlanda, que se hallaba descuidado, tomó dos cañones y quiso apoderarse de la ermita de San Cristóbal; pero Dupont, comprendiendo lo peligroso de su situación, le ordenó cesar en un combate tan injustificado como traidor. Entabláronse las negociaciones sobre el armisticio. Pedía Dupont la suspensión de hostilidades, y el permiso de retirarse libremente á Madrid. Dudaba Castaños; pero el conde de Tilly que acompañaba al ejército en representación de la Junta de Sevilla, se opuso á tales pretensiones.

Aunque al principio mostráronse los franceses dispuestos á romper las negociaciones, se apresuraron á renovarlas al observar su crítica situación, cercados por un ejército de soldados y por otro de paisanos, que afluían de todos los pueblos.

Y empezó la batalla, á las cuatro de la mañana del 19 de Julio.

Atacaron los franceses á la división Conpigni, y sus soldados, — guardias walonas, suizos, regimientos de Bujalance, Ciudad Real, Trujillo, Cuenca, zapadores y el de caballería de España,—los desalojaron de las alturas que ocupaban.

Reconcentró Dupont sus fuerzas volviendo á apoderarse del terreno perdido, pero otra vez el general Venegas le arrojó y le puso en retirada.

Nuevamente repitieron los imperiales su ataque en toda la línea, que fué bravamente repelido.

Nuestra artillería, mandada por los coroneles Júncar y Cruz, logró desmontar la mayoría de las piezas enemigas.

El calor era asfixiante; los rayos del sol parecían plomo derretido, y la sed llegó á ser tanta, que españoles y franceses se disputaron con encarnizamiento al agua de una pequeña noria.

A las doce y media de la mañana Dupont, lleno de rabia, se puso con todos sus generales al frente de las columnas, intentando romper el centro del ejército español, donde se hallaban los generales Reding y Abadía, y llegando casi á tocar nuestros cañones los marinos de la guardia imperial.

¡Vano empeño!

Los soldados españoles, tan bravos como serenos, rechazaron aquel rudo ataque.

Aunque Vedel trató de retirarse con sus tropas, por suponerse fuera de la capitulación, tuvo que detenerse ante la amenaza de que serían pasados á cuchillo Dupont y los suyos, si persistía en su deslealtad.

Cuéntase que al reunirse el caudillo vencido y el vencedor, cambiaron estas frases:

—Os entrego,—dijo Dupont,— una espada vencedora en cien batallas.

—Por mi parte,—respondió Castaños con maliciosa modestia, — puedo asegurar que esta es la primera batalla que gano.

Este es el momento que representa el famoso cuadro de don José Casado, que hoy figura en el Museo Nacional, y que en este número ofrecemos á los ilustrados lectores del ALBUM SALÓN.

La batalla de Bailén produjo la rendición de 21.000 hombres.

En memoria de esta gloriosa victoria, dos regimientos del ejército español, uno de infantería y otro de caballería, llevan el nombre de Bailén.

Según el historiador francés general Foy, *Napoleón, cuando supo el desastre de Bailén, lloró lágrimas de sangre sobre sus águilas humilladas...*

¿Qué más podríamos decir nosotros?

E. RODRIGUEZ SOLIS



Cuadro de M. de la Visitación Ubach.

¡TAMBIÉN ERAN PERSONAS!

(EPISODIO DEL AÑO 1809.)

I

No sé si con el mismo resultado, pero con la propia insistencia, parecía querer repetir el implacable Jehová con el mísero pueblo, la prueba aquella de que, en días remotos, hizo blanco al pacientísimo Job.

Tan sin interrupción se sucedían las calamidades, que ya llegaba el caso de que los mermados vecinos de Fuencenceña, diesen por buena la desdicha de hoy, pensando en que tal vez podría ser mayor la de mañana.

Sin brazos las labores del campo, por haber salido del pueblo toda la gente útil, una parte á la fuerza, por mor de las levas decretadas por la Junta Central; otra, y no la menor, voluntariamente para incorporarse á las partidas, que en toda la provincia hostilizaban al francés; consumidos hasta los últimos recursos, por el trasiego de tropas que acudían á racionarse tan despótica é inconsideradamente cuando lo hacían á nombre del intruso José, como cuando lo realizaban invocando la legítima majestad de Fernando VII; era tal la miseria y aprieto de los desdichados serranos, que parecía increíble que se pudiera bajar ya peldaño alguno en la escala de los infortunios ó en la resbaladiza escalera de las penalidades.

Y sin embargo, después de haber sufrido el más espantoso esquilmo, de « nuestros queridos aliados » los ingleses, abandonado el pueblo, había sufrido el peor de los males en aquellos días; esto es, el francés había quedado dueño absoluto de él, mientras la naturaleza, pareciendo colaborar en la obra de destrucción, mandaba sobre Fuencenceña el invierno más rudo que los nacidos conocieron.

II

En honor de la verdad, fuerza es que se confiese, que no era tan bravo el león como las gentes le pintaban.

Quiero decir, que los « perros gabachos », distaban mucho de ser aquellos ogros insaciables de que todos hablaban; fuera por irse ganando poco á poco las voluntades, fuera porque su natural les inclinara á ello, lejos de ensañarse dándose á conocer como tiránicos y desconsiderados opresores, hasta trataban de socorrer, en lo que sus fuerzas lo permitían, las miserias con que á cada paso topaban.

Pero, que si quieres, Catalina. El patriótico odio de los españoles no se amansaba y si es verdad que el hambre hacía aceptar á veces el bocado de pan, que los soldados franceses se quitaban de la boca, los más afeaban aquella conducta con los más duros calificativos, y sólo se regocijaban, cuando sabían que alguna partida había zurrado las liendres á un destacamento enemigo.

Es más, como les fuera dado ocasionar molestia alguna á sus huéspedes, no perdían medio de mostrar á las claras un aborrecimiento que hacía á veces pasar las de Caín, no ya á los simples soldados, sino hasta á los jefes y oficiales del batallón de línea que guarnecía á Fuencenceña.

III

La que mayores alardes hacía de aquella implacable malquerencia, era la tía Pugitos, pobre mujer á quien aquella maldecida guerra había trocado, de mansa como una oveja que hasta allí fuera, en más áspera y desabrida que cardo borriquero.

Verdad es que había razón para ello. Sumida en la miseria por la tala de sus predios, sola por la pérdida de su marido, muerto de un balazo en los primeros encuentros de la guerrilla en que había tomado puesto, la que había sido envidiada de todos en diez leguas á la redonda, sin casa ni hogar, se veía ahora reducida á la triste condición de ir de puerta en puerta mendigando un pedazo de pan, más que para ella, para el chicuelo de cinco años que llevaba siempre pegado á la saya, y que era el único bien de que no la había privado su implacable destino.

Eso sí. Ella sí que podía alabarse de no deber nada al francés. Como que la única vez que había puesto la mano encima de su hijo, fué un día en que el chiquillo, que hacía muchas horas que no probaba bocado, había tendido la mano, para tomar un pedazo de pan de munición que le ofrecía un sargento de granaderos, que probablemente pensaría en aquel momento en otro rapazuelo de aquella edad, que el Emperador le había hecho dejar sabe Dios por cuanto tiempo, en una aldehuela de Francia.

¡Poco que gozó la tía Pugitos en otra ocasión, en que después de un encuentro que en las cercanías habían tenido los franceses con los nuestros, empezaron á entrar en el pueblo heridos y más heridos, que no encontraban ni agua que templara la sed devoradora de la fiebre!

Tanta saña mostró entonces, que hasta los mismos vecinos la reprochaban unos sentimientos que nada de humanos tenían.

Pero lo que ella decía. cuando escondía debajo de tierra hasta el último harapo de que pudiera hacerse una hila, con que templar los dolores de los pacientes:

—¡Que revienten! ¡Los franceses no son personas!

IV

Todavía peores que el invierno, fueron los primeros asomos de la primavera.

El deshielo de las nieves acumuladas en las cumbres vecinas, hizo crecer de tal modo el menguado arroyo que baja hasta la llanada en que Fuencenceña está colocada, que una noche, cuando más descuidados estaban los pobres serranos, las aguas, subiendo con la furia asoladora de una tormenta, comenzaron á barrer las débiles casuchas que les servían de albergue, pudiendo darse por contentos los que, ya que no su mísero ajuar, pudieron salvar no sin trabajo sus vidas.

Y la que entre tantas miserias partía el alma más que todo, era la desesperación de la desgraciada tía Pugitos.

Dormido había dejado á su hijuelo en un caramanchón de una de las barracas más cercanas al arroyo, para ir á buscar unos mendrugos con qué acallar su hambre, cuando al llegar vió obstruída la entrada por las aguas.

Estas subían y subían, no había medio de contrarrestar su furia, y de un momento á otro, desplomado el frágil edificio, iba á sepultar entre sus escombros aquel pedazo de sus entrañas, aquel sér, única cosa que la ligaba á la vida.

Y tan inútil era que ella misma quisiera salvar aquella líquida barrera, como que apelara á la caridad de los otros. Los más fuertes comprendían que intentar salvar al niño, era correr á una muerte segura.

Sus lamentos partían el alma; pero nadie osaba hacer cosa que no fuese impedirla que se lanzara á un peligro tan esteril como horroroso.

De pronto, sin embargo, un mocetón robusto como un trinquete y ágil como un corzo, se despojó del pesado capote que le envolvía, y se precipitó denodado en busca de la puerta de la barraca, que las espumas de la corriente ocultaban por completo.

Al verle desaparecer, un grito de horror salió de todas las gargantas. No hubo una sola persona que no le creyera perdido.

No obstante, á los pocos segundos, una de las ventanas se abrió con estrépito y el desconocido salvador se lanzó á la corriente con un envoltorio en los brazos.

¡Ya era tiempo! En aquel momento la casucha, falta de cimiento, se vino al suelo hundiéndose en las aguas, como un castillo de naipes.



V

Sólo cuando la tía Pugitos apretó contra su seno á su hijo, pudieron todos reconocer al desconocido salvador, que no era otro que aquel sargento que en una ocasión quiso compartir su pan con aquel chicuelo, que ahora le debía la vida.

La pobre madre, por toda muestra de agradecimiento, sólo pronunció estas palabras, que parecían querer llegar al fondo de todos los corazones:

—¡Son personas! ¡Son personas!

Angel R. Chaves

JOSEFINA HUGUET

La hermosa diva cuyo retrato embellece esta página, tenía sólo quince años cuando debutó en nuestro Gran Teatro del Liceo, con el papel de Micaela, en la ópera *Carmen;* conquistando desde luego todo el favor y aplauso del público, por su hermosa voz, excelente escuela y agraciada figura.



Nueve años han pasado desde entonces, y su vida artística, en este intervalo, ha sido, tal como sus admiradores habían profetizado, una serie no interrumpida, creciente, de triunfos.

En la actualidad cuenta, pues, veinticuatro años, y se halla en la plenitud de sus facultades y en el apogeo de su belleza.

Consecuentes en nuestro sistema de no prodigar, por cuenta propia, elogios que podrían tacharse de apasionados, á los artistas de la tierra, nos concretaremos á reproducir en estas líneas, los juicios que, referentes á nuestra insigne compatriota, han emitido autorizados críticos de periódicos extranjeros. Ellos son los que hablan.

En todo tiempo ha habido excelentes cantantes; pero es raro ver reunidas en una sola todas las cualidades necesarias para constituir una verdadera estrella del arte. Una de esas privilegiadas criaturas dió España al mundo musical, en la persona de Josefina Huguet. Voz de oro, ejecución perfecta, pureza de estilo, potencia dramática, espléndida belleza; todas estas prendas posee en armonioso conjunto la artista española; merced á las cuales, figura entre las celebridades internacionales que en más alto grado despiertan el entusiasmo de los filarmónicos.

Con ser tan joven, ha pisado los mejores escenarios de ambos continentes. Todo el mundo sabe que el ruiseñor español — dice el crítico de quien tomamos la frase,—ha hecho en varias temporadas las delicias de Rusia. En Milán creó la ópera Lakmé, con un éxito colosal. En Roma, Turín, Barcelona, Valencia, Madrid, Cádiz, Málaga, Granada, Sevilla, Zaragoza, Bilbao, Santander y Oporto, públicos tan distinguidos como inteligentes, la han prodigado entusiastas ovaciones, lo propio que en Varsovia y Odessa, donde el entusiasmo rayó en delirio.

Josefina Huguet fué una de las primeras estrellas que brillaron en las tres Américas: Buenos Aires, Chile y Caracas la colmaron de flores y joyas; en Nueva York, Boston y Filadelfia, consiguió que los auditorios, abjurando en determinados momentos de su comercial frialdad, se extasiaran ante la grandeza del divino arte.

Su repertorio es vastísimo y escogido, mereciendo especial mención entre las obras en que sobresale: *Dinorah, Julieta y Romeo, Faust, Carmen, Manon, Boheme, Traviata, Rigoletto, Sonámbula, Luccia, Don Giovanni, Fra Diávolo, Barbero de Seviglia, Hamleto, Linda de Chamounix, Falstaf, Lakmé* y *Mignon.*

Con respecto á esta última, bien conocida es la frase del célebre Ambrosio Thomas: «Las otras cantan Mignon: pero la Huguet es Mignon», que por sí sola basta para labrar la reputación de una artista.

Prueba irrecusable del aprecio en que la han tenido todos los públicos, son los regalos cosechados por la simpática y notable diva, en sus *seratas d'honore;* tantos en cantidad y tales en calidad, que con ellos podría formarse un precioso museo.

Rindiendo justicia al mérito, único móvil que guía nuestra pluma, y como remate á estos pequeños apuntes, copiamos á continuación la bellísima poesía que los *Revisteros teatrales de Santander* dedicaron á Josefina Huguet, la noche de su beneficio en el teatro de aquella capital.

Vibración pura, argentina,
que el espíritu levanta
hacia la mansión divina;
ritmo de un ave que trina;
eco de un ángel que canta.

De la tristeza el acento;
de la alegría el encanto;
suspiro del sentimiento,
cuando ahogan al pensamiento
las oleadas del llanto.

Latido del corazón;
beso de amor virginal;
aleteo de ilusión;
roce de ósculo ideal;
plegaria de adoración.

Nota que, en poético vuelo,
sorprende la santa calma
que da bendito consuelo,
y une las ansias del alma
con las dulzuras del cielo.

Eso es tu voz, Josefina;
eso es el rico tesoro
de su emisión peregrina;
¡una música divina
en un pentágrama de oro!

Por eso, grata memoria
dejas en los que admiraron
tu aparición transitoria,
y con su aplauso aumentaron
la grandeza de tu gloria.

* * *



I

Confieso que se me avivaba la curiosidad cada vez que nos venía aquel pícaro con historias de su muñeca. Hoy un apunte, mañana otro, perfilándola siempre, iba adivinando y componiendo la figura: dulce, débil, nerviosilla. A la postre tuve una muñeca diferente, tal vez, de la de Francesco: porque en la ficción, los héroes no están hechos de barro como los personajes de la vida real, y pueden ser muy finos y sutiles, exageradamente hermosos y nobles, según quiera la fantasía que los forja. Ideado el tipo, no me costó mucho trabajo familiarizarme con él: le veía en la imaginación como si le tuviera delante de los ojos, y en cuanto Francesco me hablaba de su Muñeca destacábase la mía de su escondrijo, como radiación de luz, agitándose, moviéndose, casi siempre apenada y triste, pues aquel tuno no solía tratarla con muchas consideraciones. Sí, por inverosímil que parezca, mi *Muñequita* se enfadaba y ponía hosca en oyendo una burla irreverente de su enamorado, ó si él no respetaba aquellos dulces secretillos de amor, pueriles y vanos en suma, pero de inestimable riqueza para la mujer. Descubríalo yo todo tal como lo digo, pero revelaré en secreto que la *Muñeca* no hacía sino reflejar mis propias sensaciones: ¡y mal haya quién lo tome á superchería ó invención, que el hecho no puede ser más natural y sencillo! A fuerza de ir pensando en la Muñeca de carne y hueso, á quien no conocía *materialmente*, simpaticé con su persona, y la simpatía determinaba mi enojo contra lo que se hiciera ó pensara en su daño. Pregúntese á los psicólogos. No hay misterio alguno aquí.

La Muñeca quería mucho á Francesco; sabíalo yo por lo que él me contaba de sus acciones y de su carácter, y mi amigo solía martirizarla y hacerla sufrir. Lo peor, que ella confiaba en su buen corazón, y la verdad ante todo, Francesco no era malo, pero tampoco era bueno para la Muñeca. No merecía que le amase tan firmemente, ¿digo por qué? porque, aun complaciéndole en sus ilusiones, él no podía hacerla feliz. Su espíritu tosco, tornadizo y ligero no sabía comprender y apreciar aquel virgen tesoro de gracia y delicadeza; y en el matrimonio, no tardaría en verse el alma de la loca mujer sola, viuda, caída en los abismos de la desilusión. Si he de ser franco, no creía yo que Francesco la arrastrara á la catástrofe, que le diera definitivamente el feudo de su hogar. Mi amigo no pasaba de ser ave de paso, á semejanza de esos traidores que ven la hembra en la copa de un arbusto, abaten el vuelo, cantan su endecha de amor y abren las alas y se pierden en la lejanía azul. Más valía así.

Llegó por fin la crisis, y en ese período la *Muñeca* ideal sufrió recios sinsabores, angustias mortales, que acrecían mi sorda irritación contra el aleve. Francesco experimentó cansancio y desgana á lo pronto; después se inició el hastío, y era de prever que no tardase el rompimiento. El me lo explicaba todo, sin sospechar que si su cándida Muñeca no conocía el peligro, la mía estaba al cabo de la calle. ¡Hubiérase visto aquella figurilla ilusa, la imaginada por mí, revolverse ora soberbia de rabia, como si sufriese un crispamiento de nervios horrible, ora caída en espasmos de estupor! Repito que yo la veía fantásticamente, como si la tuviera delante de los ojos. La acariciaba y le decía: «esto pasará luego, la agonía será breve», porque claro está que como mi *Muñeca* no vivía ni alentaba sino por sentimientos y actos reflejos, en cuanto mi amigo rompiese con la Muñeca real y faltasen el calor de las confidencias y el medio ambiente que le era propio, la ficción se iría apagando con lentitud en el claro obscuro de los recuerdos.

Pero me equivoqué: la agonía fué muy larga. Francesco no sabía como dejar á su Muñeca, porque... porque temía hacerle daño. ¡Pobre niña! Provocaba él conflictos, ideaba pretextos, y cuanto más la atormentaba é insultaba, tanto más sumisa, humilde, apasionada, reverente, mostrábase ella. ¡Qué lucha de todas las noches, en cada cual decidido Francesco á que fuese la postrera, y siempre derrotado por aquella mujer que prodigaba á manos llenas, sin proponérselo, instintivamente quizás, gracias con qué rendirle! Salía él hosco, mohino, febricitante de cólera, porque en la misma humillación á que la sujetaba descubría riquísimos veneros de ternura, deleitosas y no sospechadas grandezas de un espíritu sutil y de un corazón magnánimo y sin mácula, y la frase brutal (cien veces revuelta y arrojada á los labios para que la modulasen) deshacíase en la boca aheleándola... no salía. Lo que pasaba entonces era que, enternecido y ablandado á su pesar Francesco, entregábase con loca inconsciencia á transportes de cariño, que caían en el corazón de la virgen como fuego, avivándole el impulso de querer. ¡Cuando Francesco creía llegar á la fin del idilio dejábala más enamorada que nunca. Y es que la Muñeca se imaginaba inferior á su amante, no como dueña y señora de su albedrío, sino como esclava que es feliz cuando el amo se digna mirarla compasivamente. En los enfados que fingía Francesco no recelaba ella el artificio, sino que le declaraba siempre con razón para creerla culpable.

— Le tengo lástima — me decía Francesco, — porque si le pidiera la sangre, se abriría las venas. No sé cómo acabar, y sin embargo es preciso.

Apretando los puños añadió rabiosamente:

— ¡Si no le tuviera lástima!

Yo vi agitarse á mi *Muñeca* en la penumbra con airado estremecimiento, y repliqué:

— Acaba pronto; es infame que la hagas sufrir así. No la mereces.

Acres y duras debieron parecerle estas palabras, porque frunció el ceño. Había yo abierto brecha en su vanidad, y la pícara no le dejaba descubrir cuán justo era mi reproche. No se me escapó el aire de reto conque me dijo:

— ¿Que nó?... Tú lo has de ver. Subete mañana, entre siete y ocho, al Rondín Alto.

II

Los dos amantes paseaban todas las noches por los jardines del Rondín, aprovechando aquel sitio silencioso, cuasi obscuro, en que tenían enredaderas olorosas, jazmines que perfumaban el ambiente y bancos rústicos donde charlar con más sosiego: conocía yo aquel escondite, pero nunca fuí á visitarlo para que no pareciera que sorprendía á mi amigo. El banco señalado para esperar estaba en un recodo de los andenes, y á través de las hojas de los árboles filtrábase tímidamente la luna produciendo un claro obscuro tentador; el lugar resultaba apetecible, pero mi amigo era demasiado grueso para ser romántico.

De allí á poco llegó la pareja y se acomodó cerca de mí: habíamos pactado no reconocernos para que yo pudiese atisbar con más holgura. Haciéndome el distraído examinaba de reojo á la Muñeca: guardaba no sé qué aire de la mía, pero era menos esbelta y graciosa; tenían, sin embargo, las dos la propia palidez de muerte y el mismo tinte mate en los cabellos; los ojos tan azules, pero los de la Muñeca real más vivos, más ardientes y apasionados, y al *recoger* las pupilas — lo cual hacía con desusada frecuencia — creeríanse dos puntas de alfiler que se clavaban en la carne. Estaba siempre seria, y me pareció dolorida y triste; pero escuchaba á su amado atentamente, como si él hablara cosas peregrinas y profundas que le iluminasen el espíritu.

A decir verdad, también á mí me tenía pasmado Francesco con su charla; nervioso, exaltado, tocaba todos los registros de la ternura y parecía aquella noche loco de amor. Hablaba de su cariño con tal apasionamiento, que me hizo dudar, y de cuando en cuando, la frase era balbuciente, el período obscuro y la voz fatigosa: comprendí que trasteaba en su cerebro una idea que él no sabía como traducir y que le producía escalofríos.

La luna estaba más alta y caía ya de lleno en el ambiente, bañándonos de luz tibia y suave; me puse á mirarla de hito en hito, entornando los ojos. Oí que Francesco decía:

— «Duerme.»

Apagó la voz como si no quisiera dispertarme, pero en realidad á él no le importaba mi sueño: era la idea vergonzosa que le abrasaba el cerebro y se le helaba en los labios: lo comprendí, porque la Muñeca repetía asustada:

— Más bajo, no grites...

Y eso que maldito si podía yo entenderle. Volví los ojos disimuladamente: Francesco estaba cuasi pegado al rostro de la niña, y tenía la cara como ascua de fuego por lo encendida y roja; la Muñeca, no menos ruborizada, hab.a doblado la cabeza sobre el pecho como si no pudiese con la honda pesadumbre de las ideas que se atropellaban en su imaginación; agitábasele todo el cuerpo y golpeaba con los pies nerviosa é impaciente la arena. — «¿Qué estará diciendo ese bárbaro?» — me pregunté. A la postre le irritó el silencio de su amada y levantó con imperio la voz:

— Pero contesta... ¡pareces tonta!

La Muñeca hizo un esfuerzo, se irguió, moduló no sé qué cosa apagada y dobló otra vez la cabeza sobre su seno de virgen. Esto se repitió una porción de veces. El la increpó con rabia:

— ¡Contesta, digo!

Y ella sin deshacer la postura:

— No grites... más bajo.

— ¿Pero vas á estar burlándote toda la vida de mí?

Juntó las manos, y retorciéndolas como si sufriese un espasmo doloroso, replicó:

— No sé... no sé...

¡Ah, el pérfido! Fingió quejarse; su acento tenía todas las inflexiones, todas las tristezas del dolor desengañado: «Ya sé que no me quieres, lo sospechaba...»

La Muñeca se incorporó radiante de frenesí; le miró cara á cara, con la boca húmeda, empañados los ojos:

— Pero eso es horrible, — dijo.

— Mejor será que todo concluya.

— Te amo.

— Sí, sí, decirlo cuesta poco... pero ya ves... ¿te figuras que soy tan tonto que me fíe de palabras? Tú te habrás dicho: «casémonos.» ¡Si se pudiera deshacer el matrimonio tan fácilmente como se hace! Pero yo no me entregaré sino bien seguro de la felicidad... y contigo, contigo ya sé que es imposible.

Y se levantó el malvado, diciendo secamente:

— ¡Adiós!

La Muñeca extendió el brazo, hizo presa en la americana, le atrajo rabiosamente, se levantó también, vaciló un momento y murmuró casi desfallecida:

— Bueno... haz lo que quieras de mí.

Y echó á andar, recogiéndose con graciosa coquetería las faldas, y volviendo la cabeza recelosa y tímida para ver si yo dormía aún. Pude oir á Francesco que le decía:

— Mañana á estas horas... tenlo todo preparado, ¿sabes?

III

Al día siguiente dije á mi amigo: «eres un infame»; él se echó á reir y me invitó á que volviese por la noche á los jardines. Fuí: ya estaban ellos en el banco: me pareció la Muñeca más pálida y ojerosa; diríase que había llorado mucho ó que tuvo fiebre: iba vestida de negro con mantilla y pañolón, como dispuesta á un viaje, y manejaba un hatillo.

— ¡Hola!... se la lleva, pensé.

Al sentarme yo hizo un mohín de disgusto. Estaba desconocida; debían saltarle los nervios, porque hablaba mucho y locamente, como si quisiera embriagarse en fuerza de hablar. La noche anterior no me había acordado de mi *Muñeca*, pero ahora la veía claramente... y confieso que ya no se parecían: la de Francesco habíase humanizado más; la mía era más ideal que nunca; era ya como sombra vaporosa, impalpable, muy lívida y muy triste, que está á punto de desvanecerse. Y explicaré el caso á los que crean que me gusta jugar á los fantasmas: no había en aquella visioncilla más que el reflejo de mis tristezas y de mi desilusión. ¡La Muñeca de Francesco era ya mujer como todas, que caía en el prosaísmo del amor por el lado más vil y estúpido, enamorada locamente de un mancebo forzudo como un gañán, bajo y rechoncho, cara limpia de pelo por lo afeitada, gruesas las facciones y los ojos apagados! ¿Qué había visto en él la Muñeca para enamorarse? Precisamente, por lo vulgarote del tipo, habíame yo encariñado con la idea de una mujer fina, dulce, más nervio que fibra, más espíritu que nervio, ¡y ahora sólo veía carne apasionada de la carne soez! No había en Francesco, figura de Sancho vestida de señor, el más ligero tinte de belleza física ni moral que justificase y poetizara el sacrificio ó la abnegación de la mujer. Faltaba, pues, el medio ambiente y mi *Muñeca* se borraba, se perdía como ensueño ó como una nube de humo en lo azul...

De estas abstracciones me distrajo la voz aflautada y alegre de Francesco:

— Te traigo un regalo, — dijo.

— ¿Un regalo? — preguntó la Muñeca. — Y casi al mismo tiempo, pensé yo:

— ¡Un regalo! Ah, tuno... ¡La escuela de todos los seductores!

«Sí, le traía un regalo de inestimable valía; lo más delicado y más rico que podía ofrecerle en semejantes circunstancias...»

— No grites... más bajo, — repitió ella.

Pero él, que no estaba coloradote como la víspera, y que además tenía empeño en que yo le oyese, haciendo un gesto teatral y diciéndolo muy grave, exclamó:

— ¡Te devuelvo... tu palabra! No quiero que padezca tu decoro.

No sé lo que pasaría por la Muñeca; fué acción rápida como el pensamiento. La vi levantarse y hacer primero un mohín de desdén indescriptible, encogiéndose de hombros; la vi en seguida ponerse roja de vergüenza, y á poco cuasi verde de rabia; su mirada, aquella mirada que llegaba á la carne como punta de alfiler, aparecía radiante por el fuego de la indignación; revolvía nerviosamente el hatillo entre sus manos. Y todo fué breve como relámpago de luz. Sin decir palabra, muda, pero con aquel gracioso encogimiento de hombros; con aquel fruncir de cejas contrariado; con aquel repliegue de labios que era mueca divina de desprecio; con aquella soberbia figura del orgullo herido, echó á andar despaciosa, tranquila, sin desmayos en aquel gentil despego intraducible, sin volver un punto la mirada atrás ni dar un traspiés que acusara vacilación en aquella voluntad formidable que era puro nervio.

Vi con asombro como se alejaba: no había imaginado jamás una muñeca así, y aunque me exponga á las muecas irónicas de los lectores, confesaré (y juro que es verdad) que en aquel punto mi *Muñequita* volvió á salir de su escondrijo (mi mente), otra vez como radiación de luz, y observé que se alejaba en pos de la realidad, hasta confundirse con aquella mujer que desaparecía detrás de los árboles, evaporándose como un perfume más.

— Esto es hecho — dije á Francesco, — nos quedamos sin Muñecas.

J. F. LUJAN



GARCIA Y RODRIGUEZ



PAISAJE

DIONISIO BAIXERAS



RECORDANDO EL TIEMPO VIEJO

LA VUELTA DE LOS HERMANOS [1]

Tradición de la Palma (Canarias).



Los que visiten la isla de la Palma, situada en el archipiélago canario, forzosamente han de ir á la Caldera; si no fueran, si arredrados por las molestias del viaje hasta los rigores del camino, que de ambas cosas hay, salieran de la isla sin recorrer el hermoso reino que el gran rey guanche Tanausú ilustró con sus hechos, eternizando en ellos su memoria, no es mucho decir, usando de una frase popular, que no tendrá perdón de Dios; pues no es posible que el Sumo Hacedor deje sin castigo al que se muestre indiferente á las manifestaciones eternas de su grandeza infinita. En Canarias no hay cosa que se iguale á la Caldera; en el mundo no habrá tal vez quien la supere. Y estas no son exageraciones de viajero ni fantasías de soñador; esto es lo que todo el que allí va dice; lo que los sabios han escrito sobre aquel vastísimo recinto, cráter que llameando, humeante, desbordándose en torrentes de inflamada lava que se precipitaba al mar en ancha catarata, surgió del fondo del Océano, cual si éste fuera incapaz de sostenerlo en sus entrañas en fusión. El sabio Humboldt llegó atraído por la inmensa fama del coloso, y allí se quedó tres días asombrado y absorto, leyendo en los agrietados flancos de las montañas que coronan la Caldera, las páginas primeras de la creación del mundo allí escritas por la mano misma de Dios, con caracteres que el tiempo petrificó más tarde; otro sabio también célebre, Berthelot, llegó ya preparado su ánimo á ver una maravilla, y al avistar el abierto abismo, se postró de hinojos y adoró á Dios en aquella obra suprema de la naturaleza; porque la realidad le daba una maravilla más grande aún que la que imaginó su fantasía. Y otro viajero ilustre, á quien se le ponía en parangón el Teide de Tenerife con la Caldera de la Palma, decía rechazando el paralelo: «No hablemos del Teide. Montes altos he visto muchos en mis viajes; pero Caldera no hay más que una.»

Hay, pues, que ir á la Caldera de la Palma; hay que ir para admirar á un tiempo la pequeñez del hombre, lo grande de la Naturaleza, la inmensidad del Dios Creador que tales cosas ha formado. Y los que vayan, cuando lleguen allí después de muchas horas de subir á seis mil pies de altura, con unas cuatro leguas de desarrollo para luego bajar esa misma distancia, y volver á subir otra no mucho menos importante, tened por seguro que dan por bien empleadas las fatigas de esos descensos y esas ascensiones, lo arriesgado de un viaje en que un mal paso ó un tropezón del mulo lanzarían el cuerpo del turista á precipicios insondables en que antes de llegar al fondo se asfixiaría por falta de aire, si para ello le dieran tiempo las puntiagudas rocas que le harían pedazos en su caída. Sí; todo lo darán por bien empleado al ver el magnífico espectáculo, el panorama sorprendente, y cuya descripción no pueden hacerla ni la palabra porque es torpe, ni la pintura porque es limitada, ni el hombre de ciencia con sus secas descripciones, ni el poeta con sus descoloridas imágenes Porque figuráos lo más grande que podáis concebir, lo más hermoso, lo más severo: pues bien, la Caldera es más, pero mucho más que todo cuanto os hayáis imaginado.

¿Qué vale, ni qué es, ni qué significa, ni qué idea puede dar de ese gran accidente de la naturaleza, decir que es un antiguo cráter de elevación, que está situado á doscientos metros sobre el nivel del mar, y cercado por montañas que tienen de 2.500 á 2.600 metros de altura? ¿Qué es, ni qué significa, ni qué vale decir que su circunferencia mide seis leguas, dos su diámetro, y cerca de media su profundidad? ¿Cómo pintar, cómo representar el espectáculo que ofrece aquel círculo formado por montañas de basalto, inmensas masas que por sí solas bastarían á dar nombre á una comarca, y que allí se agrupan para ser parte integrante del coloso? ¿Ni cómo dar idea del silencio religioso que allí reina, y que desde luego os persuade de que estáis en un templo más severo, más digno del Eterno que todas las catedrales del mundo, porque en éstas se adora á Dios en las imágenes convencionales conque el hombre se le representa, mientras en la Caldera parece que se le adora en espíritu, en su casa; no en el ara que los hombres fabricaron, sino en la que él mismo se fabricó para su gloria? ¿Cómo representarse el panorama delicioso que ofrece á la vez, ver allí representadas las flores de todas las zonas del mundo, el pino que habla del Norte y el naranjo que necesita de los rayos de un sol de fuego para vivir, el nogal de los países fríos, la chumbera de las temperaturas cálidas? ¡Nó! La Caldera no se explica, no se pinta, no se describe. Se la ve, se postra uno ante ella como Berthelot, y la sensación que se experimenta al mirarla desde la boca del barranco de las Angustias, ó desde el desfiladero de Adamacansis, es el más rendido tributo de adoración que se le puede prestar. Las impresiones que produce se experimentan, no se comunican. Cuando el alma siente en demasía, la lengua calla, sólo el corazón habla... pero habla con latidos, y éstos no se trasladan con la pluma al papel, ni se fijan con los pinceles en el lienzo.

II

Largo y penoso es, yendo hacia la Caldera, el camino de la Cumbre; pero la agreste hermosura de la subida, el panorama que desde allí se contempla, el paisaje que en todo él se desarrolla, compensan con exceso las fatigas de la ascensión. Desde media ladera, el viajero ve á sus pies las nubes algodonadas que parecen seguirle, y por sus rotos jirones le dejan entrever la ciudad dormida á orillas del vasto mar que la acaricia con sus olas, festoneando de blanca espuma sus costas áridas y abruptas; ve el cielo sobre su cabeza y el sol que brilla con imponente majestad. A derecha é izquierda, hondos precipicios: de un lado, el barranco de los Pájaros, de otro, el barranco de Aguasensi; y bordeando la estrecha vereda pedregosa que suben trabajosamente los mulos, afirmando el duro casco en las grietas más delgadas ó en las salientes más imperceptibles de las peñas, fayas, brezos, higueras, castaños, pitas y nopales, por entre los cuales vuelan los mirlos y los capirotes, dejando oir un melodioso canto que vienen á turbar los graznidos de los cuervos y los cernícalos; de trecho en trecho, por entre un claro de los árboles, se ve la cima de las montañas que forman juntas la cumbre; y sobre el horizonte azul, destacan su silueta sombría los verdes pinos que, vistos de lejos, simulan interminable procesión de frailes que marchan en rogativa á algún cercano monasterio.

Abundan en este camino los sitios poéticos en que el alma se complace en soñar; pero hay uno que, siempre que por él paso, llama particularmente mi atención; y es que á él va unida una lúgubre historia que me refirió el guía, la vez primera que recorrí aquellos lugares.

A la derecha del camino en un recodo que hace la vereda ya próximo á la cumbre, como que está situado en la penúltima vuelta y son muchas las que da, se abre en las piedras que forman como un muro de pocos metros de extensión una piadosa hornacina, y en ella se ve una cruz de madera rodeada de flores y protegida por un cristal, lo mismo de las irreverencias de los chicos que de la curiosidad de los que pasen.

El guía Antonio, uno de los más prácticos de la Cumbre y que cumpliendo su oficio iba nombrando todos los lugares que recorríamos, alzó la voz al llegar á aquel sitio y dijo

— La Vuelta de los Hermanos.

Y al mismo tiempo se santiguó devotamente.

— ¿Qué hermanos son esos? — le pregunté.

— Es largo de contar, — me dijo.

— Pues empieza, que camino hay más que suficiente para que tengas tiempo de decir la historia, si lo es.

— ¡Vaya si lo es, señorito, vaya si lo es! Una historia muy triste, sobre todo, y muy verdadera.

— Pues habla, que ya te escucho.

Y acomodándome en el mulo que, abandonado á su instinto seguía á su capricho las vueltas todas del camino, me preparé á oir lo que el guía iba á contarme.

Dijo así.

— Hubo un tiempo, señorito, hace ya muchos años de esto, que ahí, en la Banda vivían dos hermanos. Hasta entonces se habían llevado bien, sin que dieran á decir ni lo más mínimo; se querían entrañablemente, y como eran huérfanos de padre y madre y se habían criado juntos, parecía que en toda su vida se habían de desunir.

Pero ¿quién puede responder de lo que ha de pasar en este mundo? Sucedió que un día, uno de los dos se enamoró perdidamente de una de las muchachas más hermosas de los Llanos, que cuando se hablaba de ella, en toda la isla pasaba por ser la mejor. Pero lo malo de todo fué, que el otro hermano también se enamoró perdidamente de la misma mujer, hasta el punto que comprendía que aquel amor iba á ser la desgracia de su vida, y sin embargo, la amaba porque no podía dejar de amarla.



Por mucho que los dos hermanos se empeñaran en ocultar sus sentimientos no era posible, tratándose de pueblo chico y cosa que en tan alto grado llegaba á interesarles á los dos. Uno y otro hicieron esfuerzos para apartarse de aquella mujer que los desunía sin querer, que rompía los dulces lazos que había puesto al cuello cadena de amistad fraternal y pura; pero el empeño era superior á sus fuerzas, y sólo atestiguaba lo mucho que se habían querido los dos hermanos. Como los dos eran buenos, juntáronse un día y decidieron presentarse á la moza objeto de sus ansias á confesarla su cariño para que ésta eligiera entre uno y otro. No hay que decir, que antes de esta reunión se comprometieron á que el desdeñado se iría de la Banda primero, y de la isla después, dejando al otro que gozase libremente su felicidad. ¡Qué dudas! ¡Qué vacilaciones para resolver aquella cuestión!...

Lo hicieron como lo pensaron. La doncella, requerida, eligió á aquel que había hecho latir primero su corazón de niña enamorada. El otro hermano se resignó: aquella misma tarde salió de la Banda, y no volvió á hablarse más de él

Pasó el tiempo y adelantaron los preparativos de la boda. Ya estaba todo dispuesto, fijado el día, y el hermano favorecido tuvo que ir á la Ciudad, como por aquí llaman á la capital de la isla. Alegre y satisfecho bajaba la Cumbre pensando en que á la mañana siguiente estaría ya de vuelta, cuando al pasar por ese sitio donde ha visto usted la cruz, al dar el recodo, vió que se enderezaba ante él una sombra. Era valiente, y no retrocedió; conoció á su hermano, y algo siniestro y horrible debió leer en su semblante, porque en vez de correr á su encuentro y abrazarle, dió un paso atrás y preguntó:

— ¿Qué quieres?

— Matarte o que me mates, lo mismo es, y aun sería mejor que yo fuera el muerto, ya que soy el aborrecido.

— ¿Estás loco?

(1) Del libro en preparación: *Tradiciones Canarias*, de don Eugenio de Olavarría y Huarte, con dibujos de don Ubaldo Bordanova.

— Sí, loco de amor por esa mujer que me desprecia á mí sin causa, y que á ti te prefiere sin motivo. Yo no quiero que sea tuya ni de nadie; ha de ser mía, y para eso sobramos uno de los dos. He tratado de olvidarla y no lo he podido conseguir. La odio, te odio á ti también. Ya te lo he dicho: ó me matas ó te mato.

— Déjame pasar, hermano.

— No pasarás. Tenemos que reñir hasta que uno de los dos muera. Para el que viva será el amor de esa mujer.

—Ese amor es mío, y no puede ser de nadie.

— Por eso quiero que me mates ó matarte.

— Lo que dices es imposible. ¡Matarnos tú y yo!...

— Sí; uno de los dos está de más.

— Ella me ha preferido libremente.

— Nada tengo que ver con eso. Me han dicho que te vas á casar, y no, no ha de ser, y á impedirlo vengo yo. Vamos, saca tu cuchillo, que yo aquí tengo el mío.

Y blandía con desesperación el ancho cuchillo canario, que llevan todos los aldeanos para picar el tabaco, y limpiar de cuando en cuando la *cachimba*.

Su hermano quería disuadirle, pero no lo pudo lograr.

— Te he dicho que no. Sólo hay un medio, véte; déjame con ella, y que sean para mí sus caricias y sus besos.

Un rugido le respondió:

— ¡Calla! ¡Calla! Esa mujer es sólo mía.

— Pues riñe.

— Reñiré.

— ¡Por fin!...

Entonces pasó una cosa horrible. Los dos hermanos habían sacado sus cuchillos, y se asestaban golpes que unas veces paraban y otras no, porque la noche había cerrado y era muy obscura y tenebrosa. Como si la naturaleza hubiera querido manifestar su indignación contra aquella lucha fratricida, veló sus estrellas, y desencadenó una tempestad furiosa, que retumbaba con espantoso estrépido en los barrancos de las inmediaciones. La lucha siguió ruda, tenaz; de cuando en cuando, la hoja acerada del cuchillo encontraba la carne, pero ni un ¡ay! ni un grito, salía de aquellas bocas contraídas por la rabia... Y el viento silbando furioso, como por estos sitios silba entre las ramas de los árboles, el eco ensordecedor de los torrentes que se desbordaban por los barrancos, la lluvia que caía copiosa, y el estampido de los truenos, que parecían la voz irritada de Dios amenazando á los Caínes, acompañaban aquella pelea sacrílega en que la voz de la sangre permanecía muda...

Al día siguiente amaneció un día hermosísimo. La tempestad había limpiado de nubes el horizonte, de nieblas importunas las montañas; brillaba el sol, y los primeros aldeanos que vinieron de la Banda á la ciudad retrocedieron con espanto. En mitad del camino, tendidos uno enfrente de otro cual si en la misma muerte fueran enemigos, en un charco de sangre que la tierra empapada parecía rechazar, y que manaba de las cien y cien heridas de su cuerpo, yacían los dos hermanos que muchas horas antes habían dado su alma á Dios.

III

— Desde entonces, — siguió diciendo el guía — los aldeanos de la Banda á quienes la noche sorprende cerca de este sitio, lo cual es raro porque pocos pasan la Cumbre de noche, al llegar á la Vuelta de los Hermanos sienten como impulsos irresistibles de correr, no obstante lo peligroso del camino, y apresuran el paso por lo menos, persignándose al pasar por delante de esa cruz, que recuerda el crimen horrendo que aquí cometió la locura de dos hombres. Dícese que en las noches obscuras y tempestuosas vuelven las almas de los dos hermanos, y á la luz de los relámpagos renuevan su espantoso desafío; y aun se cuenta de uno de Taracorte, que sorprendido aquí una noche asistió al hecho oculto tras una peña del camino, y tal fué su horror y tal el susto, que en cuanto rompió el alba volvió á su casa, se acostó, y murió tres días después, de una enfermedad que el médico no acertaba á definir.

Calló Antonio, y callamos también nosotros. Habíamos seguido subiendo entre tanto, y llegábamos ya al último palo del teléfono que se ve desde la ciudad.

— ¡La Cumbre! — exclamó el guía.

Y olvidando la lúgubre historia que acabábamos de oir, nos inclinamos para tender nuestra mirada por el magnífico panorama que se desarrollaba ante nosotros, bañado en luces diamantinas por el sol.

EUGENIO DE OLAVARRIA Y HUARTE

LA MODA EN LO LITERARIO

Es usted impresionista?

—¿Es usted naturalista?

—¿Es usted decadente?

Y la persona á quien, dentro de la conversación literaria, se dirijan semejantes preguntas, inspirada, como es de suponer, por sano criterio, no podrá menos de contestar:

—¡Hombre! Yo entiendo que en las manifestaciones del arte, á nada conducen semejantes clasificaciones: me gusta lo bueno, ó lo que yo entiendo y conceptúo por tal; y, ajeno á esas luchas de escuela que todo lo empequeñecen, prefiero lo que me haga sentir á lo que me deje impasible, aunque frailes descalzos me prediquen que debo entusiasmarme con unas cosas y odiar otras.

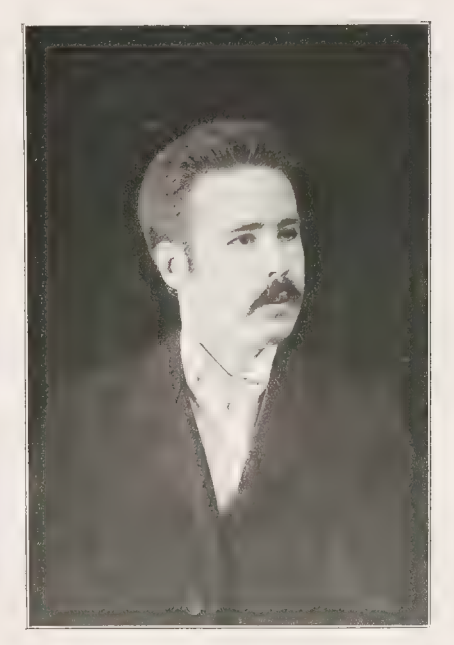
Y acaso consista esta opinión del consultado, como la mía, en nuestra escasa afición á seguir las Modas.

—¿Las modas?

—Sí, lector amigo. La moda, que á todo alcanza y en todo domina, no podía menos de llevar su avasallador influjo al mundo de las letras, y de tal suerte lo ha hecho, sobre todo en España, que en la inmensa mayoría de la producción literaria suele verse siempre el patrón cortado y el figurín. Los escritores que se consideran más independientes y originales, no tienen inconveniente en vestir sus obras con arreglo al modelo, extranjero ó nacional, más en boga.

Y esto hoy, como ayer y como anteayer.

Presentes están aún en la memoria de los viejos, las luchas de clásicos y románticos; aquel romper moldes antiguos, sistema que se trajeron los imitadores de Victor Hugo, quienes, no limitándose al terreno literario, dieron origen y vida á las melenas desgreñadas, las barbas incultas, los rostros demacrados y cadavéricos, y la descuidada indumentaria de los cultivadores del género. El tósigo, el dogal, el cementerio, la iniciada lucha de clases, el conflicto de pobres y ricos, de hijos y padres, el puñal blandido, la espada desnuda, el veneno como recurso supremo en numerosos desenlaces; lacayos que merecen ser ministros, bandidos que merecen ser emperadores, meretrices que casi, casi, reclaman altares y oraciones... allí estaba el éxito único, el triunfo evidente y claveteado; y, para lograrlo, ningún respeto merecía la historia, ningún estudio el corazón humano. El teatro, la novela, la poesía lírica,—¡ésta sobre todo! las múltiples manifestaciones de la producción literaria, no seguían otros cami-



MTRO. ARTURO ALARCÓN. *Fot. Mondet y Cª*

Autor de la pieza de música que acompaña á este número.



EN GUARDIA

nos que los abiertos por García Gutiérrez en *El Trovador*, por Gil y Zárate en *Carlos II el hechizado*, por Ceferino Suarez Brabo en *Verdugo y sepulturero*.

Era un vértigo que sufría todo escritor, y del que escasamente podían librarse algunos espíritus burlones, como Mesonero Romanos, Bretón de los Herreros ó Martínez Villergas, mientras la mayoría de los no escritores aplaudía con frenesí semejantes excesos, y los hombres se batían por el prestigio de la escuela romántica, y las mujeres reducían su alimentación y se entregaban al vinagre, para poner sus rostros de modo que armonizasen con la escuela literaria.

Una empresa editorial, la de Boix, tuvo la gloria de encauzar el gusto por nuevos derroteros, publicando el libro titulado: *Los españoles pintados por sí mismos*. Estudios sueltos de tipos, muy bien hechos algunos, caracteriza dicha obra una evolución en el gusto, como por el mismo tiempo lo habían caracterizado las «*Escenas matritenses*» de *El Curioso parlante*, y antes aún algunos de los inolvidables escritos de *Fígaro*.

Y el género se puso de moda, y abundaron los estudios de costumbres, siguiendo con varia fortuna los modelos primitivos, más que las lecciones que encierra y ofrece pródigamente la naturaleza.

Surgieron más tarde las fabulillas, reñidas por punto general con la moral, en que fueron maestros Florentino Sanz, Miguel de los Santos Alvarez y algunos otros poetas; y tan copiosa fué la producción á la moda, que podrían llenarse con ella algunos abultados volúmenes. Es sensible deber abstenerse de citar modelos del género, porque semejantes trabajos tenían que correr forzosamente, como aun siguen corriendo, manuscritos. Pero de su caracter y tendencias puede dar idea la siguiente de Narciso Serra, una de las pocas que han logrado multiplicarse por la imprenta:

« A un Santo le tocó la lotería,
y á Dios le daba gracias noche y día;
pero un ladrón, que halló la puerta franca,
le robó con auxilio de una tranca.
Dios premia al bueno; pero viene el malo,
le quita el premio y le sacude un palo. »

Privó después lo que pudiera calificarse de « camelos literarios », en cuyo renacimiento tuvo gran parte, ó mucho me equivoco, Manuel del Palacio; y lo denomino renacimiento, pues su origen pudiera buscarse tal vez en un célebre soneto de Lope de Vega, en que después de minuciosa y poética descripción de un agreste lugar, termina:

« ... y en este monte y líquida laguna,
para decir verdad, como hombre honrado,
jamás me sucedió cosa ninguna. »

Tan de moda estuvieron hace treinta años semejantes composiciones, que, con ser muy buenas algunas, llegó el lector sensato á lamentar hubiera lucido el día en que Lope dió la pauta y aquel en que se produjo su renacimiento; repitiéndose una vez más el eterno caso del daño que produce todo innovador. Porque en literatura, como en el célebre anuncio comercial, ¡hay viles falsificadores!

Becquer, por ejemplo, con sus felices é inspiradas imitaciones de los grandes poetas alemanes, constituye una personalidad saliente y genial en nuestra literatura; pero inmediatamente después surgieron los imitadores del poeta sevillano, y nos hicieron sospechar si habría sido preferible que no existiera el maestro, con tal de no tener que sufrir á los discípulos.

Campoamor ha cometido igualmente el pecado de haber dado nacimiento á dos órdenes de composiciones que, generalizados por la moda y por el espíritu de imitación, nos han producido muy malos ratos. Las *Doloras* y los *Pequeños poemas* han sido el modelo en que se han inspirado y el patrón por que se han vestido algunas generaciones literarias. Hoy, infinitas colecciones de Doloras y de Pequeños poemas ocupan por derecho propio el cesto de los libreros ambulantes y los altos montones de la feria.

Los imitadores de Núñez de Arce, los imitadores de Balart, los poetas coloristas, los impresionistas, los naturalistas, los decadentes, todos ellos no pasan de ser variaciones de imitadores que se acomodan al tiempo, á las circunstancias y hasta al gusto del público, siquiera no esté bien probado que el público entiende mucho de semejantes escuelas, convencido como se halla, siguiendo la máxima de Boileau, de que

tous les genres sont bons
hors le genre ennuyeux.

Esto es; que no puede proscribirse género alguno, ni carácter de composición, como no sean los que llevan el aburrimiento al ánimo.

Lo bueno en literatura, como en arte y en todo; eso es lo que no puede morir: eso es lo que no puede « pasar de moda ».

M. OSSORIO Y BERNARD

TOLEDO

(APUNTES DE MI CARTERA)

I

IGNORO por qué, al penetrar en la Ciudad primada, mi ánimo se sintió aguijoneado por la curiosidad, y se dispuso á admirar la población morisca; verdad es, que ante la *Puerta del Sol,* detiene el paso el más indiferente, y la estudia y la reverenciaría, si fuera posible y admitido reverenciar las obras de Arte.

Yo, que nunca aplaudo lo esencialmente cristiano, por sólo el hecho de serlo — artísticamente hablando, — ni censuro ó desprecio por sistema, lo emanado de religiones distintas de la Católica, — cuando es bueno, — me quedé extasiado ante el principal, entre los ocho ingresos de la amurallada Toledo, llamado del Sol, no solamente porque este astro baña espléndidamente tan grandioso monumento, sí que también — permítaseme la frase,— porque de sus delicadas lacerías, cuando Febo se oculta por la densidad de las nubes, parten reflejos vivísimos de luz que ofuscan al inteligente y le obligan á retirarse á conveniente distancia, desde donde puede juzgarse la obra, construída indudablemente en las postrimerías de la dominación musulmana.



SAN JUAN DE LOS REYES (TOLEDO).

Fot. de Hauser y Menet, Madrid.

Tal puerta, no es único monumento que sirva como de sutil pretexto á los toledanos para atraer al tourista. Por ella se ingresa al museo de bellezas artísticas, Toledo, en el que no hay calle que no conserve su disposición arábiga, angosta, lóbrega, empinada, y afectando en sus rompimientos de la línea, plazuelas reducidísimas; ni hay calle que no muestre arcos y artísticas portadas árabes, ojivales y platerescas; ni fachada que no conserve herrajes, y aleros de exquisitas labores, y ornacinas cobijando devotas imágenes, iluminadas en las noches por tenue lucecilla, tal como la edad media lo dispusiera.

Aparte estas notas artísticas, y de la sinagoga Sta. María la Blanca (1), de los preciados vestigios de la Judería, del suntuoso S. Juan de los Reyes (2), destaca y se agiganta aun en medio de tanta preciosidad, la Catedral, construída en tiempos de Fernando III, el Santo, que puso la primera piedra en 1227; aunque se concluyó en 1492, en el siglo pasado se le añadieron algunos adornos (?). Pertenece, en total, al siglo XIII. De los artífices, sólo se conoce el nombre de uno, Pedro Pérez, maestro de la iglesia toledana, que falleció en 1285.

Diría, si de chiflado no me tildaran, que ante la filigrana que atesora, es imposible, al menos inteligente sentir la devoción que requiere y debe inspirar la Casa del Señor. Las setenta y dos bóvedas ojivales que forman la techumbre, son otros tantos caminos que parecen transportar al creyente, del mundo terrenal al celeste, donde la fantasía y la fe ve rendir tributo fiel de admiración y temor santo á las labradas y gallardas agujas y pináculos que coronan el templo.

El retablo de la capilla mayor es un excelente ejemplar del estilo ojival, labrado y estofado, en madera de alerce, á expensas del cardenal Cisneros, que de su munificencia, gusto artístico y amor á la Ciudad imperial, dejó recuerdos valiosos en tan sagrado recinto.

La soberbia sillería del coro es de nogal; fué tallada según el estilo *plateresco,* por Borgoña y Berruguete, que trabajaron en competencia: también tomó parte hacia 1494, maese Rodrigo, de quien es la sillería baja. Consta de más de 70 asientos, profusamente labrados; las columnas de los arcos que sirven de dosel al cuerpo principal, son de jaspe.

El trascoro es también notable; pertenece su primer cuerpo al ojival, y lo mismo el cuerpo superior, excepto el centro, que es



PATIO DE SAN JUAN DE LOS REYES (TOLEDO).

Fot. de Hauser y Menet, Madrid.

(1) Aunque fué sinagoga, no es construcción judía; pertenece al segundo período de la arquitectura árabe. Debió emplearse para sinagoga después de la reconquista de la ciudad por Alfonso VI, hasta 1405 que se consagró, según la inscripción de la puerta occidental del edificio.

Desde 1550 á 1600 fué refugio de mujeres arrepentidas; ahora pertenece á la Comisión de monumentos.

(2) Los reyes Católicos, Fernando é Isabel, en su contienda con los portugueses, terminada con la victoria de Toro, cumplieron su solemne voto ofrecido antes de la guerra, de construir el templo, llamado de S. Juan de los Reyes, principiando la obra, según proyecto del maestro Juan Guas, en 1477, y terminándola en 1610. En 1808, los franceses lo mutilaron bárbaramente, en particular el claustro ojival.

El interior es de una nave. Como característico, citaré el friso compuesto del escudo de España, en tiempo de los fundadores del edificio, repetido y combinado con estatuas, bajo dosel éstas.

plateresco. El bellísimo medallón, con el Padre Eterno y las estatuas de la Inocencia y de la Culpa, obras ambas de Berruguete y de Vergara, superan al resto de la obra.

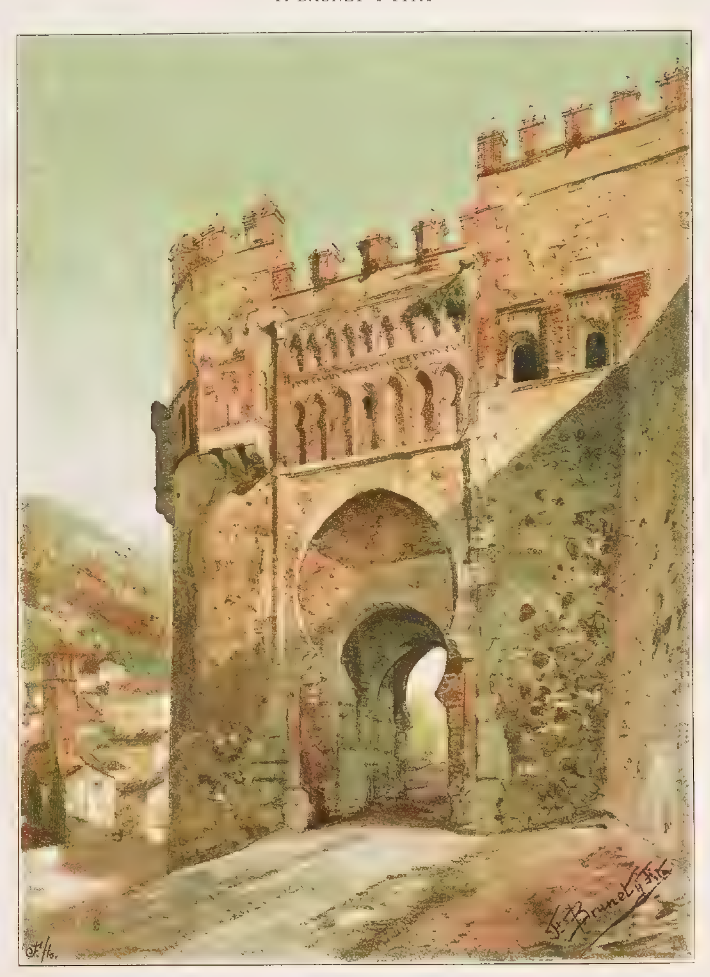
La capilla mozárabe es de irreprochable valor histórico-artístico; la de la Epifanía; la de la Concepción, con tablas pintadas y sepulcros tan característicos en los estilos ojival y plateresco; la de S. Martín, del Renacimiento; la de Sta. Lucía, con lienzos atribuídos á Rivera y á Maella; la de Reyes viejos, con pinturas de Juan Alfon; las de Sta. Ana, S. Juan y S. Gil, en cuyos muros se descubren recuerdos del siglo XIII; la de Santiago, costeada por el condestable don Alvaro de Luna, para guardar sus cenizas, etc., etc., hasta el número de veintitrés, en su mayoría con verjas de plata, son otras tantas obras de arte, así como las vidrieras pintadas, que enriquecen este magno monumento del Arte cristiano español, reputado por algunos como el mejor de nuestra patria.

Entre las alhajas, que son muchas, especialmente copones, viriles de oro, plata y pedrería, artísticamente repujados, citaré el vestido, manto y corona de la Virgen del Sagrario, tan querida por los toledanos; la monumental custodia de Arfe; la cruz de Arfe; la cruz de la manga y el estandarte de argentado metal, del cardenal Mendoza.

II

Los concilios nacionales que se conocen del tiempo de la España goda, son diecinueve; uno, celebrado en el siglo V; dos, en el VI; y dieciséis, en el VII. El primero se celebró, según unos, en Braga, ó en Caldas de Galicia, según dicen otros; el décimo sexto, constituído en Zaragoza, y los restantes en Toledo.

F. BRUNET Y FITA



LA PUERTA DEL SOL (TOLEDO).

El primer concilio nacional se reunió en el año 447, por el Papa San León, con motivo de los priscilianistas; el segundo, que llaman Toledano III, el año 589, con asistencia de 67 obispos; el tercero, en 597, reinando todavía Recaredo; el cuarto, en 610, en el que se decretó que el obispo de Toledo fuese respetado por Metropolitano, según edicto real de Gundemaro; el quinto, en 633, con asistencia del rey Sisenando; el sexto, en 636; el séptimo, en 638; el octavo fué convocado por Chindasvinto, en el año 646; el noveno, en 653; el décimo, en 655; el undécimo, llamado el décimo Toledano, en 656; y los siguientes, en 681, por orden del rey Ervigio; en 688, para anular varias leyes de Wamba, á instancias del nuevo monarca Ervigio; otros en 684-688; 691 (éste en Zaragoza); 693; 694; y en 701, convocó el rey Witiza el último concilio nacional, que llaman Toledano XVIII.

III

Toledo tiene, para el arqueólogo, encantos irresistibles; para el poeta y el músico la clave de sentidas composiciones cristianas y moriscas; para el escritor la base de tradiciones y leyendas y de asuntos históricos; para el pintor paisajes y fondos de tan seductora belleza, como cuando la noche envuelve en su tupido manto á la amada ciudad reconquistada por don Alonso, y la luna, brillando en la bóveda celeste, describe siluetas gigantescas y traza la sombra de encrucijadas callejuelas, mudos testigos de nobles hazañas, de desafíos librados á los pies de florida reja y del triunfo glorioso de la Cruz salvadora sobre la media luna.

PEDRO GASCÓN DE GOTÓR



DESDEÑOSA

Exposición Robira (Escudillers, 5, 7 y 9)

EL TELEGRAFO SOÑADO

Tiempo era ya, oh ciencia de rugosa frente, de pergaminoso pellejo, de ojos deslustrados y marchitos por la vigilia; tiempo era ya, severa institutriz de los hombres, enemiga del ensueño, de que pensaras en satisfacer una necesidad del orden puramente ideal; razón sería que al lado de las exigencias apremiantes y continuas del comercio, de la industria, del bienestar material, de la rapidez en los transportes,—y de la destrucción y aniquilamiento en forma de guerras — atendieses también al hondo impulso, á la magnética fuerza en virtud de la cual vive y se conserva, no sólo la raza humana, sino el universo, por la ley de atracción regido!

Y como no quiero hablar en enigma, apresúrome á declarar que esta jaculatoria á la ciencia se funda en las ideas que al pronto suscitó el descubrimiento de Marconi,—hoy perfeccionado por Nicolás Tesla,—á saber: el telégrafo sin hilos.

Aunque ya va gastándose nuestra facultad de admirar las maravillas de la susodicha ciencia, que nos brinda una sorpresa diaria, cuando se difundió la nueva del telégrafo sin hilos, tributamos al inventor el homenaje involuntario más cumplido y reverente: el de la *incredulidad.* No sólo no lo creímos, sino que la mayoría, — y no eran profanos, sino entendidos en la materia, ingenieros, electricistas, — lo negaron á machamartillo. Era esto de comunicarse al través del espacio, sin conductor, cosa que tenía algo de brujería, y á más, de brujería romántica y poética; género de cuento bonito para divertir á la infancia de la humanidad. Por otra parte, causaba una especie de inquietud vaga é indefinible, eso de suponernos en relación y comunicación, sin saberlo ni quererlo, con todos nuestros prójimos y semejantes; para decirlo de una vez, con el *alma general,* que sutil y difusa en el ambiente, á manera de luz que nos envolviese é iluminase sin que lo percibiéramos, pudiese á cada momento llamarnos, cuchichearnos revelaciones inesperadas, y nos sintiésemos rodeados de espíritus, cuyas pupilas invisibles nos estuviesen mirando fijamente, cuyas voces sin cesar nos susurrasen al oído.

Ello parecía magia, resurrección de los asombros medioevales de Alberto Magno; algo análogo á los jardines floridos que brotan sobre la nieve, á las selvas que en una noche visten el erial.

Hubo, sin embargo, quien dió crédito al anuncio de la telegrafía sin hilos, y forjó en su imaginación el descubrimiento, de manera graciosa y peregrina. Supusieron estos tales, — los enamorados — que hallándoos muy descuidado y tranquilo en casa, en el paseo, en el teatro, de pronto, extraña sacudida nerviosa, repentino golpeteo del corazón, os advertía que *alguien* quería deciros *algo:* que una corriente eléctrica se establecía inmediatamente, y un mensaje dulce, afanoso, vehemente, se escuchaba, ó más bien se *sentía:* no era necesario que la voz formulase las frases que, en derechura y sin obstáculos, se transmitían de espíritu á espíritu; y así, por medio de este telégrafo pasional, se realizaba el dicho del poeta; repercutía en Cádiz un beso dado en Canton. El telegrama iba al corazón, porque del corazón venía; Psiquis se dirijía á Psiquis, dialogando. Preguntaba el amor; el deseo respondía; la voluntad se expresaba elocuentemente; y al diablo alambres, timbres, telegrafistas, sellos, — al diablo todo lo que no fuese el tierno latidito, el sabroso estremecimiento, la llamada que se recibe allá muy hondo...

Así, ¿no es cierto? así comprendíais el telégrafo sin hilos, vosotras, las madres que teníais el hijo en la guerra; vosotras, las esposas de esposo ausente, anhelosas de saber si os recordaba y os añoraba, como le añorabais y recordabais á él; vosotras, las prometidas, siempre en espera del correo; y también, y acaso más aún, vosotras, las culpables, las que ocultáis el sentimiento, como se oculta el crimen, porque á crimen os lo imputaría el mundo, y que en la comunicación ideal cifrabais esa dicha breve é intensa, ese aliento que necesita la esperanza, para sostener la existencia torturada por la pasión...

No de otra suerte se figuraban *ellas* el invento de Marconi, pues no está la mujer obligada ni casi autorizada para entender de ciencia, y su derecho á soñar lo sanciona su misma inferioridad científica.

Y es el caso que la realidad, la escueta realidad, no admira menos que el sueño... pero se diferencia mucho de él. — La realidad la explicaré en breves palabras, sin tecnicismo. Si fué Marconi quien primero enunció este descubrimiento, Nicolás Tesla, el que lo perfeccionó y va á ponerlo en planta, merece el nombre del nuevo brujo, eclipsando á Edison con los prodigios que empieza á realizar. No bastaban los trabajos de Marconi para establecer la comunicación sin hilos, más que en forma difícil y cara; con los de Tesla, las ondas eléctricas que llevan en sus vibraciones las palabras, no reconocen límite ni obstáculo: pasan al través del aire, atraviesan el metal, cruzan de parte á parte la tierra, — con la misma velocidad vertiginosa conque camina la luz; sólo que la luz común y corriente, no se abre camino por los cuerpos opacos, y las ondas eléctricas, base de la telegrafía sin hilos, tienen, repito, la propiedad de los rayos X: no les detiene nada ni nadie. Así, se transmite una comunicación, calando una montaña ó el Océano, cual si volase por el éter.

La idea se la han sugerido á Tesla esas torres ópticas ó sistemas de señales, rudimento de la telegrafía, que aquí, en España, instalábamos á gran coste, cuando ya el telégrafo eléctrico funcionaba en el resto de Europa. Tesla, por medio de un instrumento muy poderoso, llamado *oscilador* eléctrico, proyecta signos como despediría relámpagos, y los círculos ú ondulaciones de esta extraña luz que no se ve, no reconocen límite de distancia, — lo mismo van á California, que al planeta Júpiter. Los aparatos pueden enviar por minuto de dos mil á tres mil palabras. La transmisión costará poquísimo, una futesa.

Pero, ¡ay, de los soñadores! Esto, con ser tan asombroso, no es lo que habían fantaseado. Se necesitan aparatos, se necesitan avisos y formulismos; el intermediario existe, aunque sea menos molesto que en el teléfono, verbigracia... No es el divino lenguaje del amor, esencialmente secreto.

El comercio y los periódicos noticieros son los que sacarán partido de la despampanante invención. Se acabaron los telegramas y cablegramas costosísimos, que han arruinado á más de una empresa,—y los grandes cables transatlánticos pasarán á adornar, á título de curiosidad, las salas de algún Museo de Artes y Oficios. Por el precio del franqueo de una carta, nos comunicaremos directa y personalmente con Méjico... Y esto vá á ser pronto, porque Tesla, el austriaco, es vivo de genio, y anuncia la primer aplicación en grande de su sistema, la primer estación *terminus,* para antes de fines de este año, entre Londres y Nueva York. Y mientras no cuaje y no se facilite, y no entre en las costumbres la telegrafía sin hilos, los enamorados seguirán esperando al cartero, y viéndole en figura de blanca paloma mensajera, el correo natural del amor, aunque la guerra se haya incautado de él...

Emilia PARDO BAZAN



Sala de Artes Decorativas en la última Exposición Nacional de Bellas Artes. *Fot. Franzen y Asenjo.*



RECUERDO DE LA ÚLTIMA
CORRIDA DE BENEFICENCIA

Fot. Laureano.

PRESIDENCIA OFICIAL.

AL PROGRESO

Ley eterna grabada en caracteres
de luz sobre la bóveda infinita;
ley que los tiempos y los mundos riges,
y que, cual otro Atlante,
sobre tus hombros llevas de gigante
el peso soberano
de la ciencia absoluta y de su arcano.

Tú eres hija de Dios: antes que el tiempo
concebida ya estabas en su mente;
y poderosa, grande, omnipotente
te muestras, apesar del infelice
que, miserable ó loco,
en tu poder no cree ó te maldice.

A ti la ciencia que descubre un mundo
que gira en los espacios insondables;
á ti la que adivina,
en las piedras de histórica ruina,
las huellas de los seres que ya fueron
y en el mar del olvido se perdieron;
á ti la que con números y letras
á calcular se atreve el infinito;
á ti la que analiza la conciencia
cual si fuera un escrito;
á ti las ciencias y las artes todas
la luz te deben que de tí reciben,
y son tus hijas, pues sin tí no viven.

No temas, nó, los fúnebres presagios
de Casandras fatídicas que auguran
ya próximo tu fin: necias quimeras
sus almas ciegan y su mente obturan;
y comprender no pueden,
que, cual Dios, que es tu origen y tu fuente
el mundo regirás eternamente.

Lento, pero seguro es tu camino
cuando luchando avanzas,
en pugna contra el necio desatino
ó del clásico error gastado y viejo;
á la par que tu fúlgido reflejo
mil verdades alumbra,
envueltas de la duda en la penumbra.

Ni son tus timbres fúlgidas coronas,
ni escudos ricos en cuarteles varios,
ni son las armas de que tú blasonas
las que dejan en pos estrago y muerte:
que es la ciencia tu fuerte,
tu lema la constancia infatigable;
y de laurel eterno y refulgente
la diadema que luces en tu frente.

Y por eso eres grande, y yo te admiro;
y por eso los siglos y aun el hombre
y la vieja creencia
dominados sucumben á tu nombre
y al mágico poder de tu influencia.

Dime si no: ¿qué fué de aquellas leyes
que un día Roma poderosa y grande
al mundo impuso? ¿Dime qué se hicieron
los Césares, que el peso sostenían
de la corona que á su sien ceñían?

¡Ah! que cruzaron por la edad aquella,
tal como cruza voladora estrella
la atmósfera terrestre; y tras su paso
ni aun la señal quedó de aquel imperio
que se extendía desde Oriente á Ocaso.

Y fué, porque cumplido su destino,
á tu tenaz influjo sucumbieron;
y Césares y leyes
cayeron entre el raudo torbellino
de nuevos pueblos y de nuevos reyes.

Sigue tu marcha, pues: bajo la sombra
de tu augusta bandera,
el hombre avanzará constantemente;
y al terminar la Tierra su carrera,
¡oh Progreso! tu nombre bendecido,
del Universo sobre la ancha esfera
en nuevos mundos se verá esculpido.

SANTOS LANDA

REVISTA DE LA EXPOSICIÓN NACIONAL

DE BELLAS ARTES

La opinión señaló este certamen bienal, como superior al que se celebró en 1897, si bien el número de las obras presentadas, fué bastante menor. Pero no se ha precisado si está en ésto la superioridad, ó en la abundancia de obras maestras. Sin duda, todo contribuyó, y más que nada, el triunfo cada vez más patente del realismo, el gusto moderno, que nos ofrece asuntos tomados del mundo actual y de la vida corriente, y aspectos de la naturaleza que seducen, por la viveza de la luz y por las delicadezas del color. Es verdad que la libertad imperante, de que se hace gala, produce extravíos tales como pintar asuntos propios de la Literatura, hasta el punto de necesitar bajo el lienzo la explicación escrita, y otras veces, cuando se pinta no más alguno de dichos aspectos, sin ulterior finalidad, suelen caer por ese lado los pintores en lo vulgar, en lo trivial y en lo frívolo. En una palabra, se pinta todo, como si todo fuera pintoresco, y no se tiene en cuenta, que esta es la condición indispensable, para que un motivo sea digno de ser elegido por el artista.

Sin pensar, hemos comenzado por hablar de Pintura, lo cual se explica, porque el crecido número de cuadros absorbe la mayor parte del interés que el público dedicó al certamen. En la sección de Pintura, se señalaron como las obras más sobresalientes los cuadros, especialmente dos, de Sorolla, otro cuadro de Moreno Carbonero y la colección de dibujos del *Quijote*, de don José Jiménez Aranda.

Los citados cuadros de Sorolla se titulan *Cosiendo la vela* y *Comiendo en la barca*; el primero, es un admirable efecto de luz, de la luz del sol en la costa valenciana. Pocas veces se habrá pintado con mayor valentía y riqueza de color un tema luminoso. La luz, es en él el punto principal; la enorme masa de la vela en el suelo, las figuras, los arbustos y flores son, por decirlo así, los accidentes de la composición; pintada ésta á luz difusa, sería siempre un conjunto pintoresco; pero no heriría nuestros ojos con tan poderoso efecto, ni nos asombraría por el acierto conque el artista ha sabido pintar la luz, venciendo numerosas dificultades. Este cuadro, obtuvo ya señalado éxito en el *Salón de París* del pasado año. *Comiendo en la barca*, es por el contrario, un tema de medias tintas muy feliz; gustó muchísimo y vendiose á alto precio. El cuadro de Moreno Carbonero, representa la singular batalla de Don Quijote con el vizcaíno, y es la composición de mayor tamaño y más estudiada que de esta clase de asuntos ha pintado el autor. El mérito de su nueva composición está, sobre todo, en la elegancia de la factura y en el conjunto pintoresco. Los dibujos que en número de 130 ha presentado el ilustre artista don José Jiménez Aranda, son, no ya las ilustraciones, sino la reproducción gráfica de los seis primeros capítulos del *Quijote;* los expuso bajo el título de *Primera salida del Ingenioso Hidalgo*. Una parte de esta obra colosal, á la que desde hace tiempo viene dedicando en Sevilla el señor Jiménez Aranda su talento y su actividad, fué conocida en Barcelona en la Exposición del pasado año, y también son conocidos otros trozos de ella en el extranjero; pero no se había visto hasta ahora el conjunto, que asombra por la cantidad de trabajo, por la maestría conque está ejecutado y por la inagotable vena del artista.



COMIENDO EN LA BARCA

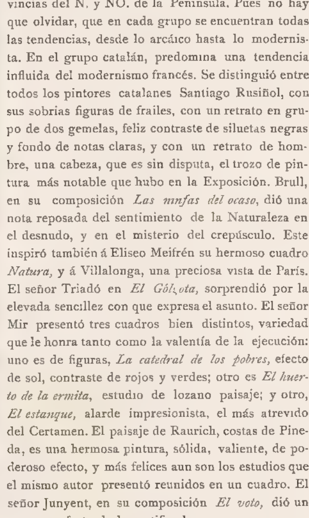
Cuadro de JOAQUÍN SOROLLA. *Fot. Franzen Asenjo.*

Para señalar de una vez todo lo extraordinario que en la Exposición se vió, debemos citar dos bustos escultóricos de Miguel Blay, y en la sección de Arte decorativo, la colección de dibujos de los alumnos del señor Pascó, en la Escuela de Bellas Artes de Barcelona. De los bustos de Blay, uno en yeso, *Mujeres y flores*, es de una corrección tan moderna, de un conjunto tan sobrio, que ya bastaría para representar la distinguida personalidad del autor; pero aun excede en aquellas cualidades y pasma por la delicadeza tan estética con que está expresado el encanto de la infancia, un busto de mármol, retrato de una linda niña.

Los dibujos de los alumnos del señor Pascó son de notar, porque nos dan á conocer que en España, el país en que la enseñanza es, en general, más rutinaria, hay un profesor de bastante iniciativa para implantar un sistema tan racional y eficaz, que permite al dibujante elevarse desde el conocimiento del modelo, en todos sus accidentes, hasta la interpretación decorativa del mismo, conforme á ellos. Es un sistema que enseña á ejecutar y á pensar, y de resultados incalculables para nuestras artes decorativas.

Cinco artistas hemos citado, por ser á nuestro juicio los que más se distinguieron con obras de verdadera novedad, ó por el mérito, ó por el género, ó por la tendencia que muestran. Además de ellos, se distinguieron otros muchos, algunos por su condición de maestros consagrados de antiguo, otros, porque revelan aciertos muy dignos de aplauso.

Los pintores españoles pueden hoy estudiarse en cuatro grupos que, en rigor, persisten y se diferencian desde los comienzos de la historia de la pintura en España, sin que valga por esto reconocer en ellos elementos tradicionales de escuela, pero sí de temperamento local. Dichos grupos son: el de los pintores catalanes, el de los valencianos, el de los andaluces y el de los castellanos, comprendiendo



en éstos, los pocos cultivadores del arte en las provincias del N. y NO. de la Península. Pues no hay que olvidar, que en cada grupo se encuentran todas las tendencias, desde lo arcáico hasta lo modernista. En el grupo catalán, predomina una tendencia influida del modernismo francés. Se distinguió entre todos los pintores catalanes Santiago Rusiñol, con sus sobrias figuras de frailes, con un retrato en grupo de dos gemelas, feliz contraste de siluetas negras y fondo de notas claras, y con un retrato de hombre, una cabeza, que es sin disputa, el trozo de pintura más notable que hubo en la Exposición. Brull, en su composición *Las ninfas del ocaso*, dió una nota reposada del sentimiento de la Naturaleza en el desnudo, y en el misterio del crepúsculo. Este inspiró también á Eliseo Meifrén su hermoso cuadro *Natura*, y á Villalonga, una preciosa vista de París. El señor Triadó en *El Gólgota*, sorprendió por la elevada sencillez con que expresa el asunto. El señor Mir presentó tres cuadros bien distintos, variedad que le honra tanto como la valentía de la ejecución: uno es de figuras, *La catedral de los pobres*, efecto de sol, contraste de rojos y verdes; otro es *El huerto de la ermita*, estudio de lozano paisaje; y otro, *El estanque*, alarde impresionista, el más atrevido del Certamen. El paisaje de Raurich, costas de Pineda, es una hermosa pintura, sólida, valiente, de poderoso efecto, y más felices aun son los estudios que el mismo autor presentó reunidos en un cuadro. El señor Junyent, en su composición *El voto*, dió un precioso efecto de luz artificial.

El grupo valenciano, es eminentemente colorista. En él, aparte de Sorolla, tenemos el maestro Sala, que ha reunido ante el público obras pintadas hace tiempo, como los retratos de Campoamor y de Echegaray, el de éste muy elegante de factura, y otros, hechos recientemente, entre los que es de notar uno de niña, muy fino; don Ignacio Pinazo, otro maestro, que presentó varios retratos, uno de señora anciana, pintado con gran soltura y acierto, y dos composiciones, dos figuras la una, *Sancho leyendo el Quijote*, expresiva pero poco agradable, y la otra, titulada *La lección de memoria*, muy bien de expresión. Cecilio Plá, en su composición *Amor vencido*, lució su ejecución fácil y la fidelidad con que sabe pintar telas. Don Fernando Cabrera Cantó, en su cuadro *Mors in vita*, uno de los pocos asuntos que hay en el Certamen, nos ofreció junto á las tristes penumbras de una sala de disección, un risueño y luminoso paisaje. Diaz Panades, ejecuta con mucha espontaneidad. El joven artista señor Legua, demostró con su cuadro *Prófugo* que sabe componer y sabe dibujar.

Los pintores andaluces muestran casi todos una cualidad común; la entonación caliente, que parece una consecuencia de la viva luz de su tierra. Sin hacer más que repetir aquí los nombres de Jiménez Aranda y Moreno Carbonero, hay que hablar primeramente de otro artista insigne, Gonzalo Bilbao, que en sus cuadros *La madrecita* y *Mar de levante*, sobre todo en el primero, lució una ejecución franca y unos atrevimientos de color, admirables. Seguidamente, hay que hablar de los cuadros de don Federico Godoy, quien se reveló artista de grandes vuelos, sobre todo en la composición que titula *La toilette*, una de las mejores del Certamen, dibujada como se ven pocas y pintada con sumo acierto y valentía. También estubo muy acertado don Felipe Abarzuza, en el cuadro *Velatorio, Ilusiones y Realidades*, que nos ofrece la luz y la sombra, pintadas con mucha fidelidad. Se distinguieron, el señor Muñoz de Lucena con sus composiciones *Idilio* y *Dar de beber al sediento*, pintadas con brillantez; el señor Bertodano por su cuadro *En la huerta*, de saliente entonación; y el señor Parlade en *El descanso* y *¡Un buen amigo!*, de factura vigorosa y elegante.

Los pintores castellanos, son los que ofrecen más variedad. Por una parte, obtuvo completo éxito don Luis Menéndez Pidal con su cuadro *Salus Infirmorum*, cuadro de sabor arcáico, pues su entonación recuerda la de los cuadros de los maestros del siglo XVII; y por otra parte, encontramos la composición del modernista don Anselmo Guinea, titulada *Pascua florida*, procesión en la campiña vascongada, pintada con una frescura y unas delicadezas de color que le dan valor grandísimo y le colocan muy por encima de muchas obras presentadas.

Moderno pintan también y bien lo demuestran, el señor Parada Fustel con *Los satélites*, obra de colorista; el señor Hernández Nájera con *La feria de Santiponce*, composición graciosa; Sánchez Solá con *El destete*, bonito cuadro; don Carlos Vázquez, con su gran lienzo *Velázquez pintando la fragua* y con otro mucho mejor de género, titulado *Mes de María;* don José Angoloti con *El tesoro del pobre*, excelente muestra de buenas facultades; el señor Chicharro con *Las uveras*, página andaluza de carácter; el señor Alcalá Galiano con la composición novelesca *¡Rico quién te quiere á ti!* y *Vendimiadoras*, de entonación caliente; y el señor Francés Mexiá, con el expresivo cuadro de soldados *¡Mil ochocientos noventa y ocho!* acertado efecto de medias tintas. Más moderno todavía que todos estos, moderno hasta la excentricidad, se manifestó como siempre el puntillista don Darío Regoyos, con lienzos estimables, sobre todo el de una iglesia en Bruselas.

Por otro lado y en sentido clásico, estaba don Marceliano Santa María, con su interesante cuadro *El premio de una madre*, muy estudiado y correcto. También lo estaba en sus cuadritos, don José Aguado; pero es lástima que sólo pinte presos y civiles.

Don Ricardo Madrazo se distinguió por la elegancia, en los retratos de su señora y de su niño. Preciosa composición es la del señor Varela Sartorio, de dos religiosas en oración, y lindo cuadro de costumbres es *Plaza de Noya*, de Domínguez Mennier, que bien revela ser hijo de don Manuel Domínguez.

Nuestros pintores son pudorosos. No pintan desnudos, lo que sería tan útil para mejorar el dibujo. Nueve cuadros no más hubo de este género en la Exposición. Las citadas ninfas de Brull; *La verdad*, delicada figura de don Alejo Vera; *Leda*, graciosa, del señor Oliva; una mujer de espaldas, muy bien pintada por el señor Mestres; *Inocencia*, del señor Saenz; *Suspicacia*, del señor Cersa; una figura decorativa del señor Varela Sartorio y un proyecto de techo del señor Jiménez Martín.

En la pintura de interiores se distinguieron notablemente el señor Comba, con una vista del estudio del inolvidable Rosales, el señor Romero y Mateo, con un fondo de iglesia y el señor Oliver Aznar, con la *Capilla del Cristo de la Seo* de Zaragoza.

De asunto histórico, género que está ya en demasía olvidado, citaremos la *Vocación de San Francisco*, del señor Ros, muy bien de detalles arqueológicos, y el *Asalto de la escalera de Palacio en 1841*, del señor Morelli.



Cuadro de L. C. IBORRA. ¡AHORA SERÁ ELLA! *Fot. Franzen Asenjo.*

Los paisajistas castellanos, fieles en su mayor parte á la escuela de Haes, se mantuvieron á buena altura. Espina expuso dos hermosos cuadros, *Después de la lluvia* y *La flor de Cazorla;* Avendaño, recreó el ánimo con *Una fuente en Galicia;* Beruete, muy elegante en sus trozos de la campiña de Toledo y de Madrid; Arredondo, muy agradable en su paisaje también toledano; y como paisaje de consideración el idilio que presenta don Matías Moreno. Asimismo, presentaron bonitos paisajes los señores Ramírez, Alba, Serrano, Monero, que pintó con bastante vigor la campiña burgalesa, Ferriz, Suay y Ramos Artal.—Morera no presentó como paisajista más que una parra, pintada con bastante libertad; pero ofreció en cambio doce marinas del Cantábrico, muy delicadas. Marinas notables son, *En alta mar* de J. Solís; *La Bahía de San Sebastián* de Gordón; *En la Concha de San Sebastián* de Ugarte; *Nuestras playas* de Abril, *Rompientes* de Puyano y unos estudios, de Martínez Abades.



Cuadro de J. FRANCÉS. MIL OCHOCIENTOS NOVENTA Y OCHO *Fot. Franzen y Asenjo.*

No faltó en esta Exposición el delicado pintor de flores, Gesa ni sus discípulas; doña Julia Alcayde en *El puesto de mi calle*, lució una solidez de ejecución de que carecen algunos hombres.

Solidez y poderoso realismo avaloran los bodegones de don Felipe Checa.

Entre los dibujos, sobresalieron los hechos al pastel por Vaamonde; entre las acuarelas, las de flores de doña Josefa Texidor y *Una gitana* del señor La Rocha; entre los grabados, el retrato de Gamazo, por Maura; los grabados en dulce por Ríos, y los grabados en madera por Sampietro.

En cuanto á la escultura, prescindiendo de agrupaciones regionales, mencionaremos en el género modernista á Inurria, que en un relieve con figuras exentas ha modelado notables desnudos; á Parera, que en su sentido grupo *Consuelo* revela felices inclinaciones á lo grandioso; á Montserrat, cuyo grupo *Amor y Trabajo* está puesto con gracia; á Marín que en un delicado busto y un grupo demuestra sus adelantos; á Mani Roig, impresionista del modelado, y á Martí Solanes, que siente el desnudo. Mención especial debe hacerse del soberbio buitre sobre despojos de la guerra, puesto y modelado con gran brío por doña Adela Ginés.

Mariano Benlliure sólo concurrió con un bronce pequeño, una especie de ondina dormida y acariciada por el agua y un busto en mármol y bronce de la señora Marquesa de Luque, todo ello modelado con la gracia que le es peculiar. Aniceto Marinas expuso otro busto de mármol y bronce precioso y el modelo de la estatua de Velázquez que, con motivo del centenario del grande artista, ha sido colocada delante del Museo de Pintura.

En otro género, más cercano á lo clásico, que en la escultura es un dogma, estaba el señor Alcoverro, con un relieve que nos descubre la puerta del cielo y su excelso Portero, y el modelo de la hermosa estatua de Balmes, que ha hecho para el Ministerio de Fomento; estaba el joven don Eugenio Martín, cuya obra *Un israelita* es lo más clásico que hay en el certamen; estaban don Aurelio Cabrera, con su vigorosa figura desnuda *Fecial*, don Julio Echeandía con otro desnudo, un gladiador, y don José Campeny con el grupo *A muerte*.

N. HUGUET



CARRETERA REAL

Salón Parés.

ROMÁN RIBERA



EL RINCÓN FAVORITO

Exposición Robira (Escudillers, 5, 7 y 9).

En el género decorativo, son de alabar los delicados bronces de don José Arija, *Santa Mónica* y *Los Dolores gloriosos;* el relieve del señor Alsina *El Imperio romano*, bien compuesto y detallado con carácter, y unos grupos pequeños, preciosos, de don R. la Torre.

En la sección de arquitectura, lo mejor fué un proyecto de restauración de la catedral de Burgos, hecho por el señor Lampérez Romea.

La sección de arte decorativo, que debiera ser una Exposición especial, celebrada por separado, fué poco numerosa. Sin duda, la causa del retraimiento de muchos artistas que debían presentarse en ella, es el convencimiento de que el grande arte se lleva toda la atención del público y de la crítica. Muebles de Santa Bárbara, bronces de Masrriera, hierros repujados de Málaga y de Asins, esmaltes de Trabado, imitaciones de marfiles y metales de Oliva, pinturas decorativas de Lumbreras y La Torre; un boceto de decoración de teatro, vista del Ebro y de Zaragoza, por Luis Muriel; dibujos para ilustraciones, de Arja y de Triadó; todo esto y algo más, en conjunto poco, pero bueno, representa una corriente de trabajo que, bien dirigida y generosamente estimulada, puede ayudar grandemente á la regeneración del país.

En una sala del palacio de Bellas Artes se instaló de una manera digna y acabada la exposición de las obras del insigne paisajista don Carlos de Haes, fallecido el verano último, y á quien sus discípulos Morera y Beruete han rendido este tributo. La componen cerca de doscientas obras: algunos cuadros de particulares, otros del Gobierno y un crecido número de bocetos, muy acabados por cierto, de gran valor, por ser notas de color tomadas directamente del natural, que los testamentarios del artista regalan al Museo de Arte Moderno; más una porción de dibujos y de aguas fuertes. Disfrutábase en esta sala de casi toda la obra de Haes, el iniciador del estudio directo del natural en España, que produjo una revolución, cuyos frutos es el arte moderno, de que dió buena muestra este Certamen.

José Ramón MÉLIDA

(De la Real Academia de Bellas Artes.

MADRID ELEGANTE

VERANEO ARISTOCRÁTICO

Por esta vez, hemos de buscar fuera de la Corte el asunto de estas crónicas; el *Madrid elegante* está fuera de Madrid.

La prensa diaria anuncia, oportunamente, la salida para las playas y balnearios de todos los que tienen unos cuantos miles de pesetas para gastárselos alegremente, y aun de muchos que no los tienen.

La moda se impone, y ya no hay persona que se estime, que permanezca en Madrid el mes de Agosto. Los que tal hacemos, somos unos temerarios que desafiamos la opinión pública.

Y esta nos condenará irremisiblemente.

***

La sociedad más elegante, la más *smart* del gran mundo madrileño, ha excogido este año para su veraneo á Saint Maurice, en Suiza; allí, en aquel delicioso sitio, se encontrarán reunidas á estas fechas, la Duquesa de Alba con su encantadora hija doña Sol, los Marqueses de Castrillo con sus hijas; la Condesa de Villagonzalo y sus hermanas la de Torre-Arias y Duquesa de Santo Mauro y otras muchas damas de nuestra primera aristocracia.

Por aquel hermoso país viajan también, en la actualidad, los Condes de Urbasa y su hermana la gentil Gloria Laguna, Condesa de Requena.

***

Dando un salto de gigante, de esos que solo puede salvar la pluma del periodista, transportémonos desde la ideal Suiza, punto predilecto de los novios elegantes, á la que pudiéramos llamar la Suiza española, á Asturias, donde tantos próceres ilustres conservan sus casas solariegas.

En Asturias el veraneo es muy agradable; los alrededores de Gijón están poblados de preciosos hoteles, donde con frecuencia se celebran fiestas, bailes y banquetes.

Los Duques de Riansares con sus hijas solteras, ocupan todo el año su hermosa posesión de Montealegre, que se se anima durante el estío con las visitas de los deudos y amigos de los hijos de doña Cristina de Borbón; los Condes de Revillagigedo, unas veces habitan en el suntuoso palacio de Gijón, que sirvió de alojamiento á los Reyes de España, y otras en su soberbia posesión de Deva, donde obsequían á los amigos con fiestas expléndidas; los Marqueses de Canillejas están recluídos en su finca de Valdesoto, cercana á Oviedo; pero como aquella casa tiene honores de palacio, y el jardín es extenso como un parque real, y los dueños son hospilatarios como los antiguos castellanos, se ven siempre acompañados por parientes y amigos.

En Mieres, entre el estruendo de la fábrica, cuya capilla conserva aun los recuerdos de las magníficas bodas de la que fué señorita de Guilhou con el Marqués de Villaviciosa de Asturias, se levanta el hotel de los padres de la Marquesa, que reparten el verano entre Francia y España; mientras que los padres del Marqués de Villaviciosa, don Alejandro Pidal y su señora, tienen su morada en Somió, que es la Meca de los conservadores asturianos; pero el ilustre Presidente del Congreso y su virtuosa esposa, son ahora atraídos con fuerza superior hacia Francia, en cuyo Monasterio de La Prouille han profesado dos de sus hijas.

A las familias citadas, que son las que prestan mayor animación á la vida social veraniega de Asturias, hay que añadir otras muchas, como las de Campo-Sagrado, Longoria, Agüero y sus hijos, los actuales Duques de Tarancón, y muchos otros, que contribuyen hacer sumamente agradable la vida en aquellas playas.

***

Algo parecido á lo dicho anteriormente, pudiera aplicarse á la florida Galicia; allí la ilustre escritora doña Emilia Pardo Bazán, descansa en su Granja de Meirás, mientras los obreros levantan un nuevo y suntuoso palacio que estará terminado dentro de pocos años; pero, de los *descansos* de la notable autora de *La Vida de San Francisco* sale siempre ganando la patria literatura.

Los Duques de Terranova tienen allí un magnífico palacio; el Marqués de la Vega de Armijo, con su hermana política, la señora de Vinyals y los hijos de ésta, Marqueses de Ayerbe, ocupan el Castillo de Mos, donde nunca faltan huéspedes que lo animan; cerrado permanece el de Monterey, desde la muerte del Marqués del Pazo de la Merced; su viuda reside en Vigo; muy linda es la posesión de los señores de Bermúdez de Castro; la Torre de Quiroga (el esposo de la señora Pardo Bazán), ocupa una posición admirable; en la de Figueroa, descansa el Marqués de este nombre de sus brillantes tareas parlamentarias, al lado de su distinguida familia; y en fin, no es posible hablar del veraneo en Galicia, sin citar á Lourizán, la residencia del señor Montero Ríos, que, á semejanza de Somió, en Asturias, es la meca del fusionismo.

***

En Santander, conservan algunos señores antiguas casas solariegas, donde pasan el verano; en Santillana, los Marqueses de Berremejós de Sistallo y de Casa-Mena, cuyo antiguo palacio posee una de las mejores Bibliotecas de la montaña; en la Vega de Hoz, el Barón de este nombre, hoy Gobernador de Sevilla; en San Pantaleón, el Marqués de Viluma y su hermana; en Comillas, los Marqueses de este título y los Duques de Almodóvar del Río; en Las Fraguas, el antiguo palacio de los Condes de Moriana; y en Polanco, la posesión donde el ilustre Pereda ha escrito tan hermosas obras, mientras en el propio Santander, Menéndez Pelayo, afectado hoy por la muerte de su padre, busca lenitivo á su dolor entre los volúmenes de su grandiosa biblioteca.

Gamazo y Maura tienen también su casa cercana á Santander; y al Sardinero acude, durante el mes de Agosto, una numerosa y distinguida colonia.

***

Zarauz es la playa aristocrática, numerosas familias de lo que pudiéramos llamar nuestro *Faubourg*, poseen allí casas de campo y palacios magníficos, y otros se instalan en el *Grand-Hotel* y en el de la *Terrasse;* allí todo el mundo se conoce, casi todos se *tutean*.

La gente se reune por las mañanas en la playa y acuerda las excursiones de la tarde y la casa en donde han de reunirse por la noche; otros prefieren el *proker* y el *tresillo*, y juegan mientras los excursionistas emprenden sus paseos á Orio, Cestona, Loyola ó San Sebastián.

En la actualidad, están construyendo casas en Zarauz los Marqueses de Monteagudo y los de Santillana.

San Sebastián tiene, como siempre, mucha gente; la presencia de la Corte, en Miramar, le da además una animación que en vano intentan igualar las otras playas.

El mismo Biarritz, tan elegante y distinguido, no cobra vida y se pone en tren de verdadera fiesta, hasta que se aproxima el mes de Septiembre; pero entonces sí que no hay nada comparable á la hermosa villa que puso en moda la Emperatriz Eugenia, y hacia la que también muestra singular preferencia otra hermosa soberana, la Reina Natalia de Servia.

***

Para cerrar esta crónica veraniega, consagraremos algunas líneas á *La Granja*, cuyo Real sitio, tuvo también sus tiempos de gran explendor, y hoy vive solamente por la vida que le presta la presencia de S. A. la Infanta Doña Isabel.

Veranean allí, los Duques de Ahumada y Santa Lucía, Marqueses de Valdueza, Morella, Ivanrey, Haro, Valdeiglesias, Condes de Coello, Rumanes, Navas, Villaverde la Alta; Barones de Ruaya y de Shey; señores de Urbina, Santos Guzmán, Vazquez, O'Lhea, Olivares, Chulvi, Baüer, Avial, Llorens, Drumen, Corral, Chavarri, Dumont, Lewenfeld, Maturana, Marín, Groizard, Boockman, Manzano, Estefani, Alós, San Gil, Arcimis, Aguirre, Oñate, Prida, Robledo, Perojo, Villanueva y Magariños.

MONTE-CRISTO



EL Castillo del Diablo

LEYENDA DEL RHIN



UIERES que te cuente una leyenda; pues ahí va una que, en las noches de invierno interminables y al amor de la lumbre, se cuentan unos á otros los sencillos aldeanos de las campiñas del Rhin. Es de los tiempos del Rhingrave Hugo, y explica el origen sobrenatural de un famoso castillo, cuyo nombre no pronuncian sin cierto temor las mujeres y los niños de la comarca.

Hoy todavía, en la cúspide de la escarpada Rheinstein, que se levanta atrevida como ciclópea bayoneta de pórfido en la orilla del río, pueden verse las ruinas de una vieja fortaleza, *El Castillo del Diablo,* donde tuvieron su nido de águilas unos antiguos condes del Rhin y hallaban refugio inexpugnable después de sus rapiñas y correrías. Pero aquellas escarpas, torres y bastiones que perduraron incólumes contra la acción del tiempo y de las ballestas y pedreros de la gente de guerra, y mucho más contra las impotentes maldiciones del vejado campesino, comenzaron después á derruirse, ante la artillería de Gustavo Adolfo y los generales de Luis XIV. A fines del siglo anterior, los revolucionarios franceses, en su paseo triunfal por los dominios de los reyes sus vecinos, se encontraron con el castillo roquero y le dieron el golpe de gracia, haciendo con él lo que con la Bastilla.

El conde Hugo era un fornido mocetón de recia y prominente mandíbula, que con la misma facilidad hendía un roble con su lanza, que se cenaba medio jabalí y diez botellas del célebre vino de la tierra, cuando á la noche volvía de sus expediciones de caza ó de pillaje. Llegó un tiempo en que este fiero Rhingrave se aburría: ya no le quedaban fortalezas que asaltar, ricas abadías que allanar, ni pueblos que saquear, porque todos sus vecinos se habían apresurado á rendirle pleito homenaje; así es que cuando sordos rumores le advirtieron que podía ser atacado, sonrió vanidosamente, á la vez que miraba las anchas murallas de su castillo — cuyo emplazamiento no se conoce hoy con



precisión—y los relucientes atavíos de sus hombres de armas. Pero supo que el poderoso Elector de Maguncia se encontraba entre sus enemigos y comprendió la importancia del peligro.

Todos los días salía de descubierta y recorría las riberas del Saga, las vegas, los bosques, las cañadas, los desfiladeros, haciendo preparativos necesarios para la defensa. Una noche, regresaba al castillo, embebido en cavilaciones sobre el futuro combate, y se había adelantado gran trecho á las fuerzas de su escolta. Era invierno: la nieve, apagaba el ruido de las pisadas de su caballo y cubría la llanura y las desnudas ramas de los árboles; el cielo, estrellado, tamizaba en el espacio una luz plateada; ante él se levantaban los altos picos del Rheinstein, ligeramente teñidos de rosa.

«Si yo tuviera en esas cimas inaccesibles un fuerte castillo,—exclamó de pronto el Rhingrave, — ni el propio Elector me inquietaría; pero sólo Dios sería capaz de construir una fortaleza en esa roca.»

«Conde, — dijo una voz que vibraba metálicamente: — de ti depende que se haga; di una sola palabra y mañana el Rheinstein se coronará con un castillo inexpugnable.» Y Hugo vió ante sí, envuelto en roja capa, al mismo caballero, de nariz aguileña y ojos fosforescentes que siglos después tanto había de horrorizar á Margarita.

El castellano del Rhin echó de menos en este momento á su capellán, pero llevó el puño á las guardas de su espada. Una carcajada estridente, le hizo comprender que contra el Diablo era inútil mostrar bríos.—«Conde,—añadió la misma voz,— á cambio del castillo que he de fabricarte, sólo tomaré el alma del primero que se asome á una de sus ventanas. Así no serás tú el que pague mis bondades hacia ti.» — El conde Hugo se calló, pero ya le parecía ver entre las nubes la diabólica fortaleza. — «Mañana, —dijo al fin,—te responderé; déjame unas horas para pensarlo.»

Cuando, muy avanzada la noche, el Rhingrave entraba en su castillo, hizo llamar á su mujer y al capellán, y les contó la aventura. Ambos prorrumpieron en gritos de horror, al escuchar que el diablo se llevaría el alma del primer cristiano que mirara por una ventana de la fortaleza. Pero la guerra amenazaba con tan inminente peligro, que la condesa dió en pensar una solución que á todos satisfaciera.

Amaneció, y la castellana la tenía sin duda, puesto que le dijo al conde, que por lo visto sólo sabía dar botes de lanza— «Ve y firma el pacto que el Diablo te propone. Ten confianza en mí y todo irá bien.»— Hugo partió.

A la misma hora que la noche anterior, llegó el Rhingrave al mismo sitio desde donde se divisaba el Rheinstein. El caballero de la capa roja también se apareció.—«Acepto tu proposición»,—le dijo el conde.—«Firmemos nuestro pacto»,—respondió el Diablo La noche era tan obscura que Hugo no veía; su compañero se sopló en los dedos, que alumbraron como diez cirios, y apenas el conde trazó su signo, cuando se encontró solo y en la obscuridad más completa.

A la mañana siguiente, á medida que se disipaba la niebla, se esfumaban sobre el Rheinstein las murallas, las almenas, las torrecillas y los puentes levadizos de una fortaleza hermosa y formidable, de la que á los pocos días el Rhingrave con su familia y sus mesnaderos tomó solemne posesión.

El Diablo había cumplido fielmente su promesa, y el conde Hugo temblaba, pensando en quien iría á pagar con su salud eterna la posesión del castillo roquero. De pronto, se oyó un grito terrible, espantoso. El Rhingrave se precipitó hacia una aspillera, y vió una masa negra remontarse en los aires con una rapidez vertiginosa. Era el Diablo que se llevaba su presa. La víctima lanzaba gritos desgarradores, y el castellano, estremecido de terror y con los ojos desencajados y fijos en el espacio, veía al infeliz retorcerse entre las garras del demonio

Este espectáculo constituía su castigo.

¿Quién era el que se iba así á los dominios infernales? ¿Sería su mujer, su capellán ó quizás algún buen servidor?

El conde del Rhin sufría horriblemente, viendo que el grupo no era ya más que un puntillo negro que se desvanecía en el azur, cuando de pronto un cuerpo enorme vino á caer al pie del castillo. Horrorizado se echó Hugo sobre el muro, para ver á quién había causado la muerte .. En este momento la castellana entraba en la estancia con aire triunfal, satisfecha de haber engañado al mismo demonio.

Era que, cuando terminó la ceremonia de la recepción señorial y habían desfilado todos los vasallos y la servidumbre, la condesa, que había mandado por el asno viejo del jardinero, lo había revestido con unos hábitos de fraile, hundiendo el amplio capuchón sobre las orejas y la cara del pobre animal.

Así convertido en un capuchino, habíanlo asomado por una ventana en actitud de admirar el paisaje, y el Diablo, engañado por la indumentaria, que no le era desconocida, se lanzó con avidez sobre su presa y se la llevó por los aires. Convencido de su error por los gritos especiales de la víctima y furioso por el engaño, arrojó colérico la bestia contra la roca, á la vez que prorrumpía en espantosas maldiciones.

Su ira satánica le hizo querer derruir su propia obra, pero ¡era tarde! ¡La sagaz castellana y el precavido capellán habían hecho clavar una cruz en lo más alto del castillo!

SALVADOR V. DE CASTRO





RECUERDO DE LA ÚLTIMA
CORRIDA DE BENEFICENCIA

Fot. Laureano.

PRESIDENCIA DE LA
CORPORACIÓN ORGANIZADORA.

LA MODISTA

Mientras la flor y nata
de los poetas
á ignoradas regiones
tiende su vuelo,
haciendo eterno blanco
de sus cuartetas
á los astros brillantes,
al mar y al cielo;

Yo voy á hablar, señores,
de la modista,
la alegría y la gloria
de los talleres,
la mujer hechicera
cuya conquista
brinda un mundo de goces
y de placeres.

Cuando va por la calle,
sin más preseas
que esa gracia que á muchos
ha dislocado,
no hay hombre que no grite:
« ¡Bendita seas,
y bendita esa gracia
que Dios te ha dado! »

Cuando una modistilla
sale á paseo,
la persiguen los hombres
á centenares,
porque los enloquece
su contoneo,
su garbo, sus hechuras
y sus andares.

Ella canta y trabaja
de noche y día,
hiere con su gracejo
los corazones;
disipa nuestras penas
con su alegría,
ahuyenta los pesares
con sus canciones.

Gracias á sus afanes
y á su destreza,
hay talles que enamoran
por su arrogancia.
¡Cuántas damas le deben
su gentileza,
sus gallardos perfiles
y su elegancia!

Por ella solamente,
muchas señoras
largas y puntiagudas
como rosales,
aparecen esbeltas
y seductoras,
luciendo unos contornos
esculturales.

Ser amado por una
modista hermosa,
cuyos ojos brillantes
llegan al alma,
de labios encendidos
como una rosa,
y de talle flexible
como una palma;

Juro por la memoria
de mis mayores,
que eso ha de ser el colmo
de la ventura;
porque sin duda tienen
esos amores
parentesco cercano
con la locura.

Modistas hechiceras
y seductoras,
revoltosas, locuaces
y campechanas,
bellas é infatigables
trabajadoras,
del jardín de Cupido
rosas tempranas.

¡Ay! Yo también en otros
tiempos mejores,
de una que era mi encanto
seguí la pista.
¡Quién será el que en la historia
de sus amores,
no conserva el recuerdo
de una modista!

MANUEL SORIANO

ESPOSAS MODELO EN ESPAÑA

PLOTINA POMPEYA

Mujer de espíritu levantado y esclarecido talento, alma noble y generosa, corazón de oro, tal era la española Plotina Pompeya, virtuosa esposa de Trajano, considerada con merecida justicia por los historiadores como el genio del bien que inspiraba las acciones del Emperador. Fué éste uno de los hombres más notables de la edad antigua, cuyas gloriosas hazañas esmaltaron las páginas de nuestra Historia; y á su lado, palpitando todavía de orgullo, sobresale el nombre de su amante compañera, como modelo de virtud y sabiduría y como única consejera de aquel renombrado Capitán, gloria de España, considerado por los poetas como el rayo de la guerra, ante quien se postró humilde y sumisa la tierra entera. Héroe desde los primeros años de su juventud, adquirió celebridad en la milicia, combatiendo valientemente á los Parthos, y más tarde á los Armenios y á los Asirios, y mostrándose siempre tan grande y óptimo en todos los actos de su vida, que el pueblo, en su entusiasmo, proclamólo Padre de la Patria; distinción y honor que rechazó Trajano, cuya conocida modestia se resistía á todo aparato de gala y ostentación.



No menos célebre mostróse Plotina Pompeya, al lado de tan esclarecido Príncipe; siendo su fecunda y privilegiada inteligencia la admiración del Senado entero, al leer los reglamentos que redactaba por sí misma y que denotaban los rayos de luz que iluminaban su portentoso cerebro.

Buena y generosa hasta lo sublime, supo conquistarse á tal punto el cariño de los romanos, que, al poco tiempo de compartir con Trajano el trono de los Césares, era tan querida y respetada como éste, lo mismo por los orgullosos patricios que por la altiva plebe.

No era Plotina Pompeya un dechado de hermosura, pero tenía un alma tan pura y bella, que el Emperador no sintió jamás á su lado el menor hastío, amándola con sin igual ternura, y siendo la confianza la magnífica base en que descansaba su verdadero cariño y el lazo de unión que había engarzado sus dos almas, para labrar por medio del amor su felicidad y ventura. Ella fué su inseparable compañera en los momentos más solemnes de su vida, y su constante consuelo en todas las tribulaciones, siendo el espíritu del bien que le impulsaba á las empresas más notables que glorificaron su existencia.

Durante la guerra de los Dacios encargóla Trajano del gobierno del Imperio, y supo con admirable unión de clemencia y energía, mantener el orden en aquel pueblo que, como es sabido, hallábase siempre dispuesto á trastornos y revueltas.

Ella fué la que, cual madre pródiga, socorrió á sus súbditos, abriéndoles al propio tiempo que los escasos tesoros de su palacio, los inagotables de su magnánimo corazón, cuando, después del triunfo de Trajano, asoló á Roma el triste periodo de hambres, terremotos y peste: ella, la que por su propia mano favorecía al indigente, cuidaba á los enfermos y desvalidos, multiplicábase por acudir solícita allí donde había un dolor que compartir, una miseria que atender ó una lágrima que enjugar; así que, reconocido el pueblo á tantos beneficios, á pesar de su tenaz resistencia proclamóla Emperatriz Augusta, y si ella no lo hubiera prohibido enérgicamente, le hubieran erigido magníficas estatuas.

Sólo faltaba para complemento de la felicidad de tan célebres consortes, que el cielo les hubiera otorgado fruto de bendición; pero la falta de este heredero del trono, que hubiera ocasionado grandes disturbios en Roma á la muerte del Emperador, evitóla la previsora Emperatriz, aconsejando á Trajano que casara á su próxima parienta Sabina con Elio Adriano, el único que ella consideraba digno de sucederle y al que hizo nombrar Cónsul, abriéndole así anticipadamente el camino del trono. Y como si este acontecimiento hubiera sido inspirado por tristes presentimientos de su corazón, al poco tiempo bajó al sepulcro Trajano, aquel hombre notable, que había sido tan insigne guerrero como amante esposo.

La renombrada Itálica le sirvió de cuna y exhaló su último suspiro en Seliciente, punto de Cecilia, á donde se retiraba tranquilamente con su esposa, siempre que se lo permitían los altos deberes de su cargo. La hidropesía, enfermedad que sufría hacía algunos años, cortó rápidamente el hilo de su vida, dejando en la mayor orfandad el corazón de su fiel compañera. Sin embargo, comprendiendo ésta que peligraba la prosperidad del Imperio y la felicidad de Roma, por no estar asegurado todavía el nombramiento de Adriano, trituró hasta entonces su inmenso dolor en lo más profundo de su alma, ocultando su muerte con un valor y entereza admirables.

Cuando vióse ya libre de estos temores, hizo pública ostentación de la pena que la afligía, mandando encerrar las cenizas de su esposo en una urna de oro, y llevándolas así á Roma, donde las recibieron con pompa fúnebre, colocándolas, por raro privilegio, bajo la columnata que recordaba los gloriosos triunfos del Emperador, asociándose el pueblo con visibles demostraciones de pesar al que sentía la inconsolable viuda, llorando ambos la pérdida de aquel hombre que ocupó el trono por la fama de sus hazañas y virtudes, y que, generoso y probo, permaneció sin conspirar, siendo esto una rara excepción en aquellos tiempos. Sus gloriosos hechos dejaron de él eterna memoria, que se encargaron de perpetuar las artes en sus arcos y columnas, figurando entre ellos, además de la célebre columna trajana que se le erigió en Roma, otros no menos notables en España, como son: la columnata de Zalamea de la Serena; la Torredembarra, en Cataluña; el Monte Furado y la torre de Hércules, en Galicia; el circo de Itálica, el memorable puente de Alcántara sobre el Tajo, digno competidor del que colocó sobre el Danubio para llevar sus ejércitos contra los Dacios.

Durante los años que sobrevivió Plotina á su amante esposo, conservóle Adriano los mismos honores y autoridad, guiándose siempre por sus atinados consejos, como había hecho Trajano, y demostrándole su gratitud hasta el punto de hacer grabar su busto en las monedas, de las cuales todavía existen algunas de oro, plata y bronce, así como otras, aunque muy escasas, en que se ve el busto de Plotina y la leyenda que conserva su nombre por un lado y el de Adriano por el otro.

La viuda de Trajano continuó, pues, siendo la mujer buena y caritativa con los que se consideraron siempre sus súbditos, prodigándoles los raudales de ternura de su hermoso corazón; pero como no logró cicatrizar la herida ocasionada por la muerte de su esposo, apagáronse los vuelos de aquella imaginación ardiente, á causa del marasmo que iba aniquilando lentamente sus fuerzas, y el nuevo Emperador y el pueblo experimentaron la fatal desgracia de verla descender al sepulcro en el año 882 de Roma (129 de Jesucristo).

Era tan grande el cariño y admiración que sentían los romanos por su difunta soberana, que la colocaron en el Olimpo, llegando hasta elevarla á la categoría de las divinidades. Y prueba de la veneración que á todos merecía esta gran mujer, fueron las palabras de Plinio, que al hacer en el Senado el panegírico del Emperador, dijo: « Escogiste una mujer que te honra: ¿quién más grande? ¿quién más noble? Si el pontífice Máximo hubiera de elegir esposa, la elegiría parecida á ella. Pero ¿dónde encontrarla?... »

Fué pues, Plotina Pompeya, considerada con relación al mundo pagano en que vivía, uno de los ejemplos más dignos para la mujer destinada á labrar por su alta alcurnia la felicidad de sus pueblos, así como para todas las que, unidas al hombre por el indisoluble lazo del matrimonio, están llamadas á ser su eterna compañera y su ángel tutelar.

Josefa GUTIÉRREZ



MÉNDEZ NÚÑEZ HERIDO Á BORDO DE LA FRAGATA «NUMANCIA»
Cuadro de A. MUÑOZ DEGRAIN, existente en el Ministerio de Marina. *Fot. Laurent y C.ª*

CASTO MÉNDEZ NÚÑEZ

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

Don Casto Méndez Núñez nació en la ciudad de Vigo, el día 1.º de Julio de 1824.

En él se unen en estrecho maridaje la ciencia y el valor, el talento y el patriotismo. ¿Se quiere al hombre de ciencia? El realizará en 1842 un viaje á Fernando Póo, distinguiéndose tan notablemente, que se le rebaje un año para ascender á alferez de navío; y en 1846, ocho años escasos de su ingreso en la armada, será nombrado profesor de nuestros guardias marinas en el *Volador*.

¿Se busca al experto marino? El conducirá en la pequeña goleta *Cruz*, destinada al servicio de guarda costas, la correspondencia á la Habana, á pesar del deshecho temporal, regresando á España milagrosamente (1853).

¿Se necesita al erudito? El traducirá la célebre obra escrita en inglés por Sir Howard Douglas, sobre la *Artillería naval*, obteniendo el honor de que por ella se le den las gracias de real orden.

¿Se trata del patriota? El, tirando de la espada y haciéndoles frente, detendrá en Buenos Aires á los esbirros del tirano Rosas, perseguidores de los españoles.

Nieto de héroes, ya que sus abuelos habían perdido la vida combatiendo por la independencia en 1808, y por la libertad en 1823, Méndez Núñez es un vivo testimonio de lo que vale y significa en las familias la memoria y el ejemplo.

En 1864, y después de haber estado al frente del vapor *Isabel II*, con el que hizo un viaje á la Habana, y de la fragata *Princesa de Asturias*, así como de haber mandado el vapor *Narvaez* en Filipinas, realizando contra los piratas mahometanos una brillantísima accion que le valió el ascenso á capitán de navío, fué nombrado comandante de la fragata *Numancia*, primer barco blindado que debía atravesar el estrecho de Magallanes, obteniendo el nombramiento de brigadier de la armada.

Antiguas diferencias con el Perú obligaron á España á exigir una satisfacción que el general Pareja, comandante de nuestra escuadra en el Pacífico, no se atrevió á formalizar disparándose un tiro de revólver que le causó la muerte, en virtud de la cual substituyóle Méndez Núñez en el mando de la escuadra.

Componíase ésta de la fragata *Numancia*, mandada por don Juan Bautista Antequera, llevando á su bordo al comandante general Méndez Núñez; la *Blanca*, comandada por don Juan Bautista Topete; la *Resolución*, por don Carlos Valcárcel; la *Villa de Madrid*, por don Claudio Alvargonzalez; la *Berenguela*, por don Manuel de la Pezuela; la *Almansa*, por don Victoriano Sánchez Barcáiztegui; y la *Vencedora*, por don Francisco Patero.

Las tripulaciones se hallaban diezmadas por la fiebre y el escorbuto, á causa de llevar sufriendo infinidad de meses las constantes humedades de aquellos mares, sin otra comida que habichuelas y carne salada; trabajando por el día, y en continua vigilancia y sobresalto por la noche. Esto por lo que toca á los hombres, que en cuanto á los barcos, apenas tenían municiones para la artillería, ni carbón para el consumo, ni aceite para las máquinas. El gobierno de Madrid que no lo ignoraba, que no debía ignorarlo, nada envió ¡en nueve meses á aquella escuadra, que á tan larga distancia y con tanto valor, defendía la bandera de España!

Llegó el 27 de Abril de 1866.

Méndez Núñez envió un Manifiesto al gobierno peruano, concediéndole cuatro días de plazo para dar las debidas satisfacciones al pabellón español, y amenazando, en caso contrario, con atacar las baterías de la ciudad del Callao. Expirado el plazo sin respuesta satisfactoria, la escuadra tomó posiciones frente á la plaza

En aquel día, recibió Méndez Núñez la visita del comodoro inglés Rodgers, quien, tratando de impedir el bombardeo, se atrevió á exclamar:

— Hoy amigos, mañana enemigos.

— Si usted se coloca entre la ciudad y mis barcos, mi deber será echarlo á pique. No necesito estorbos. — Le contestó el almirante español, con la mayor tranquilidad.

Esta respuesta de Méndez Núñez al comodoro inglés completaba la que anteriormente había dado al gobierno chileno rechazando sus proposiciones: — Mi nación quiere más bien tener honra sin barcos, que barcos sin honra.

La proclama que hizo leer en cada barco antes de comenzar el combate, produjo un efecto indescriptible.

Amaneció el 2 de Mayo, triste y lluvioso. Los pálidos rayos del sol iluminaron la ciudad del Callao, y sus imponentes fortificaciones, el puerto, y los buques de guerra ingleses, americanos y franceses dispuestos á presenciar la lucha.

Ordenado el zafarrancho de combate, avanzó la escuadra española sobre el Callao.

Al frente la primera división, formada, según el plan de Méndez Núñez, por la *Numancia*, la *Blanca* y la *Resolución*, encargadas de atacar las baterías del Sur.

La segunda division, compuesta de la *Berenguela* y la *Villa de Madrid*, y la tercera, que formaban la *Almansa* y la *Vencedora*, tenían la misión de batir á los barcos enemigos *Loa*, *Victoria* y *Tumbes*, fondeados en los muelles.

Esta escuadra, compuesta de buques de madera, á excepción de la *Numancia*, y con piezas de pequeño calibre, iba á batir fortificaciones formidables, defendidas por grandes cañones del mayor alcance.

Rompió la *Numancia* el fuego, siguiéndola todos los cañones de la escuadra.

Un proyectil enemigo voló la bitácora, y parte de la baranda del puente de la *Numancia* saltó hecha astillas.

Méndez Núñez, pálido y manchado de sangre el uniforme, se mantenía sobre él en pie. A su lado el comandante Antequera pugnaba, en vano, por arrancarle del puente sobre el cual dirigían sus tiros los enemigos con preferencia.

— No es nada. Dejadme, — dijo Méndez Núñez, — procurando contener la sangre que brotaba de sus heridas.

Conducido silenciosamente al hospital de sangre, fué curado por los médicos señores Censio Romero y Santurce de ocho heridas, dos de ellas graves.

Recobrado el conocimiento llamó al mayor general de la escuadra, don Miguel Lobo, y le dijo fatigosamente por la pérdida de sangre, pero con acento sereno:

— Amigo Lobo, que no se sepa que estoy herido. Póngase usted de acuerdo con Antequera y que continúe el combate.

Después de este esfuerzo, volvió á caer perdido el conocimiento.

Este es el momento, momento supremo para la escuadra y para España, elegido por el laureado artista señor Muñoz Degrain para pintar el cuadro que hoy copia ALBUM SALÓN, y que se encuentra, cual preciada joya, en el Ministerio de Marina (Museo Naval).

El combate y el triunfo del Callao han sido reseñados tantas veces, que nos creemos relevados de volver á hacerlo.

Al noticiarle el resultado á Méndez Núñez, preguntó éste al oficial comisionado:

— ¿Están contentos los muchachos?

— Contentísimos, mi general.

— Ahora sólo falta que en España queden satisfechos de que hemos cumplido con nuestro deber.

Por la gloriosa jornada del Callao, vióse promovido Méndez Núñez á jefe de escuadra, condecorado con la Gran Cruz de Carlos III, y nombrado hijo adoptivo de muchas poblaciones.

Minado por una cruel enfermedad y molestado por sus graves heridas, creyóse que los aires de la patria le harían recobrar la salud perdida.

Desgraciadamente no fué así, y el heroico marino falleció en Madrid, el 21 de Agosto de 1869.

En recompensa á sus méritos, se dispuso que fuese enterrado en el Panteón de marinos ilustres, y que el uniforme que llevaba en el Callao se colocase en el Museo Naval, junto al que vestía Gravina en Trafalgar.

E. RODRIGUEZ SOLIS



NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT

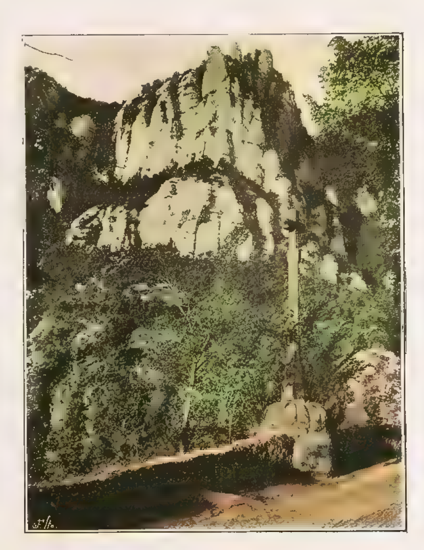
MONTSERRAT

De tantas maravillas como ofrece la naturaleza, ninguna supera, ni iguala acaso, á la de esta célebre montaña, por su estructura especial que la distingue de todas las demás del mundo. Es la reina de las montañas españolas, la nota característica de la tierra catalana; y en ella tiene terrenal morada la excelsa Virgen, su patrona. No cabe imaginar aspecto más imponente, grandioso y poético que el que presenta á la vista, mirado por la parte Norte, aquel vastísimo conjunto de rocas enormes, altísimas y multicolores que, afectando formas caprichosas y fantásticas, escalan por arriba las nubes y se pierden abajo en abismos sin fondo. Todo en ella despierta poderosamente la atención, y en particular, el que en medio de tales fragosidades y asperezas crezcan variadas flores, silvestres clavellinas, violetas y narcisos, odoríferas y saludables yerbas, copudos árboles, frondosas yedras;... una vegetación, en fin, cuya exuberancia la convierte en grandioso jardín ó encantadora floresta.

Varias son las hipótesis formuladas por los geólogos acerca de la especial formación de este monte; atribuyéndola á efectos diluvianos ó á erupciones volcánicas; mientras autores de nota, impulsados por la fe, pretenden solucionar el problema, diciendo que las elevadas cumbres del monte *Estorcil* (así se le llamaba en la antigüedad), se dividieron en señal de luto, y abrieron en su seno insondables abismos, el día cruento en que el Hombre-Dios murió afrentosamente en el Gólgota, para redimir á la humanidad: versión que halaga en alto grado el sentimiento cristiano.



EL TREN DE CREMALLERA SALIENDO DEL TÚNEL, PRÓXIMO Á LA ESTACIÓN DE LLEGADA.



LA CRUZ DEL MILAGRO

Respecto al nombre, los historiadores en general, lo hacen derivar de las dos palabras catalanas *Mont* (monte) *Serrat* (aserrado), á causa de afectar las cumbres la figura de unos dientes de sierra. Una montaña cortada por una sierra constituye las armas del monasterio; lo cual prueba evidentemente que sus primitivos fundadores, aceptaron ya como buena, en aquellas remotas edades, tal etimología.

Las vistas generales y parciales, que forman la parte integrante de este número, describen con elocuencia negada á nuestra pluma, la incomparable grandeza de ese monumento natural, eterno, ante el cual, según la feliz frase del difunto Cornet y Mas, se postra al cristiano, canta el poeta y estudia el filósofo.

Nos limitaremos á referir el origen del monasterio en él existente, al través de los pasados siglos, valiéndonos al efecto de lo que dejó impreso en su curioso libro *Tres días en Montserrat,* el veterano periodista antes citado, conocedor profundo de la materia. Por su boca hablan la Historia y la Tradición.

. . . . . .

Señores los Romanos de la España Tarraconense, ocupaban, entre otras poblaciones, las de Barcelona, Manresa y Ausona (Vich), á cuyos habitantes, al imponerles sus leyes, usos y costumbres, comunicaron también su religión; así es que en medio de estas ciudades descollaban



VISTA GENERAL DEL MONASTERIO.

los templos que á las falsas divinidades había levantado la idolatría. Un día, los habitantes de la provincia Laletana observaron con horror y asombro que el *Montserrat* cambiaba de aspecto, y creyeron que sus dioses debían aplacarse; pues opinaban que se había verificado aquel portento como un aviso dado á los mortales: y á fin de que no aconteciese á sus ciudades fatalidad semejante, determinaron levantar en él un templo dedicado á Venus.

No tardó mucho tiempo el clarín del Evangelio en publicar la nueva religión que acababa de sellarse en la Judea al mismo momento que en *Montserrat* se verificaba el prodigio, lo que indujo á conocer la causa de aquel extraño suceso; por cuyo motivo, flaqueando la idolatría, iba muy lenta la construcción del templo de Venus, tanto, que se necesitaron 160 años para concluirla. Con la predicación del Cristianismo aumentábase el número de los adoradores del Hombre-Dios, que desertaban de las banderas del paganismo. Ya la adoración á los abominables ídolos no era tan pública, y las lascivas fiestas de su culto se verificaban en los montes; á fin de que los bosques, espesuras y cuevas, como muy apartadas de testigos, sirviesen de velo á sus viles disoluciones. En aquel tiempo, el monte *Estorcil* se vió también manchado con las repugnantes degradaciones de los idólatras.

Una existencia de poco más de 56 año contaba el templo de Venus en *Montserrat*, cuando, moribundo ya el paganismo, derribados los templos de las fingidas deidades y hechas éstas pedazos, todavía la montaña que en la muerte de Jesús había rasgado de dolor sus entrañas, se veía obligada á prestar sus ecos para que repitiesen los voluptuosos cantos de las meretrices romanas, y á escuchar los báquicos acentos de las sacerdotistas de la diosa del amor liviano, que, vistiendo ligeras túnicas, danzaban en torno de su ara, guarnecida de flores.

Pero la destrucción estaba decretada. Aunque los hijos de Roma abrigaban la creencia de que sería protegido por las murallas de granito que lo circuían, no bastó el magnífico pedestal de *Montserrat* para sostener las columnas de aquel templo de delicias y de amores levantado á la impúdica diosa. Un horroroso estrépito resonó en aquellas agrestes soledades. Las columnas que sostenían el templo cayeron desquiciadas, desplomándose tras ellas la bóveda.

Extendióse en seguida sobre los escombros una blanca nube, semejante á la niebla que todos los días, en forma de incienso, envía el laborioso Llobregat á la morada de la Madre del hermoso Amor, y en esta nube la sencillez de las almas inocentes pudo descubrir al ejecutor de los castigos de Dios, al jefe de la milicia celeste, al arcángel San Miguel, que con ardiente espada cumplía los justísimos designios del Eterno. Contábase entonces el año 233 de la era cristiana; y desde aquella época quedó declarado, el Santo Arcángel, patrón de *Montserrat*.

. . . .

Cerca de tres siglos habían pasado ya, sin que ningún suceso notable se hubiese verificado en el *Monte Estorcil* ó *Montserrat*, perdiéndose hasta la memoria del paraje donde estuvo edificado el mencionado templo de Venus. Tal olvido fué más tarde causa de divergencias entre los autores, colocándolo unos en la cima de la montaña ó en el lugar que hoy ocupa el monasterio, mientras otros, y esta es la opinión más razonable, lo colocan en el paraje donde estuvo edificada la capilla de San Miguel, en atención á no hallarse en el monte lugar más apropósito para la fábrica de un templo, cual se cree lo edificarían los romanos, dada su característica suntuosidad.

A mediados del siglo VI, un hijo de las cercanías de Nursia, el gran Benito, fundaba en el monte Casino un célebre monasterio; y deseando extender su monástica orden, puso los ojos en España, donde envió á sus discípulos. Uno de estos, llamado Quirico, íntimo amigo del Santo fundador, supo que en el centro de Cataluña existía una fragosa montaña, muy propia para el objeto á que le enviara su maestro. Quiso visitarla y emprendió el viaje. Al descubrirla, representósele la soledad del monte Casino; por lo cual, volviéndose á sus compañeros, les dijo: «En este monte debemos levantar un templo á la Madre del hermoso y casto Amor.» Y lo erigieron. Vacilan los autores en asegurar el verdadero sitio donde estuvo edificado ese monasterio; mas todas las probabilidades parecen indicar que fué el inmediato pueblo de Monistrol, situado al pie mismo de la montaña; y apoyan este aserto en la etimología del nombre, haciéndolo derivar de *Monasteriolum (monasterio pequeño)* — *Monasteriol* — *Monistrol*. Por espacio de dos siglos, los virtuosos hijos de San Benito hallaron la paz en aquel para ellos nuevo Casino; después, fué turbado su sosiego por el estruendo de la guerra.

El clarín del infiel apagó la voz del sacerdote, é inundada la España de sarracenas falanges, llevaron por do quier la desolación y la muerte. El salvaje alarido bélico sorprendió á los virtuosos cenobitas, que huyeron á lo más áspero del monte, donde fueron perseguidos y alcanzados, sirviendo de mofa y escarnio á los fanáticos sectarios del koran.

La mayor parte de los conventos desaparecieron, y, por espacio de cuarenta años, los árabes fueron dueños de la España Tarraconense. Mientras Barcelona defendíase aguerrida, los ministros del Evangelio escondían las imágenes en los antros de las montañas; pues los templos que no servían á los moros ni para mezquita, ni para cuadra de caballos, eran arrasados hasta en su base ó entregados á las llamas. Tal fué la suerte de *Montserrat*.



UNA EXCURSIÓN A SAN JERÓNIMO; por SOL MENDOZA.

Viendo los catalanes perdida su rica joya, juraron vengarla, y con este objeto se dirigieron á la batalla de Tours, desde donde regresaron victoriosos á Cataluña, después de dejar en el campo sesenta y cinco mil agarenos. Cuatro veces fué perdida y recobrada Barcelona; en una de las primeras, apoderáronse los catalanes de *Montserrat*, en cuya montaña elevaron en poco tiempo cinco castillos, de los cuales no queda vestigio en el día.

Vino en pos de Wifredo de Arria, el conde gobernador de Barcelona que echó á los moros de *Montserrat*, Wifredo el primer soberano, y con él vino otra vez el monasterio; pues acaeció en su tiempo, ateniéndonos á la leyenda que, perpetuada en el territorio de padres á hijos, conserva aún todo su interés y belleza, y acrecienta la gloria de la excelsa patrona tan querida de los catalanes, la feliz cuanto inesperada

INVENCION DE LA SAGRADA IMAGEN

Ocupados unos jóvenes pastores en guardar su ganado, que al pie de la montaña pacía, observaron, al extender la noche su negro manto de terciopelo bordado de doradas estrellas sobre la cabeza de los vivientes, que una purpúrea claridad iluminaba repentinamente la atmósfera, y en un punto fijo del monte brillaban millones de luces que del empíreo descendían. Solo los sábados se verificaba el portento.

Divulgóse pronto el suceso, hasta llegar á oídos del párroco del lugar, gran siervo de Dios, que determinó ir un sábado á presenciar por sí mismo el maravilloso fenómeno, que se realizó tal y conforme habíanselo



FUENTE DEL PORTAL.



UNA PROCESIÓN EN MONTSERRAT

explicado. Lo milagroso del caso impresionó extraordinariamente al buen sacerdote, quien, no atreviéndose á tomar determinación alguna, pasó á consultarlo con el Obispo de Manresa y de Vich, que estaba de asiento en la primera de dichas ciudades pues la última se hallaba en poder de los moros.



PLAZA, Y APOSENTOS DE SAN JOSE.

A su vez, quiso el virtuoso prelado apreciar personalmente el hecho, trasladándose también en la ocasión oportuna al sitio en que aquél se verificaba. Presto se hubo convencido el santo varón, por sus propios ojos, de que no se trataba de hablillas ni alucinaciones cuanto se le refiriera era verdad, verdad que descendía de lo alto y entrañaba un misterio vedado á su pobre inteligencia. Impulsado, no obstante, por la fe, encargó al citado cura que con la mayor devoción se escudriñase el lugar donde aparecían las luces. Hízose así, confiándose el escrutinio á los más robustos mancebos de la comarca; los cuales emprendieron inmediatamente la marcha, cual ligeros cabritos, volando más bien que andando, ya por las agudas puntas de los peñascos, como por los bordes de horrendos precipicios. A costa de no poca fatiga, dieron con la boca de la cueva, oculta entre la más salvaje aspereza del monte, penetraron en ella, y en la concavidad de una roca encontraron la sagrada imagen de la Santísima Virgen Madre de Dios, que, cual amenísimo vergel, despedía la más deliciosa fragancia.

Tomóla en brazos el obispo, después de haber ordenado convenientemente la comitiva, para llevarla acto contínuo en solemne procesión á la Catedral de Manresa. Venciendo insuperables obstáculos, y abriéndose paso por entre las escabrosas peñas, se dirigieron al sitio donde hoy se levanta el actual monasterio, para tomar el camino de la capital de la diócesis. Apenas llegada á él la venerable Imagen, cuando los pies de los que la conducían no pudieron desprenderse del suelo, como si éste fuese de imán y aquellos de acero. La Virgen manifestaba su voluntad. Había escogido aquel monte para su morada, y no quería abandonarlo. Pasados los primeros momentos de sorpresa, conoció el obispo, con tan patente y manifiesto milagro, la voluntad de la Soberana Señora; determinó edificar en aquel sitio una ca-

ANTIGUO CLAUSTRO GÓTICO, HABILITADO PARA LA VENTA DE OBJETOS PIADOSOS.

pilla en honor de Nuestro Señor Jesucristo, bajo el título é invocación de su Santísima Madre. En efecto, se levantó una pobre y tosca capilla, que S. I. puso al cuidado del mencionado cura; y este fué el primer templo que la gratitud de los fieles erigió á la Virgen hallada en la montaña.

En esta capilla permaneció por algún tiempo la sagrada Imagen, hasta que, según una rara y original tradición, se fundó el monasterio, por desenlace de una trágica historia conocida de todos los catalanes, y que ha popularizado recientemente en España, con su inspirada música, el maestro Bretón.



EXTERIOR DEL CAMARÍN DE LA VIRGEN.

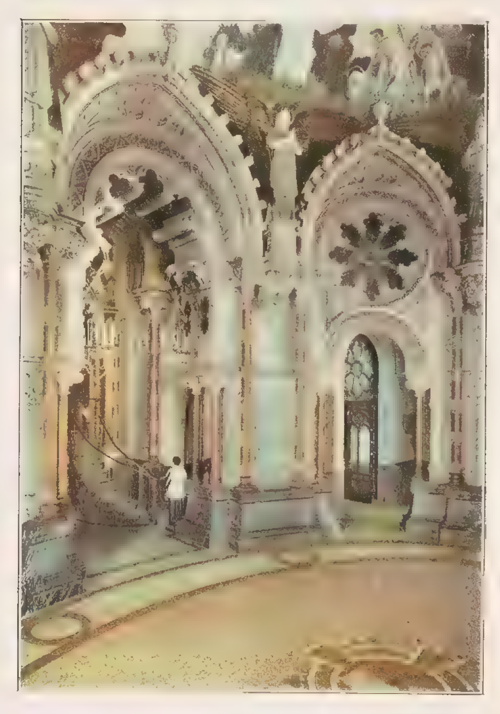
JUAN GARÍN

En tiempo de Wifredo, vivía penitente en *Montserrat* un hombre flaco, de poblada barba, que con tostada mano empuñaba un tosco cayado, y á quien la campana del Milagro, que colgaba de los dos pilares de la capilla de San Acisclo y Santa Victoria, tocaba por sí sola, saludándole al pasar. Este hombre habíase labrado una vivienda de águila, en una roca casi inaccesible, para desde allí mantener mejor sus coloquios con Dios. Imponíase cada año una santa romería á la capital del orbe cristiano, Roma, y las campanas de la ciudad santa saludaban al ermitaño de Cataluña, de la misma manera que lo hacía la de *Montserrat*.

Así olvidado del mundo, parecía que nadie envidiaba su bienestar: pero no era así. El hombre tiene enemigos que intentan perderle, y el penitente Juan Garín, también los tenía. El espíritu del mal, astuto y sagaz enemigo del género humano, había jurado su perdición, y puso en juego, para conseguirlo, toda su táctica infernal; tomó al efecto la forma de humilde ermitaño, é instalóse en otra cueva próxima á la que aquel ocupaba, grangeándose en breve, con falaces apariencias de humildad su amistosa confianza; mientras procuraba que Wifredo, conde soberano de Barcelona, llevase su hija Riquilda á *Montserrat*. ¡En hora aciaga el mal aconsejado conde, sugestionado por el eterno enemigo de Dios, concibió tal pensamiento! Acompañado de la lujosa comitiva que su posición requería y de su bella hija, la joven Riquilda, llegó, después de haber vencido no pocos obstáculos, á la cueva de Garín; quien admirado y curioso, al oir en aquellas fragosidades resonar voces humanas y relinchos de caballos, salió de su gruta, cubierto el cuerpo de un áspero sayal. Saludóle Wifredo y díjole: que sabedor de la reputación y fama de su santidad, deseaba confiarle por algún tiempo su hija, á fin de que la guiase con sus santos consejos por el camino de la virtud y del servicio de Dios. Asombrado el austero anacoreta, no tanto de la extraña visita como de su inexplicable motivo, no sabía qué decir á Wifredo; mas, una vez repuesto de la sorpresa que le causara, excusóse prudentemente, teniendo que renovar éste sus ruegos, para que el solitario varón consintiese en guardar á su lado á la joven Riquilda. A tantas súplicas, y de tal personaje, que casi podían interpretarse como mandato, accedió por último Juan Garín, quedándose en su compañía la hija del conde.

PUERTA DE LA IGLESIA.

De la estancia de la doncella en la cueva de Garín se valió el fingido ermitaño para lograr sus infernales proyectos; tentándole, hacíale distraer de su cotidiano rezo y poner los ojos en una beldad que no debiera haber admitido, por más que el conde se lo rogara. Conociendo Garín que la presencia de la joven era lo que debilitaba su fervor, fué en busca de su vecino colega, y manifestóle su situación y el deseo de abandonar aquel sitio. El hipócrita anacoreta, con fingido misticismo, contestóle que tal vez era aquella una dura prueba á que el Señor le sometía, para que brillase más su

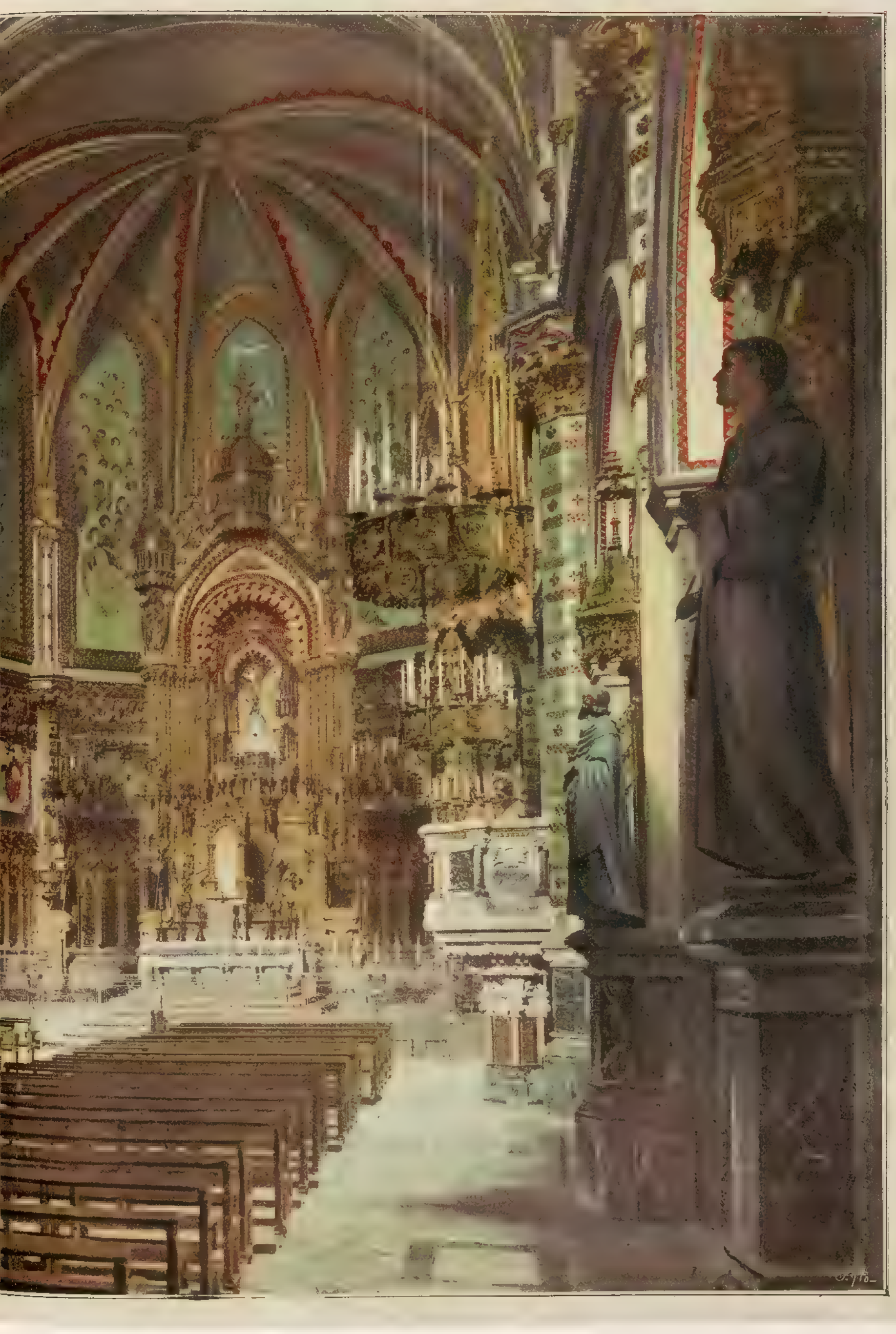


CAMARÍN DE LA VIRGEN.



INTERIOR DE

E MONTSERRAT



LA IGLESIA



CAPILLA DE SAN ACISCLO Y SANTA VICTORIA.

Sumiso obedeció Garín el mandato del Papa, y andando como los brutos, salióse de la ciudad santa, dirigiéndose á *Montserrat*. Mientras tanto, se descubrió, como hemos visto, la sagrada imagen, y construyóse la mencionada capilla.

Con el tiempo, camino y tropezar con matas, zarzales, garrigales y abrojos, rasgados los vestidos, descubiertas las carnes, le puso el rigor del frío en invierno y el calor del sol en estío como un etíope; las húmedas influencias de la luna, inevitable sereno y los menuditos rocíos de la mañana, con la poca comida y peor bebida, le disecaron las carnes é hiciéronle crecer el vello en tan largas guedejas, que llegó á parecer un salvaje.

Más que de hombre tenía el aspecto de un monstruo, cuando fué descubierto por unos cazadores que acompañaban al conde Wifredo, quienes le tomaron por un animal desconocido y extraño, y, viéndole tan manso, atáronle una cuerda al cuello, y lo trajeron al palacio condal de Barcelona, donde estuvo expuesto debajo de una escalera, para que fuese la admiración y asombro de todo el pueblo.

Cierto día que el monarca catalán

santidad, con la victoria que sobre sí mismo consiguiese, después de vencida la tentación. Respuesta digna del que la daba; pues, por más que hiciese todos los esfuerzos posibles para luchar, el rezo de Garín era cada día más frío, y más ardientes las llamas criminales de su pasión.

Un día, rugió en el corazón del pobre ermitaño, ruda, horrorosa tempestad: cual dos electrizadas nubes que chocan en el aire, batallaban dos encontrados afectos en su agitado corazón. Venció por fin el cuerpo, y desplomóse aquel cedro del Líbano.

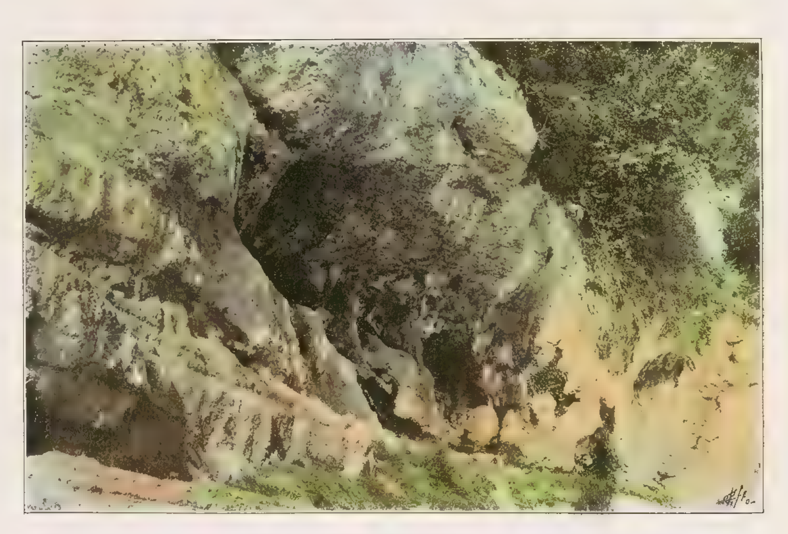
Las intenciones del infierno se habían cumplido; Garín, siguiendo los estímulos de la carne, había faltado á sus votos, á la ley de Dios, y al respeto debido á la hija del conde Wifredo. Llegado á la cueva del fingido ermitaño, le dijo: — ¡Hermano! soy un criminal, un monstruo: en mi cueva hay una doncella ultrajada, y vengo á pediros consejo. ¿Qué haré? ¿Me quitaré la vida, despeñándome por estos derrumbaderos? — Nó, le contestó el hipócrita penitente; ¿ignoráis acaso que el suicidio es el crimen de los crímenes? Lo que más urge es evitar el escándalo; y alargándole un cuchillo, continuó: — abrid un profundo hoyo, y cuando el sol de mañana bese las cumbres del monte, debe quedar sepultada vuestra víctima. Degolladla, pues, y todo queda ignorado. — Empuñó Garín el cuchillo y precipitóse por las rocas, en dirección á su cueva.

Poco tiempo se empleó en preparar el hoyo, asesinar á la joven, y enterrarla al pie de un árbol, en el paraje donde hoy se levanta el monasterio, desaparecer el disfrazado anacoreta, dando una infernal carcajada, y caer desmayado el doble criminal sobre la improvisada sepultura.

Ya el sol doraba las cimas del monte, cuando Garín recobró sus sentidos. Conociendo la deformidad de su delito, resolvió ir á Roma, echarse á los pies del Santo Padre y confesárselo todo; como en efecto lo hizo. Oída la confesión de Garín, díjole el Sumo Pontífice: que hombre que tales crímenes había cometido no merecía mirar al cielo. Y le impuso la penitencia de volver á su cueva andando á gatas, como los brutos, guardar eterno silencio y alimentarse sólo de yerbas; debiendo vivir así hasta que un niño de pocos meses le anunciase que Dios le había ya perdonado.



CAPILLA DE SAN MIGUEL.



LOS DEGOTALLS.

celebraba en espléndido banquete el feliz natalicio de un hijo suyo, uno de los convidados pidió al conde le mostrara la fiera que había cazado en *Montserrat*. Accedió Wifredo á la súplica, y Juan Garín fué conducido al salón. Al verle un niño de cinco meses, rompiendo el silencio, exclamó, con asombro de los circunstantes: *Levántate Juan Garín, que Dios ya te ha perdonado.* A estas palabras, levantóse la fiera, y el mónstruo volvió á su primitivo estado, pidiendo un perdón que Wifredo no podía negarle, pues lo había concedido Dios. Ansioso el conde de saber do yacía su adorada hija, para trasladar sus restos á la Corte, pidió á Garín le mostrara su tumba; y al día siguiente, con numeroso séquito de nobles y caballeros, se dirigió á *Montserrat*.

Llegados al paraje donde se había levantado la capilla de la Virgen recién hallada, enseñóles Garín el lugar de la sepultura de Riquilda; en él mandó el conde cavar, y, con sorpresa de los asistentes, ésta apareció viva á los ojos de todos, conservando sólo en su cuello, como un hilo de encarnada seda, la señal del cuchillo de Garín.

En memoria de tan milagroso suceso, mandó fabricar Wifredo el magnífico monasterio de *Montserrat*, al que trasladó las monjas benitas del de San Pedro de las Puellas, dándoles por abadesa á su hija, que se había consagrado á la Santísima Virgen, su protectora.

Juan Garín, luego de la fundación del monasterio, á cuya construcción, según dice la crónica, contribuyó con sus propias manos, escondióse en una apartada cueva de la montaña, donde penitentemente acabó sus días. Todavía se enseñan al viajero la *cueva de Fray Juan Garín* y *la cueva del diablo*.

. . . .

Durante más de ochenta años fué *Montserrat* monasterio de monjas; hasta que en 976, Borrell, conde de Barcelona, temeroso del ejército sarraceno, que amenazaba invadir de nuevo el Principado, previa la autorización pontificia, substituyó á las citadas religiosas, reintegrándolas á su antiguo monasterio, por doce monjes benedictinos y un prior, á quien, andando los tiempos se concedió la categoría de abad.



EL CABALL BERNAT.



SAN JERÓNIMO.

Esta comunidad, tan modesta al principio, no tardó en engrosar considerablemente, para el mejor servicio del culto católico en aquellas regiones que, perteneciendo á la tierra, parecen una dependencia del cielo.

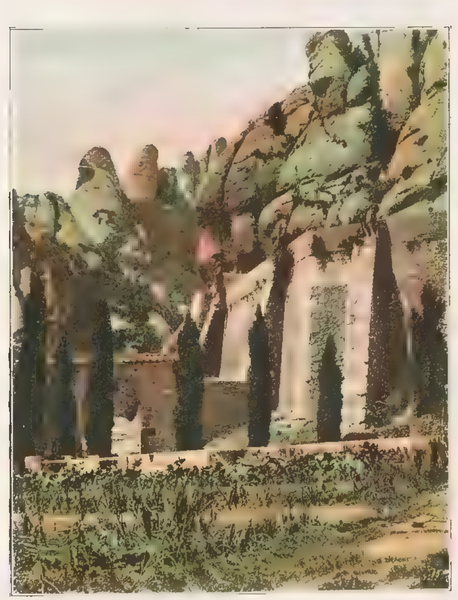
EL MONASTERIO

No es para un espacio reducido como el de que disponemos, la relación de las vicisitudes porque ha pasado, desde que se instalaron en él los monjes benedictinos, hasta mediados del siglo actual, y de las transformaciones que ha sufrido en ese tiempo; pero sí debemos consignar que ha tenido épocas de gran esplendor, merced al constante afán con que sus religiosos moradores velaban por su prestigio, y á las valiosas dádivas que recibían de continuo, como obsequio á la Santísima Virgen, allí albergada.

Casi todos los monarcas de España, — antes y después de la unión ibérica —lo han visitado, alguno de ellos repetidas veces, deseosos de admirar ese portento de la naturaleza y de postrarse ante la augusta Reina de la Montaña, objeto de general veneración; príncipes y magnates de todos los países la han adorado de rodillas, dejando unos y otros riquísimos presentes, en memoria de su transitoria estancia en aquellos agrestes lugares y del singular aprecio que profesaban á su Soberana; de suerte que el monasterio llegó á reunir un museo de incalculable riqueza material, histórica y artística.

Pero ¡ay! que las humanas pasiones nada respetan, cuando se desbordan, y á su furioso empuje, convirtióse un día en montones de escombros la obra gigantesca de tantos siglos. En la heróica lucha que nuestros padres sostuvieron contra las invasoras huestes de Napoleón, después de varias tentativas infructuosas, que costaron raudales de sangre, el monasterio de *Montserrat* fué tomado por asalto, incendiado sin el menor miramiento y últimamente saqueado; llevándose los franceses cuantos objetos de valor encerraba su recinto, incluso el manto y las alhajas de la Virgen.

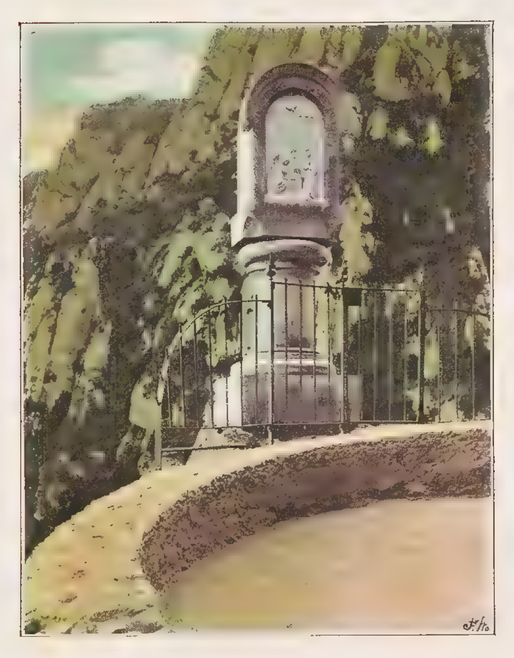
Terminada la guerra de la Independencia, los monjes consagraron todos sus esfuerzos á restablecer las cosas, si no á su primitivo estado, al estado más decente posible, habilitando, á fuerza de trabajo y numerosos dispendios, el derruido monasterio y la iglesia, para poder trasladar á ella la Sagrada Imagen. No bien empezaba á renacer de sus ruínas, le azotó una nueva calamidad. No fueron ya extranjeros los que acabaron de perder las riquezas y la gloria de *Montserrat:* algunos mal aconsejados españoles se dirigieron allí hostilmente, cuando las tristes escenas de 1820 á 1823, y lo saquearon todo; logrando con sus vejaciones que la comunidad abandonase su sagrado asilo. La Imagen de María tuvo que dejar aquella mansión querida, siendo trasladada á Barcelona, que la recibió con gran pompa y aparato. Llevada al templo de San Miguel Arcangel, estuvo en él, venerada por los fieles, hasta 1834, en que, reconstruído el monasterio, se la condujo con magnífica pompa y en solemnísima procesión á su antiguo trono de *Montserrat*. Desde entonces, la *Perla de Cataluña* vuelve á ocupar su regio asiento en el templo para ella levantado, donde es visitada de continuo por millares de penitentes, romeros y turistas. El monasterio en su totalidad no ha recobrado todavía ¡ni cómo era posible! el esplendor que le robaron impíamente la guerra y la revolución; pero en el transcurso de pocos años ha sido objeto de importantísimas mejoras, y hay



EL ALGIBE (SAFREITX)

otras muchas en proyecto, que, gracias al eficacísimo celo del actual abad, el Reverendo Padre don José Deás, serán bien pronto una hermosa realidad, y le devolverán parte de lo perdido.

Merece consignarse la feliz idea de engalanar el camino que conduce á la Cueva de la Virgen con un Rosario monumental artístico, representando los sagrados misterios de gozo, de dolor y de gloria; cinco de los cuales — reproducidos en esta página y la siguiente — ocupan ya el sitio que les corresponde.



PRIMER MISTERIO DE GOZO EN EL CAMINO DE LA CUEVA.
Escultura de *Francisco Pagès Serratosa.*



SEGUNDO MISTERIO DE DOLOR EN EL CAMINO DE LA CUEVA.
Escultura de *Agapito Vallmitjana.*

La época de un nuevo apogeo no tardará en llegar, si á los esfuerzos de la Comunidad se une, como debe ser, la protección oficial; y las contiendas civiles que amenazan á la desdichada España, saben respetar... lo que tan digno es de respeto y veneración.

LAS CUEVAS

Ni remotamente, el que no ha penetrado en esas hondas y laberínticas concavidades, puede formarse idea de las maravillas que el *Montserrat* esconde en las entrañas. Prescindiendo de su origen, sobre el cual los sabios geólogos no han dicho aún la última palabra, no cabe en mente humana imaginar tales rarezas, mayores portentos ni más hermosas monstruosidades. El visitante las admira atónito sin comprenderlas y no las olvida jamás, una vez admiradas.

Son en número de once, las principales, comunicándose entre sí por boquetes, infranqueables algunos de ellos. Tiene cada una su denominación particular, necesitándose de dos á tres horas para recorrerlas cómodamente, con ayuda de antorchas y bengalas de que van provistos los guías. Aunque subterráneo el viaje, resulta en extremo agradable y poético, tanto por lo variado del espectáculo, como por las gratas é intensas emociones que experimenta el ánimo. El hombre, en aquellos antros de la tierra, ve las pequeñez de sus obras, comparándolas con la grandeza infinita de las del Creador; y si al penetrar en el templo de la Madre del Amor Hermoso siente que cambian los efectos de su corazón y que se engrandece y eleva, al escudriñar estos misteriosos palacios subterráneos, raciocina... y cree. Es que en el primer caso, habla Dios al corazón, como Padre, y en el segundo, se dirige á la inteligencia como Omnipotente; haciendo visible su poder, ante el cual la criatura rinde entendimiento y voluntad.

PRIMER MISTERIO DE DOLOR EN EL CAMINO DE LA CUEVA. — Escultura de *José Campeny.*

SAN JERÓNIMO

Ese poder se admira y reconoce en toda su grandiosidad infinita, cuando se llega al pico más elevado del monte, á pocos metros de la ermita que lleva este nombre. El vasto panorama, único quizá en el mundo, que desde allí se descubre, es uno de los cuadros más sublimes que puede soñar la fantasía. Si el cielo está diáfano, lo que sucede con frecuencia, se distingue desde él la cordillera pirenáica, el Montseny, las montañas de la provincia de Tarragona, las tierras de Aragón y Valencia, y las brumosas cumbres de las Baleares. Nada más pintoresco que mirar desde esta elevación como las tempestades se forman á nuestros pies, repitiendo mil

ecos el retumbo del trueno, al hacer extremecer aquellas gigantescas moles, envueltas en cenicientas capas de nubes, serpenteadas de amarillos relámpagos, que van extendiéndose como un mar en la llanura, inundándola con torrentes de agua, mientras brilla en el cielo la pura luz del sol

EL FERROCARRIL DE CREMALLERA

La excursión á *Montserrat* ofrece en el día un atractivo más; pues aparte del objeto primordial que guía al excursionista, pone ante sus ojos una de las modernas conquistas del progreso; progreso que nunca ha estado ni estará reñido con la religión.

Si se hubiese dicho á nuestros abuelos que por entre aquellos áridos y colosales peñascos se abriría camino una locomotora; que al humo del incienso, quemado en honor de la egregia *morenita*, se mezclaría el de una máquina á vapor, hubiéranse reído con la mejor buena fe del mundo. Y, sin embargo, la evidencia ha demostrado que era posible: hace próximamente siete años que el ferrocarril llega á las puertas del alto santuario, sin accidente ni percance alguno; lo cual prueba la pericia que presidió á su construcción.



QUINTO MISTERIO DE DOLOR EN EL CAMINO DE LA CUEVA.
Escultura de *José Llimona.*



CUARTO MISTERIO DE DOLOR EN EL CAMINO DE LA CUEVA.
Escultura de *Venancio Vallmitjana.*

Del mismo modo que Cataluña tuvo la gloria, en 1848, de dotar á la nación española de la primera línea á simple adherencia, conquistó en 1892 la de haber resuelto el difícil problema de la locomoción de montaña. A un barcelonés se deben la iniciativa y el proyecto: á don Joaquín Carrera, fallecido en edad relativamente temprana, año y medio antes de la terminación de esta atrevida obra que fué su constante ilusión mientras tuvo un soplo de vida. Consignamos un recuerdo á su nombre y valía, no por halagar los sentimientos filiales de nuestro Jefe de Redacción, sino porque, inspirados en los de justicia, creeríamos incurrir en una ingratitud imperdonable si hiciéramos caso omiso de ellos en un número consagrado exclusivamente á *Montserrat.*

Gracias á la aplicación de este moderno invento, llamado á gran desarrollo en un país montañoso como el nuestro, el acceso al monasterio, que resultaba harto molesto, largo y expuesto á desgraciados accidentes, se ha convertido en un corto viaje de recreo, cómodo, seguro, y lleno de encantos de tal suerte, que, bien al revés de lo que ayer sucedía, el viajero, deliciosamente impresionado, lamenta hoy de todo corazón que se acabe tan pronto.



CUEVA DE LA VIRGEN.

Conforme se había previsto, la afluencia, siempre numerosa, de visitantes ha aumentado extraordinariamente desde que el silbido de la locomotora suena y repercute en aquellos gigantescos peñascales; habiéndose visto obligada la comunidad á levantar de continuo nuevos edificios para ofrecerles digno hospedaje, lo propio que á elevar y ensanchar el restaurant; en donde, pese á las dificultades conque forzosamente ha de tropezar el servicio, halla en la actualidad el público todas las condiciones exigibles á los de las capitales de primer orden.

En suma, para que *Montserrat* sea la gran atracción del orbe, solo falta que, siguiendo la corriente natural de los siglos, se abra un poco la mano, y se dé entrada en su recinto á ciertos elementos de confortabilidad y amenidad, admitidos lícitamente en el mundo profano: y ese día llegará muy pronto, porque, como dejamos dicho, la religión no está reñida con el progreso.

* * *



LAS CUEVAS



ANTES DE LA CORRIDA. — CUADRO DE FRANCISCO MASRIERA. *(Salón Robira, Fernando VII, 29.)*

LOS TRES JUANES

NACIERON en una aldehuela de mala muerte. Sus padres, porque así lo disponía la ley, que no por mandato de su voluntad, les enviaron á la escuela en cuanto supieron limpiarse con más ó menos destreza, y en detrimento de la ropa que cubría sus bracitos, las narices y la cara, que, revolcándose por el suelo, ensuciaban á más y mejor, sin importarles un ardite de la compostura que deben guardar los ciudadanos de un lugar que forma parte de una nación civilizada.

No se sometieron sin protesta los chicos; pero, como que la fuerza bruta se acata aun en los países más libres del universo mundo, allá fueron donde sus padres les mandaron, no sin hacer la reserva mental de practicar el derecho de insurrección cuando lo creyeran oportuno; que fué siempre que juzgaron propicias las circunstancias para hacer rabona.

El maestro se vió negro para que en aquellos cerebros penetraran las primeras nociones de esas ciencias rudimentarias que, á juicio de los legisladores, mejoran á los hombres y para dominar los caracteres cerriles de ambos Juanes, quienes decididamente no habían nacido para sabios, á pesar de su natural despejo, ni para discípulos modelo, á pesar de su bondad nativa, pero poco á propósito para someterse á reglas fijas, á una línea de conducta invariable, porque estaba de antemano trazada.

Los dos Juanes, mediante grandes fatigas, resultaron los mejores discípulos del dómine, el cual, á pesar de las monstruosas trastadas que le jugaban sus educandos, siempre que podían, les tomó paternal cariño, al advertir que sus inteligencias infantiles aprovechaban sin grande esfuerzo sus lecciones y se desarrollaban *ad libitum*. De ahí resultó que, aun cuando los chicos llegaban tarde y con daño al colegio, pues no pasaba día sin que aparecieran más ó menos deterioradas sus manos y cabezas por alguna piedra enemiga, disparada por manos pecadoras y que había hecho blanco en aquellas partes delicadas, aprovechaban las lecciones del buen profesor, y poco á poco se convertían en un pozo de ciencia y en una esperanza para la patria común, dotada de una porción de zarandajas políticas que, si no producían grandes beneficios, tenían por lo menos el mérito de prometerlos á todos los buenos ciudadanos.

Llegó un día en que el maestro declaró á los padres de ambos chicos, con grande alborozo y emoción por una y otra parte, que los dos puntales futuros del organismo nacional, eran poco menos que doctores en todas las ciencias que un maestro de primeras letras almacena en su cacumen desde que pisa los umbrales de la Escuela Normal. Y como consecuencia de declaración tan espontánea y trascendente, los dos Juanes abandonaron el aula, y convertidos, por gracia del pobre dómine, en unos prodigios de saber, se lanzaron á la lucha por la existencia, sintiendo en sus pechos, aun no del todo desarrollados, las energías de los vividores más impávidos que pisaron el haz de la tierra.

* * *

Juan Fuerte dijo á Juan Trabaja:

—Siempre nos hemos querido como hermanos, y aun cuando mi deseo fuera no separarme de ti, ya sabes que no me queda otro recurso que correr mundo para ver si conquisto fama y dinero, ya que carezco de éste y que aquélla ejerce sobre mí ascendiente irresistible. De todos modos, donde quiera que esté, tienes un buen amigo, y de mis brazos y de mi bolsa puedes disponer, como de cosa propia.



CAMPESINA DE LOS PIRINEOS ORIENTALES

CUADRO DE R. ALSINA. — Propiedad de D. Macario Furriol.

—Adiós, Juan, — contestó Trabaja, — yo quedo aquí al cuidado de mis padres y de mi hacienda. ¡Que cuando vuelvas podamos abrazarnos con tanta salud y entusiasmo como ahora! Si hasta aquí llega el ruido de tus hazañas, de ellas me alegraré, como si fueran mías.

Y viendo que, á pesar de la fortaleza de ánimo de los dos esforzados campeones, ambos se conmovían; para no dar un espectáculo indigno de hombres que gozan de todas sus facultades intelectuales y físicas, Juan Trabaja apretó contra su pecho á Juan Fuerte, añadiendo:

—¡Ea! ¡Salud y buena suerte!

* * *

El mundo es muy ancho y la memoria no siempre fiel. Pero así como jamás las aguas de un río remontan su corriente, muchas veces las fuerzas vivas de un hombre sienten la nostalgia del rincón de tierra en que nacieron.

Veinte años después de la despedida de los dos Juanes, ambos se encontraron de nuevo en la única plaza del pueblo que les vió nacer, y ambos hablaron de esta suerte, luego de deshacer el apretado abrazo que les reuniera al verse.

—Por tu facha, — dijo Trabaja, — adivino que maldito lo que te han servido el empuje, la plétora de vida, la inteligencia y el esfuerzo que debían servirte para allanar el camino de tus triunfos en el mundo. ¡Vuelves alicaído y marchaste entusiasmado! ¡Pobre Juan! ¿No has comprendido aún que la fortaleza consiste únicamente en saber doblegar oportunamente el espinazo?

Juan Fuerte sonrió, y replicó así:

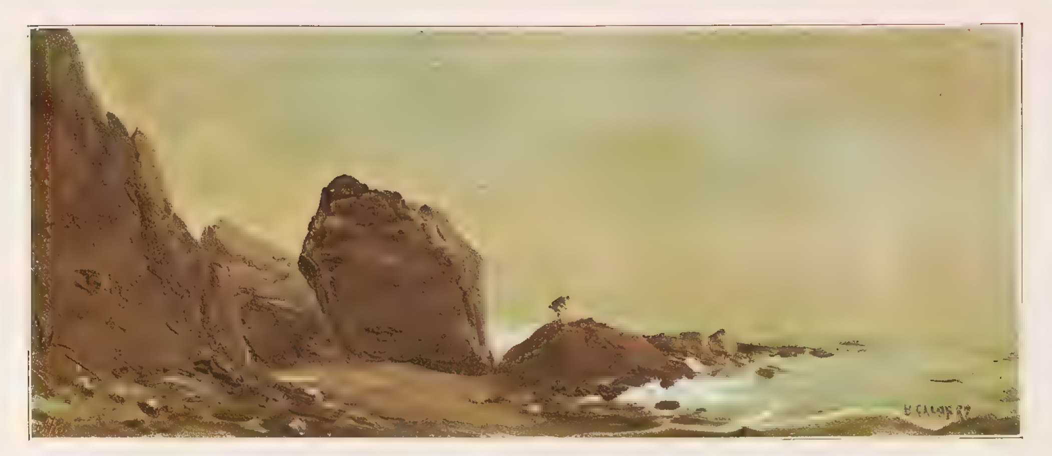
—A pesar de tu claridad de juicio, advierto que tú tampoco has hecho gran carrera. Labrador te dejé y acomodado, y si he de creer á mis ojos, labrador continúas siendo, aun cuando menos rico. Tu trabajo ¡pobre Juan! te ha producido lo propio que mi fortaleza. Démonos las manos y lloremos ambos la juventud perdida, las fuerzas malgastadas, el amor sin premio, la amistad vendida, las creencias borradas y la fe, santa fe, que si un día sirvió para sostenernos, no basta hoy para levantarnos.

El viejo dómine, que pasaba en aquel momento cerca de los dos amigos, les saludó con cariño y, advirtiendo la dolorosa contracción de sus facciones, les consoló de esta manera:

—¿Recordáis, muchachos, que tuvisteis un compañero, llamado Juan como vosotros, y á quien apodabais, por su cobardía y por su tontera invencible, *Juan Nada*? Pues ese ha llegado á la meta. Es rico, es alcalde del vecino pueblo, influye en las elecciones y puede prestaros apoyo. Estoy seguro que, si se lo pedís, no ha de negároslo.

Juan Trabaja hizo una mueca indefinible, Juan Fuerte otra de desprecio; ambos se despidieron del buen dómine, y... apoyados marcharon, en conjunción estéril, el trabajo y la fortaleza.

F. TOMÁS Y ANDREU



MARINA, de Baldomero Galofre.

¡CARIDAD!

La palabra caridad es una voz admirable, basada pura y exclusivamente en el amor al prójimo, en cuyo amor se condensa casi toda la perfección del hombre. No hay consuelo más dulce, para el desgraciado que carece de pan, que el de verse tratado con afabilidad: el corazón se le llena de gratitud, y entonces comprende por qué el rico es rico, y le perdona su prosperidad, no juzgándole indigno de ella.

Acudir en auxilio de la desgracia ajena es propio de almas nobles y generosas, fundidas en el crisol de la religión cristiana.

Sostener que, á la sombra de la limosna que se hace al verdadero necesitado, medran muchos por industria, no es razón que justifique en modo alguno el retraimiento ó abstención de socorrer al infeliz que, tendiendo una mano hacia nosotros y con semblante compungido, nos pide una limosna por amor de Dios.

Es preferible que nos engañen mil veces, al pedirnos una gracia de caridad, que dejarla de hacer por temor á ser engañados.

Que la mendicidad se ha convertido por algunos en una profesión para vivir sin trabajar, que tiene sus perfeccionamientos, sus competencias, sus reglas, sus privilegios, sus puntos de mira especiales, como pueda tenerlos cualquiera manifestación de la actividad humana, es indudable; pero, por la misma razón, tendría mayores probabilidades de quedarse sin comer el verdadero pobre, si las almas piadosas, al retraerse de hacer limosna, se abstuvieran de acudir en su ayuda.

Entre los muchos sucedidos que podrían citarse de personas que tomaron la mendicidad por industria, merece por lo curioso, mencionarse el siguiente:

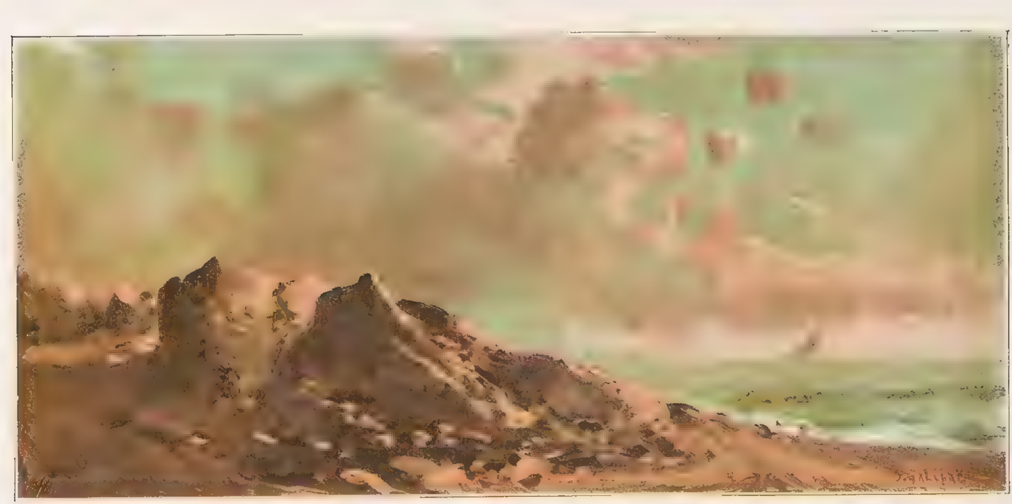
Cuando tenía dieciocho años,—decía el académico francés, señor Arnault, á quien ocurrió el caso — íbame á pasar los domingos á Versalles, en donde vivía mi madre. Para ir, encaminábame desde mi casa á pie hasta el parador de coches que hacían aquella carrera. Al salir de las murallas de París, sorprendíame siempre ver á un pobre hombre que decía con voz lastimera: *La charité, s'il vous plait, mon bon monsieur.* El pobre parecía estar convencido de oir resonar en su sombrero la moneda con que yo le socorriera.

Un día en que pagué mi tributo á Antoine, que así se llamaba el mendigo, pasó por allí un caballero á quien Antoine dirigió su consabido *La charité, s'il vous plait, mon bon monsieur.*

El caballero se detuvo, y después de haberse fijado por algunos momentos en el pobre, díjole: «Me parece usted inteligente y á propósito para trabajar. ¿Por qué se dedica usted á un oficio tan bajo? Quiero sacarle de esta situación y darle diez mil francos de renta.» Al oir esto, el pobre y yo nos echamos á reir. «Ríanse cuanto quieran, dijo el caballero, pero siga usted mis consejos, y logrará tener lo que acabo de prometerle. Por lo demás, añadió, le predico con el ejemplo. Yo era pobre como usted, pero en vez de mendigar, me hice con un saco y me fuí por los pueblecitos y capitales de provincias en busca de trapos viejos que me daban gratis y vendía en seguida, á buen precio, á los fabricantes de papel. Al año, ya no pedía los trapos, sino que los compraba, y me había comprado también un carrito y un burro, para hacer mi pequeño comercio.

Cinco años después, era dueño de treinta mil francos y me casé con la hija de un fabricante de papel, cuyo señor me asoció á su casa, poco acaudalada por lo demás. Pero yo era joven todavía, activo, sabía trabajar é imponerme privaciones... Ahora poseo dos casas en París y he cedido mi fábrica de papel á mi hijo, á quien desde muy niño incliné á tomar gusto al trabajo y comprender lo necesario de la perseverancia. Imíteme usted, amigo mío, y se hará tan rico como yo soy.»

Dicho esto, el caballero se alejó, dejando al mendigo tan sumamente



MARINA, de Baldomero Galofre.

preocupado, que pasaron dos señoras sin oirle el estribillo: *La charité, s'il vous plait.*

En 1815, durante mi destierro en Bruselas, entré en una librería para comprar algunas obras.

Un señor gordo y guapo paseábase por el almacén, dando órdenes á los cinco ó seis dependientes que había en el mismo. Nos miramos uno á otro, como aquellas personas que, sin poderse reconocer, tienen idea de haberse visto en otra ocasión.

—Caballero, —me dijo al fin el librero, — ¿hace veinticinco años iba usted con frecuencia á Versalles?

—¡Cómo, Antoine, es usted!—exclamé yo.

—En cuerpo y alma, — contestó él; — el caballero aquél tenía razón; sus consejos me han hecho adquirir los diez mil francos de renta que me ofreció.

. . . .

De donde se infiere que si puede haber algunos que se dedican á pedir limosna por el placer del *dolce far niente,* habrá muchos también que se verán obligados á solicitar un auxilio por carencia de trabajo, para dar de comer á sus hijos, ó porque se hallen imposibilitados por falta de salud. Y en estos casos, resultaría cruel é inhumano dejar de ser caritativo.

El Rey, — según los libros sagrados — dirá á los que están á su derecha: venid, benditos de mi padre, y poseed el reino que os tengo preparado desde la creación del mundo, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber; porque siendo peregrino me hospedásteis, hallándome desnudo me vestísteis, estando enfermo me visitásteis y encontrándome en la cárcel vinísteis á consolarme. Entonces le responderán los justos: « ¿Cuándo, Señor, te vimos hambriento y te alimentamos? ¿Sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino y te hospedamos? ¿Cuándo te vimos enfermo ó encarcelado y fuímos á visitarte? » A estas preguntas, responderá el Rey:

—En verdad os digo, que siempre que lo hicísteis con alguno de mis hermanos, aun con el más pequeño, conmigo lo hicísteis.

¡Y es tan hermoso esto!...

M. MOLINÉ ROCA

LAS ESCUELAS DE D. ANDRÉS MANJÓN

Cuando el viajero visita el recinto interior de la bella Granada, puede explayar la vista y recrear su ánimo contemplando los numerosos monumentos árabes que nos recuerdan la grandeza de un pueblo hoy decadente, y que durante ocho siglos dominó, en todo ó en parte, nuestra península, desarrollando en ella una civilización rica en ciencia y en arte, cuyas huellas son todavía la admiración de propios y extraños.

El historiador y el literato encuentran, en sus monumentos y en sus archivos, preciosos testimonios para completar el estudio moral de aquel pueblo, y el artista puede admirar además en sus museos los bellísimos lienzos animados, después del Renacimiento, por la fecunda paleta de los pintores de la escuela granadina.



Al bordear las orillas del Darro, en dirección á las alturas del Sacro Monte, se ofrece á la vista del caminante un soberbio paisaje, exuberante de vegetación, salpicado de pintorescos cármenes, cuyas casitas, medio escondidas entre los árboles frutales, regocijan el ánimo y nos dan una idea del Paraíso terrenal.

Pero, en medio de tanta belleza, ofrecen un contraste desconsolador las ahumadas bocas de numerosas cuevas, donde tienen su habitación centenares de infelices gitanos, que, á pesar de la naturaleza esplendida que les rodea, y de hallarse en contacto con la ciudad del arte y de la poesía, se muestran refractarios á toda civilización y á todo progreso.

Pocos años atrás, interceptaban á cada momento el paso del caminante turbas asquerosas de gitanos, que pedían limosna con formas poco corteses y hasta amenazadoras, demostrando que la seguridad individual se hallaba poco garantida en aquellos deliciosos lugares.

Hoy, el viajero, sin verse importunado por la molesta caterva de gitanillos, puede dar expansión al ánimo, contemplando á sus anchas los pintorescos cármenes, y, mientras medita sobre el origen y el porvenir de la raza gitana, al contemplar sus antros miserables, interrumpen con agradable frecuencia sus meditaciones los ecos lejanos de mil voces infantiles que entonan, desde la enramada, cantos patrióticos y religiosos. Y es que allí el venerable sacerdote don Andrés Manjón, catedrático de la Universidad de Granada y canónigo del Sacro Monte, ha establecido una *colonia escolar,* taller admirable de cultura, para educar y mantener de balde á los hijos de los pobres y de los gitanos, con el fin laudable de convertirlos en ciudadanos honrados y laboriosos, y regenerar pueblos caducos y razas decaídas. La monótona cantinela de las molestas turbas de muchachos postulantes, se ha convertido en pocos años, por medio de la educación, en melodioso coro de ángeles.

***

Con muy escasos medios, empezó don Andrés Manjón la obra grandiosa de regenerar á ese pueblo gitano que hace vida poco menos que salvaje á las puertas de Granada.

Sin arredrarle las dificultades conque había de tropezar en su empresa, empezó su benéfica institución fundando una modesta escuela en el camino del Sacro Monte; atrayendo á ella, con su bondadoso carácter y con dádivas, á los niños más necesitados de amparo.

Su sueldo íntegro y las limosnas de algunas personas caritativas bastaron al principio para educar, mantener y vestir de balde á los pocos niños que asistían á la *colonia escolar,* y que permanecían en ella desde las primeras horas de la mañana hasta cerrada la noche, en que regresaban á sus míseros hogares, contentos y satisfechos, pregonando á los cuatro vientos la filantropía de su bienhechor.

La concurrencia á la *colonia* iba en aumento, y los medios materiales para sostenerla se hacían insuficientes. Manjón llamó en auxilio de los niños desvalidos á las personas generosas; éstas respondieron al llamamiento; á mayores necesidades iban llegando mayores socorros; de tal manera que, en 1895, el entusiasta protector de los niños pobres albergaba y educaba ya 932 niños de ambos sexos, en tres hermosos cármenes, que el propio señor Manjón describe de esta manera:

« Allí, todo es amplio alegre y sano: hay ancho campo para juegos y labores; hermosos jardines, para recreo de la vista y del olfato; abundantes y cristalinas fuentes, para riego, bebida y limpieza; embovedados de parras, madreselvas, rosales y pasionarias, para quebrar los rayos del sol, y copudos árboles que dan sombra y fruto á la vez: allí, se respira un aire puro y embalsamado; las flores se suceden sin interrupción, las aves cantan á porfía, los niños juegan á sus anchas, sin que á nadie molesten, y todo es allí salud, alegría, movimiento y vida. »

He aquí el pintoresco lugar que ha elegido don Andrés Manjón para la educación y el asilo de los niños pobres, dispuesto, con la mayor abnegación y con el mayor entusiasmo, á convertirlos en ciudadanos honrados y laboriosos.

Desde 1895, los tres deliciosos cármenes antes descritos se han aumentado en otros tres, de modo que la *colonia escolar* de don Andrés Manjón cuenta ya hoy con seis preciosas fincas, en las cuales, á más de las escuelas de párvulos, elementales y superiores, se levanta un hermoso templo, una Escuela de Artes y Oficios, y talleres destinados á lavado, planchado, cosido, bordado y marcado; cuyos talleres proporcionan algunos rendimientos, para ayudar á sostener tan civilizadora institución.

Hoy se educan allí de balde más de un millar de niños, se les da de balde todo el material de enseñanza, y de balde se les mantiene y se les viste, hasta donde lo permiten los recursos de la colonia, el sueldo de su generoso bienhechor y los donativos de los protectores de tan grandiosa institución.

La Escuela de Artes y Oficios y los talleres recientemente montados, permiten al señor Manjón mantener á su lado algunos años más á la juventud que sale de sus escuelas; pudiendo, no sólo completar su cultura, sino guiarla con sus consejos, precisamente en esa edad de la vida en que el hervor de las pasiones necesita un freno, para evitar que se malogre la obra de la educación de la infancia.



SITUACIÓN QUE OCUPAN LAS ESCUELAS DE D. ANDRÉS MANJÓN.

***

Además de los *cármenes escolares* de Granada, ha montado don Andrés Manjón otra colonia benéfico-educativa, en Sargentes su pueblo natal, pequeña aldea de sesenta vecinos, con título de villa, situada en la provincia de Burgos y en una elevada meseta de los montes de Cantabria.

Sin medios para fundar como pretendía dos escuelas, una de cada sexo, fundó primeramente una de niñas; teniendo en cuenta que la mujer forma al hombre, y que importaba ante todo dar á las mujeres de su pueblo una sólida educación, á fin de disponerlas á ser buenas madres de hombres robustos é ilustrados.

Y como quiera que algunas de las alumnas mayores de la Escuela de Sargentes mostraran vocación para el Magisterio, estableció el señor Manjón, junto á la escuela de niñas mayores, otra de párvulos, ya para que las aspirantes á maestras se ensayaran enseñando á los parvulitos, ya para que se educaran atendiéndolos y cuidándolos con la solicitud que requiere la infancia. De modo, que la Escuela de niñas de Sargentes vino á convertirse en una normal de maestras, con el carácter práctico de que carecen las que sostiene el Estado.

Convencido el señor Manjón de la educación defectuosa que se dá á la mujer que aspira al Magisterio, y sobre todo á las que han de ejercerlo en las aldeas, ha procurado á todo trance desterrar de su Escuela Normal la rutina de las del Estado, y aligerar de los programas oficiales el bagaje de teorías inútiles, para dar á la enseñanza un carácter marcadamente útil y práctico.

Proponiéndose, como fin principal, formar maestras para las aldeas, no sólo atrajo á su Escuela de Sargentes muchachas de las cercanías, sino que acudieron en gran número, de comarcas muy distantes.

Le fué preciso montar un pensionado, partiendo siempre de la base de que las pensionistas eran pobres. La enseñanza y todo el material se da gratis á todas las educandas, y las de fuera de la población tienen establecido un internado asequible á todas las fortunas. He aquí como expone el señor Manjón el mecanismo de su pensionado de Sargentes:

«Como la misión de nuestras escuelas no es educar á ricos, sino á pobres, y las niñas, separadas de sus madres, no pueden quedar al acaso en una posada, se ha fundado para ellas un internado, tan barato que, por una peseta al mes, se les da casa, cama, cocina, luz, sal y asistencia, y hasta médico y medicinas. ¿Cómo es posible esto? Poniendo la Escuela lo que falta y obligando á las niñas á servirse á sí mismas.

» Y no se crea que lo que falta es mucho; porque aquellas gentes viven con poco, y ese poco lo traen de su casa, desde la comida hasta la jofaina donde se lavan, el vaso en que beben y la escudilla en que comen.

» En la Institución, no hay amas ni criadas, todas se sirven á sí mismas. Por turno, barren, guisan, lavan, traen agua, disponen sus camas, y si bien hay una mujer que las suple y guía, ninguna puede excusarse de hacer su oficio, cuando le corresponde. Las niñas muy mimadas y consentidas que se resisten obstinadamente á servirse á sí mismas y á servir á las demás, sobran en aquella casa, montada para educar pobres á lo pobre, y no para fabricar haraganes con moños y tirillas. ¿Qué ganaría la humanidad conque hubiese un centro más, donde se fomentara la raza de los seres caros é inservibles? ¡Hartos hay, por desgracia! »

Terminaremos haciendo constar, que el señor Manjón tiene hecho un trato con sus paisanos, los habitantes de Sargentes, mediante el cual, éstos se comprometen á mantener un rebaño de carneros, propio del señor Manjón, y éste en cambio, se compromete á mantener y educar de balde á todos los niños de Sargentes, varones y hembras.



GRUPO DE ALUMNOS Y PROFESORES DE LAS ESCUELAS DE D. ANDRÉS MANJÓN.

Si España contara con algunos patricios como don Andrés Manjón, nuestra regeneración sería un hecho en breve tiempo.

PEDRO GARRIGA Y PUIG

JOSE MASRIERA



DE MI CARTERA

(Exposición Robira, Escudillers, 5, 7 y 9.)

TOMAS MUÑOZ LUCENA



IDILIO

CAPRICHO

Los soñadores, desde el mismo borde de la cuna, levantan castillos de oro, con el talco de las partículas de sol que deslumbran sus retinas sensibles y asombradas de niño pequeño. Tendido á la larga sobre la mies recién cortada, paseando su vista por el azul del firmamento, entreteniéndose en querer soberbiamente contar una por una las estrellas del cielo, supremo problema matemático de un poeta adolescente que busca por encerado el infinito, y escribe en él con la luz de los mundos que ruedan por el espacio su impasible suma, en las soledades agrestes de la campiña andaluza, sintió Ricardo ya sus primeras ansias de algo que entonces no era idea clara que se esfumaba en su propio pensamiento, pero que á la vez que le hacía querer reunir en una cifra todo el rítmico movimiento de los astros, le incitaba á encerrar en una estrofa toda la harmonía que sentía despertarse en su espíritu. Midiendo los espacios y las sílabas, buscando siempre la igualdad, la simetría y la música en la creación y en el pensamiento, aquel pobre muchacho, tendido sobre la mies recién cortada, resumía su concepto filosófico de la creación en un número... *X*, en aquella suma de luz que no lograba jamás, y en un endecasílabo sonoro que siempre le resultaba cojo.

Con la vista fija en lo alto, en la serenidad de la bóveda celeste y muda, con el oído atento siempre al rumor de la naturaleza, esperando descubrir un día la melódica canción á cuyo compás la creación gira, cuando cansados sus ojos un día de mirar al cielo, púsolos en cosa más baja y terrena, el espectáculo de arriba hízole percibir más claramente lo feo y monótono del de abajo. Generalmente, toda idea engendra otra afín. En Ricardo, por extraño fenómeno psicológico, la idea, el espectáculo de la serenidad de los cielos, sugerióle su contraria, la de la lucha, la acción, el movimiento enérgico, continuado, sostenido. Viendo el cielo clavado, con clavos de brillantes, ocurriósele á él *desclavarse* del terruño á que le sujetaban los negros claros de la miseria. Tender el vuelo y partir. Lejos, lejos, tras de las altísimas montañas que cerraban el horizonte había otro mundo, otros pueblos, otras gentes, que podrían ayudarle á desentrañar aquella sinfonía no oída, aquel número ignorado, á terminar aquel endecasílabo cojo, las tres cosas en que compendiaba él todo lo creado.

Estaba seguro. Rayando con un inmenso pentágrama el infinito, los puntos de luz serían las notas y se podría leer la música divina. Alineando en renglones cortos los astros esplendorosos, darían la suprema estrofa. Contando las estrellas, llegando á poseer la *X* rebelde de sus sumas, la cifra final, tan anhelada, tendría el compendio y resumen de todo.

Llegó y luchó. Y en aquella obscura capital provinciana vióse más solo, más abandonado que en su pobre lugar, tendido sobre la mies recién cortada, y oyendo el susurro del viento entre las espigas que doblan su cerviz al suelo, en espera de la hoz. Las gentes, indiferentes, no paraban la atención en él. La ayuda no venía. Aquel marco era también estrecho para su gran idea, para aquella gran idea del número, la nota y el endecasílabo...

Y siguió, siguió su camino á través de los pueblos y de las ciudades, buscando una gran multitud, como si en la multitud estuviera la inteligencia, como si aquella fórmula suprema, ese número que buscaba, pudieran dársele por un formidable plebiscito.

Al vislumbrar á lo lejos la gran ciudad, quedóse extático, en contemplación de místico ante la visión celeste. Su pensamiento, su oración dió un gran paso hacia el ideal, hacia el ideal perseguido á campo traviesa, como un asesino, por su tenacidad dura de labriego. Era de noche, y la gran ciudad denunciábase á sus ojos por el tachonado innúmero de luces de gas, dejando escapar un vaho luminoso, que semejaba la mortecina lumbre de una hoguera medio apagada. Fijándose más, parecióle que la ciudad era un enorme brasero, cuyas brasas un titán, de un formidable puntapié, hubiera desparramado por el suelo, volcándolo... Un rumor sordo llegaba hasta él... la música, la gran música del Universo... Según se fué acercando, la música fué deshaciéndose, haciéndose más distintos sus ruídos componentes... la ilusión pasaba... la música se iba... el ideal se fugaba de nuevo. Así como el rumor desvanecíase en muchos, aquella masa tremenda, aquella multitud terrible fracciónose, y en medio de la gran ciudad, hallóse más solo que en la capital provinciana, que en la desierta era... Tronzado y rendido, con la esperanza muerta y el corazón rebosando amarguras, con su ideal á la espalda, como fardo inútil, Ricardo emprendió de nuevo su larga caminata. La esperanza le había fingido el logro de su ideal en las grandes ciudades bulliciosas, y el desengaño le empujaba á la soledad tranquila de su aldea. El ideal, el ideal no se alcanzaba luchando en los grandes centros de población. El número que suponía Ricardo sería la unión de esfuerzos, significaba la concurrencia, la brutalidad de las grandes masas despeñadas, aplastando los pequeños obstáculos que encuentra en su camino... Y vuelto á su lugar humilde, tendido sobre la dorada mies recién cortada, pensó que el logro del ideal no estaba en las grandes ciudades con que soñara un tiempo, ni acaso en parte alguna... ó estaba allí donde era imposible rayar el pentágrama, encontrar la cifra y terminar el endecasílabo cojo...

José de Cuéllar

LA CRUZ DEL ROBLEDAL

En tarde otoñal, mediado crepúsculo, y lugar agreste y solitario, se ve en una eminencia un apiñado grupo compuesto de tres seres. Una mujer, un anciano y un joven, casi un niño. El anciano se muestra sombrío y huraño, la mujer acongojada y el joven resuelto. A sus pies se extiende ancho camino, á la derecha se alza una tosca cruz que sombrea la entrada de un espeso robledal: quédase á la espalda, en profundo valle, pequeño caserío; corre á la izquierda bullicioso río, que va á verter sus aguas en el más bravío de los mares; cerrando aquel cuadro, abruptas montañas coronadas de castaños, robles y avellanos. Aquellas montañas cobijan en sus quebradas, pueblo vasco: el caserío es San Vítores, el río el Deva, y el camino, el que dirige al no lejano puerto.

Mientras hemos descrito el paisaje, el anciano y el joven están para perderse en la revuelta de la carretera.

La mujer se apoya en los brazos de la cruz para no caer... ¡Ya apenas se divisan! ¡Ya van á desaparecer! En aquel supremo instante, lanzó la que se quedaba un grito intenso, amargo, desgarrador, grito de madre que se separa del hijo de sus entrañas, quizá para siempre. «¡Aquí, á esta hora, al pie de esta cruz te esperaré. Que la Virgen te acompañe, hijo de mi alma!» Estas palabras vertieron sus labios, en un grito de dolor, á la par que asomaban á sus ojos lágrimas amargas, oreadas por las vespertinas brisas de aquella tarde de otoño.

El joven que se alejaba, acompañado de su padre, no tenía veinte años, y se dirigía al puerto á unirse á su regimiento, para embarcar con rumbo á Filipinas.

La mujer que en la eminencia quedaba, cayó desfallecida al pie de la cruz...

Después..... después, un lugar frío y solitario, flores con maleza en el patrimonial terruño, cenizas sin fuego en el ancho fogón, un sitio vacío en la rústica mesa, el otoñal ábrego gimiendo en una pobre estancia sin morador, una noche inacabable, triste el monte, triste el valle, tristes los ecos de la esquila de la ermita, tristes las murmurantes aguas del Deva, y triste la profunda y tenaz mirada de una mujer que, á la caída de la tarde, al pie de la Cruz del Robledal, abisma su



alma en la oración, al par que su viva y penetrante mirada no se aparta de las compactas nubes que ruedan por los horizontes en que nace la luz. Allí está Filipinas, y en su rumbo navega veloz vapor, sobre cuya cubierta otro sér también reza, tornando sus ojos á Occidente, viendo morir el último rayo del sol, en el que manda á su triste hogar sus más íntimos pensamientos...

Después..... después, desconocidas tierras, en que el grito de guerra y el ronco tañido del *tambulig* tagalo substituyen á tres siglos de himnos de amor. El ara santa de las más puras ofrendas al rey del cielo y al soberano de Castilla, rota en mil pedazos. La fe discutida, la vieja patria odiada, y el más hermoso de los suelos sembrado de cadáveres, y el más poético de los cielos alumbrando larga y fratricida lucha.

Una noche, tras rudo pelear, rendido el cuerpo por todo género de fatigas, cayó el mísero soldado al pie de las trincheras; el insomnio y la falta de alimento le sumieron en ese pesado sopor, no sueño, en que ni el cerebro coordina, ni los ojos ven. Horas sin medida, en que el corazón ejerce sólo funciones automáticas.

Aquella noche fué la precursora de la rendición de Manila; el crepúsculo había sido muy breve. La garúa intertropical fué replegada en los últimos celajes, apareciendo en plena noche las bellísimas tintas del arco iris, cuyos colores combinaban en los cielos los pálidos rayos de la luna. ¡Hermosa era la que aquella memorable noche alumbraba el campamento, y el soldado, bien olvidando sus terribles efectos, ó bien subyugado por su belleza, concluyó por quedarse dormido, sin apartar de ella los ojos. Al toque de diana se levantó, mas las sombras le rodeaban. ¡Estaba ciego! La luna de los trópicos tiene encantos, pero también perfidias. El que se adormece ante sus pálidos destellos, suele despertar en la noche sin fin.

¿Qué pasaba entretanto en el solitario hogar del pobre ciego? El era el sostén de sus padres: el pequeño prado de que eran dueños, poco á poco, perdió su cultivo. La savia del terruño desaparecía, al par que las mermadas fuerzas del viejo. Vinieron las privaciones, el helado cierzo, y por último, la muerte. Al padre lo mató la enfermedad, á la madre la pena. El primero necesitó medicinas, la segunda nó. El remedio estaba muy lejos y no venía. La luna de los trópicos quema los ojos, lo mismo que los quema la cal de las lágrimas. ¡Si se juntaran todas las vertidas por las madres españolas, en estos últimos tres años, qué lago tan amargo formarían!

La madre del ciego, hasta la víspera de su muerte, cumplió la oferta que hiciera al partir aquél. Todas las tardes, al declinar el día, iba á esperar á su hijo al pie de la cruz.

Pasaron meses, y los vigías anunciaron vapor á la vista. Entró silencioso en el puerto, y al rodar al abismo las cadenas de sus anclas, produjeron ese ruido siniestro que se alza de la tumba, al recibir la primera paletada de tierra. ¡Aquel barco traía nuestra muerta soberanía de las Indias, envuelta en el desgarrado sudario de la bandera española!

Apoyado en piadoso compañero, terrosa la tez y tardo el paso, pisó tierra hospitalaria el pobre ciego...

Cual el día en que salió, mediaba el crepúsculo de la tarde cuando sus pasos reconocieron la eminencia que le separaba de la cruz. ¡Había recorrido tantas veces aquel camino, que no necesitaba la luz de sus ojos! Con paso resuelto llegó hasta ella, abrazóla y lanzó un angustioso grito. ¡Su madre no le esperaba!

La esquila de la vecina aldea llevó á sus oídos el melancólico tañer del Angelus. Rezó la oración y, volviéndose al Oriente, profirió unas ininteligibles palabras. ¿Serían una plegaria ó serían una maldición?

Trabajosamente llegó el infeliz repatriado á la aldea. Al palpar con mano temblorosa los restos de su hogar, exclamó en el paroxismo del dolor. «¡Bien haya la luna de Oriente que cegó mis ojos: allá *abajo*, muy lejos, no vi



caer del alto mástil, cual amputado miembro, el alma de España; aquí jamás veré estos despojos que son pedazos de la mía! ¡Mi madre no me esperó en la cruz del Robledal; ante su ara santa, sobre su dura piedra, mis lágrimas mantendrán frescas las suyas!»

Allí la esperaré.

J. ALVAREZ GUERRA



A CUBA

PROFECÍA

Cuba que en un tiempo vi
alegre, siendo española;
¡qué triste estás y qué sola
hoy que el *yankee* manda en ti!
¡Quién te conoce, ay de mí,
más esclava que antes fuiste!;
las cadenas que rompiste,
te ató otra nación extraña;
ya no eres hija de España,
la madre á quien ofendiste.
Ahora, Cuba ¡oh paraíso!
no eres la virgen del mar,
donde España fué á engarzar
los besos con que te quiso.
A tu lecho fué preciso
que te fuera á descubrir;
y al mirarte sonreir,
plegó las tendidas velas,
y en sus grandes carabelas
cuneó tu porvenir.
España te dió su pecho,
cual lo da la madre al hijo,
y á la vez que te bendijo
te dió justicia y derecho.
Como nunca satisfecho
se sintió su amor fecundo;
y desde ese mar profundo
que hoy te mece, hecha pedazos,
te alzó, orgullosa, en sus brazos,
y se admiró al verte el mundo.
No hubo locura mayor,
ni hubo mayor frenesí
que el de España para ti,
Cuba, gloria de su amor.
Arrostró todo rigor
por darte progreso y vida;
mil veces fué escarnecida,
mil veces fué desgarrada,
mil veces vilipendiada
y mil veces combatida.
Pero, enérgica y valiente,
con altivez de matrona,
te sostuvo en su corona
como un diamante esplendente.
Fuiste la perla luciente
de sus islas á millares;
por ti sufrió con pesares,
por ti gastó fuerza y bríos,
y por ti su sangre á ríos
corrió á empurpurar los mares.
Cuba bella, Cuba ingrata,
Cuba pérfida y traidora;
en poder del *yankee* llora,
del *yankee* que te maltrata.
Ya tu lengua dulce y grata
vas con otra á profanar;
ya no vibra en el cantar
que triste á tu labio asoma:
¿qué has hecho, di, del idioma
en que aprendiste á rezar?
Fiero relincho de guerra
ahora finge tu lenguaje,
y hablas, en jerga salvaje,
voces de bárbara tierra.
De tu llano y de tu sierra
¿quién pudo el canto apagar?,
borrado el color sin par
de tus costumbres y ambiente,
ya no eres, Cuba indolente,
la Andalucía del mar.
De la brisa entre los giros
que va meciendo las cañas,
no viene de las cabañas
el canto de los guajiros.
Ya, empapadas en suspiros
y en perezas tropicales,
no reaniman los zagales,
de la guitarra á los sones,
con habaneras canciones,
ingenios y cafetales.
Ya, soltando su machete,
en el alegre potrero
no baila el mozo ligero
el tango en que se entromete;
ni ondula, cual gallardete,
desplegando sus hechizos,
moza de labios pajizos,
de encrespada cabellera,
de dedos como la cera
y dientes como granizos.
Ahora chupa el *yankee* vil
el jugo de tus entrañas,
roba el precio de tus cañas
de tu tabaco y tu añil;
quita á tu palmar gentil
el fruto que adorno fué,
bebe tu rico café,
y ansioso carga en la nao
las pipas de tu cacao
y las hojas de tu té.
Tú, Cuba, dejas saciar
su eterna sed de vampiro,
sin exhalar un suspiro,
sin maldecir ni llorar.
Al sentirte ya expirar,
buscarás noble sostén;
y cuando inclines la sien
hacia la tierra española,
la verás desierta y sola,
como otra Jerusalén.
Jerusalén ya rendida
de dar al mundo ideales,
continentes inmortales,
islas, glorias, luz y vida.
En su trágica caída,
rodará asida á la cruz,
y hacia el ámbito andaluz
se alzará en montón gigante,
¡como una Troya triunfante
hecha cenizas de luz!

SALVADOR RUEDA

PROBLEMA

¡Ay del que, de amor sediento,
El bien que anhela no alcanza,
Y, mártir del sentimiento,
Siente el torcedor tormento
De un amor sin esperanza!
¡Ay, del que en su corazón
Quiere en vano sofocar
El fuego de una pasión,
Sabiendo no ha de lograr
La anhelada posesión!
Que la vida sin amor
Es cual árido desierto,
Es como planta sin flor,
Es como un corazón muerto
Para el placer y el dolor.
Porque vivir sin amar
Es igual que no vivir,
Porque el amor es gozar,
Porque el amor es sentir,
Porque el amor es penar.
Sentir, gozar y querer
Es de la dicha la meta,
Que emociona de placer,
Al corazón del poeta
Y al alma de la mujer.
Interna pasión sentir
Es contraste singular,
Difícil de definir,
Porque sufrir es amar
Y porque amar es sufrir.
Ser amado con pasión
Por el sér de nuestro sér,
Sin esperar obtener
La anhelada posesión,
Es gozar y padecer.
Por lo que he de preguntar:
¿Qué cosa será mejor,
Si, por no pensar, no amar,
O si amar para gozar
Con las penas del amor?

J. F. SANMARTÍN
Y AGUIRRE

LA SILLA DE FELIPE II

EFEMERIDES ILUSTRADAS

I

Felipe II!

No es un rey, no es un hombre; es un problema todavía no resuelto.

Y es un problema sin solución, porque la obscuridad de su vida y de sus actos nos ha negado los términos necesarios para resolverlo.

Todo en él es misterioso, lúgubre, sangriento.

Los juicios más contradictorios se han formado acerca de su carácter y de su sistema de gobierno.

Para unos es el *prudente,* para otros es el *hipócrita.*

Para estos el *salvador de la fe católica,* y para aquellos el *ángel de las tinieblas.*

Aquí le apellidan *la gloria de Europa,* y allí *el tigre del Mediodía.*

Nacido en la ciudad de Valladolid, el 21 de Mayo de 1527, ocupa desde el año 1556, por abdicación de su padre el Emperador Carlos V, los tronos de Nápoles y Sicilia, de los Países Bajos y de España Vencedor de Francia, por el triunfo alcanzado en la batalla de San Quintín, y por su ajustado casamiento con la hija del rey Enrique II; triunfante, gracias al gran duque de Alba, de los flamencos sublevados; victorioso, merced al genio militar de su hermano bastardo don Juan de Austria, de los moriscos levantados en armas en las Alpujarras, y poco después de los turcos, en la memorable batalla naval de Lepanto; llegó á verse coronado rey de Portugal, cuyo cetro le disputaba el prior de Ocrato, con el auxilio de los invencibles tercios de Castilla, mandados por don Fernando de Toledo.

Durante su reinado, las armas españolas lograron muchos y muy celebrados triunfos.

En su tiempo pudo decirse, con justa razón, que el sol no se ponía en los dominios de Castilla.

Pero ¡ay! que este hombre funesto llevaba la desgracia á cuantos le rodeaban y servían.

El desgraciado príncipe Don Carlos, muere en la flor de su edad, y á pesar de que Felipe ofrece á la nación y á los Consejos decir la causa de la prisión y muerte de su hijo, no cumple su promesa: el proceso depositado en Simancas se pierde, y todo en fin conspira para que se calificara su muerte de verdadero asesinato.

Don Juan de Escobedo, secretario de su hermano, don Juan de Austria, llegado á Madrid con una misión de éste, cae una noche bajo el puñal de cinco asesinos, quienes, por premio de su hazaña, reciben mucho oro y los despachos de alférez, que, previamente tenía en su poder el ministro Antonio Pérez, firmados por Don Felipe.

Antonio Pérez, es preso también por sus relaciones con la querida del monarca, la hermosa princesa de Eboli, exigiéndole, á cambio de la libertad, la entrega de varios é importantes papeles, entre los cuales se supone que estaba la orden de muerte de Escobedo firmada por el rey.

Organízase en Lisboa, al mando del insigne marino don Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz, uno de los héroes de Lepanto, aquella poderosa armada apellidada la *Invencible,* que, con un aguerrido ejército, debía acabar con las intrigas y el poder de Isabel de Inglaterra, llegando hasta el mismo Londres. Don Alvaro, de acuerdo con el famoso guerrero Alejandro Farnesio, considera de primera necesidad buscar un puerto de refugio en Flandes, para impedir, lo que desgraciadamente sucedió, que la armada cayera bajo el poder de los elementos. Este acuerdo desagradó tanto al rey que, después de repetidos despachos con *embozadas inculpaciones,* envió á Lisboa al Conde de Fuentes ¡para fiscalizar los actos de un hombre del mérito y servicios de don Alvaro de Bazán! La desconfianza del monarca causó tan profundo dolor al insigne marino y pundonoroso soldado, que no tardó en morir: causando esta muerte el mayor dolor así en el ejército de mar como en el de tierra.

II

Ocupémonos ahora del hermoso cuadro del laureado artista don Luis Alvarez, *La silla de Felipe II,* objeto principal de este trabajo.

El monarca español quiso perpetuar el recuerdo de la victoria de San Quintín, levantando el Monasterio del Escorial, vulgarmente conocido por la *octava maravilla.*

Su carácter tétrico le hizo escojer para emplazamiento un sitio rudo, en la falda de los montes del Guadarrama.

Elegido el terreno en la *dehesa de la Herrera* ó *Herrería,* por el arquitecto Juan Bautista de Toledo y algunos frailes jerónimos, el monarca dispuso que en adelante se llamara aquel lugar *Real Sitio de San Lorenzo,* en memoria de haber vencido á los franceses en San Quintín el día de San Lorenzo, 10 de Agosto de 1557.

Ansioso de que la obra adelantara y se terminase cuanto antes, acostumbraba á situarse en las cumbres de un cerro, á media legua del Monasterio, inspeccionando el acarreo de los materiales, y llegando hasta el extremo de despachar los negocios del Reino, sentado en una roca de granito que, por su forma, conserva aún el nombre de éste *la silla de Felipe II.*

La soberbia pintura de don Luis Alvarez presenta al monarca sentado en la roca, escuchando una comunicación que lee su secretario don Juan Idiaquez. A corta distancia, el viejo soldado portador de las nuevas, aguarda respetuoso la contestación,



LA SILLA DE FELIPE II

Cuadro del laureado pintor Luis Alvarez. — *Fot. J. Laurent y Cª*



UN PATIO EN EL BARRIO JUDIO (TOLEDO).

mientras varios criados conversan en voz baja cerca de la silla de mano en que subió el rey, y del perro que siempre le acompañaba.

Pero ni Felipe II es el joven soldado de San Quintín, ni las noticias son de victorias. Hoy es un viejo enfermo, y las nuevas son el desastre de la armada *Invencible*.

Dijérase que aquellos rudos peñascos y aquellas tristes soledades, en que levantó el Escorial, le atraían, y que de aquel inmenso monasterio, quería hacer su sepulcro.

En efecto, atormentado por la gota, víctima de una fiebre hética, que acabando por desarrollar un humor hidrópico le llenaron de llagas, aprovechó una ligera mejoría, el 30 de Junio de 1598 y se hizo conducir en brazos de hombres, que iban caminando muy lentamente y se relevaban de continuo, á su querido Escorial, en el que dejó de existir en la mañana del 13 de Septiembre.

¡El cielo pareció querer castigar su crueldad y su soberbia, llenándole de gusanos y de miserias!

Un célebre historiador resume de este modo su vida:

« Felipe II hizo de la fe un resorte político, cuando de la fe no se puede hacer más que una gran virtud de moral.

Dió á la sospecha lo que debía dar á la confianza.

Dió al sigilo lo que debía dar á la publicidad.

Dió al fanatismo lo que debía dar á la religión. »

¡Y gracias si, en su hora postrera, el tormento de Antonio Pérez, el cadalso del conde de Egmont,—uno de los héroes de San Quintín y Gravelinas,—el suplicio de Lanuza, y la sombra del Príncipe de Orange,— cuya cabeza puso á precio, — no vinieron á amargar con su tristísimo recuerdo los postreros instantes de su vida! »

Terminemos.

Existen en el Escorial las habitaciones llamadas de Felipe II, compuestas de dos salas pintadas de blanco, con zócalo de azulejos y desnudas de todo adorno, á no ser la sencilla poltrona en que se sentaba, los taburetillos en que dejaba descansar su gotosa pierna, ó el sencillo escritorio en donde á su lado despachaban los ministros. La principal de estas salas se conoce por la de *Embajadores* y es fama que en ella, para conservar ante el mundo su austeridad de carácter, recibía un tan gran monarca á los representantes extranjeros.

Desde la más interior, que le servía de alcoba, y en la que á su llegada mandó colocar su lecho, se veía el altar mayor; de suerte que desde la cama podía ver y oir la misa que diariamente se decía.

En estas habitaciones se lee todavía los siguientes versos, cuyo autor se desconoce.

« En este estrecho recinto
murió Felipe segundo,
cuando era pequeño el mundo
al hijo de Carlos quinto.
Fué tan alto su vivir
que sólo el alma vivía,
pues ya cuerpo no tenía
cuando dejó de existir. »

E. RODRIGUEZ SOLIS



J. Ribera.



Cuadro de ANTONIO TORRES FUSTER.



EL TRABAJO ETERNO

¡SURSUM CORDA!

Quejábanse ante el Sol, sus hijos los Planetas, de la inutilidad de su vida, y del trabajo incesante, abrumador, que les era forzoso cumplir, para no vagar por los desiertos siderales, como cuerpos muertos.

—Después de cientos de siglos de penosa, continua labor,—decía uno,—estoy tan adelantado como el primer día. Miriadas de millones de millones de animálculos, unos por completo invisibles, casi no perceptibles los otros, desgarran mis entrañas, transforman la materia que forma mi cuerpo y que permanecería en reposo si su actividad desatentada y sin objeto no la removiera. Y lo más triste del caso es que, después de ser yo asaetado, y de hacer el papel de víctima insensible, aún se atreven, esas legiones de seres microscópicos, á insultar mi nombre y á decir que yo soy el causante de todas sus desdichas. Atomo vil que forma parte del Cosmos, no hay reposo para mí; siento cómo en vibración perpétua giran los átomos que me componen, cómo sufren la acción de las leyes de afinidad y de repulsión, cómo, por obedecer á esas leyes y por dar rienda suelta á sus desenfrenados instintos, provocan cataclismos que ponen en riesgo mi existencia y en peligro la suya. Y cada vez más, por sus combinaciones y repulsiones, se apartan de la unidad indivisible, de la síntesis perfecta que representa mi cuerpo, así en lo grande como en lo pequeño, en lo profundo como en lo alto, en la nube y en el líquido, en el sólido y en la forma animada. En vano trato yo de dar á conocer á mis parásitos la gran verdad, la eterna fuerza. Ciegos y delirantes, luchan entre sí, discutiendo nombres y no cosas, destruyendo formas que vuelven á renacer por su propia virtualidad; porque harto sabéis, Señor y Padre, que ni hay materia que se agote, ni forma que se pierda, ni lucha infecunda. Durante cientos de siglos he soportado esa feroz polilla, ese trabajo desmedido y estéril. Vuestra es la culpa, Señor y Padre; con vuestra luz perpetráis la lucha. El cuerpo, cansado, os pide gracia. ¡Abreviad mi suplicio, ó permitidme que, volviendo á vuestros brazos, me confunda de nuevo en vuestra masa!

Y como ese planeta, hablaron todos.

Si la Fuerza que os ha creado pudiera anularse; si lo que ha sido y es, no debiera ser eternamente; en este momento mismo quedaríais destruídos; pero no exentos de pagar tributo á la actividad y al dolor, las dos formas imperecederas que viven en la eternidad y en el espacio.

¿Lloráis pasajeros tormentos? Contemplad las combustiones gigantescas que varían de continuo mi forma. ¿Os quejáis del trabajo perenne que se cumple á costa de vuestro cuerpo? Sumad los miles de siglos que entre todos habéis vivido, y comparadlo con mi existencia, de duración incalculable; sumad los dolores todos que habéis padecido, las convulsiones todas que agitaron vuestras entrañas, y haced, por un instante, el parangón entre ellos y los que sin tregua ni descanso padezco para asegurar vuestras vidas, para ser una nota más en el universal concierto que sólo vive de harmonía!

¿Reputáis de estéril el trabajo que fecunda vuestro seno y lo hace apto para la concepción, origen de la vida?

Oid lo que dicen los hombres, esa raza superior de animálculos, que es la que con mayor ímpetu y fuerza cumple esa tarea de destrucción que os causa tamaño tormento.

Dijo el Sol, y cogiendo con unas pinzas delicadas un puñado de tierra, en cuya superficie había varios hombres, púsola sobre la platina del microscopio.

Atortolados al principio los hombres, rompieron al cabo en su descosida interminable charla.

— No sé donde estamos, ni que nuevo cataclismo ha ocurrido. Nuestras constantes investigaciones demuestran que, cuanto hasta ahora habíamos aceptado por bueno, en el dominio de la ciencia, era pura imaginación y broma. Dirigiéndonos al Norte, en busca del Polo, hemos podido comprobar que la Tierra no termina donde creíamos. Una llanura inmensa de metal desconocido continúa sus límites. Los que se han dirigido hacia el Sur, afirman haber hecho un descubrimiento semejante. De repente, parece que han cambiado las condiciones de la Vida. Sin embargo, vemos que es preciso trabajar para vivir, que las mujeres paren con dolor, que el suelo se agota á fuerza de dar cosechas, que la lucha entre nosotros persiste tan brutal y encarnizada como siempre. No existe manera de substraernos al destino, y, pues él lo quiere, maldiciéndola continuemos la batalla. Ni por sabio, ni por fuerte, ni por bueno, es posible evitarla.

Aquellos hombres se dirigieron á un templo, y una vez en él, hincando la rodilla, exclamaron:

— ¡Señor, sumo Señor! ¿no es posible revocar la cadena que nos obliga á batallar sin tregua ni descanso?

Una voz les respondió:

— Ved, lo que pasa alrededor vuestro.

Y los hombres aprisionaron un puñado de séres que ellos llamaban bacterias, y puesto que los hubieron en la platina, observaron que aquellos animálculos se revolvían en todos sentidos, agitados por febril actividad. Unos se deslizaban tranquilamente por la superficie del *serum* que les sustentaba, hundíanse otros en su masa. Nacían, se reproducían y morían, y poco á poco, la substancia que los contenía, cambiaba de aspecto.

También ellos se quejaban de la lucha continua á que estaban obligados, maldecían también la actividad que se les imponía, y abominaban, infelices, de la Vida.

En tanto que ocurrían tales escenas, y se formulaban tan tremendas quejas, en un punto del espacio, departían amigablemente varias nebulosas.

— No sé lo que me ocurre, decía una; esos microscópicos soles y planetas que integran mi cuerpo, me fastidian cada vez más. Su eterno movimiento, me produce un cosquilleo insoportable, y tentada estoy de suicidarme, para acabar con un tormento tan molesto.

— Ten juicio, hermana, replicó otra; todas padecemos como tú; pero lo sufrimos con resignación, porque hace poco que se ha probado de un modo indubitable, que sin esas molestias y sin ese rebullir inacabable, no sería posible la vida universal. Sufre el cosquilleo y comezón que el movimiento de los soles te produce. Ellos sufren la lepra de los hombres; estos aguantan la de las bacterias, y á su vez, si éstas mueren ó enferman, se debe á que son mundos como los hombres, como los soles, como nosotras. Todo en el Cosmos es movimiento: todo movimiento es trabajo, todo trabajo nos acerca, por el cansancio y por el dolor, á la gran síntesis, que es la quietud.

Y las nebulosas describieron en el espacio sus desmedidas é inconcebibles órbitas, en tanto que los hombres cumplían su trabajo inacabable: el trabajo que eleva y ennoblece, el trabajo que no acaba, porque la vida no cesa.

A. RIERA



EXCMO. É ILMO. SR. D. ULADISLAO CASTELLANO

ARZOBISPO DE BUENOS AIRES

Procedentes de Roma, donde asistieron al Concilio de Prelados de la América latina, recientemente celebrado, honraron á Barcelona con su visita en el mes de Agosto, varias dignidades eclesiásticas de la República Argentina; entre ellas, el Excmo. é Ilmo. Sr. don Uladislao Castellano, Arzobispo de Buenos Aires, y el Ilmo. y Rdmo. Sr. don Mariano Antonio Espinosa, Obispo de la Plata, con cuyos retratos y notas biográficas engalanamos estas páginas, en testimonio de merecida y respetuosa consideración.

Nació el primero, en el departamento de San Javier, provincia de Córdoba, el 23 de noviembre de 1835.

Cursó los primeros estudios al lado de sus abuelos paternos, pasando después á la Universidad de Córdoba, en cuyas aulas distinguióse prontamente, por su privilegiado talento y constante amor al trabajo. Doctoróse en Ambos Derechos, á la edad de 22 años, recibió las órdenes sacerdotales en 1858, y fué nombrado Rector del Seminario de Córdoba, en 1859; desempeñando ese cargo por espacio de 24 años consecutivos. Durante mucho tiempo, ejerció con cristiano celo y portentosa inteligencia, los de Canónigo, dignidad de Deán de la catedral de Córdoba, Vicario Capitular, Protonotario Apostólico, Vice Rector de la Universidad y Catedrático de Sagrada Teología y de Derecho Canónico. Elevado á la sede de Ancialo, por deseo unánime del pueblo, que pregonaba sus virtudes, nombrósele, en 24 de Noviembre de 1895, Arzobispo de Buenos Aires.

Monseñor Castellano es un profundo teólogo y competente economista; considerándosele como uno de los príncipes más sabios y valiosos de la Iglesia.

Reflexivo, habituado al estudio y á la meditación, rigorista para sí,

posee el dón de ver y juzgar el mundo á través del prisma de la realidad.

Sin descomponer en lo más mínimo la seriedad de su noble continente, revela en acciones y palabras su bondadoso carácter, granjeándole su trato llano y afable, el respeto y las simpatías de cuantos le rodean ó tienen la satisfacción de llegar hasta su persona.

Nació el segundo en Buenos Aires, el 2 de Julio de 1844, siendo modelo de educandos en aquel Seminario, lo propio que en el Colegio Pío Latino Americano de Roma, donde pasó á completar sus conocimientos. A parte de desempeñar en la Ciudad Eterna varios cargos honoríficos, graduóse en ella de Doctor en Sagrada Teología.

De regreso á su patria, fué nombrado Secretario de la Archidiócesis y Cura Párroco de la Parroquia de Santa Lucía. Después de haber desempeñado los cargos de Provisor y Vicario Archidiocesano, Monseñor Federico Aneiros, le nombró Obispo Auxiliar, y, al ser creada la Diócesis de la Plata, adjudicósele, por el voto unánime de la Santa Sede.

Por su privilegiado talento, afectuoso trato y bondadoso corazón, el hoy obispo de la Plata es de aquellos varones cuya sola presencia atrae y seduce; debiéndose á esas excepcionales cualidades, que sus diocesanos le profesen un verdadero cariño y le dispensen una ilimitada adhesión.

Los citados señores, durante su corta permanencia en España, fueron agasajados por las autoridades, el clero y los particulares de alguna representación, conforme á su alta categoría y méritos personales; particularmente en San Sebastián, residencia temporal de la Corte, y en ésta tan tan culta como hospitalaria ciudad, donde el personal del Consulado general argentino, siguiendo las previsoras instrucciones de su digno Jefe, el señor don Eduardo Calvari, que se hallaba á la sazón en Italia, con licencia de su gobierno, y por razones de salud, se puso incondicionalmente á sus órdenes; no abandonándoles hasta el momento en que zarpó del puerto el *Nord América*, vapor en que los venerables prelados regresaron á su país.

Fuera de desear que visitas cual la referida se realizaran con más frecuencia, pues serían á no dudar de fecundos resultados para la vida de relación que en la actualidad existe entre nuestra nación y la República Argentina.

* * *



ILMO. Y RDMO. SR. D. MARIANO ANTONIO ESPINOSA
OBISPO DE LA PLATA.

EL RECUERDO

¡Quién, como alondra matutina, el cielo
cruzar pudiera, ó, cisne en la laguna,
flotára en su cristal! Huella ninguna
dejan su paso y su atrevido vuelo.

Quién pudiera borrar sin desconsuelo,
dulce ó triste, el recuerdo que importuna;
halagos del amor y la fortuna,
fantasmas de la noche y del desvelo.

Sí; que el recuerdo del placer pasado
nunca regocijó: grato el sentido,
nostálgia sentirá de lo gozado,

y... cautivo en su bárbara cadena,
la remembranza del dolor ya ido
será siempre un dolor, siempre una pena.

LA NUBE

Blanca, flotante en el azul palacio,
te dora el rubio sol de la mañana,
y vas pasando, de tu albor ufana,
ora en raudo volar, ora despacio.

Finges puentes de perlas y topacio,
góticas torres de amatista y grana;
que, voluble cual tú, cual tú galana,
la ilusión es la reina del espacio.

Mas, en tu gremio al huracán hospedas;
y presto en sombra trocarás las ledas
visiones de oro y de cambiantes ojos:

guardan cual yo, de bienandanza ajeno,
relámpagos y lágrimas tu seno,
relámpagos y lágrimas mis ojos.

MIGUEL SANCHEZ PESQUERA



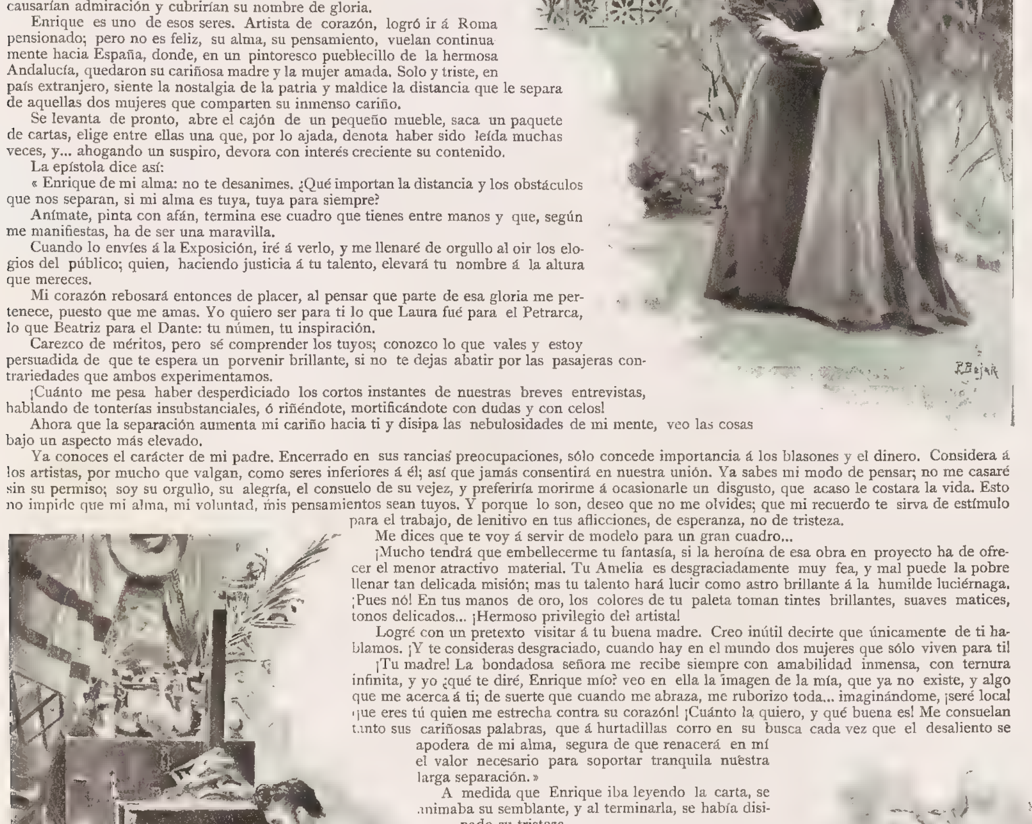
APUNTE; por BALDOMERO GALOFRE.

INTUICIÓN

En un caballete se ve un cuadro comenzado; á un lado, trajes de época antigua, las mesas llenas de objetos artísticos, aquí una acuarela, allí grupos de bocetos, un retrato á medio hacer, cajas de pinturas, paletas y pinceles: todo lo que caracteriza el estudio de un pintor.

Reclinado de codos sobre la mesa, sosteniendo con una mano su cabeza, y en actitud melancólica, está Enrique. En su hermosa frente, irradia el destello del genio; sus expresivos ojos, amortiguados un tanto por el pesar, lanzan al animarse vívidos fulgores que revelan una inteligencia superior, uno de esos seres privilegiados que á veces quedan obscurecidos, porque la carencia de fortuna les impide alzar el vuelo y mostrarse tal cual son, ó se agostan desilusionados, faltos de aliento, á impulso de hondas penas y amargas decepciones; malográndose, antes de nacer, obras que causarían admiración y cubrirían su nombre de gloria.

Enrique es uno de esos seres. Artista de corazón, logró ir á Roma pensionado; pero no es feliz, su alma, su pensamiento, vuelan continuamente hacia España, donde, en un pintoresco pueblecillo de la hermosa Andalucía, quedaron su cariñosa madre y la mujer amada. Solo y triste, en país extranjero, siente la nostalgia de la patria y maldice la distancia que le separa de aquellas dos mujeres que comparten su inmenso cariño.



Se levanta de pronto, abre el cajón de un pequeño mueble, saca un paquete de cartas, elige entre ellas una que, por lo ajada, denota haber sido leída muchas veces, y... ahogando un suspiro, devora con interés creciente su contenido.

La epístola dice así:

« Enrique de mi alma: no te desanimes. ¿Qué importan la distancia y los obstáculos que nos separan, si mi alma es tuya, tuya para siempre?

Anímate, pinta con afán, termina ese cuadro que tienes entre manos y que, según me manifiestas, ha de ser una maravilla.

Cuando lo envíes á la Exposición, iré á verlo, y me llenaré de orgullo al oir los elogios del público; quien, haciendo justicia á tu talento, elevará tu nombre á la altura que mereces.

Mi corazón rebosará entonces de placer, al pensar que parte de esa gloria me pertenece, puesto que me amas. Yo quiero ser para ti lo que Laura fué para el Petrarca, lo que Beatriz para el Dante: tu númen, tu inspiración.

Carezco de méritos, pero sé comprender los tuyos; conozco lo que vales y estoy persuadida de que te espera un porvenir brillante, si no te dejas abatir por las pasajeras contrariedades que ambos experimentamos.

¡Cuánto me pesa haber desperdiciado los cortos instantes de nuestras breves entrevistas, hablando de tonterías insubstanciales, ó riñéndote, mortificándote con dudas y con celos!

Ahora que la separación aumenta mi cariño hacia ti y disipa las nebulosidades de mi mente, veo las cosas bajo un aspecto más elevado.

Ya conoces el carácter de mi padre. Encerrado en sus rancias preocupaciones, sólo concede importancia á los blasones y el dinero. Considera á los artistas, por mucho que valgan, como seres inferiores á él; así que jamás consentirá en nuestra unión. Ya sabes mi modo de pensar; no me casaré sin su permiso; soy su orgullo, su alegría, el consuelo de su vejez, y preferiría morirme á ocasionarle un disgusto, que acaso le costara la vida. Esto no impide que mi alma, mi voluntad, mis pensamientos sean tuyos. Y porque lo son, deseo que no me olvides; que mi recuerdo te sirva de estímulo para el trabajo, de lenitivo en tus aflicciones, de esperanza, no de tristeza.



Me dices que te voy á servir de modelo para un gran cuadro...

¡Mucho tendrá que embellecerme tu fantasía, si la heroína de esa obra en proyecto ha de ofrecer el menor atractivo material. Tu Amelia es desgraciadamente muy fea, y mal puede la pobre llenar tan delicada misión; mas tu talento hará lucir como astro brillante á la humilde luciérnaga. ¡Pues nó! En tus manos de oro, los colores de tu paleta toman tintes brillantes, suaves matices, tonos delicados... ¡Hermoso privilegio del artista!

Logré con un pretexto visitar á tu buena madre. Creo inútil decirte que únicamente de ti hablamos. ¡Y te consideras desgraciado, cuando hay en el mundo dos mujeres que sólo viven para ti!

¡Tu madre! La bondadosa señora me recibe siempre con amabilidad inmensa, con ternura infinita, y yo ¿qué te diré, Enrique mío? veo en ella la imagen de la mía, que ya no existe, y algo que me acerca á ti; de suerte que cuando me abraza, me ruborizo toda... imaginándome, ¡seré local que eres tú quien me estrecha contra su corazón! ¡Cuánto la quiero, y qué buena es! Me consuelan tanto sus cariñosas palabras, que á hurtadillas corro en su busca cada vez que el desaliento se apodera de mi alma, segura de que renacerá en mí el valor necesario para soportar tranquila nuestra larga separación. »

A medida que Enrique iba leyendo la carta, se animaba su semblante, y al terminarla, se había disipado su tristeza.

A la anterior postración sucedió oportunamente una energía febril. Tomó la paleta y los pinceles, se puso á trabajar con entusiasmo, rayano en frenesí, y al poco rato surgió del lienzo el rostro, envuelto en flotantes rizos, de un niño encantador, lleno de vida, y sonriente como los ángeles del cielo.

Nunca, con ser improvisada su obra, había pintado Enrique nada tan hermoso y correcto.

Era que al fuego sagrado de la inspiración del artista, se unía el espíritu de aquella adorada mujer que ejercía en él desde lejos su dulce y saludable influjo, haciéndole entrever una felicidad, aunque lejana, realizable.

Cuatro años después, y próximo ya á hundirse en las profundidades de la nada, el anciano aristócrata que en tan poco tenía á los artistas, reconoció su error y bendijo el feliz matrimonio de los dos amantes. ¡No tardó en descender también sobre Amelia y Enrique la bendición del Señor, quien concediéles un hermosísimo hijo. El día en que éste comenzó á sonreir, su padre, loco de alegría, sacó de un armario aquel lienzo pintado en Roma, y presentólo á su esposa, diciéndola: — Nunca me has preguntado por el cuadro en que me serviste de modelo. Helo aquí. ¿Te gusta?

Pilar FONTANILLES DE BÉJAR



FIESTA DE LA SALU



D, EN VENECIA

CASTELAR Y EL ARTE

SUMARIO

Propósito de reunir en un estudio como el presente lo principal que Castelar ha dicho sobre todas las Bellas Artes. Demostración de las ventajas que reporta á los pueblos el que sus gobernantes conozcan el Concepto é Historia del Arte; complemento por este medio del estilo del artista de la palabra ó de la pluma: ejemplo en Castelar.

El Arte definido por éste; el espíritu humano es artista. Atractivos de la hermosura y sus clases. Cómo crean Dios y el hombre. El Arte copia y supera á la Naturaleza; el ideal en el Arte. El artista; su precocidad en sentir y comprender. Ciencia y Arte; comparación de éste con la religión. Clasificación de las artes por su espiritualismo.

La Arquitectura. Definición; sus transformaciones históricas. El estilo griego. El templo ojival ó gótico. En San Juan de los Reyes. La catedral en la Edad media. El pueblo y la Casa de Dios. El Arte árabe; la Alhambra. El españolismo de Castelar; frases que lo comprueban. Nuestro territorio y nuestros mares. Reunión de diversos estilos en nuestro suelo.

La Escultura. Egipto y Grecia. Armonías entre la Naturaleza y el hombre. La escultura clásica; el Renacimiento en el siglo xv. Bramante y Miguel Angel; carácter de las obras escultóricas de éste. El Dante retratado por Suñol.

La Pintura. Arte cristiano por excelencia. Pintura del mundo antiguo.—Castelar y Roma; Manterola y Castelar. La capilla Sixtina. Frio religioso; un paso hacia la Fe; á los pies de León XIII. Las *Sibilas*, su símbolo, sus ascendientes y sus descendientes en el mundo artístico moderno. El *Juicio final;* descripción de un trozo. El hombre y el estilo; Buonarotti y Rafael comparados.—En Asis; el Arte místico sincero y el Arte místico contrahecho.—Venecia. Ante *San Marcos;* magnífica descripción del pasado; la palabra de Castelar y el pincel de los artistas célebres. -La Pintura española; nuestra originalidad. Resurgimos de toda decadencia. Sánchez Coello, Velázquez, Murillo, Ribera, Viladomat, Goya, Fortuny. Atención dedicada á otros artistas.

La Música. El gran orador, académico de la Sección de Música de la Real de Bellas Artes de San Fernando. — Aquél arte en la antigüedad. — Semblanza de Rossini.—Clavé y su obra.—La música alemana y la música, el canto y el baile popular en España.— El Arte *monárquico*, el Arte *republicano* y el triángulo *rojo* de Schopenhauer.

La Poesía. *Corona* de las Artes. Sin Platón aun comprenderíamos la Grecia, no sin Homero. La Poesía futura, según el discurso de recepción en la Academia de la Lengua; la Ciencia ha agrandado los temas del Arte.—Quiere que el poeta sea creyente; apóstrofe á los que no lo son. Jerarquía del poeta; sólo le supera la poetisa.—Byron, Tasso, Lucano, Ovidio, Virgilio, pintados por él; alabanza de las literaturas regionales. —Moción para la pensión de Zorrilla.

Mis conclusiones. El hombre político que así comprende y siente el Arte, lo sabe proteger: ejemplo con la creación de la Academia española de Bellas Artes en Roma, debida á Castelar. ¡Nos falta una creación análoga para el Arte decorativo y las Industrias artísticas!— El Arte no debe ser un aerolito errante, sino un astro integrante de un sistema educativo.—Reciprocidades entre el Arte y quienes le estudian y protegen. ¡Honor al maestro!

El conocimiento del concepto é historia del Arte por parte de los hombres públicos, puede ser muy provechoso para las naciones ó pueblos por ellos regidos ó gobernados. Ministros, consejeros, senadores, diputados, concejales, legislan ó toman acuerdos sobre el Arte puro ó sobre el Arte aplicado á la Industria, lo mismo sobre su enseñanza que sobre su protección ó premio. Desde la instrucción en general hasta la economía política, pueden, pues, resentirse de la ausencia de los mentados conocimientos en la persona llamada á influir con sus iniciativas ó con su voto en la administración patria. Además, como el Arte no es una cosa agena á las grandes armonías y conexiones de las ramas del saber humano, sino uno de los rayos (rayo luminoso y á la vez consolador y fecundante) que convergen á formar el foco de ese saber; su estudio puede influir no poco á desarrollar el temperamento y á formar el estilo de los artistas de la palabra y de la pluma. Castelar fué uno de esos artistas, equivalente á un Fidias de la antigüedad, á un Miguel Angel del Renacimiento, y no temo pecar de exagerado asegurando que su marcada afición á los estudios estéticos, sobre todo á los que se evidencian por la línea, la forma y el color emotivos, avivaron extraordinariamente el fuego de su entusiasmo por lo bello y dieron deslumbradores matices á sus oraciones y revistas, á sus libros y discursos, á sus conferencias y polémicas. De las Bellas Artes ópticas y de las Bellas Artes acústicas necesitó Castelar para sentir más hondo, pensar más alto y expresarse más florido y más erudito; y, á su vez, pagó como legislador, catedrático y publicista, su contingente al Arte, fomentando sus Academias, protegiendo sus cultivadores, rodeándoles de superior respeto, difundiendo los títulos de sus grandes predecesores y haciendo participar á sus oyentes ó lectores de ese sano alimento espiritual que aun tiene menguado aprecio (doloroso es decirlo) en muchos que, por su posición ó representación, venían indicados para todo lo contrario. Cuando juzgan las obras, se comprueba esto que digo en sus predilecciones, unas veces por un utilitarismo inhospitalario para el sentimiento y la imaginación, no pocas por los alardes de la riqueza plutónica, y, las más acaso, por pacientes refinamientos de factura, dignos de la inconciencia estética de una madrépora.

¡Honremos, pues, á los pocos que se han exceptuado, como hombres públicos, para encauzar el concepto de una materia tan interesante, y hagámoslo con tanto más motivo cuanto que sus palabras pueden constituir un deleite moral é intelectual, para los lectores de una publicación como ésta!

Me he propuesto reunir algo de lo mejor que Castelar ha dicho sobre las Bellas Artes, aunque las procedencias de las partes que forman el siguiente todo, sean, en general, bien heterogéneas. Poco menos que irrealizable me hubiera sido este propósito, sobre todo dentro del plazo oportuno (tristemente oportuno) que crea la muerte del gran orador y publicista, á no tener yo anotados, casi desde mi infancia, multitud de sus discursos, folletos y libros. He completado lo que antes señalé, con algo que ahora recojo precipitadamente; he prescindido del orden cronológico de producción, y algunas veces también he prescindido del orden integrante de pensamientos no esenciales de una lucubración, para llevarles á componer más clara y definitiva substancia. Cuantos girones luminosos tengo á mano, aquí, sobre estas columnas los yuxtapongo, formando un conjunto didáctico y ameno, aunque mucho les desluzca lo prosaico y trémulo del hilván de mi palabra explicativa. Estas yuxtaposiciones algo arbitrarias, es todo lo malo y la única cosa buena de mi labor, ya que Castelar nunca escribió metódicamente (ni como preceptista ni como historiador) de todas las Bellas Artes, de los principales estilos ó escuelas. Cuanto disgusto puedan causar á los apercibidos esas mutilaciones de sus trabajos enteros, integrados por esos trabajos aislados que copio, bien superados serán—no puedo dudarlo—con el placer consiguiente á toda lectura de un solo tema ordenado y completo.

A mi vez, he de declarar que tampoco soy optimista por todo lo que Castelar ha dicho de las Bellas Artes; algo omito á continuación, y algo que reproduzco debe ser asimismo leído con benevolencia, como fruto que es de rápida improvisación, las más de las veces lanzada desde la tribuna.

***

Habla Castelar.

El Arte. — « El espíritu humano es sensible y vive en la Naturaleza; es inteligente y vive en la patria, en la familia, en el derecho; es racional y vive en la ciencia, en la filosofía; es criatura de Dios y vive en la religión; pero también, señores, también es artista. En todos nosotros, en todos absolutamente, hay un sentido interior, que sólo se despierta al dulce reclamo del Arte; en todos hay deseos de contemplar la hermosura, ora sea en la Naturaleza, ora en la humanidad, ora en el Arte: ¡la hermosura, que es la divina armonía que enlaza nuestros pensamientos, y en la cual descansa tranquilamente nuestra alma!

» Yo definiría el Arte la creación del hombre, así como la Naturaleza es la creación de Dios. Dios, al crear, como tenía en sí la plenitud del ser y la eterna idea de las formas, no hubo menester de la materia; el hombre para crear, como comparte su vida con la Naturaleza, como no puede manifestarse sin la forma, como es conjunto armonioso de alma y cuerpo, —y si por el alma pertenece al cielo, por el cuerpo pertenece á la creación,—el hombre necesita que el mundo exterior le dé moldes para vaciar su inspiración, y por eso el Arte es la representación sensible de la idea.

» ... Como el hombre no es ni puede ser en la tierra espíritu puro, como tiende á lo real, se goza en el Arte, que como su propio ser y su propia ley, es reunión de la idea con la forma, del espíritu con la Naturaleza.

» ... El ideal flota sobre todos los acontecimientos de la vida, sobre los hechos y seres de la Naturaleza, sobre todo nuestro ser y nuestras ideas. Este ideal de justicia, de hermosura, este gran ideal humano, lejos de ser nuestro consuelo, sería nuestro mayor tormento, si el Arte no viniera hasta cierto punto á realizarlo en la tierra. La aspiración á lo infinito, á lo eterno, que se explaya en todas las esferas de la vida, en todas, no encuentra, después de la religión, un centro más verdadero y luminoso que el Arte... ¡Y cuánto no hemos de considerar el Arte, si pensamos que por él podemos llegar hasta entrever desde lejos la alba luz de esta eterna vida, alba purísima, que inunda de suave gozo nuestra alma! »

Hasta aquí, todo lo copiado pertenece á un elogio de las poesías de Carolina Coronado, y á la famosa serie de conferencias dadas en el Ateneo de Madrid (empezadas el año 1858). Se titulan *La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo*, y de ellas tomaremos otros elementos. Un crítico suyo escribe: « Al repasarlas más tarde Castelar, y al ver qué lujo de luz, de colores y de rayos de sol hay en ellas, ha dicho con gracia andaluza: *Hay que leerlas con anteojos verdes.* »

Lo siguiente es de otra conferencia que dió en Barcelona, en el *Círculo Artístico*, el año 1888, con motivo de la Exposición Universal:

» ¿De qué tratamos? Pues tratamos del Arte, del sentimiento por excelencia; y como el Arte es el sentimiento por excelencia, los modernos han llamado á la parte de la filosofía que trata esta materia, la han llamado estética.

» ¿Qué se despierta primero en el hombre? En el hombre se despierta primero el sentimiento, después la voluntad, luego la imaginación, más tarde la inteligencia, y lo último en despertarse es aquello más alto y más sublime, la razón humana; pero no lo más bello; porque lo más bello que

hay en el hombre se halla en el sentimiento y en la fantasía. Así es que el Arte es producto del sentimiento. El hombre es mineral, porque los átomos de la cal del camino se unen á sus fibras; vegetal, porque tiene como los vegetales la respiración aérea y, en parte, como ellos se nutre por los tubos capilares; animal, porque se halla reducido, especialmente en la reproducción, á los mismos efectos y á los mismos instintos que los animales. Allá, en esa especie de esfera que tanto se asemeja á la esfera del sol, empieza á sentir, despliega sus alas, empiezan á escucharse las armonías por las que el hombre mineral, vegetal y animal se transfigura y se asemeja y acerca al Dios eterno, de donde desciende la inspiración y la vida.

» Así, el artista padece todos los dolores de la humanidad, siente afluir en su alma todos los afectos, vive de la vida de todas las especies; antes de que la nube se forme ya pesa sobre su cerebro; antes de que un mal llegue lo ha de adivinar; porque, profeta, su alma se asemeja á estas alondras, las cuales cuando la tierra está dormida, cuando no ha venido aún el nuevo día ni aun sonríe la aurora, baten sus alas, elevan su vuelo, y allá, entre la noche que se va y el día que viene, lanzan sus cantos que llenan los aires de gorgeos y armonías.»

En su discurso de recepción en la Academia española, continuaba:

« ... No creo el Arte copia de la Naturaleza, remedo servil de la realidad, sino lo ideal en la esencia... Lo ideal, sentido con profundidad y expresado con belleza, hé ahí el Arte... Para mí el artista penetra de una ojeada con la intuición donde no pueden penetrar los sabios con el raciocinio; esparce inspiraciones que contienen la eterna revelación de la hermosura; crea espontáneamente obras varias á guisa de esas fuerzas naturales que ciñen de nieves las montañas y de lirios los valles; obedece á su interior vocación cual á un mandato divino, y es absolutamente libre; da leyes y no conoce ninguna; reune á la actividad dirigida por la conciencia otra actividad ciega y sin conciencia, en cuyos misterios se ha creído encontrar ya un genio angelical ó ya un protervo demonio; extrae de todas las cosas su esencia; y siente en sus nervios, agitados como un arpa eólica, la chispa eléctrica, antes que haya estallado por los aires, y en su corazón, abierto á todos los afectos, el choque de los dolores sociales, antes que los haya sufrido la misma humanidad, y en su mente, agitada por la creación contínua, pensamientos no nacidos todavía en la mente universal, y en su cráneo el peso de la nube aun no condensada en la atmósfera; consumiéndose en sus propias llamas, destrozándose en el parto de sus criaturas; muriendo de su inmortalidad; henchido de adivinaciones y de presentimientos que lo martirizan, como destinado á levantar el universo moral, muy superior al material...»

« ... El ánimo entristecido se espacia y se consuela en el seno del Arte. Parece el Arte un mundo misterioso superior á la estrecha tierra en que vivimos, lleno de las armonías que conciertan las contradicciones de nuestra limitada naturaleza... Del fondo del Arte se levanta en toda su pureza la esperanza. El Arte nos recuerda que somos inmortales, que las cadenas de nuestra servidumbre se han de quebrar algún día, que este mundo se perderá en la nada, mientras nosotros volveremos al cielo. Es imposible que el hombre que canta más suavemente que el ruiseñor y el aura; que tiene en su cerebro más ideas que estrellas el cielo; que anima las piedras y las tablas con el poder del pensamiento; que levanta un mundo espiritual sobre la naturaleza, se convierta en polvo, mientras viven gloriosa vida sus obras. Así como la creación con sus maravillas atestigua la existencia de Dios, el Arte atestigua la inmortalidad del hombre... La creación es mundo, no del hombre solo, sino de otros muchos seres. El Arte es el mundo exclusivo del hombre. Nadie como el hombre lo comprende. Sólo el poder del hombre lo ha creado.»

« ... En las ciencias se necesita la reflexión profunda, el raciocinio laborioso, la comparación sesuda; pero en las artes se necesita la inspiración, que sin dejar de ser reflexiva y de encerrar en sí, como la misma Naturaleza, un raciocinio, ha de centellear prontamente como la palabra creadora... El artista ha de reunir la sensibilidad al pensamiento. Crear no es un trabajo mecánico, sujeto á reglas preestables; no crea el alma sacando de sí misma su virtud... La imaginación da forma sensible á la idea. Así es que la razón da el alma de la obra de Arte, y la imaginación le da el cuerpo; la razón da la idea, la imaginación la imagen.»

Lo anterior procede, si mal no recuerdo, de una descripción de San Juan de los Reyes y de un juicio hecho de las poesías gallegas de Rosalía de Castro.

En otro lugar habla así de la necesidad que tiene el hombre de la religión y del Arte, refugio de las almas en determinados momentos de la existencia:

« El Arte y la religión nacen al propio tiempo en cuanto el hombre aparece. Pero, todavía existe una diferencia: se conocen algunas tribus, se conocen algunas familias humanas sin sentimiento religioso; no se conoce ninguna, pero absolutamente ninguna, sin sentimiento artístico. Por eso puede decirse que el Arte coincide con la humanidad, y le acompañará hasta la consumación de los tiempos; por eso el Arte sigue las mismas, exactamente las mismas series en su desarrollo que ha seguido la humanidad.»

« ... ¿Qué serían el mundo y el Arte sin Dios? Un santuario vacío, un templo destrozado. ¿Qué sería sin Dios la conciencia? Como un mar corrompido, sin luz y sin aire. La idea más real, más hermosa, es la idea de Dios. Sobre ella giran, como sobre un eje de diamantes, el espíritu y la Naturaleza. Sin Dios, todo sería mentira.»

FRANCISCO TOMÁS Y ESTRUCH

(Continuará).



LA RIFA DE LA XATA (COSTUMBRES ASTURIANAS). *Fot. Laurent y C.ª*

Cuadro de VENTURA ALVAREZ SALÁ, que figuró en la última Exposición Nacional de Bellas Artes, en 1899.

LOS SOLDADOS DE BALER

No decimos los *héroes*, á cosa hecha. Soldados eran cuando se defendieron como tales; soldados duros, inconmovibles ante el empuje del enemigo; soldados en toda la extensión de la palabra; soldados como lo fueron todos los españoles mandados por jefes como don Juan de Austria, Roger de Lauria, Gonzalo de Córdova, el duque de Alba, Reding, Alvarez, el Empecinado y Mina.

Soldados que creían en la honra nacional, cuando aguantaron asedio estrechísimo, cuando se defendieron, en tanto que los otros capitulaban; soldados de verdad; pues, sin esperar ajeno auxilio, abandonados de todos, menos de la fe que alentaba en sus corazones, supieron demostrar que el indomable espíritu que anima nuestra raza, dormita tal vez unos momentos, pero no se extingue, no muere, no acaba.

Miente ó se engaña quien afirma que el espíritu no doma ni moldea la carne. Hemos visto en Francia, los últimos supervivientes de la famosa carga de Reichshoffen; hemos visto en España, al héroe de las Tunas, á los voluntarios catalanes que combatieron en Tetuán y en Wad-Ras á las órdenes de Prim. Sobre todas aquellas caras bronceadas, fulguraba y fulgura una luz que no ilumina las facciones de los demás soldados. Los cuerpos se yerguen con mayor gallardía, las frentes se levantan con mayor dignidad. Es que todos aquellos hombres han recibido el bautismo de gloria; es que todos han visto la muerte cara á cara. Y así como el fuego deja una marca indeleble sobre cuanto toca, así también la gloria y la muerte imprimen un indeleble sello sobre sus elegidos.

Ved sus rostros morenos, curtidos por la intemperie, atezados por la



flameante hoguera del sol de los trópicos; ved su continente marcial, la firmeza de sus movimientos, la rapidez y energía del gesto, la mirada fija, serena, dura, sostenida; esa mirada que doma á los felinos, que hace retroceder á los otros hombres; ved la inmovilidad de las facciones, petrificadas por el peligro continuo; mirad uno por uno á esos hombres, y, al advertir su continente reposado y decidido á un tiempo, su apostura gallarda, os explicaréis su conducta heróica, diréis: «Esos son los héroes de Baler; esos, esos solamente son los soldados de España.»

Merced á su titánico arrojo, nuestro pabellón ondeaba aun en Filipinas once meses después de haber capitulado Manila.

Sitiados por los tagalos en Baler, pueblecillo en la costa oriental de la Isla de Luzón, resistieron cerca de un año, desde el convento que les servía de fuerte, las agresiones constantes de sus feroces enemigos; y sólo cuando, faltos de salud, víveres y municiones, se vieron imposibilitados en absoluto de defenderse, aceptaron una capitulación gloriosa, con todos los honores de guerra. Una escolta de honor, formada por sus mismos contrarios, les acompañó hasta las puertas de la capital, en donde fueron recibidos por los *victoriosos* yankees con vítores y palmas.

Cuando todos los muros se cuartean, cuando todo se hunde, cuando la desolación y la ruina anonadan todo lo fuerte y todo lo inconmovible, saludemos con respeto, con religioso respeto, á ese puñado de valientes que quizá algún día se convierta en legión; descubrámonos á su paso, y digamos una vez más, con entusiasmo, con orgullo: «¡Estos son los soldados de España! ¡estos son hombres!»

* * *

MADRID ELEGANTE

Al igual que en la precedente crónica, fuerza será buscar el asunto de ésta fuera de la Córte, solitaria y triste, abandonada temporalmente por la sociedad elegante y aristocrática. El pasado mes de Agosto ha sido, como siempre, el en que las diversiones se han sucedido sin descanso en la mayoría de las estaciones veraniegas, salvo Biarritz, cuya temporada ó *season* no comienza hasta el mes de Septiembre.

Así en La Granja, por ejemplo, se han verificado las acostumbradas excursiones que S. A. la Infanta Doña Isabel organiza y preside con sin igual encanto; han abierto sus salones la Duquesa de Ahumada y los señores de Comyn, y la colonia ha correspondido con otros obsequios, á las muestras de deferencia que continuamente recibe de la bondadosa Infanta.

En Zarauz, reunida ya toda la aristocrática colonia, se juega diariamente al tresillo, y la Marquesa de Squilache, el General Martínez Campos, el Duque de la Unión de Cuba y otros *tresillistas,* reanudaron las partidas habituales del palacio de la Plaza de las Córtes, mientras que los aficionados al juego del *poker* se congregaban amenudo en el hotel de los Marqueses de Monteagudo, y la juventud elegante se entretenía en animadas giras ó en brillantes bailes, capitaneada por las encantadoras hijas de los Condes de Aguilar de Inestrillas.

Pasó también en la capital de Guipúzcoa la llamada *gran semana,* en la que las fiestas se suceden sin interrupción; los toros, el tiro de pichón, las funciones teatrales, los cotillones del Casino, hasta las *matinées* régias en el Palacio de Miramar; un verdadero vértigo que se apodera de todos los habitantes de San Sebastián, que ven acercarse el mes de Septiembre como la época de tranquilo reposo, de que no disfrutan durante los primeros meses del verano.

En San Sebastián la presencia de la Córte, el continuo ir y venir de los personajes políticos, la incesante actividad de los *reporters,* contribuyen á dar una nota más política, y por decirlo así, más *madrileña* á la vida veraniega; lejos de allí, la existencia enteramente campesina de los veraneantes de *El Escorial* y de Cercedilla, y aún de la colonia de San Ildefonso; en la pequeña Córte de verano las señoras cambian de *toilettes* tres ó cuatro veces al día; lucen en el teatro y en el casino joyas suntuosas, y cuando bajan por las mañanas á la playa, adornan con ricos *volenciennes* las batistas de sus vestidos. Una dama conoce el que traza estas líneas, tan célebre por su ingenio como por la riqueza de sus joyas, que preguntada por éste acerca de las que se reservaba para la estación veraniega, en el momento en que depositaba en el Banco de España una bien repleta caja de alhajas, le hizo el siguiente inventario: dos hilos de perlas, dos de brillantes, las pulseras, los pendientes de turquesas, los de esmeraldas, los de záfiros y los de perlas; varios solitarios y otros *dijes* y adornos de cabeza: es decir, lo que no pocas damas se contentarían con tener para las grandes solemnidades del invierno.



Busto del fotógrafo D. Antonio Esplugas.
Escultura de *José Campeny.*

***

Las funciones teatrales de aficionados, son una de las diversiones favoritas de algunas colonias veraniegas, y con frecuencia se revelan en estas improvisadas *compañías* artistas de verdadero mérito; pero las que sobre todo han adquirido ya justa fama en la sociedad aristocrática, son las que se verifican en el teatro de los Duques de la Unión de Cuba en Zarauz, y en el lindo coliseo de La Granja.

Forman parte de la *compañía* del primero, una *tiple* tan bella y de tanto mérito como la elegante señora de Vera, y actrices tan distinguidas como la joven Marquesa de Valdefuentes y como las señoritas de Carvajal, Ibargüen y Santos Suarez, mientras que entre los actores figuran jóvenes de tan relevantes condiciones artísticas como el Duque de Luna, don José de Vera, los Marqueses de Somosancho y Valdefuentes y otros varios.

Allí se han representado con gran primor zarzuelas lindísimas, algunas como *De P. P. y W.,* en las que únicamente una dama de tan singular gracejo como la gentil señora de Vera, podía superar la gracia y donosura de la que estrenó dicha obra, y para quien la escribieron los señores Perez y Rubio: la notable Loreto Prado.

***

Por el escenario de La Granja, han pasado también actores y actrices muy notables; hace ya muchos años que, como digno coronamiento de las fiestas del Real Sitio, celébrase allí una función de aficionados, y á las veces, llegan á tanto las facultades de la escogida *trouppe,* que nada menos que zarzuelas de difícil ejecución, y aun comedias en tres actos, se ven allí representadas con perfección increíble.

Este año constituyeron la aristocrática compañía, las señoras de Chulvi y de Santana, las señoritas de Coello y de Comyn, y los señores Conde del Cazal, don Basilio Avial, Coello, Marqués de Haro, Drumen, Vázquez y algunas más, y apesar de que la obra escogida ha sido una de tantas dificultades, como la admirable comedia de Bretón de los Herreros *A Madrid me vuelvo,* obra que sirve de texto á los alumnos de la Escuela de Declamación, los distinguidos *actores* salieron muy airosamente de su empeño, mereciendo por ello entusiastas ovaciones.



A muerte
Escultura de *José Campeny;* premiada con 2.ª medalla en la última Exposición Nacional.

***

Tal es el principal cuadro del veraneo aristocrático, que toca á su término y que deseo haya sido muy feliz para mis lectores del Album Salón.

MONTE-CRISTO

PRIMORES

¡Cómo cantaba aquel hombre!

¡Digo! aquel ruiseñor granadino; aquel Gayarre con acento de allá abajo.

Poseía todos los «estilos», desde las granadinas, malagueñas y sevillanas, hasta lo más selecto del canto jondo.

Era una maravilla europea aquella garganta, que enjuagándose, como aquel que dice, con una sílaba, bien fuera diptongo ó letra suelta — todo esto en opinión de críticos del arte,—se pasaba una hora y más, y aun toda una noche se hubiera pasado gargarizando, sin acabar de «soltarle» la copla al auditorio ilustrado.

— ¡Ay!. . ¡ay!... ¡ea... y!...

Y así, hasta «jartarse» de lamentaciones poéticas, y de palmas y «¡olés!» del público inteligente.

Por *Primores* le conocían, y era muy justo el mote.

No hay para qué decir, que era el mejor ornamento de los salones, lo mismo en Sevilla que en Madrid, y en Granada que en Valencia, y que se veía obsequiado en casas muy principales que gustaban de oir cantar el género «flamenco», español, «jondo» y puro, como salía de aquella garganta, en «trovas naturales».

Y no se contentó *Primores* con lucir en su patria; sino que se arrancó una vez y salió á viajar por «París de Francia y el Extran

jèro», y estuvo cantando, según él relataba con mucha formalidad y aún más gracia, en varios círculos del *fobur* y de la *banlier,* y en el *bolevar,* y en varios teatros de los principales.

Y en Londres, también se vió muy aclamado cantando en *Idem-Park,* y en otros sitios «dificultosos para la pronunciación».

En aquélla correría ganó algún dinero y, de regreso en España, pensó en establecerse definitivamente.

Consultó con su compadre, que era un tocador de guitarra también magistral, pero que no había sido apreciado por el público en su verdadero valor, y andaba mal hasta de ropa.

Primores, de regreso del extranjero le protegió, facilitándole unos cuantos duros, para que se vistiera «indecorosamente» y «se apañara y apañara su casa».

Claro está, que el compadre *Borrego,* - así le intitulaban las gentes, aconsejó al capitalista *Primores,* que abriera un establecimiento modelo de *cafés-conselz* como los que había visto en París, «sormente» que á la española.

Pero *Primores* temía aventurar sus «libras» en una empresa que había arruinado á varios «capitalistas», y dudaba.

— Es el negocio más claro en que puedes meter tus intereses,—le aconsejaba el *Borrego,* deseoso de asegurarse un sueldo dignamente.

Por fin, que el ruiseñor cantante se decidió á ello y, en pocos días, estableció en Málaga un café con todos los adelantos de París, traducidos á la andaluza.

Un café «tirado por camareras», como decía él mismo algunos años después.

— Como Málaga es buena tierra, y por mor de «la vendeja» acuden muchos extranjeros ingleses y americanos, á «imescar» la pesca, se puede hacer buen negocio, siquiera en esa temporada—pensó *Primores.*

Y así fué: el establecimiento se vió en extremo concurrido; siendo grande el consumo de vino, licores, pescado frito y ostiones naturales.

Aquello era el centro de la juventud aristocrática y artística.

Primores, aparte de su «popularidad europea» y de su valer, había reunido en su establecimiento las *divas* del género, más notables y celebradas por «la crítica» y por «la opinión».

Y respecto á profesores instrumentales, donde estaba el *compadre Borrego* no cabía otro.

— Por fin, — como decía el compadre, – que el establecimiento era un Liceo, un Casino, un «*Oratorio* de beyas antes».

Primores se hartaba de ganar dinero y de «presumir».

Pero cuando menos se lo espera el hombre, se interpone en su camino alguna contrariedad.

Donde menos se sospecha, salta un tunante que abusa del hombre de bien.

Primores era un hombre bueno, en su clase

Hasta cantaba sin segunda intención; coplas siempre escogidas.

El tunante fué un inglés.

No se supo si solo ó en connivencia con el *compadre Borrego,* que era una mala persona para todo, menos con la guitarra en la mano, que dejaba al *Esopo* tamañito — como decía *Primores,*—porque jazía yorar hasta á los animales, cuando quería.

El inglés, que luego se supo que no era de la Inglaterra, sino español, visitaba el establecimiento á diario y gastaba dinero, convidando á los artistas y aun al mismo *Primores.*



PATIO INTERIOR DE LA VICARÍA (GERONA). Acuarela de F. BRUNET Y FITA.

Era,—según él mismo aseguraba, — representante de un banco de economías en Londres; banco que poseía en caja sinnúmero de libras, y más que libras, arrobas esterlinas.

Andando los meses y viendo que el *café-concert* ó *café conseltz,* como pronunciaba *Primores,* daba dinero y que el dueño se resentía un tanto de la voz, que había sido y era la base de su fortuna, propuso á éste que lo realizara todo y confiase su capital al Banco de economías, por él representado en España.

Primores consultó con su compadre, en vista de las proposiciones del inglés, y conociendo que se le acababa «la voz de tenor de más de cincuenta grados sobre cero», que poseyera en tiempos pasados.

El *Borrego* le aconsejó que aprovechara la compostura.

Y, después de largas meditaciones, porque *Primores* era irresoluto, se decidió el ex-ruiseñor á venderlo todo, traspasarlo y entregar, mediante documento, la fortuna que había realizado al representante *englismán.*

Dejóse éste rogar, pretextando que la cantidad era pequeña; que seis mil duros nada representaban para aquella casa de Londres, que él creyó sería mayor el capital, y que, por fin, escribiría á ver...

— Es usté el hombre que ha nazío de pie, — le decía el compadre. — ¡Cuidao con verse capitalista en un banco de Londres mismamente, como se va usté á ver! Cobrando una renta como el *Rochil...*

Ea, que todo se arregló y que el inglés recibió el dinero y entregó una *póliza,* vamos al decir.

Y... ya adivinarán ustedes el resto.

Que *Primores* perdió la voz y se quedó sin una peseta, por confiar su dinero al «Banco de economías» de Londres, con ramificaciones en otros países «más extranjeros», que decía el mismo representante de la casa.

A consecuencia de esto, el compadre desapareció de la provincia.

Primores le buscó inútilmente.

— Quiero dar con el compadre,—repetía el ruiseñor cesante,—para degollarlo como á un borrego idéntico, por desleal y por ladrón.

Pero no lo consiguió.

***

¡Pobre *Primores!*

¡El, que había sido el tenor mimado de la aristocracia *flamenca* y el encanto de los salones y «cafeses», verse obligado á suplicar que le contratasen, siquiera fuese como «jaleador» y para acompañar con las palmas, á los cantantes que no hubieran servido ni para limpiarle la ropa!

Logró, por fin, que le dejaran cantar «á prueba» para contratarle ó nó, en un teatro café de Jerez.

Y en poco estuvo que no le mataran de un botellazo.

Primores no daba crédito á sus ojos ni á sus oídos.

Hasta llamó *pebre* al público.

Manifestó que quería hablar y en un momento de silencio en la sala, dijo muy afligido:

— Respetable público: ¿es que ya se ha perdío la vergüenza, y no vale la hombría de bien pa el canto?

EDUARDO DE PALACIO



Cuadro de Felix Mestres.

EL OTOÑO

El verano ha concluído, y con él la época de la alegría y los placeres que disfrutan los favorecidos de la Fortuna—y muchos que no han recibido favor alguno de tan esquiva diosa—en las risueñas playas del Cantábrico, ó en lo poco frescos puertos de Levante; pues cada uno va, con tal de seguir la reinante moda del veraneo, al punto que más le agrada ó más cómodamente le permite el estado económico de su bolsillo.

Esto no se entiende con los que viajan por cuenta del Estado, ó á costa ajena, que siempre van donde los llevan... ó donde los mandan.

Los personajes de más ó menos valía; los políticos de alto y aun de bajo vuelo; los capitalistas, y hasta algunas cuantas eminencias políticas y literarias, déjanse ya ver en los paseos, en los teatros y demás sitios públicos de la coronada villa y corte; inmenso horno candente, durante los meses del florido estío—que decían los poetas bucólicos de antaño—y cuyos ardores estivales se han encargado ya de templar las frescas brisas matinales y nocturnas del otoño.

CONCIENCIA TRANQUILA. — Cuadro de Julio Romero de Torres.

El otoño es, sin género de duda, la bella estación de Madrid, pueblo al que, aun siendo nuestra cuna y habitual residencia, no podemos, á fuer de imparciales, conceder ninguna ventaja topográfica ni climatológica, ni muy recomendables condiciones higiénicas; empeoradas las pocas que tiene, por el descuido y la apatía de las autoridades locales, quienes, con solícito é incesante afan, debían procurar que la corte poseyera condiciones de salubridad dignas de la capital de una monarquía europea y, por ende, civilizada.

Permítasenos que usemos esta frase, pues con rubor confesamos que la célebre *villa del oso y el madroño* no es digna del nombre de población culta; pese á los conatos de embellecimiento iniciados hace la friolera de treinta y cinco años,... espacio más que suficiente para levantar por completo una gran ciudad

Y la prueba de que no es exagerada nuestra aserción, está á la vista de quien quiera observar el aspecto que ofrecen algunos barrios extramuros de Madrid.

El extranjero que por primera vez venga á la corte y haga su entrada por la calle de Segovia, tan próxima al Palacio Real, ó por la calle de la Arganzuela, tan inmediata á la estación de las vías férreas del Mediodía y las Delicias; al ver la Cuesta de Ramón y la de los Ciegos, y las calles del Peñón, Rodas, Ventosa, etc., creerá, seguramente, que se encuentra, no en una población de Europa, sino en los sucios arrabales de Tánger ó de Tetuán el africano.

Y nada se diga de los asquerosos suburbios, llamados barrios de las Peñuelas y de las Injurias, que no tienen que envidiar á los aduares de los beduinos.

Hemos afirmado que la estación del otoño es la única en que se puede vivir en Madrid gozando de una agradable temperatura, puesto que la primavera representa sólo una continuación del insoportable invierno, y el estío una reproducción del clima abrasador de Africa.

En otoño, no obstante la temperatura algo baja de las noches y las madrugadas, se disfrutan, por lo regular, hermosos días de moderado y agradable calor. El cielo ostenta un azul límpido y radiante, casi siempre sin una nubecilla, y el sol, esplendoroso, convida á circular por los paseos de Recoletos, la Castellana ó el Retiro, únicos sitios de recreo que tienen para respirar un poco de aire—no del todo puro—los habitantes de esta población, que tanto pagan y tan poco se les atiende.

Mas el aspecto agradable y un tanto risueño de esta corta temporada de respiro no debe engañar ni seducir á los que se apresuran á disfrutar de ella, y muy particularmente á los forasteros que no están acostumbrados á las condiciones climatológicas de Madrid, donde tan frecuentes son los repentinos cambios de temperatura.

No hay que olvidar que el vecino Guadarrama, perpetuo palacio del genio malo de la pulmonía, empieza á enviar, entre sus heladas brisas, los invisibles y envenenados dardos que tan frecuentemente hieren y matan á los confiados y poco precavidos.

Conviene, por lo tanto, el usar ropas de abrigo, no en demasía desde un principio, sino paulatinamente, conforme avanza la estación; y hay que evitar los riesgos de la frescura de las mañanas y de las noches, muy especialmente al salir de los centros de reunión, como teatros, círculos, cafés y hasta reducidas tertulias particulares, donde siempre se respira un aire enrarecido y cargado de miasmas nocivos, que disfrazan, pero que no sanean, los suaves y delicados perfumes.

Dirigimos nuestros humildes y desinteresados consejos, por si quieren aprovecharlos, á las lindas jóvenes que, ávidas de lícitos placeres y de lucir sus encantos, concurren á las brillantes reuniones, vestidas con la ligereza que la caprichosa moda exige, y que tan cara suelen pagar muchas de sus admiradoras.

No hay que confiar en la robustez y la juventud. La estadística mortuoria presenta cifras desconsoladoras de fallecimientos de jóvenes; defunciones originadas por enfermedades contraídas á causa de la imprevisión ó de la excesiva confianza.

Ya que, por el buen parecer y el temor al ridículo, sea casi obligado el vestir como les place á las modistas y *modistos* de Paris, principalmente en los trajes de baile; encarecemos á nuestras lindas lectoras que, aun á riesgo de parecer menos bellas, cuiden en extremo, al salir de las *soirées* de mayor ó menor tono, del abrigo de su garganta y boca; puntos débiles por donde ataca el catarro, con sus consiguientes secuelas, á las niñas más cuidadosas de su hermosura que de su salud.

También encarecemos á las madres el cuidado del abrigo de sus pequeños hijos, en la actual estación, sobre todo en la elección de trajes de paseo para las tardes. Que no expongan la salud presente y futura de sus pequeñuelos, particularmente de las niñas, por satisfacer la vanidad de llevarlos vestidos con la rigurosa exactitud del último figurín.

Y si esto no se puede ó no se quiere evitar, retírese al menos á los niños de los paseos, antes de que anochezca y empiece á sentirse el fresco, el relente que acompaña al crepúsculo de la tarde.

Apesar de esas contras, el otoño es, lo repetimos, la estación deliciosa de Madrid. En cambio, tras ella viene la mala, la intolerable, que suele á veces prolongarse por espacio de seis meses; el cruel, el horrible invierno, del cual prometemos ocuparnos, dedicándole algunas líneas en tiempo oportuno.

Luis VEGA-REY

D. PORFIRIO DIAZ

PRESIDENTE CONSTITUCIONAL

DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS.

La personalidad más saliente de la América Latina, como militar, estadista y regenerador de su país, es sin duda alguna el general don Porfirio Díaz, actual Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.

Hijo de don José Faustino Díaz y de doña Petrona Mori, nació tan ilustre personaje en la ciudad de Oaxaca, á 15 de Septiembre de 1830. Después de sus primeros estudios en el Seminario Conciliar y en el Instituto de dicha ciudad, hubo de interrumpir su carrera de abogado, prestando su eficaz concurso y exponiendo la vida en favor de los conspiradores contra Santa Anna, y comunicándose con los prisioneros don Marcos Pérez, Manuel Ruiz y Mariano Zavala, juzgados militarmente en Oaxaca.

Perseguido por Santa Anna, alistóse en una partida revolucionaria y concurrió á importantes hechos de armas, militando siempre al lado de los defensores del plan de Ayutla y siendo nombrado Jefe Político de Ixtlán.

Ascendido á capitán de la Guardia Nacional por el Gobierno del Estado de Oaxaca, en la acción de Santa María Ixcapa fué gravemente herido; tomando parte en la defensa de la capital de dicho Estado á pesar de no hallarse aun restablecido de sus heridas. También formó parte, al mando de dos compañías, de las fuerzas liberales que persiguieron á Cobos desde Oaxaca hasta Tehuantepec y se halló en Jalapa en el combate de 25 de Febrero de 1858; siendo nombrado después gobernador y comandante militar del departamento de Tehuantepec. En tan difícil puesto y sin recursos y contando solamente con unos 150 hombres, tuvo que defender la plaza de los ataques de las partidas de Cobos; haciendo frecuentes salidas y castigando en varios combates la osadía de aquellas. Por el de 13 de Abril de 1858 contra Conchado, muerto en la acción, ganó el señor Díaz el grado de Mayor.

La derrota del general Mejía dió á Cobos, de nuevo, la posesión de la plaza de Oaxaca, de donde fuerzas muy considerables al mando del general Alarcón fueron destacadas á batir á don Porfirio Díaz. Antes de que Alarcón atacase la plaza la evacuó de noche el señor Díaz, salvando un convoy de 8.000 fusiles y abundantes pertrechos que estaban en Tehuantepec de tránsito para Acapulco.

Puesto en salvo el convoy en los bosques de Juchitan, Díaz emprendió una marcha hacia Santa María Reo en la madrugada del 25 de Noviembre de 1859, y no sólo salvó el convoy que más tarde embarcó en *La Ventosa*, á pesar de tener orden de destruirlo, ante el fundado temor de que cayera en poder del enemigo, sino que atacando al ejército contrario, le hizo numerosas bajas y se apoderó de 700 fusiles, ganando el grado de coronel de la Guardia Nacional.

Sin perder momento, organizó una columna de 500 hombres para reforzar las tropas del Gobierno, refugiado en la Sierra de Ixtlán y marchar con ellas sobre Cobos que estaba en Oaxaca, pero fuerzas muy superiores salieron á su encuentro y fué derrotado en el valle de Mitla (21 Enero). Reunidos al fin los coroneles Díaz y Salinas avanzaron cautelosamente hacia Oaxaca, desalojando á



D. PORFIRIO DÍAZ

viva fuerza el fortín *La Soledad* y estableciendo el asedio hasta que el 11 de Marzo, por orden del general Rosas Landa, se levantó el cerco de la capital en vista de que el general Miramón se acercaba en auxilio de los sitiados. En seguida recibió la orden de ir á contener al general Trejo, que penetraba en la Sierra por Ixtepeji, y al que venció en 15 de Mayo de 1860. Reorganizadas y pertrechadas sus tropas y curados sus heridos, los coroneles Díaz y Salinas, emprendieron la marcha hacia Oaxaca el 3 de Agosto, al frente de 700 hombres y dos piezas de montaña, sin ser hostilizados hasta la hacienda de San Luis, donde Cobos, que les atacó con 2.000 hombres, fué batido y dispersado, dejando en el campo 18 cañones de varios calibres, con cuyo auxilio las tropas liberales atacaron y tomaron Oaxaca, reduciendo á Cobos á los conventos del Carmen y Santo Domingo del cual logró evadirse con todas sus fuerzas, pero perseguido por el coronel don Félix Díaz, hermano de don Porfirio, fué derrotado en *Las Sedas*, camino de Tehuacán.

Las tropas de Salinas y Díaz, fuertes de 1.000 hombres, pasaron desde Tehuacán á incorporarse á la división del general Ampudia, que maniobró por los alrededores de Puebla, México y Pachuca, hasta que al salir de México el general Miramón para oponerse al avance del ejército del Norte que al mando de Gonzalez Ortega y de Zaragoza, aparecía por Querétaro, avanzó Ampudia en auxilio de éstos hasta colocarse á su retaguardia en el momento en que ambos ejércitos entraban en combate. Vencido Miramón y hechos prisioneros gran número de sus soldados (22 Diciembre de 1860), las tropas republicanas ocuparon la capital de la Nación.

Vueltas las fuerzas de la Guardia Nacional á sus respectivos Estados, al llegar Díaz á Oaxaca fué electo diputado al Congreso General, por lo que volvió á México á ocupar su asiento hasta el 21 de Junio de 1861, en que Márquez atacó la capital, pero fué rechazado y en su persecución salió el general González Ortega, á cuyas órdenes iba el coronel Díaz. Después de dos meses de infructuosas persecuciones, supo el citado general que Márquez había llegado á Tianguistengo, y entonces destacó el coronel Díaz al frente de una columna de 330 infantes y 200 jinetes para que batiera al jefe reaccionario, como lo hizo, cayendo sobre Márquez en Jalatlaco y batiéndolo desde las diez de la noche del 12 hasta las cuatro de la madrugada del 13 (Agosto de 1861). En este brusco cuanto atrevido ataque nocturno, Márquez huyó á pesar de ser embestido por fuerzas muy inferiores á las suyas, dejando en el campo de batalla gran número de muertos y heridos, toda su artillería é impedimenta y más de 500 prisioneros en poder de Díaz. Entonces fué cuando, á petición de Gonzalez Ortega fué ascendido á general.

Rehecho Márquez de su descalabro, y reforzado con un regimiento del Gobierno, sublevado en San Luis Potosí, amenazó caer otra vez sobre México, pero en la batalla de *La Cruz de los Ciegos*, en la que también se encontraba el ya general Díaz, fué nuevamente derrotado.

Al regresar á México el ejército republicano, tuvo noticia de la alianza tripartita, y poco después aparecían en aguas de Veracruz las flotas española y francesa y el contingente inglés. En vista de ello, el Gobierno organizó un cuerpo de ejército compuesto de dos brigadas, una de las cuales fué confiada al general Díaz.

Invadido el país por los aliados y rotas con ellos las negociaciones, tuvo el general Díaz varios encuentros con el ejército francés, replegándose por órdenes superiores hacia la sierra de Ixtapa, en la que puesto á retaguardia del general Zaragoza, contuvo la dispersión del ejército republicano al ser atacado en sus posiciones por el invasor (Abril de 1862).

Replegado Zaragoza en Puebla, esperó el ataque del general francés Lanrencez, que contuvo gloriosamente y en el que el general Díaz fué uno de los héroes de la jornada (5 de Mayo).

Al empezar Forey sus operaciones sobre Puebla, estuvo el general Díaz de reserva en la plazuela de San Antonio; más tarde relevó la brigada de Escobedo cubriendo la línea de Sud á Norte, donde rechazó un violento ataque de las tropas francesas defendiendo la brecha del mesón de *San Marcos*, á pecho descubierto y llenándose de gloria en un combate que duró desde las seis de la tarde hasta las diez de la noche. Una hora más tarde, y abierta una nueva brecha en el mesón de los *Nobles Varones*, los franceses se lanzaron impetuosamente al asalto, llegando hasta el centro de la manzana, de donde los rechazó el general Díaz, durando el combate hasta la madrugada siguiente (2 Abril de 1863).

A las nueve de la mañana abrieron los sitiadores otra brecha en el mesón de San Marcos, pero no llegaron á asaltarla. A las doce embistieron nuevamente, siendo también rechazados por la brigada de Díaz á la que no volvieron á atacar.

Rendida Puebla (17 de Mayo), de donde pudo evadirse Díaz, presentóse en México, y después de estar al mando de una división de las tres armas, pasó á San Luis Potosí, residencia del Gobierno General, donde se le encargó un plan de campaña que fué aprobado, y la organización de un nuevo cuerpo de ejército con el que recorrió los Estados de Michoacán, Guerrero, México y Puebla, tomando á Taxco. Por tantos y tan importantes servicios, fué ascendido en 14 de Octubre del mismo año (1863) á general de división, grado superior en el ejército mexicano.

Llegado á Oaxaca y con asombrosa actividad, organizando nuevos contingentes y fundiendo cañones con el bronce de las campanas de los templos, preparóse á la defensa de la plaza, que no tardó Bazaine en atacar avanzando lentamente y abriéndose caminos á sus trenes rodados. Repetidas veces detúvole el general Díaz en su marcha, en gloriosos combates que costaron al enemigo sensibles pérdidas, hasta que, encerrado en Oaxaca (22 Diciembre de 1864), defendióse tenazmente hasta el 5 de Febrero en que reducido á 800 hombres, sin víveres ni municiones, y no pudiendo evitar la deserción en sus tropas, tuvo que rendir la plaza á los sitiadores, siendo conducido prisionero á Puebla, de donde logró fugarse el 20 de Septiembre del mismo año. Secundado por un puñado de hombres, comenzó á desarmar y dispersar pequeños grupos de imperiales; al frente de 200 jinetes derrotó en Tulcingo al coronel Bisoso, y empezó una fatigosa serie de correrías por el Sur de Puebla, perseguido por Bernard y otros, á quienes ahuyentó varias veces con sus estratégicas marchas y contramarchas. Engrosado cada vez más el número de sus tropas, derrotó el 22 de Mayo de 1866 al general guatemalteco Ortega, causándole grandes destrozos y apoderándose de más de 600 fusiles, y avanzando en territorio de Oaxaca batió al español Ceballos (14 Abril), dispersando á 100 hombres que le seguían.

Organizadas sus fuerzas, abrió la campaña en el Sud de Puebla, ocupando Tepeji de la Seda y San Juan Ixcaquixtla Pasando las montañas de las Mixtecas, amenazó á Oaxaca, derrotando á un destacamento del Conde de Ganz, fuerte de 200 hombres, y venciendo á Oronoz que con 1.300 soldados de todas armas, franceses, austriacos y mexicanos, fué derrotado por Díaz en Miahuatlán, no pudiendo salvarse del desastre más que unos 300 jinetes en muy malas condiciones.

Formalizado el cerco de Oaxaca, cuando el general Díaz se preparaba al asalto, supo que el coronel Hotzer, procedente de Puebla y al mando de una columna de 1.500 hombres, se dirigía á la plaza sitiada. De noche, sin que en Oaxaca se apercibieran de ello, reunió sus fuerzas diseminadas en torno de la ciudad, salió al encuentro del enemigo al que se interpuso en *La Carbonera*, donde se trabó el combate (18 de Octubre de 1866) venciéndole completamente, apoderándose de 800 carabinas austriacas y de una batería de cañones rayados, haciendo prisioneros á 700 soldados austriacos y franceses. Tan señalado hecho de armas, fué premiado al general Díaz con el merecidísimo título de *Héroe de la Carbonera*.

Restablecido el sitio de Oaxaca, tuvo la ciudad que rendirse el 31 del mismo mes, cambiando con ello de una manera radical la situación del Imperio y el aspecto de la guerra.

Seguidamente, venció el general Díaz á los defensores de Tehuantepec en dos encuentros consecutivos y se apoderó por asalto de Puebla (2 Abril de 1867), importantísimo centro de operaciones del ejército invasor. Rendidos sucesivamente los fuertes de Guadalupe y Loreto, último baluarte de los reaccionarios de Puebla, marchó Díaz al encuentro de Márquez, al que persiguió, ahuyentándolo en varios encuentros, hasta su completa dispersión cerca de Texcoco.

Entonces pasó nuestro héroe á poner en práctica el último acto de su plan de campaña, con el asedio y toma de la capital de la República. Comenzado el 12 de Abril el sitio de México, terminó con su incondicional rendición el día 20 de Junio y con la entrada (el 21) en la ciudad, de las tropas republicanas. Gratísima fecha, que recuerda el eterno hundimiento de la tiranía para dar paso á una creciente oleada de civilización y paz regeneradoras.

Vuelto el Gobierno á México, y reorganizado el ejército, pasó el general Díaz á su finca de «*La Noria*», donde en 1871 expidió el Plan de este nombre.

Triunfante la revolución de Tuxtepec en 24 de Noviembre de 1876, se apoderaron las tropas del general Díaz de la ciudad de México, y convocada la Nación á elecciones de Presidente, fué elegido para el supremo cargo el ilustre ciudadano Porfirio Díaz.

Para apreciar la importancia de la obra, política y administrativamente colosal, de nuestro biografiado, bastarán algunos datos estadísticos, más convincentes que cuanto pudiéramos decir en elogio del Pacificador de México, y que ponen de relieve sus constantes esfuerzos en bien del país que depositó en sus manos el gobierno.

Los caminos de hierro que en 1876 sumaban algunos centenares de kilómetros y llegaban á 1.000 en 1880, superan hoy á la cifra de 12.500, sin contar crecido número de ellos en construcción.

Los productos brutos de las líneas en explotación, no llegaron á 3 millones de pesos en 1875 y en 1898, se elevaron á unos 40 millones.

Llega á 90.000 kilómetros la extensión de la líneas telegráficas y telefónicas.

El movimiento en correos, en 1879-80 no llegó á seis millones de piezas y en 1896 97 ascendió á 140 millones, cifra que da á conocer mejor que nada, el sorprendente desarrollo del comercio y las industrias.

El tráfico exterior, que hasta 1876 fué muy reducido, especialmente el de exportación, pasó de 170 millones de pesos en 1897-98, correspondiendo á las exportaciones el 75 por 100 aproximadamente.

El movimiento marítimo, ha aumentado por manera considerable; la agricultura y la minería han sido extraordinariamente fomentadas, y la producción fabril hará pronto innecesaria la importación de muchos artículos de mayor consumo.

Las rentas públicas hanse elevado desde 25 millones en 1876 á 52 millones en 1899 sin forzar, ni de mucho, la máquina de la tributación.

La administración de justicia, la instrucción pública, la organización del ejército y la naciente marina, están en México á una altura envidiable y en grado de esplendor digno de cualquiera de las naciones que más descuellan en el mundo civilizado.

El general Díaz ha fundido en un solo ideal, el de la paz y prosperidad de la República, las antes opuestas aspiraciones de los distintos partidos políticos. Héroe militar y estadista eminente, de sencillísimas costumbres y privilegiadas dotes, sabe sacrificarse en bien de su nación, que prospera y fructifica abundantemente, bajo la dirección de su experto gobernante.

Barcelona, Octubre de 1899. ***

ESPOSAS MODELO EN ESPAÑA

DOÑA LEONOR DE CASTILLA

He aquí el nombre de una mujer sublime cuyo amor conyugal fué la admiración de su siglo, cuya abnegación heroica le conquistó la justa y merecida aureola de la inmortalidad.

Digna hija del santo rey Don Fernando y de Doña Juana, segunda esposa de éste, fué Doña Leonor modelo de virtud y candor, como su augusta madre, quien supo educarla en las severas máximas de la religión católica; formando, por medio de la fe, la esperanza y el amor puro, la verdadera y única vida del corazón, y un alma tan noble y elevada, que de su rica semilla brotaron á raudales todas las inagotables é imperecederas bellezas del espíritu.

Dotada de singular hermosura, tenía en los ojos el principal atractivo; delatando los purísimos destellos de sus brillantes pupilas toda la grandeza de su alma heroica.

Llega el momento de la transfiguración de la joven española. La mariposa ha roto su capullo, y la niña, convertida en hermosa mujer, está llamada á ocupar un lugar importante en la alta sociedad á que pertenece. La fama de su belleza y virtudes llega hasta el trono de la poderosa Inglaterra, y el rey Enrique III la escoge para esposa de su hijo Eduardo. Y ocurre este suceso precisamente en la época en que comenzaban á iniciarse algunas contiendas entre Inglaterra y Castilla, con motivo de la Gascuña; pues Don Alfonso el Sabio, que reinaba á la sazón, por fallecimiento de San Fernando, considerábase con derecho á ella, alegando como prueba indiscutible la concesión hecha por Enrique II y confirmada más tarde por Ricardo y Juan, reyes de Inglaterra.

La unión de Doña Leonor con el príncipe inglés fué el iris de paz que finalizó estas diferencias, con tal satisfacción de Don Alfonso que, al conceder á aquél la mano de su hermana, dióle como dote la Gascuña; cesión solemne, consignada por el espléndido monarca castellano en la carta dotal, que se firmó en 1.° de noviembre de 1254, y la cual llevaba pendiente un magnífico sello de oro de media libra de peso. Al propio tiempo, otorgó Don Alfonso algunos privilegios á los súbditos ingleses que fueran á Santiago en romería; haciendo saber al monarca de Inglaterra que deseaba conocer al príncipe Eduardo y armarle solemnemente caballero.

Grande fué, pues, la pompa y ostentación que con tal motivo desplegaron ambos monarcas. La noble Castilla recibió con la mayor alegría y agasajo al príncipe inglés, celebrando notables é importantes fiestas, que denotaban una vez más el contento de Don Alfonso.

Tan memorables acontecimientos verificáronse en Burgos; quedando el príncipe Eduardo armado caballero por el rey, y celebrándose, al propio tiempo, el tan deseado enlace de Doña Leonor.

El mismo año de su matrimonio abandonaron á Castilla ambos esposos, dirigiéndose á Inglaterra, donde la joven princesa fué recibida con el mayor regocijo por Enrique III; quien agasajóla con tantas valiosas donaciones que llegó á disgustar á sus propios súbditos. Modelo Doña Leonor de esposas, amaba con tal vehemencia al príncipe, que el monarca inglés, regocijado con su elección, prodigóla siempre justo y merecido afecto. No era menor el cariño y entusiasmo del príncipe hacia su joven compañera. Ambos vivían entregados completamente á una ternura sin límites; sintiendo ese amor grande y profundo que identifica dos almas, y convierte la tierra en un paraíso, y labra la única verdadera felicidad de la vida.

En aquellos tiempos, el espíritu religioso impulsaba á los hombres más notables á acudir en defensa de la Cruz, convirtiendo en insignes guerreros á los defensores de tan noble causa. Con tal motivo, el príncipe inglés, animado de estos sublimes sentimientos, parte para la Tierra Santa. Compañera inseparable D.ª Leonor, olvida su estado y los peligros de tan penosa campaña, y, gozosa y feliz al lado de su esposo, le acompaña en su larga y penosa excursión.

Clemente el Todopoderoso, y como queriendo premiar el amor de tan notable mujer; en medio de tantos sinsabores y contratiempos, dió ésta á luz con felicidad una hermosa criatura, que fué fruto de bendición para ambos esposos, y el complemento de su dicha. Juana de Acre pusieron por nombre á la amada niña, en conmemoración al lugar en que vió por vez primera la luz del mundo.

Pero, la felicidad nunca es completa; también sobre aquel nido de amor y ventura desplegó el dolor sus negras alas.

Los cristianos sostenían rudos combates: el príncipe, al calor de la fé que llenaba su pecho defendía desesperadamente la religión del Crucificado. En uno de esos terribles encuentros cae herido mortalmente. Su amante esposa le espera, como siempre, en su tienda, dominada por un tristísimo presentimiento... Las lágrimas surcan sus pálidas mejillas, y su mirada, lánguida y triste, no se aparta del camino por donde debe regresar el amado de su alma. Ignora la causa de su pesar, y sin embargo, la inquietud la domina, y no logra combatir la tristeza que la abruma. Al fin, divisa á su esposo, y lanza un grito horrible de dolor, al reconocerle. Regresa, sí, pero no solo ni por su pie. Casi agonizando, le traen en brazos sus compañeros de combate. Doña Leonor corre hacia él... se le abraza con desesperado frenesí,... le dirige las frases más tiernas y cariñosas... ¡Inútil empeño! La sangre que brota de su herida le ha debilitado hasta tal punto que nada ve ni nada oye. Su desolada esposa, abrumada bajo el peso de su inmenso dolor, tiene que alejarse del sér querido y dejar el sitio á los doctores de la ciencia. ¡Horribles instantes son aquellos para la afligida princesa! Cada segundo que transcurre se anuncia por un fuerte latido en su corazón, y le parece un siglo de mortal angustia. La transparencia de su cutis, siempre rosado, tórnase cadavérica, y el llanto á que no dan salida sus ojos, cae como plomo derretido en su corazón. Inquieta y con el alma hecha pedazos, espera el pronóstico de los sabios doctores. Transcurren, al fin, aquellos momentos tan largos para su terrible ansiedad. Los físicos van á dar su fallo: Doña Leonor les detiene un instante por involuntario ademán. Con ambas manos oprime su pecho... Siente que le falta el aire; que la férrea garra del dolor oprime su corazón, lo lacera, lo estruja, lo magulla, cual si quisiera destrozarlo. Su alma entera se refleja en el límpido cristal de sus ojos. No ya lágrimas, fuego, brota de sus hermosas pupilas. Haciendo un supremo esfuerzo, ordena que hablen. El fallo es mortal, no tanto por la importancia de la herida, cuanto por estar envenenada la saeta que la ha causado. Los doctores quieren salvar la vida del príncipe de Gales; pero existe sólo un medio: y éste, con ser urgentísimo, para que no llegue á envenenarse toda la sangre del ilustre enfermo, es tan terrible, que lo consideran irrealizable. Doña Leonor, ansiosa y anhelante, quiere conocerlo. Los físicos dicen: «Chupar la llaga y extraer la letal ponzoña: no hay otra salvación; pero la persona que aspire esta sangre arriesga su vida, en la casi seguridad de morir igualmente envenenada.» La amante esposa sonríe, al cabo. No duda, no vacila... Veloz, cual si tuviera alas, corre al lado de su esposo, y, aplicando ávidamente sus amorosos labios en la llaga, aspira con vehemencia todo el veneno. La vida del príncipe se ha salvado: el amor inmenso de su amante compañera, tan grande y sublime como quizá no haya otro ejemplo, le ha devuelto la existencia;... y el Dios Omnipotente quiere conservarle á ella también la vida como premio á su incomparable heroísmo.



El príncipe no encuentra frases bastantes para demostrarle su inmensa gratitud. ¡Qué importa; si una mirada de sin igual ternura, expresa mejor sus sentimientos que el más elocuente lenguaje!

Doña Leonor se siente otra vez feliz esposa, y dominada del mayor regocijo por haber salvado la vida al hombre querido. Ni un instante se separa de la cabecera de su lecho, cuidándole con maternal solicitud. El príncipe la contempla enajenado de gozo y reconocimiento; mirándola con tal veneración, que más que mortal criatura la juzga un sér angelical, extranjero en este mundo de humanas miserias.

La noticia de la heroica acción de la joven princesa circula por todas las naciones, que, llenas de admiración y entusiasmo, prodigan los mayores elogios á la célebre española.

Su nombre se repite con profundo respeto; figurando entre los más notables de nuestra Historia, no sólo como el de una esposa modelo, sino también como el de una princesa y madre dechado de virtudes y compendio de humanas perfecciones.

Josefa GUTIERREZ

CESAR DE GRAU

PLAYAS NAPOLITANAS



ISABEL LA CATÓLICA, DICTANDO SU TESTAMENTO

Cuadro de E. ROSALES, existente en el Museo Nacional de Pintura.

CASTELAR Y EL ARTE

(Continuación).

« El Arte, como la Naturaleza, es un gran sistema enlazado y coordinado con leyes reales. Lo que en el mundo material llamamos seres ú objetos, en el mundo del Arte se llama ideas ó creaciones. El Arte, se desenvuelve por medio de una serie de manifestaciones que van siendo más adecuadas á nuestro espíritu conforme se van separando del mundo sensible y ascendiendo á manera de misteriosa escala al cielo de las eternas armonías. La Poesía, es la cúspide del Arte, su última forma, la expresión más hermosa de lo ideal. La Arquitectura, la Escultura, la Pintura, la Música, componen una serie ascendente en que se ve al espíritu desprenderse de las formas materiales y expresar su pensamiento con una forma invisible, que se asemeja á lo espiritual, el sonido, eco del sentimiento. Pero el arte que resume y compendia todas las artes, sin duda es la Poesía, pues, como la Música, expresa el sentimiento por medio de los sonidos; como la Pintura, refleja y reproduce la Naturaleza; como la Escultura, esculpe en la mente la idea del hombre espiritual, siendo por todos estos títulos la corona del Arte. El pensamiento con todos sus colores, con todas sus bellezas, con todas sus formas, se encarna y manifiesta en la Poesía. El fondo de las obras poéticas es el fondo mismo de las cosas.»

***

La Arquitectura. - « El primer arte que el hombre necesitó para su vida, el que está más cerca de su sensibilidad, es la Arquitectura, arte en que entra por más que en ningún otro la materia.»

« ... La Arquitectura simbólica ha de pasar á ser clásica, ha de dejar la Naturaleza y ha de escoger por tipo al hombre. ¿Dónde nacerá así? Ya os lo he dicho, en Grecia. La casa y el templo tendrán una misma forma, como Dios y el hombre tienen una misma organización, una misma substancia...»

« La Arquitectura es colosal, desmesurada en el Oriente; armoniosa como una lira en Grecia; crécese en Roma, tomando magnificencias orientales; sube, sube como una oración alada en las grandes iglesias góticas, y luego vuelve á resumir todo lo antiguo en las grandes síntesis contemporáneas de las artes, que se resume hoy en el sentimiento é idea de la humanidad.»

La idea religiosa y cristiana obraba profundamente en Castelar; sus últimos años y sus últimos momentos lo han probado; artista de tal mérito y de tal religiosidad no podía preterir el tema que le ofrecía el templo cristiano y con preferencia el templo de estilo ojival ó gótico. Es cosa asombrosa que en sus discursos más utilitarios, arietes de combate, intercalara bordados artísticos, minuciosos, como este que voy á transcribir, sacándolo... del *Diario de Sesiones* del Congreso. El párrafo de las catedrales, Castelar lo ha repetido (con cortas variantes) lo menos cuatro veces en su vida y en diferentes actos públicos, ¡pero el público nunca se cansó de aplaudirle!

Lo cierto es que, como dijo muy bien el señor Sánchez del Real (1873), nadie ha igualado al orador y escritor en las descripciones de la catedral cristiana, en especial de la gótica. Al solo anuncio de que con este tema iba el gran historiador á publicar un libro instructivo y ameno, como suyo, yo suspendí, por temor á caer en el ridículo, la ampliación de una Conferencia de análogo asunto, que había leído el año 1885 ante una laboriosa Sociedad Económica. Ignoro si su obra ha ido adelante y si se ha publicado; creo que nó; si así fuera, han perdido la Literatura, el Arte y el pueblo, un gran monumento; para éste sobre todo, y más explicado por Castelar, hubiérale sido del todo inteligible el gran libro de piedra de su primera emancipación, no pocas veces para él enigmático, y, lo que es peor, inspirador de ingratas y monstruosas prevenciones.

Pero, si para muestra basta un botón, vaya este botón de oro, rodeado de diamantes:

Una hermosa tarde de verano, el joven (que hoy sólo ha muerto viejo por la experiencia) queda absorto ante San Juan de los Reyes, en Toledo, y ante la idea que los monumentos de tal objeto y filiación estética representan. « Al levantarse de la tierra, como la Naturaleza, se presentan varios, múltiples, abrazando mil minuciosidades, mil pormenores, como otras tantas ideas esparcidas por sus muros; pero, conforme se elevan en los aires, conforme van ascendiendo á los cielos, sus líneas esparcidas se unen, se dirigen á un fin, rematan en un punto, como toda la Religión concluye y remata en la unidad de Dios.»

El 7 de Abril de 1876, aludiendo al señor Fernandez y Jiménez, quien había dicho que las catedrales eran el único símbolo que salía' inmaculado en el caos de la Edad Media, pronunciaba estas palabras:

» En efecto; en la Edad Media, la Iglesia era el símbolo de todo, absolutamente de todo; á sus puertas se celebran los pactos; á su nombre se agrupan los hogares; en sus claustros nacen desde el mercado hasta el teatro; al son de su campana se entra en los combates de la vida y se cae en los abismos de la muerte, se apagan las pasiones del corazón y se conjuran las nubes del cielo; por sus pavimentos cubiertos de lápidas, descansan las generaciones pasadas; en sus capillas, henchidas de misterios, se levantan las tumbas de los Reyes; bajo sus bóvedas resuenan desde el canto de la victoria del *Te Deum*, hasta el canto de la desesperación en los trenos de Jeremías, en los lamentos de Job y en los relámpagos del *Dies irae;* en sus altares, cuajados de ex-votos, se ven los bienaventurados, las vírgenes que animan, que alientan, que fortifican; en sus vidrios de colores, en sus lámparas, parecidas á estrellas errantes, van á bañasse como nubes de mariposas y encenderse las ideas; y por sus cúpulas, que hienden los espacios y van á perderse en lo infinito, suben las almas despojándose de las cenizas de la tierra á espaciarse y á confundirse en el inmenso seno del Eterno. »

Como antes he consignado, repitió varias veces esa descripción; en una muy mejorada dice, poco más ó menos (porque cito de memoria), « que las hojas de laurel, de cardo, de viña, de trébol, de yedra, extendidas por los muros, archivoltas y pilares, representaban la Naturaleza; que los vidrios polícromos al trasparentar poéticamente la luz, simbolizaban el misticismo de la esperanza, y que la aguja aguda, calada, desprendiéndose de los suelos y elevándose á las alturas, es la escala por donde el alma, transfigurada en la oración y la penitencia, sube, ávida de luz, sacudiendo el polvo de la tierra, á confundirse en el inmenso seno del Eterno.»

La suspicacia de sus más enconados enemigos, fanáticos ayer de su política, echó mano no pocas veces de esos resúmenes estéticos del templo cristiano, para restar simpatías al artista. ¡Cuántas veces con la palabra y el lápiz le pusieron hábitos sacerdotales y transformaron su cátedra y su tribuna en púlpito! El agredido ayudaba á sus satirizadores, pues una vez que en Avila le enseñaban histórica casulla, Castelar decía con irónica sonrisa, después de celebrarla cumplidamente: «Con esta cantaré misa, si algún día me hago cura. »

¿Qué orador sagrado, el más eminente que se conozca, no se gloriaría de haber hecho la siguiente apología? Figura en un trabajo alusivo á las obras de la citada poetisa gallega, Rosalía de Castro.

« ¡Una iglesia! Unico ideal del pobre pueblo, á quien el Arte se aparece como forma religiosa; nave mística, poblada de santos que interceden por nosotros y circuída de muertos que esperan su resurrección; faro luminoso, encendido sobre los escollos del mundo y que proyecta su luz en las profundidades del alma; luz solitaria, la cual se nos aparece como estrella misteriosa en el día de los tormentos; arca que flota en el diluvio de nuestras lágrimas; punto de intersección entre los caminos de la eternidad; confluencia de toda aspiración ascendente á lo infinito y de toda inspiración descendente de lo infinito... Una iglesia conmueve siempre, por las lágrimas que se han evaporado en sus aires aguardando consuelo, y por los cadáveres que han caído sobre su pavimento aguardando perdón; por las oraciones que aletean bajo sus bóvedas y los ex-votos que penden de sus paredes; por las lenguas de fuego que manda el espíritu divino á todo lo contingente, y las nubes de incienso que manda el espíritu humano á todo lo obsoluto; por el esfuerzo que sus arcos, sus aras, sus altares y sus cúpulas representan para romper el misterio divino que envuelve la inmensidad de los espacios, y que agita y hace extremecer desde el fondo de nuestro corazón hasta la cima de nuestra inteligencia. »

Del *Domus Dei* cristiano, pasemos á la mezquita y al alcázar musulmán; del paralelismo ascendente, á la intersección retozona; de la sombra mística en que se consuela el alma, á la luz copiosa y alegre en que se recrean los sentidos. Estamos en Granada, estamos en la Alhambra. Castelar la contempla y su boca exhala palabras que un día, á costa de montones de oro, transmitirá el cable eléctrico al continente americano, para que casi simultáneamente se lean en Nueva York y en Madrid. Prepara su ya citado discurso de la Academia. Oigámosle:

« En el patio de mármol, junto á las grecas de mirtos y de arrayanes, los surtidores de bullidoras aguas, sombreados por los aleros de alerce y de marfil; en las paredes, los azulejos de metálica porcelana, los alicatados de oro y ópalo y de azul y plata, el alhamí provocando á los sueños de la sensualidad con sus celosías, el ajimez conteniendo los misterios de voluptuoso amor; en las galerías las columnas airosas sustentando los arcos adornados de ligeras alharacas, que parecen mecerse al soplo de las auras embalsamadas de azahar; tras el mirador, los naranjales enlazados con las palmas y los jazmines con las adelfas; en las techumbres, las estalactitas de mil colores, cuyas agujas se idealizan al través de las humaredas de los pebeteros; en el fresco y sombrío baño, las estrellas abiertas por la bóveda y la música exhalada del alto camarín; y en todas partes la luz con que juegan las nieves de los picachos de Muley-Hacem, y las lavas de las crestas de Sierra Elvira, los romances que comunican á los aires del Darro y del Genil las continuas zambras de una ciudad, en que los combates son juegos, las vegas torneos, la vida placeres, y la muerte misma una sensual é inextinguible alegría.»

Del españolismo de Castelar nadie ha dudado; muchas veces lo probó en su carrera política; no pocas se constata en estos recortes; muchas más lo evidenció en sus protestas de amor á la tierra que le vió nacer, « donde quiso ser enterrado boca abajo, para no dejarla de besar un momento », teniendo por solo epitafio la yierba de los campos y el rocío de los cielos. Para él, « todo aquí en España, sentimientos de la vida, hogar, familia, afectos, oración en los labios, ideas en la mente, desde el alimento que es grato al paladar hasta la obra de Arte que nos abre las puertas de lo infinito, todo esto lleva en sí, como el árbol la savia, el jugo de la tierra española. »

Amante como el que más de la patria *inconsútil,* prefirió, elogió y pintó como ninguno (como Haes, Pradilla, Viniegra, Sorolla y Urgell pudieran hacerlo con el pincel), la belleza natural de todas las regiones españolas, desde Vizcaya (bajo cuyo árbol de Guernica pronunció una de sus más celebradas oraciones), hasta «Galicia, la de los espumosos mares, con diadema de robles y de helechos sobre las sienes de los montes, con los lazos celestes de sus rías ceñidas á sus sandalias »; y desde allí, hasta la más importante de las ciudades de Cataluña, asentada en el Mediterrá-

neo, « mar de la lira y de la paleta, del Arte y de la Ciencia, parecido á un espejo del humano espíritu », como en carta de hidalga gratitud le decía á Campoamor el año 1876. Tres años antes, al enumerar las conquistas pacíficas y guerreras de España, gritaba con vigoroso acento: « ¡Quiero teñir mi fantasía en los matices que llevaban disueltos en su paleta Murillo y Velázquez! » No es pues extraño que los aspectos del Arte español, aun los que por su aparente insignificancia hubieran desdeñado oradores menos eximios que él, le arrancasen estas rotundas afirmaciones, y otras que no dejaré de copiar más adelante:

« Enseñadme espacio del planeta donde se combinen el bizantino con el sirio, como aquí en España; y entre las ruinas romanas se vean los ajimeces asiáticos; y al través de la ojiva que recuerda á los Califas, y junto á las torres bermejas y sus estancias de estalactitas empapadas en mil colores, se alcen las agujas góticas, exhalando religiosas plegarias; y el Oriente unido con el Occidente produzca nada tan original como los edificios mudéjares; y la ornamentación sobrepuesta á las líneas cuasi helénicas haya dado cosa que se parezca ni de lejos á nuestro plateresco; y desde las iglesias románicas de Asturias, donde los cinceles rudos apenas desbastan las piedras groseras, á los pórticos árabes de Sevilla, donde al través del alicatado y de la alharaca se ve y se oye el surtidor cayendo en la alberca de mármol; donde recorra la imaginación una arquitectura, más varia y más hermosa en sus opuestas manifestaciones, que esta arquitectura española, verdadero ornato de nuestro territorio, esculpido y cincelado por todas las artes á porfía, como uno de aquellos áureos escudos, obras predilectas del deslumbrador Renacimiento.»

***

La Escultura. — « Después de la Arquitectura, el arte de la Naturaleza, viene la Escultura, el arte del hombre... Egipto ofrece esculturas que son cuerpos sin alma, formas sin vida, como el feto de este gran arte, que llevaba en sus entrañas una nueva nación. La Escultura es el arte de Grecia... Grecia aparece siempre á los ojos de las generaciones armada de su cincel para esculpir en el mármol la forma humana, para inundarla con la luz del espíritu, mostrando al través de sus líneas la idea, y haciendo latir bajo la fría é inerte piedra la ardorosa vida. ¡La forma humana idealizada, divinizada, sola, sin necesidad de la Pintura y de la Arquitectura, centelleando por todos los poros la inmortalidad, y luciendo sobre su frente de mármol el fuego de la inspiración ideal, de la inspiración artística, verdadera apoteosis del hombre, que reune en sí la libertad, la ciencia, la hermosura, y después de aplastar bajo sus plantas la Naturaleza, se levanta al cielo en el altar sagrado del Arte, para pedir el néctar de la inmortalidad á los dioses, maravillados y suspendidos de su grandeza! »

« La Escultura es un arte esencialmente plástico, las armonías entre la Naturaleza y el hombre, la consonancia entre el Estado y los ciudadanos, la tranquilidad olímpica en que los pueblos clásicos se hallaron durante mucho tiempo, dió á la estatua aquella severidad divina que es su carácter capitalísimo y que la distingue de todos los demás productos del Arte, pues parece que el hombre ha recobrado su primitiva inocencia y está exento, en los mármoles de Paros trazados por Fidias, de toda pena y de todo dolor humano.»

« ... La Escultura es el arte más propio de la antigüedad. El gran movimiento de restauración clásica que ocupa toda la Edad Media, crece prodigiosamente al finalizar el siglo décimo quinto. Constantinopla va cayendo en poder de los turcos, y sus hijos dispersos llevan, como Eneas fugitivo, los dioses lares á Italia. Y entre esos dioses lares se encuentran las reliquias del Arte clásico. El mundo moderno se prosterna delante de aquellos recuerdos, y los aloja en sus museos y en sus bibliotecas, y les pide inspiración y luz. Y esta inspiración se refleja en la frente de las estatuas debidas á los artistas de fines de aquel siglo.»

Llegamos á los *Recuerdos de Italia;* en esos dos tomos espigaremos no poco. Aunque la política y la filosofía componen también esas obras, ellas son las únicas en que dedica seria y prolongada atención al Arte. Roma, Pisa, Asís, Venecia, Florencia y Nápoles, merecen apoteosis del ilustre visitante; si bien para la primera se muestra un tanto rencoroso, ver la Roma artística á través del temperamento de Castelar, es cosa que con frecuencia deleita y entusiasma.

Del gran escultor florentino, escribe:

« Bramante, uno de los genios de aquella edad sobrenatural, quiso perder á Miguel Angel. Arquitecto principalmente el uno, escultor principalmente el otro, lejos de excluirse, debían completarse. Las grandiosas estátuas de Miguel Angel parecen hechas para lucir bajo los atrevidos arcos de Bramante. Allí, entre aquellas largas líneas, bajo aquellas curvas prodigiosas, teniendo por decoración uno de esos patios ó uno de esos templos cuyas perspectivas nunca se acaban, podían las estátuas de Miguel Angel desplegar sus trágicas actitudes, sus titánicos miembros, que parecen sacudidos por los rayos de las ideas y violentados por el esfuerzo supremo para subir desde la tierra al cielo. Se aborrecían Bramante y Miguel Angel, pero se completaban.»

Francisco TOMÁS Y ESTRUCH

(Continuará).



¡BUENAS TARDES, MAESTRO! Cuadro de Nicolás Alperiz. *Fot. de Cauli y Bartrina.*

LA VIRGEN DEL PILAR

Desde el siglo I, en que el cristianismo implantó la doctrina salvadora, hasta nuestra decayente centuria, la devoción á la Madre de Dios, bajo la simbólica advocación del Pilar, ha ido en progresión constante. Pobres y rudos eran los primeros discípulos del Señor destinados á esparcir por el mundo los rayos de la hermosa antorcha del Evangelio de la salud, y sus resultados fueron fuente perenne de mártires y de atletas, cual la humana inteligencia no ha podido concebir. De estos discípulos, Santiago viene á España á llenar su misión santa, en época aciaga, cuando el enemigo—en sentir religioso—es dueño absoluto de nuestra Patria. Á siete sencillos hombres convierte en Cesaraugusta; y unidos todos bajo un mismo pensamiento, forman un solo corazón, que consagran al mayor esplendor y gloria del Rey de las alturas.

Una noche, noche felicísima para la cristiandad, en que hallábanse, como de costumbre, reunidos á orillas del rio Ebro Santiago y sus convertidos, elevando sus plegarias al Altísimo, pidiendo á su Madre fuerzas y auxilios para no decaer en la santa empresa que les encomendara, ven con sorpresa cómo una luz diáfana y esplendorosa iba progresivamente iluminando el espacio, y disipando á la vez el ceniciento manto que lo envolvía. Ante la aparición de la nueva aurora, la naturaleza se sonríe, y la Virgen de vírgenes, la santa doncella de Nazaret, el tronco recto y brillante en el cual nunca se halló el nudo del pecado original ni la corteza del pecado actual, María, se presenta radiante de hermosura, con su celeste manto salpicado de estrellas, ligeramente recostada en las nubes, recortada por la luna su dorada cabellera, que por sus harmoniosas inflexiones semejaba un laberinto de flores, y teniendo á sus pies el sol. Ángeles y primados, arcángeles y serafines dan corte á la Reina de cielos y tierra. Tras breves palabras, suspiros del céfiro, que dirige la Virgen al Apóstol amado, desaparece, dejando, como huella de su visita, el nacimiento del nuevo día y un Pilar, columna santa de la Verdad y de la Fe.

. . . . . .

Esta es la tradición; tradición llena de luz y de poesía que ha interesado el Arte, la Litúrgia, la Historia y se ha connaturalizado en las costumbres del pueblo aragonés.

No he de citar fechas ni he de aducir testimonios en corroboración de mi aserto, porque sobre tener que volver á repetir lo dicho en importante diario de Madrid haría largo y aún quizá pesado mi artículo. Baste consignar, aparte de la buena fe que me guía, exenta de apasionamientos de todo género, que la Arqueología ha confirmado tan piadosa tradición, no ya con la columna que sustentando la imagen del Pilar, artísticamente labrada, se adora en la angélica Capilla de Zaragoza, sino también con la existencia todavía en el siglo XVIII, de un subterráneo,—en la actualidad, parte interceptado y parte convertido en *bodegas* ó *caños*—que partía de la *Cruz del Coso* (donde fueron inmolados innumerables cristianos) hasta las catacumbas de Sta. Engracia; punto en que nacía otro que terminaba en la basílica de Santa María la Mayor y del Pilar. La poesía suministra pruebas, con el inmortal himno de Aurelio Prudencio (siglo IV) en el que se describe la celestial Capilla, según el cronista Andrés. Igual confirmación merece de la Litúrgia, y de la Historia; pues del misal mozárabe tómase, en el siglo VII, la Misa propia de la Virgen, en cuyo *Introito, Oración* y *Ofertorio* se menciona de la gloriosa aparición á Santiago.



Cuadro de A. Gascón de Gotór.

Zurita dice que sobre el año 889—dominación de los árabes — el Pilar era el lugar de amparo y consuelo para los perseguidos cristianos, y el templo de santa María era el más venerado de España. Si de esta época se pasa á la de la Reconquista y sucesivas, se verá que Alfonso *el Batallador*, en acción de gracias, asiste á los maitines del Pilar, que D. Alonso II y D. Sancho de Navarra conceden exenciones de tributos y salvaguardias al Cabildo del Pilar, cuyos bienes y personas toman bajo su tutela D. Jaime I, D. Jaime II, D. Pedro II y D. Martín; que D.ª Blanca reina de Navarra, ferviente devota de la Virgen, por su milagrosa curación, otorga importantes donativos y crea, en 16 de Agosto de 1433, *la orden nacional y patriótica de caballería del Pilar*; que los reyes Católicos visitan el templo Mariano antes de acometer la gloriosa empresa de la Reconquista de Granada que se realizó en 2 de Enero, día de la Venida, y también antes del descubrimiento del Nuevo Mundo en 12 de Octubre, fecha en que se conmemora tan glorioso acontecimiento; que Felipe II, en prueba de su amor al Pilar, regala dos artísticos ángeles macizos de plata; y Felipe IV adora la pierna milagrosamente restituída, por intercesión de la Virgen del Pilar, á Miguel Pellicero, vecino de Calanda. El rezo propio y el sinnúmero de prerrogativas concedidas en honor de la patrona excelsa de los aragoneses por los Pontífices Benedicto XIV, Pio VI, VII y IX y León XIII afianzan más y más la veneranda tradición, que bien puede llamársele histórica. Por último, en cuanto á su connaturalización con las costumbres del pueblo de Aragón citaré varios dichos y cantares, que en su rudeza y en su poesía popular, dicen más que cuanto pueda escribir la más inspirada pluma.

—Un forastero que visitaba por vez primera el templo del Pilar de Zaragoza, al no ver á la Virgen en el altar mayor, preguntó por ella á un labrador, quien, admirado de que hubiera en la tierra un sér quien ignorase que se hallaba en la Santa Capilla, le respondió mal humorado: ¿Conque no sabe donde está la Virgen? ¡y habrá *armozdo* hoy!

— Un baturro oyó que otro blasfemaba de la Madre de Dios.

Sacando de la faja el cuchillo le interrogó:—¿Es la del Pilar?

—Nó, la otra.

—Eso te vale,—murmuró el baturro, guardándose tranquilamente el arma.

En la patria de Lanuza
y la Virgen del Pilar,
saben conservar sus hijos
religión y libertad.

—

Es Aragón un gigante
que tiene el Ebro por faja
y la Virgen del Pilar
por escudo y atalaya.

¡Cuándo querrá Dios del cielo
y la Virgen del Pilar
que tu *ropica* y la mía
vayan juntas á lavar!

—

Cuando la Virgen del Cielo
á Aragon quiso bajar,
para no pisar la tierra
se posó sobre un Pilar.

Pedro Gascón de Gotór

BAÑISTAS SMART

No sé si en otras costas que en estas del Cantábrico — donde el mar ruge más fiero y reconcentra mayor cantidad de yodo y de salitre, — pueden verse espectáculos como el que acabo de presenciar en el camino de Pontevedra á Marín, y presencio todos los veranos en la Mariña, en el pintoresco pueblecillo de Sada, cuyo largo playazo aventaja en extensión y seguridad á casi todos los de la ría de Puentedeume.

Divídese la población de Galicia en ribereña y montañesa; y la división se caracteriza por marcadas diferencias étnicas y psicológicas. Cuanto el ribereño de alegre, animado, despejado, activo, tiene el montañés de callado, tétrico, avariento y supersticioso. A la gente de la *beiramar* la incita á cierta largueza la fácil ganancia de los lances de pesca de sardina, calamar, merluza y cangrejo. Al montañés, confinado en tierras áridas, lejos de las ciudades, se le impone una sórdida economía; además, el clima es duro en la sierra, y el cuerpo se acostumbra á las privaciones y al mal trato. Y si la vida del montañés en invierno, «en tiempo de lobos» como ellos dicen, es asaz adusta, la de verano, con los baños de mar, tiene dejos de sainete.

No sé si por prescripción facultativa ó porque es tradicional, en la montaña, la reputación de los efectos y virtudes salutíferas del mar — del mar que acaricia las Mariñas, alegres y hermosas, — el caso es que no hay gente tan amiga, como la montañesa, de remojarse en agua salada. Eso sí: no falta quien asegura que es la única época del año en que se remoja. Y parece dar verosimilitud á este aserto, la traza de los montañeses, sus carnes y pellejos color de humo, curadas y amojamadas cual la cecina que cuelgan en los garfios de la chimenea.

Dada su afición á la playa y su afán de conciliarla con la estricta economía á que les obligan de consuno necesidad y costumbre, los montañeses han discurrido, hasta reducir el gasto á la mínima expresión. Primer problema resuelto: el transporte. La jornada empieza en el coche de San Francisco, ó sea á pata galana, desde las respectivas madrigueras hasta el punto de donde arranca el coche ó carromato que han de utilizar. La idea de servirse del ferrocarril ni les cruza por las mientes; pues tendría que salirles caro, aun viniendo en la perrera, como los «de Calatorao», de una zarzuelita popular. Razón sencilla: en el tren paga cada quisque su billete, sitio entero, mientras en el coche precede un ajuste, y según se estrechan y encogen los viajeros, para caber gran número en breve espacio, desciende la cuota, hasta llegar á lo inverosímil. No es cuenta del mayoral ó del carretero *cómo* se arreglan los que van dentro: allá ellos, así se pongan patas arriba y boca abajo.

A no haberlo visto, no se creería el prodigio de acomodarse veinte ó treinta personas donde sólo cogerían, bien apretadas, cuatro ó seis. Aquello no es ya masa, sino cemento, gelatina de gente. Hay quien entra en el amasijo de chapacuña, y quién atravesado como las sardinas en el tonel. Sobre las rodillas de los hombres se colocan, enroscadas, las hembras, y en el regazo ó el hombro de éstas, los chicos menores de quince años. El tufo, se adivina; el calor, asfixia sólo pensado; los incidentes son de un cómico violento y burdo. Felices los que van de pie en el estribo ó agazapados en la imperial, entre sacos, ollas y mantas, — al menos gozan del aire libre.

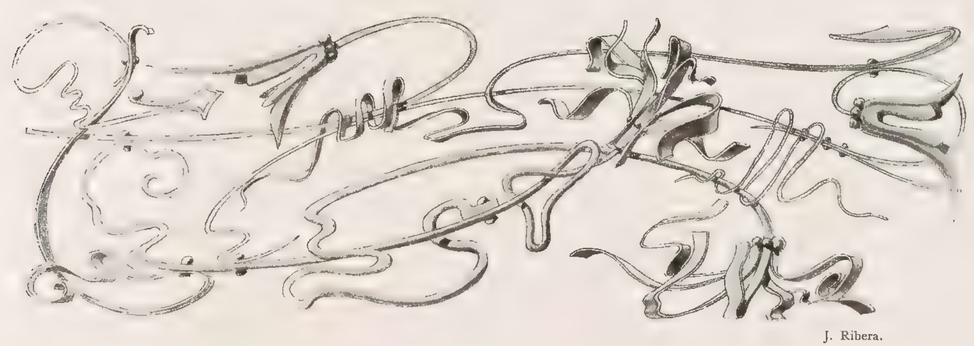
Así, prensados, van los montañeses locos de contento, divirtiéndose interiormente, sin estrépito, con risotadas opacas y observaciones de sagacidad candorosa.

Al *botijo* de los trenes baratos reemplazan potes y trébedes. Llevan además consigo provisiones: el enorme mollete de pan de maíz ó centeno, mohoso, que se come añejo adrede, para no comer tanto; las patatas, las berzas para el *caldiño;* la harina para espesarlo; el unto rancio para darle *gracia;* hasta la sal... El ideal del montañés consiste en no comprar fuera de casa, á ser posible, cosa alguna, y vivir los ocho ó diez días que tarde en tomar sus treinta baños (á razón de tres cada veinticuatro horas) con lo que trajo en el zurrón. Bastante desembolso representa el real ó real y medio diario que ha de aflojar por el rincón del cobertizo ó del rancho fétido donde le extienden unos brazados de paja, para dormir, y por la piedra y el haz de leña que le suministran, para cocer junto... el caldo de doce ó quince montañeses.

Y empieza la faena: jala con un baño glacial, al amanecer, cuando apenas dora el sol naciente la cresta de las aguas; jala con otro á mediodía, y con el último, delicioso, al anochecer, á la hora en que el mar conserva el calor del día entero. Entre baño y baño, el montañés, persuadido de que conviene un régimen riguroso, se abriga como en diciembre, y desde las cuatro de la tarde enarbola colosal paraguas azul ó rojo, para preservarse del «relente» y de «la luna», terrible enemiga de los beneficios que el baño reporta.

Y transcurrida semana y media, habiendo gastado diez y nueve reales en coche, quince ó diez y seis en posada, y hasta setenta y cinco céntimos en extraordinarios é imprevistos de sardina fresca, el bañista montañés otra vez se embute en el carromato, llevando para todo el invierno mucho qué contar al amor de la lumbre, y en la cabeza ese rumor de oleaje que se oye resonar en las grandes conchas venidas de América...

EMILIA PARDO BAZÁN



J. Ribera.

EL TESTAMENTO DE ISABEL LA CATÓLICA

EFEMÉRIDES ILUSTRADAS

En el oscuro cuadro en que se agitan las tristes figuras del rey Enrique III el *Doliente* y sus regentes malversadores; de Juan II y su orgulloso privado, don Alvaro de Luna; de Enrique IV, el *Impotente* y su favorito, don Beltrán de la Cueva, amante de la reina y padre, según la voz pública, de la infanta doña Juana, apellidada la *Beltraneja;* entre aquellos nobles siempre descontentos y siempre rebeldes, aparece doña Isabel de Castilla, cual luminoso faro, como la estrella que en noche tempestuosa guía al perdido viajero al puerto de salvación.

Conozcámosla según los retratos que de ella nos han dejado los historiadores de la época.

Hija del rey don Juan II, nació en la villa de Madrigal, el año 1451, según unos, y en Madrid, según otros.

De ojos azules, que mostraban á la vez su inteligencia y sensibilidad; de cabello rubio obscuro; de tez blanca y sonrosada; de facciones perfectas, resultaba una de las damas *más hermosas de su tiempo.*

Ilustrada por el constante estudio; de fácil comprensión; pronta en decidir; entusiasta y prudente á la vez; virtuosa y modesta, era un conjunto de bellezas físicas y de cualidades morales.

Buena y cariñosa hermana; cuando los nobles, que reunidos en Avila habían degradado á Enrique IV y proclamado á su hermano don Alfonso, se presentaron, al morir éste, á ofrecerla la corona de Castilla, negóse á aceptarla, exclamando: — «Deseo á mi hermano el rey una larga vida, y jamás mientras él exista tomaré el título de reina.»

¿Cómo pagó don Enrique tan noble acción? Anulando lo pactado con los nobles, de que, á su muerte, ella ocupara el trono, y dejando por su única heredera á doña Juana la *Beltraneja*, para vengarse del matrimonio que su hermana había celebrado con el príncipe don Fernando de Aragón (19 de Octubre de 1469).

Elevada por los nobles y el pueblo al trono de Castilla, una vez muerto don Enrique (1474), empieza á mostrar su grande talento, no abdicando sus derechos de rei-

na, pero tampoco sobreponiéndose á su marido; adoptando para la gobernación del territorio, que ya podía llamarse España, por la unión de las coronas de Castilla y Aragón, el celebrado lema:

Tanto monta, monta tanto,
Isabel como Fernando.

Durante su reinado, muestra doña Isabel todas las virtudes de la mujer y todas las grandezas del hombre; siendo á la vez el buen gobernante, el hábil político y el valeroso guerrero.

Ella dicta y promulga las más notables providencias sociales y económicas; protege la industria y las letras, el comercio, las artes, y las ciencias.

Respetuosa con la iglesia, pero *dando siempre á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César*, se opone á toda intrusión del clero.

Revoca las concesiones hechas á los Grandes por los monarcas anteriores; confía á las ciudades el sostenimiento de los ejércitos, á cambio de ciertas franquicias; otorga á las Cortes el derecho de votar las contribuciones, publicar las leyes y resolver las más árduas cuestiones; crea la milicia de la *Santa Hermandad*, encargada de perseguir á los criminales; y recopila las *Ordenanzas*, mejorándolas.

Decidida á la reconquista del territorio, acompaña á los ejércitos que marchan al cerco y toma de Granada; ganándola para la Santa Cruz.

El cielo, que la destinaba á las más altas empresas, la libra del puñal de un moro fanático, y del horroroso incendio del campamento de Granada.

Como remate de su gloria, empeña todas sus alhajas, para el descubrimiento, por Cristobal Colón, de un Nuevo Mundo.

Con ella y por ella se engrandece y regenera España.

Tan afortunada como reina es infeliz como madre: en pocos años pierde á su hijo don Juan, el heredero de la corona; después á doña Isabel, esposa del rey de Portugal; y sufre, por último, el inmenso dolor de ver á su hija doña Catalina repudiada por su libertino esposo Enrique VIII, y á la infeliz doña Juana con síntomas de locura. ¡Cómo extrañar que todo su sistema se hallase dominado por una fiebre que la consumía, según dice Pedro Mártir!

Llegó el momento en que no pudo abandonar el lecho, ni separar la cabeza de la almohada.

A pesar de su extrema debilidad, pues recusaba todo alimento, y de la sed que la devoraba, no olvidó por un instante la gobernación del Estado.

Comprendiendo que su fin se acercaba, dispuso su testamento en 12 Octubre de 1504, acto solemne que el eminente y malogrado artista Rosales eligió para su admirable cuadro.

Por él, dispuso ser enterrada en el convento de los franciscanos de Santa Isabel, en la Alhambra de Granada, en un sepulcro humilde y con una sencilla inscripción; ordenando que el dinero que debía gastarse en sus honras fúnebres se dedicase á los pobres.

Dejó una fuerte suma para la redención de cristianos cautivos en Berbería.

Anuló cuantas concesiones injustas hubiese hecho.

Consagró nobles consejos á su hija, la desgraciada doña Juana, y á su yerno, Felipe el *Hermoso*, respecto á la forma de gobernar, basada en el *consentimiento y consejo de las Cortes*.

Nombró á su esposo don Fernando regente de Castilla, por ausencia ó incapacidad de doña Juana.

Señaló á su marido rentas de grande importancia, *aunque menos de las que ella deseaba y él merece*, suplicándole aceptase todas sus joyas ó las que quisiera elegir, para que, al verlas, *se acuerde del singular amor que le tuve, y de que le espero en otro mundo mejor*.

Recomendó, especialmente, que no se olvidara á ninguno de sus servidores.

España era su idea fija, y los españoles, sus hijos, su delirio.

A los tres días, otorgó un Codicilo, ordenando la codificación de las leyes; dictando disposiciones para evitar cualquier abuso contra los naturales del Nuevo Mundo; y nombrando una comisión que examinara la legitimidad de las alcabalas, y las justas se cobrasen de la manera *menos gravosa al pueblo*.

Al observar el llanto de cuantos la rodeaban, les dijo:

—«No lloréis por mí, ni pidáis por mi restablecimiento; rogad, sólo, por la salvación de mi alma.»

¡A tal punto llevó su recato aquella honestísima reina que no permitió la descubrieran los pies para darla la Extrema-unción!

A las doce de la mañana del miércoles 26 de Noviembre del año 1504, falleció en Madrid doña Isabel de Castilla, aquella reina que por su piedad mereció de los pontífices el nombre de *Católica*; reina *llorada por sus súbditos y admirada por la Europa*. El 18 de Diciembre, con una lluvia torrencial, como si el cielo mismo llorara su muerte, llegaba á Granada el cadáver de aquella nobilísima princesa.



EN EL CLUB DE REGATAS; por PABLO BÉJAR.

Historiadores y filósofos censuran á doña Isabel por el establecimiento de la Inquisición en España: por la expulsión de los judíos y de los árabes; y por las cadenas de Colón; pero es indudable que estas graves faltas tuvieron por disculpa las imperiosas exigencias de la época, y las malas artes de que se valieron contra Colón envidiosos cortesanos y turbulentos aventureros.

Veáse cómo la juzga un publicista extranjero.

«Era magnánima en grado sumo. Hallábase exenta de toda mezquindad y egoismo. Concebía vastos planes y los realizaba con noble espíritu, sin apelar á medios torcidos ó dudosos. Su política era franca. Su virtud admirable.»

Tres hombres lloraron principalmente su muerte: Cisneros, Colón y Gonzalo de Córdoba.

¡Triunvirato grandioso!

Con ellos regeneró á España, la conquistó tierras y reinos, y la dotó de un Nuevo Mundo.

E. RODRIGUEZ-SOLIS

CECILIO PLA



¡HIJA MIA!

LA MUERTE

Un huracán devasta continuamente las regiones donde la vida se expande. Es el soplo que la Muerte deja, al pasar arrebatada. Nadie le ha visto la cara ni el contorno del cuerpo. Envuelta en el torbellino que levantan sus ropajes flotantes, cruza veloz, sin que adviertan su paso más que aquellos que se sienten derribados. No hay obstáculo que la detenga, no hay valla que no salve, no hay muro que no derrumbe. Como el rayo, destroza, y cuando se advierte el estrago que ha causado, ya está distante, tan distante, que casi está cerca. Es la gran niveladora. Cuanto sobresale del común rasero, cuanto se eleva firme y poderoso, cae á su empuje. ¡Ah! ¡Tremenda obrera silenciosa!

Tú trabajas sin descanso, destruyes, para que la Vida pueda construir; y como para las obras de ésta precisan materiales resistentes, con preferencia siegas las existencias más puras, más fuertes y más nobles. Nuevamente moldeadas, adquieren cada vez forma más perfecta, y si por un momento pudieras detener tu carrera vertiginosa, es seguro que te detendrías extasiada alguna vez ante lo que de ti nace porque en ti muere.

No hay quien haya visto tu rostro, que los temerosos juzgan espantable. Jano eterna, en cuanto pasas, entre la vorágine aparece un rostro. Es el de la Vida, que mira hacia atrás. Abrazada á tu hermana, haces la eterna ronda, y apenas á tu contacto se hielan hombres y cosas cuando la Vida los resucita. ¿Cuál de las dos crea y cuál destruye? La obra es tan rápida, la acción tan compleja, que ni el sabio puede decidir ni el ignorante temer. Así como la Vida se sustenta gracias á ti, tú, Muerte, creas la Vida y edificas derribando, como aquélla derriba construyendo.

Diosa que pintan pálida y temerosa, alma de la Vida, sostén del mundo, incansable redentora, amiga del miserable, pesadilla del poderoso, no pares, no, tu carrera. Vuela en alas del huracán, siega vidas, destruye cosas, aniquila al Tiempo, mata el recuerdo, no pares, no, tu carrera. Destruye sin compasión y sin descanso, destruye los seres aislados y las masas, los organismos individuales y los colectivos, vuela sin tregua hasta que los hombres hayan aprendido la religión del amor y abominen la religión del odio, que les lanza por millares á tu paso, como los indostanes se lanzaban bajo las ruedas del carro que sustentaba al monstruoso ídolo.

Entonces, cuando el odio se extinga, cuando el amor reine entre los hombres, detén tu marcha. Y la Tierra, atónita por un momento al sentir tu ausencia, se hundirá en los espacios siderales, como un pedrusco lanzado al abismo, fría, inerte, muerta, porque tú habrás dejado de matar.

MUERTOS QUE ANDAN

Se pone el sol. Un viento fuerte sopla sobre los campos, entre los árboles, levanta torbellinos de polvo en las carreteras. Su empuje mueve y arremolina miles y miles de hojas muertas que caminan, ruedan, se precipitan. ¿Dónde? Todas van en busca de un hueco, de un rincón á propósito para que se cumpla su definitiva y total destrucción. Entretanto, muertas, con el color terroso de los cadáveres, corren sin objeto, se atropellan, se enlazan unas á otras, forman montones que una ráfaga deshace, se dispersan, vuelven á reunirse, y así marchan al azar, yendo hacia donde la fuerza las empuja, sin cansancio, inertes, inconscientes, en busca de equilibrio, en demanda de reposo. Muertos que andan, cadáveres que ruedan, despojos de fuerzas para siempre perdidas, mortajas de existencias que acabaron, movimiento sin objeto... no hay espectáculo más triste para quien debe sentir la tristeza de las cosas. Muertos que andan, el árbol que les dió vida se la quitó en el punto y hora en que estorbaron la suya propia, y las vió morir y las sintió caer sin estremecerse. El viento, que las empuja sin compasión, rugiendo y silbando en su marcha, canta un *De profundis* estridente y formidable á las pobres hojas.

Sobre el sucio empedrado de una callejuela ha caído una pluma que, cuando tenía vida, formó parte del ala de una paloma blanca. No es de esas, recias y de fuertes barbas, que sustentan ó dirigen el vuelo. La pobrecilla fué siempre modesta. Es chiquita, suave, de elegante forma, de muy fina pelusa rizada, no pesa apenas, y al mirarla con detención, al ver la pureza de las líneas curvas que le dan forma, y la frescura nítida de su color, se adivina que aquella plumita ha sido un sér inofensivo, amable, servicial, bueno por naturaleza, que ha vivido siempre en paz con sus innumerables hermanas, junto con las cuales constituyó el plumaje y el abrigo de aquella paloma que cruza ahora libre y feliz por la región del aire, en tanto que ella, pura como el armiño, ha caído sobre el lodo infecto de una gran urbe, mostrando en el extremo de su tenue cañón un punto sangriento que marca la herida por donde se le escapó la existencia.

Después de la tremenda caída, sintió la pluma que el viento la empujaba, la levantaba. ¡Arriba! Subiendo esperaba poder volver á su prisión de oscura carne, donde sentía las palpitaciones de los poderosos músculos, donde conservaba el calor que del cuerpo palpitante recibía. ¡Vana esperanza! Es verdad que el viento la elevaba á veces, y que sobre su impalpable trama quedaba suspendida; pero aquello no duraba más que un momento. La gravedad la solicitaba, y no teniendo fuerza propia, obedecía á la ajena. Al suelo otra vez. Y á cada nueva caída, el barro manchaba su blanco cuerpo. La suciedad del medio ambiente la penetraba. El pie de un hombre se posó brutalmente sobre ella. Todo había terminado.

¡Guay de los caídos! La pluma que llega al suelo, desprendida de su alvéolo de carne, ya nunca más volará orgullosa; la hoja que es juguete del viento, no volverá á la rama del árbol que le dió vida. Arboles y pájaros se cubrirán de nuevas hojas y plumas; pero las caídas, las muertas, esas esperan en vano una voz que les diga: *¡Surge et ambula!*

MUERTOS QUE HABLAN

Durante la noche del 6 de Ziamdah —que corresponde al 27 de Diciembre,—los antiguos persas acudían á los cementerios de sus pueblos y ciudades. Y al día siguiente, pretendían, los que tuvieron valor para permanecer en la mansión de los muertos, que en aquellas horas oscuras del día que los vivos dedicaban á su recuerdo, los difuntos salían de sus osarios y, con voz medrosa, contaban la historia de su vida y aconsejaban á sus visitantes y predecían lo porvenir.

Para quien entiende su lenguaje, hablan aún los muertos, como en tiempo de Zoroastro y, como los que adoraron en el Sol el poder de Zeus, también descorren el velo que oculta lo porvenir á las miradas de los humanos, zaimph que se desgarra á las lecciones de la experiencia y muestra las formas de la esplendente Iris. El que discurre por las solitarias calles de un cementerio y se para al borde de la fosa común, si concentra su atención, oye la voz de los difuntos.

—Yo olvidé que todos los hombres somos hermanos, dice una voz, y, llevado de mi afán de enriquecerme, no tuve reparo en sumir en la miseria á miles y miles de mis semejantes. Reuní una fortuna enorme, que pasó á mano de mis hijos, y mi castigo consiste en ver cómo se disipó esa fortuna en dos generaciones, y cómo sufren, todos aquellos que llevan mi nombre y sangre de mi sangre, en el seno de la más espantosa pobreza. Como yo espolié, ellos han sido espoliados. Lo que yo hice, otros lo han hecho á los míos, y mi raza se extinguirá, corroída por todos los vicios y por todas las enfermedades.

—Yo fuí un egoísta feroz. Nunca recordé que no vivía solo en el mundo. Jamás sentí compasión por nadie. Ni una vez siquiera pensé en el Mal que afligía á mis hermanos. Y un día, llegaron hasta mí la Enfermedad y la Pobreza, y desde aquel día la soledad más espantosa reinó en torno mío. Yo no cuidé de los otros; los otros se olvidaron de mí. Cuando llegó la Muerte á mi solitario lecho, gemía desesperado, pensando en el bien que pude hacer y que no hice, en las lágrimas que pude enjugar y que dejé que corrieran.

—Yo tuve talento, fortaleza de ánimo, persuasiva palabra, dotes de mando, y empleé tan mal esas nobles facultades, que á la hora de mi muerte todo un pueblo execraba mi nombre.

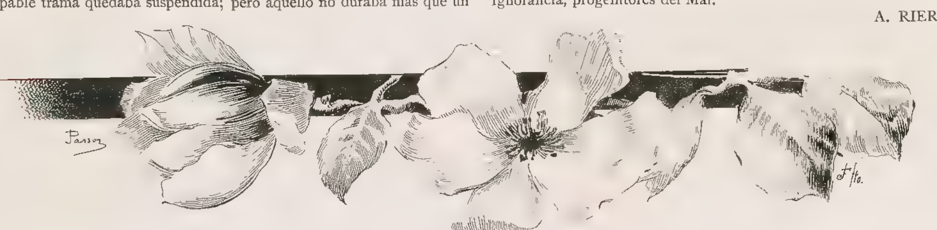
—Yo fuí la encarnación de la Gula, de la Lujuria, de la Pereza. Disipé á los cuatro vientos mi fortuna, y ahora mis hijos y los hijos de mis hijos, pobres, miserables, sienten correr por sus venas la sangre emponzoñada que les transmití, y son víctimas de todas las malas pasiones.

—Yo robé y maté, por envidia y odio hacia mis hermanos, y he muerto... y la humanidad vive.

—He trabajado sin descanso, roturando bosques, labrando campos, plantando cepas, sembrando granos. He sufrido el sol que requema y la nieve que entumece. Las lluvias, el pedrisco y la sequedad han destruído muchas veces mis cosechas. Los agentes del fisco se han apoderado de lo más saneado de mis ganancias, y, sin embargo, morí tranquilo porque dejé una descendencia sana y activa. Yo la veo, cómo poco á poco se eleva, mejorando su estado. Veo que mis hijos adoran la Tierra que les nutre, que estudian las Ciencias y las Artes, y cómo sus inteligencias son poderosas porque son sanas; asisto á sus triunfos y escucho las bendiciones de que les colman aquellos que por sus esfuerzos crecen, trabajan y progresan. Veo cómo mis hijas constituyen nuevos hogares; las veo hacendosas, incansables, siempre atentas al bienestar de sus esposos y de sus hijos; veo cómo inculcan á éstos los hábitos del trabajo y de generosidad, de rectitud y de mansedumbre que mis padres me enseñaron; veo que son el alma de esos hogares, y que sus esposos y sus deudos bendicen la memoria del padre que acertó á crearlas tan buenas.

Todas esas voces hablan así de lo porvenir como de lo pasado. Predicen que alcanzarán toda la dicha compatible con la humana naturaleza, aquellas sociedades y aquellos hombres que con mayor cuidado se apliquen á la práctica de las virtudes, al desprecio de la vanidad y del orgullo. Auguran que, después de tropiezos y trabajos infinitos, llegarán los hombres á estimarse mutuamente, y que la paz y el bienestar reinarán sobre la Tierra, cuando se hayan extinguido para siempre la Envidia, el Odio y la Ignorancia, progenitores del Mal.

A. RIERA





† GUILLERMO MORPHI

† EMILIO MARIO

(Véase la página 255)

EL DÍA DE DIFUNTOS

AYER Y HOY

Todo contribuye á la sugestión del triste recuerdo; á la obscura y fría noche sucede el brumoso crepúsculo de un día de otoño; á la calma atmosférica, el viento que impulsa y entrechoca con ruído seco las ramas de los árboles, desprendiendo las últimas hojas, ya marchitas, que en remolino de aquelarre son su juguete.

El hervidero de la población ceja por algunas horas; unas cerca y otras lejos, con acento grave y acompasado éstas, con vibración aguda y temblorosa aquéllas, las campanas voltean, lanzando al aire sus notas de metal, que las ráfagas del viento ora entrelazan y confunden entre sí, ora alejan hasta perderse, dando origen á una nueva lluvia de sonidos semejantes al quejido del perpetuo sufrir...

Y como es muy difícil la indiferencia, ante el helado contacto de la atmósfera del dolor, cuando éste viene á buscarnos al fondo del hogar con la fatigosa y lenta vibración de la campana, que parece gemir, relatándonos sus cuitas al oído, todos recordamos en aquellos ecos la pérdida de seres queridos, porque ellos acompañan su llanto, hijo de la ausencia eterna...

Y el hogar se transforma de alegre en luctuoso; el padre y la madre, el esposo y la esposa, el hermano y la hermana, el hijo y la hija, el amigo y la amiga, dejándose llevar del espíritu de tristeza impregnado en cuanto les rodea, sienten en su corazón los dulces latidos de la caridad, y de sus labios brotan oraciones elevadas al Dios de las alturas, pidiendo perdón para los que sufren; transforman su traje en negro, y silenciosos y pausados, cual fantásticas visiones, se reunen en el templo, donde el sacerdote ruega al cielo por las almas de los pecadores, privadas de ver la divina luz. Cuando las sombras de la noche envuelven la población, los cristianos, congréganse en el retiro de su hogar y en familia, para rezar el Rosario, que *lleva* el jefe de aquélla, hasta terminar tan benéfica obra, en la que toman parte amos y servidores, con la siguiente súplica, hecha por el mismo:

—Dios haya escuchado nuestro ruego.

—Así sea, reponden en coro los reunidos.

E inmediatamente se distribuye una frugal colación, y algún dinero y frutas entre los criados, encareciéndoles el recuerdo, durante la noche, de los difuntos...

La claridad del día y los rumores que se elevan del seno de la población pueden tan sólo disipar los extraños engendros de la muerte y el lúgubre y pertinaz tañido de las campanas, que, aun al través del sueño, se ha percibido, como en una fatigosa pesadilla.

***

—Hoy, clama alguien en mi oído,... hoy hemos progresado, suponiendo que implique progreso olvidar creencias que, por ser añejas, deben desecharse. El modernismo, con sus egoístas apreciaciones, se ha entronizado, de algunos años á esta parte, en nuestra sociedad, trocando las tristezas del corazón en alegrías del estómago, los recuerdos de la muerte en ostentaciones de relumbrón. Las gentes de ayer eran poco prácticas; tenían sus pobres mentes atrofiadas por absurdas preocupaciones. ¡Los muertos... los muertos! ¿Qué tenemos que ver nosotros con los muertos? Harto trabajo nos costó sufrirlos en vida. Hicimos por ellos cuanto pudimos, ¿y aún hemos de seguir pagándoles censo eterno, en dolorosos recuerdos? Se ha destinado para ellos un día del año... Perfectamente; acatémoslo: pero haciendo lo posible para que por sí mismo se mixtifique y se convierta de hecho en otro día más de francachela. Para ello, dejémonos arrastrar por las corrientes modernas, que son las llamadas á conducirnos hasta el fin deseado. No nos precipitemos; finjamos y, variando el modo de sentir, ostténtese, en común, el dolor con diferente aspecto, basado constantemente en algo que halague nuestros deseos y aficiones, que constituya un nuevo placer, oculto bajo la capa del sufrir... ¡Adelante! Siempre adelante, para lograr la indiferencia, madre legítima de las terrenales satisfacciones á que el mortal aspira, hasta que lleguemos á brindar en la misma morada de los difuntos. Las lágrimas y las tristezas de este día resultan anticuadas; por eso tienden á suprimirse.

—Eso jamás se logrará. Nó, nunca;—exclamé, interrumpiéndole escandalizado.

—¡Necio! repuso una voz, ¿crees que falta mucho? La semilla arrojada, va germinando, y el indiferentismo abriéndose ancho campo. ¿Quieres ver sus frutos? Sígueme; y, prescindiendo de ese gentío inmenso, bullicioso y alegre que acude á la comedia, para ser actor y espectador á la vez, penetremos en el camposanto, en donde has de quedar convencido y maravillado de lo bien que se finge... Mira; ese grupo abigarrado, cuyos individuos aparentan un dolor que no sienten, han venido aquí, impulsados por la rancia costumbre social los unos, por el acicate de curiosear los otros. El amargo llanto de esa viuda joven y hermosa es hijo del despecho; pues, llevando sólo quince días de viuda, el *qué dirán* la impide casarse hasta cumplir el riguroso luto. Aquel joven que, mustio y dolorido, coloca valiosa corona en un mausoleo, es un buen hijo que viene aquí porque le han hecho recordar al que le dió el sér y le dejó la fortuna. No solloza; pero siente las cien pesetas que el orgullo le obligó á invertir en el recuerdo. Los que forman un grupito junto á aquel nicho, no lloran ni están tristes, ya los ves; han venido con pretexto de visitar á su hermano, recién fallecido; á exhibir los lutos; á ver y ser vistos; á envidiar y á ser envidiados. Esos que van y vienen, que se empujan y atropellan, que ríen y critican con *graciosa* verbosidad los latines de las lápidas, han venido aquí por negocio, por pasatiempo ó por lucirse. Aquellos que rezan junto á aquel sepulcro son...

—¡Basta de calumnia indigna!, exclamé irritado; para tí no hay dolor, es una mentira... ¿Dónde está la verdad?

—¿La verdad? Allá, en aquél rincón la tienes: en el llanto de aquella anciana que ora por el hijo que perdió y al que jamás volverá á ver. El dolor, hijo del recuerdo, que tú crees ver hoy como ayer en todos los rostros, está descontado; sólo la queda el corazón de las madres, baluarte en que se hizo fuerte para resistir los combates de la indiferencia.

R. B. GIRÓN

EL FINAL DE UN VELORIO

CUENTO

No quiera saber el lector si la palabra *velorio* pertenece al número de las apadrinadas por los Inmortales del Areópago que *limpia, fija y da esplendor*. A las palabras, dijo muy acertadamente don Mariano de Larra, no debe preguntárseles su procedencia, sino para qué sirven; y como sirven para algo, si ese algo no es confundir y enmarañar las ideas, hay que aceptarlas é incluirlas en el vocabulario, el cual, cuanto más nutrido, tanto más contribuirá á enriquecer la lengua á que pertenece.

Existe en la América del Sur la costumbre, piadosa á su modo, de celebrar velorios.

Veamos en qué consiste.

Supongamos, lector bondadoso, que vive usted en Buenos Aires, la más populosa ciudad de la América latina, como podríamos también fijar su residencia en el más apartado lugar de la extensa y despoblada pampa argentina; y supongamos igualmente que, sujeto al fin y al cabo á las leyes de la materia, se nos muere usted el día menos pensado...

¡Cascarones!

No, señor, no son cascarones; es pura y simplemente una suposición gratuita, que por manera alguna puede alarmarle. Se habla desde el punto de vista hipotético; y, aun cuando no me honro con su trato, ni siquiera le conozco á usted, sabe Dios que el mayor mal que le deseo es que viva largos años, pues se me figura que ha de tener usted su apego á este pícaro mundo, con ser, como es, mansión de no interrumpidas cuitas y zozobras.

Continuemos.

Quedamos en que *se nos fué usted*, y dicho está que sus amigos y parientes quedarían llorándole, con lágrimas no fingidas, conforme á continuación se podrá ver.

Supuesta ya extendida su partida de defunción, la noche que pasara usted de *cuerpo presente* sería noche de jolgorio y recepción en la casa mortuoria.

A ella acudirán sus amigos particulares, y en general, los de la familia enlutada. Es más: los amigos *directos* se harán acompañar de los *indirectos*, quiere decir, de los suyos; porque sabido es que los asuntos de amistad guardan muchas relaciones. Más todavía: habrá quien no le haya visto á usted en vida; pero en ese día se considerará obligado á hacer acto de presencia, y allá se cuela él, pintada en el semblante la contrición que reclaman las circunstancias, y (aquí del busilis) muy bien dispuesto, ante la perspectiva de un *buen velorio*. En fin, aquello será un verdadero maremágnum: la concurrencia enorme; las mujeres, de riguroso luto, los hombres, á su libre albedrío, según lo entiendan y estimen; en una estancia recubierta de fúnebres paños é iluminada por los hachones mortuorios, el féretro, que se *vela* en las estancias inmediatas y en los patios, al aire libre, por un verdadero batallón de deudos, amigos, vecinos, etc., etc. Fórmanse grupos: aquí se habla de negocios; de política más allá, en otro, es tema de la conversación la nota mundana, y Cupido mismo halla ocasiones propicias para hacer de las suyas. Para formarse cabal concepto de lo que se viene describiendo, añádase que la gastronomía juega buen papel en estas reuniones, donde se rinde culto á la muerte, regalando á la vida; porque un velorio sin cena opípara, ó cuando menos sin repetidos piscolabis, no sería completo ni tendría la virtud de dejar bien preparado el ánimo para ir a *velar* en casos sucesivos.

¿Saben ahora los lectores en qué consiste el velorio, en lenguaje criollo? ¿Sí, eh?

Pues, vamos al hecho de autos.

Un día, mejor dicho, una noche, encontrándome accidentalmente en cierto pueblo de la provincia argentina de Santa Fé, asistí á una de esas veladas, motivada por el fallecimiento de un opulento estanciero, nombre conque se conoce allí á los que llamamos ganaderos acá.

Corría el mes de Enero, equivalente, como se sabe, á nuestro canicular Julio. Huelga, pues, decir que, en plena estación de la vida y en medio

de una naturaleza exuberante, aquella noche serena brindaba infinitos encantos á los innumerables contertulios allí reunidos.

Transcurrieron las horas nocturnas, y tras ellas llegó la del alba. Y ésta nos pilló en el mejor de los mundos: en el mundo de las satisfacciones proporcionadas por una buena digestión. En esto hay mucha prosa, demasiado realismo, ciertamente; pero es la verdad monda y lironda. En buen estado de salud, el estómago es el regulador del pensamiento, y aun puede añadirse del mismo sentimiento.

El muerto hubo de haber dispuesto las cosas de manera tal, que su familia nos trató á qué quieres boca. Si su intención fué llevar á cabo un postrero acto de rumbosidad, pudo acompañarle al otro mundo la seguridad de haberlo realizado plenamente.

Con los primeros atisbos y vislumbres de la luz cenital, la reunión empezó á dispersarse.

Quedamos, sin embargo, un grupo numeroso, esperando hora oportuna para hacer lo que se leerá.

Una viudita, tan guapa como rica, había trabado relación con un apuesto joven español, forastero y de paso, como yo, en la población. Lo que ambos se dirían, allá ellos. Lo que sí sé y recuerdo, es lo presto que llevaron á cabo sus resoluciones; porque, dignos émulos en semejante ocasión de los expeditos anglo-sajones, en una noche se conocieron, se hablaron, se quisieron y, por fin, resolvieron acabarlo en la Vicaría.

Y en la Vicaría lo acabaron, pocos días después; mas antes hubo de entender en ello el Juez de paz, que fué quien los casó civilmente, previos los trámites efectuados aquella mañana.

Habíase apagado la luna que alumbró el velorio del estanciero y nacía la llamada de miel para los desembarazados futuros desposados.

Salimos de la casa mortuoria y nos dirigimos á la del representante de la ley.

Lo dicho era lo que quería contar. No hay trama alguna; pero su propia sencillez le da cierto tinte interesante.

De todos modos, convéngase en que si aquel velorio tuvo atractivos, el mejor y más imprevisto de éstos fué su epílogo.

ANTONIO ASTORT



Cuadro de MARCELINO SANTA MARÍA. ¿SERÁ DIFTERIA? *Fot. Pauli y Bartrina.*

EL ULTIMO BESO

Al morir la luz del día
Murió el hijo de mi amor,
El iris de mi esperanza,
La luz de mi corazón.
Movió sus lívidos labios
Por darme el postrer *adiós*,
Y, fijando en mí sus ojos,
Para siempre los cerró.
En vano quise animarle
De mis besos al calor...
¡La muerte, sorda á mis ruegos,
Para siempre los cerró!
Traspasado de amargura,
Presa de inmenso dolor,
En su helada frente el beso
Postrero mi amor le dió;
Y aquella nieve, aquel frío
De su rostro encantador,
Heló en mis venas la sangre
Y en mi pecho el corazón.
. . . .
Pasaron breves los años,
De otros años yendo en pos,
Y, en el tiempo, lenitivo
Encontrando mi aflicción,
Podré olvidar la agonía
Del ídolo de mi amor;
Podré olvidar sus caricias
Y hasta el eco de su voz;
Pero de su frente el frío
Nunca olvidar podré yo,
Pues guardo del postrer beso
La nieve en mi corazón.

CARLOS CANO

BELLEZA SUPREMA

A MARÍA G...

Dios al crear las perlas del rocío,
fundió su nácar y formó tu cuerpo.
Puso en tus ojos lumbres de zafiros
y de ellos mismos tapizó su cielo.
Pensó en el mar, para crear tu alma.
Pensó en la noche, é hizo tus cabellos.
Pensó en matar con muerte de delicias,
y albergó los amores en tu pecho.
¿Quién podrá amarte? El corazón de un hombre
es, para poseerte, tan pequeño
que no cabes en él... ¡Tan sólo un ángel
puede cerrar tu boca con sus besos!

JOSÉ M.ª DE LA TORRE

TÚ Y YO

Si me dieran las Gracias sus encantos,
si me prestara el sol su ardiente luz,
si me diera el armiño su blancura
y me dieran las aves su laúd,
y Dios me diera, con el Orbe entero,
cuanta belleza esconde el cielo azul,..
no haría una mujer, para mi gusto,
¡más hermosa que tú!
Si te diera Cupido sus amores,
si te diera su acento el ruiseñor,
si te dieran su fe los querubines,
si te diera una madre su pasión,
y Dios te diera, con su amor divino
todo su aliento inmenso y creador,...
no podrías, mi bien, hacer un hombre
¡más amante que yo!

ELOY NORIEGA

MALAGUEÑAS

Si yo llegara á ser rey,
en mi trono te pondría,
y delante de mi corte
te adorara de rodillas.

Eres de una yerba mala,
pues me ves morir de pena;
me pueden salvar tus ojos
y agonizando me dejas.

Cuando el amor hace sumas,
la aritmética se engaña,
pues si dos almas se quieren,
las dos componen un alma.

Cuando paso por la cárcel,
siempre repito á su puerta:
— Aquí pararé algún día
si esa mujer no se enmienda.

Me empeñé en averiguar
en el libro del amor,
si hay querer como el querer
que nos tenemos los dos.

El vino no me embriaga
y tus ojos me marean;
¡deja, serrana, que viva
en constante borrachera!

Si un casado, como yo,
vé á una mujer, como tú,
se está diciendo diez horas
Por... la... señal... de la Cruz.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

MODESTO URGELL



EL TOQUE DE ORACION

[illegible] ión Kobira (Escudillers, 5, 7 y 9)

ANTONIO COLL



QUE PARECIDO ESTA!

CASTELAR Y EL ARTE

(Continuación).

He ahí un título de la escultura española, alegado por Castelar en Barcelona:

« No conozco personificación alguna, no la conozco, que haya sido jamás, jamás, tantas veces reproducida como la personificación del hombre que en el siglo XIII creó la lengua italiana, la personificación de la Italia antigua: el Dante. La nación italiana le habrá erigido trescientas estátuas, le habrá copiado en todos sus cenobios, en todos sus Campo-santos, y sin embargo, el hombre que mejor ha reproducido al Dante es un catalán, es Suñol. Le ha representado sentado, porque la grandeza no le permitía estar de pie; le ha puesto en aquella situación fatigada... su barba puntiaguda descansa sobre la mano, sus ojos están hacia adentro; aquella nariz encorvada parece como el pico de un águila de la poesía épica, y cuando le veis, se os aparece en el mundo con los terrores del año mil; el hombre que huye de la vida y cava el sepulcro para enterrarse, el desquiciamiento de los huesos, la evaporación de la sangre, el rechinamiento de los dientes, los lagos de sangre, los horrores del infierno, de aquel infierno en que se ven tantas y tantas penas, tantas y tantas angustias; y en él hay una cosa que aterra, el dejar toda esperanza, el último gemido representado y esculpido en mármoles y en bronces por un escultor contemporáneo.»

***

La Pintura. — « La Pintura es primero jeroglífica, pasa por el símbolo, y es más tarde clásica, cristiana luego, y después moderna; y puede decirse que, desde el primero de aquellos animales misteriosos pintados en la tapa del ataúd de las momias, desde el primer animal religioso, desde el ibis pintado en las columnatas memfíticas hasta las Vírgenes de Rafael ó los caballeros de Velázquez, el espíritu humano se ha desarrollado, y una gran parte de este espíritu humano se ha condensado en los grandes cuadros, en las maravillosas creaciones del Arte.

» El arte cristiano por excelencia es la Pintura. Los antiguos tuvieron verdaderas pinturas murales, en que indudablemente brillaron mucho, pero no crearon, no podían crear la gran Pintura que nació con el cristianismo; porque así como la Arquitectura tiene más materia que la Escultura, la Escultura tiene más materia que la Pintura, y se necesitaba una evolución superior del espíritu humano y una espiritualización indudable de la humanidad, para que se produjera el arte pictórico, arte esencialmente cristiano. »

« La pintura en el mundo clásico es una idealización, y nada más que una idealización de la escultura; este arte debía progresar indudablemente bajo la influencia divina, sobrenatural, del cristianismo. Con razón se ha dicho, que la arquitectura es el arte oriental, la escultura el arte pagano y la pintura el arte cristiano. »

En Roma está el Vaticano, y en el Vaticano la capilla Sixtina. En ella es dos veces peregrino el hombre, como católico y como artista. El ilustre canónigo Manterola, dijo un día en las Cortes, que Castelar no había estado en Roma... ¡tanto le extrañaron algunas afirmaciones de éste!

« Sí, he estado en Roma, contestóle su adversario; he visto sus ruínas; he contemplado sus trescientas cúpulas; he mirado las grandes Sibilas de Miguel Angel, que parecen repetir, no ya bendiciones, sino eternas maldiciones sobre aquella ciudad; he visto la puesta de sol tras la Basílica de San Pedro; me he arrobado en el éxtasis que inspiran las artes con su eterna irradiación; he querido encontrar en sus cenizas un átomo de fe religiosa, y sólo he encontrado el desengaño y la duda... »

Después de la Restauración, era ya menos fatalista y menos descreído. Decía, el 9 de Mayo de 1876:

« Yo, señores, aunque perteneciendo á la filosofía, á la democracia, á la libertad, he asistido en los valles de la Umbría como un peregrino al convento de Asís; he creído escuchar de labios de las esculturas erigidas en el crucero de la catedral toledana, el *Te-Deum* de las Navas de Tolosa; he visto sentado en los jardines de Salustia, sobre las piedras de las ruínas, á la sombra de los cipreses, ponerse el sol como una hostia consagrada tras la Basílica de San Pedro; he descendido á las catacumbas, y he tocado en las tinieblas las piedras esculpidas con signos religiosos por las manos de los mártires; y si no soy capaz de compartir, soy capaz de comprender y de admirar y de adivinar vuestra fe. »

Y no tardó en participar de ella; volvió al Vaticano, se prosternó á los pies de S. S. León XIII, y tal vez entonces ya no le pareció que las Sibilas echaran fuego enemigo por la boca... ¿Qué importa todo esto, si supo darnos párrafos como estos que voy á copiar?

« Tú, Pérsica, en la vejez que te agobia, se conoce cómo el mundo en su cuna te ha confiado sus secretos y te ha dicho sus vajidos, y cómo antes de morir te inclinas, abrumada por el trabajo y por los años á escribir un poema cíclico en las hojas de tu libro de bronce.

» Tú, Libia, vienes corriendo como si las arenas del desierto encendido te quemaran los pies, á traernos una idea recogida en el espacio, donde todas las ideas se han transformado como larvas misteriosas.

»Tú, Eritrea, eres joven como Grecia, bella como una de las sirenas de tu archipiélago, cantora como la tierra de los poetas, ondulante como los mares de que nacieron los dioses; y amiga de la luz, atizas la inmortal lámpara que está á tu lado, y á cuyo resplendor vendrá, como una mariposa, la conciencia humana.

» Tú, Délfica, eres virgen como Ifigenia inmolada por los reyes; tú llevas el beso de Apolo en los labios, la sombra del laurel en la frente, la inmortalidad del genio en el pecho, alzado como para entonar un cántico armonioso, que se oirá hasta el fin de los siglos.

» Tú, Sibila de Cumas, dejas tu caverna, y allí donde las montañas se cincelan más escultóricamente, donde los aires se cargan de aroma, donde el mar Tirreno más se embellece, en el golfo de Bayas, mirando la griega Parthenope, hermosísima y ébria como una bacante reclinada sobre su mullido cojín de pámpanos, modulas dulcemente las melodías de la esperanza...

» ¿Sois de carne, sois mujeres, habéis sentido la voluptuosidad, el amor, ó sois los arquetipos de las cosas, los ideales del Arte, las sombras de esas musas que todos los poetas invocan y que ninguno ha visto sino á través de sueños irrealizables, las formas varias de la eterna Eva, que ya se llama Safo, ya Beatriz, ya Laura, ya Victoria Colonna, ya Eloísa, y que está de pie en la cuna y en el sepulcro de todas las edades, sonriéndonos con la esperanza, despertándonos con el deseo y huyendo de nuestros brazos, como una ilusión que se desvanece en lo infinito? »

« Si buscáis las genealogías de las Sibilas (dice Castelar á sus lectores) encontraréis el Dante, encontraréis Platón, encontraréis Isaías, encontraréis Esquilo; son de esa raza. Si buscáis sus parientes por el mundo moderno, los tendréis en algunos personajes de Shakspeare, en algunos pensamientos de Calderón, en algunas escenas de Corneille. »

Dice que es mejor verlas, para comprender lo sublime, que definir esta cualidad estética.

Pondera el *Juicio final*, atenuando el rigor de duras calificaciones que ha merecido y entusiasmándose en algunos trozos del mismo. Y concluye:

« Pero, donde se muestra el genio de Miguel Angel en toda su grandeza, es en aquella inmensa catarata de condenados, que van heridos por la terrible sentencia, tristes unos como hojas secas, desesperados otros y retorciéndose cual si contra su eterna suerte pudieran rebelarse, ya mordiéndose los puños, ya arrancándose el cabello, ya aterrados á la vista de las llamas que los aguardan, ya presa del delirio; todos en los más atroces dolores físicos y morales; titanes llenos de vida y de carne y de sangre, como para ofrecer abundante pasto á los tormentos; titanes que roncan y maldicen y denuestan y escupen horrores de sus bocas, y luchan con las serpientes enroscadas en sus cuerpos, y buscan en el aire una nube donde reposar, y caen produciendo un escalofrío terrible, como si oyérais el primer contacto de sus carnes con el plomo derretido en las llamas eternas.»

Comparando á Rafael con Miguel Angel:

« El alma de Rafael, ha producido sus figuras, como diz que parió la Virgen, sin dolor. Cada una de ellas parece nacida como Citerea, de las espumas de la mar, en la concha de nácar, con la sonrisa en los labios, los rayos de la aurora en la frente y el cielo en los ojos. Una ola de aquella alma serena, las ha depositado en las áridas riberas de la realidad.

Las figuras de Miguel Angel luchan, padecen, se retuercen, van montadas en las ráfagas del huracán, tienen por luz un incendio, expresan la virilidad y la potencia del dolor, son los hijos gigantes de los extremecimientos desesperados de su genio en delirio, ansioso de marcar la realidad con el sello de lo infinito. Por eso parece que todos llevan en las carnes el hierro candente de la idea de aquel hombre, y gritan desesperadas desde la realidad por otro mundo infinito, como el náufrago por la tierra.»

Comparando los estados del alma de ambos artistas, transparentados luego en su producción, dice:

« Rafael, está siempre sostenido por su amada que le idolatra; por sus discípulos que le obedecen; rodeado de un coro de ángeles. El gran escultor, está solo, separado del mundo, reducido á un coloquio perpétuo con sus ideas, sin amor y sin amistad, aislado como las grandes eminencias del globo, con la tempestad sobre la frente... »

Llégale el turno á Florencia.

«Florencia, que ha vivido durante largos años entre las tempestades de ideas y combates homéricos en su inquieta democracia; y ha puesto el cincel en las manos de Andrés de Pisa y de Ghiberti para que esculpieran las puertas del nuevo paraíso; y ha dado á Lucas de la Robia el dulce crepúsculo de helenismo y del cristianismo para que en él brillaran sus lucientes figuras de porcelana; y ha revelado la anatomía del cuerpo humano y la fecundidad de la Naturaleza á Donatello; y ha llevado en sus entrañas sin estallar al titán de las artes, al sublime Miguel Angel; y ha cincelado el oro recién traído del Nuevo Mundo con el mágico estilete de Benvenuto; y ha inspirado á Brunelleschi, el cual puso montañas sobre montañas, como los antiguos cíclopes, para crear la arquitectura moderna; y ha sido escuela á un tiempo de Cimabué, el último de los bizantinos, y de Giotto, el primero de los pintores, y templo donde Fra Angélico dibujó sus vírgenes y sus ángeles, nacidos de una inspiración sin mancha y dotados de una vida sin pecado, y academia donde tienen altares desde las graciosas figuras del Sarto hasta las colosales de Fra Bartolomeo; y ha prestado al Dante sus terrores, al Boccacio su risa, al Sansovino su armonía, á Maquiavelo sus cóleras, á Pico de la Mirandola su saber, á Rafael su perfección, á Marsilio Ficino su elocuencia platónica, á Savonarola su inspiración, á León X su culto por las artes, á Galileo su luz; bien puede decirse que es y será eternamente la madre de la civilización moderna, la ciudad por excelencia del Renacimiento.»

En Asís, se le ocurre esta comparación entre lo sincero y lo artificioso: «El Arte místico, que sentido con verdadera ingenuidad, profesado con verdadera fe, brotado naturalmente de un alma tan pura como el alma tierna é inocente de Fra Angélico, en tiempos de suyo místicos, nos parece flor del campo cargada de inmortales esencias, en nuestro tiempo, contrahecho y recalentado por una erudición reaccionaria, nos parece, como los cuadros de Overbek, flor de trapo.»

Ante San Marcos de Venecia, cuyas parciales imperfecciones no pueden avasallar los efectos deslumbrantes del conjunto de la obra, de la parte circundante de otras construcciones y del ambiente histórico y nacional del pueblo, dice:

«Este es el teatro verdadero de Venecia y de sus gentes. Cuando sus mosáicos brillan á los ardientes rayos del sol; cuando sus columnas de pórfido y de jaspe mezclan los tonos dulces al metal entre áureo y verdoso de los caballos; cuando los cristales reverberan la luz, y los santos toman á una en los cambiantes y arreboles de los celajes deslumbradoras aureolas; en esta orgía de colores, las figuras que os han dejado el Ticiano y el Veronés y el Tintoreto, los personajes de aquellas épocas, vivos todavía en los cuadros y en los mosáicos, aparecen con toda verdad, realmente, como de relieve; el Dux vestido de tisú, con su manto de púrpura y armiño á la espalda y el gorro frigio en la cabeza; los senadores con sus túnicas negras y rojas formando mágicos contrastes; las damas henchidas de placer, escotadas para mostrar sus turgentes senos y espaldas, con los cabellos sembrados de chispas de brillantes y los ojos encendidos de chispas de amor, arrastrando aquellos trajes de brocados varios que crujen rozagantes sobre el suelo de mármol; los caballeros con sus ropillas de terciopelo y de damasco, sus collares de oro, su plumaje de varios matices cayendo desde las gorras, donde están prendidos con broches de pedrería, sobre los hombros, adornados con lujosas bandas; los ancianos envueltos en aquellas largas túnicas que les dan el aspecto de sacerdotes orientales; los alabarderos con sus uniformes abigarrados; los pajes con sus dalmáticas dignas del Asia; los esclavos y los bufones llevando en las manos los papagayos de la India y á los pies los monos del Africa; los coros de cantores y las compañías de músicos, uniformados fantásticamente y á capricho como las comparsas de un carnaval perpetuo; los gondoleros, de pie, con su remo en la mano, ostentando trajes de rayas diversas, semejantes á los matices del iris y resaltando sobre el negro betún de las góndolas; las muchedumbres de marineros con sus nervudas formas y sus pintorescas camisas y pantalones celestes, y la multitud de gentes, todas ricas, todas alegres, todas satisfechas, como si en vez de ser aquello una sociedad fuese un continuo teatro.»

Todo esto que él pinta con la palabra tiene su ascendencia en el pincel, y acaso también tenga una descendencia en la obra futura de éste. No menos afortunado estuvo un día en el Congreso intercalando un cuadro vivo, palpitante, seguro de tipos, de actitudes, de indumentaria, de dibujo, de color y de movimiento, relacionado con las costumbres cortesanas del siglo XVIII, y aprovechándolas por cierto (por no faltar á la costumbre), para poner cascabeles burlescos á determinadas ideas. Parecía que allí revivían Watteau, Boucher y sus discípulos, con sus composiciones y retratos, con sus elegancias y gazmoñerías, con sus idilios virginales y con sus picantes descocos. En esto de simbolizar y sintetizar épocas históricas, tan pronto fué un Kaulback, como un Tadema, como un Rochegrosse, como un Gerome, como un Meissonier, como un Mackart.

F. TOMÁS Y ESTRUCH

(Concluirá).



MARINA A LA ACUARELA; de SALVADOR VINIEGRA.

LA PALMA

Es la palma del cielo don divino,
Es atalaya en el espacio erguida,
Es el amor que ni en la ausencia olvida,
Es templo en el desierto al peregrino.

Es lecho en que descansa el beduíno,
Es generoso bálsamo en la herida,
Es blanda cera y copa no pálida,
Es techo y ropa y alimento y vino.

En corteza de palma se escribieron
Versos de Antar y del Koran la sura,
Y en la memoria de los suyos fueron;

La sed mitiga en la abrasada zona,
Y, signo fiel de lo que eterno dura,
La palma, en fin, al vencedor corona.

EL HECHICERO

Hábil trasmutador, llegó á la aldea,
Y, brindando á la plebe su tesoro,
Trueca el vidrio en diamante, el cobre en oro:
Do quier su vara mágica pasea.

En donosa beldad cambia la fea,
Y el vulgo aplaude en admirado coro;
Más que Aladino en el alcázar moro,
Lámparas frota y el prodigio crea.

Mas, ¡ay! que el aura popular no dura;
Y decreta la chusma hacerlo trizas,
Y la hoguera sus vísceras depura:

Vano triunfar de fanatismo tanto;
Que, esparciendo á los vientos sus cenizas,
Brota de cada chispa un nuevo encanto.

A ORILLAS DEL MAR

Pláceme, oh, mar, cuando en tu centro frío
Tu tendida grandeza se derrama;
La magestad de tu Hacedor proclama
Y refleja su excelso poderío.

Cuando en tu dorso el rápido navío
Pasea su magnífica oriflama;
Cuando al hombre sediento de oro y fama
Tumba le ofrece tu cristal impío.

Cuando tu trueno fragoroso abruma
La voz de nuestros tímidos hogares,
Montes alzando de irritada espuma,

Y de la luna esperas la salida,
Como aguarda impaciente en los altares
El amante á la hermosa prometida.

MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA

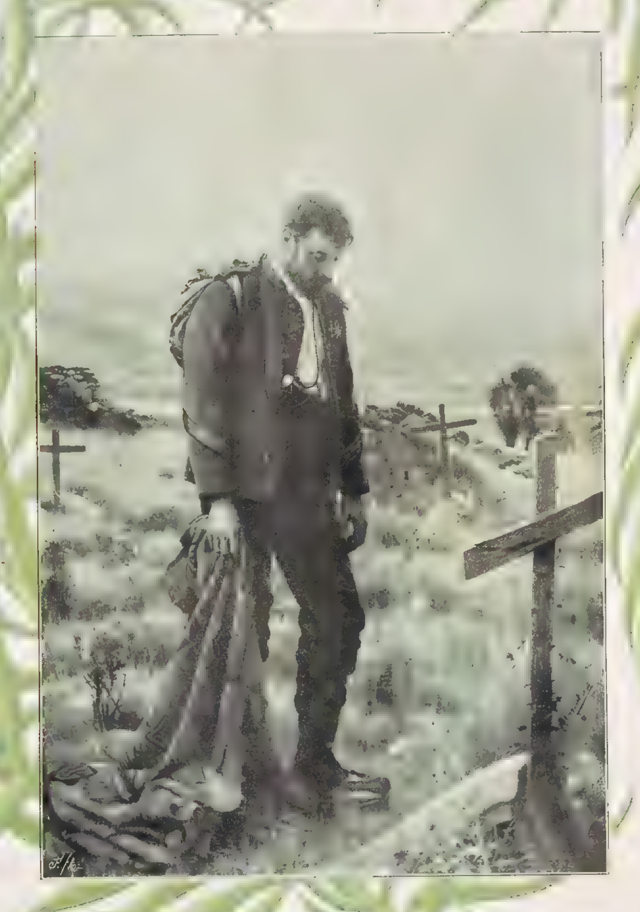
¡UNO DE TANTOS!

IMPROVISACIÓN, ANTE EL CUADRO DE CARBONELL SELVA, REPRODUCIDO EN ESTA PÁGINA.

¡Vedle! El pincel fecundo del artista
supo imprimir en su morena cara,
de aterradora lividez cubierta,
las huellas del dolor que llena su alma.
Es mozo todavía, sangre pura
circula por sus venas, sangre brava,
que agotar no logró el hierro enemigo
aun que en el cuerpo abrióle puertas anchas.

Callosas manos y fornidos miembros
su vigorosa condición delatan,
como delata su aguerrido porte
de un valor no domado la arrogancia.
Soldado de la Patria, los rigores
del servicio afrontó con la frente alta,
sin que nada atajara su ardimiento
ni hiciera vacilar su firme planta.

Hoy, caída la frente, tembloroso,
jadeante el pecho, torva la mirada,
se rinde ante la muerte que sereno
desafió en los campos de batalla.
¡Cómo nó, si á traición y por sorpresa,
en tanto que la suya respetaba,
robóle una existencia en que tenía
cifrada su ilusión y su esperanza!



Allí, en aquel rincón del cementerio,
bajo una cruz modesta y solitaria,
yace un sér que dejó lleno de vida,
y á quien la pena de su ausencia amarga
consumió lentamente, cual consume
al recio tronco la continua llama.
¿Será una madre cariñosa y buena
la que la tierra, aun removida, guarda
en cautiverio eterno, tan distante
del hijo que engendraron sus entrañas?
¿Será una tierna hermana que, al empuje
de inhumanas discordias, agostada
cayó del tallo enhiesto en que se erguía,
cuando á abrir su corola comenzaba?
¿Será una casta virgen que, de luto
vestido el corazón, desecha en lágrimas,
esperaba el regreso del ausente,
para ofrecerle de su amor la palma?
¡Sábelo Dios! En realidad horrible,
en injusticias que la suerte fragua,
inspiróse el artista; pintar quiso,
de realismo fatal haciendo gala,
no un hecho aislado, de la mente engendro,
sino un lienzo que el luto reflejara
de aquellos licenciados infelices
que, al volver á su hogar, tras rudas ansias,
hallar suelen, por toda recompensa,
una fosa reciente, y enterradas
en ella sus más dulces ilusiones,
¡las que no tornan, si una vez se marchan!
¡Y á fe que lo logró! Merced al genio
del insigne pintor, cuando la fama
la memoria enaltezca de los héroes
que sucumbieron del deber en aras,
consagrará un recuerdo cariñoso
á tanto mártir como alberga España!

* * *

MARIO Y MORPHY

Dos cerebros, dos corazones y dos voluntades poderosas, consagradas al arte, y que el arte llora hoy, perdidas para siempre!

¡Mario!... el actor que rindió culto á la realidad, que huyó del efectismo de mal gusto, que consagró horas y horas al penoso trabajo de matizar una frase, de apropiarse un gesto del personaje ficticio; el director y maestro de los pocos actores aceptables que nos quedan; el cumplido caballero y amparador de la gente joven que á él se acercaba con algo en la cabeza y en el corazón... Este fué Mario... y no es ser poco en esta época de amaneramientos, imitaciones y decadentismos.

¡Morphy!... el compositor musical que amó y admiró, detenido en el límite de su modestia, cuanto notable y genial producían los demás; siendo así que sus propias creaciones hubiesen bastado á cualquiera otro, para no dar importancia á lo ageno, para engreírse, para endiosarse.

¡Morphy! su bondad y su talento, corrían parejas .. ¡A cuántos principiantes alentó, haciéndoles llegar á la meta de sus aspiraciones! ¡Cuánta producción selecta dió á conocer, relegando las suyas admirables á último término!... Secretario particular del monarca Alfonso XII — quien le concedió el título de conde, — y luego de nuestra Regente; condecorado con infinidad de insignias, agraciado con multitud de títulos académicos, y dotado por la naturaleza de gran talento artístico, Morphy era mantenedor de cuanto nuevo, grande ó exquisito se producía en el mundo musical.

¡Mario y Morphy! La comedia y la música;... dos temperamentos artísticos con afinidades misteriosas que sólo pueden enlazar y comprender los que, como ellos, consagran su vida al culto sincero del arte, en cualquiera de sus manifestaciones.

ALBUM SALÓN, que se honró, contándoles entre sus buenos amigos, y que publicó de Morphy muchos hermosos trabajos en sus columnas, tendrá siempre para ellos, un recuerdo en el alma y una lágrima en los ojos.

* * *

EL TENORIO EN LA ALDEA

(IMPRESIONES TEATRALES)

Navalmorcuende, hoy día de la fecha.

Señor director: Aquí en este pueblo, ordinariamente no ocurre nada anormal. En verano se siega; en otoño se vendimia; en invierno se mata al cerdo, y en primavera hacen acopio de granos... los rostros de los vecinos. Sólo varía lo monótono de la vida de los navalmorcuendenses, cuando hay elecciones; las cuales solemos celebrar hiriendo á varios individuos; cuando hay capeas, fiesta nacional, en la que mueren otros; y en la época presente, en que nos matan á los émulos de Calvo y Vico, desde el 20 de Octubre al 10 de Noviembre.

Porque aquí, señor director, no queremos ser menos que los habitantes de casi todos los pueblos de España, y tenemos Tenorio todos los años y á todo pasto, en cuatro pajares habilitados para coliseos. En las aldeas limítrofes á la nuestra hay también estos días, y en competencia con nosotros, Tenorios, Mejías y Ullóas por docenas, vamos, adocenados.

Y basta de proemio. Paso, no á dar cuenta, en forma de revista, de los crímenes perpetrados por los bravos Juanes en los mentados *teatros* de Navalmorcuende, durante los días en que se ha *desollado* la obra de Zorrilla, sino á narrar algunos de los incidentes ocurridos en ellos.

***

En el pajar del señor alcalde, —como si dijéramos en el Teatro Principal de esa,—el público distinguido arrojó al escenario las banquetas, y produjo chichones, con variadas hortalizas, al Comendador, porque estaba afónico y es *tartajoso*. El hombre hincóse de rodillas ante el auditorio, y dijo:

—¡Señores, por Dios, un poco de paciencia. No atenten ustedes contra mí, que soy casado y con siete de familia. Antes de diez minutos me matará don Juan, y quedarán ustedes vengados!

***

En el pajar del albéitar, que representaba un cementerio, filosofaba Tenorio y al decir, señalando las esculturas:

Mi buen padre empleó en esto — entera la hacienda mía,

levantóse airado Antoñaz, el tratante, que no está en buenas relaciones con la familia del actor, y exclamó, enseñándole los puños:

—¡Embustero, más que embustero! Si tu padre nunca ha *tuvido* dos pesetas!

***

Lo más funesto ha sido lo que acaeció en el pajar del escribano. Tenorio postróse de hinojos ante la tumba de don Gonzalo, en lugar de hacerlo ante la de su hija,—exclamando:

Mármol en quien doña Inés — en cuerpo sin alma existe...



NOTA ARTÍSTICA; por A. COLL.

Y la estátua yacente del Comendador contestó:

—Mira, don Juan, que te equivocas. Eso se lo cuentas á aquella de allá enfrente.

Armóse una tremenda barahunda, y el escribano, que es hombre de mal genio, quiso meter en la cárcel á toda la compañía.

***

En el cuarto pajar, hubo tremolina interior; vamos, en el escenario.

Cuando el protagonista iba á salir á escena, presentóse á él un gañán y le preguntó con malos modos:

—¿Es *usté, Manolico* Pérez?

—Servidor de usted.

—*Pus* vengo á *cobrale* á *usté* esta factura, de parte de mi dueño.

—Hombre, en este momento soy insolvente. D. Juan Tenorio no paga.

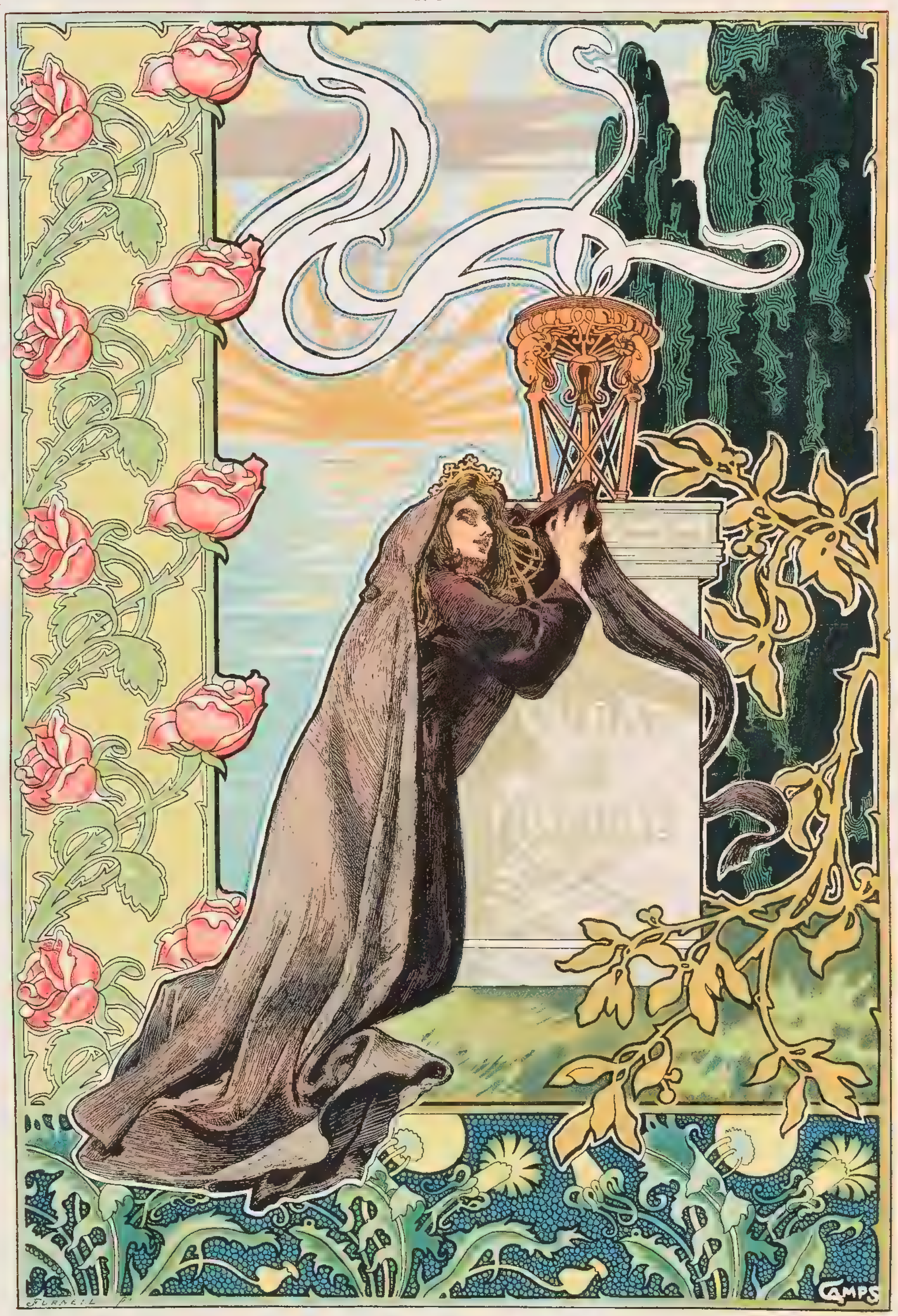
—¿Sí? Pues toma.

Y se oyeron dos bofetadas terribles. Unos aplausos frenéticos; ovación tributada al actor... en su propio rostro.

***

Ya sé, señor director, que nada particular hallará usted en estos datos teatrales, recogidos en los *coliseos* de Navalmorcuende; pero creo que tampoco ocurrirán *cosas mayores* en los teatros de las grandes capitales. Porque don Juan Tenorio, según mis informes, en todas partes se representa y en todas partes se representa mal. Conque, aparte de la chismografía más ó menos variada, en cuanto al *Tenorio* respecta, aquí nos hallamos á la altura de Madrid ó Barcelona; y casi casi, los datos que le remito serán parecidos á las noticias que puedan dar ustedes de las *grandes* compañías que actúan en esa, pues poco nuevo podrán ustedes decir á sus lectores de una obra tan vista y manoseada como *don Juan Tenorio,* de reglamento estos días en la inmensa mayoría de los teatros.

FLORIDOR



RECUERDOS Y ESPERANZAS



Cuadro de Juan Brull

LA FUENTE DE LAS TRES GOTAS

Si las perlas se criasen con la abundancia de las rosas, valdría la docena de perlas á diez céntimos; si los diamantes cuajaran con la misma facilidad que el pedernal, un diamante se tendría en el mismo aprecio que el trozo de pedrusco que sirve para encender la yesca; y si la fuente cuyo nombre sirve de título á este cuento, produjese, en vez de tres gotas al año, un millón de gotas por minuto, nadie llevaría su recuerdo fijo en la imaginación, ni irían las personas de los pueblos inmediatos á ella, tres veces al año, á ver caer las tres cuentas líquidas de tan raro y poético manantial. Ser único, es ser inestimable; por eso alcanzan tan alta categoría, la flor del cáptus, Víctor Hugo, las cataratas del Niágara, la perla rosa, el cisne negro, Cristo, y muchas más singularidades de la tierra.

Cuesta *sudores de imaginación*, si se me permite el atrevimiento de frase, considerar los esfuerzos geológicos de la montaña que, durante doce meses, da á luz las tres gotas de agua: ¿serán semejantes esos esfuerzos, á los del genio que, durante su vida, produce tres obras magistrales? Dícese que las tres gotas de esa fuente (que acaso no exista más que en mi fantasía), son de un agua riquísima, deliciosa; que tienen la virtud de infundir en el alma de quien la bebe, la felicidad. Y como la felicidad escasea en el mundo, más aún que esas tres gotas de agua, tras de poseerla van á la fuente miles y miles de personas, esperando ver asomar, entre las grietas de la roca, una sola cuenta, un solo brillante, una sola perla líquida que traiga consigo la ventura humana. Lo más particular es que, durante los años de existencia de la fuente, no ha habido hombre ni mujer que llegue al pie del manantial en el momento en que caiga una sola de las tres lágrimas cristalinas. Es la persecución del ideal, sin encontrarle; la interminable caminata de la Humanidad hacia la quimera, que dicen que encierra la felicidad. Sísifo asciende á la cumbre de la montaña, bajo el peñasco, y antes de dejarlo arriba, resbala de sus hombros y cae: carga más pesada conduce el que lleva sobre su cabeza la desilusión de que, por mucho que los busque, no ha de conseguir jamás, ni tener un cisne negro, ni poseer una perla rosa, ni oir la palabra de Cristo, ni beber una de las tres gotas de agua que, premiosísimamente, supura en tan largo plazo la fuente de la dicha.

Dicen los viejos de los lugares vecinos á ella, que han encanecido yendo anualmente á ver si lograban, aunque no fuese más que una vez en su vida, humedecer sus labios con una gota; y añaden, que, á pesar de tener perdida la ilusión de conseguirlo, sienten, cuando llega el plazo de cada excursión, encenderles el corazón y el cerebro la esperanza,—esa lámpara colgada del espíritu, que todavía no se ha apagado la primera vez,—y contra su voluntad misma, emprenden el camino de la fuente. ¡Y qué camino! Primero hay que atravesar unos largos campos de zarzas que se enmarañan y revuelven, como montones de garras abiertas; después hay que pisar, durante horas, sobre espinos rebeldes que hacen trizas los pies; y cuando se va ya sin aliento, desgarradas las carnes y goteante de sangre la piel, se llega al pie de una montaña, de ascensión casi vertical, y por ella hay que subir, si se quiere llegar allá arriba, donde está el seco caño de la fuente.

Llevan, en esas romerías del martirio, con qué alimentarse, unos panecillos que llaman *ilusiones*, peces que se nombran *deseos*, frutas que se designan *aspiraciones*, y otros alimentos capaces de hacer seguir adelante aun al más desquiciado por la fatiga. Empieza la ascensión al monte, y empiezan los horribles suplicios: unas personas clavan sus bastones en el suelo, por la puntiaguda contera, para no caer; otras se agarran á las grietas de las rocas; otras se lían á las manos las puntas de las matas y se mantienen en peligroso equilibrio. De pronto, se oye el tumbo de un cuerpo que rueda: los demás que ascienden le miran con ojos agrandados por el terror. Inmediatamente, se oye otro tumbo; es otro cuerpo que baja, vertiginoso, la pendiente; como caen hombres en una batalla, caen, acá y allá, por la falda de la agria sierra, cientos y cientos de personas, que van á morir en la sima.

El agua vulgar que llevan en bien guardados recipientes, se les acaba, y cuando los hombres más decididos llegan á la mitad del monte, sus labios van secos y ásperos, sus ojeras son espantables, su expresión es espeluznante, su mirada trágica, lúgubre. Aún falta la mitad del camino: ¡arriba, arriba! Algunos se sientan y échanse á llorar, desesperados de haber emprendido la ascensión; otros se tiran furiosamente de los cabellos; algunos mascan yerbas encontradas al paso, para refrescar, aunque sólo sea con jugos venenosos, las fauces. ¿Cuántos serán los que lleguen á la cumbre? Muy pocos, algunos, de los cuales parece tirar, desde arriba, un hilo fascinador de colores, un hilo irisado; el hilo de la esperanza. Ya están en lo alto los más valientes, ya tocan la piedra del manantial, ya luchan dramáticamente por aplicar los labios á la roca, á ver si baja una de las tres gotas de agua. ¡Seco el caño, seca la mole, secas las entrañas de la piedra! Entonces caen derribados al suelo y lloran amargamente: lloran, y evocan con la agostada imaginación las grandes masas de agua del mundo, los lagos de Suiza, el Misisipí, el Amazonas, las estruendosas Cataratas, el mar, en fin, ¡¡el Océano!!

¡Llegar á él! ¡hundirse en sus descomunales ondas! ¡absorberlo de un sorbo jigantesco, infinito!...

Abarrotados sus músculos por el espanto, al ver que donde creían encontrar la felicidad hallan el término de la vida, retuércense en una desesperación última, y quedan en actitudes de eterno asombro, como si los hubiera cincelado la muerte.

¿Que cuál es la montaña donde existe *la fuente de las tres gotas?* Es la montaña de la humanidad, por la cual subimos en una romería que no se acaba nunca, cuantos anhelamos encontrar en ella la dicha terrenal.

SALVADOR RUEDA

SRTA. MERCEDES DE ARGILA NIQUI

Alumna del Conservatorio del Liceo Barcelonés. Profesora, con nota de sobresaliente, y primeros premios en las clases de Composición y Armonía.

Autora de la pieza de música que acompaña á este número.

LA CANCIÓN DE LA SANGRE

FACETA

Soy blanca y roja; tengo la blancura de la nieve y el rojo del sol. Tengo la alba pureza de todo lo inmaculado y el obscuro color del fuego concentrado hasta lo indecible.

» Soy blanca y roja; pero ya alimente la vida vejetal ó la gran vida de los animales, el movimiento incesante es mi distintivo. Yo asciendo y bajo por las venas de los árboles, de los arbustos, de las plantas; yo corro sin detenerme por venas y arterias. Mi riego engendra la vida; mi presencia produce el calor; mi ausencia ocasiona la muerte. Cuando no llego adonde debo, la muerte aparece; la muerte que va precedida del frío inaguantable, de la gangrena sin cura.

» Soy blanca y roja; por mí alientan plantas y animales; por mí ha logrado el hombre vencer las fuerzas ciegas de la Naturaleza. Tan generosa soy cuando aparezco blanca, como cuando envío oleadas rojas á través de los organismos superiores. Por mí crecen los bosques, se pueblan de arbustos las montañas, estallan en flores los botones, palpitan en el aire embalsamado las policromadas alas de las mariposas, vuelan los pájaros y cantan el himno eterno, sin palabra, y de admirable ritmo; por mí las luciérnagas encienden sus diminutos faros, las abejas liban la miel del cáliz de las flores, triscan las ovejas, abren sus corolas las rosas y los claveles, y cuanto alienta, inmóvil ó semoviente, crece y vive y goza ó padece.

» Yo soy la que, al ser derramada, fecunda la tierra; yo soy la que alimenta la llama de la inteligencia. Yo doy la vida, que nace entre mis olas; yo produzco la muerte que llega muchas veces envuelta entre mis ondas. Yo produzco la palpitación que es signo de vida; yo soy el alma madre, el principio mismo del movimiento.

» Yo he recorrido en rojas oleadas los campos de batalla; yo he ascendido con fuerza incontrastable hacia los cerebros de soberana fuerza, para inspirar las ideas eternas como la inteligencia, claras como la luz, fuertes como la muerte. Yo soy el alma del alma, el espíritu del cerebro. Yo produzco el espasmo que engendra las ideas, que hace surgir la ciencia, que crea lo bueno y lo bello.

» Soy blanca y roja; fría como lo inmóvil, caliente como el impulso vital. Soy blanca para sustentar unas vidas y roja para alimentar otras; pero soy siempre fuerte, siempre soberana, siempre dueña y señora de la Vida! »



FANTASÍA JAPONESA; por José Passos.

EL RELOJERO DE AGORA

I

La historia de Carlos Benjamín era llana y monotona como la novela de un niño juicioso. Siendo pequeñín, los extremos de su modestia y lo mollar de su condición, le relegaban á los últimos bancos de la escuela, posponiéndole á otros arrapiezos díscolos y de menguado discurso que le aventajaban en osadía, travesura y don de gentes. Las tardes de invierno, en vez de marcharse con sus condiscípulos á jugar al marro, ó á reñir batalla con la belicosa granujería de los arrabales, se iba solo á zancajear por las calles, entontecido y boquiabierto, mirando los escaparates de las tiendas.

Le gustaban los comercios de bisutería, con sus vistosos tinteros de plata repujada, sus pisapapeles que encerraban en el seno de su cristal convexo un semblante burlesco de Arlequín ó un paisaje suizo, sus figulinas de frágil arcilla, sus candelabros con pie de bronce, y otras mil baratijas en que su sencillo magín hallaba pacífica delectación y solaz: le agradaban también las sombrererías, llenas de gorras, de hongos, de sombreros flexibles y de sombreros de copa alta, que todos juntos simulaban el aspecto de una multitud mirada á vista de pájaro; y las vitrinas de las farmacias, con sus frascos guardadores de caramelos higiénicos y sabrosas pastillas, é iluminadas por un globo de cristal, verde como una esmeralda enorme, ó rojo como un rubí incandescente...

Pero las tiendas que más le cautivaban eran las relojerías: y las azotainas más memorables que su padre le dió, con mano dura y á telón alzado, las mereció por su desmedida afición á los relojes, que le quitaban de la memoria el recuerdo de su casa y de la escuela. Carlos Benjamín, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y las romas naricillas apoyadas sobre el cristal del escaparate, miraba con insaciable embeleso el grave perfil del relojero quien trabajaba junto á una mesita, bañada en la clara luz de un quinqué con pantalla verde. Benjamín le veía coger los relojes y hacerles la disección, arrancándoles aquellas diminutas maquinillas que encierran entre sus engranajes la eternidad del tiempo... Los dedos del artista manipulaban con esa seguridad que inspira una larga práctica, quitando ruedas tan pequeñinas y delgadas, que su levedad sólo podía ser sensible á un tacto muy ejercitado; y manejando palancas ahiladas como hebras metálicas, y disponiéndolo todo ordenadamente sobre un platillo. Aquella quietud y aquel menudo tragín eran cabalmente las dos circunstancias que más cautivaban la pasiva voluntad de Carlos: le parecía que allá dentro, tras aquel mostrador, se estaba bien, con frescura en verano y dulce abrigo en invierno, y que debía de ser altamente divertido el escudriñar aquellos prodigios infinitísimos de la mecánica, á través de un cristal de aumento.

Aquella caprichosa afición infantil prevaleció años después, y Carlos Benjamín entró de aprendiz en una relojería. Más tarde, los vaivenes y descalabros de la vida le arrancaron de su ciudad natal, y, tras no pocas malandanzas, fué á dar con sus huesos y los restos de su fortuna, en el pueblecito de Agora, lindo caserío ribereño, arrullado por las ondas mur murantes del golfo valenciano.

Allí fué donde Carlos Benjamín pudo remediar el pésimo curso de sus negocios y montar una relojería grande y bien abastecida, y en donde años después, el Diablo, que todo lo añasca, le indujo á casarse, echándole así á su historia, con aquel matrimonio, una triste y desabrida segunda parte.

II

Dos cosas amargaban la existencia y molían la cristiana resignación de Carlos Benjamín. En el orden que pudiéramos llamar público, la ruda oposición que le hacía otro relojero llegado á Agora algunos meses antes que él; y en el orden privado ó doméstico, su suegra, encarnación terrible y agresiva del espíritu de contradicción, que denegaba cuanto él decía, y que no perdía coyuntura ni ripio de dar al traste con su autoridad marital.

Aquellos dos enemigos no tardaron en rendir el apocado corazón de Carlos Benjamín, que nunca sirvió para mucho, y en denigrarle al estado de simple máquina viviente, triste y pasiva.

En efecto, ¿de qué le servía ser un marido ejemplar, fiel y económico, y afanar toda suerte de comodidades para la rolliza lugareña que eligió por esposa, y ser padre amantísimo, si luego, todo aquel dulce concierto patriarcal de su casa, lo deshacían los intemperantes desafueros de su suegra, que no se cansaba de esgrimir su lengua de hacha, contrariándole y ridiculizándole á propósito de todo?... Y además, ¿de qué le valía ser el relojero mejor reputado de ocho leguas á la redonda, y contar entre sus parroquianos á todo lo más granadito de Agora, si el reloj principal del pueblo, el reloj de la iglesia, aquel que regía la existencia del vecindario y conforme al cual se arreglaban todos los relojes, estaba encomendado á la vigilancia y custodia del otro relojero, su implacable rival?...

Esta última, era la humillación más grande y la pesadumbre más cruel de Carlos Benjamín; porque, aunque bastaba que él manifestase una opinión para que su madre política votase por la contraria, aquellos eran disturbios íntimos, temporales que corría á cencerros tapados; mientras que su rival de profesión le vencía diariamente y á todas horas, de un modo inapelable y desesperante, y aquellos bofetones sin mano, se los daban sus mejores amigos, sus parroquianos más antiguos.

—¡Hola, Benjamín!... ¿Sabe usted que el reloj que me compuso usted días pasados, no anda bien?...

—¿Qué tiene?

—No sé; pero ayer lo puse con arreglo al reloj de la iglesia, y en menos de doce horas ha adelantado más de cinco minutos...

¡Y siempre igual!... ¿Por qué eran los relojes que él componía los que marchaban mal?... ¿Por qué había de ser infalible el reloj de la iglesia?... Carlos Benjamín acabó casi por convencerse de que no entendía un ardite en achaques de su oficio, y se dedicó al trabajo con redoblado ahinco, ideando engranajes nuevos y realizando tales progresos, que hubiera podido parangonarse, sin empacho, con el mejor relojero de Ginebra. Pero estos esfuerzos resultaron inútiles: su odiado *alter-ego* triunfaba siempre de un modo brutal y absurdo... ¡Sí, absurdo!... Porque Benjamín no sabía quien pudo otorgar aquella infalibilidad indiscutible al reloj de la iglesia; se maravillaba de que en este punto todos los vecinos estuviesen contestes, y hasta llegó á maliciar cierta diabólica relación entre el movimiento del reloj y el del sol; al extremo de que



MI MODELO. — Acuarela de José Llovera.



BUSCANDO PATRIA. — EMIGRANTES A BORDO

Cuadro de RAFAEL ROMERO DE TORRES. Existente en el Museo Nacional.

éste se detendría si aquel maldito dejase de andar durante mucho tiempo. El fenómeno continuó repitiéndose. Carlos iba al casino, á tomar café, y si por acaso el reloj de la iglesia marcaba alguna hora, todos los contertulios miraban los suyos; y luego, había aquello de...

—Benjamín, mi reloj adelanta... Benjamín, mi reloj atrasa...

Carlos hizo cuanto pudo por encargarse del cuidado de aquel reloj misterioso; pero el otro relojero era uña y carne del alcalde, y Benjamín no pudo echarle la zancadilla que meditaba: entonces se dió á decir que el reloj de la iglesia era un cascajo que no servía para maldita de Dios la cosa, y quedó admirado de que nadie opinase como él: aquel reloj era magnífico; además, no había otro...

—¿Cómo?—murmuraba Carlos, mesándose el cabello;—¿acaso los relojes que yo fabrico son relojes de juguete?...

¡Qué existencia tan equívoca la suya!... Su suegra le negaba en su hogar, ante su mujer y sus hijos; el otro relojero le anulaba ante el público, puesto que sus relojes no valían, si el reloj de la iglesia no los garantizaba con una especie de *visto bueno*... ¡En verdad que había motivos para suicidarse!...

Pero no se suicidó, porque Carlos Benjamín no era hombre que tomase las adversidades de la tornadiza fortuna muy á pechos, y fueron transcurriendo los meses, hasta que el desdichado relojero tuvo la suerte de vencer en aquella desigual contienda y librarse, ya que no de todos sus enemigos, del que más le degradaba y afligía.

Sucedió, pues, que en la mañana de un domingo, se presentó en la relojería de Benjamín el mismísimo alcalde, acompañado del secretario del Ayuntamiento y de algunos amigos.

—Buenos días, don Carlos,—dijo el alcalde;—vengo á saber si quiere usted encargarse de cuidar el reloj de la iglesia...

—¿Y cómo así?—preguntó Benjamín estupefacto.

—Porque yo creo que el otro relojero, ó no entiende el oficio ó no cumple con sus obligaciones. Hoy, poco ha faltado para que ocurriese en la plaza una desgracia horrible!...

Y seguidamente, y con gran regocijo y pasmo de Benjamín, refirió cómo, en el momento de estar sonando las campanadas de las doce y salir todo el señorío de misa, se rompió la cadena que sujetaba una de las pesas del reloj...

Benjamín lanzó un grito.

—¿Y mató á alguien?—dijo.

—No hirió ni mató á nadie, afortunadamente,—repuso el alcalde;—pero pudo haber matado... y por eso le propongo para relojero del Ayuntamiento, porque este accidente proviene de falta de cuidado. La pesa, al desprenderse, chocó en la cornisa de la torre y cayó á la plaza... ¡Mire usted qué casualidad!... Medio minuto después de haber pasado por allí la suegra de usted...

Escuchando aquello, Carlos Benjamín tuvo la visión neta de su felicidad; ¡ser relojero municipal, no tener suegra!... Un ensueño de ventura, malogrado por no haber caído aquella pesa redentora algunos momentos antes...

Y entonces tuvo una frase, la única tal vez, que pronunció en toda su vida; una frase admirable, admirable... de puro brutal:

—¡No me extraña!—exclamó;—yo siempre había dicho que ese reloj atrasaba!...

EDUARDO ZAMACOIS



EL RECURSO

RIBERA



EN CAMPAÑA

MADRID ELEGANTE

Estamos en plena *season;* abiertos todos los teatros; ofreciendo el Real el aspecto de sus mejores tiempos; hallándose en sus palcos reunida toda la sociedad aristocrática, es allí á donde el cronista mundano debe ir á buscar el asunto de sus artículos.

Ensayemos, pues, este género de *interwiews*, aplicado á las crónicas elegantes.

Acercándonos á una dama de las que suelen hallarse mejor enteradas, preguntámosle por las bodas efectuadas ó concertadas en el verano.

—Verá usted,—nos contesta la dama aludida,—el tema es verdaderamente inagotable. En primer lugar, el hijo tercero del Presidente del Congreso, don Manuel Pidal y Bernaldo de Quirós, que cuenta en la actualidad 25 años de edad, contraerá matrimonio con la preciosa señorita doña María Sánchez Arjona, de ilustre familia extremeña.

-Paréceme que no es esa la primera boda que se celebra entre ambas familias.

—En efecto, un Sánchez-Arjona, primo carnal de la novia, contrajo matrimonio hace apenas dos años con doña Carmen Pidal, hija también del ilustre político asturiano.

—¿.......?

—La bellísima señorita doña Blanca Chao, que siempre que se presenta en los salones, provoca un murmullo de admiración por su espléndida hermosura, se casa con el joven y distinguido artista, don Luis Romea, á cuyo cargo corre la dirección artística del *Blanco y Negro*.

—Siendo como es, artista, estaba obligado á demostrar que tiene buen gusto.

—¿......?

—Otros dos jóvenes que gozan de grandes simpatías en nuestra sociedad, forman también en esta lista: ella es la señorita de Lascoiti, hija de los Condes de este título y nieta del difunto Marqués de Casa-Jiménez, y él es el primogénito de los Marqueses de Caracena del Valle, don Adolfo Valenzuela.

—De otra boda han hablado los periódicos madrileños, y aunque lo han hecho reservando los nombres, eran las señas tan claras, que no creo indiscreto descorrer el velo del incógnito.

—¿Se referirá usted á la de la opulenta y encantadora señorita de Zabálburo, con el Conde de Heredia-Spínola y de Tilly, Marqués de Iturbieta?

—Efectivamente.

—Pues, creo que es cosa concertada.

***

Me despedí de la ilustre dama á quien tales confidencias debía, y entrando en otro palco, entablé nueva conversación.

—¿Cree usted que este invierno habrá mucha animación en los salones?—pregunté á una señora de las que nunca faltan á las fiestas aristocráticas.

—Creo,—contestó la interpelada,—que entre nosotros se ha establecido ya una costumbre que será difícil desterrar; me refiero á la época de las fiestas mundanas. De algunos años á esta parte, sólo se celebran algunas en las proximidades del Carnaval, dejando para la primavera la celebración de las grandes fiestas.

—Según eso, ¿opina usted que la animación de la vida de sociedad no se manifestará todavía?

—Opino que no faltarán señoras que *se queden en casa* un día á la semana; la Marquesa de Squilache verbigracia, cuyo salón no se cierra nunca, y cuyos viernes son verdaderos bailes. Se reanudarán los *five ó cloc,* especialmente entre los diplomáticos, y hasta se bailará en algunos salones, en la Embajada de Alemania por ejemplo; pero las grandes fiestas, caso de verificarse, se quedarán para Carnaval ó para la primavera.

—¿Y es verdad que los Duques de C., pensaban recibir en su antiguo y recién restaurado palacio?

—Así se dijo; mas no lo creo posible, pues, según mis noticias, después de haberse gastado un dineral en alhajar y decorar aquella casa, se encuentra en la actualidad necesitada de nuevas y urgentes reparaciones.

***

Esta última parte de la conversación, llevábame como de la mano á otro orden de ideas, y como al atravesar el *foyer* tropezara con un conocido agente de negocios, le abordé en los siguientes términos.

—¿Cuántos hoteles y palacios han cambiado de dueño en estos últimos meses?

—Muchos, me respondió; se han vendido dos palacios que llevaban no pocos años sin hallar compradores: el del difunto Duque de Abrantes en la calle de Serrano, adquirido por el señor Chavarri, y el de Guadalcázar, en la calle de San Bernardo, que estuvo para comprar S. A. la Infanta Doña Isabel, y que ha sido adquirido por los señores de Iturbe.

—¿El nuevo ministro de Mejico en España?

—El mismo, cuya esposa es hermana de la Marquesa de Ivanrey. Cuando se termine de amueblar, se celebrarán allí grandes fiestas.

—¿.......?

—El precioso hotel que en la Castellana poseen los Condes de Benahabis, y que durante bastantes años ha servido de residencia á los Marqueses de Vistabella, ha sido adquirido por el Conde de Romanones, que se dispone á habitarlo en breve; el Marqués de Alcañices se traslada á su hotel del paseo de Recoletos, donde vivieron, sucesivamente, los Condes de la Corzana, los señores de Scholz, la Marquesa de Romero de la Tejada y los de Villaviciosa de Asturias; los Vizcondes de Alcira ocupan ya su magnífica casa del paseo de la Castellana, cuyos otros dos pisos son ocupados por los citados Marqueses de Villaviciosa y por los Condes de Asmir; los Marqueses del Riscal se han instalado ya en la plaza de la Villa, en la antigua casa de la Condesa de Oñate; Mme. Le Motheux abandona el piso bajo de la calle del Saúco para trasladarse al lindo hotel de la calle de Zurbano, en que vivió mucho tiempo la Condesa de Verdú; los Condes de Vilana han terminado ya la decoración del suyo que es muy elegante, *et sic de cœteris.*

***

Me despedí de mi agente, con la cabeza hecha un *maremagnum* de hoteles y palacios, y como la gente abandonaba el regio coliseo, me dispuse á hacer lo mismo, no sin sorprender antes el siguiente diálogo de una enamorada pareja.

—¿A dónde vas mañana?

—A casa del Castillo de Chirel.

—¿Reciben?

—Es el santo de la Baronesa (el Patrocinio de Nuestra Señora), y al igual que todos los años, se celebrará la primera *matinée* del invierno.

—Pues no faltaré.

MONTE-CRISTO

LA APUESTA DEL DIABLO

I

Habían empezado las vacaciones en el Infierno. Satanás, aburrido de la calma chicha que reinaba en sus dominios, y á fuer de sujeto activo y estudioso, se decidió á pasar una temporada entre los hombres. Pero, á fin de no armar un cisco, si éstos le veían en su traje habitual, plegó cuidadosamente las alas, que desaparecieron por completo bajo una americana de invierno, se rasuró el pelo, á fin de que nadie pudiese tomárselo, se calzó unas botas, cortó las uñas de las manos y empezó su excursión, bajo la figura de un burgués algo agitanado en sus andares y en sus facciones.

Como en aquella época no trabajaba por obligación, no se daba mucha prisa en buscar clientes para sus estados. De cuando en cuando, descansaba unos días; y nadie, al ver su aspecto bonachón, hubiese creído que dentro de la piel de aquel hombre hubiese el mismísimo Diablo, en carne y hueso.

II

En una posada que habitualmente sólo frecuentaban los contrabandistas y los carabineros, cerca de la frontera francesa, un hombre joven y buen mozo mataba el tiempo requebrando á la maritornes, que era fresca y rolliza y nada esquiva, y sorbiendo vaso á vaso una media jarra del tinto que se había hecho servir después de cenar.

Cuando más enfrascadas estaban aquellas dos personas en su diálogo naturalista, sonó un recio aldabonazo. La moza abrió la puerta, y apareció por ella la estampa de Satanás, en traje de ciudadano. Saludó con desembarazo, sentóse en una mesa cercana á la que ocupaba el único cliente, y después de pedir que le sirvieran una cena substanciosa y el mejor vino que en la posada hubiera, trabó conversación con su vecino.

Es sabido que el Diablo sabe mucho, y que, cuando quiere hacerse agradable lo consigue sin grande esfuerzo. Esa vez no mintió la fama. Al cabo de media hora de charla, un tanto descosida, Satanás y el estudiante — porque lo era el mozo, — se habían convertido en buenos amigos. Como apenas eran las seis de la tarde y ninguno de los dos viajeros tenía sueño, Satanás propuso á su interlocutor echar unas partidas á la brisca. Se aceptó la proposición, y ambos prójimos pusieron toda su atención en el juego. La majestad incógnita estaba aquel día de buen humor y como por otra parte el dinero no le costaba nada, pues era de su fabricación especial, tuvo la idea de jugar sin hacer la más pequeña trampa. Pero al ver la gran suerte que tenía su adversario, empezó á picarse y, buscando el desquite, jugó más fuerte. Cambió, pues, la cuantía de las

apuestas; mas no la suerte verdaderamente extraordinaria del estudiante. Y tan buena maña se dió en aprovecharse de ella, que, al cabo de un par de horas, todo el dinero del Diablo había pasado á su poder.

Claro está que podía éste haber jugado cualquier mala pasada á su contrincante; pero ya he dicho que aquel día estaba de buenas, y no quiso prevalerse de malas artes. Al acabar el dinero jugó las alhajas que llevaba, y una vez perdidas, dijo al estudiante:

—Cuando he entrado aquí estábais hablando con la cocinera, que por cierto es una muchacha muy apetitosa.

—Es verdad,—contestó el otro riendo;—pero bajo las apariencias un tanto descocadas, parece que es una virtud de primer orden.

—¡Bah!

—Como lo oís. Me ha dicho muy seriamente que estaba comprometida con un mulatero, y que por nada del mundo le jugaría una mala treta.

—Os digo que esa moza es de la misma pasta que las demás.

—Y yo os afirmo lo contrario.

—Bueno; no vamos á pelearnos por tan fútil motivo; pero, como he perdido cuanto dinero y alhajas tenía, si queréis, os hago una apuesta.

—¿Cuál?

—Juego la virtud de esa muchacha, contra las alhajas que me habéis ganado. Si os favorece también la suerte, vuestra es la chica; si se decide por mí, me devolvéis esas alhajas.

El estudiante miró con asombro á su interlocutor. Parecía hablar muy formalmente. Pero al mozo se le hacía muy cuesta arriba creer que aquel hombre estuviera en su sano juicio. Para cerciorarse de ello, replicó:

—Me parece que olvidáis una condición esencialísima.

—Decid, amiguito.

—Que esa moza no estará dispuesta á obedeceros.

Satanás se sonrió.

—¿No obedecerme una mujer? ¡Tendría gracia!

El acento, el gesto, la mirada de S. M. I. fueron tan dominadores, tan burlones, expresaban con tanta claridad el poder omnímodo que aquel sujeto creía tener sobre las mujeres, que el estudiante le miró absorto y un tanto atortolado.

—Para que no os quepa ninguna duda,—dijo el infernal personaje,—voy á llamar á la muchacha.

Y en tanto que el mozo se reponía de su extrañeza,

—¡Rosa!—gritó con voz fuerte.

Apareció la fámula, gentil y rehecha.

Entonces Satanás hizo signo de que se le acercara. Obedeció la chica, y entre los dos, en una lengua que el estudiante no entendía, pero que las mujeres y el Diablo hablan correctamente, se cruzó breve diálogo.

—Rosa consiente en ser el precio de la apuesta,—repuso en buen romance el Diablo.—Y por vuestra parte vais á ver un espectáculo que no volveréis á ver en vuestra vida, aunque viviérais la edad de las piedras.

—¿Cuál?

—Ahora no puedo decíroslo. Jugad y observad, y cuando nos despidamos os revelaré el secreto, si es que vuestra penetración natural no os lo ha explicado.

Y diciendo y haciendo, Satanás barajó las cartas, cortó el estudiante y empezó el juego.

El coto era á cinco partidas. Las dos primeras las ganó el estudiante con la misma suerte que hasta entonces. Indecisa se mantuvo la tercera hasta lo último. El estudiante creía ya suyo el triunfo y miraba con ojos enamorados á la moza, que presenciaba el juego impasible y como si nada fuera con ella. De repente, Satanás acusó las cuarenta, con una sonrisita que producía malísimo efecto, y la partida fué suya.

Un tanto contrariado por aquel primer revés, el aprendiz de humanista barajó con furor y largo rato. ¡Inútil empeño! La suerte había cambiado. Al primer tercio de la partida le llevaba el adversario tal ventaja, que era imposible disputarle la victoria. Los dos enemigos tenían igual número de partidas. La quinta era la decisiva.

Rosa sonreía satisfecha. Al estudiante se le llevaban los demonios, y eso que el otro no hacía gesto alguno, pareciendo, por lo contrario, más tranquilo que nunca, más sereno.

Aquella última partida fué una derrota completa, rápida y decisiva para el estudiante. En menos de diez minutos, y á pesar de que puso toda su perspicacia á servicio de su deseo, fué vencido.

Satanás sonrió nuevamente, con una sonrisa que ponía piel de gallina.

Las alhajas volvieron á poder de su dueño. Quedaba el dinero ganado, en manos del estudiante, el cual, despechado, dijo:

—Van contra la apuesta anterior cuanto os he ganado y cuanto poseo en este momento.

—Acepto.

Tornaron á barajarse las cartas y tornó á ganar el mozo las dos primeras partidas; pero, como la vez anterior, perdió las tres últimas. Rosa, al ver el resultado final, salió de la sala, en tanto que con gran cachaza, decía Satanás al joven.

—¡Ea! Ya estáis sin un cuarto y de mal humor. Pero, como en cambio el mío es excelente, no quiero daros pie para que con el tiempo digáis pestes de mí. Me parece que sois un buen muchacho y no quiero tundiros de vuestros vellones. Tomad cuanto os he ganado.

Y al decir esto, con un ademán que recordaba su antigua naturaleza de arcángel, alargó al admirado mozo todas las piezas de plata que, por medio de su endiablada habilidad, había hecho suyas.

—¡Tomad! —repitió, viendo que su adversario vacilaba—tomad y que la lección os aproveche.

—¿La lección? ¿Sois acaso maestro?—preguntó con retintín el mozo, ya amoscado y dispuesto á armar camorra.

—Si no lo fuera en malas artes, no me abrogaría la calidad de tal,—replicó con grave majestad el Diablo.

Y al tiempo que pronunciaba estas palabras, se levantó. Como en una comedia de magia, perdió la figura que tenía y apareció con la suya ante los ojos atónitos del joven.

Antes de desaparecer, dijo así:

—Puedes alabarte de haber jugado y bebido con Satán en persona. Hubieras ganado siempre, porque, en jugando yo de buena fe, siempre pierdo; San Pedro te puede enterar de ello. Pero has tenido la malaventurada idea de jugar contra la virtud de una mujer, cosa que no debe hacer ningún bien nacido, y el triunfo ha sido mío.

Rosa, que en aquel momento entraba de nuevo... al ver la facha del Enemigo Malo, lanzó un chillido y fué á refugiarse entre los brazos del absorto mozo.

Satanás sonrió de nuevo... y desapareció en la penumbra.

Alguien asegura que, en definitiva y á pesar del olor de azufre que llenaba la habitación, no fué el mozo quien perdió la apuesta. Pero el caso es muy dudoso, y como Satanás es poco comunicativo, nadie puede decidir el caso á ciencia cierta.

A. RIERA



¡PÍCARA LLUVIA!

Salí del Congreso sofocada, sudando, y temiendo un desastre en mis rizos, dorados por la mañana muy aprisa, sin tiempo para que el tinte se secara lo bastante. ¡Dios mío! ¿estarían deshechos y desteñidos? ¡Qué atrocidad! No temí que se conociera el tinte; eso no. Las mujeres que adoptamos este color, lo hacemos para que se sepa... ¡Es tan caro!... He observado que los hombres odian el tinte que pretende ocultar canas, y enloquecen ante una cabeza de muñeca, con cabellos pajizos, sueltos, desordenadamente alborotados. ¿Que no es natural el color? ¡bah! en cambio es parisiense;... mundano.

Salí, como digo, del Congreso, y quedé desagradablemente sorprendida, bajo un cielo cubierto de negruzcos nubarrones, que dejaban caer menuda pulverización... ¿Lluvia de cala bobos? Pues, aguacero en puerta... Había que aprovechar los momentos. Abrí el paraguas, recogí mi falda con discreta coquetería y eché á andar en busca del hotel... En mis oídos resonaban aún las enérgicas frases de mi esposo, diputado por Villapagana, dirigidas á uno de sus colegas: « S. S. es un imbécil ». La frase era algo dura, pero justa. Por algo se echó á reir la Cámara en peso y el Presidente no invitó á mi señor marido á retirarla. « S. S. es un imbécil ». No sé qué extraño eufemismo me hacía encontrar delicioso el insulto... A las mujeres nos gusta mucho lo atrevido, aunque tenga sus ribetes de grosero.

Entré por la calle del Turco y salí á la de Alcalá, en busca de la de Peligros... La lluvia comenzaba á formalizarse... Desde que saliera del Congreso, no cesé de sentir á mis espaldas unos pasos hombrunos que, por su insistencia en seguirme, comenzaron á picar mi curiosidad. Varias veces cambié de acera; pero inútilmente. No había que dudar; alguien me seguía. ¿Quién? Lo presumí. Aunque provinciana, no soy tonta... Debía de ser aquel guapo joven, de la tribuna de la prensa, que siempre me mira con simpática sonrisa en los labios... Esto pensando, y teniendo en cuenta que las letras son un gran apoyo para la oratoria, y que mucho pesa una gacetilla encomiástica inspirada en la gratitud, descubrí bandera parlamentaria, recogiendo un poquito más mi airosa falda... para esquivar el barro. Afortunadamente, llevaba mis botitas nuevas, que ajustan á la perfección estos pies que... vamos, me han valido más de un piropo, desde que me llevan por las calles de la corte.

Yo no sé si por culpa de la lluvia ó de la presión atmosférica, los nervios apoderáronse de mí, y una ligera pena en el pecho hacíame suspirar inconscientemente. Lo que entonces pasaba por mí, no he podido explicármelo todavía... Caminaba presurosa, como huyendo de aquellos pasos firmes que me seguían; mi imaginación se fué exaltando y pensé... pensé que mi constante perseguidor, el simpático joven de la tribuna de la prensa, me detenía, me rogaba que le escuchase, que tuviese compasión de él... Yo me indignaba y al mismo tiempo sonreía. Después... después él... terco á mi lado, diciéndome que mi belleza era superior á la de todas las mujeres de Madrid; afirmación que, la verdad, no me producía mal efecto. Al fin, formulaba una declaración en toda regla, y yo... yo, en vez de enojarme, continuaba sonriendo, como animándole á seguir murmurando cosas tiernas... El mozo tenía una imaginación brillante... Se expresaba con calor, con imágenes bellísimas, dignas de inspirado poeta... ¿Por qué hacerle callar? ¡Era tan de mi gusto aquel coqueteo sin compromiso...! La imaginación de la mujer, si he de juzgar por mí, se parece mucho, muchísimo á una caldera de vapor... Se caldea, la presión crece y crece; pero si se abre á tiempo la válvula, el vapor huye, y todo se normaliza... ¡Cuidado con la presión á que alcanzó mi cerebro aquella tarde! La lluvia, la pícara lluvia que exaltaba mis nervios... Ella era la culpable, ella, porque yo... juro á ustedes que no cruzó por mi mente ni una sola idea pecaminosa... Me gustaba aquel coqueteo mental, ¿á qué negarlo? Por mí, hubiese durado mucho; ¡mucho! ¡Era tan galante aquel picarón!... En mis fantásticas suposiciones, llegué á verme metida en grave compromiso. ¡Una cita! Yo luchaba... luchaba por decir que nó; pero al fin... Yo no sé qué tiene este pícaro Madrid, que su ambiente nos vuelve novelescos á los seres impresionables... Allá, en Villapagana, de fijo no hubiese supuesto tantas agradables picardías. Allí no hay ruido que aturda, ni ojos que miren como los del chico de la tribuna de la prensa, ni quien diga cosas tan lindas... Decididamente, en Villapagana, cuando llueve, no se mojan tanto las conciencias...

Bien, pues al llegar á lo de la cita, que yo pugnaba por rechazar... y que indudablemente hubiese rechazado... ¡no faltaba más!... ¡plaf! una ráfaga de aire, indecorosa, á juzgar por la fuerza con que tiraba de mi vestido, volvió del revés mi paraguas, sacándome de mis febriles quimeras... Lancé un grito de espanto, pugné por arreglar el inútil chirimbolo, y Dios sabe cómo me hubiese puesto la lluvia, si en aquel instante no me cubre con su paraguas el alma caritativa que venía siguiéndome. Me volví, resuelta á enmendar mis pasados errores *in menti*, y exclamé, con dignidad tribunicia: «—¡S. S. es un imbécil!»

Quedé fría... No era el chico de la prensa quien me cobijaba bajo su paraguas; era mi esposo, que había tenido la humorada de seguirme, no sé si por capricho... ó por otra causa.

El se echó á reir, con la satisfacción del hombre que está seguro de su dicha, y yo... yo, como no había allí presidente que me obligase á ello, olvidé retirar la frase con que mi esposo apabullara á su colega.

Luis de Val



DOÑA JUANA LA LOCA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

Si grandes fueron las conquistas y el poderío de los Reyes Católicos, mayores fueron sus penas y desventuras como padres amantísimos, ya que en poco tiempo sufrieron los inmensos dolores de ver morir á su primogénito, el príncipe Don Juan; viuda, á su hija Doña Isabel; y gravemente perturbada la razón de su hija Doña Juana, heredera de su trono.

Nació ésta en Toledo, en Noviembre de 1479.

¡Qué vida la suya tan triste, y á la vez tan interesante!

Educada con gran esmero, como todos sus hermanos, por su madre Doña Isabel, distinguióse la princesa Doña Juana por su claro talento y facilidad para aprender, especialmente los idiomas; llegando á hablar el latín cual si fuera su lengua nativa.

En 1496, pasó á Flandes para unirse con el Archiduque Don Felipe de Austria. Este príncipe, aunque de pequeña estatura, era de tan regulares facciones, distinguido porte y fino trato, que mereció el dictado de *Hermoso*. Nada tiene, por tanto, de extraño, que cautivase el impresionable corazón de Doña Juana, la cual sintió por él una de esas violentas pasiones que deciden del porvenir de la criatura. Don Felipe ni correspondió al amor de su esposa, ni siquiera le fué leal. Al casarse con ella, ambicionaba ceñir á sus sienes la corona de España, y no abandonó por un instante su vida de galanteos. Doña Juana acompañó á Bruselas á su marido, en cuya ciudad dió á luz al luego Emperador Carlos V. En 1502 fué llamada por su madre, la reina Isabel, quien la hizo reconocer por su heredera en las Cortes de Aragón y Castilla.

Don Felipe regresó á los Países Bajos, huyendo, dicen algunos cronistas, del excesivo amor de su esposa; mientras que otros aseguran, que, para continuar lejos de la severa corte de Castilla, su existencia aventurera. Doña Juana corrió tras él, celosa y enamorada, sin que un nuevo alumbramiento, de que nació el príncipe Don Fernando, le atrajese el amor de su marido.

Muerta Doña Isabel (1505), su esposo, el rey Don Fernando, juntó Cortes que prestaron juramento de fidelidad á Doña Juana, como reina de España y á él como regente. La gran reina al morir, temiendo por la razón de su hija, que ya había mostrado ciertas monomanías cuando su marido marchó á los Países Bajos, tuvo la precaución de nombrar regente á Don Fernando, por si su hija Doña Juana *no quisiere ó no pudiere reinar*. Delicada manera de salvar la incapacidad de su hija, perturbada por esa locura sublime que se llama *amor*.

Algunos nobles, á quienes había domado la férrea mano de Doña Isabel y Don Fernando, tratan de ganar el terreno perdido, y, conociendo el carácter ambicioso de Don Felipe, se oponen á la regencia de Don Fernando, que se retira á Aragón, proclamando al Archiduque, al cual, á pretexto de la locura de su esposa, pide á las Cortes, reunidas en Valladolid, que le otorguen el mando; propuesta que rechazan los dignos procuradores castellanos. El, sin embargo, comienza á ordenar como rey, repartiendo los cargos del Estado á los extranjeros que le han acompañado y á los nobles que le ayudan.

Efímero fué su reinado. El 25 de Noviembre de 1506 moría, casi de repente, de una fiebre *contraída por los excesos de un día de festines y placeres*.



Cuadro de FRANCISCO PRADILLA. Premio de honor en la Exposición de 1876.

Doña Juana no le abandonó un instante. Embalsamado, al uso de Flandes, le hizo vestir un rico traje de brocado forrado de armiños, una gorra con un joyero á la cabeza, una cruz de piedras al pecho, y borceguíes y zapatos á la flamenca. ¡El traje mismo con que le vió por la primera vez!

Días y noches pasó la infeliz contemplándole, sin ocuparse de los negocios del Estado. La reina había desaparecido, y sólo quedaba la esposa. Un día, sin embargo, llamó á su secretario Lazarraga y le mandó revocar todos los nombramientos hechos por su marido, devolviendo los cargos á los antiguos servidores de sus padres.

Empeñóse en trasladar á Granada el cadáver de Don Felipe, no sin verle antes. Contemplóle largo rato y no lloró... ¡Había llorado tanto por las infidelidades de su esposo con las damas flamencas que ya no tenía lágrimas!

Colocado el cadaver en un magnífico féretro y sobre un carro fúnebre, tirado por cuatro caballos, emprendió la marcha, seguida de algunos prelados, eclesiásticos y caballeros que no quisieron abandonarla. Doña Juana, cubierta con un largo velo, iba detrás, pareciendo la imagen del dolor. Aquella triste procesión tan sólo caminaba de noche, pues decía la sublime loca: «una mujer honesta, después de haber perdido á su marido, que es su sol, debe huir de la luz del día.»

En todos los pueblos en que descansaba le hacía funerales, prohibiendo la entrada á las mujeres. Aconteciόla que marchando de Torquemada á Hornillos, mandó colocar el féretro en un convento de monjas, pensando que era de frailes. Al averiguarlo ordenó sacar el ataúd, y, no habiendo en el pueblo iglesia, le hizo llevar al campo, donde permaneció con la comitiva sufriendo todos los rigores de la estación. Momento interesante, elegido con mucho talento por el insigne artista don Francisco Pradilla para pintar su cuadro, verdadera joya del arte pictórico en nuestros días.

Con frecuencia hacía abrir la caja, tanto para ver si se lo habían robado, como por si resucitaba, según le había ofrecido un fraile cartujo.

Retirada á Arcos, trasladóse por último á Tordesillas, siempre con el féretro, aposentándose en el palacio y colocando el cuerpo del Archiduque en la iglesia de Santa Clara, unida al mismo, y de tal modo dispuesto el túmulo, que ella pudiera verle desde su cámara.

Muerto su padre, sólo tuvo un momento lúcido, cuando Juan de Padilla, en la época de las comunidades, se presentó en Tordesillas. Al oir de su boca las vejaciones que los flamencos hacían sufrir á Castilla, les dijo:

— Mientras que yo no pueda remediar eficazmente los males de que os quejais, proseguid haciendo todo lo que convenga al bien público.

Su estado no era, pues, tan grave. ¿Quién sabe si tratada de otro modo, hubiera la infeliz recobrado la razón? Desgraciadamente, olvidada por su hijo Don Carlos, tuvo más por carcelero que por guardián al marqués de Denia, *hombre de carácter acre, contra quien todos hablaban y todos se quejaban*, llegó á quitarla hasta su confesor, el P. Juan de Avila, y *á encerrarla en una cámara que no tenía más luz que la de unas velas* (Carta al Emperador, de su tía Doña Catalina).

En el mes de Enero de 1555 creció su locura, pasando los días *en un lastimero grito con que aterraba el palacio y entristecía al pueblo; mostrando un gran horror á todas las cosas piadosas*. Afortunadamente, llegó á Tordesillas el antiguo Duque de Gandía, que en su niñez había sido paje de la Infanta Doña Catalina, ya convertido en San Francisco de Borja, y sus atenciones y cariños pudieron lo que no habían logrado las suspicacias y crueldades del Marqués de Denia. Doña Juana se serenó un tanto, confesó con gran fe, recibió la sagrada Extrema-unción, y murió repitiendo las oraciones que su piadoso auxiliante le decía. Sus últimas palabras fueron estas: *Jesucristo crucificado sea conmigo*.

Era el 11 de Abril de 1555.

¡Triste destino el de esta desgraciada criatura: hija, perdió á su madre cuando más la necesitaba; reina, no llegó á gobernar; esposa, vióse olvidada y vendida por su marido; madre, no recibió los cuidados y los cariños que prodigó á sus hijos!

El amor, fuente para otros de dichas, fué para ella torrente de amarguras.

E. RODRIGUEZ-SOLIS



COMPOSICION Y DIBUJO, DE G. CAMPS.

ANTONIO COLL



LA MADRINA

CASTELAR Y EL ARTE

(Continuación).

Otra vez su acendrado españolismo:

« En el género en que los españoles ostentamos originalidad tal que nadie puede disputárnosla con derecho, es la Pintura. Nuestro natural independiente nos ha preservado de las imitaciones artificiosas, y nuestro sentido de la realidad nos ha impedido caer en lo convencional y amanerado. Nosotros competimos en belleza con Florencia y Roma; en verdad, con Holanda y Alemania; en color, con Florencia y Flandes; en idealismo, con Asís y Pisa, aventajando quizá á todos por la nativa y diversa genialidad de nuestros pintores, tan rebeldes á las tiranías de la escuela como nuestros mismos inmortales dramáticos. ¿Sabéis de alguna decadencia duradera en ese divino arte español? Cuando el saco de Roma dispersó á los artistas de Rafael y la muerte de la República florentina hirió en el corazón á Buonarroti, en aquel comienzo de la noche, la hermosura perfecta renació, no por los palacios de Mantua, donde Julio Romano, desposeído de su númen tutelar, tocaba en lo hiperbólico y en lo extravagante, sino por las iglesias de Valencia, donde surgían de la paleta de Juan de Juanes aquellos Salvadores descendidos del Tabor á sus tablas, despidiendo luz espiritual como la que pudieran soñar los místicos en sus deliquios, y encerrados en líneas como las que pudieran trazar los escultores clásicos en los bajo relieves antiguos. Cuando la imitación servil, los procedimientos arbitrarios, la mezcla de escuelas opuestas, la falta de fe en el helenismo y en el cristianismo, en la religión de la hermosura y en la religión de la verdad, creó la sintética escuela de Bolonia, herida por irremediable decadencia, como todos los géneros híbridos, salieron de nuestros talleres un tropel de aquellos apuestos caballeros y lujosas damas de Sánchez Coello, en cuyas frentes resplandecían las señales de la gloria nacional y en cuyos labios sonaban los versos de Lope y de Herrera; aquellos jinetes y sus caballos dando al vientecillo arrebolado del Guadarrama crines, plumas y bandas, con tal arte, que las sentís crujir en vuestro oído; aquellos cíclopes presos en sus cavernas, cuyos desnudos han robado á la Naturaleza los secretos de la encarnación y el egoísmo; aquellos bufones, tan grotescos y ridículos, como caballeros y gentileshombres los vencedores de Breda, capaces de recoger los trofeos de la victoria sin humillar la dignidad de los vencidos; todas aquellas figuras, reproducciones milagrosas de la realidad misma sobrepujada por el arte, respirando en atmósfera tan verdadera y luminosa, que os entraríais por los cuadros á recoger en vuestra retina los cambiantes de la luz y en vuestros pulmones los soplos del aire. Y sobre este universo de tantas formas y de tantos matices como el cielo estrellado sobre la tierra vívida, en nubes enrojecidas por las reverberaciones del sol sobre las aguas del Guadalquivir, entre coros de arcángeles y serafines que llueven rosas y agitan palmas, calzada por la luna, vestida del inmaculado candor y envuelta en el cerúleo manto, á los pies la culebra del mal herida, y en las sienes los resplandores de la luz increada, estáticos los ojos, como embebidos en la gloria, y alzado el pecho como para recoger y respirar la palabra creadora, va la Virgen de Murillo, como divino arquetipo, en cuyo casto seno renace la hermosura sin sombras del paraíso y recobra la mísera humanidad, ya sin pecado, su primitiva é inmaculada inocencia. La ecuación establecida en nuestra pintura entre la naturalidad y la idealidad, resulta de tal suerte íntima, que parece toda una estética en acción, superior, bajo mil aspectos, á un género especialísimo y concreto del Arte. Y á la superioridad de esa estética atribuyo que ni la decadencia de las escuelas bolonesa y napolitana, imperantes en todo el siglo décimo séptimo, ni la decadencia universal del siglo último, hayan podido contagiar á la escuela española. Así, mientras los pintores más eminentes, corrompidos y contagiados de pésimo gusto, á una se malogran por su falso colorido y su servidumbre convencional, aragonés egregio, dotado de la gracia y de la naturalidad celtibéricas, al par que de creadora fantasía, esboza en imperecederas aguas-fuertes las ideas de su tiempo, indecisas como las sombras de su lápiz, y traza las figuras que pasan por su retina, abriendo á aquel pueblo que, á primera vista decaído, emprendió la guerra de la Independencia, los cielos del Arte, y los infiernos á la proterva corte que nos manchó con sus liviandades y nos vendió como un hato de ganado, por la codicia vil de un favorito, á la devastadora invasión de un extranjero. No decae la pintura española, como no decae el ingenio nacional, que puede hincharse unas veces, perderse en retruécanos otras, pero jamás extinguirse por completo.»

«Brilla la pintura española cuando todo ha decaído... Cuando el genio ha desaparecido, las dos escuelas que suceden á las escuelas italianas de Florencia y de Roma, de Pisa, de Venecia y de Siena, son las escuelas de Nápoles y de Bolonia. Pues bien: la escuela de Nápoles y la escuela de Bolonia, tienen ambas su carácter ecléctico, en virtud del cual ecléctico serán colocadas entre las decadencias, de las que llevan la hinchazón y el artificio. Pues, en Nápoles hay un pintor de nuestra patria, un pintor valenciano, el cual, por la fuerza y la potencia de su genio creador, se exceptúa de la universal decadencia y deja grabado en la pinacoteca artística los cuadros inmortales que se llaman de Ribera. Y lo que digo de Ribera lo digo de Murillo, de Velázquez.»

»¡Viladomat! ¡qué portento y qué prodigio! No tenía, según me han dicho, no tenía maestro, no tenía escuela; un pobre jesuíta privado del Archiduque le dió solamente algunas lecciones. El pobre sacaba las substancias para sus cuadros de las tierras de Barcelona, único elemento de que disponía; y, sin embargo, ¡cómo enlazaba el genio de Murillo con el genio de Goya! Lo que sucede en el siglo XVII con Velázquez, le sucede al siglo XVIII con Viladomat y Goya; y por eso lo que pasa con Velázquez pasa con estos dos grandes pintores. ¿Conocéis algo más artificioso, algo menos artístico, algo más falso que toda aquella escuela académica, griega y romana, en la que todo eran maniquíes que no tenían nada de la antigua Grecia? Quedaron aquellos genios de una convención verdaderamente artificiosa, sin realidad y sin inspiración; pues en Viladomat y Goya volvieron á la vida, y aunque á veces pintan cuadros religiosos, observan todo lo que pasa entre los suyos. Verdaderamente devuelven al arte su carácter y su significación, representan que todo pudo caer aquí: que se han destruído nuestros estados en Rocroy; que hemos perdido nuestros descubrimientos y perdido el inmenso territorio; que no hemos recobrado las antiguas libertades de la Edad Media; pero la decadencia no ha llegado á los pinceles, y los pinceles de nuestros pintores han demostrado la eterna inmanencia del género español en esta página del Arte.»

A Fortuny le dedica estas palabras:

«Tiene Cataluña el pintor más inspirado del siglo XIX, el mago de la pintura, el hombre que llevaba el iris en su paleta, el iris con todos sus colores, el zumo de todas las flores; era oriental, y dejaba por doquier obras tan preciosas, que su recuerdo esmaltará eternamente la imaginación humana. Mientras los hombres vivan, cuando alguno quiera recrearse en el color y movimiento de las figuras, irá á ver los cuadros de Fortuny, y allí encontrará algo de los de Venecia y de Florencia: el color y la vida en una conjunción verdaderamente maravillosa.»

¿A qué copiar nada de su biografía del pintor Ingres? ¿A qué aludir á su novela histórica de Fra Filipo Lippi, donde hace asomar tanto la vida artística italiana, y en ella el paganismo entre el cristianismo? ¡Eso, que por simpatía hacía elocuente á Castelar, y que por aversión hizo elocuente é iconoclasta á Savonarola, eso, literariamente, tiene su himno, también vibrante, en *Helena considerada como símbolo del Arte clásico!*

***

La Música.—Castelar era académico electo de mi bondadosa amparadora la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando; pero pertenecía á la Sección de Música. No tengo á mano (aunque sí recuerdo la síntesis) de un breve, pero delicado artículo, en que su autor indica la superioridad del Arte en general, y muy especialmente de la música, sobre todo lo que ha producido la Naturaleza. En las primeras transcripciones de estos recortes ya se ha visto algo al respecto. Recuérdese también la jerarquía espiritual que asigna al arte del sonido, pues ha de convenirnos muy pronto para oponerlo á un desenfado... político.

Copiemos ahora lo que sigue:

« La Música ha nacido para suplir la palabra, para expresar esos sentimientos vagos, infinitos, que por lo mismo que son como el aire de la vida moral, no revisten bien la forma concreta de la palabra.

»La Música, en la antigüedad ejerció una influencia benéfica. La antigüedad es eminentemente música: sus palabras están sujetas á ritmos, sus períodos á armonías; la lira es uno de sus grandes trofeos, el mito de Apolo uno de sus más verdaderos símbolos. La Música es la educación principal de las almas, como la gimnasia es la educación de los cuerpos; sus leyes se cantan en la plaza pública, sus grandes batallas se cantan en los juegos olímpicos. Los soldados de Grecia antes necesitan la lira que la espada, del poeta que del general; los versos de Tirteo, cantados al fuego del combate pudieron, más que la estrategia de los grandes soldados; la canción de un amante es el primer presente que aguarda la doncella para sentirse inspirada por el amor y ceñir á sus sienes la corona de sésamo; las tragedias griegas no pueden existir sin coros, ni sus ceremonias religiosas sin danzas, en que las vírgenes se mueven al compás de las notas de las cítaras; y en todos tiempos, en primavera como en otoño, en todas las grandes transformaciones de la Naturaleza, los griegos rocían, como los latinos, las flores, los frutos, la salida de la luna entre los montes, el crepúsculo, el otoño, la primavera, la vendimia, la siega, con hermosísimos cantos.»

A Rossini le dedicó una de sus *Semblanzas Contemporáneas;* á la música popular de Cataluña, desarrollada por Clavé, le dedicó también su atención favorable; lo propio hizo con el canto y el baile de otras provincias.

Traslado:

« El entusiasmo patrio, el sentimiento religioso, se exhalan en la Marsellesa y en el Himno de Riego, en el *De profundis* católico y en el Coral de Lutero. Pero, el sentimiento que más necesita de la música, es el amor, el cual se expresa mejor en un suspiro que en un discurso. La serenata poética verdadera es la serenata de amor. Clavé amó y cantó. Comenzó por componer algunas canciones airosas, y concluyó por componer esos coros que hoy son la honra de su nombre y el orgullo de su patria... Hace algunos años (1) Clavé era puramente un trabajador, un tornero. De vez en cuando, sujeto en el taller, levantaba la vista, apercibía el oído, como el ave enjaulada, para escuchar cualquier melodía popular, cualquier eco perdido, que llegaba hasta su alma... Hay un gran revelador para el espíritu, y sobre todo para el espíritu del poeta. A este revelador unos poetas le llaman Cintia, otros Lesbia, otros Beatriz, otros Laura; pero la humanidad entera le llama siempre amor.

Francisco TOMÁS Y ESTRUCH

(Concluirá).

(1) José Anselmo Clavé, nació en 1824; en 1845 puede decirse que empezó su gran obra artística y moralizadora. Murió en 1874.

TRISTÁN É ISOLDA

Poema musical en tres actos, por Ricardo Wagner. — Teatro Real de Munich, 10 de Junio de 1865.
Gran Teatro del Liceo, de Barcelona, 8 de Noviembre de 1899.

El gran Teatro del Liceo acaba de ser estuche de la más soberbia joya que, en el arte dramático musical, haya logrado cincelar la mente humana.

El gran Wagner puso en ella toda la madurez de su talento, la serenidad de su experiencia, la fuerza de su voluntad de hierro y la vehemencia de su temperamento creador, enriquecida por la audacia que le prestara una pasión humana nacida en Zurich en Abril de 1858, y alimentada, siempre lejos del bien amado, primero en Ginebra, luego en Berna y por fin en la plácida Venecia.

Wagner estuvo dedicado por completo á la composición de su célebre «tetralogía» desde el 1854 al 1857. En Octubre de 1857 comenzó á trabajar en el primer acto del *Tristán*, en Zurich, terminándolo el día 3 de Abril de 1858; el segundo acto, comenzado en la propia ciudad, terminólo en Venecia el 9 de Marzo de 1859, y todo el tercer acto fué escrito en la ciudad de San Marcos, en Septiembre de 1858. Elaboró su instrumentación en Lucerna, quedando la obra terminada en 19 de Julio de 1859.

Wagner tomó la acción de su poema de una leyenda de la Edad-Media, sirviéndose de las adaptaciones alemanas hechas por Gottfried de Strasburg, del poema del trovador Thomas y de la versión hecha por Filhatvon Oberg, del poema de Beroul.

Se desarrolla el prodigioso enamoramiento en los alrededores del siglo VI, en tierras de Cornualles, feudatarias de Irlanda, y durante el reinado de Marke.

El príncipe Norld tenía el derecho de exigir un tributo anual de muchas doncellas, escogidas entre las más hermosas de la oprimida Irlanda. Creyendo á sus súbditos abatidos por el peso mismo de su desdicha, preséntase á cobrar aquel brutal impuesto; pero *Tristán*, sobrino del Rey *Marke*, desafía al odiado Norld, venciéndole y mandando su ensangrentada cabeza á la princesa Isolda, prometida de *Marke*, á la que lleva como muestra de su triunfo para ofrecerla á su tío y señor.

Al levantarse el telón, aparece el soberbio vajel de *Tristán*, que navega hacia Cornualles, llevando á la preciosa cautiva, acompañada de su fiel servidora *Brangania*.

Isolda, ante la perspectiva de su esclavitud é inducida por el deseo de vengar al príncipe Norld, llama á *Tristán*, con intento de darle á beber el «filtro de la muerte»; pero *Brangania* quiere evitar aquel doble suicidio, y vierte en la copa de *Isolda* el «filtro del amor»; bebida mágica que abre en los protagonistas el más perfecto estado de arrobamiento amoroso que se haya presentado en el teatro.

Unidos en fuerte abrazo *Tristán é Isolda*, sienten en sus pechos la fuerza de una pasión sobrenatural que los atrae, hasta llegar á transportarles al más sublime delirio de amor.

Llega el navío hasta las costas de Cornualles y, durante el segundo acto, se desarrolla la escena en el bosque que circunda el palacio del Rey *Marke*.

Isolda la esposa del Rey, logra hallar una ocasión de hablar con su amante el caballero *Tristán*, y, bajo los copudos cuerpos de los árboles seculares del bosque real, la gentil mujer y el gallardo mancebo se abrazan con la fruición de un goce vedado por tanto tiempo, cediendo al creciente influjo de aquella bebida mágica.

El arrobamiento de tan sublime idilio es interrumpido por las advertencias de *Brangania*, cuya previsión no logra evitar que llegue el Rey y su corte, guiados por el falso *Melote*, que se fingía amigo de *Tristán*.

Este encubre á la mujer enamorada con su manto, para sustraerla á las miradas de los recien llegados, é, incitado por *Melote*, acude al desafío, siendo herido mortalmente antes de llegar á cruzar los aceros. *Tristán* cae en brazos del fiel *Kurwenal*, *Isolda* se abraza al inanimado cuerpo del amante, y el Rey *Marke* impide, por su propio brazo, que *Melote* remate su traicionera obra.

La escena del último acto representa el mismo castillo de los parientes de *Tristán*, á la orilla del mar.

El enamorado *Tristán* aguarda la llegada de *Isolda*: pero la herida es tan profunda que, aguardando, agoniza en brazos de *Kurwenal*.

Bajo la sombra de un añoso tilo, *Tristán* siente escapársele la vida, que solo mantiene el deseo de ver á *Isolda*. Tras las angustias de la más patética impaciencia, llega el vajel que conduce á ésta. *Tristán*, al sentir cerca de sí á su amada, hace un supremo esfuerzo y cae muerto en sus brazos.



Fot. Antonio y Emilio F. (dits Napoleón).

ADA ADINY-MILLIET

EN LA ÓPERA «TRISTAN É ISOLDA».

Isolda, la amante fiel, sella aquel pacto con su vida y muere abrazada al cadáver de *Tristán*, siendo esta situación acaso la más hermosa de todo el poema.

La música del *Tristán é Isolda* es la condensación de cuanto puede crear un genio, para expresar el delirio de amor.

La orquesta desarrolla todos los motivos del poema con esa unión que tanta grandeza presta al arte wagneriano, y va posesionándose de la atención y de la voluntad del auditorio, haciéndole sentir aquella sugestión estética completa á la que tan pocos han llegado.

No hemos de citar fragmentos, porque el cuerpo del poema forma tan armónico conjunto, que todo él es un dechado de habilidad, de inspiración y de sabiduría.

Aunque así no fuese, solamente la escena del arrobamiento del primer acto, el gran duo del segundo, y la muerte de *Isolda*, después del sublime delirio de *Tristán*, en el final de la obra, son páginas de tal perfección y de tan grande fuerza creadora, que bastan á afianzar para siempre la fama del gran músico.

El estreno en España de esta obra sin par, ha sido un verdadero acontecimiento. La función del Gran Teatro del Liceo, en la noche del 8 de Noviembre, constituye una solemnidad musical de aquellas que son siempre recordadas en la historia artística de una ciudad.

Gran parte del éxito que obtuvo el *Tristán é Isolda*, éxito indiscutible desde el primer momento, fué debido á lo perfecto de la interpretación.

Para desempeñar el papel de *Isolda* llegó de París la gran artista Adiny Milliet, una de las más soberbias figuras del arte lírico actual.

Como mujer, completamente hermosa, de facciones encantadoras y de líneas esculturales, la señora Adiny Milliet es una artista que presta á la escena el doble encanto de su atrayente presencia y de su arte exquisito.

Posee una voz de franco y soberbio timbre, una escuela consumada y sello de personalidad en las modulaciones; cualidades estas que, unidas á su talento de actriz dramática y á su dominio de las tablas, convierten á la señora Adiny en una *Isolda* tal cual la imaginara el autor. Su triunfo fué completo: las filigramas de su expresión se vieron premidas con ovaciones francas y calurosas.

La señora Borlinetto, encargada de la parte de *Brangania*, estuvo muy ajustada, y en ciertos momentos logró efectos dramáticos de verdadero mérito.

Junto á la señora Adiny, el tenor señor Cardinali resultó el héroe de la fiesta. Educado por el mismo Wagner, que le enseñó á cantar el *Rienzi*, Cardinali hizo un *Tristán* perfecto, sabiendo dominar las excepcionales condiciones de su garganta, para cantar toda la ópera con la cariñosa expresión del alma del amante protagonista.

En el duo del primer acto, en la escena de amor del segundo, y en las dramáticas escenas de la agonía, Cardinali mantúvose á la misma altura, demostrando un talento extraordinario y un dominio de sus facultades que pocos artistas logran hasta un grado tan perfecto. Contra nuestros deseos, su retrato en traje de la obra, llegó demasiado tarde á nuestras manos: ofrecemos publicarlo en uno de los próximos números.

Los señores Cromberg, Giraldoni, Zuechi, Rossaro y Giral compusieron muy bien el conjunto, que salió tan primoroso como pocas veces puede lograrse en una obra de tantas dificultades.

La orquesta fué conducida á la perfección, siguiendo las indicaciones del maestro Colonne, que es una de las primeras figuras del arte lírico moderno, y que dejó sus conciertos de París para dirigir la obra en Barcelona.

Terminadas las cuatro primeras representaciones, se ha sentado en el sillón del director el maestro Marty, eminente compositor que ha logrado efectos sorprendentes y un éxito colosal.

Las tres decoraciones de Soler y Rovirosa, son tres joyas á cual más bellas y ricas, por lo firme de la perspectiva, lo armonizado del color, y la preparación escénica.

La empresa del Liceo está muy de enhorabuena.

* * *

TU LIBRO

Con gotas de tu llanto se mancharon
las páginas del libro que leías,
y allí las tristes huellas se grabaron
de la pasión inmensa que sentías.
Mi sonrisa, glacial, indiferente,
fué pago de tu angustia enamorada,
y al alzar hacia mí tu blanca frente,
no tuve para tí ni una mirada,
ni amante frase ni suspiro ardiente.

Han pasado los años,
y, de mis veleidades por testigo,
un caudal de malditos desengaños
mi pobre corazón lleva consigo.
Tu libro tomo; el loco pensamiento
recuerda mi desprecio y tu quebranto,
y llanto de fatal remordimiento
borra las huellas de tu amargo llanto.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

TODO POR ELLA

Todo por ella: mi pensamiento;
cuanto en la mente bullendo está;
dichas y penas, sueños de rosa;
cuanto en la gloria me hace soñar.
Todo por ella: de sus ausencias,
la pesadilla, la soledad;
y la nostalgia, si no la veo,
de todo el mundo que hay en su faz.

P. SAÑUDO AUTRAN



JUAN VILA DEL SOLÉS Y COMES.
Autor de la pieza de música que acompaña á este número.



MUTUA VENGANZA

I

PERO, querida tía, ¿es tan grave lo que tiene usted que decirme para llamarme con tanta urgencia?

—Sí, hija mía; muy grave. Siéntate. Voy á cerrar la puerta para que nadie se entere de nuestra conversación.

—Me pone usted en cuidado...

—Ya estamos solas. Pues bien, Elena; se trata de tu futuro marido.

—¿De Leopoldo? Entonces no me explico cómo pueda ser grave lo que va usted á contarme, porque de él no debo esperar nada malo, al contrario... Cada día que transcurre estoy más convencida de su inmenso cariño, de su .. Y yo también le quiero con delirio, porque es tan amable, tan bueno...

—Tan infame, digo yo.

—¡Tía!...

—Infame, muy infame... Y todavía me quedo corta.

—Pero...

—Escucha: comprendo que mi revelación te hará daño, muchísimo daño, pero es preciso: desde hoy debes renunciar para siempre al cariño de ese hombre.

—¡Cómo!... ¿Renunciar á su cariño?... ¿Olvidarle?

—Justamente.

¿Después de haberse anunciado en público nuestro próximo enlace?... ¿Después de haber cifrado en su amor toda mi ilusión, mi ventura?...

—O tu desgracia, porque conociendo, como conozco desde ayer la odiosa historia de ese canalla, tu porvenir á su lado sólo podía ofrecerte lágrimas y desdichas.

—¡Qué horror! No es posible que Leopoldo sea tan malo como usted le pinta.

—Desgraciadamente, las pruebas que tengo de su mala conducta no pueden ser más convincentes.

—Entonces ¿por qué no me lo han advertido antes? Papá debió enterarse...

—Tu padre no se ocupa de eso. Preséntale asuntos rentísticos, háblale de política, ofrécele una cartera y lo demás importa poco. Ya lo ves: lo que él no ha hecho por su hija he tenido que hacerlo yo por mi sobrina.

—¡Qué triste decepción, Dios mío! ¿Pero está usted segura de que es tan infame que tenga que olvidarle para siempre? Dígamelo usted todo... No me oculte usted nada. El veneno del desengaño no debe tomarse en pequeñas dósis, porque es una agonía terrible.

—Pues bien, hija mía; de mis averiguaciones resulta que Leopoldo es un vividor, un vicioso que sabe engañar perfectamente á todo el mundo. Seguro ya de casarse contigo, ha visto abogados, ha tratado con cien usureros y, por fin, uno de éstos le ha facilitado dinero á cambio de tu dote; de modo, que todavía no es tu marido y ya trata de dejarte en la miseria.

—¡Qué infamia!

—Pues aún hay más. Dos lindas muchachas, víctimas de los impuros amores de ese perdido, lloran lágrimas de sangre al contemplar el desdichado fruto de su deshonra... Y á esas tiernas criaturas, á esos infelices seres, yo los he visto, les he besado, y yo misma he dado dinero á sus pobres madres para que los vistan y no se mueran de frío.

—¡Cruel!

—Dime ahora si ese hombre es digno de tu cariño, de ser tu esposo...

—¡Oh, nunca! Hoy mismo le escribiré para que jamás vuelva á hablarme ¡Canalla! . . .

. . . .

II

« Queridísima Elena: Acato resignado, por ahora, la prohibición de verte, pero como no puedo cerciorarme de que tu carta sea dictada por ti, te ruego me digas quién te ha obligado á escribirla.

» La historia de los abogados, del usurero, de las muchachas víctimas de mi falso amor, de las tiernas criaturas abandonadas, todo eso me ha entretenido agradablemente, y sólo deseo conocer el nombre del autor ó autora, para felicitarle por el indiscutible mérito de su obra.

» Si, por el contrario, no existe esa persona que yo me imagino, en ese caso te compadezco doblemente, pues será prueba inequívoca de que una vez más te has dejado seducir por el extraño lenguaje de esas flores que tan delicadamente cuidas en tu jardín y á las cuales, según me has contado mil veces, confías tus cuitas amorosas, entablando coloquios con rosas, claveles, pensamientos, etc., etc. Si han sido ellas las que han sembrado la duda en tu corazón, no me sorprende, porque toda mi vida las he detestado, y justo es que ahora se venguen de mi odio.

» Escríbeme, ya que me prohibes ir á tu casa, y quiera Dios que tus quejas sólo obedezcan á una alucinación, producida por los raros consejos de mis inanimadas *enemigas*.—LEOPOLDO.»

III

« Me había propuesto no volver á escribirle á usted, pero lo hago por última vez para decirle que, efectivamente, las flores me han revelado *con su extraño lenguaje* lo que ignoraba hasta hoy. Hago esta aclaración para que no acuse usted á nadie de indiscreto. — ELENA. »

Leopoldo leyó la carta y después la estrujó con rabia entre sus manos.

Nervioso, agitado, paseaba por su habitación, como fiera enjaulada, renegando de su suerte. El caso no era para menos. Descubiertas sus infamias y malas artes, en pocas horas veía derrumbarse uno á uno los mil castillos que fabricara en el aire. En un momento perdía primero el dote de Elena, después la cuantiosa herencia de su padre, y por último, la posesión de una mujer joven y hermosa. Todo, todo se desvanecía como por encanto. La felicidad le había entreabierto sus puertas y, cuando se disponía á traspasarlas, una mano misteriosa se las cerraba, tal vez para siempre.

Por eso estaba agitado, nervioso, fuera de sí.

En su extrema excitación, llegó á creer como cosa cierta la extraña farsa del lenguaje de las flores, inventado por Elena. Lo que en otra ocasión le había producido francas carcajadas, ahora lo creía como artículo de fe.

—Esas malditas flores quieren vengarse de mí, — decía en su delirio, — ¡pues veremos quien vence en la lucha!... ¡Pepe!... ¡Pepe!...

En seguida se presentó un criado.

—Arréglame la cama... Aprisa, corriendo...

—¿Va usted á acostarse tan temprano? Si todavía no han dado las diez...

—No importa; necesito descansar... Oye bien lo que voy á decirte. Busca un saco, véte en seguida á casa de Elena, escala la tapia del jardín y tráeme inmediatamente todas las flores que hay en el ángulo izquierdo del fondo, al lado del columpio.

—¿En aquel pedacito que cultiva la señorita Elena?

—Justamente.

Leopoldo se acostó. Tenía fiebre, una fiebre intensa.

Pepe cumplió, no sin algún temor de ser sorprendido, el encargo de su amo, y antes de una hora estaba de vuelta.

—Aquí traigo las flores, señorito.

—¿Traes muchas?

—El saco lleno.



—Pues espárcelas por el suelo de esta habitación, pero con cuidado. Así cuando mañana me levante podré cumplir mi deseo. Quiero aplastar, pisotear á mis crueles enemigas.

—¡Vaya un capricho!... ¿Pero no comprende usted que?...

—Cállate y véte. Cierra la puerta, bien cerrada, para que no me molesten los ruídos... ¡Ah, mañana saborearé el placer de la venganza!... Ya tengo en mi poder al enemigo... ¡Es mi prisionero!... Mañana...

. . . .

Llegó la mañana, pero Leopoldo no despertó de su sueño.

Los médicos certificaron que había muerto envenenado por las flores.

FERNANDO SERRAT Y WEYLER



PLANES — Pirineos Orientales.

JOAQUIN AGRASOT



UN RINCON DE MI PUEBLO

Salón Rubira (Fernando VII, 59.)

DOS INSTANTÁNEAS

Querido amigo: Mañana, día de mi santo, te espero á cenar; después de la cena habrá, tal vez, alguna sorpresa que me parece resultará agradable. No faltes, pues sin ti la fiesta no sería completa y ocasionarías un disgusto á

Tu buen amigo:
JUAN.

Recibí la carta, el día 23 de Junio de hace dos años, y ni por un momento pensé en rehusar la amable invitación del que, con justicia, se titulaba mi buen amigo. Juan y yo habíamos sido condiscípulos en el Instituto y en la Universidad; allí comenzó nuestra amistad, jamás desmentida en lo sucesivo, y de la que nos dimos mutuas y patentes pruebas.

SALIDA DE BAILE. — Cuadro de ROMAN RIBERA

Fot. Pauli y Bartrina.

A la vez, nos licenciamos en derecho, y poco después, mi amigo, que poseía cuantiosa fortuna, contrajo matrimonio; un enlace de verdadera inclinación, con una joven de honrada familia, hermosa y buena, según afirmaban cuantos la conocían, pero sin dote. Juan era huérfano, mayor de edad, y de consiguiente, había podido seguir sin dificultad alguna los impulsos de su corazón.

Fué feliz durante dos años; las cartas que de vez en cuando me escribía, pues había ido á establecerse á Madrid, no me dejaban abrigar la menor duda acerca de ello. Luego, las cartas fueron menos frecuentes y parecíéronme impregnadas de creciente melancolía. No tenía sucesión y su salud se había alterado: he aquí la explicación que dió á mis discretas alusiones al cambio observado en la disposición de su ánimo. Añadía que su hermano Enrique habíase ido á vivir con él, para distraerle y cuidarle en unión de su esposa, y últimamente, me participó que los médicos le habían aconsejado el descanso absoluto en sus tareas y que, en consecuencia, volvía á Barcelona, de paso para Arenys de Mar, en cuyas inmediaciones tenía una hermosa quinta, donde pensaba permanecer larga temporada.

El día de su llegada acudí á la estación. Encontré á mi pobre amigo bastante desmejorado: en cambio, su esposa y su hermano, un buen mozo, tres años más joven que aquél, rebosaban salud. Sin embargo, hubiérase dicho que ellos eran los enfermos y Juan el sano, pues éste mostrábase alegre y decidor, mientras sus acompañantes estaban taciturnos y parecieron contrariados por mi presencia. Sólo permanecieron en Barcelona unas cuantas horas, que yo aproveché hablando con mi amigo, renovando los recuerdos de nuestra vida de estudiantes y dándole ánimo, pues no tardé en conocer que su alegría era ficticia, que se hallaba séria y hondamente preocupado, sin duda por el estado de su salud. Ni una palabra, ni la menor indicación me dejó entender que su real abatimiento reconociera otra causa.

Entre los bultos de su equipaje, cuya descarga presencié, venía una voluminosa caja, que llamó mi atención.

—¿A que no adivinas qué encierra eso? — me preguntó Juan, observando la curiosidad con que la examinaba.

—No, á fe mía,—respondí.

—Una soberbia cámara obscura, con todos sus accesorios. Como en estos últimos meses los médicos me recomendaron, á la vez, distracción y reposo, se me ocurrió consagrarme al arte de Daguerre y Niepce y, según parece, he resultado un fotógrafo de primera fuerza. Durante mi forzada reclusión, he tomado las vistas de todos los alrededores de mi casa; he retratado á cuantos amigos pasaron los umbrales de mi domicilio; y tengo una colección completa de fotografías de mi mujer y de mi hermano, en todas las actitudes imaginables, solos y en grupo... Cuando vayas á vernos á Arenys, ó yo vuelva aquí más despacio, te enseñaré mis obras maestras.

Al recibir la carta que encabeza estas líneas, aún no se había presentado ocasión de que mi amigo me mostrase sus trabajos fotográficos, pues ni él volvió á Barcelona, ni yo tuve tiempo de hacerle una visita. Ya no era posible demorar ésta, y el mismo día en que recibí la invitación de Juan, tomé el tren y me trasladé á Arenys de Mar.

La acogida que se me hizo, fué afectuosísima, por parte de Juan; simplemente cortés, por la de Consuelo, su esposa, y Enrique. Faltaba un rato para la hora de la cena, y mi amigo quiso que aprovecháramos el tiempo. Me enseñó todos los aposentos de la quinta, espaciosos y bien amueblados, subimos al terrado, contemplamos el mar; y el poético espectáculo que ofrecían sus aguas, sobre las que caían los últimos rayos del sol poniente, y en cuyo verde fondo se destacaban las blancas velas de las lanchas pescadoras, como lirios desperdigados en inmensa pradera, arrancóme esta vulgar exclamación:

¡Qué hermoso!

—Cierto, — repuso Juan; — pero ¡qué amargo!

Y añadió, como hablando consigo mismo:

—¿Por qué ha de tener ese dejo la hermosura?

Permaneció algunos momentos ensimismado, y, para sacarle de su abstracción, le recordé la promesa que me había hecho de enseñarme sus trabajos fotográficos.

No pareció agradarle la idea. Pasó una nube por su frente, y murmuró:

—Bien sí... vamos...

Comenzó á bajar con lento paso, como de mala gana; le seguí y al llegar á las habitaciones, Consuelo nos salió al encuentro, diciendo:

—La cena está dispuesta.

Juan lanzó un suspiro de desahogo.

—A la mesa, — dijo; — dejemos para luego las fotografías.

Inútil es decir que no insistí.

La cena fué triste, pese á los esfuerzos que todos hicimos para animar la conversación. Yo no tenía ningún particular motivo de disgusto; pero la anómala actitud de los otros tres comensales me cohibía y me preocupaba. Allí pasaba algo: ¿qué era ello? Desgraciadamente no tardé en saberlo.

A los postres, Juan pareció galvanizarse; ficticia ó verdadera, manifestó alegría, y, luego que hubimos tomado el café, dijo volviéndose á mí:

—La sorpresa que te he prometido consiste en que voy á retrataros en grupo, con el revólver de magnesio; un curioso mecanismo que me han traído de París la semana pasada. Esperad un poco.

Levantóse y salió, volviendo al cabo de algunos minutos, en compañía de un criado que traía la cámara obscura y el trípode.

En un momento quedó instalada la máquina en uno de los ángulos del comedor. El criado se retiró.

—Hay que apagar la luz,—dijo Juan;—pero no estaréis mucho tiempo á obscuras. Cuando yo os avise, permaneced quietos, pues en seguida arderá el magnesio del revólver y se impresionará la placa.

El comedor quedó en tinieblas; transcurrieron algunos instantes y de pronto brilló la blanca luz del magnesio. Consuelo lanzó un ahogado grito.

—¿Qué es eso? preguntó su esposo, á la vez que encendía un fósforo, pues la habitación había vuelto á quedar á obscuras.

—Que... como habías dicho que avisarías... balbuceó la joven con alterado acento.

—Es claro,—contestó en voz serena Juan. Si os hubiese advertido habríais salido forzados, sin la expresión natural... Voy á revelar el clisé.

Y, antes que ninguno de los tres hubiéramos podido hacerle observación alguna, salió llevándose el bastidor ó *chassis*, como se dice entre los del arte.

Miré á Consuelo y á Enrique, y no pudo menos de sorprenderme la expresión de sobresalto que revelaban sus facciones, sobresalto que se convirtió en mortal ansiedad cuando, al cabo de un rato, Juan se presentó de nuevo en el comedor.

Volví la vista hacia mi amigo y me pareció que estaba pálido; sus ojos despedían un extraño fulgor. Detúvose un instante bajo el dintel de la puerta, contempló el grupo formado por su hermano y Consuelo, siguió adelante y dijo con voz perfectamente tranquila:

—¡Qué desgracia! Hay que repetir la operación; no ha salido nada en el clisé.

Los rostros de Enrique y su cuñada se serenaron como por encanto.

—Despues de todo,— continuó Juan, — más vale así, porque observo que no estais bien agrupados. Tú, Eduardo, colócate ahí, junto á mi esposa; tú, aquí, Enrique.

Y puso á su hermano cerca de la máquina, bastante separado de nosotros dos.

— Ahora,— añadió por último,— sería inútil tratar de engañaros nuevamente. Haced el favor de permanecer quietos y naturales, cual si no fuerais á retrataros... ¡Ya veréis como al fin sale una obra maestra!

Parecióme advertir cierta ironía en esta observación, tras de la que volvió el comedor á quedarse á obscuras. Un instante después, mi amigo decía con destemplado acento:

—¿Estáis preparados?

—Sí,—repuse yo, en vista de que los demás nada respondían.

—Pues ¡fuego!—gritó Juan.

Y se oyó un nuevo disparo, mas... muy distinto del anterior: un disparo hecho, no con el inofensivo revólver de magnesio, sino con un arma mortífera, con un verdadero revólver. A la detonación siguió el ruído de un cuerpo pesado que cae al suelo, y á la vez que yo, dominando mi asombro y mi espanto, de nuevo encendía la luz, Consuelo lanzaba un grito desgarrador.

Cuando las tinieblas desaparecieron, un espectáculo horrible se ofreció á mis ojos. Consuelo se había desmayado; Juan que en la obscuridad había ido acercándose sigilosamente á su hermano, permanecía inmóvil, caídos los brazos, junto al ensangrentado cadáver de Enrique á quien había destrozado el cráneo; su mano diestra empuñaba aún el arma homicida. Dejóla caer apenas brilló la luz y se arrojó en mis brazos sollozando.

. . . .

He aquí el resúmen de la declaración prestada por mi amigo ante el juzgado:

—Al poco tiempo de la entrada de Enrique en mi casa, comenzaron mis sospechas; estas se acrecentaron con motivo de mis ensayos fotográficos; pues, al retratar en grupo á mi esposa y á mi hermano, la expresión de sus miradas los vendía sin que de ello pudieran darse cuenta... Yo, no obstante, trataba de desechar tales ideas: ¡me parecía imposible tamaña infamia!... Pero aquella fatal noche adquirí la prueba evidente, irrecusable, de su crimen... Aprovechando la obscuridad y fiados en que yo les avisaría, los miserables, estrechamente abrazados, estaban besándose en el momento en que hice el primer disparo... La placa está en mi laboratorio, á la disposición del juzgado y para testimonio de mi deshonra.

—¿Por qué se vengó usted en su hermano y no en su esposa?—preguntó el juez.

—¿En Consuelo?—repuso Juan.—¡Oh! ¡Imposible!

Y se llevó ambas manos al corazón.

. . . .

Consuelo desapareció la misma noche de la catástrofe, y fueron inútiles cuantas pesquisas se hicieron para averiguar su paradero. El jurado ha absuelto á mi amigo, pero su felicidad está muerta, y su razón ha sufrido tan rudo golpe, que experimenta accesos de locura, cada vez que pasa por delante de un escaparate de fotografía. ¡Pobre Juan!

EDUARDO BLASCO

¡A ESE! — Cuadro de A. FILLOL GRANELL.

Fot. Pauli y Bartrina.





COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE FERNANDO XUMETRA.

¡DECEPCION!

I



No te has enterado de lo que le pasó á un ofic al de mi escuadrón, cuando estábamos destacados en H.?

— No,—respondí.

— Pues el caso es sabrosísimo y merece que lo sepas...

Y, encendiendo mi interlocutor, el capitan D..., un pitillo, dió principio á su relación de esta manera:

—«Durante la estancia en H... se me incorporó un muchacho joven y elegante, el teniente Lebrija, buen oficial, pundonoroso en el cumplimiento de su deber, y que, muy en breve se hizo querer de cuantos le rodeabamos. Sólo una cosa nos inquietaba y nos torturó más de cuatro veces la imaginación. ¿Que se hacía por las noches? Durante estas, nunca se juntaba con nosotros. Nadie sabía donde encontrarle... ¿Alguna novia?... ¡Quiá! ¡Si él mismo había dicho y repetido que todas las mujeres de H... le tenían sin cuidado, y esto que no se le había escapado al múy pillín que muchas se lo comían con los ojos .. Su asistente juraba y perjuraba que se acostaba su amo cuando sonreían los primeros albores del día... ¿Donde iba?... ¿Donde iba? . Esto fué lo que me propuse averiguar, hasta dejar satisfecha mi curiosidad y la de mis compañeros.

Una noche, á la hora de la cena, me fingi estar indispuesto y me quedé en mi habitación. En cuanto conocí que iba á terminar aquella, salí de la casa sin hacer ruido, y de paisano, envolviendome en mi capa, de la cual levanté el embozo hasta los ojos, me aposté en la acera de enfrente, aguardando de esta guisa al oficial, quién á los breves instantes aparecía, de paisano también, abrigando su cuerpo con elegante y bien cortado *pardessus*.

Echamos á andar, yo siempre trás de él, y después de un sinnúmero de vueltas y revueltas por lóbregos callejones, dimos de narices en una especie de café-botillería, *un bar*, como dicen nuestros vecinos traspirenáicos, y allí entró Lebrija, haciendolo yo algunos momentos despues, y procurando sentarme en sitio de donde pudiera verle sin ser visto.



¡Señores! ¡Por poco me dá *un torisón*, como dicen en Andalucía, al divisar, á pesar de la densa humareda producida por cientos de malos cigarros y apestantes lámparas de petróleo, á mi hombre sentado ante una no muy pulcra mesa, cerca del mostrador, dirigiendo sus miradas, preñadas de amorosa pasión, á una mujer que sentada detrás de aquel se las devolvía con usura!

No era fea, parecía tener sus veinticinco; de buenas carnes, y, á juzgar por lo que dejaba al descubierto el mostrador, no mal conformada.

¿Conqué estas teníamos? ¿Conqué el apuesto tenientecillo andaba en trapicheos? El, que desdeñaba á tantas y tan bien nacidas señoritas como en la población había, ir á posar sus ojos en una cafetera... ¡Pero qué cafetera!... ¡De un buchinche!!!

Pagué la taza de café—que á todo sabía menos á café—y sumido en un mar de cavilaciones, me fuí para casa, dispuesto á devanarme los sesos hasta descifrar el enigma.

¡Enamorado Lebrija de la dueña de un cafetucho parecido!!!...

II

Me disponía una mañana para ir al cuartel, pues estaba yo de capitán de día, cuando un: *¿Se puede pasar?* resonó al otro lado de la puerta de mi aposento. Abrí, y me encontré delante del buen Lebrija, quién me habló de este modo:

—Mi capitán: ¿tendría usted la bondad de escucharme por breves instantes?

— ¿Quién lo duda? Tome usted asiento,—respondí acercandole una silla.

—Gracias. Pues... el caso es algo formal... Quizás á usted le estrañe... más un día ú otro debía acontecer... ¡Quiero casarme!...

— ¿Usted?—le dije, haciéndome el desentendido; pero realmente sobresaltado de veras.

— Sí, yo. Y aquí me tiene usted para pedirle un favor, pues merece usted toda mi confianza.

—Vamos á ver: ¿qué es ello? ¡Eche usted por esta boca!

—Sencillamente, rogarle que sea usted quien vaya á pedir la mano de mi futura.

—No tengo inconveniente alguno, y honrado me veo en ello además. ¿Quién es? ¿Dónde vive?

—Se llama—dijo Lebrija,—Anastasia Carabaña, vive en el callejón X... y es propietaria del café «La alianza de los amigos».

¡¡¡María Santísima!!!

¡¡No se como vivo después de oir aquello!!

¡¡¡Al fin, caía al abismo, en unión de la cafetera!!!

Titubeé algo; sin duda él conoció lo que pasaba en el interior de mi sér, por cuanto se apresuró á decirme:

—Sí, ya sé que le extrañará á usted semejante enlace, por la diferencia de clases, pero, aunque á usted le parezca extraño, tengo estudiadas á cuantas mujeres casaderas hay en esta población, y ninguna, créalo usted mi capitán, reune las condiciones de Anastasia. Guapa, bien formada, alma sensible y amorosa, y con un espíritu de trabajo tal, que siempre la he visto sentada detrás del mostrador del café, regentando desde allí, con admirable tacto, su establecimiento. Para ella están demás paseos y todo género de distracciones...



No era yo, ciertamente, el llamado á impedir lo que, en mi fuero interno, consideraba *una atrocidad*. Lebrija tenía ya los suficientes años para saber lo que le convenía y... nada, que le dije que sí, que iría á pedir la mano de la bella Anastasia.

Dióme el joven un cordial abrazo, junto con no sé cuantos millones de frases de agradecimiento, y, con el semblante rebosando alegría, se marchó á su habitación, en tanto que yo me dirigía al cuartel.

Aquella misma tarde me personé en el café de «La alianza de los amigos».

Tras el mostrador se hallaba ella, y hacia ella me fui derechito; le expuse en pocas palabras la mision que se me había confiado... Su rostro se coloreó un instante... y, al cabo de unos segundos, con voz temblorosa por la emoción, me dió el codiciado *sí*...

Al manifestar á Lebrija el resultado airoso de mi corto *interwiex* con Anastasia, por poco se vuelve loco de contento.

III

Y pasados algunos días, una mañanita muy temprano, llegamos á la iglesia donde debía Lebrija unirse en indisoluble lazo, éste, otro oficial y yo.

Allí aguardaban ya algunos invitados y parientes por parte de la familia de la novia...

A poco de haber llegado, el ruído que produce el rodar de un carruaje nos anunció la llegada de la que iba á casarse y de su comitiva.

En efecto, en una mala berlina — y digo mala, porque en la localidad aquella no había otras que las ya muy usadas en capitales de provincia,— llegó el tesoro del cual pronto iba á ser dueño el primer teniente de caballería don Armando Lebrija de los Mejillones.

Todos teníamos la vista fija en dirección al vehículo, que conducía á la novia.

De pronto, vimos palidecer densamente el rostro del oficial, y que, con los pelos en desórden y atropellando todo cuanto hallaba por delante, echaba á correr vertiginosamente..., sin dirección fija.

. . . .

¿Qué había pasado?

Me lo contó confidencialmente aquella misma noche, cuando pude dar con él, ya en la estación del ferro carril.

«Al dar la mano á mi Anastasia, para ayudarla é descender del coche, vi con espanto que la mi futura esposa solamente estaba bien formada de medio cuerpo para arriba, pues las piernas escasamente tenían dos cuartas...»

Vaya ¡¡¡que era enana!! ..

¡¡Ahora me explico, amigo mío,— me dijo riendo estrepitosamente el Capitán D... — que se pasara la vida detrás del mostrador!!

RICARDO J. FRADERA



SANTA MARIA LA BLANCA (TOLEDO).



Cuadro de Luis Graner.



NAVIDAD

Morían el año y la vieja sociedad romana. La corrupción, engendrada por miles de victorias, acababa con ésta; el frío que reina en los espacios inhabitados terminaba los días de aquél. Las energías del verano se habían agotado. El otoño se encargó de despojar árboles y plantas de sus verdes vestiduras. La savia no ascendía por las ramillas, y apenas si el grueso tronco sentía su palpitación. La actividad de los hombres había decrecido. Las noches eran larguísimas. Parecía haberse entrado en el reino de la muerte. El sol fulguraba entre brumas, y sus rayos, que despedían una luz mortecina, no prestaban calor.

Los hombres del mundo civilizado se afanaban para volver al salvajismo. El arte, llevado á su más alto grado de esplendor por los griegos, moría á chorros; no podía resistir la oleada de la extravagancia. Las curvas se convertían en rectas. La turgencia desaparecía bajo el plano. La vida, hija de las curvas, se agotaba herida por los ángulos. La corrupción administrativa era grande. El Senado entero se vendía por un puñado de sextercios. Los Emperadores, apenas aparecidos, estaban á merced de sus legiones. Las mujeres no querían ser madres. La maternidad las asustaba y repugnaba. Los hombres no querían comercio con mujeres, y á tal extremo llegó el culto del celibato, que hubo que dictar leyes contra él. La pérdida de la fortuna no hacía renacer la fecundidad. Los dioses tenían templos; pero no un santuario en ningún corazón. Las ofrendas abundaban por pura ostentación é hipocresía; los mármoles, los jaspes, el oro, los diamantes y las perlas, fulguraban en las aras; pero hacia los dioses no se elevaban preces. No había quien esperara milagros. La fe no curaba ninguna herida. Los esclavos aborrecían de muerte al patricio; el señor despreciaba á los esclavos. Los mercaderes explotaban á unos y otros. Júpiter no lanzaba rayos; Minerva no aconsejaba á los hombres; Venus había visto pervertir su culto. Se marchaba al azar, porque nadie veía un faro, que indicara el camino que había que seguir.

Los hombres desconfiaban de los hombres. Cordialmente se odiaban explotadores y explotados; vencedores y vencidos. La filosofía agonizaba; la verdad no aparecía por lado alguno. Y á cada año que moría, parecía que se escuchaba el *miserere* entonado por la humanidad á las fuerzas perdidas, á las ilusiones que no nacían de los cerebros secos, al santo dolor de la fraternidad que ya no inflamaba las almas, á las creencias desaparecidas, á la misma vida que se estremecía en lo profundo de las entrañas, como se estremece el mundo sacudido por el terremoto que sepulta ciudades y selvas, hombres y árboles.

Los pobres, los miserables, los ignorantes, los simples de corazón, no hallaban amparo ni apoyo en parte alguna. Los ricos, los afortunados, les arrojaban de su lado, sin tener en cuenta que aquellos seres eran hermanos suyos, hombres que soportaban el exceso de carga que ellos, egoístas, sacudían de sus hombros.

Por todos lados y á cada punto nacían nuevas religiones. Ninguna se atrevía á abominar de lo existente. No había una voz que osara clamar en favor de la justicia; que se elevara pidiendo la igualdad y el amor que deben reinar entre los hombres.

¿Cúya es esa voz ferviente que devuelve la esperanza á los desesperados, que promete la vida eterna á los infelices, que afirma que los poderosos deben humillarse y levantarse los caídos, y ser entre todos felices aquellos que han padecido persecuciones de la patria?

No solamente renace la esperanza en los corazones, sino que surge el día de las tinieblas de la noche. En Navidad, el sol alumbra ya durante mayor espacio de tiempo los campos cubiertos de nieve; las semillas despiertan en el seno de la Tierra dormida; se acaban las amarguras del año que fenece, y se olvidan á la luz de fe del año que nace. Y con la vida universal ha brotado una nueva Vida. El Hombre-Dios ha hablado, y su voz es bálsamo que cicatriza las heridas, triaca que destruye los efectos del veneno, beleño que presta sueño al espíritu inquieto y acosado por los fantasmas de la vigilia, casi eterna, que emponzoñaba las noches de los hombres. Los miserables saben por primera vez que valen tanto como los poderosos; la igualdad y la fraternidad aparecen por primera vez en el mundo; la voz que viene de lo alto enseña á los mortales la caridad sin precedentes, el perdón de las injurias, la resignación ante el dolor, y afirma á los fuertes que sólo lo son porque los débiles se avienen á obedecerles.

Navidad no es sólo la resurrección de los tiempos; significa más: con Jesucristo no renace una época, sino el mundo entero. En la Navidad suprema, no solamente trabajaron en el seno de la tierra las fuerzas naturales, adormecidas por el invierno, sino que en el fondo de las entrañas de los hombres renacieron las fuerzas nobles y puras que arrancan de las raíces mismas de la vida: amor, bondad, trabajo y justicia.

Cuando la humanidad conmemora el aniversario de la Navidad Santa, es cuando los hombres deben recordar las santas doctrinas de El que nació en tal día. Esperemos que otras Navidades llegarán, prósperas y henchidas de esperanzas. Y entre tanto, fervientes y creyentes, veneremos siempre al que primero dijo: «Soy la Resurrección y la Vida; el que vive en Mí vivirá aunque haya muerto; y el que vive en Mí, está seguro de vivir eternamente.»

A. RIERA



MARÍA BARRIENTOS

La distinguida artista á quien consagramos esta página, puede vanagloriarse, con legítimo orgullo, de ser acaso la que en más temprana edad ha conquistado el envidiable título de primera tiple de ópera.

Contaba solamente quince años cuando su profesor, en nuestro Conservatorio de música, el malogrado maestro don Francisco Bonet, presentóla al público barcelonés, en la escena de Novedades.

De la ovación que aquella noche se la tributó guardan todavía gratos recuerdos los amantes del divino arte, quienes vieron desde luego en la tierna niña una esperanza, convertida bien pronto en realidad.

La prensa local, que no suele prodigar elogios si no son muy merecidos, se hizo solidaria del triunfo conseguido por la debutante, dedicándole, á medida que se hizo cargo de su valer, sueltos tan encomiásticos como los que á continuación reproducimos, y que una feliz oportunidad ha puesto en nuestras manos:

« Desde el día de su debut, María Barrientos ha ido de éxito en éxito, y así seguirá indudablemente, porque no es una artista que ha aprendido un número de óperas, gracias á los esfuerzos del maestro, sinó que tiene vastos conocimientos musicales que la permiten imponerse de su partichela la primera lectura.

En esta capital cursó y terminó brillantemente los estudios de solfeo, piano, canto y composición, así como los del violín, que, sin embargo, no cultivó luego con la asiduidad que el piano y sobre todo el canto.

Dió á conocer sus grandes cualidades, con entera competencia, penetrada de la clase y el valor de la música que cantaba, así como de todos los recursos para la emisión de la voz, al modo y en la forma que quería. Artista ilustrada, además de inspirada, bien pronto echaron de ver los inteligentes que no sólo poseía una voz hermosísima, extensa y suficientemente voluminosa, atendida su edad, sino una perfecta escuela de canto, excelente tonalidad y elegante portamento, dando á cada nota su propio valor y luciendo su ingenio, al par que su agilidad portentosa, en las difíciles fermatas, que, si permiten al artista libertades de vocalización, exígenle, en cambio, homogeneidad entre el corte de las mismas y el carácter de la partitura, de modo que enriquezcan la armonía del conjunto.

No es, pues, de extrañar que á la señorita Barrientos se la proclamara, al aparecer en las tablas, artista de grandes alientos, destinada á un brillante porvenir. Los que la admiraron en el primer día vieron pronto confirmadas sus halagueñas esperanzas, con el brillante resultado de la campaña que poco después—en el verano último—emprendió la diva en el teatro Lírico, donde cantó *La Sonámbula, Lucía, Rigoletto, Dinorah, Il Barbiere, I Puritani* y alguna otra ópera, con aplauso general del público y de la crítica, contándose por llenos las representaciones en el vasto coliseo. Extendióse y consolidóse de tal manera su reputación, que la noche dedicada á su beneficio fué noche de gloria para la simpática cantante, no sólo por el inmenso concurso que la aplaudió, sino por la calidad de los espectadores; muchos de los cuales quisieron testimoniarla su admiración ofreciéndola valiosos regalos.

El nombre de María Barrientos es ya uno de los mejores alicientes de un cartel, como lo prueban las frecuentes proposiciones que recibe de empresas españolas y extranjeras.

Se reserva bastante, y en ello muestra ser discreta; pues sobrados años le quedan para entregarse por entero á las fatigas del teatro, no por gloriosas, menos aniquiladoras.

Amantes del esplendor artístico de nuestra tierra, consignamos con satisfacción que María Barrientos es una de sus legítimas glorias ».

« Su gran afición al estudio sorprende á cuantos la conocen y tratan en familia; al tomar una obra nueva para estudiarla en su casa, lo hace con verdadero delirio; lo mismo estudia y aprende su parte, que todas las demás de la obra.

La señorita María Barrientos posee una garganta sin igual para las agilidades, fermatas de efecto, picaditos y *fioriture,* todas esas condiciones, unidas á un perfecto estilo en la emisión de la voz, fresquísima, dulce y de relativa potencia á su edad ».

Posteriormente, sus campañas artísticas en el Lírico, Liceo y Novedades, de Barcelona, y en el Circo de Apolo de Valencia, han sido brillantes, acreditándola de verdadera notabilidad.

¡Cómo no, si para ella no hay dificultades de vocalización, y las óperas ligeras préstanle ocasión de trinar como un ruiseñor, encantando al auditorio con aquel derroche de afiligranados tonos y aquel dominio tan completo de su privilegiada garganta!

Sus principales triunfos se los ha proporcionado *Sonámbula, Rigoletto, Lucía de Lammermoor, Barbieri, Traviata, Mignon* y *Lakmé.*

Recientes están todavía y revolotean aún por la sala de Novedades los entusiastas aplausos conque era agasajada cada noche en la representación de esta última ópera, y dignos de mención especial los que en compañía de la Berlendi, oyó cantando el *Mignon*, uno de los éxitos más grandes que hemos presenciado.

María Barrientos, que en la actualidad frisa en los dieciocho (!), tiene un porvenir hermosísimo: la naturaleza dotóla de cualidades extraordinarias, y la gloria le señala un sitio entre las *divas* más notables.



Fot. Esplugas.

MARÍA BARRIENTOS, EN LA ÓPERA « LAKMÉ ».

Hace pocos días salió para Milán, contratada por la empresa del Teatro Lírico. Allí pasará el invierno, siendo casi seguro que al finalizar la temporada, se embarque para las Repúblicas Americanas, aceptando alguno de los ventajosos ajustes que la fama de su mérito le ha deparado.

No dudamos que en el extranjero la dispensarán la misma favorable acogida que en su patria, pues el oro de ley es apreciado en todas partes; y hacemos fervientes votos porque así sea, cosechando á su paso la honra y provecho que su talento y aplicación merecen!

* * *

CASTELAR Y EL ARTE

(Conclusión).

»Una de las más duras condiciones del pueblo es el verse privado del Arte, de ese alivio de nuestra vida. Clavé quiso llevar el Arte hasta su triste obscuridad, y lo ha conseguido...»

«No me habléis de esas sabias combinaciones músicas con que el talento matemático de los artistas del Norte concuerda tantos tonos discordes y combina tan bien instrumentos diversos en sus maravillosas sinfonías; hijo de mi patria y de mi raza, con los oidos organizados como el heleno antiguo y el moderno semita, solamente alcanzo á comprender la melodía, monotona y uniforme si queréis, semejante al sonido del aire en los desiertos, al eco de las ondas en las playas, á los trenos del profeta en Jerusalén y á los acentos de la guzla en la tienda; sí, la melodía llamada malagueña, polo, playera, saeta, que canta las tristezas y los deliquios de un amor inefable, el cual cree corta la vida para su duración, estrecho el Universo á su grandeza, y desea, en el dolor engendrado por el combate entre el sentimiento y su expresión, explayarse allá en los espacios necesarios á su intensidad inmortal, allende la tumba, en lo infinito y en lo eterno. Y no me digáis que se debe bailar casta y noblemente allí donde no baila el pueblo al son de esa jota que enardece la sangre y da el vértigo de los rápidos y contenidos movimientos; al son de esa muñeira y de ese zortcico que recoge los ecos de la zampoña en las majadas y en los oteros como ninguna otra égloga; al son de esa guitarra, acompañada por las palmas y las castañuelas, que despierta á la andaluza de su natural soñarrera y la lanza sobre la mesa, en que campean las cañas rebosantes de Manzanilla y Jerez, á bailar, echada hacia atrás la cabeza, alzados los brazos al cielo, estáticos los negros ojos que abrasan, ligeros los breves pies como el aire, á bailar uno de esos jaleos á cuyas cadencias y estremecimientos suspenden allá arriba, de celos y de envidia aquejadas, sus parabólicas eternas danzas las estrellas.»

No obstante lo dicho del divino arte y de su jerarquía entre la familia apolina, Castelar un día le puso á la cola... para hacer un poco de política. Verdad es que el maestro Barbieri le tentó al decir que él era monárquico porque la batuta se le aparecía como un cetro, ya que, merced á ella, se mantiene la armonía en una orquesta, como merced al cetro se mantiene el orden del Estado. «Me ha dado usted la explicación, replicábale Castelar, de por qué es la música *la más inferior de las Bellas Artes*. ¡Necesita de cetro! En cambio ¡ya ve usted!, la más elevada manifestación del Arte, la literatura, no necesita de cetro alguno. Por eso siempre se ha dicho, y se dirá, *la república de las letras*.»

Esto de querer que el Arte lleve corona monárquica ó gorro frigio republicano, me recuerda aquel matemático, hábilmente ideado por Schopenhauer, á quien le causaba natural extrañeza la pregunta de si un triángulo es verde ó rojo.

* * *

La Poesía. — «Si el Arte es necesario en el hombre considerado como individuo, ¿no ha de ser necesario en la sociedad? ¿Qué es la sociedad? La sociedad es un individuo superior, colectivo, verdadero, real, que tiene su razón propia, su sentimiento, su derecho, su fantasía, su Arte. Y así como el hombre en sus obras de Arte deposita lo más subjetivo, lo más esencial, lo más íntimo y propio de su naturaleza, así también la sociedad en su literatura deja los pensamientos más hondos, más secretos, los tesoros más verdaderos de la vida. Si desapareciera Platón, aún podríamos conocer á Grecia, pero no la podríamos conocer si desapareciera Homero...»

En su memorable discurso de recepción en la Academia Española, habló del gran manantial de poesía contenido en nuestra edad de progreso. Por ejemplo, «los adelantos científicos, lejos de dañar el aspecto poético de nuestro cielo, lo han desmesuradamente engrandecido y abrillantado.» Lo propio ocurre con el conocimiento de la Naturaleza; «á medida que la idea de de ésta crece en la inteligencia, el sentimiento de la Naturaleza crece en el corazón; y á medida que el sentimiento de la naturaleza crece en el corazón, la poesía de la Naturaleza crece en las imaginaciones.» Como hay una ciencia moderna de la Naturaleza mayor que la antigua ciencia, habrá una poesía mayor que la antigua poesía. Y como tenemos un concepto del trabajo superior al antiguo concepto, tendremos una leyenda ó una epopeya de los trabajadores, superior á las antiguas leyendas y á las antiguas epopeyas de las conquistas y de las guerras.»

Terminó declarando «que como creía superior el concepto de la Naturaleza y del Estado y del Arte en nuestro tiempo, al concepto que tenían los siglos anteriores, creía superior también el concepto de la religión.»

Todo lo dicho no era obstáculo á que quisiera el poeta creyente, ángel del bien, no soldado del mal: «Yo busco siempre en el corazón del poeta un santuario donde guarecerme, para huir de la sociedad y del mundo; le pido palabras para hablar á Dios; le ruego que me levante en sus alas sobre las tempestades y me lleve á mirar frente á frente el sol de la verdad. Para andar por este bajo suelo no le necesito. Yo quiero que el poeta apague la sed de lo infinito que me abrasa. Por eso desde niño he amado al Dante, á Calderón, á Lamartine, á todos los que me hablan de mi patria, que yo, aunque pobre y miserable, conozco ser el cielo. Klopstock será por mí bendecido todos los días; si alguna vez la luz de mi fe temblara, la revivirían sus versos... Los ángeles del Nuevo Testamento han descendido del cielo, invocados por sus poderosos acentos... Pero vosotros, poetas de la duda, vosotros me parecéis siempre aves nocturnas. Encendéis la luz en las cavernas, la luz que vuestras almas habían bebido de Dios. Yo no conozco poder más grande que el poder del poeta; por eso me duele que su voz se pierda en el vacío ó que se consagre al mal.» El poeta que él busca, que él quiere, ya lo ha descrito; «pero hay un sér superior al poeta, más sensible, más inteligente, más poeta, si cabe hablar así, la poetisa.»

Bien conocida es, para que yo prolongue estos ejemplos, harto numerosos ya, la atención dedicada á Byron, á Tasso, á Virgilio, á Ovidio y á Lucano, así como su simpatía por las literaturas regionales, á las cuales entonó un himno de alabanzas, especialmente á la catalana, en la cátedra del Ateneo de Barcelona.

¿Os acordáis de la iniciativa por él tomada, para que las Cortes españolas acordaran una pensión vitalicia para el poeta Zorrilla? Bien cuadrarán aquí algunos de los conceptos con que apoyaba su proposición, el 14 de Julio de 1883.

«Votemos, señores diputados, votemos unánimes una pensión al inmortal Zorrilla. El Estado no se compone sólo del ejército, del clero, de la marina, de las clases burocráticas, nó; se compone también, y más esencialmente, de aquellos que contribuyen á cultivar el ideal...

«Débense estas pensiones á glorias incontestadas é incontestables, débense decretar, no ya como recompensa del mérito esclarecido, nó; como un estímulo al mérito que se dibuja en el horizonte del porvenir...

«Así como en cierto tiempo hubo poetas de la corte, preciso es que haya hoy poetas que se llamen poetas de las naciones.

«Yo compadezco muy de veras á aquel que no siente resonar en sus oídos las cuartetas de *La Tempestad*, cuando resuena el trueno en los espacios; yo compadezco sentidamente á aquel que llegando á Toledo, no vaya á contemplar el Cristo de la Vega, con la mano todavía bajada para testificar en la cuestión de aquellos legendarios amores; yo compadezco al que no ve en los machones de aquel puente los Baños de la Cava todavía viviente, y no recuerda las grandes estrofas de la rota del Guadalete; yo compadezco al que no ve en Granada, en Sierra Nevada ó en la Alpujarra, cuando el sol se pone tras las montañas de Loja ó tras los alicatados de la Alhambra, el poema de la reconquista nacional, que se dilata de tal suerte que luego descubre nuevos mundos; y si hubiese sido posible, aquellos héroes engrandecidos por Zorrilla, hubieran conquistado hasta las estrellas del cielo.»

Cita la protección dada por los soberanos ó por el Estado á Putschkine, á Lamartine y á Tennyson...

«Y nosotros, ¿qué proponemos? Proponemos para Zorrilla, que tiene un poco desequilibrado su presupuesto doméstico, lo que concedéis á los Ministros que desequilibran el presupuesto nacional... Es indispensable que nosotros demostremos á Zorrilla que no en vano se vive para las glorias nacionales, cantándolas en tan divinos versos: que cada vez que nuestra memoria los repite, esos versos constituyen algo que se identifica con el espíritu inmortal de nuestra patria... Si Zorrilla fuese un hombre de ahorro, de economía, de previsión, no sería poeta. Sabido es que cuando Dios creó el mundo les entregó á unos hombres campos, á otros ganados, á otros cabañas, á otros fábricas y artefactos, y al pobre poeta le entregó el espacio azul, donde no hay nada qué comer.»

* * *

Cuando un hombre público conoce así el Arte, cuando un legislador ó un gobernante así lo siente, la protección del mismo y de sus cultivadores no es dudosa, su enseñanza y su premio tienen fundadas garantías. El Arte, pasa á ser entonces un complemento de la nación, un astro de un sistema educativo, no un aerolito errante, sin porvenir seguro, como no sea el de su probable desfiguración ó ruina. Ese hombre, además, influye con su ejemplo en sus correligionarios y amigos, en sus discípulos si es catedrático, en sus oyentes ó lectores si es orador ó publicista. La sensibilidad estética crece, los goces elevados supeditan á los goces materiales y egoístas, la tacañería del pudiente se rinde á las honestas tentaciones de las bellas líneas, formas, colores, sonidos, ideas, hijos del trabajo inspirado del hombre. Figuráos que no hubiesen existido Julio II, León X y cuantos pontífices, reyes y príncipes conocían la importancia civilizadora del Arte, y decidme cuántas estrellas de menos tendríamos en su historia, cuánta dureza de más habría en el corazón de la humanidad. Figuráos por un momento que Castelar no hubiese existido; ó figuráos que sí, que hubiese existido, pero tan analfabeto para el Arte ó con tanta indiferencia para el mismo, como otros que fueron ó son tan influyentes en política y tan doctores como lo fué Castelar. ¡No hubiérais saboreado estos brillantes párrafos! ¡Nuestra patria casi es seguro que no tendría la Academia española de Bellas Artes en Roma! Por allí han pasado, robusteciendo sus conocimientos y desarrollando su habilidad técnica, los más eminentes artistas de nuestra patria; allí serán revelados otros en lo porvenir. ¡Nos falta, nos falta un hombre político que quiera crear una ó más instituciones análogas en el extranjero, en ciudades adecuadas para el caso, y destinadas á los cultivadores españoles del arte útil en conjunción con el bello, de las artes decorativas, de las industrias artísticas!

Y aquí termino, dejando sentado que si Castelar hizo mucho por el Arte, el Arte hizo no poco por Castelar; que si él lo hubiese desconocido ó menospreciado, tampoco el Castelar artista tuviera tan brillante estilo, medios tan adecuados para mover el sentimiento y la voluntad de sus amigos y adversarios. Quizá le debió también no pocos consuelos en su vida.

¡Extiendan los artistas puros y los decoradores; los profesores y los discípulos de la enseñanza del Arte; los jornaleros de su producción, de su estética y de su historia; extendamos estas flores de gratitud sobre la tumba del maestro, del protector y del *compañero*, y hagámosle revivir con frecuencia por las anteriores lecturas!

F. TOMÁS Y ESTRUCH

Junio, de 1899.

PLACIDIA

I

¡Tras del día crüel, descansa Roma!
¡Sueño de muerte en el sangriento charco!
¡Hundidas entre espumas encarnadas
brillan las joyas que esparció el estrago!
El hastío del oro y de los besos
provoca el sueño y adormece el gladio,
y las huestes brutales de Alarico,
ébrias de néctar y placer nefasto,
descansan sobre el seno de la virgen
que vigilaba junto al fuego sacro!
¡Horrible amanecer!... Sueltas las bridas
de su corcel teutón ó escandinavo,
desnudos y oxidados los aceros,
nervosas las gargantas y los brazos,
tapando el casco la melena inculta,
con los robustos pechos dilatados
que palpitan detrás de las escamas
y lanzan el rugido hasta los labios;
el pueblo de Nerón, hijo de Remo,
las vió pasar terribles, caminando
sobre el tirso de rosas imperiales
que el César arrojó con hondo espanto...
¡Les vió escupir sobre el altivo templo
y hollar el Capitolio soberano!
¡Envuelto en llamas el cendal de Vesta!
¡Deshonradas sus hijas en el barro!
¡Roto el escudo del terrible Marte!
¡Llorando Uránia tras el velo casto!
Ya se columbra el porvenir horrendo
de la ciudad mujer que afeminaron
los que envueltos en flores y perfumes
olvidaban á Lépido y Octavio,...
trocando en ceñidores de jazmines
la corona de sierpes de Espartaco!

II

Las altas gradas del palacio inmenso
que á pétrea columnata dan descanso,
sustentan los colosos de granito,
de capitel corintio coronados.
Los rojos resplandores del incendio,
de oro y de sangre les envían rayos,
y se tiende la sombra de los fustes,
ocultando á los muertos con su manto.
Gotea el rojo en los peldaños fríos;
y ante un montón de cuerpos destrozados,
sangrientos vestes, y rasgados miembros;
carnaza humana que entregó el esclavo...
Una mujer... ¡aparición sublime!
gallarda y noble, con semblante airado,
estiende el brazo que venganza impetra,
cubierto de zafiros y topacios!
Robusto el seno, de blancura hermosa,
brindando amor los encendidos labios;
el pie de rosa en la sandalia breve,
formas de Venus que acaricia el manto...
¡Lanzan sus ojos centellantes luces,
mirando la ciudad que hierve abajo!
¡Mi Roma! - grita, —y á los rizos suaves
lleva con furia la marmórea mano.
¡Cobardes!—ruge,—y, al mirar el fuego,
sorbe á torrentes el furioso llanto.
¿Qué se hicieron las aguilas de Augusto?
¿Qué se hicieron las glorias de Trajano?
¿Adónde están los hombres de las Galias
que hollaron el Egipto con sus pasos?
¡Cobardes!—grita: Entre placeres toscos
de impura meretriz y orando á Baco,
vuestros nervios son sedas que se doblan,
vuestra sangre son todos congelados!
¿Quién pudo, Roma, aniquilar tus dioses?
¡Quién te destruye con su aliento bravo?
—¡Yo! —le contestan, desde el fondo obscuro,
y avanza un joven de floridos años.

III

Cubren las mallas su robusto pecho,
bermejo bozo sobre el labio pálido,
casco brillante, y en los ojos tibios
azules llamas de fulgor extraño.
—¿Quién eres, oh mujer?—Pregunta ansioso.
¿Quizás Odin, el genio de mis bárbaros,
te formó con claveles de Circasia,
para que el vencedor te dé sus brazos!
¿Ves la hermosa ciudad? ¡Pues toda es tuya!
Honorio huyó, temiendo á mis vasallos,
mi rey ha muerto, al ver el Capitolio,
y nadie á mi poder estorba el paso.
Yo te entrego las joyas. ¡Esos templos
que sintieron el peso de mi gladio,
y te doy centenares de patricios,
de pretores y jueces por esclavos!



GRUPO ESCULTÓRICO, DE EUSEBIO ARNAU.

¡Habla mujer! Que digan esos ojos
una frase de amor, sólo al pensarlo
siento que puedo devolverte á Roma,
para que tú la rompas con tu mano.
—¿Quién eres?—Ataulfo.—Ven y escucha,
prorrumpe la patricia; y, al mirarlo,
siente nacer en sus entrañas fieras
la inmensa admiración y el entusiasmo.
Le conduce entre lámparas que arrojan
los perfumes de Siria regalados;
le asienta entre tapices que tegieron
con pieles de pantera y de leopardo.
¡Quiero tu amor! —le dice.—Casi niño
has podido llegar á mi palacio,
convirtiendo en pavesas y ruinas
la podrida ciudad de nombre Magno.
¡Tú mereces mi amor! ¡Eres muy grande!
Besa, pues, loco mis ardientes labios,
mientras yo tus cabellos acaricio
que las nieves de Islandia platearon.
Hunde en mi seno tu grandiosa frente,
pues merece coronas de alabastro,
y al gran botín de la vencida Roma,
une el botín del corazón que guardo!
. . . .
. . . .
¡Cayó Placidia, en la tranquila noche,
del fiero godo en los robustos brazos!
Y la ciudad dormía con la muerte:
y las gotas de sangre iban filtrando
á mojar en las negras catacumbas
los sepulcros de Papas y de Santos...
¡Brilló la aurora! El cristianismo eterno
mostró la cruz en el azul espacio,
y el Dios de la verdad alzó su trono
encima de los túmulos paganos!!

JOSÉ M.ª DE LA TORRE



EN EL MUELLE

MIRALLES



DE BARCELONA

Propiedad de D. E. Güell y Bacigalupi.

LA PRIMER LIMOSNA

Bonus est præstolari cum silentio salutare Dei.

(Bueno es esperar en silencio el socorro de Dios.)

Las postreras luces del día acababan de extinguirse.

Aterida de frío, y recostada en una de las mesas del mercado de San José, había una mujer de aspecto triste y miserable, la cual sujetaba cariñosamente á su nietecita huérfana.

Un rostro demacrado que descubre las huellas del más profundo pesar, acaba por sumirse en el adormecimiento que producen los achaques de la vejez; y aquella infeliz durmióse en el banco.

La pequeñuela contemplaba con gesto de asombro á su abuelita.

Acertó á pasar en aquel instante un mozalbete de mala catadura y peor instinto. Al fijarse en la pareja acurrucada, se detuvo; y dirigiendo atrevidamente sus pasos hacia allí, empezó á aligerar con suma destreza los bolsillos de la pobre mujer.

La niña presenció sin chistar aquella *maniobra*. Siguió con la vista al ladronzuelo, quien metiéndose algunas monedas de cobre en el bolsillo, fuese refunfuñando.

La huérfana rompió á llorar silenciosamente...

Los pocos transeuntes que cruzaban por el mercado desaparecían con rapidez, impulsados por el frío.

Comenzó á caer nieve en abundancia, convirtiendo el piso en inmensa sábana de resplandeciente blancura...

De vez en cuando el reloj de la catedral lanzaba al aire sus melancólicos sonidos.

* * *

—Abuelita... abuelita,—exclamó con dulce voz la niña.

Aquel acento tan querido se infiltró en el ánimo de la anciana, despertándola. Estrechó amorosamente á su nietecita, cubriéndola de besos.

—¡Hija de mi corazón ¿Qué tienes?

—Tengo frío...



MARGHERITINA. — Escultura de Miguel Blay.

—¡Pobrecilla! Ahora te voy á comprar con las ocho *perras* grandes que tengo un pañuelito de lana. Con él te abrigaré y no sentirás tanto frío. Ven, hija mía.

—Y usted, ¿qué se compra, abuelita?

—¡Oh! nada necesito.

Y registró sus bolsillos. Echando de menos la cantidad robada, exclamó dolorosamente:

—¡Me han robado, me han robado el dinero!... Ya no podré comprar el pañuelo á mi adorada Regina. ¡Regina de mi alma! ¡Nos han robado los últimos ochenta céntimos!

Aquella desgraciada se echó á llorar, besando á la tierna criatura.

—¡Dios mío! ¿Qué va á ser de nosotras?... Pero ¿por qué te arrodillas?

—Ayer, momentos antes de morir mamá en el hospital, me dijo que en el infortunio rezara un *padre nuestro,* y ya lo he rezado,—contestó con sencillez la niña.

—¡Virgen santa! ¿Oirás las súplicas de este ángel?

Y la pobre sexagenaria se puso á orar también.

* * *

Seguía nevando... Del fondo de la calle destacáronse dos sombras.

La abuelita llevó á la práctica inmediatamente una idea luminosa.

¿Fracasaría? Confiando en aquel supremo recurso, pronunció esta frase: «¡Dios nos protegerá!»

Y dirigiéndose á los desconocidos, exclamó con angustiado acento:

—¡Una limosna para esta huérfana!

Al oir ésto, ambos personajes se detuvieron. Sacó el hombre una moneda de plata y la puso en la huesosa mano de la anciana, diciendo á su compañera:

—Cúbrete bien, Irene, que hace un frío atroz.

—Y un viento horrible,—añadió la que parecía su esposa.

—Pero ¿no andas?

—Mira, Julián: mira qué hermosa es esta niña.

—Tiene un semblante encantador. Pero... vamos.

—Deja que la bese... ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Regina, para servir á ustedes, y tengo cinco años.

—¡Regina! ¡Pobre criatura!... Dáme otro beso. ¿Quieres?

—¡Vaya si quiero! A mamá le daba muchos.

—¿Murió?

—Está en el cielo.

—Quedó sin padre hace dos años, y su madre exhaló ayer el último suspiro en el hospital.

Conmovida Irene, deslizó al oído de Julián estas palabras:

—Querido esposo: tú que eres tan bueno... ¿quieres que prohijemos á esta infeliz?

—Pero... ¡Irene...!

—Te lo suplico. ¿Quieres?

—Bien, cúmplase tu deseo.

—¡Oh! Gracias. ¡Qué bueno eres, querido Julián!

Irene cogió de la mano á Regina y la cubrió con su abrigo, diciendo á la sexagenaria:

—Póngase usted á mi lado, buena mujer. Desde hoy quedan ustedes á nuestro servicio. En casa comerán bien y dormirán mejor. Y en cuanto á la niña, creo que no se opondrá usted á que haga yo las veces de su madre.

—¡Oh! ¡Señora, señora! ¿Es usted un sér humano ó un ángel?

Y la abuelita quiso decir algo más; pero un sentimiento inefable de gratitud entorpeció su palabra, hasta el punto de hacerla prorrumpir en tiernísimos sollozos...

Francisco de P. COLLADO



PAISAJE

Reteniendo el paso y acallando el habla,
los dos nos pusimos un punto á escucharla,
la canción tranquila de la luna blanca,
de la luna triste sobre las montañas.
Bajo la indecisa claridad opaca,
trazaban los pinos uniformes manchas;
soñaban los ríos entre las cañadas
y hablaban en sueños de cosas extrañas.
De las grandes rocas prendida á la espalda,
la sombra, los hondos rincones llenaba;
y, al paso del aire crugiendo las ramas,
tal vez un quejido siniestro lanzaban.
Corrían, á veces, las estrellas pálidas;
y negra, á lo lejos, y desfigurada
moría la sombra de una humilde casa,
de una casa oculta bajo las montañas.
Sus ventanas negras, su puerta cerrada,
la luz de la luna cubría la casa;
tal vez quien la habita sonríe y descansa,
tal vez un eterno sopor lo amenaza.
Pasamos de largo, sintiendo embargada
el alma de sueños y memorias vagas
y siguió tranquila, sobre las montañas,
rodando hasta el suelo la canción callada
de la luna triste, de la luna blanca.

E. MARQUINA

NOCHE... ¿BUENA?...

Ello era que don José, á despecho de sus cincuenta años, de su protuberante abdomen, de sus piernas aquilotadas por siete lustros de vida alegre, y de su grasiento cerviguillo, se creía capaz de enloquecer y despepitar á las mujeres más sesudas, y de ser manzana de discordia entre las amigas mejor avenidas.

Así fué, que aquella noche el veterano don Juan no sabía cómo componérselas, para hurtar donosamente el compromiso en que su juvenil palmito y coquetería le pusieron. Pues, aunque Consuelo era la moza por quien él andaba babeando y bebiendo los vientos, también ella tenía una amiga, Ignacia, que le miraba con dulce y muy significativa afición. Don José comprendía que cometió una verdadera chiquillada invitándolas á cenar juntas, porque, en lides amorosas conviene separar para vencer, como hizo con los curiáceos el más político de sus rivales; pero, ¡diantre! ¿quién es el descortés que tiene cuajo y redaños para desairar el ruego de una mujer bonita?... El había invitado á Consuelo, pero Ignacia, que no pecaba de prudente, se propasó á decir:

—¡Cómo!... ¿Y yo no merezco asistir á la fiesta?... Pues sepa el roñoso anfitrión, que comeré por cuenta mía, y aun tendré gusto en ayudarle á pagar el gasto.

A lo que don José repuso, á fuer de rendido y galán caballero:

—Venga usted con nosotros, Ignacia, y olvide el error en que incurrí no convidándola, pues obedeció á flaqueza de memoria, que no á ruindad y tacañería.

Y mientras don José acudía al lugar de la cita, con el magín ocupado en estos pensamientos, *ellas* caminaban hacia el mismo sitio, cogidas del brazo y andando de prisa; con un alarmante roce de enaguas y un intenso olor de ropas limpias y recién perfumadas.

—¿Sabes — decía Ignacia, — que ese vegestorio está loquito por ti, y que para esclavizarle completamente te bastaría con abrir la boca?

—Eso creo yo también... Pero, hija, no le quiero, no me entra por los ojos, ¿entiendes?... Unas veces su figura me mueve á risa, otras me inspira asco, con aquellas trazas de fraile motilón que su madre le dió, y aquella bocaza desdentada, negra y mal oliente, como un ataúd entreabierto... Por ahora procuremos pasar una legítima Nochebuena; después, entre el ruido de la fiesta y los vaporcillos del Jerez, mala será nuestra suerte si no encontramos una ocasión para escurrirnos bonitamente.

—¡Quita!... Es muy difícil que los pollos burlen á los recoveros. Aunque... ¿quién sabe?... Tal podían caer los dados...

***

La cena se realizaba en un gabinetito reservado del antiguo Café Habanero. Don José, sentando entre las dos amigas, parecía llevar la batuta de aquella orquesta de voces y de alegres carcajadas juveniles. Consuelo estaba á su derecha, apoyada de codos sobre la mesa, luciendo sus antebrazos mórbidos y su busto opulento y amplio de jamona; con su frente broncínea y estrecha de chulona testaruda, sus pálidas mejillas tizianescas y su boca apetitosa y fresca como un chorro de agua... Al otro lado estaba Ignacia, muy jorifa y vistosa también, pero rubia, y con el cimbreante talle arropado entre los pliegues de un mantón filipino, multicolor, abigarrado y deslumbrante como la pesadilla de un colorista andaluz.

La cena fué desarrollándose tan felizmente que don José, á pesar de hallarse muy avezado á tales zaragatas, empezó á sentir los primeros amagos de la embriaguez. La manzanilla corrió en abundancia, acreditándose ambas amigas de ser mozas ocurrentes y decidoras.

Al filo de la media noche y después de saboreado el café, don José, satisfechísimo de sí mismo, dijo á Consuelo:

—Dáme esa mano, que quiero adornártela con una sortija...

Y como la interpelada se mostrase propicia á complacerle, Ignacia pareció amostazarse:

—Si empezáis así,—dijo,—yo también reclamo un regalo.

—¡Eso, no!—exclamó su amiga.

—¿Y, por qué?

—Porque no quiero,—repuso Consuelo formalizándose.

Entonces *él*, reventando de satisfacción y envanecido como un pavo, trató de poner paz entre las reñidoras.

—Vamos, niñas, no amontonarse por regalillo de más ó de menos.

Pero Consuelo parecía cada vez más encrespada y furiosa.

—Eso es lo que tú quisieras, — dijo, — pero las brevas están verdes aún...—Y agregó, encarándose con su amiga:—Pepe ha venido conmigo, ¿sabes?... es mi amigo y no se lo cedo á nadie...

—Si te enfadas,—respondió Ignacia que no sabía cómo concluir aquel fingido melodrama,—me iré...

—Es que si tú te vas, yo me marcho también.

Colocado en este terreno el incidente, fué tomando rumbos de disputa, y todo prometía llegar á un desenlace borrascoso, si don José no hubiese tenido la candorosa ocurrencia de ponerse á sí mismo el dogal, ideando un medio galante de solucionar aquel amoroso conflicto.

—Ea,— exclamó levantándose:—esto ha concluído, porque yo no merezco que dos mocitas tan juncales anden á la greña por mí. Consuelo, como morena, me gusta mucho; pero Ignacia, con sus ojazos azules, también me vuelve tarumba... De modo que la suerte decidirá entre nosotros, y así ninguna podrá darse por agraviada; yo voy á vendarme los ojos, cual si fuésemos á jugar á la gallina-ciega, ¿os parece bien?... y á quien primero atrape de las dos, esa será la preferida...

La proposición fué aceptada con gran regocijo y zambra, y mientras Consuelito vendaba el galán con una servilleta, su amiga, haciéndole mil arrumacos y monísimos dengues, se agachaba delante de él, exclamando:

—Oye, Pepe... no vale mirar, ¿eh?... ¡No vale mirar!...

Y con el busto inclinado hacia adelante y las manos apoyadas sobre las rodillas, le examinaba desde abajo.

Después se apartaron, diciendo: ¡Ya!...—como chicos que jugasen al escondite; y don José empezó á caminar cautelosamente y extendiendo los brazos para no tropezar. En los primeros momentos oyó risas sofocadas y roce de enaguas que iban de un lado á otro; y después la voz de Consuelo, que gritaba:—¡Aquí, aquí!...—Y los pasos precipitados de una mujer que corría hacia el extremo opuesto de la habitación. Luego, nada... nada...

Don José permaneció perplejo algunos momentos, con los brazos abiertos, procurando sorprender el ruidito de alguna respiración, que le orientase entre aquellas tinieblas...

Entre tanto, las dos amigas se marcharon sigilosamente, después de decirle al camarero que les había servido, y á quien encontraron en la puerta del café: «Súbale usted la cuenta al señor, que está esperando...»

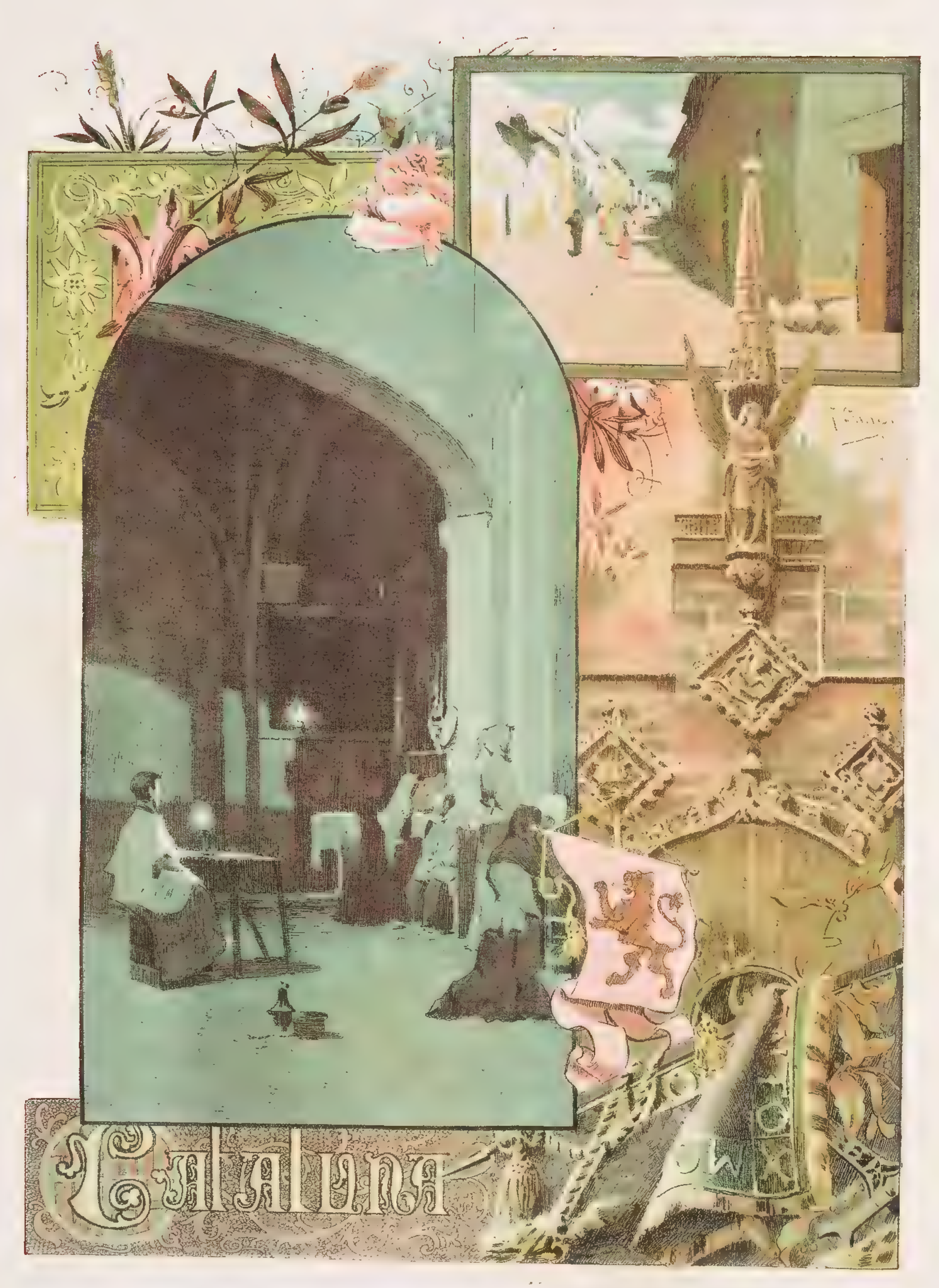
Todo este enredo tardó en desarrollarse algunos minutos. Cuando don José oyó los pasos del mozo que se acercaba, quitóse la venda precipitadamente y se halló á obscuras, porque



sus ladinas burladoras, también tuvieron la precaución de apagar la luz...

Y nunca, como entonces, se encontró tan insignificante, tan ridículo, viéndose delante del camarero que, comprendiendo la burla, sonreía socarronamente, presentándole la cuenta...

Eduardo ZAMACOIS



COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE G. CAMPS.

EL GENERAL D. JUAN PRIM

EFEMÉRIDES ILUSTRADAS

El corto espacio de que disponemos no nos permite escribir ni siquiera una reseña histórica del malogrado cuanto ilustre general don Juan Prim.

Procuraremos consignar los principales hechos de su vida, á fin de que nuestros estimados lectores puedan comprender toda la importancia de aquella gran existencia.

Don Juan Prim y Prats nació el 8 de Diciembre de 1814, en la ciudad de Reus, ingresando en el ejército el 21 de Febrero de 1834, en calidad de voluntario del batallón Franco-tiradores de Isabel II, contra la voluntad de sus padres, que le destinaban á la carrera del foro.

Hallábase entonces nuestra patria en los comienzos de la primera guerra civil, vulgarmente llamada de los *siete años*, en la que se disputaban el trono de España la princesa Isabel, hija del Rey Fernando VII, recientemente fallecido, y el infante Don Carlos, tío de la princesa.

Al terminar esta fratricida lucha con el triunfo de Doña Isabel, Prim, á costa de su generosa sangre, había conquistado el grado de coronel y dos cruces de San Fernando de primera clase.

Regente de España el general Espartero, en nombre de la princesa Isabel, por consecuencia del pronunciamiento de 1840 y la huída á Francia de doña María Cristina; Prim, elegido diputado por la provincia de Tarragona, formó en las filas de la oposición, tomando parte en el movimiento de 1843 contra el Regente, y obteniendo del ministerio López, que se encargó del poder, al salir Espartero de España, el empleo de coronel-brigadier, los títulos de conde de Reus y vizconde del Bruch, y el nombramiento de gobernador militar de Madrid, primero, y luego de Barcelona.

Prim, como otros liberales, engañóse en aquella ocasión; y al ver que á López le sustituía el general Narváez, rechazó cuantos cargos se le ofrecieron, viéndose encausado, preso, y sentenciado á seis meses de prisión en las islas Marianas; cuya



El Rey Don Amadeo de Saboya visitando, á su entrada en Madrid, el cadáver del general Prim.

Cuadro de A. Gisbert.

sentencia pudo eludir alejándose de España, hasta la caída de Narváez y la subida de Pacheco, que le nombró capitán general de Puerto-Rico.

Durante su mando, se sublevaron los esclavos de Santa Cruz, colonia danesa, cuyo gobernador invocó su auxilio, que Prim le prestó, siendo condecorado por el rey de Dinamarca con la gran cruz de *Dannebourg*.

En 1853 fué destinado para estudiar las operaciones de los ejércitos en la famosa guerra de Oriente.

Al ocurrir el alzamiento de 1854, contra el conde de San Luis, fué elegido diputado constituyente por Barcelona; desempeñó la capitanía general de Granada; y fué promovido al empleo de teniente general y al cargo de senador.

Sabida es su gloriosa participación en la campaña de Africa, por la que obtuvo el título de marqués de los Castillejos, en justo premio á la victoria que alcanzó en aquella sangrienta batalla.

La llamada cuestión de México elevó su nombre á la mayor altura.

México, por consecuencia de largas y porfiadas luchas, decidió suspender sus pagos, temporalmente. Inglaterra, España y Francia, decidieron ocupar sus puertos é intervenir las aduanas de la República, hasta cobrar sus créditos; pero Napoleón III, influído por los conservadores mexicanos, trató de establecer un rey en México. Prim, que había ido mandando las fuerzas de España, se opuso á tal felonía, retirándose con sus tropas, seguido del general inglés y de las suyas.

La opinión general en Europa y América hizo completa justicia á la previsión de Prim, que adivinó el triste resultado que aguardaba á la monarquía implantada en México por Napoleón.

Vuelto á Madrid tomó parte activa en la política; se retrajo con el partido progresista; protestó contra los sucesos de la triste noche de San Daniel; fué el héroe del banquete de los Campos Elíseos, del que salió verdadero jefe del partido liberal, preparando la por todos esperada revolución.

El 3 de Enero de 1866, partió Prim de Aranjuez con los regimientos de caballería de Bailén y Calatrava. Por causas no esclarecidas, las muchas tropas conque contaba en Madrid y provincias, no secundaron su alzamiento, y el conde de Reus emprendió una habilísima retirada á Portugal, sin perder un hombre.

La vida de Prim fué, desde aquel día, la del conspirador tenaz. Expulsado de todas las naciones no cesó un instante en sus propósitos.

En Agosto de 1867, organizó un nuevo alzamiento, que no obtuvo resultado, por no secundarle la mayoría de los comprometidos.

Disgustado con la Reina el partido de la Unión liberal, entró en la conjuración de los progresistas y demócratas, y el 16 de Septiembre de 1868, Prim aparecía en la bahía de Cádiz, y desde la fragata «Zaragoza», lanzaba el grito de guerra *¡Viva la Soberanía Nacional!*; grito que repitió en Ceuta, Málaga, Cartagena, Alicante, Barcelona, Lérida y Zaragoza, cuyas tropas y habitantes se pronunciaron al eco de su voz.

El 7 de Octubre, al entrar en Madrid, fué objeto de una entusiasta manifestación.

Ministro de la Guerra en el Gobierno Provisional que presidió el general Serrano, al ocupar éste la Regencia, se encargó Prim de la presidencia del ministerio con la cartera de Guerra.

Desde que triunfó la revolución, el conde de Reus comenzó una serie de negociaciones para buscar en Europa un príncipe á quien ofrecer el trono de España. Al fin, las Cortes Constituyentes, en sesión del 16 de Noviembre de 1870, eligieron por 191 voto á Don Amadeo de Saboya, hijo de Víctor Manuel, rey de Italia. Esta elección produjo gran descontento en republicanos, carlistas, montpensieristas,

isabelinos y esparteristas, todos los cuales creían que el triunfo debía ser suyo.

Al regresar á Cartagena la comisión de diputados que había ido á Italia en busca de Don Amadeo, vió, con la mayor sorpresa, que el general Prim no se hallaba en la ciudad, y que en su lugar se presentaba en la fragata *Numancia* á Don Amadeo, el brigadier Topete manifestándole graves sucesos ocurridos.

En la noche del 27 de Diciembre, al salir del Congreso la berlina en que iba el conde de Reus, con sus ayudantes, encontróse detenida por dos coches que, de intento, se habían cruzado en la angosta y solitaria calle del Turco. Asomóse á la portezuela el ayudante señor Moya, y rápidamente exclamó: — «Bájese usted, mi general, que nos hacen fuego.» Instantáneamente aparecieron algunos hombres armados de carabinas y trabucos que dispararon á quema-ropa, casi dentro del coche. El ayudante Naudín, que puso su mano delante del pecho del general, recibió un terrible metrallazo, dirigido á éste. En los primeros instantes, creyóse que la herida recibida por el marqués de los Castillejos era leve; mas pronto se impuso la triste realidad, y después de dos días de angustia, dominado por una congestión que los médicos no pudieron combatir, sucumbió el héroe de Africa, á las cinco y media de la tarde del día 30. Topete dijo al Rey, que, al saber el suceso, había volado al lecho de Prim; que junto aquel lecho ensangrentado el Regente le confió una comisión de honor, y que venía á buscar al monarca elegido por las Cortes soberanas, respondiendo de su vida con la suya propia.

Quiso Don Amadeo saltar á tierra para visitar el arsenal y la población, y en ella fué recibido por los generales Concha, Ros de Olano, Córdoba, Echagüe, Cotoner, Serrano Bedoya, Cervino y otros varios, al grito de *¡Viva el rey de España!*

No tardó Don Amadeo en subir al tren que le estaba preparado, dirigiéndose á Madrid, en cuya estación le aguardaba el Regente don Francisco Serrano.

Después de descansar breves momentos en la estación, la comitiva se puso en marcha yendo el Rey á caballo, á su derecha el Regente, y detrás los directores de las armas, dirigiéndose á la Basílica de Atocha, á visitar el cadáver del general Prim, ante el cual estuvo orando algunos momentos. Tal es la escena que representa el gran cuadro de Gisbert, que hoy publica Album Salón, unánimemente elogiado, y cuyo mayor mérito estriba en que todos los personajes son fidelísimos retratos.

Después de la jura en las Cortes, dirigióse Don Amadeo al Ministerio de la Guerra, donde entró profundamente conmovido, y luego de saludar á la virtuosa duquesa de Prim, abrazó al hijo de aquel ilustre caudillo, y con turbado acento le dijo: — «¡Qué pérdida para vosotros y para mí!»

La causa formada por dicho asesinato, no arrojó luz alguna sobre quienes pudieran ser los autores. Con la muerte de Prim, perdió su familia un padre y un esposo amantísimo, el ejército uno de sus más bizarros é inteligentes generales, y España uno de sus hijos de mayor valía.

E. RODRIGUEZ-SOLIS



A LA LUZ DEL QUINQUE. — Cuadro de Luis Graner.

EL MENTIR DE LAS ESTRELLAS (FACETA).

El hombre. — El fakir de Dahaly, el que hace crecer, por el solo poder de su mirada, la semilla que tardaría semanas en romper la tierra que la aprisiona, el que ha descubierto los arcanos todos de la naturaleza, me ha dicho que únicamente las Estrellas eran capaces de remediar mis desventuras. Por eso os he invocado; por eso me atrevo á preguntaros si os dignaréis calmar mis penas.

La Estrella. — Primero me has de explicar en qué consisten.

El hombre. — Los hombres mis hermanos, me han reducido á la última miseria. Cuando vine al mundo, encontréme con que no había ya sitio para mí. Unos se habían apoderado de los bosques, otros de los campos, cuales de los montes y valles; los más listos eran dueños del oro y de la plata; los más sabios se incautaron de la alegría y de la dicha. Vagué mucho tiempo por el mundo sin hallar nada de provecho. Topé un día con una gran caja muy bien cerrada. Creí haber conseguido mi fortuna. Dentro de la caja había guardados todos los dolores, todas las penas y miserias, todas las desesperaciones y amarguras que antes andaban sueltas por el mundo y que penetraron en mi espíritu. Desde el día y hora en que hice tan fatal hallazgo, no tengo un momento de calma. ¿No podréis hacer que mi tormento cese?

La Estrella. — En un punto habrá terminado. ¿Ves aquella montaña? Sube á su cima. Y cuanto tus pies resbalen sobre la nieve eterna, cuando tu cabeza toque las nubes, entonces, por un acto de voluntad, esparces al aire todas las calamidades que en tí han hecho presa. Y la desesperación, el dolor, la pobreza y la miseria negra, caerán sobre el mundo y quedarán repartidas entre todos los hombres.

Y el desdichado siguió el consejo de la Estrella, y las desdichas se mezclaron á las alegrías, y un hombre solo no soportó el peso de todas ellas.

* * *

INDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

ARTICULOS LITERARIOS, CIENTIFICOS, BIOGRAFICOS Y FESTIVOS, POESIAS, CUENTOS, NOVELAS, &, &.

Alcántara Fuentes, J. de
Historia vulgar. (Ilustrado por Sol Mendoza). 72
Alderete Gonzalez, Miguel
El último amigo. 37
Conciencia fin de siglo. 168
Alisal, Manuel del
La patria del amor. (Poesía decorada por Xumetra). 170
Alonso, Antonio
El beso. 74
Alvarez Guerra, J.
Marianito. 93
La cruz del Robledal. (Ilustrado por Cuchy). 216
Arques, Joaquín
Drama egipcio. (Ilustrado por Fradera). 16
Los celos del rey de bastos. (Ilustrado por Fradera). 76
Astort, Antonio
Excmo. Sr. D. Manuel Girona. 41
D. José Ferrer-Vidal y Soler. 117
El final de un velorio. 248
Balart, Federico
Cantares. (Poesía decorada por Xumetra). 278
Baró, Teodoro
Huyendo del perejil. 38
Barrantes, Vizcondesa de
A la fuerza. 2
Barrantes, Pedro
El buen mozo. (Ilustrado por Alvarez Dumont). 105
Benot, E.
Patria y Región. 114
Blasco, Eduardo
Dos instantáneas. 276
Briceño, Antonio S.
Neurastenia. 104
Pensamientos. 148
Campoamor, Ramón de
Todo y nada. (Poesía decorada por Xumetra). 10
Cano, Carlos
El último beso. (Poesía). 249
Cardenal, Andrés
¡Regeneración! 151
Carrera, Salvador
La mejor corona. (Poesía decorada por Xumetra). 32
¡Madre! (Poesía decorada por Triadó). 103
Amor, Patria y Fe. (Poesía decorada por Triadó). 158
Castelar, Emilio
Parte política del proceso de Cristo. (Decorado por Triadó). 98
Castro, Salvador V. de
El castillo del Diablo. (Ilustrado por E. Alvarez Dumont). 193
Collado, Francisco de P.
La primer limosna. 288
Cuéllar, José de
Capricho. 216
Chaves, Angel R.
El morabito de Anghera. 69
También eran personas. 174
Díaz de Escovar, Narciso
Cantares. (Poesía). 20
Percheleras. (Poesía 49
Malagueñas. (Poesía) 249
Tu libro. (Poesía). 272
Echegaray, José
Las dos fuerzas. (Orlado por Passos). 7
Cantares. (Poesía ilustrada por Xumetra). 278
Escalante Gómez, Manuel
Españoles en América. 46
La palabra santa. (Poesía). 85
Los Marqueses de Campo-Hermoso. 139
Fontanilles de Béjar, Pilar
Las almas partidas. (Ilustrado por Pablo Béjar). 165
Intuición. (Ilustrado por P. Béjar). 225
Floridor
Los dos galopines. (Ilustrado por Alvarez Dumont. 26
El Tenorio en la aldea. 255
Fradera, Ricardo
¡Decepción! (Ilustrado por el mismo. 279
Franco Fernández, Fernando
La caridad. (Poesía). 49
Garriga y Puig, Pedro
Las escuelas de D. Andrés Manjón. 212
Gascón de Gotór, Pedro
La fiesta de mi pueblo. (Ilustrado por Anselmo Gascón de Gotór). 22
La resurrección ante la ciencia. 80
La cruz y los atributos de la pasión. 86
La Eucaristía y el arte. 138
Toledo. 183
La Virgen del Pilar. 242
Girón, R. B.
El día de difuntos. 248
González Anaya, Salvador
Tiberíades. (Poesía). 3
Cristo expirante. (Poesía). 85
Gutiérrez, Josefa
Esposas modelo en España, Himilci. (Ilustrado por Sol Mendoza). 102
Doña María de Molina. (Ilustrado por Sol Mendoza). 141
Platina Pompeya. (Ilustrado por Sol Mendoza). 195
Doña Leonor de Castilla. (Ilustrado por Sol Mendoza). 237
Gutiérrez, Miguel
¡Amor! (Poesía). 85
Jorro, A. B.
La Walkyria. 40
Landa, Santos
Al progreso. (Poesía. 187
Loring, J.
Las dos rosas. 50
Luján, J. F.
La muñeca. (Ilustrado por M. Obiols Delgado). 176
Marquina, E.
Labor eterna. (Poesía). 20
Paisaje. 288
Martínez de la Torre, R.
La Danaide. 90
Mélida, José Ramón
El arte de Velázquez. 132
Revista de la Exposición Nacional de Bellas Artes. 188
Miquel y Badía, F.
La semana santa y la escultura española. 84
Mir, Miguel
La cruz de Cristo. 78
Moliné Roca, M.
¡Caridad! 211
Montecristo
Madrid elegante. 27, 52, 97, 123, 153, 192, 231, 264
Montenegro, Ramón Q.
Dos tipos. (Poesía). 156
Montesinos, Eduardo
La cadena de la vida. (Ilustrado por Seriñá). 51
Noriega, Eloy
El pensamiento. (Poesía). 74
Tú y yo. (Poesía). 249
Octavio Picón, Jacinto
Tentación. 34
Olavarría y Huarte, Eugenio de
La vuelta de los hermanos. (Ilustrado por Ubaldo Bordanova). 180
Orts Ramos, Tomás
Modernistas americanos, Miguel E. Pardo. 19
Ossorio y Bernad, M.
La moda en lo literario. 181
Ossorio y Gallardo, Carlos
¿Quién mató á Meco? (Cuento). 25
Un argumento. 111
Palacio, Eduardo de
Primores. 231
Palacio, Manuel del
Velázquez. (Poesía). 136
Pardo Bazán, Emilia
Crisantelmos. (Orlado por Passos). 6
Español y parisién. 47
Hermosura secular. 156
El telégrafo soñado. 186
Bañistas Smart. 243
Pí y Margall, Francisco
El año 1898 en España. (Decorado por Passos). 1
Redacción
Andrea Avelina Carrera. 17
Baldomero Galofre. 54
La corona. (Facetas). 87
Diego Velázquez de Silva. 126
¡Loor al genio! (Poesía). 135
Dr. D. José María Múnera. 140
Ne quid nimis y La mosca y el guerrero. (Facetas). 160
D. Juan Lindolfo Cuestas 163
D. Antonio Saenz de Zumarán. 164
Alejandro Ribó. 169
Josefina Huguet. 175
Montserrat. 198
Excmo. é Ilmo. Sr. D. Oladislao Castellano. 223
Los soldados de Baler. 230
D. Porfirio Diaz. 235
¡Uno de tantos! (Poesía). 254
Mario y Morphy. 255
La canción de la sangre, (Faceta). 259

Tristán é Isolda — 271
María Barrientos — 283
Faceta — 292

Reina, Manuel
Á Velázquez. (Soneto) — 135

Riera, A
Los humildes — 18
La vida. (Decorado por Passos) — 29
La buena semilla — 79
La mano negra. (Ilustrado por Sol Mendoza) — 116
Corpus. (Decorado por J. Ribera) — 146
Vida breve. (Faceta) — 169
El trabajo eterno — 222
La muerte — 246
La apuesta del diablo. Ilustrado por N. Vázquez) — 264
Navidad — 282

Rodríguez-Solís, E.
23 de Enero de 1860 — 24
Prisión de Francisco I en Pavía — 48
El motín de Aranjuez — 75
Batalla de Villalar — 99
Fiesta cívico-religiosa del 2 de Mayo — 123
D. Alvaro de Luna — 147
La rendición de Bailén — 171
Casto Méndez Núñez — 196
La silla de Felipe II — 219
El testamento de Isabel la Católica — 243
Doña Juana la Loca — 267
El general D. Juan Prim — 291

Rueda Salvador
Un abrazo. (Poesía) — 20
La paleta. (Poesía) — 136
La pandereta. (Poesía decorada por Xumetra) — 142
A Cuba. (Poesía) — 218
La fuente de las tres gotas — 258

Salvatella, Manuel
Andaluces ilustres — 37

Sanchez Pesquera, Miguel
El recuerdo, La nube } Poesías — 224
La palma, El hechicero, A orillas del mar } Poesías — 253

Sanmartín y Aguirre, J. F.
Problema. (Poesía) — 218

Sañudo Autrán, P.
Todo por ella. (Poesía) — 272

Serrat y Weyler, Fernando
Mutua venganza. (Ilustrado por Sala y Tusell) — 272

Soriano, Manuel
La modista. (Poesía) — 194

Terán, Luis de
El loto azul — 162

Tomás y Estruch, Francisco
Á tí. (Poesía orlada por Xumetra) — 11
Sátiras políticas de 1735 y 1736 — 66
La siembra — 110
D. Francisco Miquel y Badía — 159
Castelar y el arte — 228, 240, 252, 270 y 284

Tomás y Andreu, F.
Los tres Juanes — 210

Torre, José María de la
Belleza suprema. (Poesía) — 249
Placidia. (Poesía) — 285

Torres Abandero, Leopoldo
Rimas — 166

Val, Luis de
Caridad. (Ilustrado por Alvarez Dumont) — 14
Bebé. (Novela ilustrada por Cuchy). 91, 108, 120, 144 y 157
¡Pícara lluvia! (Ilustrado por A. Seriñá) — 266

Vega Rey, Luis
El gran cardenal — 30
La bella estación — 150
El otoño — 234

Velilla, Mercedes de
La vida. (Poesía) — 99

Vidal, Aparicio
Emilio Aceval — 31

Vilaseca, Florencio
Como en la vida. (Poesía) — 166

Zahonero, José
San Miguelín. (Ilustrado por Pedrero) — 96

Zamacois, Eduardo
El relojero de Agora — 260
Noche... ¿Buena? (Ilustrado por Navarrete) — 289

REPRODUCCIONES, EN COLOR O EN NEGRO, DE CUADROS AL OLEO, ACUARELAS, ESCULTURAS, OBJETOS ARTISTICOS, DIBUJOS AL PINCEL, AL CARBON Y A LA PLUMA, CARICATURAS, &, &.

Agrasot, Joaquín
Más firme que una roca — 8
Chalán andaluz — 70
Un rincón de mi pueblo — 275

Alfonseti, J.
Una gracia del nieto — 160

Alperiz, Nicolás
¡Buenas tardes, maestro! — 241

Alsina, Ramón
Del natural — 44
Galas de Mayo — 106
Paisaje — 118
Campesina de los Pirineos orientales — 210
Planés — 274

Alvarez Dumont, César
El final de una rondalla — 13
¡Que no me la como, abuela! — 35

Alvarez Dumont, Eugenio
El final de Carmen — 43
La batalla de Villalar — 100
Fiesta popular de la Santa Cruz en Madrid — 112
Retrato ecuestre del Conde Duque de Olivares, copia de un cuadro de Velázquez — 127
Doble defensa — 155

Alvarez, Luis
La silla de Felipe II — 219

Alvarez Sala, Ventura
La rifa de la Xata — 229

Arnau, Eusebio
Grupo escultórico — 285

Baixeras, Dionisio
Preparando el cebo — 4
Conato de pesca — 18
La cubierta del núm. 36.
Recordando el tiempo viejo — 179

Bejar, Pablo
En el club de regatas — 244

Blay, Miguel
Margheritina. (Escultura) — 288

Borrell, Julio
Jesús orando en el huerto — 82 y 83
Cabeza de estudio — 113
Visita esperada — 119

Brull, Juan
Cuadro — 257

Brunet y Fita, F.
La tumba de los Moncadas, en el Monasterio de Poblet (Cataluña) — 172
La puerta del Sol (Toledo) — 184
Un patio en el barrio judío (Toledo) — 220
Patio interior de la vicaría (Gerona) — 232
Santa María la Blanca (Toledo) — 280

Campeny, José
A muerte. (Escultura), Busto de don Antonio Esplugas } 231

Camps, G.
Un acorde difícil — 3
Notas artísticas — 99
Recuerdos y esperanzas — 256
Cataluña — 268
Cataluña — 290

Cano, E.
Entierro del Condestable D. Alvaro de Luna — 147

Carbonell, Selva
¡Uno de tantos! — 254

Casado del Alisal, S.
La rendición de Bailén — 171

Casanovas, A.
Trascoro de la Catedral de Barcelona — 80

Coll, A.
Dibujo á la pluma — 152
¡Qué parecido está! — 251
Nota artística — 255
La madrina — 269

Cuchy, J.
Acuarela — 166

Cusí, Manuel
La cubierta del núm. 35.
La última mano — 137

Estevan, Enrique
Fiesta cívico-religiosa del 2 de Mayo — 124

Feliu de Lemus, M.
Diego Velázquez de Silva — 125
Esopo. Copia de Velazquez — 136

Fillol y Granell, A.
¡A esa! — 277

Francés, J.
Mil ochocientos noventa y ocho — 189

Galofre, Baldomero
Cubierta del núm. 37.
Dibujos á la pluma y al carbón. 53, 54, 55, 58 y 59
Vaqueros andaluces — 56
Carreta asturiana — 57
Marinas — 60
Elección y contrata de criadas en algunos pueblos de Aragón.
Carrochero — 61
Una calle de León — 62
Paisaje — 63
Reunión cuotidiana de viejos marinos — 64
Marinas — 211
Apunte — 224

García y Rodríguez
Paisaje — 178

Gascón de Gotor, A.
Un baturro — 153
La Virgen del Pilar — 242

Graner, Luis
Las Hilanderas, copia de un cuadro de Velázquez — 130

Cuadro. 282
A la luz del quinqué.. 292
Grau, César de
Playas napolitanas. 238
Gil de Palacio, A.
Cuadro. 154
Gili y Boig, B.
¿Qué le diré?. 19
El carnaval en la calle. . . . 36
En la torre. 47
Por meterse á torero.. 143
Gisbert, A.
El Rey Amadeo de Saboya visitando á su entrada en Madrid el cadáver del general Prim. . 291
Huguet, N.
Carretera real. 190
Iborra, L. C.
¡Ahora será ella!. 189
Juliá, R.
Cuadro. 154
Llovera, José
Escenas de taller. 93
Mi modelo. 260
Martí, Ricardo
Labrador catalán.. 149
Martínez Cubells, Enrique
Feria de ganado en Asturias. 25
Paisaje asturiano. 49
Más y Fontdevila, A.
La primera comunión. 107
Fiesta de la salud en Venecia.. . . 226 y 227
Masriera, Francisco
Ocios crueles. 9
La cubierta del número 34.
Antes de la corrida. 209
Masriera, José
De mi cartera. 214
Meifrén, E.
Nota artística. 2
Mestres, Félix
Cuadro al óleo.. 233
Miralles, Francisco
Aires libres.. 12
En el muelle de Barcelona.. . . . . 286 y 287
Moragas, Tomás
Nota del Corpus. 148
Moreno, Luis
Un golfo. 20
Muñoz Degrain, A.
Méndez Núñez herido á bordo de la fragata «Numancia». 196
Muñoz Lucena, Tomás
Idilio.. 215
Obiols Delgado, M.
Una feria de ganado en Andalucía. 167
Pahissa, J.
Las cuevas de Montserrat. 208
Passos, José
Bastidor decorativo. 67
Bastidor decorativo. 74
Pasionarias.. 79
Magdalena. 81
Cedros del Líbano. 86
Dibujos. . . . . 90, 114, 150, 159, 222 y 246
Composición y dibujo. 168
Fantasía japonesa.. 259
Picolo, M.
23 de Enero de 1860. 24
Prisión de Francisco I en Pavía. 48
El motín de Aranjuez. 71
Plá, Cecilio
A lo cadete.. 89
La verbena del Carmen.. 161
¡Hija mía!. 245
Pradilla, Francisco
Doña Juana la loca. 267
Ribera, J.
Composiciones decorativas.. . . . . 110 y 146
Dibujo. 243
Ribera, Román
La cubierta del núm. 33.
El rincón favorito. 191
El recurso en campaña. . . . . . . 262 y 263
Salida del baile. 276
Roca, Guillermo
Los borrachos, copia de un cuadro de Velázquez. 131
Romero de Torres, Julio
Conciencia tranquila.. 234
Emigrantes á bordo. 261
Rosales, E.
Isabel la Católica, dictando su testamento.. . 239
Sans Castaño, F.
Obra de iniquidad. 95
Claveles para el balcón. . . . . } 111
Limosnas para la Virgen. . . . . . . }
Santa María, Marcelino
¿Será difteria?. 249
Seriñá, Arturo
El carnaval en los salones. 33
En guardia. 182
Marina. 218
Serra, Enrique
Esclavitud dorada. 21
Están verdes. 69
Sol Mendoza
Una excursión á San Jerónimo.. 199
Sorolla, Joaquín
Comiendo en la barca. 188
Tamburini, J. M.
El cuento azul.. 5
Florecilla del campo.. 101
Triadó, J.
Composición modernista. 103
El infante D. Fernando de Austria en traje de caza, copia de un cuadro de Velázquez. . . 134
Las cuatro estaciones. 151
Torres Fuster, A.
De pura sangre. 65
Desdeñosa. 185
Cabeza de estudio. 221
Ubach, María de la Visitación
¡Tarde vienes hoy!. 45
Cuadro. 173
Urgell, Modesto
El toque de oración. 250
Vassallo, E.
«Escribidme una carta, señor cura».. . . . 68
Velázquez de Silva, Diego
Retrato de Antonio Alonso Pimentel. . . } 128
Retrato de doña Juana Pacheco de Velázquez. }
La fragua de Vulcano. 129
Retrato del príncipe D. Baltasar Carlos. } 132
Fragmento del retrato ecuestre del Rey Don Felipe III. . . . . }
Retrato. . . . . } 133
Las Meninas. . . . . }
La rendición de Breda. 135
Verdugo Landi, R
Obra de caridad. 94
Viniegra, Salvador
Primavera, abanico pintado, propiedad de S. M. la Reina Regente. 38
Otoño, abanico pintado, propiedad de S. A. la Infanta Isabel. 39
Marina á la acuarela.. 253
Xiró y T., José María
Notas artísticas. Cabeza de estudio. 34
Xumetra, Fernando
Orlas.. . . . . 84, 85 y 87
La Verónica. 88

RETRATOS

Andrea Avelina Carrera. . . . 17
Maestro Antonio Llanos. . . . 28
Emilio Aceval, Presidente de la República del Paraguay. 31
Manuel A. de la Riva. . .
Barón de la Vega de Hoz. . . . . . . } 37
Duque de T[t] Serclaes. . . . . . . }
L. Dominguez Pascual. . . . . }
Anselmo R. de Rivas. . .
Maestro Ricardo Wagner. 40
Manuel Girona. 41
Eloy Noriega y Ruiz. } 46
Antonio Basagoiti. . . . . }
Baldomero Galofre. . . . 53
Maestro. Delfín Armengol. . . . 64
Maestro José Nicolás Quesada.. . . 75
Maestro Juan Bautista Estradé. . . 97
Excmo. Sr. D. Francisco Silvela.
» » » José Gomez Imaz.
» » » Camilo Polavieja.
Excmo. Sr. Marqués de Pidal.
» » D. Manuel Durán y Bas.
» » » Eduardo Dato Iradier.
» » » Raimundo Fernandez Villaverde
Encuadrados y ornamentados por J. Ribera. . 115
Jose Ferrer Vidal y Soler. 117
Excmo. Sr. D. José Marina Vega.
» » » Bartolomé Robert.
Encuadrados y ornamentados por Ribera. . . 122
Maestro Melchor Rodriguez de Alcántara. . . 123
Emilio Castelar.
Los marqueses de Campo Hermoso (Encuadrados por J. Ribera). 139
Dr. D. José María Múnera... 140
Maestro Francisco de P. Sanchez Gavagnac. . 156
Francisco Miquel y Badía. 159
D. Juan Lindolfo Cuestas. Presidente constitucional de la República de Uruguay. (Encuadrado por Passos).. 163
D. Antonio Saenz de Zumarán Consul de la República Oriental del Uruguay. 164
Alejandro Ribó. . . . . } 169
Maestro Julio Perez Aguirre. . . }
Josefina Huguet. 175
Maestro Arturo Alarcón.. 181
Rdo. D. Andrés Manjón. 212
Grupo de alumnos y profesores de las escuelas de D. Andrés Manjón. 213
Excmo. é Ilmo. Sr. D. Uladislao Castellano. . 223
Ilmo. y Rdmo. Sr. D. Mariano Antonio Espinosa. 224
Los soldados de Baler. 230
D. Porfirio Diaz. 235
Guillermo Morphi } (Encuadrados por G. Camps). 247
Emilio Mario }
Mercedes de Argila Niqui. 258
Ada Adiny-Milliet. 271
Juan Vila de Solés y Comés. 272
María Barrientos. 283

VISTAS GENERALES

Nota rara en Barcelona. . . . . . . 50 y 52
Farmacia del Dr. D. José María Múnera. . . 140
San Juan de los Reyes. (Toledo). . . . . } 183
Patio de San Juan de los Reyes. (Toledo). . } 183
Sala de Artes Decorativas en la última Exposición de Bellas Artes. 186
Presidencia oficial de la corrida de beneficencia. 187
Presidencia de la corporación organizadora de la corrida de beneficencia. 194
Nuestra Señora de Montserrat. 197
El tren de cremallera saliendo del túnel, próximo á la estación de llegada. . . . } 198
Vista general del Monasterio. . . . . . } 198
La cruz del milagro. . . . . } 198
Una procesión en Montserrat. . . . } 200
Antiguo claustro gótico, habilitado para la venta de objetos piadosos. . . . . . . } 200
Fuente del portal. . . . . } 200
Plaza, y aposentos de San José. } 201
Puerta de la Iglesia. . . . . } 201
Exterior del camarín de la Virgen. . . . } 201
Camarín de la Virgen. . . . . . } 201
Interior de la Iglesia. . . . . . 202 y 203
Capilla de San Acisclo y Santa Victoria. } 204
Capilla de San Miguel. . . . . } 204
Los degotalls. . . . . } 205
El caball bernat. . } 205
San Jerónimo. . . . . } 205
El algibe. (safreix). . . . . } 205
Primer misterio de gozo en el camino de la cueva. . . . . } 206
Primer misterio de dolor en el camino de la cueva. . . . . } 206
Segundo misterio de dolor en el camino de la cueva . . . . } 206
Cuarto misterio de dolor en el camino de la cueva. . . . . } 207
Quinto misterio de dolor en el camino de la cueva . . . . } 207
Cueva de la virgen. . . . . } 207
Situación que ocupan las escuelas de D. Andrés Manjón. 213

MUSICA

Alarcón, Arturo: «Marcha triunfal», para piano.

Alcántara, M. Rodríguez de: «Hoja de álbum», para piano.

Alfonso, Federico: «Gavota», para piano.

Alsina, Juan: «Pepita».—Polka para piano.

Argila, Mercedes de: «La mariposa».—Habanera para piano.

Armengol, Delfín: «Flor marchita».—Melodía para canto y piano; letra de Benjamín Romo.

Padre, Atmetller: «Célebre salve Montserratina».

Bayona, B: «El jazmín». -Schotisch para piano.

Candi, Cándido: «¡Ave verum corpus», para piano.

Escursell Muntori, J.: «Adelina».—Mazurca para piano.

Estradé, Juan Bautista: «¡Mercedes!».—Mazurca para piano.

Llanos, Antonio: «Cristobal Colón».—Balada India; letra de Carlos Cuenca.

Martínez Imbert, C. «Himno». - Homenaje á Velázquez, para piano.

Mira Leroy. «Barcarola», para canto y piano; letra de F. Casanovas.

Nicolau, A.: «Un rapto».—Serenata para barítono; letra de C. Colomer.

Plá, Buenaventura. «Melodía religiosa», para mezzo soprano ó barítono, piano ú organo.

Pérez Aguirre, Julio. «A la criolla».—Recitado; letra de Francisco Camprodón.

«Alborada», letra de Juan de Alcántara.

Quesada, Nicolás: «Un recuerdo».—Jota para piano.

Rodríguez, María Luisa: «Paquita».—Polka-mazurca para piano.

Sánchez Gavagnac, F. de P.: «Rima XV», de G. A. Becquer, para piano.

Serrano, Emilio: «Estudio para piano».

Vila del Solés, Juan: «Idilio».—Vals para piano.

Wagner, R.: «La Walkyria».



